Contemporánea

SIMONE DE BEAUVOIR

La vejez



DEBOLSILLO

Simone de Beauvoir

La vejez

Traducción de
Aurora Bernárdez

Primera edición en Debolsillo para Colombia: junio, 2013

Título original en francés: *La vieillesse*

ISBN 978-958-8820-00-2

Publicado por Editorial Sudamericana S.A.® bajo el sello Debolsillo

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

Impreso en Editora Géminis Ltda.



INTRODUCCIÓN

Cuando Buda era todavía el príncipe Sidarta, encerrado por su padre en un magnífico palacio, se escapó varias veces para pasearse en coche por los alrededores. En su primera salida encontró a un hombre achacoso, desdentado, todo lleno de arrugas, canoso, encorvado, ahoyado en un bastón, balbuceante y tembloroso. Ante su asombro, el cochero le explicó lo que es un viejo: "Qué desgracia —exclamó el príncipe— que los seres débiles e ignorantes, embriagados por el orgullo propio de la juventud, no vean la vejez. Volvamos rápido a casa. De qué sirven los juegos y las alegrías si soy la morada de la futura vejez".

Buda reconoció en un anciano su propio destino porque, nacido para salvar a los hombres, quiso asumir su condición total. En eso se diferenciaba de ellos, que eluden los aspectos que les desagradan. Y en particular la vejez. Norteamérica ha tachado de su vocabulario la palabra "muerte": se habla del ser querido que se fue; asimismo, evita toda referencia a la edad avanzada. En Francia, actualmente, es también un tema prohibido. Cuando al final de La fuerza de las cosas *infringí ese tabú, ¡qué indignación provoqué! Admitir que yo estaba en el umbral de la vejez era decir que la vejez acechaba a todas las mujeres, que ya se había apoderado de muchas. ¡Con amabilidad o con cólera mucha gente, sobre todo gente de edad, me repitió abundantemente que la vejez no existe! Hay gente menos joven que otra, eso es todo. Para la sociedad, la vejez parece una especie de secreto vergonzoso del cual es indecente hablar. Sobre la mujer, el niño, el adolescente, existe en todos los sectores una copiosa literatura; fuera de las obras especiali-*

zadas, las alusiones a la vejez son muy raras. Un autor de historietas cómicas tuvo que rehacer toda una serie porque había incluido entre sus personajes a una pareja de abuelos: "Suprima a los viejos", le ordenaron.[1] Cuando explico que estoy trabajando en un ensayo sobre la vejez, las más de las veces me dicen: "¡Qué idea...! ¡Si usted no es vieja...! Qué tema triste..."

Justamente por eso escribo este libro: para quebrar la conspiración del silencio. La sociedad de consumo, observa Marcuse, ha sustituido la conciencia desdichada por una conciencia feliz y reprueba todo sentimiento de culpa. Hay que perturbar su tranquilidad. Con respecto a las personas de edad, es no sólo culpable sino criminal. Escudada en los mitos de la expansión y la abundancia, trata a los ancianos como parias. En Francia, donde la proporción de viejos es la más alta del mundo —el 12% de la población tiene más de 65 años— están condenados a la miseria, a la soledad, a la invalidez, a la desesperación. En los Estados Unidos su suerte no es más afortunada. Para conciliar esta barbarie con la moral humanista que profesa, la clase dominante toma la postura cómoda de no considerarlos como hombres; si se escuchara su voz habría que reconocer que es una voz humana. Yo obligaré a mis lectores a escucharla. Describiré la situación que se les presenta y la manera en que la viven; diré lo que —desnaturalizado por las mentiras, los mitos, los estereotipos de la cultura burguesa— pasa realmente en sus cabezas y en sus corazones.

La actitud de la sociedad con respecto a ellos es por lo demás de una profunda duplicidad. En general, no considera a la vejez como una clase de edad definida. La crisis de la pubertad permite trazar entre el adolescente y el adulto una línea de demarcación que no es arbitraria sino dentro de límites estrechos: a los 18, a los 21 años, los jóvenes son admitidos en la sociedad de los hombres. Casi siempre esta proporción va acompañada de "ritos de pasaje". El momento en que comienza la vejez está mal definido, varía según las épocas y los luga-

1 Referido por François Garrigue, *Dernières nouvelles d'Alsace*, 12 de octubre de 1968.

res. En ninguna parte se encuentran "ritos de pasaje" que establezcan un nuevo estatuto.[2] *En política, el individuo conserva toda su vida los mismos derechos y los mismos deberes. El Código Civil no establece ninguna distinción entre un centenario y un cuadragenario. Los juristas consideran que fuera de los casos patológicos, la responsabilidad penal de los hombres de edad es tan cabal como la de los jóvenes.*[3] *Prácticamente no se los considera una categoría aparte y por lo demás ellos no lo querrían; existen libros, publicaciones, espectáculos, emisiones de televisión y de radio destinadas a los niños y a los adolescentes; a los viejos, no.*[4] *En todos esos planos se los asimila a los adultos más jóvenes. Sin embargo, cuando se decide su condición económica parece considerarse que pertenecen a una especie extraña; no tienen ni las mismas necesidades ni los mismos sentimientos que los otros hombres puesto que basta acordarles una miserable limosna para sentirse en paz con ellos. Esta ilusión cómoda es acreditada por los economistas, por los legisladores cuando lamentan el peso que los* no activos *representan para los* activos, *como si éstos no fueran futuros no activos y no aseguraran su propio futuro instituyendo la protección de las gentes de edad. Los sindicalistas no se equivocan; cuando formulan reivindicaciones, siempre atribuyen una parte importante al problema de la jubilación.*

Los viejos, que no constituyen ninguna fuerza económica, no tienen los medios de hacer valer sus derechos; el interés de los explotadores es quebrar la solidaridad entre los trabajadores y los improductivos, de modo que éstos no sean defendidos por nadie. Los mitos y los estereotipos que el pensamiento burgués ha puesto en circulación tratan de mostrar que en el viejo hay otro. "Con adolescentes que duran un

---

2 Las fiestas celebradas en ciertas sociedades el día en que el individuo llega a los 60 o a los 80 años no tienen carácter de una iniciación.

3 El procurador general Mornet abrió su requisitoria contra Pétain recordando que la Justicia no tomaba en cuenta las edades. Desde hace algunos años, las encuestas de personalidad que preceden el proceso pueden subrayar la edad del procesado, pero como una particularidad entre otras.

4 *La Bonne Presse* acaba de lanzar una publicación destinada a la gente de edad; se limita a dar información y consejos prácticos.

número bastante grande de años, la vida hace viejos", observa Proust; conservan las cualidades y los defectos del hombre que siguen siendo. Eso es lo que la opinión quiere ignorar. Si los viejos manifiestan los mismos deseos, los mismos sentimientos, las mismas reivindicaciones que los jóvenes, causan escándalo; en ellos el amor, los celos parecen odiosos o ridículos, la sexualidad repugnante, la violencia irrisoria. Deben dar ejemplo de todas las virtudes. Ante todo se les exige serenidad; se afirma que la poseen, lo cual autoriza a desinteresarse de su desventura. La imagen sublimada que se propone de ellos es la del Sabio aureolado de pelo blanco, rico en experiencia y venerable, que domina desde muy arriba la condición humana; si se apartan de ella, caen por debajo: la imagen que se opone a la primera es la del viejo loco que chochea, dice desatinos y es el hazmerreír de los niños. De todas maneras, o por su virtud o por su abyección, se sitúan fuera de la humanidad. Es posible, pues, negarles sin escrúpulo ese mínimo que se considera necesario para llevar una vida humana.

Tan lejos elevamos ese ostracismo que llegamos a volverlo contra nosotros mismos; nos negamos a reconocernos en el viejo que seremos: "De todas las realidades [la vejez] es quizás aquella de la que conservamos más tiempo en la vida una noción puramente abstracta", ha señalado justamente Proust. Todos los hombres son inmortales: lo piensan. Muchos de ellos llegan a viejos: casi nadie prevé de antemano este avatar. Nada debería ser más esperado, nada es más imprevisto que la vejez. Cuando se los interroga sobre su futuro, los jóvenes, y sobre todo las muchachas, interrumpen la vida a los 60 años, cuando más. Algunos dicen: "No llegaré hasta entonces, me moriré antes". Y otros incluso: "Me mataré antes". El adulto se comporta como si nunca hubiera de llegar a viejo. A menudo el trabajador se queda estupefacto cuando suena la hora de la jubilación: la fecha estaba fijada de antemano, la conocía, hubiera debido prepararse. El hecho es que —a menos de estar seriamente politizado— hasta último momento ese saber le había sido extraño.

Llegado el momento, y ya al irse acercando, por lo común se prefiere la vejez a la muerte. Sin embargo, a distancia, consideramos con más lucidez a esta última. Forma parte de nuestras posibilidades inmediatas,

nos amenaza a toda edad; a veces llegamos a rozarla; con frecuencia le tenemos miedo. En cambio nadie se vuelve viejo en un instante: jóvenes o en la fuerza de la edad, no pensamos, como Buda, que estamos habitados ya por nuestra futura vejez, separada de nosotros por un tiempo tan largo que se confunde a nuestros ojos con la eternidad; ese futuro lejano nos parece irreal. Y además los muertos no son nada; se puede sentir un vértigo metafísico ante esa nada, pero en cierta manera tranquiliza, no plantea problema. "Ya no seré": conservo mi identidad en esa desaparición.[5] *A los 20, a los 40 años pensarme vieja es pensarme otra. Hay algo aterrador en toda metamorfosis. De niña me quedaba estupefacta y hasta me angustiaba cuando imaginaba que un día habría de transformarme en persona mayor. Pero el deseo de seguir siendo uno mismo generalmente queda compensado a esa tierna edad por las ventajas considerables de la condición de adulto. En tanto que la vejez aparece como una desgracia: aun entre las gentes a las que se considera bien conservadas, la decadencia física que entraña salta a los ojos. Porque la especie humana es aquella en que los cambios debidos a los años son más espectaculares. Los animales se consumen, se descarnan, se debilitan, no se metamorfosean. Nosotros sí. Se nos aprieta el corazón cuando al lado de una joven hermosa vemos su reflejo en el espejo de los años futuros: su madre. Los indios nambikwaras, cuenta Lévi-Strauss, tienen una sola palabra para decir "joven y bello" y otra para decir "viejo y feo". Ante la imagen que los viejos nos proponen de nuestro futuro, somos incrédulos; una voz en nosotros murmura absurdamente que no nos ocurrirá. Antes de que nos caiga encima, la vejez es algo que sólo concierne a los demás. Así se puede comprender que la sociedad logre disuadirnos de ver en los viejos a nuestros semejantes.*

No sigamos trampeando; en el futuro que nos aguarda está en juego el sentido de nuestra vida; no sabemos quiénes somos si ignoramos lo que seremos: reconozcámonos en ese viejo, en esa vieja. Así tiene que ser si queremos asumir en su totalidad nuestra condición humana. Por

5 Con mayor razón, esa identidad está garantizada para quienes creen tener un alma inmortal.

lo mismo no seguiremos aceptando con indiferencia la desventura de la postrera edad, nos sentiremos incluidos: lo estamos. Denuncia de modo flagrante el sistema de explotación en que vivimos. El viejo incapaz de subvenir a sus necesidades representa siempre una carga. Pero en las colectividades donde reina cierta igualdad —en el interior de una comunidad rural, en ciertos pueblos primitivos—, el hombre maduro, sin querer saberlo, sabe sin embargo que mañana su condición será la que asigna hoy al viejo. Es el sentido del cuento de Grimm, cuya versión se encuentra en las regiones rurales de todo el mundo. Un campesino hace comer a su padre separado de la familia, en una pequeña escudilla de madera; sorprende a su hijo juntando maderitas: "Es para cuando tú seas viejo", dice el niño. Inmediatamente el abuelo recobra su lugar en la mesa común. Entre su interés a largo plazo y su interés inmediato, los miembros activos de la colectividad inventan soluciones de compromiso. La urgencia de las necesidades obliga a ciertos primitivos a matar a sus viejos padres, a riesgo de sufrir más adelante la misma suerte. En los casos menos extremos, la previsión y los sentimientos filiales atemperan el egoísmo. En el mundo capitalista el interés a largo plazo ya no se practica: los privilegiados que deciden la suerte de las masas ya no temen compartirla. En cuanto a los sentimientos humanitarios, a pesar de las charlas hipócritas, no intervienen. La economía está basada en el lucro, a él está subordinada prácticamente toda la civilización; sólo interesa el material humano en la medida en que rinde. Después se lo desecha. "En un mundo en mutación, en que las máquinas tienen una carrera muy corta, los hombres no deben servir demasiado tiempo. Todo lo que excede de 55 años debe ser arrumbado", dijo recientemente[6] en un congreso el doctor Leach, antropólogo de Cambridge.

La palabra "arrumbar" expresa muy bien lo que quiere decir. Nos cuentan que la jubilación es la época de la libertad y del ocio; los poetas han alabado "las delicias del puerto".[7]

Son mentiras desvergonzadas. La sociedad impone a la inmensa

6 Escrito en diciembre de 1968.

7 La expresión es de Racan.





mayoría de los ancianos un nivel de vida tan miserable que la expresión "viejo y pobre" constituye casi un pleonasmo; a la inversa, la mayoría de los indigentes es vieja. Los ocios abren al jubilado posibilidades nuevas; en el momento en que el individuo se encuentra por fin liberado de coacciones, se le quitan los medios de utilizar su libertad. Está condenado a vegetar en la soledad y el aburrimiento, es un puro desecho. Que durante los quince o veinte últimos años de su vida un hombre no sea más que un desecho es prueba del fracaso de nuestra civilización; esta prueba nos angustiaría si consideráramos a los viejos como hombres, con una vida humana detrás de ellos, y no como cadáveres ambulantes. Los que denuncian nuestro sistema mutilante deberían poner de relieve este escándalo. Concentrando los esfuerzos en la suerte de los más desheredados se consigue conmover a una sociedad. Para demoler el sistema de castas, Gandhi se concentró en la condición de los parias; para destruir la familia feudal, China comunista emancipó a la mujer. Exigir que los hombres sigan siendo hombres durante su edad postrera implicaría una conmoción radical. Imposible obtener este resultado con algunas reformas limitadas que dejaran intacto el sistema; la explotación de los trabajadores, la atomización de la sociedad, la miseria de una cultura reservada a un mandarinado concluyen en esa vejez deshumanizada. Muestran que hay que retomarlo todo desde el comienzo. Por eso se guarda tan cuidadoso silencio sobre la cuestión; por eso es necesario quebrar ese silencio. Pido a mis lectores que me ayuden.

PREÁMBULO

He hablado hasta ahora de la vejez como si esta palabra abarcara una realidad bien definida. En verdad, cuando se trata de nuestra especie, nos es fácil delimitarla. Es un fenómeno biológico: el organismo del hombre de edad presenta ciertas singularidades. La vejez acarrea consecuencias psicológicas: ciertas conductas se consideran con justa razón como características de una edad avanzada. Como todas las situaciones humanas, tiene una dimensión existencial: modifica la relación del individuo con el tiempo, por lo tanto su relación con el mundo y su propia historia. Por otra parte, el hombre no vive jamás en estado de naturaleza; en su vejez, como en cualquier edad, su condición le es impuesta por la sociedad a la que pertenece. Lo que hace compleja la cuestión es la estrecha interdependencia de esos diferentes puntos de vista. Es una abstracción, como se sabe ahora, considerar por separado los datos fisiológicos y los hechos psicológicos: se gobiernan mutuamente. Ya veremos que en la vejez esta relación es particularmente evidente, siendo por excelencia, la esfera de lo psicosomático. Sin embargo, lo que se llama la vida psíquica de un individuo sólo puede entenderse a la luz de su situación existencial; ésta tiene, pues, repercusiones sobre su organismo; y a la inversa: la relación con el tiempo se experimenta de modo diferente según que el cuerpo esté más o menos deteriorado.

Por último, la sociedad asigna al anciano su lugar y su papel teniendo en cuenta su idiosincrasia individual, su impotencia, su experiencia; recíprocamente, el individuo está condicionado por la actitud práctica e ideológica de la sociedad para con él.

No basta, pues, describir de una manera analítica los diversos aspectos de la vejez; cada uno reacciona en todos los demás y es afectado por ellos; hay que captarla en el movimiento indefinido de esta circularidad.

Por eso un estudio de la vejez debe tratar de ser exhaustivo. Como mi fin esencial es iluminar lo que hoy, en nuestra sociedad, es la suerte de los viejos, asombrará quizá que dedique tantas páginas a la condición que se les asigna en las comunidades llamada primitivas, a las que tuvo en los diferentes momentos de la historia humana. Pero si la vejez, como destino biológico, es una realidad transhistórica, no es menos cierto que ese destino es vivido de manera variable según el contexto social; a la inversa: el sentido o no sentido que reviste la vejez en el seno de una sociedad pone a toda ésta en cuestión pues a través de ella se descubre el sentido o no sentido de toda la vida anterior. Para juzgar a la nuestra es necesario confrontar las soluciones que ha elegido con las que han adoptado, a través del espacio y del tiempo, otras colectividades. Esta comparación permitirá elucidar lo que hay de ineluctable en la condición del anciano, en qué medida, a qué precio podrían paliarse sus dificultades y cuál es, pues, a su respecto la responsabilidad del sistema en que vivimos.

Toda situación humana puede ser considerada como exterioridad —tal como se presenta a los demás— y como interioridad, en cuanto el sujeto la asume superándola. Para los demás el viejo es el objeto de un saber; él tiene de su estado una experiencia vivida. En la primera parte de este libro adoptaré el primer punto de vista. Examinaré lo que la biología, la antropología, la historia, la sociedad contemporánea nos enseñan sobre la vejez. En la segunda trataré de describir la manera en la que el hombre de edad interioriza su relación con su cuerpo, con el tiempo, con los demás. Ninguna de

estas dos investigaciones nos permitirá definir *la* vejez; comprobaremos, por el contrario, que adopta una multiplicidad de rostros, irreductibles los unos a los otros. En el curso de la historia, como hoy, la lucha de clases decide la forma en que un hombre es dominado por la vejez; un abismo separa al viejo esclavo del viejo eupátrida, a un viejo obrero con una pensión miserable de un Onassis. La diferenciación de la vejez tiene también otras causas: salud, familia, etc. Pero la oposición de explotadores y explotados crea dos categorías de ancianos: una extremadamente vasta, la otra reducida a una pequeña minoría. Todo alegato que pretenda referirse a la vejez en general debe ser recusado porque tiende a enmascarar este hiato.

De inmediato se plantea una cuestión. La vejez no es un hecho estadístico; es la conclusión y la prolongación de un proceso. ¿En qué consiste ese proceso? En otras palabras, ¿qué es envejecer? Esta idea está ligada a la de cambio. Pero la vida del embrión, del recién nacido, del niño es un cambio continuo. ¿Cabe concluir, como lo han hecho algunos, que nuestra existencia es una muerte lenta? Seguramente que no. Esa paradoja desconoce la verdad esencial de la vida, que es un sistema inestable en que el equilibrio se pierde y se reconquista a cada instante; la inercia es, en cambio, sinónimo de muerte. La ley de la vida es cambiar. Lo que caracteriza al envejecimiento es cierto tipo de cambio irreversible y desfavorable, una declinación. El gerontólogo norteamericano Lansing propone la definición siguiente: "Un proceso progresivo desfavorable de cambio, ordinariamente ligado al paso del tiempo, que se vuelve perceptible después de la madurez y concluye invariablemente en la muerte".

Pero de inmediato nos detiene una dificultad: ¿qué significa la palabra *desfavorable*? Implica un juicio de valor. No hay progreso o regresión sino en relación con un objetivo al que se apunta. El día en que Marielle Goitschel esquió menos bien

que otras más jóvenes, en el plano deportivo debió de considerarse vieja. En el seno de la empresa de vivir se establece la jerarquía de las edades, y el criterio es mucho más incierto. Habría que saber qué objetivo persigue la vida humana para decidir cuáles transformaciones la alejan de él o la acercan.

El problema es sencillo si sólo se considera en el hombre su organismo. Todo organismo tiende a subsistir. Para eso hay que restablecer su equilibrio cada vez que se ve comprometido, defenderse contra las agresiones exteriores, tener sobre el mundo el poder más amplio y más firme. En esta perspectiva las palabras: favorables, indiferentes, perjudiciales, tienen un sentido claro. Desde el nacimiento hasta los 18 o 20 años de edad, el desarrollo del organismo tiende a aumentar sus posibilidades de supervivencia: se fortifica, se vuelve más resistente, sus recursos aumentan, sus posibilidades se multiplican. El conjunto de las capacidades físicas del individuo alcanza su punto más alto de expansión hacia los 20 años. Durante los veinte primeros años la mutación del organismo, tomada en su totalidad, es, pues, benéfica.

Ciertos cambios no entrañan ni mejoramiento ni disminución de la vida orgánica, son indiferentes, como la involución del timo que se produce en la primera infancia, la de las neuronas cerebrales, cuya cantidad es inmensamente superior a las necesidades del individuo.

Algunos cambios desventajosos se producen muy pronto. La amplitud del margen de acomodación se reduce a partir de los diez años. El límite de altura de los sonidos audibles disminuye ya antes de la adolescencia. Cierta forma de memoria bruta se debilita a partir de los 12 años. Según Kinsey, la potencia sexual del hombre decrece después de los 16 años. Esas pérdidas, muy limitadas, no impiden que el desarrollo infantil y juvenil siga una línea ascendente.

Después de los 20 años y sobre todo a partir de los 30, se inicia una involución de los órganos. Desde ese momento, ¿hay que hablar de envejecimiento? No. En el hombre, el cuerpo

mismo no es pura naturaleza. Las pérdidas, las alteraciones, los desfallecimientos, pueden quedar compensados por montajes, automatismos, un saber práctico e intelectual. No se hablará de envejecimiento mientras las deficiencias sigan siendo esporádicas y fácilmente paliadas. Cuando cobran importancia y son irremediables, entonces el cuerpo se vuelve frágil y más o menos impotente; se puede decir sin equívoco que declina.

La cuestión se vuelve mucho más compleja si consideramos al individuo en su totalidad. Se declina después de haber alcanzado un apogeo; ¿dónde situarlo? A pesar de su independencia lo físico y lo anímico no siguen una evolución rigurosamente paralela. Anímicamente un individuo puede haber sufrido pérdidas considerables antes que se inicie su degradación física; por el contrario, es posible que en el curso de esta decadencia realice beneficios intelectuales importantes. ¿A cuál concederemos el valor más alto? Cada uno dará una respuesta diferente según que otorgue más precio a las aptitudes corporales o a las facultades mentales o a un feliz equilibrio entre unas y otras. Con arreglo a tales opciones, los individuos y las sociedades establecen una jerarquía de edades; no existe ninguna que sea universalmente aceptada.

El niño supera al adulto por la riqueza de sus posibilidades, la inmensidad de sus adquisiciones, la frescura de sus sensaciones; ¿basta esto para considerar que al adquirir edad se degrada? Ésta parece haber sido hasta cierto punto la opinión de Freud: "Piénsese en el contraste entristecedor que existe entre la inteligencia resplandeciente de un niño sano y la debilidad intelectual de un adulto medio", escribió. Es la idea que ha desarrollado a menudo Montherlant: "El genio de la infancia, cuando se extingue, no vuelve jamás. Se dice siempre que de un gusano sale la mariposa; en el hombre, la mariposa se convierte en gusano", dice Ferrante en *La Reine morte*.

Los dos tenían razones, personales —muy diferentes en uno y otro caso— para valorizar la infancia. Su opinión por lo general no es compartida. La misma palabra madurez indica

que habitualmente se concede al hombre hecho la preeminencia sobre el niño y el joven: ha adquirido conocimientos, experiencia, capacidades. Sabios, filósofos, escritores, suelen situar el acmé del individuo en mitad de su vida.[1] Algunos de ellos consideran incluso la vejez como la época privilegiada de la existencia; piensan que aporta experiencia, sabiduría, paz. La vida humana no conocería la declinación.

Definir lo que es para el hombre progreso o regresión implica referirse a cierto fin; pero ninguno es dado a priori, en su valor absoluto. Cada sociedad crea sus propios valores; en el contexto social la palabra declinación puede encontrar su sentido preciso.

Esta discusión confirma lo que he dicho antes: la vejez sólo puede ser entendida en totalidad; no es sólo un hecho biológico, sino un hecho cultural.

---

1 Según Hipócrates, él la alcanzó a los 56 años. Aristóteles piensa que la perfección del cuerpo se cumple a los 35 años, la del alma a los 50. Según Dante, se aborda la vejez a los 45 años. Generalmente a los 65 años las sociedades industriales de hoy dan el retiro a los trabajadores. Llamaré viejos, ancianos, gentes de edad, a los que tienen más de 65 años. Cuando me refiera a los demás, especificaré su edad.

PRIMERA PARTE

El punto de vista de la exterioridad

I

VEJEZ Y BIOLOGÍA

Acabamos de verlo: en el plano biológico la noción de declinación tiene un sentido claro. El organismo declina cuando sus posibilidades de subsistir se reducen. En todos los tiempos el hombre ha tenido conciencia de esta alteración. Sabemos que desde la Antigüedad ha buscado sus causas. La respuesta ha dependido de la idea que, tomada en su conjunto, la medicina se hacía de la vida.

En Egipto, y en todos los pueblos antiguos, la medicina se confundió con la magia. En la Grecia antigua no se desprendió en un comienzo de la metafísica religiosa o de la filosofía. Sólo con Hipócrates conquista su originalidad, se convierte en una ciencia y un arte, se construye con la experiencia y el razonamiento. Hipócrates retoma la teoría pitagórica de los cuatro humores: sangre, flema, bilis amarilla, atrabilis; la enfermedad resulta de una ruptura de su equilibrio; la vejez también. La hacía empezar a los 56 años. Fue el primero en comparar las etapas de la vida humana con las cuatro estaciones de la naturaleza, y la vejez con el invierno. En varios de sus libros y sobre todo en sus aforismos, recogió observaciones exactas sobre los ancianos. (Necesitan menos alimentos que los jóvenes. Padecen de dificultades respiratorias, de catarros que provocan accesos de tos, de disuria, de dolores en las articulaciones, de en-

fermedades de riñones, de vértigos, de apoplejía, de caquexia, de prurito generalizado, de somnolencia; expulsan agua por los intestinos, los ojos, la nariz; suelen tener cataratas; su vista disminuye, oyen mal.) En todos los terrenos les aconseja moderación, pero también no interrumpir sus actividades.

Los sucesores de Hipócrates fueron mediocres. Aristóteles impuso sus puntos de vista fundados en la especulación y no en la experiencia; la condición de la vida era según él el calor interno y asimilaba la senescencia a un enfriamiento. Roma heredó las nociones con las que los griegos habían explicado los fenómenos orgánicos: temperamentos, humores, crasis, neuma. En Roma, bajo Marco Aurelio, los conocimientos médicos no estaban más adelantados que en Grecia bajo Pericles.

En el siglo II Galeno hizo una síntesis general de la medicina antigua. Considera la vejez como intermediaria entre la enfermedad y la salud. No es exactamente un estado patológico; sin embargo, todas las funciones fisiológicas del viejo están reducidas y debilitadas. Explica ese fenómeno conciliando la teoría de los humores con la del calor interno. Éste se nutre de aquéllas, se extingue cuando el cuerpo se deshidrata y los humores se evaporan. En su *Gerocómica* da consejos de higiene que fueron respetados en Europa hasta el siglo XIX. Piensa que, con arreglo al principio *contraria contrariis*, hay que calentar y humedecer el cuerpo del viejo: que tome baños calientes, que beba vino y además que sea activo. Le prodiga detallados consejos de dietética. Pone como ejemplos al viejo médico Antíoco que a los 80 años visitaba todavía a sus enfermos y participaba en las asambleas políticas, y al viejo gramático Telefos que conservó hasta casi los cien años una magnífica salud.

Durante siglos la medicina no hizo más que parafrasear su obra. Autoritario, seguro de su infalibilidad, triunfó en un momento en que se prefería creer a discutir. Sobre todo, vivía en una época y en un medio en que contra el paganismo se afirmaba el monoteísmo venido de Oriente. Sus teorías están im-

buidas de religiosidad. Cree en la existencia de un Dios único. Considera el cuerpo como el instrumento material del alma. Los padres de la Iglesia adoptaron sus puntos de vista, y también los judíos y los árabes islamizados. Por eso durante toda la Edad Media el desarrollo de la medicina fue casi nulo; en consecuencia la vejez siguió siendo muy poco conocida. Sin embargo Avicena —también discípulo de Galeno— hizo en el siglo XI interesantes observaciones sobre las enfermedades crónicas y los trastornos mentales de los viejos.

Los escolásticos se atuvieron a la comparación de la vida con una llama alimentada por el aceite de la lámpara; es una imagen mística, pues el alma solía representarse en la Edad Media con una llama. En el orden profano, la gran preocupación de los médicos no es tanto curar como prevenir. La escuela de Salerno en que nació y se desarrolló la medicina occidental se dedicó a confeccionar "regímenes de salud y de longevidad". Sobre ese tema se desarrolla una abundante literatura. En el siglo XIII Rogelio Bacon, que consideraba la vejez como una enfermedad,[1] escribió para Clemente VI una higiene de la vejez en que concedía un gran lugar a la alquimia. Sin embargo, fue el primero que tuvo la idea de corregir la vista con cristales de aumento. (Se fabricaron en Italia poco después de su muerte en 1300. El uso de dientes postizos era ya conocido por los etruscos. En la Edad Media se extraían de los cadáveres de animales o de jóvenes.) Hasta fines del siglo XV las obras sobre la vejez son todas tratados de higiene. La escuela de Montpellier redacta también "regímenes de salud". A fines del siglo XV se produce en Italia un renacimiento de la ciencia paralelo al de las artes. El médico Zerbi escribe una *Gerontocomia* que es la primera monografía dedicada a la patología de la vejez. Pero no inventa nada.

1 Estaba de acuerdo con la opinión expresada en la Antigüedad por Terencio.

La rama de la medicina que hace un inmenso progreso a comienzos del Renacimiento es la anatomía. Durante mil años había estado prohibido disecar el cuerpo humano. Esto se hizo posible, de manera más o menos abierta, a fines del siglo XV. Es notable pero no sorprendente que el creador de la anatomía moderna haya sido Leonardo de Vinci; como pintor, se interesaba apasionadamente por la representación del cuerpo humano y deseaba conocerlo con exactitud. "Yo, para tener un conocimiento pleno y verdadero, he disecado más de diez cuerpos humanos", escribió. En realidad, al final de su vida había disecado más de treinta, entre ellos cadáveres de ancianos. Dibujó muchos rostros y cuerpos de viejos; representó también, con arreglo a sus propias observaciones, sus intestinos, sus arterias. (Asimismo, anotó por escrito los cambios anatómicos que había observado, pero esos textos no fueron conocidos hasta mucho más tarde.)

La anatomía continúa progresando con Vesalio, que es su gran maestro. Pero las otras disciplinas se estancan. La ciencia sigue imbuida de metafísica. El humanismo trata de luchar contra la tradición pero sin llegar a liberarse. Paracelso, en el siglo XVI, redacta sus libros en alemán y no en latín, por espíritu de modernismo. Tiene ciertas intuiciones nuevas y notables, pero ahogadas en teorías confusas. A su juicio, el hombre es un "compuesto químico" y la vejez resulta de una autointoxicación.

Hasta entonces las obras dedicadas a la vejez sólo se ocupaban de la higiene preventiva; sobre diagnóstico y terapéutica contenían unas pocas indicaciones. David Pomis, médico veneciano, fue el primero en tratar estas cuestiones con orden y claridad. Algunas de sus descripciones de enfermedades seniles son muy exactas y adelantadas, sobre todo la de la hipertensión arterial.

En el siglo XVII hay numerosas obras sobre la vejez, pero desprovistas de interés.

En el siglo XVIII Galeno sigue conservando discípulos, entre otros Gerard van Swieten. Éste considera la vejez como una

especie de enfermedad incurable; se burla de los remedios inspirados por la alquimia o la astrología; describe con exactitud algunos de los cambios anatómicos que acarrea. Sin embargo, el ascenso de la burguesía, el racionalismo, el mecanicismo al que va unida, conducen a la creación de una nueva escuela: la iatrofísica. Borelli, Baglivi introducen en la medicina las ideas de La Mettrie: el cuerpo es una máquina, un conjunto de cilindros, de husos, de ruedas. El pulmón es un fuelle. Retoman, pues, las ideas mecanicistas de la Antigüedad[2] sobre la vejez: el organismo se degrada como se gasta una máquina cuando ha servido[3] mucho tiempo. Esta tesis ha tenido defensores hasta el siglo XIX, e incluso conoció entonces su mayor boga. Pero la noción de "desgaste" siempre ha sido muy vaga. Por otra parte, Stahl inaugura la teoría conocida con el nombre de vitalismo: existiría en el hombre un principio vital, una entidad cuyo debilitamiento acarrearía la vejez y su desaparición la muerte.

Entre los defensores de la tradición y los de los sistemas modernos había muchas discusiones vanas. La medicina tenía graves dificultades teóricas. Ya no le bastaba la vieja patología de los humores y todavía no había descubierto nuevas bases. Se encontraba en un callejón sin salida. Sin embargo, progresaba empíricamente. Las autopsias se habían multiplicado, la anatomía había hecho grandes progresos. El estudio de la vejez salía beneficiado. En Rusia, Fischer, director del servicio de sanidad, rompió con Galeno y describió sistemáticamente la involución senil de los órganos. Su libro hizo época, a pesar de sus insuficiencias. La enorme obra del italiano Morgagni, aparecida en 1761, fue también muy importante. Estableció por primera vez una correlación entre los síntomas clínicos y las observaciones hechas en el curso de las autopsias. Dedicó una sección a la vejez.

---

2 Entre otros de Demócrito y Epicuro.

3 La asimilación es totalmente errónea; los órganos, lejos de gastarse, se mantienen con el funcionamiento; si sus actividades cesan, se atrofian.

En el último decenio aparecieron tres libros sobre el tema que anticipaban los descubrimientos de los siglos XIX y XX. El médico norteamericano Rush publicó un gran estudio fisiológico y clínico basado en sus observaciones. El alemán Hufeland reunió también en un tratado numerosas observaciones interesantes y conoció una gran popularidad. Era vitalista. Imaginaba que cada organismo está dotado de cierta energía vital que se agota con el tiempo. La obra más importante fue la de Seiler, que apareció en 1799; estaba enteramente dedicada a la anatomía de los viejos; se apoyaba en autopsias. Le falta originalidad pero fue durante decenios un instrumento de trabajo sumamente estimado. Se lo utilizó hasta mediados del siglo XIX.

A comienzos del XIX, los médicos de Montpellier seguían profesando el vitalismo.[4] Sin embargo, la medicina comenzaba a beneficiarse de los progresos de la fisiología y de todas las ciencias experimentales. Los estudios sobre la vejez se hicieron precisos y sistemáticos. Rostan estudió en 1817 el asma de los viejos y descubrió su relación con un trastorno cerebral. En 1840 Prus escribió el primer tratado sistemático sobre las enfermedades de la vejez.

La geriatría comenzaba a existir verdaderamente —sin llevar aún ese nombre— a partir de la mitad del siglo XIX. Fue favorecida en Francia por la creación de amplios hospicios donde se reunían muchos ancianos. La Salpêtrière era el más grande de Europa; contenía ocho mil enfermos de los cuales de dos a tres mil eran viejos. Había también muchos en Bicêtre. Resultaba, pues, fácil coleccionar hechos clínicos relacionados con ellos. Se puede considerar que la Salpêtrière fue el núcleo de la primera institución geriátrica. Allí dio

4 La teoría de los humores había sido abandonada, pero persistía en un plano mítico. En una conferencia célebre, Faraday comparó la vejez y la muerte a la llama de una vela que vacila y se extingue. La imagen sigue viva todavía hoy.

Charcot célebres conferencias sobre la vejez, que se publicaron en 1886 y tuvieron una repercusión enorme. Entonces aparecieron muchos tratados de higiene, estereotipados y sin interés. Pero la medicina preventiva, en conjunto, cedió el paso a la terapéutica: en adelante la preocupación era curar a los viejos, tanto más cuanto que éstos empezaban a ser cada vez más numerosos, primero en Francia, después en otros países, y los médicos vieron aumentar entre sus pacientes el número de enfermedades degenerativas que se desarrollan en un terreno senil. Ya antes del libro de Charcot habían aparecido, en 1847 una obra de Pennock, en 1852 un tratado de Réveillé-Parise, donde estudiaban la frecuencia del pulso y el ritmo de la respiración en las gentes de edad. Entre 1857 y 1860 Geist publicó una buena síntesis de la literatura geriátrica aparecida en Alemania, Francia e Inglaterra.

A fines del siglo XIX y en el XX las investigaciones se multiplican. Boy-Tessier en 1895, Rauzier en 1908, Pic y Bamamour en 1912 publicaron en Francia grandes obras de síntesis. Muy importantes también fueron en Alemania la obra de Bürger, en Norteamérica los tratados de Minot y de Metchnikoff, aparecidos ambos en 1908, y el del zoólogo Child, en 1915. Como en los períodos anteriores, algunos científicos confiaban todavía en explicar por causa única el proceso de la senescencia.

A fines del siglo XIX algunos sostuvieron que se debía a la involución de las glándulas sexuales. Brown-Séquard, profesor del Collège de France, se inyectó a los 72 años extractos de testículos de cobayo y de perro, sin resultado duradero. Voronoff, también profesor del Collège de France, inventó injertar en hombres de edad glándulas de mono: fracasó. Bogomoletz pretendió fabricar un suero rejuvenecedor sobre la base de hormonas: fracasó. Por su lado, Metchnikoff retomó bajo una forma moderna la idea de que la senilidad sería el resultado de una autointoxicación. A comienzos del siglo XX, con una fórmula que tuvo éxito, Cazalis afirmó: "El hombre tiene la edad

de sus arterias"; hacía de la aterosclerosis el factor determinante del envejecimiento. La idea más difundida era la de que éste proviene de una disminución del metabolismo.

Al norteamericano Nascher se le considera como el padre de la geriatría. Nacido en Viena —que era un centro importante de estudios sobre la vejez—, fue a Nueva York en su infancia y allí estudió medicina. Visitando un asilo con un grupo de estudiantes oyó que una vieja se quejaba al profesor de diversos trastornos. Éste explicó que su enfermedad era su avanzada edad. "¿Qué se puede hacer?", preguntó Nascher. "Nada". Nascher quedó tan sorprendido de esta respuesta que se dedicó al estudio de la senescencia. De regreso a Viena, visitó una residencia de ancianos; le sorprendió su longevidad y su buena salud. "Es porque tratamos a los pacientes de edad como los pediatras tratan a los niños", le dijeron sus colegas. Esto lo llevó a crear una rama especial de la medicina que bautizó *geriatría*. En 1909 publicó su primer programa; en 1912 fundó la Sociedad de Geriatría de Nueva York y publicó en 1914 un nuevo libro sobre la cuestión; le costó encontrar un editor: no se consideraba interesante el tema.

Junto a la geriatría se ha desarrollado recientemente una ciencia que se llama hoy gerontología; no estudia la patología de la vejez, sino el proceso mismo del envejecimiento. A comienzos de siglo, las investigaciones biológicas sobre la vejez eran sólo el subproducto de otros trabajos; al examinar la vida de las plantas y los animales surgía un interés subsidiario por los cambios que sufrían con la edad. Mientras que la juventud y la adolescencia eran objeto de numerosas obras especializadas, la vejez no se estudiaba por sí misma, en gran parte a causa de los tabúes que he señalado.[5] Era una cuestión desagradable.

5 El gerontólogo norteamericano Birren indica que las investigaciones sobre la vejez pueden "provocar un malestar". Sin embargo, dice, hoy la ciencia sigue adelante.

Entre 1914 y 1930 lo único importante que suscitó interés fueron los trabajos de Carrel, cuyas concepciones se difundieron ampliamente en Francia; Carrel volvía a la idea de que la vejez es una autointoxicación debida a los productos del metabolismo de las células.

Desde entonces la situación ha cambiado. En los Estados Unidos, el número de personas de edad se había duplicado entre 1900 y 1930, y se duplicó de nuevo entre 1930 y 1950; la industrialización de la sociedad produjo la concentración de muchos de esos ancianos en las ciudades, dando por resultado graves problemas; se hicieron numerosas encuestas para buscar su solución, que llamaron la atención sobre los viejos, y el público quiso conocerlas. A partir de 1930 se desarrollaron las investigaciones en biología, psicología, sociología. De la misma manera evolucionaron en otros países. En 1938 se celebró en Kiev una conferencia nacional sobre la senescencia. El mismo año se publicó en Francia la gran obra de síntesis de Bastaï y Pogliatti, y en Alemania apareció la primera publicación periódica especializada. En 1939 un grupo de científicos ingleses y de profesores de medicina decidieron fundar un club internacional de investigaciones sobre la vejez. En los Estados Unidos apareció el libro monumental de Cowdry, *Problems of ageing*.

Durante la guerra los trabajos se retrasaron, pero fueron reanudados apenas terminó. En 1945 se creó en los Estados Unidos una sociedad de gerontología que en 1946 editó la segunda publicación periódica dedicada a la vejez. En todos los países se multiplicaron esas publicaciones. En Inglaterra lord Nuffield creó la Nuffield Foundation, que dispone de créditos considerables: estudia la geriatría y también la condición de los ancianos en Gran Bretaña. En Francia, bajo la influencia de Léon Binet, los estudios sobre la vejez han recibido un nuevo impulso. En 1950 se creó en Lieja una Asociación Internacional de Gerontología; ese mismo año celebró congresos en Lieja, en 1951 en Saint Louis, de Missouri, en 1954 en Londres, y después muchos más. En gran número de países se han

creado sociedades de estudios. En 1954 un índex bibliográfico sobre gerontología, establecido en los Estados Unidos, daba 19.000 referencias. Según el doctor Destrem, habría que duplicar ahora esa cantidad. En lo que a Francia concierne, la Sociedad Francesa de Gerontología se constituyó en 1958. Ese mismo año se creó el Centro de Estudios e Investigaciones Gerontológicas que dirige el profesor Bourlière. Han aparecido en Francia tratados importantes: el de Grailly y Destrem en 1953, el de Binet y Bourlière en 1955. La *Revue française de gérontologie* se fundó en 1954. Por último se constituyó en París una comisión especial de higiene social para hacer frente a los problemas de la vejez. En los Estados Unidos, la Universidad de Chicago publicó en 1959 y 1960 tres tratados, que son verdaderas sumas sobre la vejez, desde el punto de vista individual y social, en Norteamérica y en Europa occidental.

La gerontología se ha desarrollado en tres planos: biológico, psicológico y social. En todos esos terrenos, es fiel al mismo prejuicio positivista; no se trata de explicar por qué se producen los fenómenos, sino de describir sintéticamente, con la mayor exactitud posible, sus manifestaciones.

La medicina moderna ya no pretende asignar una causa al envejecimiento biológico; lo considera como inherente al proceso de la vida, con el mismo derecho que el nacimiento, el crecimiento, la reproducción, la muerte. Las experiencias de Mc Cay con ratas[6] han inspirado al doctor Escoffier-Lambiotte un interesante comentario: "El envejecimiento y luego la muerte no están, pues, en relación con cierto nivel de gasto energético, con un número dado de latidos cardíacos, sino

6 Mc Cay ha demostrado que las ratas cuyo crecimiento se ha retardado en su primera edad por una "restricción calórica de alimentos" viven mucho más que las ratas alimentadas normalmente. Una de las ratas subalimentadas alcanzó casi el doble de duración de vida media de los animales testigos.

que sobrevienen cuando ha llegado a su término un programa determinado de crecimiento y maduración". Es decir, que la vejez no es un accidente mecánico; semejante a la muerte que, según Rilke, "cada uno lleva en sí como el fruto su carozo", parece que cada organismo contiene en el momento de partida su vejez, ineluctable consecuencia de su realización.[7]

Hoy se estima que es un proceso común a todos los seres vivos. Hasta estos últimos tiempos se había creído que las células mismas eran inmortales; sólo sus combinaciones se desharían con el curso de los años. Carrel había sostenido esta tesis y creía haberla demostrado. Pero experiencias recientes han establecido que las células también se modifican con el tiempo. Según el biólogo norteamericano Orgel, la edad acarrearía desfallecimientos en el sistema que habitualmente determina y planifica con precisión la producción de proteínas celulares. Sin embargo, esas investigaciones de orden biológico no han avanzado mucho todavía.

En el hombre, lo que caracteriza fisiológicamente la senescencia es lo que el doctor Destrem llama una transformación peyorativa de los tejidos". La masa de los tejidos metabolitamente activos disminuye, mientras que aumenta la de los tejidos metabolitamente inertes: tejidos intersticiales y fibroesclerosos; son objeto de una deshidratación y de una degeneración grasa. Hay una marcada disminución de la aptitud para la regeneración muscular. El progreso del tejido intersticial con respecto a los tejidos nobles es llamativo sobre todo al nivel de las glándulas y del sistema nervioso. Acarrea una involución de los principales órganos y un debilitamiento de ciertas funciones que no cesan de declinar hasta la muerte. Se producen fenó-

7 Desde luego, accidentes y desviaciones de toda índole pueden detener la vida antes que el programa se haya cumplido, en el hombre sobre todo; a su respecto, sería una abstracción estudiar aisladamente su destino biológico puesto que no vive jamás en estado de naturaleza y que la sociedad donde se sitúa rige su desarrollo.

menos bioquímicos: aumento del sodio, del cloro, del calcio; disminución del potasio, el magnesio, el fósforo y las síntesis proteicas.

La apariencia del individuo se transforma y permite asignarle con un margen de pocos años una edad. El pelo blanquea y ralea, no se sabe por qué; se sigue ignorando el mecanismo de la despigmentación del bulbo capilar; el vello también encanece mientras que en ciertos lugares —por ejemplo en el mentón de las ancianas— empieza a proliferar. Por deshidratación y como consecuencia de la pérdida de elasticidad del tejido dérmico subyacente, la piel se arruga. Se caen los dientes. En agosto de 1957 había en los Estados Unidos 21,6 millones de personas sin dientes, es decir, el 13% de la población. La pérdida de los dientes entraña un achicamiento de la parte inferior del rostro, de modo que la nariz —que se alarga verticalmente a causa de la atrofia de los tejidos elásticos— se acerca al mentón. La proliferación senil de la piel produce un espesamiento de los párpados superiores, mientras que se forman bolsas debajo de los ojos. El labio superior se afina; el lóbulo de la oreja crece. El esqueleto también se modifica. Los discos de la columna vertebral se comprimen y los cuerpos vertebrales se aplastan; entre los 45 y los 85 años el busto disminuye diez centímetros en el hombre, quince en la mujer. La anchura de los hombros se reduce, la de la pelvis aumenta; el tórax tiende a adquirir una forma sagital, sobre todo en la mujer. La atrofia muscular, la esclerosis de las articulaciones acarrean trastornos de la locomoción. El esqueleto sufre de osteoporosis; la sustancia compacta del hueso se vuelve esponjosa y frágil; por eso la fractura del cuello de fémur, que soporta el peso del cuerpo, es un accidente frecuente.

El corazón no cambia mucho pero su funcionamiento se altera; pierde progresivamente sus facultades de adaptación; el sujeto debe reducir sus actividades con el fin de no abusar de él. El sistema circulatorio sufre; la aterosclerosis no es la causa de la vejez, pero es una de sus características más constantes.

No se sabe exactamente qué es lo que la provoca: desequilibrios hormonales, dicen unos; excesiva tensión sanguínea, dicen otros; en general se piensa que la causa principal es un trastorno del metabolismo de los lípidos. Sus consecuencias son variables. A veces afecta al cerebro. En todo caso la circulación cerebral se hace más lenta. Las venas pierden su elasticidad, el rendimiento cardíaco disminuye, la velocidad de circulación se aminora, la tensión aumenta. Por lo demás, cabe señalar que la hipertensión, muy peligrosa para el adulto, puede ser muy bien soportada por el hombre de edad. El consumo de oxígeno por el cerebro se reduce. La caja torácica se vuelve más rígida y la capacidad respiratoria que es de 5 litros a los 25 años, baja a 3 litros a los 85 años. La fuerza muscular disminuye. Los nervios motores transmiten con menos velocidad las excitaciones, y las reacciones son menos rápidas. Hay involución de los riñones, de las glándulas digestivas, del hígado. Los órganos de los sentidos son afectados. El poder de acomodación disminuye. La presbicia es un fenómeno casi universal en los viejos; y la vista disminuye, su capacidad de discriminación declina. La del oído, también, a menudo hasta la sordera. El tacto, el gusto, el olfato tienen menos agudeza que antes.

La involución de las glándulas de secreciones endocrinas es una de las consecuencias más generales y más manifiestas de la senescencia; va acompañada de una involución de los órganos sexuales. Sobre este punto se han establecido recientemente algunos hechos precisos.[8] En el hombre de edad no hay anomalía especial de los espermatozoides; en teoría la fecundación del óvulo por el esperma senil es indefinidamente posible. No existe ley general sobre la interrupción de la espermatogénesis, sino sólo casos particulares. Pero la erección es dos o tres veces más lenta que en la juventud. (Las erecciones matinales que se observan incluso a una edad muy avanzada no tienen un

8 En particular por Masters y Johnson, en 1966: *Las reacciones sexuales.*

carácter sexual.) Puede conservarse mucho tiempo sin eyaculación, control que se debe tanto a la experiencia coital como a una reducción de la intensidad de la respuesta sexual. Después del orgasmo la detumescencia es extremadamente rápida y el hombre de edad permanece mucho más tiempo refractario a nuevas excitaciones que el joven.

En los jóvenes la eyaculación se desarrolla en dos etapas: la expulsión del fluido seminal en la uretra prostática; su progresión a través de la uretra hasta el meato uretral y el exterior; en la primera fase el sujeto siente que la eyaculación va a producirse inevitablemente. El hombre de edad en general no experimenta nada parecido; las dos etapas se reducen a una sola y tiene a menudo la impresión de un razonamiento más que de una expulsión. Con la edad las posibilidades de eyaculación y de erección disminuyen e incluso desaparecen. Pero la impotencia no siempre entraña la extinción de la libido.

En la mujer la función reproductora se interrumpe brutalmente a una edad relativamente temprana. Hecho único en el proceso de la senescencia que en todos los otros planos se desenvuelve de manera continua, hacia los 50 años se produce un brusco corte: la menopausia. Se detienen el ciclo ovárico y la menstruación, los ovarios se esclerosan; la mujer no puede ya ser fecundada. Desaparecen los esteroides[9] sexuales y los órganos sexuales involucionan.

Es un prejuicio difundido el de que los viejos duermen mal. En realidad, según una encuesta efectuada en los hospicios franceses en 1951, duermen más de siete horas por noche. Pero en muchos de ellos se han comprobado disomnios. O les cuesta dormirse o se despiertan temprano o el sueño está entrecortado por breves despertares; las razones de esas anomalías pueden ser fisiológicas, biológicas o psicológicas. Después de los 80 años casi todos dormitan de día.

9 Productos de las glándulas endocrinas.

El conjunto de la involución orgánica del hombre de edad acarrea una fatigabilidad a la que nadie escapa: el esfuerzo físico sólo le está permitido dentro de estrechos límites. Resiste mejor que los jóvenes las infecciones, pero su organismo empobrecido se defiende mal de las agresiones del mundo exterior: la involución de los órganos reduce el margen de seguridad que permite soportarlas. Ciertos médicos llegan a asimilar la vejez a una enfermedad; es lo que ha hecho recientemente[10] la célebre geriatra rumana, la doctora Aslan, en una entrevista que concedió en Italia. No creo que esta confusión sea legítima; la enfermedad es un accidente, la vejez es la ley misma de la vida. Sin embargo, la expresión "viejo y achacoso" es casi un pleonasmo. "El envejecimiento, ese resumen de achaques", escribió Péguy. Samuel Johnson dijo: "Mis enfermedades son asma, hidropesía y algo menos curable: setenta y cinco años". Un médico preguntó a una anciana que usaba anteojos: "¿Qué tiene usted, señora, presbicia o miopía?" "Tengo vejez, doctor".

Hay una relación recíproca entre vejez y enfermedad; ésta acelera la senescencia y la edad avanzada predispone a los trastornos patológicos, sobre todo a los procesos degenerativos que la caracterizan. Es muy raro encontrar lo que podría llamarse "la vejez en estado puro". Las personas de edad son afectadas por una polipatología crónica.

Si se considera un centenar de enfermos viejos y un centenar de jóvenes, se comprueba que la proporción de los que consultan al médico o compran medicamentos es mucho más elevada entre estos últimos. Por otra parte, los viejos sólo constituyen un 12% de la población. Sin embargo en Francia, en los hospitales, representan un tercio de los que ingresan, y tomados en un día, más de la mitad de los enfermos, pues permanecen más tiempo que los otros. En Norteamérica, en 1955, cuando

10 Escrito en octubre de 1969.

sólo eran un dozavo de la población, ocupaban un quinto de los lechos de hospital. Una encuesta hecha en California en 1955 mostró que el número de consultas médicas aumenta con la edad. Eran un 50% más numerosas entre los ancianos que en el conjunto de la población, y dos veces más entre las mujeres de edad que entre los hombres. También las mujeres representan la mayoría en los hospitales. Viven más que los hombres, pero durante su existencia están enfermas con mayor frecuencia.[11] En los Estados Unidos, en conjunto, el número de enfermos crónicos es término medio cuatro veces mayor entre las gentes de edad que entre las otras. Encuestas hechas en Australia y en Holanda han arrojado resultados análogos.

La gente de edad sufre sobre todo de "malestares mal definidos" y de reumatismo. Una estadística norteamericana da como, principales enfermedades seniles la artritis, el reumatismo y las enfermedades del corazón. Otra indica las enfermedades del corazón, artritis, reumatismo, nefritis, hipertensión aterosclerosis. Una tercera: desórdenes de la coordinación, reumatismo, enfermedades respiratorias, digestivas y nerviosas. El doctor Vignat, que estudió a ancianos hospitalizados en Lyon, encontró que padecían en orden decreciente de enfermedades cardiovasculares, respiratorias, mentales, marasmo biológico, enfermedades vasculares, neurológicas, cáncer,[12] trastornos del aparato locomotor, trastornos digestivos. Como la vejez es por excelencia el campo de lo psicosomático, las enferme-

---

11 En los Estados Unidos el National Health Survey estableció que en el año 1957-1958 las personas de 45 a 64 años habían estado inmovilizadas por enfermedades un promedio de 25 días; las de más de 65 años durante 50 días; más allá de los 75 años, durante 72 días.

12 El cáncer no tiene relación con la edad como tal. Si sobreviene en general entre los 50 y los 80 años es debido al modo de acción de los agentes cancerígenos. El índice de muertes debidas por cáncer es elevado porque hoy la medicina combate eficazmente gran cantidad de enfermedades, pero todavía no ha logrado vencer a ésta.

dades orgánicas dependen también estrechamente de factores psicológicos.

A decir verdad, en numerosos casos es imposible disociar las dos series de causas. Por ejemplo, en lo que concierne a los accidentes, relativamente frecuentes entre los ancianos. Son el resultado de ciertas conductas que ponen en juego facultades intelectuales —atención, percepción— y actitudes afectivas: indiferencia, abandono, mala voluntad. Pero por otra parte se explican en gran medida por trastornos de la orientación, vértigos, rigidez de los músculos, fragilidad del esqueleto. Conviene, pues, señalarlos aquí. En el grupo examinado por el National Health Survey, el 33% de los hombres y el 23% de las mujeres habían tenido en el año un accidente que había determinado un día como mínimo de incapacidad. Entre 45 y 55 años se cuenta para 100.000 personas una media de 52 accidentes por año; por encima de 75 años, la media se eleva a 338. Se trata sobre todo de caídas dentro de la casa que a veces acarrean la muerte. Los viejos son también víctimas del tránsito porque se desplazan con dificultad y ven mal. Muchos de ellos renuncian a salir.

Ciertas encuestas dan informaciones optimistas sobre la salud de los viejos, pero habría que saber qué sentido exacto atribuyen los encuestadores a las palabras. Según el informe establecido en los Estados Unidos por Sheldon en 1948, de 471 personas de más de 60 años sólo el 29,3% estaba por debajo de lo normal; entre éstos había muchos octogenarios; el 2,5% de ellos guardaba cama, el 8,5% se quedaba en la casa, el 22% no se desplazaba más que en la vecindad inmediata, el 46% de los sujetos era absolutamente normal y el 24,5% era notablemente vigoroso. ¿Pero a qué norma se refiere Sheldon? ¿Es la que habría aplicado a un cuadragenario? Seguramente que no. Una encuesta efectuada en Sheffield en 1955 da una información más precisa: sobre 476 personas de más de 61 años, el 54,9% de las mujeres y el 71,2% de los hombres estaban todavía en plena actividad. Se han obtenido resultados análogos en 1954

y 1957 en Holanda. La actividad implica, en efecto, cierta dosis de salud. Pero muchas razones, psicológicas y sociales, pueden conducir a prolongarla incluso en la ruina física.

Todas las observaciones hacen resaltar importantes diferencias entre los sujetos de la misma edad. La edad cronológica y la edad biológica están lejos de coincidir siempre: la apariencia física informa mejor que los exámenes fisiológicos sobre el número de años. Éstos no tienen el mismo peso para todos los hombros. La senescencia, dice el gerontólogo norteamericano Howell, "no es una pendiente que todos bajan a la misma velocidad. Es un tramo de peldaños irregulares por los que algunos se precipitan más rápido que otros".[13] Hay una enfermedad, la "proferia", que hace envejecer prematuramente todos los órganos del paciente.[14] El 12 de enero de 1968 murió en el hospital de Chatham, Canadá, una niña de 10 años que tenía toda la apariencia exterior de una mujer de 90. Uno de sus hermanos había muerto de la misma enfermedad a los 11 años de edad. El doctor Dénard-Toulet me citó el caso de una mujer que murió a los 45 años de resultas de la involución senil de sus órganos. Fuera de esos casos muy raros, la declinación es acelerada o retardada por numerosos factores: la salud, la herencia, el medio, las emociones, los hábitos pasados, el nivel de vida. Adopta formas diferentes según que se degraden primero tales o cuales funciones. A veces es un proceso continuo; en otros casos al sujeto que hasta entonces representaba exactamente su edad o incluso menos, se le vienen bruscamente "los años encima". Cuando hay enfermedad, estrés, duelo, fracaso grave, no son los órganos los que bruscamente se deterioran: la construcción que disimulaba sus insuficiencias se desmorona.

---

13 "Los ritmos del tiempo mismo pueden ser para ciertas personas acelerados o retardados", señaló Proust.

14 Esta enfermedad indicaría la existencia de un agente de envejecimiento desconocido pero bien definido. Quizá sería posible, entonces, si se llegara a descubrirlo, detenerlo o por lo menos retardar considerablemente su acción.

El sujeto había sufrido en realidad en su cuerpo la involución senil, pero había logrado compensarla con automatismos o conductas reflexivas; de pronto es incapaz de recurrir a sus defensas y su vejez latente se revela. Esta caída moral repercute en los órganos y puede producir la muerte. Me ha citado el caso de una mujer de 63 años, muy bien conservada, que soportaba valientemente violentos dolores por los cuales la estaban tratando. Un médico le dijo irreflexivamente que no se curaría nunca, la mujer envejeció de golpe veinte años y sus dolores aumentaron. Una viva contrariedad, por ejemplo un proceso perdido, puede transformar a un hombre de 60 años en un individuo senil, tanto física como moralmente.

Si no se produce ningún choque de esta especie, si la salud es buena, puede ocurrir por el contrario que el sujeto logre compensar hasta una edad avanzada las capacidades perdidas. Gracias a una técnica experimentada, un conocimiento exacto de su cuerpo, ciertos deportistas se conservan durante mucho tiempo en buena forma. Ted Meredith, jugador internacional de fútbol, todavía fue seleccionado a los 52 años. Eugène Lenormand hacía a los 63 años exhibiciones de natación; a los 56 años Borotra era campeón mundial de tenis.

En otros tiempos, solía haber un contraste flagrante entre la evolución mental del sujeto y su evolución física. Montesquieu lamentó este divorcio: "¡Desventurada condición de los hombres! ¡Apenas el espíritu ha llegado al punto de madurez, el cuerpo comienza a debilitarse!". Delacroix anota en su diario: "Ese desacuerdo singular entre la fuerza del espíritu que viene con la edad y el debilitamiento del cuerpo que es también su consecuencia, me sorprende siempre y me parece una contradicción en los decretos de la naturaleza".

Los progresos de la medicina han modificado la situación. Defendido contra gran cantidad de achaques y enfermedades, el cuerpo resiste más tiempo. Mientras el espíritu conserva su equilibrio y su vigor, se consigue de ordinario mantener al sujeto en buena salud física; ésta se arruina cuando el ánimo

cede; si la vida filosófica se degrada gravemente, las facultades intelectuales se perturban. En todo caso, son afectadas por las transformaciones corporales. Los mensajes son transmitidos con menos rapidez y deformados por la calidad de los receptores. El funcionamiento del cerebro es menos flexible; se ha visto que el consumo de oxígeno se reduce, y la suboxigenación de la sangre produce una disminución de la memoria inmediata y de la retención y aminoración de la velocidad de los procesos ideativos, irregularidad de las operaciones mentales fáciles, violentas reacciones emocionales: euforia o depresión. Se puede considerar la senescencia como un ejemplo de esa "amputación difusa" de que habla Goldstein a propósito de los accidentes cerebrales postraumáticos. También en ese caso hay pérdida de las células cerebrales. Como son abundantes, si la situación no exige del sujeto un esfuerzo excesivo, le hace frente fácilmente. Pero si hay en su vida desequilibrios, corre el riesgo de una catástrofe. En todo caso el esfuerzo intelectual le fatiga; la capacidad de trabajo, la capacidad de atención disminuye, por lo menos a partir de los setenta años.

En sus investigaciones sobre la psicología de la vejez, los gerontólogos adoptan los mismos métodos que cuando estudian su filosofía. Tratan a los sujetos en su exterioridad. Se basan esencialmente en la psicometría. Esta disciplina me parece de las más discutibles. El individuo sometido a un test se encuentra en una situación artificial y los resultados obtenidos son puras abstracciones, muy diferentes de la realidad práctica y viviente. En realidad las reacciones intelectuales de un hombre dependen del conjunto de su situación; es de sobra sabido que los conflictos familiares pueden volver aparentemente estúpido a un niño que hasta entonces era precoz. Cuando estudie, más adelante, la psicología de los ancianos, lo haré con una perspectiva totalitaria, ligándola a un contexto biológico, existencial, social, según el principio de circularidad de que he hablado. Por el momento, como quiero dar a mis lectores una idea exacta de los trabajos realizados por los gerontólogos,

debo indicar cuáles son sus métodos y los resultados que creen haber obtenido.

En 1917 el ejército norteamericano quiso establecer el nivel mental de los candidatos a oficiales; para ello se inventaron los primeros tests de inteligencia. Después se multiplicaron los estudios de este tipo. En 1927 Willoughby retomó ciertos tests utilizados en el ejército norteamericano y los aplicó a un grupo de familias que vivían en los alrededores de la Universidad de Stanford. Jones y Conrad, en 1925-1926, reunieron los resultados obtenidos en Nueva Inglaterra, después de examinar a 1.191 sujetos. Las investigaciones continúan en Norteamérica, Alemania, Inglaterra. En 1955, en Francia, Suzanne Pacaud estudió las reacciones de 4.000 empleados de ferrocarril, de 20 a 55 años, y de aprendices de 12 años a 15 años. Recientemente el profesor Bourlière ha puesto a punto en Sainte-Périne una "batería de tests" sobre las facultades intelectuales. Por ejemplo, se pide al sujeto que señale errores en una serie de dibujos; que trace en un laberinto el trayecto que permite salir más rápidamente; que termine dibujos incompletos; que agrupe o disocie los semejantes y los desemejantes; que subraye sinónimos, que indique los matices que los distinguen; que maneje asociaciones de letras y cifras (test del código); que reproduzca de memoria figuras geométricas; que reaccione a una señal; que responda "verdadero" o "falso" a afirmaciones concernientes al comportamiento y la personalidad; que haga dibujos en espejo. Se comprueba que la memoria inmediata no es afectada; la memoria concreta (referente a datos bien conocidos) disminuye entre los 30 y 50 años, y también la memoria lógica. La más alterada es la memoria que implica la formación de nuevas asociaciones, por ejemplo la adquisición de una lengua. Por lo demás, hay grandes diferencias según el grado de cultura de los sujetos. Unos tests de memoria hechos en Groninga, sobre 3.000 personas, muestran que en todos disminuye con la vejez, pero menos en los intelectuales que en los trabajadores manuales, menos en los viejos obreros calificados

que en los peones, menos en las gentes que siguen trabajando que en los jubilados.

En cuanto a las reacciones motrices, a los 25 años son más rápidas y más precisas; su velocidad y exactitud disminuyen a partir de los 35 años y aún más después de los 45. En cuanto a la rapidez de las operaciones mentales, hay progreso hasta los 15 años, estabilización entre los 15 y los 35 y disminución después. El sujeto de más de 60 años reacciona mal a los tests de inteligencia en que se mide el tiempo; si por el contrario, no se le limita, puede equivaler al adulto e incluso, superarlo. Las personas de edad tienen gran dificultad para adaptarse a las situaciones nuevas; reorganizan fácilmente las cosas conocidas pero se resisten a los cambios. Adquirir lo que se llama un *set* —es decir, una actitud, una orientación del espíritu— les exige un gran esfuerzo; son esclavas de los hábitos adquiridos anteriormente, carecen de flexibilidad. Una vez adoptado el *set* difícilmente lo sueltan. Incluso se aferran a él frente a problemas a los cuales no se adecuan en absoluto. Sus posibilidades de aprendizaje se reducen, pues, considerablemente. Toda facultad que implica una adaptación declina a partir de los 35 años, sobre todo si no se la practica: observación, abstracción y síntesis, integración, estructuración. El cálculo mental, la organización espacial fallan, así como el razonamiento lógico. En cuanto al vocabulario, los resultados de los tests son diversos. En las gentes incultas, se empobrece a partir de los 60 años; se mantiene e incluso a veces se enriquece en los sujetos de un nivel intelectual elevado. En conjunto los conocimientos bien asimilados, el vocabulario, la memoria inmediata o retardada de las palabras y las cifras no se alteran. Hay, pues, en el individuo, un potencial fluido, adaptable, que envejece, y una fracción cristalizada, hecha de mecanismos adquiridos, que no envejece.

Del conjunto de tests y estadísticas se deduce una importante consecuencia: cuanto más elevado es el nivel intelectual del sujeto, más débil y lenta es la disminución de sus facultades. Si continúa ejercitando su memoria y su inteligencia puede

conservarlas intactas. Volveré a referirme a este punto que sólo puede explicarse relacionando la inteligencia y la memoria de un individuo con su atención a la vida, con sus intereses en este mundo, con el conjunto de sus proyectos. Limitémonos por el momento a observar que ciertas personas de mucha edad se muestran más eficaces que los jóvenes. En efecto, muchos trabajos intelectuales se cumplen sin limitación de tiempo. El oficio, la técnica, el juicio, la organización de las tareas pueden paliar los desfallecimientos de la memoria, la fatigabilidad, la dificultad para adaptarse. Muchas gentes de edad se mantienen activas y lúcidas hasta último momento.

Sin embargo, al igual que su organismo y en relación con él, el psiquismo del anciano es frágil; los casos de enfermedades mentales son más frecuentes en los viejos que en los jóvenes.[15] Según un informe del Instituto Nacional de Salud Mental de los Estados Unidos, sobre 100.000 sujetos de un mismo grupo de edad, el número de enfermos mentales es de 2,3 por debajo de 15 años; 76,3 entre 25 y 34 años; 93 entre 35 y 54 años, y 236,1 entre los ancianos. En Suecia, sobre 7 millones de habitantes hay 9.000 casos de demencia senil, en el sentido estricto de la palabra. En los Estados Unidos el número de enfermos mentales se ha cuadruplicado, en conjunto, entre 1904 y 1950, y el número de ingresos de ancianos en hospitales psiquiátricos es nueve veces mayor, en parte porque se vacila menos en recurrir a ellos. En Suecia no ha habido cambios en los últimos 25 años.

Hoy los ancianos están menos disminuidos que antes; hay menos que guarden cama. Incluso sucede que al comparar varios grupos de edad se encuentre entre los más viejos una apariencia de antideclinación; es que para vivir tanto tiempo ha sido preciso en el punto de partida un potencial de salud excepcional. Ello no impide que por regla general a partir de

15 Los estudiaré más adelante, cuando haya examinado la condición de los viejos.

cierto momento, todo individuo se halle disminuido. Cuando se habla de una "hermosa vejez", de una "vejez lozana" significa que el hombre de edad ha encontrado física y moralmente su equilibrio, no que su organismo, su memoria, su capacidad de adaptación psicomotriz sean las de un hombre joven. Ningún hombre que viva mucho escapa a la vejez: se trata de un fenómeno ineluctable e irreversible.

La vejez concluye siempre en la muerte. Pero es raro que provoque por sí misma sin que intervenga un elemento patológico. Schopenhauer pretende haber conocido gentes extremadamente viejas que se extinguieron sin causa precisa. El profesor Delore cuenta la historia de una centenaria que llegó al hospital y pidió una cama para morirse, porque se sentía muy cansada. Murió al día siguiente y la autopsia no reveló ningún trastorno orgánico. Pero es un caso casi único. Las muertes llamadas "naturales" —por oposición a las muertes por accidentes— son provocadas en realidad por una deterioración orgánica.

La longevidad del hombre es superior a la de los otros mamíferos. En fuentes serias, sólo encontré un sujeto que hubiera pasado de los 105 años: Antoine-Jean Giovanni, habitante de la aldea de Grossa, de 108 años de edad.[16] Se cree, sin tener seguridad, que la herencia desempeña un papel directo o indirecto en la longevidad; muchos otros factores intervienen, y ante todo el sexo: en todas las especies animales las hembras viven más que los machos; en Francia las mujeres viven un promedio de siete años más que los hombres. Después intervienen las condiciones de crecimiento, la alimentación, el medio, las condiciones económicas.

Éstas influyen en la senescencia de una manera muy importante. Los gerontólogos lo han establecido en el curso

16 El hecho fue señalado, en *France-Soir* a comienzos de 1969. A.-J. Giovanni había nacido el 1° de agosto en Zicavo, Córcega, y había pasado toda su vida en Grossa. Véase Apéndice I: *Los centenarios*, pág. 675.

de numerosas encuestas. La que ya he mencionado, efectuada en Sheffield, mostró que la salud dependía estrechamente del nivel de vida. Lo mismo se deduce del estudio hecho por el equipo del profesor Bourlière sobre los campesinos y los pescadores bretones. Se pretende que el campo es más fecundo que la ciudad en ancianidades plenas; en realidad todos los sujetos examinados gozaban de salud mucho menos buena que sujetos parisienses pudientes de la misma edad.[17]

Este papel de los factores económicos nos indica los límites de la gerontología, en tanto define biológicamente la senescencia individual. Los resultados a que llega son del mayor interés; imposible comprender la vejez sin referirse a ella. Pero no pueden bastar. En el estudio de la vejez sólo representan un momento abstracto. La involución senil de un hombre se produce siempre en el seno de una sociedad; depende estrechamente de la naturaleza de ésta y del lugar que en ella ocupa el individuo en cuestión. El factor económico mismo no se puede aislar de las superestructuras sociales, políticas, ideológicas que lo cubren; considerado de modo absoluto, el nivel de vida es por ahora una abstracción; con recursos idénticos, un hombre será considerado rico en una sociedad pobre,

---

17 Un estudio efectuado en 1969 en Marsella por el profesor Desanti, sobre diecisiete mil asegurados sociales, mostró que los grupos profesionales no envejecen de la misma manera. Se llegó a clasificarlos, por orden de desgaste decreciente:

- profesores de enseñanza primaria, secundaría y técnica;
- cuadros superiores;
- cuadros medios;
- agentes paramédicos y sociales;
- empleados de oficina y municipales;
- choferes, viajantes de comercio, desocupados;
- patronos;
- personal de servicio;
- contramaestres, obreros calificados, obreros especializados;
- peones.

y pobre en una sociedad rica. Para comprender la realidad y la significación de la vejez es, pues, indispensable examinar qué lugar se asigna a los viejos, qué representación se tiene de ellos, en diferentes tiempos, en diferentes lugares. La importancia de esta confrontación, como he dicho, reside en que permitirá entrever, si no dar, una respuesta a esta pregunta esencial: ¿qué hay de ineluctable en la condición de viejo?, ¿en qué medida la sociedad es responsable de ello? Comenzaremos nuestro examen por las sociedades consideradas sin historia o "primitivas".

II

LOS DATOS DE LA ETNOLOGÍA

No hay colectividad humana, por rústica que sea, que no posea cierta cultura; las actividades que el hombre ejerce con ayuda de instrumentos fabricados por él constituyen un trabajo a partir del cual se establece por lo menos un patrón de organización social. No tratemos, pues, de imaginar lo que sería para él una vejez *natural*. Pero —aunque incluso cuando se trata de ellos la palabra naturaleza se preste a controversia— se puede observar qué pasa entre los animales. En muchas especies —sobre todo cuando más evolucionadas son— los animales viejos y experimentados gozan de un gran prestigio; transmiten a los otros las informaciones que han adquirido en el curso de su experiencia. El puesto que cada uno ocupa en el grupo está en relación directa con el número de años cada uno tiene. Los zoólogos han referido a este respecto cierto número de observaciones curiosas. Entre los chovas, si un pichón manifiesta miedo, los otros no le prestan atención; pero si un macho viejo da la señal de alarma, todos emprenden vuelo. Los chovas viejos experimentados son los que enseñan a los otros a conocer a sus enemigos. Los colaboradores del zoólogo Yerkes enseñaron a un joven chimpancé a obtener bananas manipulando un aparato complicado; ninguno de sus congéneres trató de imitarlo. Se hizo

hacer el mismo aprendizaje a un chimpancé viejo, y por lo tanto de categoría superior: todos los otros lo observaron y lo imitaron. Sólo imitan por principio a los congéneres de categoría superior.

Es particularmente interesante observar lo que ocurre entre los animales más próximos a nosotros, los antropoides. En todas las hordas el macho viejo desempeña un papel dominante con respecto a las hembras y a los jóvenes. A veces todo un grupo de machos detenta el poder y se reparte las hembras; a veces hay un solo jefe y consiente en el reparto. En los dos casos, no suscitan agresividad y mueren de muerte natural. Pero ocurre también que el macho más viejo acapare a las hembras y que los jóvenes sólo puedan acercárseles clandestinamente y a riesgo de severos castigos. Todavía robusto a los 50 años, defiende a las hembras y a las crías contra las fieras, cuando éstas las atacan. Al adquirir edad y fuerzas, los jóvenes se rebelan contra él. Lo acechan. El viejo se debilita. Sus dientes, que son su arma más temible, se rompen y pudren. Cuando los jóvenes sienten que ha llegado el momento, ya sea porque un combate contra una fiera lo ha agotado o porque es su destino, el mayor se lanza contra él. A menudo lo mata o lo hiere de muerte. Aunque la herida sea leve, el viejo se sabe vencido, tiene miedo. Abandona el grupo que su agresor ha tomado a su cargo y vive solitario. Le cuesta alimentarse y se desmejora. Entonces suele ser presa de las bestias salvajes. O bien contrae enfermedades mortales, o queda inválido e incapaz de subvenir a sus necesidades; se muere de hambre. Todavía es robusto cuando los machos más jóvenes se desembarazan de él. Y no representa una carga para la comunidad, no sólo porque todavía es activo, sino porque se la puede considerar como una sociedad de abundancia; dada la riqueza de la naturaleza donde evoluciona la horda y la facilidad con que se desplaza, el problema del alimento no se le plantea. Si el viejo macho es maltratado —como lo será su sucesor— es porque ha monopolizado a las hembras y tiranizado a los jóvenes. En ningún caso se mata a las monas viejas; la horda las toma a su cargo.

Veremos que, como en muchas otras especies, en las sociedades humanas la experiencia, los conocimientos acumulados son una carta de triunfo para el viejo. Veremos también que suele ser expulsado, más o menos brutalmente, de la colectividad. Pero el drama de la edad no se produce entonces en el plano sexual sino en el plano económico. El viejo no es como entre los antropoides el individuo que ya no es capaz de pelear, sino el que ya no puede trabajar y se ha convertido en una boca que alimentar. Su condición jamás depende de los datos lógicos solamente; intervienen factores culturales. Para el antropoide acaparador de hembras, la vejez es un mal absoluto que lo pone a merced de sus semejantes y le impide defenderse contra las agresiones exteriores. Provoca una muerte brutal o una decadencia solitaria. En cambio, en las comunidades naturales ese flagelo natural que es la vejez está integrado en una civilización que siempre ha tenido, aunque sea en pequeñísima medida, el carácter de una *antiphysis* y que puede, pues, modificar profundamente su sentido. Así en ciertas sociedades se ve que los viejos acaparan a las mujeres, cuando han perdido su fuerza física, gracias a un prestigio que los defiende contra la violencia.

Sin embargo, cualquiera que sea el contexto, los datos biológicos permanecen. Para cada individuo la vejez entraña una degradación que él teme. Contradice el ideal viril o femenino adoptado por los jóvenes y los adultos. La actitud espontánea es negarla en la medida en que se define por la impotencia, la fealdad, la enfermedad. La vejez de los otros inspira también una repulsión inmediata. Esta reacción elemental subsiste incluso cuando las costumbres la reprimen. Es éste el origen de una contradicción de la que encontraremos numerosos ejemplos.

Toda sociedad tiende a vivir, a sobrevivir; exalta el vigor, la fecundidad, ligados a la juventud; teme el desgaste y la esterilidad de la vejez. Es lo que se deduce, entre otras cosas, de los

trabajos de Frazer. En muchas colectividades, dice, se venera al jefe como una encarnación de la divinidad que después de su muerte habitará en el cuerpo de su sucesor; pero si la edad la debilita, ya no podrá proteger eficazmente a la comunidad; por eso hay que matar al jefe antes de que empiece la declinación. Frazer explica así el asesinato del sacerdote de Nemi en la Antigüedad y el que se practicaba todavía a principios de siglo entre los shilluks del Nilo blanco: a las primeras señales de enfermedad, debilitamiento, de impotencia, el jefe era ejecutado.[1] Así se ejecutaba al pontífice del Congo, el Chitumé, en cuanto su salud parecía afectada; de morir naturalmente, agotadas sus fuerzas, el dios se habría extinguido con él y el mundo quedaría aniquilado de inmediato. Así se daba muerte al rey de Calicut. Abatido en pleno vigor, el jefe transmite a su sucesor un alma vigorosa.

Según Frazer, por creencias análogas los viejos de las islas Fidji y varios otros lugares se dan voluntariamente la muerte; piensan que sobrevivirán con la edad que tenían cuando abandonaron este mundo; por eso no esperan la decrepitud, que sería su destino para toda la eternidad.

---

1 Evans Pritchard impugna la interpretación de Frazer. La nación está dividida, dice, en dos regiones: el Sur y el Norte; en cada una existe un linaje real y el rey es elegido alternadamente en una y en otra. Es la encarnación del antepasado en quien se reúnen los intereses de las partes antiguas de la nación. En la idea de regicidio se manifiesta, por el contrario, la fragmentación de la sociedad. Significa que una desgracia que ocurra al país será atribuida a una disminución del poder del rey y se incitará a un príncipe del otro linaje a rebelarse entonces contra él. Efectivamente; se producen rebeliones cuando sobreviene un desastre y el rey muere de muerte violenta. La realeza encarna una contradicción entre el cargo y la persona, contradicción resulta por el regicidio tradicional. Esta explicación es más compleja que la de Frazer pero no la desmiente. El debilitamiento no está directamente unido al envejecimiento; éste puede alegarse para justificar la rebelión cuya posibilidad constante está prevista en la organización social. En ambas tesis la vejez está marcada por un signo negativo.

Es preciso vincular estas costumbres con la del "entierro viviente" que según diversos observadores practican los dinkas.[2] Ciertos ancianos, cuyo papel en la comunidad es tan importante que se considera que se han hecho cargo de su existencia —hacedores de lluvia, maestros de la lanza de pescar—, en cuanto dan signos de debilidad son enterrados vivos, en el curso de ceremonias en las que participan voluntariamente. Se piensa que si lanzaran naturalmente el último suspiro en lugar de conservarlo en el interior de sus cuerpos, la vida de la comunidad se extinguiría con ellos. Por el contrario, las fiestas mortuorias son para la colectividad una especie de renacimiento, un rejuvenecimiento del principio vital.

El paso del tiempo entraña desgaste y debilitamiento; esta convicción se manifiesta en los mitos y ritos de regeneración, que desempeñan un papel tan importante en todas las sociedades de repetición: los antiguos, los primitivos e incluso sociedades rurales más avanzadas. Lo que las caracteriza es que la técnica no hace progresos en ellas; el transcurso del tiempo no se concibe como anuncio de un porvenir sino como alejamiento de la juventud; se trata de recuperarla. Muchas mitologías suponen que si la naturaleza, si la raza humana tienen fuerza para vivir y perpetuarse, es porque en cierto momento les ha sido devuelta la juventud; el mundo antiguo se ha aniquilado y ha surgido éste. Es lo que imaginaban los babilonios: un diluvio sumergió a la humanidad y la tierra emergida de las olas se pobló de nuevo. El mito se encuentra en la Biblia. En Noé recomienza Adán; en los animales del arca, los del Edén, y el arco iris indica la inauguración de una era nueva. Los pueblos que habitan hoy el contorno del Pacífico piensan que de resultas de una falla ritual la tierra fue inundada; el clan atribuye su origen a un ser legendario que habría escapado a la catástrofe. Sus tierras, periódicamente

2 Pueblo de unas 900.000 personas, que habita al sur del Sudán.

fertilizadas por las crecientes del Nilo, sugirieron a los egipcios la idea de una regeneración permanente: Osiris, dios de la Vegetación, moría todos los años con las cosechas y renacía cuando germinaba el grano, en todo el fresco vigor de una juventud indefinidamente resucitada.[3]

Numerosos ritos tenían o tienen todavía por objeto borrar el tiempo transcurrido durante cierto ciclo; entonces se puede recomenzar de nuevo una existencia libre del peso de los años. Entre los babilonios, durante las ceremonias del año nuevo, se leía el poema de la creación. Entre los hititas se reactualizaba el combate de la serpiente contra el dios Teshup y la victoria que permite a éste ordenar y gobernar el mundo. En muchos lugares el fin del año viejo está marcado por fiestas en que es liquidado; se lo quema en efigie, se apagan una hogueras y se encienden otras, se desencadenan orgías que retrotraen al caos primordial. La inversión de las jerarquías sociales, las Saturnales, tendía también a la negación del orden establecido: la sociedad, el mundo se disuelve; se los recrea entonces en su frescura original. Estas fiestas se desarrollan en el curso del año así como en su comienzo; las fiestas de la primavera confieren a esta estación el sentido de un rejuvenecimiento cósmico. El advenimiento de un soberano suele ser considerado como la inauguración de una era nueva. El emperador de China, al ascender al trono, fijaba un nuevo calendario; se desmoronaba el orden antiguo, nacía otro. La idea de regeneración explica en el Japón una de las costumbres del culto sintoísta: los templos sintoístas deben ser periódicamente reconstruidos en su totalidad, sus muebles y su decoración renovados eternamente.

3 Soñando con una edad de oro en que la especie humana habría escapado a la muerte, los bambaras suponen que la vida era entonces un perpetuo retorno de la vejez a la infancia. Los viejos subían a un árbol sagrado y se abrían las venas; bajaban vaciados de su sangre. Los jóvenes les arrancaban el vello y les pegaban. Los viejos perdían el conocimiento y se volvían niños de siete años.

El gran templo de Isé, en particular, el centro mismo de la religión, es reedificado cada veinte años; desde la primera operación, efectuada por la emperatriz Jito (686-689), fue rehecho cincuenta y nueve veces, así como el gran puente por el cual se llega a él y los catorce templos subsidiarios. Los templos sintoístas manifiestan activamente la relación de consanguinidad que liga al individuo con el mundo entero: reedificar el templo es impedir que el tiempo debilite ese lugar. Más significativas aún son las ceremonias descriptas por Frazer en las que ciertas colectividades fingían expulsar de su seno a la vejez. En Italia, Francia, España, el cuarto domingo de Cuaresma se procedía al "aserramiento de la vieja", se fingía aserrar en dos a una vieja de verdad. La última de estas falsas ejecuciones se efectuó en Padua en 1747. En otros casos se quemaban realmente maniquíes que representaban ancianos.

En un plano mítico, las sociedades repetitivas temen, pues, el desgaste de la naturaleza y de las instituciones y se defienden de él. No se trata de que esas sociedades vayan hacia un futuro nuevo, sino de conservar intacto, reanimándolo ritualmente sin cesar, un pasado reverenciado sobre el cual se modela el presente.

El problema es muy distinto cuando la comunidad tiene que ver con individuos de carne y hueso, pues debe establecer con ellos relaciones reales. La vejez es detestable, se la expulsa. Pero cuando el viejo no expresa el envejecimiento del grupo —como ocurre en general— no hay, a priori, razón para suprimirlo. Su condición se establecerá empíricamente según las circunstancias. Como la edad lo ha vuelto improductivo, representa una carga. Pero, ya lo he dicho, al decidir su suerte, el adulto, en ciertas sociedades, escoge su propio porvenir; tiene en cuenta su interés a largo plazo. Es posible también que los unan a sus viejos padres lazos afectivos muy fuertes. Por otra parte la edad ha adquirido con los años calificaciones que pueden hacerlo muy útil. Más complicadas que las sociedades animales, la comunidad humana primitiva tiene aún más nece-

sidad de un saber que sólo la tradición oral puede transmitir. Si gracias a su memoria el anciano es depositario de la ciencia, si guarda el recuerdo del pasado, suscita respeto. Por último, tiene ya un pie en el mundo de los muertos: eso lo destina al papel de intercesor entre la tierra y el más allá, y le confiere también poderes temibles. Esos factores intervienen en la definición de su condición. Observemos por lo demás que entre los primitivos son escasos los que llegan a los 65 años; su número excede rara vez el 3% de la población. En general se considera viejas e incluso muy viejas a las gentes de 50 años. En este capítulo llamaré viejos de edad y ancianos a aquellos que son tenidos por tales en la colectividad y que en la mayoría de los casos lo son biológicamente.

Para estudiar su condición me apoyaré en los trabajos de los etnólogos. He utilizado fundamentalmente los *Human relation area files* que me ha comunicado amablemente el Laboratorio de Antropología Social. Las informaciones recogidas son a veces muy antiguas, a veces incompletas o de valor inseguro. Es preciso, pues, proceder aquí con prudencia. Raros son los observadores que al describir una comunidad adoptan sus valores. La perciben y la juzgan a través de su propia civilización, sin imaginar que sea posible apartarse deliberadamente de sus normas y costumbres. Raros son también los que a propósito de la vejez organizan sintéticamente sus observaciones; tampoco se interesan mucho en ella; transmiten hechos a menudo ininteligibles cuando no contradictorios. Voy a tratar de relacionar los datos que se poseen sobre la condición de los viejos con la estructura conjunta de la comunidad. Sé que un muestrario corre el riesgo de ser arbitrario, pero la estadística no lo es menos: no aclara nada. En cambio por aproximaciones, por contrastes, quizá sea posible aclarar relaciones significativas.

Por sus condiciones de vida, los primitivos son o cazadores colectores o criadores de ganado o agricultores; las dos primeras categorías son nómades, la tercera sedentaria; hay también seminómades, criadores de ganado que tienen distintos

puntos de reunión, agricultores que desbrozan sucesivamente diversas partes del bosque. Los clasificaré a partir del modo de trabajo y del medio, no según su situación geográfica: hay más analogías entre los cazadores colectores de Australia y África que entre estos últimos y los campesinos africanos.

Es frecuente que haya mucha distancia entre los mitos creados por una colectividad y sus costumbres reales. Este hecho es sobre todo evidente en lo que concierne al papel de los viejos en las sociedades primitivas. Entre las más desheredadas, muchas exaltan míticamente la vejez. Entre los esquimales son numerosas las leyendas que relatan el salvamento milagroso de un anciano; un castigo terrible cae sobre los que habían conjurado para desembarazarse de él. En otros relatos, se describe a las gentes de edad como magos, poderosos, inventores, curanderos. Los primitivos suelen representar a los dioses como grandes ancianos llenos de vigor y sabiduría. Entre los esquimales, la diosa Nerwik es una mujer muy vieja que vive debajo del agua, con los espíritus de los muertos; a veces se niega a proteger a los cazadores de focas, hasta que un shamán viene a peinar su cabellera. En otros casos, una vieja es la que dirige los vientos. Entre los hopis, una vieja mujer-araña es la inventora del artesanado. Los ejemplos abundan. Pero veremos que en la práctica nada influyen esas fábulas.

La extrema pobreza conduce a la imprevisión: el presente manda, se le sacrifica el porvenir. Cuando el clima es duro, las circunstancias difíciles, los recursos insuficientes, la vejez de los hombres suele parecerse a la de las hayas. Así ocurría entre los yakutas, que llevaban en el nordeste siberiano una vida seminómade; criaban ganado y caballos; soportaban inviernos glaciales, veranos tórridos. La mayoría de ellos sufría de hambre durante toda su vida.

En esta civilización rudimentaria, los conocimientos, la experiencia no podían servir de nada. La religión apenas existía. La magia desempeñaba un papel: el shamanismo estaba desarrollado.[4] La revelación y la iniciación shamánicas tienen lugar en general a una edad poco avanzada, pero los poderes adquiridos no disminuyen con el tiempo. Los viejos shamanes eran los únicos ancianos respetados. La familia era patriarcal. El padre poseía los rebaños. Ejercía sobre sus hijos una autoridad absoluta, podía venderlos o matarlos; era frecuente desembarazarse de las hijas. Si el hijo insultaba a su padre o le desobedecía, éste lo desheredaba. Mientras conservaba el vigor, el padre tiranizaba a la familia. En cuanto se debilitaba, sus hijos le arrebataban sus bienes y prácticamente lo dejaban morir. Maltratados desde su infancia, no tenían ninguna compasión por sus viejos padres. Un yakuta, al que le reprochaban que maltratase a su vieja madre, contestó: "¡Que llore! ¡Que tenga hambre! Me ha hecho llorar más de una vez y yo me quejaba de la comida. Me pegaba por cualquier cosa". Según Trostchansky, que vivió exiliado veinte años entre los yakutas, los viejos eran expulsados de sus casas y reducidos a la mendicidad, o bien los hijos los convertían en esclavos, les pegaban y los obligaban a trabajar duramente. Otro observador, Sieroshevski, informa: "Incluso en casas acomodadas he visto esqueletos vivientes, arrugados, semidesnudos o desnudos del todo, escondiéndose

4 La frontera entre la magia y la religión es bastante incierta. Las dos pretenden dominar fuerzas sobrenaturales. Según Mauss, la religión no las utiliza jamás sino para bien de la colectividad; la magia suele tener una dimensión social, pero también puede desviar los poderes sobrenaturales en beneficio del individuo capaz de captárselos, y a veces de manera maléfica. Según Lévi-Strauss, la religión es una humanización de las leyes naturales, la magia una naturalización de las acciones humanas; son dos componentes que siempre se dan juntos y en los que sólo varía la proporción. Toda magia comporta por lo menos una pizca de religión. La sobrenaturaleza sólo existe para una humanidad que se atribuye poderes sobrenaturales y que presta a la naturaleza los poderes de su sobrehumanidad.

en los rincones, de los que sólo salen en ausencia de los extraños para acercarse al fuego y disputar a los niños los restos de comida". Todavía es peor cuando se trata de parientes lejanos. "Nos dejan morir lentamente en un rincón, de frío, de hambre, no como hombres, sino como animales". Para escapar a esta suerte espantosa solían pedir a sus hijos que los mataran de una cuchillada en el corazón. Penuria de alimentos, bajo nivel de la cultura, odio a los padres engendrado por la severidad patriarcal: todo conspiraba contra los viejos.

Antes de haber recibido la influencia de la civilización japonesa, la situación era análoga entre los ainus del Japón. Su sociedad era también muy rudimentaria: el clima muy frío y la alimentación —sobre la base de pescado crudo— insuficiente. Dormían en el suelo, poseían pocos utensilios, cazaban el oso y pescaban. La experiencia de las gentes de edad les era poco útil. Su religión era un animismo grosero: no había ni templo, ni culto; se limitaban a poner ramas de sauce llamadas *inao* en honor de los dioses, y consideradas sagradas. Conocían algunos cantos, pero no tenían ni fiestas ni ceremonias. Su distracción principal y casi única era emborracharse. Los viejos no tenían, pues, tradiciones que transmitir. Las madres descuidaban a sus hijos, que después de la pubertad no les manifestaban ya el menor apego. Cuando los padres eran viejos, nadie se ocupaba de ellos. Las mujeres eran tratadas como parias toda su vida, trabajaban duramente y no participaban en las plegarias; su suerte empeoraba con los años. Landor[5] ha contado su visita a una cabaña en 1893: "Al acercarme descubrí una masa de pelos blancos y dos garras, casi como delgados pies humanos con largas uñas ganchudas; había algunas espinas esparcidas por el suelo y suciedad amontonada en ese rincón; el olor era espantoso. Oí una respiración bajo esa masa de pelos. Los toqué,

5 *Alone with the hairy Ainu*. El libro de Batchelor, más benevolente que el de Landor, traza de los ainu poco más o menos el mismo cuadro.

los aparté y con un gruñido dos delgados brazos huesudos se tendieron hacia mí y aferraron mi mano... la mujer no tenía más que la piel y los huesos, y sus largos cabellos y largas uñas le daban un aspecto aterrador... Era casi ciega, sorda, muda; sufría al parecer de reumatismo que le había dejado rígidos los brazos y piernas; tenía señales de lepra. Era horrible, repugnante y humillante mirarla. No era ni maltratada ni cuidada por la aldea o por su hijo que vivía en la misma cabaña; pero era un objeto arrumbado, y la trataban en consecuencia; de vez en cuando le arrojaban un pescado".

La miseria, cuando es extrema, es un factor determinante: sofoca los sentimientos. Los sirionos, que viven en la selva boliviana, no matan jamás a sus recién nacidos aunque muchos de ellos sean zopos; aman a sus hijos, que les corresponden. Pero esta tribu seminómade está constantemente amenazada de hambre. Viven en estado salvaje, casi desnudos, sin ornamentos, sin instrumentos; duermen en hamacas, fabrican arcos, pero no poseen canoas y se desplazan a pie. Ya no saben siquiera encender el fuego: lo transportan consigo. No tienen animales domésticos. Durante la estación de las lluvias se meten en chozas polvorientas; cultivan algunas plantas pero comen sobre todo legumbres y frutos silvestres. En la estación seca pescan y cazan. No tienen mitos, no tienen hechicería, no saben ni contar ni medir el tiempo. No tienen organización social ni política; nadie administra la justicia. Se pelean enormemente por cuestiones de alimentos, cada uno lucha por su vida. Esta existencia es tan penosa que desde los 30 años las fuerzas disminuyen; a los 40 están gastados. Entonces los hijos descuidan a sus padres; en las distribuciones de alimentos los olvidan. Las gentes de edad caminan lentamente, son un impedimento en las expediciones. Holmberg cuenta que la víspera de un desplazamiento colectivo "me llamó la atención una vieja que estaba acostada, enferma, en una hamaca, demasiado mal para hablar. Le pregunté al jefe de la aldea qué iban a hacer con ella. El jefe me remitió al marido, que me dijo que la dejarían

morir allí... Al día siguiente toda la aldea partió sin despedirse siquiera de ella... Tres semanas más tarde... encontré la hamaca y los restos de la enferma".

Menos desposeídos que los sirionos, los fangs, unos 127.000, instalados en la parte superior del Gabón, viven casi todos en la inseguridad. Más o menos evangelizados y aculturados por los blancos, están en una fase de transición entre las costumbres que han perdido y que ya no les convienen y una ética moderna que todavía no está elaborada.

Durante mucho tiempo han subsistido gracias a las conquistas guerreras y económicas; los viejos detentaban el poder político, pero el que dirigía las expediciones era un consejo de jóvenes. La movilidad que éstas imponían impidió el establecimiento de una organización jerárquica; por eso constituyen aún hoy una sociedad en que los jefes cambian incesantemente. Se distribuyen en varias aldeas que se desplazan a menudo. En la actualidad sus principales actividades son la caza y la pesca. Existe también un campesinado sedentario, que cultiva sobre todo el cacao y goza de cierta prosperidad. En todas esas comunidades, los más honrados son los más ricos. Su religión —en gran parte destruida por el cristianismo— se fundaba en un culto rendido a los antepasados por intermedio de sus cráneos, que se conservaban en una cesta; la posesión de la cesta confería el poder; se obtenía ya fuese por filiación, ya gracias a aptitudes intelectuales y morales; la edad era una ventaja, pero menor que las aptitudes, a condición de no ser demasiado avanzada. El jefe de familia es el mayor de los adultos activos. Los viejos padres viven con él y conservan cierta autoridad moral mientras siguen siendo "verdaderos hombres", "verdaderas mujeres". Sin embargo, las mujeres nunca tienen mucha: son puros instrumentos de reproducción y de producción; una vez viejas, las consideradas hechiceras son temidas, lo cual amenaza en volverse contra ellas; su declinación comienza muy pronto: en cuanto no pueden tener más hijos. En cambio, el hombre llega a su apogeo cuando tiene nietos que viven bajo su techo,

alrededor de los 50 años. Después, cuando sus fuerzas disminuyen, los viejos pierden todo prestigio. Los fangs consideran que la vida humana sigue una curva ascendente de la infancia a la madurez; luego desciende hasta el nivel más bajo, para volver a subir más allá de la muerte. La riqueza, los conocimientos mágicos pueden compensar la disminución senil. Pero en conjunto se aparta a los viejos de la vida pública; llevan una existencia marginal y no se tiene ninguna consideración con ellos. Decrépitos, se los desprecia al punto de que después de su muerte su cráneo no es utilizado en las ceremonias del culto. Si no tienen hijos su condición es muy dura. Incluso los convertidos al cristianismo son muy descuidados y miserables, sobre todo las viudas. En otros tiempos eran abandonados en la selva durante las migraciones. Ahora, cuando la aldea se traslada, cosa frecuente, los dejan detrás, en la indigencia más completa. Los viejos aceptan su suerte y dicen que incluso bromean. Algunos se declaran "fatigados de la vida" y se hacen quemar vivos. A veces sus herederos se desembarazan de ellos.

Los thongas no son nómades; estos bantúes están instalados en la costa oriental de África del Sur, en las tierras áridas. La población está dispersa. El suelo pertenece al jefe, que lo distribuye a los miembros de la comunidad; cada uno es miembro absoluto de los frutos del trabajo que él mismo ejecuta o que lo hace ejecutar por sus esposas, pues hay gran cantidad de tareas ritualmente reservadas a las mujeres. Cultivan maíz, frutas y legumbres; crían bueyes y cabras. Cazan y pescan. Hacen un poco de escultura en madera y cerámica. Su folclore se compone de danzas y cantos. Conocen períodos de abundancia pero también hambrunas debidas a las inundaciones o a las mangas de langosta. Las comidas se hacen en común. Se sirve primero a los maridos, después a los niños y luego a las mujeres; en principio se comparte con los inválidos y los viejos. Éstos son poco considerados. Económicamente desposeídos, no inspiran ningún afecto. Los niños viven de los 3 a los 14 años con sus abuelos, que los dejan crecer al azar; tienen siem-

pre hambre, roban y la iniciación de los varones es una prueba muy severa. Después los jóvenes de ambos sexos viven juntos en una choza que les está reservada. Tienen pocos vínculos con sus padres y son rencorosos con la generación que los ha criado con negligencia. Al llegar a la edad adulta se muestran groseros con los viejos. Los niños, condenados a cohabitar con sus abuelos, no aman a los viejos, se burlan de ellos y se comen su parte. Los thongas no tienen casi ninguna tradición cultural y social: la memoria de los ancianos no sirve, pues, para nada. La religión es rudimentaria. En la familia, el hermano mayor es el que hace sacrificios a los antepasados; éstos aparecen a veces en sueños; se los interroga por medio de "huesos adivinatorios". Las mujeres viejas cantan y danzan en ciertas ceremonias, de manera a menudo obscena. Ya no están sometidas a ciertos tabúes: sólo ellas y las niñas impúberes pueden comer la carne del ciervo muerto en sacrificio. Unas y otras escapan a la maldición de su sexo sin pertenecer sin embargo a la comunidad de los hombres. Debido a esta situación singular la mujer vieja no tiene por qué temer ciertos peligros sobrenaturales: a ella hay que dirigirse para purificar la aldea y las armas de los guerreros. Pero cuando ya no puede trabajar la tierra —se empeña hasta que las fuerzas la abandonan— se convierte en una carga, su decrepitud es despreciada. En las ceremonias muchas veces ofician hombres de edad. Esto no basta para conferirles prestigio. Los thongas más respetados son los más gordos, los más fuertes, los más ricos; para enriquecerse se casan con varias mujeres, porque ellas son sobre todo las que trabajan; entonces el esposo tiene alimentos en abundancia, ofrece festines a sus hijos, recibe a extranjeros, es admirado, honrado y tiene mucha influencia. Pero cuando un individuo ha visto morir a sus esposas, cuando está arrugado, reseco, debilitado, pobre, no es más que un desecho y un fardo que se soporta con impaciencia. Es raro que sus hijos les manifiesten cierto apego. En conjunto su condición es muy desventurada y se lamentan de ella. Cuando la aldea se desplaza, los viejos quedan abandonados.

Durante las guerras mueren en gran cantidad. En los momentos de pánico, mientras que los demás huyen, ellos se esconden en el bosque, y o bien el enemigo los encuentra y los mata, o bien se mueren de hambre.

Sin embargo, en la mayoría de las sociedades no se deja que los viejos mueran como los animales.[6] Su muerte es rodeada de un ceremonial, y se les reclama o se finge pedirles su consentimiento. Así ocurría,[7] por ejemplo, entre los koryakes que vivían en Siberia del Norte, en condiciones tan severas como los yakutas. Su único recurso eran los rebaños de renos que apacentaban a través de la estepa; los inviernos son rigurosos, las largas marchas agotan a las gentes de edad. Era raro que alguno de ellos deseara sobrevivir a la desaparición de sus fuerzas. Los mataban, como se mataba también a los incurables. Esto parecía tan natural que los koryakes se jactaban expresamente de su tino: indicaban los lugares del cuerpo en que un lanzazo o una cuchillada eran fatales. El asesinato se ejecutaba en presencia de toda la comunidad, después de largas y complicadas ceremonias.

Entre los chuchkees, tribus de Siberia que tenían relaciones con los traficantes blancos, los que vivían de la pesca llegaban a duras penas a alimentarse. Mataban al nacer a los niños deformes o que parecían difíciles de criar. Algunos viejos habían conseguido comerciar y juntar un pequeño capital; ésos eran respetados. Los otros constituían una carga, y se les hacía llevar una existencia tan penosa que era fácil convencerlos de que escogieran la muerte. Se daba en su honor una gran fiesta en la que participaban: se comía foca, se bebía whisky, se cantaba, se

6 En su obra de síntesis publicada en 1945 —*The role of the aged in primitive society*—, Simmons indica que, de 39 tribus estudiadas desde este punto de vista, la negligencia y el abandono de los viejos eran corrientes en 18, no sólo entre los nómades sino también en las sociedades sedentarias.

7 Es muy deficiente la información sobre la condición actual de los primitivos que viven en Siberia.

tocaba el tambor. El hijo o un hermano más joven se deslizaba detrás del viejo y lo estrangulaba con una espina de foca.

Entre los hopis, los indios creeks y crows, entre los bosquimanos de África del Sur, era costumbre acompañar al viejo a una choza construida a propósito apartada de la aldea, dejar un poco de agua y de alimento y abandonarlo. Entre los esquimales, cuyos recursos son muy precarios, se pide a los viejos que vayan a acostarse en la nieve y esperen la muerte, o durante una expedición de pesca, los dejan olvidados en un banco de hielo; o bien los encierran en un iglú donde se mueren de frío. Los esquimales de Ammassalik, en Groenlandia, tenían costumbre de darse la muerte cuando sentían que eran una carga para la comunidad. Una noche hacían una especie de confesión pública y dos o tres días después subían en su kayak y abandonaban la tierra para no volver jamás.[8] Paul-Émile Víctor cuenta que un inválido, incapaz de ocupar su kayak, había pedido que lo arrojaran al mar, pues la muerte por inmersión es el camino más corto para ir al otro mundo. Sus hijos así lo hicieron, pero retenido por sus ropas, flotaba. Una de sus hijas, que lo quería mucho, le dijo con gran ternura: "Padre, hunde la cabeza, el camino será más corto".

Muchas sociedades respetan a las gentes de edad mientras lúcidas y robustas, pero se desembarazan de ellas cuando se ponen decrépitas y chochas. Así ocurre entre los hotentotes, que llevan en África una vida seminómade. Cada familia posee su choza, sus rebaños y los vínculos entre sus miembros son estrechos. Las palabras "abuelo", "abuela" son términos de amistad que se utilizan con prescindencia de todo parentesco: las sagas, los cuentos revelan la reverencia que inspiran las gentes de edad. Los hotentotes decaen muy pronto: son viejos a los 50 años. Entonces no pueden trabajar más y son mantenidos. Su experiencia, su saber, beneficia a la comunidad. El Consejo los

---

8 Según R. Gessain.

consulta y tiene en cuenta su opinión. Su edad los protege de las potencias sobrenaturales, lo que les permite desempeñar en la vida social un papel singular y muy importante. Presiden, en particular, los ritos de pasaje. El individuo que se encuentra en una situación de transición —viudez reciente, convalecencia— no pertenece ya a ningún grupo; está en peligro y es peligroso; es *inau*. Sólo las gentes que han atravesado todas las edades de la vida, que están más allá del bien y del mal, pueden acercársele impunemente y reintegrarlo a la comunidad. Pero además tienen que ser de la misma categoría que el *inau*: el viudo se ocupará del viudo; el que ha estado gravemente enfermo y se ha curado, del convaleciente. Para la iniciación de los adolescentes todos los viejos están calificados. Así, gracias a ellos, se mantiene la cohesión de la comunidad. Ello no obsta a que cuando la pérdida de sus facultades los hace inútiles, sean descuidados. Asimismo —por lo menos hasta principios del siglo pasado—[9] los hijos solicitaban el derecho de librarse de ellos, y siempre eran autorizados. El hijo ofrecía un festín a la aldea que se despedía del viejo; lo izaban sobre un buey y una escolta lo conducía a una choza apartada. Allí lo abandonaban con un poco de alimento. Se moría de hambre o lo mataban los animales salvajes. Ésta era la costumbre entre los pobres, pero a veces también entre los ricos porque se atribuían a los viejos poderes mágicos —a las mujeres sobre todo— y se les tenía miedo.

Los ojibwas del Norte, que viven cerca del lago Winnipeg, están hoy muy influidos por la civilización blanca. Pero a principios de siglo conservaban todavía sus antiguas costumbres y había un notable contraste entre la condición de los hombres de edad, todavía robustos, y la suerte de los "decrépitos". Viven en una región donde los inviernos son fríos, pero el clima es salubre, el suelo rico: arroz, legumbres, frutas. Las familias se

9 Los relatos que se refieren a esta costumbre son anteriores a 1900.

reúnen en el verano en campamentos de 50 a 200 personas y se dispersan en pequeños grupos en invierno para cazar los animales de pelo cuyas pieles venden. Los niños son muy bien tratados; los destetan a los 3 o 4 años y las madres los llevan a todas partes. Se les demuestra mucha ternura; no son castigados jamás; viven con toda libertad. De una manera general, en esta sociedad nadie maltrata a nadie. Los enfermos son cuidados pacientemente. La preocupación de no ofender al vecino procede en parte de la desconfianza que inspira: se teme la hechicería. La religión tiende sobre todo a proteger contra los maleficios y a servir a los intereses individuales.

Los abuelos viven habitualmente con los padres y los aconsejan. Uno de ellos es el que da el nombre al recién nacido. Tienen con sus nietos "relaciones de bromas"; los abuelos como iguales a sus nietos, las abuelas a sus nietas; se hacen bromas, se prestan servicios. Eso no impide a los niños el respetarlos; se les enseña a honrar a todos los ancianos. Éstos forman parte del Consejo al igual que los adultos, que les manifiestan deferencia. Sin embargo, en algunas tribus existe una "gran sociedad de medicina" que estudia las hierbas; se cree que algunas de ellas procuran salud y longevidad. Los jóvenes son introducidos e iniciados en ella por los viejos. Se considera que éstos tienen grandes poderes mágicos y pueden ser peligrosos. Ofician a veces como sacerdotes. Entre ellos se eligen los "voceros" que por las noches anuncian el programa de trabajo del día siguiente y dan consejos. Se admira la longevidad mientras va acompañada de buena salud. Se cree que se la obtiene mediante la virtud y las hierbas.

Cuando llegan a la extrema vejez y la impotencia, hay grandes diferencias de trato según las familias, pero suele suceder que los viejos sean descuidados e incluso que los jóvenes les roben los alimentos que les están destinados. Se piensa que han perdido su poder mágico, ya no se les teme. A veces eran abandonados en una choza, apartada de la aldea, o en una isla desierta. Si alguno de sus parientes quería socorrerlo, era objeto de burlas,

se lo impedían. En general, los viejos preferían que los mataran solemnemente. Se daba una fiesta, se fumaba la pipa de la paz, se cantaba un canto de muerte, se bailaba, se volvía a cantar y el hijo mataba a su padre de un golpe de tomahawk.

Los etnólogos pretenden que los viejos se resignan fácilmente a la muerte que les es infligida: es la costumbre, sus hijos no pueden obrar de otra manera; quizás ellos mismos mataron antes a sus propios padres, e incluso se sienten honrados por la fiesta que se desenvuelve en su honor. ¿Hasta qué punto se justifica este optimismo? Es difícil saberlo. Los documentos sobre esta cuestión son sumamente escasos. He encontrado dos. El primero es la hermosísima novela japonesa *Narayama*, en la que, inspirándose en hechos reales, Fukasawa evoca el fin de una mujer vieja. En ciertos lugares del Japón y hasta épocas recientes, las aldeas eran tan pobres que para sobrevivir era forzoso sacrificar a los viejos: los trasladaban a montañas llamadas "de la muerte" y los abandonaban allí.

Al comienzo del relato, O'Rin, una anciana casi septuagenaria, de una abnegación y una piedad ejemplares, a quien su hijo Tappei adora, oye cantar en la calle el canto de Narayama;[10] la canción dice que cuando pasan tres años se envejecen tres años: es para dar a entender a los viejos que el momento de la "peregrinación" se acerca. La víspera de la fiesta de los muertos, los que deben "ir a la montaña" convocan a las gentes de la aldea que ya han conducido a sus padres; es la única gran fiesta del año; se come arroz blanco, el más precioso de los alimentos, se bebe vino de arroz. O'Rin decide celebrarla ese mismo año. Todos sus preparativos están listos y además su hijo vuelve a casarse; tendrá una mujer para ocuparse de la

---

10 Es el nombre de la montaña donde se abandona a los viejos: la montaña de los pinos.

casa. Ella es todavía vigorosa, trabaja, conserva todos los dientes; esto es para ella una preocupación: en una aldea donde faltan alimentos, es una vergüenza a su edad poder devorar cualquier cosa. Uno de sus nietos ha compuesto una canción en la que se burla de ella llamándola vieja de los treinta y tres dientes y todos los niños la canturrean. Consigue romperse dos con una piedra pero las burlas no cesan. El mayor de sus nietos se casa; ahora que hay dos mujeres jóvenes en la casa se siente inútil y piensa cada vez más en la peregrinación. Su hijo y su nuera lloran cuando les anuncia su decisión. Se celebra la fiesta. O'Rin espera que allá arriba caiga la nieve; eso querrá decir que será bien acogida en el más allá. Al alba se instala en una tabla que Tappei lleva sobre sus espaldas. Siguiendo la costumbre, salen de la aldea a escondidas y sin cambiar una palabra. Ascienden la montaña. Al acercarse a la cumbre, se ven al pie de las rocas cadáveres y esqueletos. Los cuervos planean. La cima está cubierta de osamentas. El hijo deposita en el suelo a la vieja; ella extiende al pie de la roca una estera que ha traído, deposita en ella una bola de arroz y se sienta. No pronuncia una palabra, pero hace grandes gestos para echar a su hijo. Éste se aleja llorando. Mientras baja, empieza a caer la nieve. Vuelve sobre sus pasos para avisar a su madre. Nieva también en la cima, la vieja está toda envuelta en copos blancos, y salmodia una plegaria. El hijo le grita: "Está nevando; la suerte es buena". Ama tiernamente a su madre, pero el amor filial se desarrolla en el marco que le proporciona la sociedad; si la necesidad ha impuesto esta costumbre, trasportando a O'Rin a la cima de la montaña, él demuestra ser un hijo abnegado.

En contraste con esta muerte conforme a la tradición y bendecida por los dioses, la novela cuenta la del viejo Matayan, que pasa de 70 años pero que no prepara su partida a la montaña. Sin embargo, su hijo quiere desembarazarse de él. El día de la fiesta de Narayama lo ata con una cuerda de yute. El padre corta la cuerda con los dientes, rompiendo así

la "relación" con su hijo, con la comunidad y con los dioses. Huye, pero su hijo lo atrapa. Al día siguiente, cuando Tappei vuelve a bajar, ve al borde de un precipicio al viejo atado de la cabeza a los pies: su hijo lo arroja al abismo como si fuera una bolsa vieja y los cuervos caen sobre el valle. Es una muerte ignominiosa. El hijo ha obrado como un criminal, pero el padre merecía esa suerte por pretender sustraerse a la costumbre querida por los dioses.

Quisiéramos saber si es frecuente o no que los viejos sacrificados reaccionen a la manera de Matayan, es decir, con el miedo y la rebeldía. Si Fukasawa le concede un lugar tan importante en su novela es porque su actitud no debía de ser excepcional sino representativa. Quizá la excepción era la sumisión edificante de O'Rin.

Hay una prueba conmovedora de que los viejos han maldecido muchas veces su desdichada suerte: la epopeya de los nartes nacida hace mucho tiempo entre los osetas, y que la tradición oral ha transmitido a los cherkeses. Ciertos pasajes[11] describen la angustia de los viejos ante la ejecución que los amenazaba. Los nartes eran los antepasados míticos de los osetas, que les atribuyeron sus propias costumbres. Según la epopeya de los nartes, éstos estaban distribuidos en tres familias, instaladas desde la cima hasta el pie de una montaña. Los de arriba eran guerreros, los de abajo "ricos". En la mitad del flanco se encontraban los alaegatae, caracterizados por su inteligencia y que detentaban las dignidades más elevadas. Todos los nartes se reunían para deliberar entre ellos sobre cuestiones de interés público y en banquetes de carácter religioso. En el curso de la fiesta, los viejos de las tres familias designados por la "asamblea del asesinato de los viejos" eran eliminados. Los envenenaban o mataban a golpes. Plinio el Viejo y Pomponio Mela cuentan que entre los escitas, emparentados con los

11 Citados por Dumézil en *Mythes et épopée.*

osetas del norte, se practicaba el asesinato de los viejos. Si la *satietas vitae* no los inducía a saltar al mar desde lo alto de cierto peñasco, entonces los precipitaban a la fuerza. La epopeya narte describe un caso análogo de muerte voluntaria: "Urizmaeg había envejecido. Se había convertido en el hazmerreír de los jóvenes nartes que le escupían y limpiaban en sus ropas la suciedad de sus flechas. Urizmaeg resolvió morir. Degolló a su caballo, mandó hacer un odre con la piel, se metió adentro y lo arrojaron al mar". Pero de ordinario los viejos no estaban de acuerdo con que los mataran; sufrían la ley común fundada en la religión y en el derecho. Los viejos eran respetados y desempeñaban una función importante; pero cuando llegaban a una edad muy avanzada, los nartes, cuenta la epopeya, "los ataban en una cuna como a un niñito y para dormirlos les cantaban la canción de cuna".

La nuera al suegro:
Duerme, duerme, mi príncipe padre,
duerme, duerme, papito mío.
...Si no duermes, papito mío,
te haré llevar al país de los aleg.

La nuera a la suegra:
Duerme, duerme, mi princesa,
duerme, duerme, princesa mamá.
Si no duermes, mi vieja mamá,
te haré llevar al país de los aleg.

La vieja:
¡No me hagas llevar al país de los aleg, ah mi princesa [de oro!

Allí matan a los viejos...

En otra escena, un viejo dialoga con su mujer.

La mujer:
¡Mala la nuera la que hace sufrir!
¡Con tal de que no te lleven al país de los aleg!
A los que llevan al país de los aleg
los arrojan desde lo alto de la montaña al valle.

El marido:
¡Cierra la boca por una vez!
Si no han pensado en llevarme, conseguirás que me lleven.
Lo que se repite muchas veces, sucede, dicen.
¡Ah, si hubiera podido escapar de ti de una buena vez!
(A los hombres que vienen justamente para llevarlo:)
A las fauces de las fieras para que me coman.

Otra escena cuenta la última querella de los viejos esposos:

"El jefe de la asamblea de los matadores de viejos preguntó: '¿Cuál es el más viejo de ustedes dos?' 'La vieja, naturalmente, es la más vieja' dijo el hombre entre dientes. Entonces la viejita no aguantó más y estalló, agitándose para romper las correas de la cuna: '¡Ah! ¡Dios me ha castigado! ¿Es posible decir lo que estás diciendo? Cuando llega el momento de ser eliminado, dice que soy yo la más vieja... Si no me creen, mírennos los dientes: los míos todavía no se han caído, los de él se han ido yendo de a dos, de a tres...'

"Cuando la asamblea les miró los dientes, decidió que el marido era el más viejo. Se lo llevó, gruñendo, le hicieron beber cerveza y lo arrojaron al valle".

Los osetas de hoy, que respetan a los viejos, han modificado ciertos episodios de la epopeya. Se presentan los asesinatos de ancianos como conjuraciones criminales y no como la aplicación de una costumbre ancestral. En medio del festín llega un joven héroe que salva al viejo.

Existen poblaciones muy pobres donde no se elimina a los ancianos; es interesante, comparándolos con los ejemplos precedentes, comprender de dónde proviene esta diferencia. Contrariamente a los del litoral, los chuchkees del interior respetan a los viejos. Como los koryakes, apacientan los rebaños de renos a través de las estepas del norte; su existencia es tan ruda que llegan muy rápido a la decrepitud, pero el debilitamiento senil no entraña una decadencia social. Los lazos de familia son muy estrechos. El padre es el que gobierna y posee los rebaños cuya propiedad conserva hasta la muerte. ¿Por qué le es otorgado ese poder económico? Evidentemente es porque de una u otra manera los intereses del conjunto de la propiedad resultan favorecidos, ya sea porque los adultos más jóvenes rechazan la idea de verse un día desposeídos, ya sea porque así se garantiza una estabilidad social que consideran conveniente. En particular —y quizás es éste el caso— el anciano desempeña a menudo una función muy importante en las prestaciones matrimoniales; poseer rebaños —o tierras— significa que está encargado de distribuirlos entre sus yernos y sus hijos según la costumbre. No es el caso, pues, de que ninguno de ellos se los arrebate, como sucede en pueblos tan rústicos como los yakutas. Como quiera que sea, las riquezas que el anciano detenta le confieren un gran prestigio. Suele ocurrir que aun casi chocho siga dirigiendo el campamento: decide las migraciones y el emplazamiento del campamento de verano. Cuando cambian de campamento, los viejos se sientan en los trineos con los demás; si falta la nieve, los jóvenes los transportan sobre sus hombros. Uno de ellos, cuenta Bogoras, iba todas las primaveras al río Wolverene a comprar utensilios a los comerciantes de las aldeas árticas. Compraba a tontas y a locas, trayendo cuchillos de mesa en lugar de cuchillos de caza. Los jóvenes se reían: "¡Viejo loco!... Y bueno, es un viejo". Bogoras cita el caso de un sexagenario cojo, que usaba muletas y era amo del rebaño y de la casa. Iba todos los años a la feria y gastaba casi todo su dinero en alcohol. No por eso era menos respetado.

Los yaganes, unos 3.000 que viven[12] en la costa de Tierra del Fuego, figuran entre los pueblos más primitivos que se conozcan: ni hachas ni anzuelos ni utensilios de cocina ni alfarería. No juntan provisiones[13] y están obligados a vivir al día; no tienen ni juegos ni ceremonias ni verdadera religión: solamente una vaga creencia en un ser supremo y en el poder de los shamanes. Poseen sin embargo perros y canoas. Viven sobre el agua como nómades, cazando y pescando. Son de salud robusta, pero su condición es extremadamente precaria; casi siempre tienen hambre y se pasan el tiempo buscando alimentos. Están distribuidos en familias conyugales que durante los períodos de inactividad se agrupan en campamentos pero que no gobierna ninguna autoridad superior. Nadie administra justicia. Tienen muchos hijos, es su razón de vivir y los adoran; los abuelos también quieren a sus nietos. Sólo se practica el infanticidio si la madre ha sido abandonada por su marido, o si el recién nacido es deforme, anormal; el caso es muy raro. Niños y niñas son muy bien tratados, aman tiernamente a sus padres y en el campamento insisten en vivir en la misma choza que ellos. Este amor persiste cuando los padres son muy viejos y todas las gentes de edad son respetadas. El alimento es compartido por toda la comunidad; los viejos son servidos primero y se les da el mejor lugar en la choza. Nunca se los deja solos, siempre hay uno de sus hijos para cuidarlos. Nadie se burla jamás de ellos. Se escucha su opinión. Si son inteligentes y honestos, tienen una gran influencia moral. Hay ancianas viudas que son jefes de familia y son obedecidas estrictamente. La experiencia de las gentes de edad sirve a la comunidad: saben cómo procurarse alimentos y ejecutar las tareas domésticas.

12 Los describo en presente, pero actualmente han desaparecido. Estas observaciones datan de fines de siglo.

13 Juntar alimentos implica ya un grado bastante alto de civilización. La comunidad puede proponerse otros fines que la subsistencia. Se verá que los incas tenían inmensos graneros.

Ellos son los que transmiten y hacen respetar la ley no escrita. Dan el buen ejemplo, morigeran y si es necesario castigan a los que se comportan mal.

Esta condición se inscribe en un conjunto armonioso. Los yaganes están notablemente adaptados a su riguroso medio. Aman la sociedad de sus semejantes, se frecuentan entre sí, se ayudan y acogen de buena gana a los extranjeros. La lucha por la vida entre ellos es difícil, pero desprovista de aspereza egoísta. Llegan a practicar la eutanasia para abreviar los sufrimientos de un moribundo. Pero es preciso que su condición sea desesperada y que todo el mundo esté de acuerdo.

Los observadores que han descripto las costumbres de los yaganes no han explicado su carácter idílico. Pero el hecho es que su caso no es único. Entre los aleutianos también, a pesar de la precariedad de su condición, la suerte de los viejos es afortunada. La razón reside sin duda en el valor que se reconoce a su experiencia y sobre todo en el amor recíproco que une a padres e hijos. Los aleutianos son mogoles bien constituidos y robustos, que viven en las islas Aleutianas. Se desplazan en canoas y viven de la pesca; comen ballena y cabezas de pescado fermentadas. No hacen provisiones y, aunque tengan pocos alimentos, los derrochan; son resistentes y pueden prescindir de ellos durante días. Los comparten con toda la comunidad. Viven en chabolas. En sus trabajos son lentos, pero diestros e infatigables. Tienen buena memoria; son capaces de imitar la artesanía rusa y de jugar al ajedrez. Algunos observadores los han juzgado perezosos: es porque no tienen los mismos valores que las sociedades mercantiles; no desean juntar bienes; se respeta a los ricos a causa de la habilidad técnica que les ha permitido enriquecerse, pero no por sus posesiones. Sin embargo, las joyas de las mujeres son muy costosas; hacen a veces grandes expediciones en busca de cristal de roca u otros minerales preciosos. Dan fiestas: danzas, representaciones, festines. Tienen poca religión, pero creen en el poder de los shamanes. Entre ellos el infanticidio es muy raro. Sienten un

profundo amor por los niños: hacen todo por ellos, les dan lo mejor que tienen. Ocurre que un hombre se mate de desesperación si pierde un hijo o un sobrino. Recíprocamente, los hijos adoran a sus padres y se empeñan en endulzar sus últimos años; abandonarlos es un deshonor; es un deber ayudarlos, compartirlo todo con ellos, si es necesario sacrificarse por ellos en particular. Son abnegados con la madre, aunque sea inválida y decrépita. El que trata bien a sus padres, el que escucha sus consejos, será recompensado: la pesca será fructífera y llegará a viejo. Llegar a viejo es dar un gran ejemplo a la posteridad. Los muy ancianos instruyen a la juventud; en cada aldea había un viejo o dos que educaban a los jóvenes; se los escuchaba con respeto, aunque chochearan. Son los encargados de velar por el calendario (cambian de lugar el fósforo que indica el día del mes). Las mujeres de edad cuidan a los enfermos: se confía en ellas. En conjunto, se ha establecido un feliz equilibrio entre la economía y el amor filial. La naturaleza ofrece recursos suficientes para que los padres puedan alimentar bien a sus hijos y para que tengan tiempo de ocuparse de ellos; recíprocamente, éstos no permiten que sus viejos padres carezcan de nada.

Las sociedades que hemos examinado hasta ahora sólo tienen técnicas rudimentarias; la religión e incluso la magia ocupan en ellas poco lugar. Cuando la vida económica requiere un saber más rico, cuando la lucha contra la naturaleza es menos áspera y permite tomar a su respecto cierta distancia, la magia, la religión se desarrollan; la función del anciano se hace entonces más compleja: puede detentar grandes poderes. El caso más típico es el de los arandas que, antes de la llegada de los misioneros, habían establecido una verdadera gerontocracia. Los arandas son cazadores colectores que viven casi desnudos en las selvas de Australia. En general están bien alimentados, aunque conocen períodos difíciles. Cada familia se compone de un hombre, una o varias esposas, niños y perros; grupos

totémicos reúnen a varias familias. Se practica el infanticidio cuando la madre es incapaz de criar al recién nacido porque alimenta a otro; se mata a los recién nacidos;[14] a veces se llega a matar a un niño pequeño para alimentar con sus restos a otro de más edad y de salud precaria (y la madre participa en el festín). Pero los niños que se conservan son muy bien tratados. Las madres son muy generosas. Nunca niegan el pecho al lactante y lo destetan muy tardíamente; se deja a los niños en gran libertad, sólo a una edad avanzada son obligados a respetar los tabúes sexuales. Pero la iniciación es muy dolorosa. Los miembros de la comunidad más respetados son los "hombres de cabellos grises". Los "casi muertos", demasiado decrépitos para llevar una vida consciente y activa, son bien alimentados, cuidados, acompañados,[15] aunque ya no tengan influencia. En cambio, los "entrecanos" desempeñan un papel de primer plano. Su experiencia práctica es necesaria para la prosperidad del grupo. En efecto, los cazadores colectores necesitan saber una cantidad de cosas: lo que es comestible y lo que no lo es, en qué signos se reconoce la presencia de los iñames, cómo descubrir las aguas ocultas, cómo preparar ciertos alimentos para quitarles sus características nocivas. Sólo con la práctica prolongada se adquieren ojo y mano. Si además los hombres de edad conocen las tradiciones sagradas —cantos, mitos, ceremonias, costumbres tribales—, entonces su autoridad es inmensa. Entre los primitivos el saber es inseparable de la magia; conocer las propiedades de las cosas permite utilizarlas a la vez según las leyes de causalidad racional y según sus afinidades mágicas; además, las técnicas están indisolublemente ligadas a ritos mágicos sin los cuales serían ineficaces. El saber de los

14 Es una costumbre muy difundida la de matar a los dos mellizos o a uno de ellos. La anomalía asusta.

15 Aunque, como la caza y la recolección exigen desplazamientos incesantes y una gran movilidad, son abandonados cuando se han convertido en un fardo molesto.

"entrecanos" coincide con la posesión de un poder mágico: uno y otro aumentan con la edad. Convertidos en *yenkones*, casi impotentes, alcanzan su apogeo. Son capaces de hacer enfermar a vastos grupos de individuos, por eso son temidos. Ya no están sometidos a los tabúes alimentarios.[16] En efecto, están en cierto modo más allá de la condición humana e inmunizados contra los peligros sobrenaturales que amenazan a ésta. Lo que está prohibido al hombre normal —en su interés propio y en el de la comunidad— ya no les está vedado. Su condición excepcional los designa para cumplir una función religiosa. Aquel que por su edad se acerca al más allá es el mejor mediador entre este mundo y el otro. Las gentes de edad son las que dirigen la vida religiosa, y ésta abarca toda la vida social. Son poseedores de los objetos sagrados utilizados en las ceremonias. Son los únicos que tienen el derecho de tocar los churingas, piedras sagradas que simbolizan a la vez los antepasados míticos y los tótemes. Estas piedras tienen tanto más valor cuanto más antiguas son, porque acercan más la comunidad viviente a los héroes de los tiempos pasados. Los viejos dirigen las ceremonias durante las cuales son expuestas. Se les manifiesta la mayor deferencia: en el curso de esas fiestas, los jóvenes sólo hablan si los viejos les dirigen la palabra. Éstos deben instruir a sus descendientes, les transmiten cantos, mitos, ritos, pero se guardan ciertos secretos.[17] Los jóvenes están sojuzgados por ellos a causa de los ritos de pasaje; les temen. Deben someterse a importantes restricciones de alimentos en beneficio de los viejos. En ciertas tribus les dan sangre para fortalecerlos; se la sacan de una vena del brazo, del dorso de la mano o de debajo de las uñas; con ella se baña el cuerpo de los viejos, que también la beben. Los viejos reciben obsequios de

16 Se encuentra esta característica en muchas sociedades.

17 Para castigar a los jóvenes que trabajan con los blancos se niegan a instruirlos; así es como se han perdido muchas tradiciones.

comida por su conocimiento de las ceremonias, por sus actividades rituales y sus cantos. Su riqueza, su prestigio, los designan para ser los jefes de la comunidad. En principio, el más viejo es el que la dirige. Pero si sus facultades declinan, sólo conserva el poder nominal; poco a poco va sustituyéndolo un suplente más joven. Pide consejo a los hombres de su edad. Aun en las tribus donde la jefatura se transmite por herencia —y donde el jefe puede entonces ser joven— los ancianos son los verdaderos amos. Arbitran en las querellas, indican los lugares donde deben instalarse nuevos campamentos, organizan los festines. Nada puede hacerse sin su consentimiento. Antiguamente, aprovechaban de esta autoridad para acaparar a las mujeres. Exigían que les fueran reservadas todas las doncellas. El móvil no era tanto sexual como económico y social. Las muchachas deben casarse apenas llegadas a la pubertad y los muchachos tienen que esperar la iniciación. El anciano y su vieja esposa tienen interés en hacerse alimentar por una mujer joven. La vieja dice: "El pobre viejo debe tener una esposa joven que vaya a buscarle miel y agua". Los jóvenes no encontraban con quién casarse.

Técnica, magia, religión constituyen lo esencial de la cultura en las sociedades primitivas. Esos tres campos están íntimamente ligados, pues la magia se emparienta a la vez con la técnica y con la religión. Estas últimas son benéficas para la comunidad, en cambio la magia es ambivalente. Entre los arandas, el "entrecano" triunfa en los tres campos. Es precioso porque detenta el saber y es apto para las funciones religiosas. Por sus poderes mágicos inspira a la vez respeto y temor.

Entre los zandas del Sudán se encuentra un esquema análogo, pero la magia predomina y el hombre de edad funda su dominio sobre todo en el miedo. Viven en la sabana, de la caza, la pesca, la recolección de frutos, el cultivo de maíz, mandioca, batatas, bananas. La caza es abundante. Tienen una artesanía bastante desarrollada. Creen en un dios, Mbori. Pero su preocupación más constante es la hechicería. Piensan que cada

individuo posee un poder que llaman *mangu*, sustancia que tiene una relación con el hígado y que aumenta con los años. Los hombres de edad poseen, como entre los arandas, conocimientos útiles y son también los hechiceros más poderosos; tienen menos escrúpulos que los otros en usar maleficios pues la proximidad de la muerte los hace más indiferentes a riesgos de represalias. El resultado es que la dirección de la comunidad está entre sus manos. Se les pide que bendigan las expediciones de caza; fracasarían si les hicieran mal de ojo. Para comprar su benevolencia se les distribuyen piezas de caza cuando ésta ha sido fructífera. En otros tiempos el hijo estaba estrechamente subordinado al padre. Los viejos aprovechaban la situación para acaparar a las mujeres, tanto que a un joven le resultaba difícil casarse. En este plano las cosas han cambiado un poco, como resultado del contacto con los blancos.

Bajo la influencia de estos últimos las creencias de la joven generación y las de la vieja son diferentes. Ésta atribuye siempre la muerte a un maleficio. Cuando el muerto es muy viejo, se piensa que ha agotado el tiempo que le estaba asignado con la tierra y que ha bastado un *mangu* muy débil para matarlo. A veces se atribuye la muerte a Dios. Se dice: "Mbori se lo ha llevado"; la vida es comparable a un palo que Mbori roe poco a poco; llegado al fin, el hombre expira, pero no sin la intervención de un hechicero del que la familia trata de vengarse. Sin embargo, los jóvenes vinculan la muerte con la decrepitud. Dicen del muerto: "Se ha comido su parte". Creen en la hechicería, pero la muerte de un viejo les parece natural, no merece que se hagan historias. Lo dicen en privado con cinismo, mientras cumplen con sus deberes públicos con los muertos.

El papel de la magia es considerable entre los indios del Gran Chaco —chorotes, matacos, tobas— que son tribus seminómades, que viven de los frutos abundantes de la selva y de la cría del avestruz. Se satisfacen con poco y no juntan provisiones porque confían en el mañana: el alimento no les faltará. El jefe es un hombre de edad elegido a la muerte del

jefe precedente por los padres de familia más viejos; su poder es más nominal que real. El viejo tiene influencia sobre todo debido al carácter sagrado que le confiere la edad. Como la subsistencia es fácil, estos indios disponen de tiempo para dar gran importancia a la vida religiosa; los viejos son los que la dirigen. Ya no están sujetos a los tabúes alimentarios. Se los teme por sus poderes mágicos; son capaces de hacer mal de ojo a sus enemigos. Se piensa que después de la muerte se convierten en malos espíritus; cuando estos indios dicen que han visto un espíritu malo es siempre bajo la figura de un viejo. Creen que su nocividad aumenta con los años; cuando el viejo se vuelve débil e impotente lo matan de un flechazo en el corazón y queman su cadáver. Parece que —como en las historias de zombis— se impide que el cuerpo se transforme en fantasma aniquilándolo totalmente.

La relación entre el saber y el poder mágico es muy evidente entre los navajos y asegura a ciertos viejos una gran autoridad. Es ésta una sociedad compleja, de una cultura muy desarrollada en la que ha influido la civilización de los blancos con quienes tienen contactos permanentes.[18] Viven al noroeste de Arizona, en un vasto territorio árido pero fertilizado por riegos y lluvias abundantes. Tienen caballos, rebaños y, según las estaciones, dos o tres puntos donde se reúnen. Es una sociedad de abundancia. Comen pan, carne, conservas compradas a los blancos. Usan hermosos trajes adornados de plata y turquesas; trabajan la plata, tejen, peinan la lana. Poesía, cantos, danzas, artes de imaginación están muy desarrollados entre ellos. La familia es matrilineal y las mujeres gozan de consideración. Sus rebaños suelen ser más importantes que los de sus maridos. Abuelos y nietos tienen relaciones afectuosas; los padres de la madre sobre todo participan en la educación de los hijos. A

18 Les venden los productos de su artesanía, les compran objetos manufacturados, etcétera.

veces, a partir de los 9 o 10 años, éstos viven con sus abuelos y les prestan servicios. El nieto tiene con su abuelo "relaciones de broma". Se desafían a correr, el vencedor gana una silla de montar. Con frecuencia es el joven el que propone la prueba a su abuelo: rodar en la nieve, saltar un foso. Se burla cariñosamente de él.[19] Los abuelos tratan admirablemente a los niños. Pero las tareas a que están obligados suelen provocar resentimiento en estos últimos.

Esta sociedad civilizada y próspera cuida de todos los débiles, los inválidos, los inadaptados. Se ocupa con deferencia de los viejos, aunque sean decrépitos y chochos. Cuando alguno que ha perdido la cabeza abandona su domicilio y vagabundea, lo devuelven a su casa. ¿Pero no hay una descarga que compensa la reverencia que hay que demostrarles? Los jóvenes y los hombres maduros se burlan de los inválidos y farfullantes, pero lo hacen a hurtadillas por temor de que se venguen. En efecto, la edad los hace pasar del terreno profano al sagrado y se les atribuyen grandes poderes sobrenaturales, sobre todo a los hombres. En un proceso de 222 hechiceros, se contaron entre ellos 38 mujeres, todas viejas, y 184 hombres, de los que 122 eran viejos. Todos son temidos. Nadie se atreve a negar hospitalidad a un anciano, por inoportuno que sea. Pero muchos de ellos no tienen ninguna influencia, están al margen de la sociedad. Un viejo ignorante es poco considerado. Se respeta por encima de todo a los cantores capaces de conservar y transmitir la memoria de las tradiciones: cuentos, mitos, ritos, ceremonias, danzas, fórmulas. Se los tiene por seres sagrados que poseen inmensos poderes. Gracias a su memoria garantizan la continuidad de la comunidad a través de las edades. Pero los "cantos" tienen también el valor de conjuros mágicos; provocan la lluvia y el buen tiempo, curan las enfermedades, predicen el futuro. Esos cantos son propiedad

19 Roheim interpreta esta costumbre como una manera de derivar contra el abuelo la agresividad que de ordinario los hijos manifiestan contra el padre.

personal del que los conoce; los jóvenes a quienes les enseña le hacen regalos: caballos, sumas de dinero. Reciben también obsequios cuando utilizan su ciencia en beneficio de mi individuo, un grupo o la colectividad.

En su vejez alcanza el cantor su mayor reputación. Los viejos cantores son, pues, doblemente poderosos: por el número de sus años y por su ciencia. Son los miembros más ricos de la comunidad. Se sitúan en lo más alto de la escala social.

Después de su muerte, el viejo se convierte en un fantasma peligroso: según una creencia común a todos los primitivos, los muertos subsisten en forma de fantasmas más o menos temibles. Pero mientras que entre los indios del Gran Chaco, cuanto más viejo es el muerto más temible es su malignidad póstuma, existe entre los navajos la creencia contraria, en la cual han insistido mucho todos los observadores. Si un individuo muere cuando ha "agotado su vida", es decir, sin dolor, en estado de senilidad —cuando ya no puede caminar ni hacer nada sin ayuda de los demás—, es una gran suerte para él y para su familia; nada es más deseable porque no será un fantasma. Se reencarnará y vivirá de nuevo lo bastante como para renacer sin fin. Ni su agonía ni su entierro van acompañados de los ritos habituales, destinados a proteger a la familia y la comunidad contra el espíritu del difunto. Los padres se encargan del entierro como de una tarea doméstica cualquiera y no observan el duelo habitual. Esto indicaría que entre los navajos —como seguramente entre otros primitivos— la malignidad del fantasma procede de un rencor: muerto a pesar suyo, antes de lo que hubiera deseado, el difunto se venga; su agresividad va dirigida sobre todo contra su familia; entre los navajos nadie ve jamás sino los fantasmas de gentes a las que está unido por lazos de parentesco. Si un hombre se va porque le ha llegado la hora, apaciblemente, no tendrá que vengarse de nada. Entre los navajos la muerte de un niño muy pequeño —menos de un mes— tampoco tiene consecuencias inquietantes: no existe lo bastante para convertirse en fantasma.

Los jíbaros constituyen también una sociedad próspera; viven en la selva tropical, al pie de los Andes, de la horticultura, la caza y la pesca. Los hombres cazan, las mujeres cultivan la tierra; ésta es fértil, la caza abundante, nunca les falta el alimento. Hacen tejidos y fabrican elegantes cerámicas. No tienen vida política; las familias están dispersas; aman mucho a los niños, sólo suprimen a los anormales. Los hombres de edad son respetados. Gracias a su experiencia ha podido desarrollarse la ciencia de los animales y de las plantas, como también la farmacología. Transmiten los mitos y las canciones. Además de esta sabiduría, poseen un poder sobrenatural que no hace sino aumentar, incluso en la decrepitud. Las personas de más edad de la familia son las que dan sus nombres a los niños, son ellas las que integran al recién nacido a la casa. Los viejos interpretan los sueños de los jóvenes y proceden a su iniciación; les enseñan el uso de los narcóticos y del tabaco. Hombres y mujeres de edad —sin ser sacerdotes— dirigen las ceremonias y las fiestas religiosas. El pasatiempo favorito de los jíbaros es la guerra, y el jefe de la expedición es en general un hombre de bastante edad. Los viejos guerreros suelen traer a sus hogares prisioneras elegidas en las tribus enemigas; se acuestan con ellas, que muchas veces los engañan con hombres más jóvenes; entonces los viejos les pegan, a menudo hasta matarlas. También entre los jíbaros se teme la venganza póstuma de los ancianos. De ser maltratados, se reencarnarían en alguna bestia peligrosa (jaguar, anaconda) y volverían a castigar a los culpables.

Entre los lelés, tribu que vive en una zona de bosques y sabanas, en las cercanías del Congo, las prerrogativas de los hombres de edad fueron considerables hasta los alrededores de 1930. La tribu era mucho menos rica que la de los bushongs, que vivía muy cerca de ellos, en condiciones análogas: agricultura, caza, pesca, tejidos. El suelo es un poco más pobre, la estación seca un poco más larga, pero estas diferencias no bastan para explicar la del nivel de vida que provenía esencialmente del contexto social. Los lelés trabajan menos, cuentan

los etnólogos que los han observado a principios de siglo, y con técnicas más rudimentarias; no buscan el éxito individual, por un lado porque temen que los envidien, pero sobre todo porque no es la acumulación de riquezas sino la edad lo que confiere prestigio. La división del trabajo los autoriza a desempeñar una pequeña cantidad de tareas, sólo que practican la poligamia, acaparan a las mujeres que trabajan para ellos; sus yernos les deben también servicios. Los jóvenes sólo tienen derecho a una esposa colectiva: a cambio de ropas tejidas, el hombre de edad regala a una de sus hijas a la clase joven de una aldea, que se convierte así toda entera en su yerno. No hay colaboración amistosa entre las clases de edad. Los jóvenes no deben rivalizar con los viejos; el hombre de edad tiene el monopolio del oficio que ejerce: tocar el tambor, forjar, esculpir la madera. En cierto momento lo enseña a un joven, que en adelante detentará su monopolio, y se retira.

No hay ningún alto cargo político reservado a los viejos, pero poseen un poder religioso que les asegura grandes privilegios. Para conservarlos, tratan celosamente de seguir siendo necesarios a la comunidad. Guardan el secreto de los ritos, las ceremonias, los remedios; dentro de su propio clan son los únicos que conocen las deudas contraídas por unos y otros, así como las negociaciones de casamiento; este saber es indispensable para la buena marcha de los negocios. Pero necesitan de los jóvenes, únicos que tienen fuerzas físicas suficientes para cazar, pescar, llevar el equipaje de los europeos. Cuando los jóvenes se consideran burlados, amenazan con irse. Los viejos castigan a los indisciplinados negándoles mujeres, excluyéndolos del culto. No obstante este conflicto, se establece cierto equilibrio. Los jóvenes saben que los viejos terminarán por morir, heredarán las viudas y llegarán a los privilegios de la vejez. Todo sucede como si los lelés hubieran sacrificado su *standing* general para establecer una especie de seguro social que garantizara su vejez. Hacia 1949 la situación había cambiado mucho; los jóvenes se habían convertido al cristianismo,

eran protegidos por las misiones y el gobierno. Se casaban con muchachas cristianas y trabajaban para los europeos. Ya casi no existían las clases de edad.

Entre los tivs, el aporte cultural de los viejos es la fuente de sus privilegios. Son bantúes de Nigeria, que cultivan la tierra, tienen un poco de ganado, cazan, recogen plantas útiles, tejen y hacen alfarería. Crían con gran libertad a sus hijos que, una vez grandes, trabajan con sus padres. Están también muy unidos a sus abuelos, que suelen transmitirles su experiencia religiosa y mágica. La edad adulta es la que se considera la más cabal; el calor es su atributo, en tanto que el cuerpo de los niños y los viejos es frío. Se dice de los muy viejos que "acaban su cuerpo". (Sin embargo, no creen que la impotencia ni el resecamiento seniles están ligados a la vejez; atribuyen la primera a la magia, la segunda a una enfermedad.) Oficialmente, todos son respetados, pero sólo tienen influencia real si poseen conocimientos y aptitudes; en caso contrario, no se les confía ninguna función; son alimentados, se los trata con cortesía pero no cuentan para nada. La familia es patriarcal; su jefe es el hombre de más edad si tiene las cualidades necesarias. El jefe de la comunidad es también el más viejo, con la misma condición; de lo contrario, tiene un título pero ninguna autoridad verdadera. Los que juzgan rectamente, hablan bien, conocen las genealogías y los rituales, son considerados sabios y guían al pueblo. "Conocen las cosas" y dirigen las fuerzas mágicas. Velan por la fertilidad de la tierra. Todas las actividades sociales —tratados, paz y guerra, herencias, procesos— dependen de la magia y por lo tanto están en manos de ellos.[20] Curan a los enfermos, arbitran en las querellas, mantienen las estructuras sociales. Próximos a los antepasados, desempeñan una importante función religiosa y profieren oráculos. Los tivs

20 La magia tiene aquí ese carácter colectivo que le ha reconocido Mauss. El individuo no es sospechoso de desviarla en su beneficio.

veneran unas piedras sagradas; las viejas son las, que cocinan los alimentos que se ofrecen a las piedras; hombres y mujeres de edad dirigen las ceremonias. Cuando los viejos pierden sus fuerzas y sus facultades, se retiran de la vida social; sólo les queda una función honoraria, o absolutamente ninguna. Algunos conservan funciones religiosas. A veces un viejo se cansa de la vida. Entonces reúne tiches y se mata.

Entre los kikuyus, los hombres de edad también asientan su autoridad en el respeto que inspira su sabiduría. Son bantúes que viven al pie y en las laderas del monte Kenya; eran más de un millón, en 1948, y han tenido muchos contactos con la civilización moderna, pues han sido esclavos de cultivadores europeos. La clave de su civilización es el sistema tribal que descansa en el grupo familiar; se trabaja en común en el seno de la Gran Familia. Acuerdan una gran importancia a las "clases de edad" que comprenden a todos los hombres circuncisos del mismo año; la más antigua tiene preeminencia sobre las otras. Hay lazos estrechos entre abuelos y nietos. Pertenecen simbólicamente al mismo grupo de edad. La abuela llama a su nieto "mi marido" y el abuelo "mi esposa" a su nieta. Los hijos respetan a sus padres, la maldición de un padre o de una madre es la más atroz de las desgracias, ninguna purificación puede borrarla. Cuando los padres son viejos, los hijos se hacen cargo de ellos y los cuidan bien. El viejo sin hijos es ayudado por los de su vecino, a los que considera como sus propios hijos. La organización militar está en manos de los jóvenes. La generación de los ancianos gobierna los asuntos públicos. Una generación gobierna durante veinte o treinta años; después dimite en beneficio de la generación siguiente, en el curso de una ceremonia llamada *itwika*. La generación comprende, pues, todas las clases de edad entre dos *itwikas*. Un hombre cuyos hijos son todos ya circuncisos y cuya mujer ha pasado la edad de procrear no gobierna más los asuntos públicos, pero accede al grado más alto de la jerarquía social y forma parte del consejo supremo. Éste tiene elevadas funciones religiosas. Para ingresar

en él hay que pasar por una iniciación.[21] Los iniciados tienen el derecho de ofrecer sacrificios a los dioses y a los espíritus de los antepasados, borran las manchas rituales, maldicen a los malos y su maldición es temible. Fijan la fecha de la circuncisión y de la *ituika*. Administran justicia porque se piensa que están liberados de las pasiones y juzgan con imparcialidad. Hay también un consejo de ancianas, encargadas de mantener las buenas costumbres, de castigar a los jóvenes delincuentes; detentan un poder mágico. Hombres y mujeres de edad desempeñan un papel esencial en las ceremonias de iniciación. Se considera a los viejos "santos varones", serenos y desapegados del mundo. Su influencia depende de sus aptitudes y también de sus riquezas. De manera general, se piensa que son sabios: "Un chivo viejo no escupe por cualquier cosa" dicen; y también: "Los viejos no mienten". Las mujeres de edad son muy respetadas cuando no tienen más dientes; se las considera "llenas de inteligencia" y son enterradas con pompa en lugar de abandonar sus cadáveres a las hienas.

Con frecuencia, cuando las gentes de edad llegan a una condición de privilegio es gracias a su memoria. Así ocurre con los miaos, que viven a gran altura en el bosque y en la selva de la China y de Tailandia. Esos pueblos habían empezado a desarrollar una gran cultura pero se detuvieron en su evolución probablemente por las guerras. La familia es patriarcal: el hijo no abandona el hogar paterno antes de los 30 años. En principio, el jefe de la casa tiene derecho de vida y de muerte sobre todos sus miembros; en realidad, las relaciones entre padres e hijos son muy buenas; se consultan mutuamente. Tienen muchos hijos; los abuelos se ocupan de sus nietos. Mujeres,

21 Esta iniciación no es un "rito de pasaje" análogo al que sufren en una sociedad todos los adolescentes. Es una *instrucción* reservada a una élite. Hay que haber alcanzado cierta etapa de la existencia para llegar a ella y convertirse en miembro del consejo supremo. La iniciación no sanciona el cambio de edad como tal.

niños, gentes de edad, son todos muy bien tratados. Si un viejo se encuentra solo por haber sobrevivido a sus descendientes, se pone bajo la protección del jefe de una gran familia; siempre es aceptado, aunque sea una carga. Se piensa que el alma de los muertos vive en la casa y la protege; se reencarna en los recién nacidos. Se respeta a los viejos sobre todo en la medida en que son ellos quienes transmiten las tradiciones; su memoria de los antiguos mitos les da un gran prestigio. Son los guías y consejeros de la colectividad. Las decisiones políticas son ejecutadas por los jóvenes cuya aprobación es, pues, necesaria; pero por lo general aceptan la voluntad de los ancianos.

El papel de la memoria es todavía más evidente entre los mendes, cuya organización política tiene sus raíces en un pasado lejano. Es un pueblo musulmán que contaba aproximadamente con 572.000 miembros en 1931[22] y que vive en Sierra Leona. Las familias son patriarcales; bajo un mismo techo habitan varias generaciones. El jefe de familia es el hombre de más edad. En la mesa él es el primero en ser servido y comparte la comida primero con los individuos de su generación. Hay dos clases bien definidas. La clase superior está constituida por los descendientes de los cazadores y los guerreros que han ocupado primero la tierra; comprende a los jefes y sus familias; los más viejos son llamados los "grandes". La segunda comprende a los recién venidos y a los descendientes de esclavos. Los primeros poseen la tierra que el padre lega al mayor de sus hijos. Los segundos son solamente ocupantes. El propietario tiene derecho a los servicios de todos los habitantes de la casa: éstos hacen los trabajos de granja, cultivan el arroz, fabrican el aceite de palma, cazan y pescan. El propietario teje ropas para ellos. A la cabeza de cada grupo hay un jefe que es una persona de edad, no necesariamente la más vieja, sino la que tiene más influencia; puede ser una mujer si el marido ha muerto y si éste

22 Seguramente hoy son un millón.

tenía una personalidad destacada. Cuando llega a la senilidad, el jefe es sustituido por un regente. Sólo la memoria permite decir a qué clase pertenece un individuo. El que aspira a la jefatura debe conocer la historia del país, las genealogías, las biografías de los fundadores y sus descendientes, y ese saber le es legado necesariamente por los abuelos. Ellos son los que detentan las tradiciones; en ellos reposa, pues, la organización política. Además, los mendes viven en estrecha intimidad con el espíritu de los antepasados próximos, los de las dos generaciones precedentes. Se los llama "abuelos" y se considera que participan en la vida de la familia. Como los viejos están más cerca de los antepasados que el resto de la comunidad, desempeñan entre ésta y aquéllos el papel de mediadores. El miembro más viejo de la familia es el que dirige el culto. Es un consejero muy escuchado en todas las cuestiones religiosas. Su influencia es grande en todos los sectores.

Los viejos desempeñan un papel menos importante en los pueblos bastante avanzados como para no creer en la magia y hacer poco caso de la tradición oral. Así ocurre con los lepchas que viven en el Himalaya; saben leer y practican el lamaísmo; trabajan en plantaciones de té, cultivan el maíz, el arroz, el mijo; crían ganado; cazan. En lo que concierne al alimento y la bebida, su nivel de vida es muy elevado. La familia es patriarcal; los niños son felices y aman a sus padres. Dentro de la familia, se honra la edad. Por respeto se hace retroceder una generación a las gentes. Así se llaman abuelo y abuela a los suegros; padre y madre al hermano y la hermana mayores. Se califica a alguien de viejo para demostrarle respeto. Los hijos rodean de cuidados a sus viejos padres. La suerte de un anciano que tiene numerosos descendientes vivos es muy feliz. Se admira su salud, su prosperidad; se le considera como una especie de talismán. Se le llevan regalos en la esperanza de adquirir sus virtudes. Pero si no tiene ni hijos ni fuerzas para trabajar, el vie-

jo es considerado un trasto inútil; en el mejor de los casos se lo trata con cortesía, pero considerándolo como una calamidad; la actitud es la misma con respecto a los dos sexos. G. Gorer, que pasó un tiempo con los lepchas, cuenta que le mostraron a un viejo muy piadoso pero al que despreciaban porque no sabía leer; no tenía hijos, estaba cubierto de llagas. Todo el mundo se reía de él, decían que estaría mejor muerto: "¿Por qué no se muere mientras los europeos están aquí, así pueden asistir a sus funerales?" En esta sociedad la única defensa de los viejos es el amor de sus hijos; en sí, no tienen ningún valor.

Ya hemos visto numerosos casos en que los viejos estaban en lo más alto o en lo más bajo de la escala social. La situación dependía de sus aptitudes y su fortuna. Un ejemplo sorprendente de discriminación debida a la riqueza es el de los thais. Son budistas que viven en las fronteras de Yunán y de Birmania. Dividen la vida humana en cuatro períodos; el paso de uno a otro es marcado por un servicio religioso, el *pai*. Para llegar al cuarto grado es preciso, después de haber criado a los hijos, celebrar el *gran pai*, que es una larga ceremonia, acompañada de cantos, danzas, juegos, procesiones, sacrificios, y que dura por lo menos tres días. Es extremadamente costosa. Sólo los ricos pueden pagarla. Si tienen los medios, la celebran no sólo una sino varias veces, y su prestigio aumenta. El número de años no basta para conferir una superioridad social, pero un hombre que se ha arruinado celebrando doce veces el *gran pai* es venerado. Su título de *paga* no le confiere ningún poder político ni económico, pero al consumir ritualmente su fortuna se sitúa en la cima de la jerarquía social.

Existen sociedades prósperas y equilibradas en que la edad no es ni una decadencia ni una fuente de prestigio. Es lo que veremos en tres ejemplos muy diferentes entre sí.

Los cunas, en número de 25.000, viven en Panamá, en la costa y en las islas del Atlántico, donde el clima es templado, aunque los maremotos arrasan a veces las aldeas. Se desplazan por la selva virgen en canoa. Dotados de una salud robus-

ta, muchos llegan a centenarios. Viven en aldeas y trabajan en grupos; las mujeres trabajan en la casa y en los campos; los hombres pescan, cazan, derriban árboles; recogen ricas cosechas: maíz, bananas, cocos, con los que comercian. Las mujeres guardan el dinero con el que, entre otras cosas, los hombres pueden comprar lanchas de motor; las mujeres y los niños llevan hermosos trajes; los hombres se visten a la europea. Son todos muy cuidadosos, se bañan a menudo, sus casas y sus calles son muy limpias. Tienen una cultura bastante desarrollada: cantos, un sistema de cálculo, dos lenguas esotéricas reservadas a los jefes y a los shamanes, un esbozo de escritura. La religión es sumaria: se honra solamente a dioses y espíritus vinculados con la salud del cuerpo. Los shamanes y los hombres-médicos defienden a las gentes contra las enfermedades. Las familias son conyugales y reunidas en un grupo matrilocal a cuya cabeza está el marido de la mayor de las hermanas. Tienen muchos hijos. Gracias a su buena salud, las gentes de edad y aun los muy viejos siguen llevando una vida activa; las viejas tienen a su cargo la casa, comercian con los cocos. Los hombres de edad se especializan en asuntos religiosos, pero sin sacar de ello un prestigio especial. La edad no confiere valor particular, a menos de ir acompañada de inteligencia y experiencia. Se obedece al jefe de familia, en general de edad, si tiene aptitudes. Al jefe de la aldea que preside las asambleas se le pide ante todo que sea instruido; la edad influye hasta cierto punto. En conjunto, la condición de los viejos es igual a la de los jóvenes, los viejos no plantean problemas particulares.

Los incas tuvieron una historia. En un siglo conquistaron y perdieron un imperio. Sin embargo, su civilización era repetitiva y descansaba en tradiciones orales. Entre las civilizaciones arcaicas es una de las que se conocen mejor. Es interesante ver el lugar que ocupaban en ella los viejos.

Los incas tenían costumbres brutales pero unas técnicas y una organización social notablemente desarrolladas. Los hombres pasaban gran parte del tiempo guerreando y trata-

ban salvajemente a los prisioneros. Eran agricultores notables, sabían disponer terrazas en las montañas, abonaban el suelo con guano, cultivaban la patata, el maíz, cereales, profusión de plantas; habían domesticado la llama y la alpaca, sus rebaños eran prósperos; conservaban el grano en vastos depósitos. Explotaban minas de oro, plata, plomo y mercurio. Habían realizado grandes obras hidráulicas: canales, reservorios, esclusas. Seis grandes caminos atravesaban el territorio; puentes suspendidos, de cuerda, cruzaban los ríos. Habían construido magníficos edificios: villas, palacios, templos. La artesanía estaba muy desarrollada, entre otras la del oro y la plata. La vida económica era animada. Había ferias donde los campesinos canjeaban sus productos. Las tierras estaban divididas en tres lotes: uno estaba consagrado al sol, el segundo pertenecía al inca, el último a las castas superiores que lo hacían cultivar por los campesinos.

Lo más notable de esta civilización es que existía lo que podría llamarse el empleo completo. A partir de los 5 años de edad, todo el mundo debía servir para algo. Los hombres estaban distribuidos en diez clases, las mujeres en otras diez; en nueve de ellas la agrupación se hacía por edad, y la décima estaba formada por todos los inválidos. Cada categoría tenía sus tareas y debía servir lo mejor posible a la comunidad. La categoría más respetada era la de los guerreros, de 25 a 50 años de edad. Estaban al servicio del rey y de los señores; algunos eran enviados a las minas. Se casaban hacia los 35 años; las mujeres hacia los 33. Antes de los 25 años se debía obediencia a los padres, había que asistirlos, servir a los caciques. A partir de los 9 años las niñas y las muchachas servían a sus familias, tejían, cuidaban los rebaños.

La edad no suprimía la obligación de trabajar. Después de los 50 años todos los hombres estaban eximidos del servicio militar y de todas las tareas penosas. Pero debían trabajar en la casa del jefe y en los campos. Conservaban su autoridad en la familia. Las mujeres de más de 50 años tejían ropas para la comunidad; entraban al servicio de las mujeres ricas como

guardianas, cocineras, etc. A los 80 años estaban sordos, no sabían más que comer y dormir. Pero a pesar de todo eran utilizados. Fabricaban cuerdas y tapices, guardaban las casas, criaban conejos y patos, recogían hojas y paja; las mujeres tejían e hilaban, guardaban las casas, ayudaban a criar los niños y seguían sirviendo a las mujeres ricas, vigilando a las criadas jóvenes. Cuando tenían campos, no carecían de nada; si no, recibían limosnas. A los hombres también: les daban comida y ropas, cuidaban sus cabras; si se enfermaban, los cuidaban. De un modo general, los hombres de edad eran temidos, honrados y obedecidos. Podían aconsejar, enseñar, dar buenos ejemplos, predicar el bien, ayudar al servicio del dios. Servían de guardianes a las mujeres jóvenes. Tenían el derecho de azotar a los muchachos y las muchachas, si no eran dóciles.

No se puede considerar a los habitantes de Bali como primitivos. Durante siglos tuvieron una alta civilización, que estuvo preservada, gracias al aislamiento de la isla, de toda influencia extranjera. Los holandeses la gobernaban por intermedio de la aristocracia que explotaba a las poblaciones rurales, pero no modificó su estructura social ni su modo de vida. Allí se ha mantenido una cultura arcaica hasta nuestros días, transmitida por tradición oral, pues los balineses no saben ni leer ni escribir. Cabe, pues, clasificarlos dentro de las sociedades sin historia.

Los balineses cultivan el arroz y han llevado este cultivo a un grado de perfección no alcanzado por ningún otro pueblo. Poseen ganado de calidad, cerdos, aves. Los productos de la tierra, frutas, legumbres, son variados y abundantes. Los venden en grandes mercados que se organizan con frecuencia. Las aldeas están bien construidas y muy bien mantenidas; el artesanado está muy desarrollado, así como la música, la poesía, la danza, el teatro. El pueblo respeta a la aristocracia, que no se mezcla con él. Prácticamente cada aldea es una pequeña república, dirigida por una asamblea de la que deben formar parte todos los hombres casados que posean una casa o un terreno. Por lo general los jefes son elegidos, pero a veces pri-

ma la ley de la herencia. Representan en la tierra la autoridad de los dioses: controlan las tierras, las casas, toda la vida social. Los vínculos de cada individuo con la comunidad son muy estrechos, y el mayor castigo que pueda infligirse a uno de sus miembros es expulsarlo de ella. Son hospitalarios y de una gran cortesía entre sí. Son muy inteligentes y tienen una aguda conciencia de sus cuerpos elegantes; sus gestos son deliberados y armoniosos. Se someten de buen grado al papel que se les asigna: niño, adolescente, mujer, adulto, anciano.

Los niños son mimados y acariciados por sus padres y sus abuelos. La edad es honrada aunque no confiera virtud mágica. En los consejos, el lugar que ocupa cada uno se eleva con los años. Todos los meses los ancianos de la aldea se reúnen y celebran un festín con sus dioses. Esos dioses están cerca de los hombres y los visitan de buena gana. Los balineses tienen una religión sincrética, tomada de la India, China, Java y penetrada de animismo. Adoran el sol, la luna, el agua y todos los principios de fertilidad. Se ha desarrollado un culto en torno al maíz. Creen en la existencia de fantasmas que ejercen contra los vivos poderes maléficos.

En Bali se cuenta que en otros tiempos, en una aldea perdida en la montaña, se sacrificaba y comía a los ancianos. Llegó un momento en que no quedó uno solo y las tradiciones se fueron perdiendo. Se quiso construir una gran sala para alojar al Consejo. Pero al examinar los troncos de los árboles derribados con ese objeto, nadie supo reconocer la parte de arriba de la de abajo, y hubiera sido catastrófico invertir el sentido de los troncos. Un joven dijo que si le prometían no comerse más a los viejos podría resolver el problema. Se lo prometieron. Trajo a su abuelo, a quien había tenido escondido y que enseñó a la comunidad a distinguir la parte de arriba de la de abajo.

Los habitantes de la aldea dicen que jamás ha existido semejante costumbre. Como quiera que sea, en todo el país se respeta a los viejos, en gran parte porque, como su vida ha sido próspera, escapan a la decadencia senil. Conservan mucho

tiempo una buena salud; no se encorvan ni se vuelven torpes; mantienen el dominio de sus cuerpos, la soltura adquirida en la juventud. Las mujeres de 60 años y aún más, tienen todavía una hermosa silueta y la fuerza necesaria para llevar sobre la cabeza los pesados cántaros de agua, las cestas de frutas que pesan entre 40 y 50 libras. No dejan de trabajar, salvo si están afectados por alguna invalidez grave; piensan que la ociosidad sería peligrosa para su salud física y moral y que correrían el riesgo de ser atacados por fuerzas sobrenaturales. La actividad de las mujeres aumenta incluso con los años; se las ve, después de los 60, dirigiendo toda la casa y ejecutando personalmente la mayoría de las tareas. Los hombres de edad trabajan poco, discuten, mastican betel. Pero tienen numerosas obligaciones: dirigen la asociación de la aldea, son médicos, narradores de historias, enseñan a los jóvenes la poesía, el arte. Además, con frecuencia llevan los patos al campo. Desempeñan un papel importante en las ceremonias religiosas. Hay hombres y mujeres de mucha edad que son excelentes bailarines. Entran en trance, profieren oráculos. Su función es muy importante, tanto en el caso de las mujeres como en el de los hombres, pues las distinciones basadas en el sexo desaparecen con la edad.

Se les pide su opinión sobre cualquier cosa. Cuando son muy viejos e impotentes se les llama abuelo y abuela. Como no tienen dientes, se considera que están cerca de los niños pequeños, y que pronto se reencarnarán en un recién nacido. Entonces pierden su influencia pero siguen siendo bien alimentados y bien tratados. Aunque sea débil e impotente, un anciano puede ser el sacerdote de un templo, sólo que tiene un asistente más joven y su función se vuelve honoraria.

No se diría que se los teme. Sin embargo Ranga, la hechicera que se come a los niños, está representada en las piezas mágicas como una vieja monstruosa, de senos que cuelgan, envuelta en pelo blanco que le cae hasta los pies. Su papel es representado por un viejo actor que gracias a su edad escapa al espíritu maléfico de la hechicera a quien encarna.

Los materiales de que he podido disponer no me han permitido aislar un factor al que, en lo que respecta a la condición de los viejos, los etnólogos atribuyen extrema importancia: la organización social. Ciertas comunidades son hordas, bandas, grupos poco estructurados. Pero cuando los clanes o las tribus se fijan en un territorio determinado —lo que implica que la sociedad se hace agrícola— suele ser necesario determinar con precisión los diferentes linajes con el fin de definir los derechos de sucesión, los canjes matrimoniales, las relaciones entre los individuos. El linaje remite al antepasado, que le da validez; es su prolongación. Los antepasados no quedan recluidos en el pasado; la comunidad —familia, clan, tribu— a la que pertenece la tierra comprende tantos los vivos como los muertos; funda místicamente sus derechos en los de los muertos, de quienes se considera heredera. Se piensa a veces que el antepasado se reencarna en un recién nacido de su descendencia, de modo que las nuevas generaciones resucitan las antiguas. No se practica el culto de los antepasados en todas las sociedades de linaje, pero es lo más frecuente. El antepasado es un espíritu benévolo que vive bajo el techo de sus descendientes o por lo menos les es propicio si le rinden el culto que le es debido. El hombre de edad es el que debe dirigir las ceremonias y los sacrificios con que se lo honra. Más cerca del antepasado que los jóvenes, destinado a convertirse muy pronto a su vez en un antepasado, se le atribuye un carácter sagrado. Su linaje se encarna en él y gracias a él pueden establecerse relaciones correctas con los otros linajes; es el símbolo y el artesano del orden. Existe, pues, en esas sociedades, una imagen bien determinada del anciano y le es oficialmente reconocida una condición social. En cambio en las hordas y en las bandas —como en nuestras sociedades industriales modernas— su condición es contingente. Varía de un grupo a otro y dentro del mismo grupo.

Como se ve, en lo que respecta a la condición de los viejos en las sociedades primitivas, hay que abstenerse de simplificar. No es cierto que en todas partes baste "sacudir el cocotero"; tampoco es justo hacerse una imagen idílica de su suerte. Se explica por los factores que hemos indicado al pasar, cuya función y relaciones hemos de precisar ahora.

Salta a los ojos que el anciano tiene más posibilidades de subsistir en las sociedades ricas que en las pobres, en las sedentarias que en las nómades. En las sedentarias se plantea solamente un problema de mantenimiento; en las nómades está además otro, más difícil, de transporte. Aunque gocen de cierta holgura, la obtienen gracias a incesantes desplazamientos; como las gentes de edad no los pueden seguir, son abandonadas. En las sociedades agrícolas la misma abundancia relativa bastaría para alimentarlos. Sin embargo, la situación económica no es absolutamente determinante; en general, la sociedad toma una opción en la que pueden influir diferentes circunstancias. El hecho es que, a pesar de la rudeza de su existencia, los chuchkees del interior se arreglan para llevarse consigo a los viejos cuando se desplazan. En cambio, algunas sociedades agrícolas que no figuran entre las más miserables dejan con indiferencia que sus ancianos se mueran de hambre.

Podría suponerse que en las sociedades desheredadas la magia y la religión intervienen en favor de los viejos. Pero no es así. Precisamente porque viven con urgencia no desarrollan casi ninguna cultura religiosa. La magia no es en ellas un "conocimiento de las cosas", sino un conjunto de recetas groseras acaparadas por los shamanes. Éstos son viejos y respetados, pero la vejez no confiere poderes mágicos. A veces también la religión existe, pero ratifica y sacraliza la costumbre impuesta por las necesidades; con un mismo gesto la comunidad instaura los usos necesarios para su supervivencia y los justifica ideológi-

camente: ejemplo de ello son los nartes; en Narayama, O'Rin cree que obedece a la voluntad de los dioses.

Una protección más eficaz es la que garantiza a los viejos padres el amor de sus hijos. Roheim ha subrayado la correspondencia entre la felicidad de la edad primera y la de la última. Es sabida la importancia que, en el desarrollo ulterior de la personalidad, tiene la forma en que ha sido tratado un niño. Frustrado en la alimentación, la protección, la ternura, crece en el rencor, el miedo e incluso el odio; al llegar a adulto, sus relaciones con los demás son agresivas, descuidará a sus viejos padres cuando éstos sean incapaces de bastarse a sí mismos. Por el contrario, cuando los padres alimentan bien y miman a sus hijos, los convierten en individuos felices, abiertos, benévolos, en quienes se desarrollan sentimientos altruistas y, en particular, se sienten apegados a sus ascendientes, reconocen que tienen deberes hacia ellos y los cumplen. En todos los casos que he examinado —mucho más numerosos que los que he citado—, he encontrado uno solo en que los niños felices se convierten en adultos crueles con sus viejos padres: el de los ojibwas. Mientras que los yakutas, los ainus, que maltratan a los niños, descuidan salvajemente a los viejos, los yaganes, los aleutianos que viven aproximadamente en las mismas condiciones pero para quienes el niño es rey, veneran a los suyos. Pero éstos suelen ser víctimas de un círculo vicioso: una penuria excesiva lleva a los adultos a alimentar mal a los niños, a descuidarlos. Observemos también que el amor filial adopta la forma que le imponen la costumbre y la religión. El hijo da pruebas de su respeto y afecto hacia sus padres cumpliendo lo más escrupulosamente posible las ceremonias en el curso de las cuales éstos son eliminados.

Los viejos podrían sobrevivir si conservan su capacidad de trabajo. Pero si han sido mal alimentados, mal cuidados, si se han gastado en el trabajo, se vuelven tempranamente impotentes; así también suele establecerse un círculo vicioso, nefasto para ellos.

Es raro que en las comunidades pobres el viejo posea bienes que le permitan bastarse a sí mismo. Entre los cazadores recolectores la propiedad no existe; ni siquiera hacen provisión de alimentos. Entre los pastores y los agricultores suele ser colectiva; el individuo sólo posee los frutos del trabajo que realiza o hace ejecutar por sus mujeres; si les sobrevive o si sus mujeres se vuelven impotentes, si ya no puede trabajar él mismo —o si la costumbre le prohíbe una labor reservada al otro sexo—, se encuentra absolutamente desposeído. A veces el jefe de familia es amo de su rebaño, de su tierra; pero cuando sus fuerzas se debilitan, sus herederos se los arrebatan e incluso se desembarazan de él para convertirse antes en los amos. Hemos visto sólo dos casos en que los hombres de edad seguían siendo los propietarios: los chuchkees del interior, y unos poquísimos chuchkees del litoral que habían comerciado con los blancos.

Se puede concluir que la opción más frecuente de las sociedades, agrícolas o nómades, cuyos recursos son insuficientes, es sacrificar a los viejos.

Sobre la manera en que éstos sufren ese destino se ignora la verdad. Los informadores, los sociólogos se complacen en decir que mueren alegremente; he citado testimonios literarios que permiten ponerlo en duda.

Cuando una sociedad goza de cierto margen de seguridad se puede suponer a priori que cuida a sus viejos; a los adultos les conviene disponer su propio futuro. El encadenamiento de las circunstancias, en lugar de constituir un círculo vicioso, obra en sentido favorable: los niños son bien tratados y tratarán bien a sus padres; una alimentación, una higiene conveniente defienden al individuo contra una decrepitud precoz. La cultura se desarrolla y gracias a ella las gentes de edad pueden adquirir una gran influencia. La magia es entonces un sistema de pensamiento que se aproxima a una ciencia.

Los primitivos reconocen una "vocación mágica" a los individuos que se distinguen por alguna singularidad: los inválidos, los criminales, etc. La vejez es también una especie

aparte. Pero en este campo los viejos se vuelven indispensables sobre todo por su memoria; la leyenda balinesa a que me he referido lo pone de relieve: sin tradición, la colectividad sería incapaz de ejercer sus actividades. Éstas no exigen solamente técnicas que los adultos podrían reinventar; deben obedecer a prescripciones rituales que no están inscriptas en las cosas sino que son impuestas por el pasado y que sólo los ancianos conocen. Con troncos de árbol siempre se puede construir, pero si no se los dispone de cierta manera, que la práctica no indica, se desencadenarán catástrofes. Imposible lanzar flechas eficazmente si se ignoran los conjuros que las encaminan al blanco. Los viejos son los que detentan su secreto y sólo lo entregan con prudencia; se ha visto cómo entre los lelés los viejos se las arreglan para que la tribu los necesite: sólo tardíamente transmiten su saber.

El viejo es necesario, pero es también peligroso porque puede desviar el saber mágico en su propio beneficio. Su ambivalencia tiene otra causa más: al estar cerca de la muerte, está cerca del mundo sobrenatural. A este respecto, el pensamiento de los primitivos es vacilante. Salvo en el caso de los niños muy pequeños, la muerte nunca les parece natural. Incluso en la vejez extrema, es el resultado de un maleficio.[23] Sin embargo, saben perfectamente que el viejo va a morir muy pronto, al punto de que algunos le dicen el "casi muerto". Escapa ya a la condición humana; es un fantasma postergado y está inmunizado contra los fantasmas. La relación con el ascendiente muerto es concebida como ambivalente; en muchas sociedades es el antepasado que quiere el bien de sus descendientes. En todas es un fantasma y temido como tal. En casi todas partes los fantasmas son considerados responsables de lo malo que ocurre al individuo y al clan. Sus vidas son inciertas; al cabo de un tiempo más o menos largo se disipan, no queda

23 Salvo cuando, como entre los navajos, el anciano ha "agotado su vida".

más nada de ellos. Pero mientras subsisten, hay que tratar de conciliárselos con ritos, sacrificios, o por lo menos protegerse de ellos. En todas las situaciones en que son amenazadores —paso de un grupo a otro, de una edad a otra, mancha debida a haber infringido un rito— sólo el viejo puede conjurarlos. Ha pasado del mundo profano al mundo sagrado; eso significa que él mismo tiene poderes análogos a los del fantasma que será muy pronto.

Así es como el viejo inspira miedo al mismo tiempo que respeto. En las sociedades en donde la magia está más cerca de la hechicería que de una ciencia, donde los fantasmas son muy temidos, predomina el primer sentimiento. Permite a los hombres acceder a altas posiciones e incluso tiranizar a los jóvenes. Pero la actitud no es la misma cuando se trata del "entrecano" que del muy viejo. La longevidad inspira a veces admiración. Demuestra que se ha sabido conducir la vida con sabiduría y entonces se es un ejemplo. Para haber resistido a todas las pruebas naturales y sobrenaturales hay que estar dotado de una virtud mágica singular. Pero cuando llega la decrepitud muchos piensan que esa virtud se debilita junto con las otras facultades y el miedo ya no protege al individuo. Otros imaginan, por el contrario, que el poder mágico no hace sino aumentar con los años. También en este caso hay dos actitudes posibles. El tenor que inspira en vida o preventivamente, como futuro fantasma, le vale al anciano el ser tratado con consideración, aun en la impotencia extrema. O bien se detiene apresuradamente el proceso que lo hace cada vez más peligroso, hoy y en el futuro, matándolo, aniquilando su cadáver. En las islas Trobriand —en Polinesia— y en ciertos lugares de Japón, los adultos se comían a los viejos que llegaban a cierta edad; así se asimilaban su sabiduría y al mismo tiempo les impedían convertirse en hechiceros y luego en adivinos demasiado poderosos.

Como sacerdote u oficiante, no hay ambivalencia en el viejo. Su papel es positivamente de la mayor importancia. Pero también en este caso se califica gracias a su memoria. Las

ceremonias, los ritos, las danzas, los cantos necesarios para la celebración del culto se transmiten por su intermedio. Él los enseña a los demás, pero ese saber lo destina particularmente a ejecutarlo él mismo. Está preparado para ello también por la razón que ya se ha visto: es el intercesor entre el mundo sobrenatural y éste.

En la medida en que detenta las tradiciones es intercesor y protector en contra de las potencias sobrenaturales; el hombre de edad asegura a través del tiempo y en el momento presente la cohesión de la comunidad. A menudo es el encargado de integrar en ésta a los recién nacidos eligiéndoles un nombre. Es posible también que, si tiene una organización política compleja, sea el viejo el que asegure su funcionamiento, pues él es el único que tiene la memoria de las genealogías gracias a la cual podrá asignar a cada individuo o a cada familia su justo lugar.

El conjunto de servicios que prestan los viejos gracias a su conocimiento de las tradiciones les vale por lo general, además del respeto, la prosperidad material. Son recompensados con regalos. De particular importancia son los que reciben de los neófitos a los que transmiten sus secretos. Ésa es la fuente más segura de la riqueza individual. Sólo aparecen en las sociedades lo bastante prósperas como para tener una cultura desarrollada y en los sujetos que poseen por lo demás un gran prestigio.

Pero en las sociedades aún más avanzadas la influencia de las gentes de edad disminuye. Creen menos en los fantasmas e incluso en la magia: ya no tienen miedo de los "casi muertos". El prestigio de los viejos se funda en su aportación cultural positiva. Y pierde mucho de su valor en las comunidades donde la técnica se disocia de la magia, más aún en las que conocen la escritura.

Cuando una sociedad está armoniosamente equilibrada, garantiza a los viejos un lugar decente confiándoles trabajos adaptados a sus fuerzas. Pero no les concede más privilegios.

La vejez no tiene el mismo sentido ni las mismas consecuencias para los hombres que para las mujeres. Para éstas presenta una ventaja particular: después de la menopausia, la mujer ya no es sexuada; se convierte en homóloga de la niña impúber y escapa, como ésta, a ciertos tabúes alimentarios. Las prohibiciones que pesaban sobre ella a causa de la impureza mensual desaparecen. Puede participar en las danzas, beber, fumar, sentarse junto a los hombres. Los factores que influyen en favor de los hombres viejos intervienen también para garantizarles ciertos beneficios. En las sociedades matrilineales, sobre todo, su papel cultural, religioso, social y político es muy importante. En las otras, su experiencia tiene cierto valor. Se les atribuyen poderes sobrenaturales que pueden darles prestigio, pero también volverse contra ellas. En general, su condición sigue siendo inferior a la de los hombres. Se las descuida más. Se las abandona con más facilidad.

En muchas sociedades, los hombres y mujeres de edad están en estrecha relación con los niños. Hay una analogía entre la impotencia del lactante y la del decrépito; se la ve especialmente en la epopeya de los nartes, donde se cuenta que envolvían a los viejos y los ataban a las cunas. El lactante emerge apenas del limbo, el viejo se hundirá en él; entre los navajos el niño pequeño que apenas vive y el hombre muy viejo que ya casi no vive mueren sin resentimiento y no se convierten en fantasmas. Prácticamente son todos bocas que alimentar y brazos inútiles; algunas tribus muy pobres, sobre todo nómades, practican a la vez el infanticidio y la ejecución de los viejos. Esta última costumbre puede existir sin la primera. Pero no a la inversa, pues el niño que representa el futuro tiene prioridad sobre el anciano, puro desecho. Ambos son parásitos, lo que acarrea a veces rivalidades entre ellos en caso de penuria: los niños roban la parte de los viejos. Pero si tienen prestigio, gracias a severos tabúes alimentarios éstos acaparan una buena parte de los alimentos. Con frecuencia abuelos y nietos están estrechamente asociados, pues pertenecen simbólicamente a

una misma clase de edad; la educación de los segundos es confiada a los abuelos a quienes prestan servicios. En el niño descansan las esperanzas del futuro; el viejo, anclado en el pasado, detenta el saber; necesita formar a sus herederos que garantizarán su supervivencia gracias a su memoria, por el culto de los antepasados o engendrando mujeres en las que se instalará para renacer. Este enlace es el que cimienta a través del tiempo la unidad de la colectividad. Prácticamente, el viejo, exonerado de las tareas de los adultos tiene tiempo de ocuparse de los jóvenes, que por su lado tienen tiempo para prestar a sus abuelos los servicios que éstos reclaman. Este intercambio de buenos oficios va acompañado de relaciones lúdicas; por su incapacidad práctica y también porque son individuos marginales, niños y viejos se alejan de la seriedad de los adultos, bromean juntos, participan en juegos, se lanzan desafíos.

Entre los primitivos el viejo es realmente el *Otro*, con la ambivalencia que entraña ese término. Distinta, la mujer es tratada en los mitos masculinos a la vez como un ídolo y como un estropajo. Así —por razones diferentes, de un modo distinto— el viejo en esas sociedades es un subhombre y un superhombre. Impotente, inútil, es también el intercesor, el mago, el sacerdote, más acá o más allá de la condición humana, y a menudo las dos cosas al mismo tiempo.

Como en todas las sociedades, estas actitudes son vividas de una manera singular y contingente. La suerte de las gentes de edad depende en gran parte de sus capacidades, del prestigio y de las riquezas que les han valido; la de los privilegiados es diferente a la del vulgo. Según los grupos y las familias hay también diversidad de tratamientos. La teoría y la práctica no siempre coinciden; a veces hay en privado una mofa de la vejez mientras se cumplen los deberes con ella. La inversa sobre todo es frecuente: se honra verbalmente a los viejos y en la práctica se los abandona.

El hecho más importante que debe subrayarse es que la condición del viejo no depende de él, no la ha conquistado,

sino que le es dada. He mostrado en *El segundo sexo* que cuando las mujeres sacan de sus poderes mágicos un gran prestigio, en realidad lo deben a los hombres. La misma observación vale para los viejos con relación a los adultos. Su autoridad se funda en el temor o el respeto que inspiran; el día en que los adultos se liberan de estos sentimientos, los ancianos ya no tienen ningún poder. Es lo que ha ocurrido con bastante frecuencia en contacto con la civilización de los blancos. Los zandas, los arandas, ya no acaparan a las mujeres. Los jóvenes —los laos de África, por ejemplo— han abandonado sus aldeas donde mantenían a sus viejos padres para ir a buscar empleo en las ciudades. Los jóvenes lelés han sacudido el yugo de los ancianos convirtiéndose al cristianismo y trabajando con los europeos.

La autoridad de los viejos ha seguido afirmándose allí donde el conjunto de la comunidad quiere mantener a través de ellos sus tradiciones. La colectividad decide la suerte de los viejos según sus posibilidades o sus intereses; los viejos la soportan, incluso cuando se creen los más fuertes.[24]

Por sumario que sea, este estudio basta para demostrar hasta qué punto la condición del viejo depende del contexto social. Sufre un destino biológico que entraña fatalmente una consecuencia económica: se vuelve improductivo. Pero su involución se ha precipitado más o menos según los recursos de la comunidad: en algunas la decrepitud comienza a los 40 años, en otras a los 80. Por otra parte, cuando una sociedad es relativamente próspera, le están permitidas ciertas opciones; es muy diferente para el hombre de edad ser considerado como

24 Simmons parece decir lo contrario, pero en realidad no es así. Lo que muestra es que, establecida una condición para la vejez, ciertos viejos consiguen mejor que otros explotarla en su beneficio: se encarnizan en el trabajo, encuentran la manera de ser útiles, etc. Pero la condición misma de la vejez es establecida por el conjunto de la comunidad.

un fardo y un estorbo o estar integrado en una comunidad cuyos miembros han elegido sacrificar hasta cierto punto sus riquezas para garantizar su vejez. Su situación material no es lo único en juego, sino también el valor que se le reconoce: puede ser bien tratado y despreciado, o bien tratado y venerado, o temido. He dicho que la palabra declinación sólo tiene sentido en relación con cierto fin con respecto al cual hay un acercamiento o un alejamiento. Si un grupo trata solamente de subsistir al día, convertirse en una boca que alimentar es declinar. Pero si, místicamente ligado a los antepasados, desea una supervivencia espiritual, entonces se encarna en el viejo que pertenece a la vez al pasado y al más allá; incluso la mayor decadencia física puede ser considerada entonces como el acmé de la vida. Las más de las veces este apogeo se sitúa en la edad del hombre "entrecano" y la decrepitud es considerada como una declinación, pero no siempre.

El sentido que los hombres asignan a su existencia, su sistema global de valores, es el que define el sentido y el valor de la vejez. A la inversa, por la forma en que una sociedad se comporta con sus viejos, descubre sin equívoco la verdad —a menudo cuidadosamente enmascarada— de sus principios y sus fines.

Las soluciones prácticas adoptadas por los primitivos con respecto a los problemas que les plantean los viejos son muy diversas: los matan, los dejan morir, les conceden un mínimo vital, les garantizan un fin confortable, e incluso los honran o los colman de bienes. Veremos que los pueblos llamados civilizados aplican los mismos tratamientos; sólo el asesinato está prohibido, si no va disimulado.

III

LA VEJEZ EN LAS SOCIEDADES HISTÓRICAS

Estudiar la condición de los viejos a través de las diversas épocas no es una empresa fácil. Los documentos de que disponemos rara vez aluden a ella, pues se los asimila al conjunto de los adultos. De las mitologías, la literatura, la iconografía se desprende cierta imagen de la vejez, variable según los tiempos y los lugares. ¿Pero qué relación tiene con la realidad? Es difícil decidirlo. Es una imagen incierta, confusa, contradictoria. Es importante señalar que en los diversos testimonios, la palabra vejez tiene dos sentidos muy diferentes. Es una determinada categoría social, más o menos valorizada según las circunstancias. Y para cada individuo es un destino singular: el suyo. El primer punto de vista es el de los legisladores y los moralistas; el segundo, el de los poetas; las más de las veces se oponen radicalmente el uno al otro. Moralistas y poetas pertenecen siempre a las clases privilegiadas y es una de las razones por las que sus palabras pierden gran parte de su valor; jamás dicen sino una verdad incompleta y muy a menudo mienten. Sin embargo, los poetas, por ser más espontáneos, son más sinceros. Los ideólogos se forjan concepciones de la vejez conforme a los intereses de la clase a la que pertenecen.

De inmediato se impone otra observación: es imposible escribir una historia de la vejez. La historia implica una circulari-

dad. La causa que produce cierto efecto es a su vez modificada por éste. La unidad diacrónica que se desarrolla con este encadenamiento posee cierto sentido. En rigor se puede hablar de una historia de la mujer pues ésta ha sido el símbolo y el lugar de ciertos conflictos masculinos, entre su propia familia y la de su marido, por ejemplo. En la aventura humana nunca ha sido sujeto, pero por lo menos ha sido pretexto y resorte; su condición ha evolucionado siguiendo una línea caprichosa pero significativa. El viejo, en tanto que categoría social, nunca ha intervenido en el curso del mundo.[1] Mientras conserva eficacia, permanece integrado a la colectividad y no se distingue de ella, es un adulto masculino de edad avanzada. Cuando pierde sus capacidades, se presenta como otro; entonces se convierte, mucho más radicalmente que la mujer, en un puro objeto. La mujer es necesaria para la sociedad; él no sirve para nada: ni moneda de cambio ni reproductor ni productor; no es más que una carga. Acabamos de ver que su condición le es otorgada; por lo tanto, no entraña jamás evolución alguna. El problema negro, se ha dicho, es un problema de blancos; el de la mujer, un problema masculino; pero la mujer lucha por conquistar la igualdad, los negros pelean contra la opresión; en cambio los viejos no tienen ningún arma y su problema es estrictamente un problema de adultos activos. Éstos deciden, según su propio interés práctico e ideológico, acerca del papel que conviene conferir a los ancianos.

Incluso en sociedades más complejas que las que hemos examinado es posible que este papel sea importante, pues, contra la turbulencia de los jóvenes, los hombres maduros se apoyan en la vieja generación. Ésta se negará a ser desposeída del poder que ha recibido; si quieren arrebatárselo, lo utilizará para tratar de conservarlo. Se encuentra un eco de esos en-

1 Desde luego, a título individual mujeres y viejos han desempeñado papeles activos.

frentamientos en las mitologías, las crónicas, las literaturas. Fatalmente, los ancianos terminan por ser vencidos puesto que constituyen una minoría ineficaz y sólo sacan sus fuerzas de la mayoría que los utiliza.

Si el problema de la vejez es un problema de poder, sólo se plantea en el interior de las clases dominantes. Hasta el siglo XIX, nunca se menciona a los "viejos pobres", pues eran poco numerosos, la longevidad sólo era posible en las clases privilegiadas; no representaban estrictamente nada. La historia, como la literatura, los deja pasar radicalmente en silencio. La vejez sólo aparece en cierta medida al descubierto en el seno de las clases privilegiadas.

Otro hecho salta a los ojos: es éste un problema de hombres. Como experiencia personal, la vejez concierne igualmente a las mujeres, y aún más, puesto que viven más tiempo. Pero cuando se la considera como objeto de especulación, se examina esencialmente la condición de los hombres. En primer lugar, porque ellos son los que se expresan en los códigos, las leyendas y los libros, pero sobre todo porque la querella del poder sólo interesa al sexo fuerte. Entre los monos, los jóvenes lo arrebatan al viejo macho; sólo él es muerto, no las monas viejas.

Las sociedades que tienen una historia están dominadas por los hombres; las mujeres jóvenes y viejas pueden, en la vida privada, disputarse la autoridad; en la vida pública, su estatuto es idéntico: eternas menores de edad. Por el contrario, la condición masculina se modifica en el curso del tiempo; el joven se convierte en un adulto, un ciudadano, el adulto en un viejo. Los hombres forman clases de edad cuya frontera natural es incierta pero a las que la sociedad puede asignar límites precisos, como lo hace hoy fijando la edad de la jubilación. Pasar de una a otra puede constituir una promoción o una caída.

La etnología y la biología muestran que el aporte positivo de las gentes de edad a la colectividad es su memoria y su experiencia que, en el campo de la repetición, multiplica sus ca-

pacidades de ejecución y de juicio. Lo que les falta es la fuerza y la salud, como también la facultad de adaptarse a la novedad y, con mayor razón, de inventar. Cabe suponer a priori que los adultos se apoyarán en ellos en las sociedades fuertemente organizadas y repetitivas. En las sociedades divididas, en los períodos perturbados o revolucionarios, la juventud pasará a primer plano. El papel que los hombres de edad desempeñan en privado en la familia refleja el que les confiere el Estado. Examinando a través del tiempo la condición de los viejos confirmaremos ese esquema.

En las páginas que siguen me limitaré a estudiar las sociedades occidentales. Sin embargo, hay una excepción: China, por la condición singularmente privilegiada que ha concedido a los viejos.

En ningún país la civilización fue durante tantos siglos tan estática como en China, ni tan sólidamente jerarquizada. Era una civilización hidráulica, que exigía un poder centralizado y autoritario; dadas las condiciones geográficas y económicas, para la población no se trataba de evolucionar sino de sobrevivir; la administración se limitaba a conservar lo que siempre había sido. Estaba compuesta de letrados cuya competencia y responsabilidades aumentaban con los años; en la cima se encontraban automáticamente los más viejos. Esta posición eminente se reflejaba en el seno de la familia. Confucio, que reglamentó rigurosamente las relaciones de los inferiores con los superiores, modeló a imagen de la colectividad el microcosmo que le dio como base: la familia. Toda la casa debía obediencia al hombre de más edad. No había discusión práctica de sus prerrogativas morales, pues el cultivo intensivo que se practica en China exige más experiencia que fuerza. Las costumbres no introducían en la familia ningún principio de contradicción puesto que la mujer debía obediencia a su marido y no tenía ningún recurso contra él. El padre tenía

derecho de vida y muerte sobre sus hijos y a menudo suprimía a las hijas al nacer, o más tarde las vendía como esclavas. El hijo debía obedecer a su padre, el menor al mayor. Los matrimonios eran impuestos a los jóvenes que se casaban sin haberse visto nunca; quedaban sometidos a los ascendientes del joven. La autoridad del patriarca no disminuía con la edad. Pero la mujer, duramente oprimida, aprovechaba la promoción debida a la edad; al llegar a vieja, su estatuto era mucho más elevado que el de los jóvenes de ambos sexos; tenía vara alta en la educación de sus nietos, a los que por lo general trataba con mucha dureza. Y se vengaba en sus nueras de la opresión a la que la había sometido su suegra. El respeto se extendía, fuera de los límites de la familia, a todas las personas de edad; las gentes pretendían ser a menudo más viejas de lo que eran para tener derecho a consideración. El quincuagésimo aniversario era una fecha en la vida de un hombre. Sin embargo, después de los 70 años los hombres renunciaban a sus cargos oficiales con el fin de prepararse para la muerte. Conservaban su autoridad, pero dejaban a su hijo mayor el gobierno de la casa. Se veneraba en ellos al antepasado a quien pronto se rendiría culto. Esta autoridad de los viejos era sufrida con resignación o desesperación —como lo prueba la literatura, y en particular las antiguas óperas— por los jóvenes, que no tenían ningún medio de liberarse de ella salvo el suicidio, frecuente sobre todo entre las muchachas. Confucio la justificaba moralmente asimilando la vejez a la posesión de la sabiduría: "A los 15 años me dediqué al estudio de la sabiduría; a los 30 me afirmé en él; a los 40 ya no tenía dudas; a los 60 no había nada en el mundo que pudiera chocarme; a los 70 podía seguir los deseos de mi corazón sin transgredir a ley moral".

En realidad, los hombres muy viejos eran poco numerosos, las circunstancias no favorecían la longevidad. En el taoísmo ésta aparecía como una virtud en sí misma. Lao-Tsé enseña que a los 60 años el hombre puede liberarse de su cuerpo por

el éxtasis y convertirse en un santo. En el neotaoísmo chino el fin del hombre es la búsqueda de la "larga vida". Todos los padres del taoísmo aluden a ella. Se trata de una disciplina casi nacional. Se podría llegar por la ascesis y el éxtasis a una sanidad que protegía contra la misma muerte.

La santidad era el arte de no morir, la absoluta posesión de la vida. La vejez era, pues, la vida bajo su forma suprema. Se suponía que, de durar bastante tiempo, concluiría en apoteosis. Chuang-Tsé evoca viejas creencias cuando cuenta que "fatigados del mundo después de mil años de vida, los hombres superiores se elevan a la categoría de genios".

En la literatura china los jóvenes suelen lamentar la opresión de que son víctimas. Pero la vejez jamás es denunciada como un azote. En cambio, en Occidente el primer texto conocido sobre la vejez traza de ella un cuadro sombrío. Se encuentra en Egipto, y fue escrito en 2500 antes de Cristo por el filósofo y poeta Ptha-hotep:

"¡Qué penoso es el fin de un anciano! Se debilita día a día; su vista disminuye, sus oídos se vuelven sordos; sus fuerzas declinan; su corazón ya no conoce descanso; su boca se vuelve silenciosa y no habla. Sus facultades intelectuales disminuyen y le es imposible recordar hoy lo que fue ayer. Todos los huesos le duelen. Las ocupaciones a que se entregaba antes con placer sólo se cumplen con dolor y el sentido del gusto desaparece. La vejez es la peor de las desgracias que pueda afligir a un hombre. La nariz se le tapa y no puede oler nada más".

Esta enumeración desolada de los achaques de la vejez la encontraremos de época en época y es importante subrayar la permanencia del tema. Si bien el sentido y el valor acordados a la vejez varían según las sociedades, no por eso deja de ser un hecho transhistórico, que suscita cierto número de reacciones idénticas. Orgánicamente es, sin equívoco, una declinación, y como tal la mayoría de los hombres la ha temido. Ya los egip-

cios acariciaban la esperanza de vencerla. En un papiro se lee: "Comienzo de un libro sobre la manera de transformar a un viejo en joven". Se aconseja consumir glándulas frescas sacadas de animales jóvenes. Este sueño de rejuvenecimiento lo encontraremos hasta en nuestros días.

El pueblo judío es conocido por el respeto de que rodeó a la vejez. ¿Cuál es la parte de mito y cuál la de realidad en los relatos recogidos en la Biblia a partir del siglo IX? Es difícil decidirlo. Se inspiran a la vez en antiguas tradiciones orales y en la situación del momento. En esa época los hebreos están instalados en Palestina; los nómades se han convertido en agricultores; la vieja civilización tribal, familiar, patriarcal, se ha transformado. Existen clases sociales; los ricos son al mismo tiempo los jueces, los que detentan el poder administrativo, los amos del comercio, los pretores. Los autores de los libros sagrados conservan la nostalgia del pasado y proyectan en él los valores que deseaban ver reconocidos por sus contemporáneos. Aunque se encuentren en ellos los ecos de una filiación matrilineal muy antigua, describen una sociedad patriarcal donde los grandes antepasados, a quienes atribuyen edades fabulosas, eran los elegidos y los portavoces de Dios. Consideran la longevidad como la suprema recompensa de la virtud. "Y guarda sus estatutos y sus mandamientos que yo te mando hoy —dice Dios en el Deuteronomio— para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, y prolongues tus días sobre la tierra que Jehová tu Dios te da para siempre." "El temor de Jehová aumentará los días, mas los años de los impíos serán acortados", se lee en los Proverbios. "Corona de honra es la vejez, que se hallará en el camino de la justicia", se lee también. Bendecida por Dios, la vejez exige obediencia y respeto: "Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano", prescribe el Levítico. Los mandamientos de Dios exigen de los hijos que honren a su padre y a su madre.

Si un hijo se niega a obedecer a su padre y si todas las tentativas para hacerlo ceder han sido vanas, el padre, dice el Deuteronomio, lo llevará a los ancianos de la ciudad y "entonces todos los hombres de su ciudad lo apedrearán con piedras, y morirá". Sería bueno saber si se infligían efectivamente esos castigos. Lo que es seguro es que, para que hubieran sido prescritos, la docilidad de los hijos debía de ser menos absoluta que en China; la sociedad estaba mucho menos rigurosamente organizada y dejaba más lugar al individualismo. Los ancianos desempeñaban en ella un papel político. En los Números, Jehová dice a Moisés: "Júntame setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus principales... y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo". Se ignora si ese consejo realmente se dio. La Biblia relata también que Roboam fue castigado por no haber escuchado a los ancianos, que le aconsejaban generosidad hacia Israel; entonces las tribus oprimidas se separaron de la casa de David. No hay duda de que todas esas tradiciones se invocan para apuntalar la costumbre. En Palestina, como en todas las sociedades agrícolas avanzadas, los ancianos desempeñaban seguramente un papel importante en la vida pública, y mientras conservaba algún vigor físico y moral, el hombre más viejo de la familia lo gobernaba. Josefo, bajo Antíoco el Grande (223-181), habla de una *Gerusia* presidida por el gran sacerdote y en la que dominaba la aristocracia sacerdotal: es el Sanhedrín. Al parecer, apareció sólo en los últimos siglos. Estaba compuesto por 70 miembros: los príncipes de los sacerdotes (grandes sacerdotes que no desempeñaban su cargo), los representantes de las 24 clases sacerdotales de los escribas, doctores de la ley y ancianos del pueblo. Era el tribunal supremo. Dictaba las leyes e intervenía en las relaciones con los ocupantes romanos. Controlaba todo lo referente a la religión, es decir, prácticamente todo. Los ancianos tenían, pues, un papel importante. Pero se consideraba que el Juez perfecto no debía ser ni demasiado joven ni demasiado viejo.

Hay en la Biblia un solo episodio que asocie a la vejez no la virtud sino el vicio; se encuentra en una obra compuesta tardíamente —entre 167 y 164 antes de Cristo—, en el libro de Daniel.[2] Es la historia célebre de Susana y los dos viejos. Éstos, jueces respetados por el dueño de casa, se enamoran de la belleza de la mujer. Una tarde se esconden en el jardín para sorprenderla en el baño. Ella les niega sus favores y, para vengarse, los viejos afirman que la han visto acostarse con un joven. Se les cree y Susana es condenada a muerte. Pero Daniel, todavía muy joven, la salva interrogando por separado a los dos jueces cuyos testimonios se contradicen, son ellos los condenados a muerte.[3] Quizás había en esa época resentimiento contra los viejos, algunos de los cuales abusaban de sus riquezas, de sus elevadas funciones y del respeto que se les tenía.

El Eclesiastés —obra enigmática, de fecha incierta y seguramente compuesta— contrasta con el resto del pensamiento judío. Se encuentra aquí un ejemplo evidente de la oposición que he señalado entre la actitud oficial de la sociedad con respecto a la vejez y las reacciones espontáneas que inspira a los poetas. Entre las desventuras del hombre, el Eclesiastés menciona la avanzada edad, y su descripción de la decrepitud es de una amarga crueldad, si se la lee según la interpretación del exegeta judío Maurice Jastrow:

"Y acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud, antes que vengan los malos días, y lleguen los años de los cuales digas: no tengo en ellos contentamiento; antes de que se oscurezca el sol, y la luz, y la luna y las estrellas, y las nubes se formen tras la lluvia (disminución de la agudeza visual, extinción de las fuerzas intelectuales); cuando temblarán los guardas de la casa (los brazos) y se encorvarán los hombres fuertes (las pier-

2 Este episodio ha sido suprimido en la Biblia protestante, seguramente a causa del inmenso respeto que los puritanos profesan por los viejos.

3 Libro de Daniel, cap. XIII.

nas), y cesarán las muelas (los dientes), porque han disminuido, y se oscurecerán los que miran por las ventanas (los ojos); y las puertas de afuera se cerrarán (trastornos de la digestión y la micción), por la bajeza de la voz de la muela (sordera); y levantarse a la voz del ave (mal sueño, despertar matinal), y todas las hijas de canción serán humilladas (trastornos de la palabra); cuando también temerán de lo alto (ahogo de la subida), y los tropezones en el camino; y florecerá el almendro (cabellos blancos), y se agravará la langosta (disminución de la potencia genital)...

Antes que la cadena de plata se quiebre (desviación de la columna vertebral), y se rompa el cuenco de oro, y el cántaro se quiebre junto a la fuente, y la rueda sea rota sobre el pozo (insuficiencia del hígado y los riñones)..."

Estamos muy mal informados sobre el lugar de los ancianos en los otros pueblos de la Antigüedad. Aunque la relación entre las costumbres y la fábula sea de las más inciertas, no se puede dejar de interrogar, en esta penuria, a las mitologías, y la mayoría de ellas se refiere a la vejez desde el punto de vista del conflicto de las generaciones. La civilización más remota que conocemos es la de Sumer y Acad. Según ella, en el origen existían primero Apsu, dios del agua, y Tiamet, diosa del mar. De su unión nacieron Mumu (la confusión de las aguas), y después Lahmu y Iahamu, que al unirse engendraron a Anshar, el cielo, y Kishar, la tierra. Éstos engendraron a Anu, Bel Marduk, Ea y otras divinidades de la tierra y los infiernos. Esos jóvenes dioses perturbaron con su tumulto el reposo del viejo Apsu que se quejó a Tiamet, y entonces conjuraron para aniquilar a sus descendientes. Pero Ea se apoderó de Apsu y Mumu. Tiamet engendró entonces enormes serpientes y una cantidad de monstruos, que puso bajo las órdenes de uno de los dioses que se había conciliado: Quingu. Los otros dioses designaron a Marduk como rey; éste desafió a Tiamet y la mató en el

combate.[4] Después organizó el mundo y creó la humanidad. Se encuentra una secuencia análoga entre los fenicios, según las tabletas de Ras Shamas. Filón de Biblos, a fines del siglo I de nuestra era, nos transmite un eco de esas creencias. Cuenta cómo Cronos mutiló a su padre Epigeo, que tomó después el nombre de Urano.

El esquema coincide con el que se encuentra en muchas religiones: en el origen del mundo existe una divinidad urania, principio único que permanece lejano, abstracto, sin relación con los hombres que no le rinden culto. Lo Sagrado desciende después en una pluralidad de divinidades concretas que están en relación directa con el mundo y que los hombres adoran a través de sacrificios, plegarias y ceremonias. Pero es significativo que este pasaje adopte aquí el aspecto de una filiación, quedando el antepasado relegado lejos del mundo que gobiernan sus descendientes.

Tampoco entre los griegos es Urano una simple entidad abstracta; aparece como el gran fecundador, pero también como el padre desnaturalizado y destructor. Hay una lucha de generaciones que concluye con el triunfo de los jóvenes. En esta mitología ha influido la de los fenicios; sería interesante saber a qué realidad correspondía. En la historia y en la literatura griegas se encuentran numerosos ecos de los conflictos que opusieron los jóvenes a los viejos, los hijos a los padres. ¿Existían esos conflictos en la época en que se formaron los mitos? ¿Hay que suponer que los viejos gozaban de un prestigio que después les fue arrebatado? ¿O los jóvenes que poseían la realidad del poder retomaron y enriquecieron mitos que justificaban su primacía? No tenemos modo de optar entre estas hipótesis. Nos contentaremos con examinar los datos de que disponemos, en la esfera de los mitos y en la de los hechos.

4 Esta muerte simbolizaría el paso de una sociedad matriarcal a una sociedad patriarcal.

Según Hesíodo, en el principio fue Caos, después Gaia y Eros. Gaia "dio a luz un ser igual a ella misma, capaz de cubrirla entera: Urano". De su unión nació la segunda generación, la de los Uránidas, que comprendía: 1°, los Titanes y Titánidas, que eran doce; 2°, los tres Cíclopes; 3°, los tres Hecatonchiras, que tenían cada uno cien brazos y cincuenta cabezas. Gaia odiaba a Urano por su inagotable fecundidad y éste detestaba a sus hijos. Apenas nacían, los escondía en el seno de Gaia, es decir, los sepultaba en la tierra. Sublevada, ésta creó un metal duro y cortante, el acero, hizo con él una podadera y ordenó a sus hijos que castraran al padre. Sólo Cronos obedeció y con la podadera castró a Urano. El gran antepasado, Urano, es, pues, descrito por los griegos como un procreador desordenado, un soberano tiránico y odioso. Su hijo Cronos, después de arrebatarle el poder, se unió con Rea, su hermana, con la que tuvo numerosos hijos. Pero también él —quizá porque había castrado a su padre y desconfiaba de ellos— los detestaba y los devoraba. Rea escondió al hijo menor, Zeus, y en su lugar entregó a Cronos una gran piedra envuelta. Ya adulto, Zeus atacó a su padre. Le hizo devolver los hijos enterrados; declaró la guerra a Cronos así como a los hermanos de éste, los Titanes. En esta guerra le ayudaron los Cien Brazos. Después de un horrible entrevero —la Titanomaquia— los Titanes sucumbieron.

Entre tanto Gaia había sido fecundada por la sangre de Urano mutilado y había dado a luz a los Gigantes. Éstos —medio hermanos de Cronos y por lo tanto pertenecientes a la misma generación— se levantaron contra Zeus. Píndaro fue el primero en contar esta Gigantomaquia de la que Zeus salió vencedor. Venció también a Tifeo.

Existen numerosas variantes de estos acontecimientos míticos. Lo interesante es la idea general que inspiró estos relatos: los antiguos dioses, al envejecer, se vuelven cada vez más malos y perversos, o por lo menos su maldad tiránica es cada vez más intolerable y terminan por provocar una sublevación que los derroca. En adelante casi todos los dioses que reinan en el

mundo son jóvenes. Las únicas excepciones son Caronte, el nauclero de los Infiernos a quien los griegos se representaban como un viejo feo o por lo menos taciturno, y algunas divinidades marinas: Nereo, "el viejo del mar", hijo de Pontos y de Gea, bueno y silencioso; su hijo Forcis, "anciano que gobierna las aguas" dice Homero; Proteo, "el viejo del mar", hijo de Urano y Tetis. Se pueden citar también las Gneas, horribles arpías que tenían entre las tres un diente y un ojo y se los pasaban una a otra.

Algunas otras indicaciones sobre la actitud de los antiguos griegos con respecto a la vejez nos las proporcionan los raros relatos míticos en que aparece. La leyenda de Filemón y Baucis presenta una pareja de edad; su generosa hospitalidad, su fidelidad conyugal les valen una larga vejez feliz y una metamorfosis que eterniza su amor. Sus virtudes son recompensadas y la longevidad representa aquí una victoria contra la muerte, victoria por lo demás precaria: es necesario un milagro de Zeus para salvarlos para siempre. El mito de Tiresias establece una relación —que encontraremos a menudo— entre la edad, la ceguera y la luz interior. Enceguecido por la cólera de Era, Tiresias recibió de Zeus en compensación el don de profecía; daba a todas las preguntas respuestas infantiles. Así imaginaron también los griegos al viejo Homero ciego: el poeta, como el profeta, es tanto más inspirado cuanto menos existe para él el mundo exterior. Las leyendas más significativas son las de Titón y Esón. La primera muestra que la decrepitud era para los griegos un azote peor que la misma muerte. Aurora, al obtener para su esposo la inmortalidad, olvidó pedir que fuera acompañada de una eterna juventud; en vano lo alimentó de ambrosía, Titón se volvió decrépito; solitario y miserable, se achicó y resecó a tal punto que los dioses misericordiosos lo transformaron en cigarra. En la historia de Esón, rejuvenecido en el umbral de la muerte por los sortilegios de su nuera Medea, se expresa el viejo sueño de una eterna juventud. Es simétrica a la de Titón: la inmortalidad no es nada sin la juventud;

por el contrario, eternizar la juventud sería para el hombre la felicidad suprema. Existían entre los griegos varias fuentes de Juvencia, la más célebre de las cuales era la de Caratos, cerca de Nauplia.

¿Cuál era en realidad la condición de los viejos en la Grecia arcaica? Mientras que hasta épocas bastante próximas los niños deformes o defectuosos eran suprimidos (y no sólo en Esparta), nada autoriza a pensar que las gentes de edad hayan sido eliminadas jamás. Parecería, según la semántica, que en la alta Antigüedad la idea de honor fuera unida a la de la vejez. *Gera*, *gerón*, palabras que designan la edad avanzada, significan también el privilegio de la edad, el derecho de ancianidad, la diputación. En su estudio *Kouroi et Kourètes*, Jeanmaire, al examinar los vestigios de la civilización griega arcaica, llega a la misma conclusión: las antiguas instituciones vinculaban la idea de honor con la de vejez. En los tiempos heroicos, el jefe de la ciudad, el rey, era asistido por un consejo de ancianos; pero según Homero, sólo tenían una función consultiva. El rey les confiaba también a veces la tarea de administrar justicia; no siempre se desempeñaban bien y sus errores desencadenaban catástrofes naturales.

Sin embargo, según Homero la vejez va asociada a la sabiduría, se encarna en Néstor, el consejero supremo; el tiempo le ha conferido experiencia, el arte de la palabra, autoridad. Empero, está físicamente disminuido. Y no es él el que da a los griegos la victoria. Sólo un hombre en la fuerza de la edad era capaz de inventar una antimafia más eficaz que todas las tácticas tradicionales. Ulises triunfa de lejos sobre Néstor, y también sobre su padre Laertes, que le ha cedido la realeza. Asimismo, Príamo es eclipsado. Se puede inferir que los viejos tenían un papel más honorífico que eficaz mientras Grecia fue feudal. Era necesario el vigor físico de Ulises para expulsar a los pretendientes que Laertes por su debilidad estaba obligado

a soportar. Lo veremos al estudiar la Edad Media: cuando la propiedad no es garantizada por instituciones estables sino que se merece y defiende con la fuerza de las armas, los viejos quedan relegados a la sombra; el sistema descansa en los jóvenes, son ellos los que poseen la realidad del poder. Por otra parte Homero se burla de los demogerontes de Troya. Evoca "el umbral maldito de la vejez". En un himno que se le atribuye, Afrodita dice: "Los dioses también odian la vejez".

En el siglo VII la colonización de un nuevo mundo trae consigo una revolución económica. La propiedad inmobiliaria ya no es la única fuente de riqueza; también lo son la industria, el comercio, la moneda. La aristocracia cambia de carácter. La clase que estaba por debajo, la de los demiurgos —artesanos, trabajadores independientes—, se enriquece. La ciudad está dominada por una plutocracia. La realeza es abolida o conserva solamente un carácter honorífico. La ciudad es pequeña y poco poblada: de 5.000 a 10.000 ciudadanos, a los cuales se añaden los esclavos, los metecos, que no tienen derechos políticos. Su constitución ha adoptado diferentes formas, que han ido cambiando a medida que los ricos se enriquecían, los pobres se empobrecían, la lucha de clases se exasperaba. Fuese una oligarquía, una tiranía o una democracia, siempre tenía a la cabeza un Consejo. Es muy significativo que en las oligarquías —necesariamente autoritarias y conservadoras, puesto que una minoría de ricos querían conservar el poder—, los Consejos eran siempre *Gerusia*. Sus miembros ingresaban tarde y permanecían hasta la muerte. Así era en Éfeso, Crotona, Creta, Cnido y muchos otros lugares. En Élida, había 90 gerontes, 80 en Corinto. Las oligarquías impedían a los jóvenes el acceso a las magistraturas importantes. Se trataba de mantener el orden establecido, se temía la ambición de los hombres jóvenes, su espíritu de iniciativa.

La vejez era, pues, en muchas ciudades antiguas, una calificación. Pero como avatar individual, no era amada; los poetas lo testimonian.

Entre los griegos, observa Burckhardt, la vejez ocupa un lugar muy especial en el conjunto de las quejas que inspira la vida terrenal". En la Jonia voluptuosa y hedonista, Mimnermo, sacerdote en Colofos, expresa hacia el 630 antes de Cristo los sentimientos de sus conciudadanos; canta los placeres, la juventud, el amor, y detesta la vejez: "¿Qué vida, qué placer sin Afrodita de oro?" Se compadece de Titón: "¡Desdichado! ¡Con un mal inmortal le han castigado los dioses!" Repite sin cesar que preferiría morir a envejecer: "Semejantes a las hojas que hace brotar la estación florida bajo los rayos del sol, durante un instante fugitivo gozamos de la flor de nuestra juventud, y muy pronto las Parcas negras nos rodean, una trayendo la dolorosa vejez, y la otra la muerte. El fruto de la juventud no ha tardado en pudrirse: dura apenas lo que la claridad del día. Y una vez alcanzado ese término, la vida se vuelve peor que la muerte. Aquel que era bello, cuando la hora de la juventud ha pasado da lástima incluso a sus hijos y a sus amigos". Y también: "Cuando la juventud desaparece, es preferible morir a vivir. Pues muchas son las desventuras que se adueñan del alma humana: destrucción del hogar, miseria, muerte de los hijos, achaques; no hay nadie a quien Zeus no le mande males en abundancia". Y también: "Una vez llegada la vejez dolorosa que vuelve al hombre feo e inútil, las malas preocupaciones no abandonan ya su corazón y los rayos del sol no lo reconfortan. Es antipático a los niños y las mujeres lo desprecian. Así es como la vejez ha sido dada por Zeus: llena de dolores". Deseaba no llegar a viejo: "Ojalá, sin enfermedad y sin penas, pueda encontrar a los 60 años la Parca y la muerte". En Arquíloco, sacerdote de Tasos, se ve aparecer un tema que será explotado con el correr de los siglos: el del enamorado despechado[5] que predice a la cruel su decadencia futura: "Ya tu piel se marchita

5 Había celebrado la belleza de Neubudé, hija de un notable con quien deseaba casarse; pero el padre se opuso a esa boda.

y la triste vejez labra en ella sus surcos". Teognis de Megara se lamenta: "¡Desdichado de mí! ¡Desdichado! ¡Oh juventud! ¡Oh vejez que todo lo altera! Ésta se acerca; aquélla se aparta". Como Mimnermo, Anacreonte, también originario de Jonia, cantó en el siglo VI el amor, los placeres, el vino, las mujeres; envejecer es perder todo lo que constituía la dulzura de vivir; describe con dolor el reflejo que le devuelve su espejo: pelo opaco, sienes grises, dientes descarnados, y se lamenta por su muerte próxima. El optimismo de Píndaro parece mucho más académico. Toda su vida había sido un oportunista. Tebano, en el momento de la batalla de Salamina predicó la colaboración; después cantó la liberación de la patria. Rico, célebre, tenía la más elevada idea de sí mismo y le convenía suscitar más la envidia que la compasión. Declaró que la avanzada edad era para él una fuente de tranquilas satisfacciones; agradecía a los dioses que le hubiesen acordado la gloria y la fortuna.

Ya lo hemos visto: a la actitud de los poetas ante esta aventura individual que es para ellos la vejez, se oponen las ideologías que la consideran como una categoría social. Así es como Solón rechaza la idea apesadumbrada que Mimnermo se hace de la ancianidad. Le responde que es deseable vivir hasta los 80 años: "No ceso de aprender mientras avanzo en mi vejez". Es que su sistema de valores era muy diferente. La voluptuosidad, los placeres contaban poco para él. Su problema era político. Pretendía arbitrar entre los eupátridas y los teetos; en realidad, favoreció a la aristocracia. Como todos los conservadores, quería apoyarse en los ancianos y reservarles un lugar importante en la constitución de la ciudad.

Entre los privilegiados, la condición de los ancianos está ligada al régimen de la propiedad. Cuando ésta ya no descansa en la fuerza sino que está firmemente garantizada por la ley e institucionalizada, la persona del propietario resulta inesencial e indiferente; está alienado a sus propiedades y se la respeta en

él. No se tienen en cuenta sus capacidades individuales sino sus derechos. Poco importa que sea viejo, débil o incluso impotente. Como por lo común la riqueza crece con los años, ya no son los jóvenes los que ocupan la cima de la escala social sino los más viejos. Así fue en las ciudades griegas cuando se hubieron dado instituciones estables. Entre los eupátridas, los intereses de la propiedad y los de la vejez se confundían.

Es sabido que en Esparta era honrada la vejez. La casta de los militares —que se llamaban los "iguales" aunque hubiera entre ellos grandes desigualdades de fortuna— era mantenida por una multitud de no-ciudadanos, ilotas y periecos. Era un vasto campamento donde los adultos llevaban hasta los 60 años la vida de cuartel; hombres y mujeres estaban sometidos a una implacable disciplina. Libres de sus obligaciones militares, a partir de los 60 años los hombres estaban como predestinados a mantener el orden que habían soportado; toda casta de los explotadores estaba interesada en conservar el statu quo y en particular los grandes propietarios. Es normal que esa sociedad oligárquica, opresiva y estática, haya confiado en gran parte el poder a los ciudadanos que eran a la vez los más viejos y los más ricos; entre ellos se elegían los 28 miembros de la Gerusia. Se reunían por invitación de los éforos —cinco magistrados más jóvenes— que ejercían así sobre ellos cierto control; pero con todo, el poder estaba en sus manos. Los viejos, encargados de formar a la juventud, le inculcaban el respeto a la vejez.

En Atenas, las leyes de Solón dieron todo el poder a las gentes de edad; el Areópago, que gobernaba los asuntos públicos, estaba compuesto de antiguos arcontes. Mientras el régimen fue aristocrático y conservador, la vieja generación mantuvo sus prerrogativas. Las perdió cuando Clístenes estableció la democracia. Pero se defendió. En Tucídides, en Isócrates, se encuentran los ecos de una querella de generaciones. Las gentes de edad conservaron algunos poderes. Cuando se acusaba a los hijos de haber procedido mal con sus padres —negativa a proporcionar los cuidados necesarios, golpes y malos tratos—, los jueces que

decidían en el asunto debían tener más de 60 años. Esta edad se exigía también a los exegetas encargados de interpretar el derecho. Por otra parte, se reconocían facultades sobrenaturales a ciertos viejos de los dos sexos. A veces se aparecían en sueños, revelaban verdades o daban consejos útiles. A veces se les sometían sueños u oráculos y ellos los interpretaban. Sin embargo, su autoridad era muy débil y en la vida privada se les demostraba poco respeto. Jenofonte se queja: "¿Pero cuándo respetarán los atenienses, siguiendo el ejemplo de los lacedemonios, a sus mayores, ellos que empiezan con sus padres a despreciar a los viejos?" Según cuenta Cicerón en *De Senectute*, un viejo ateniense llegó con retraso a los juegos públicos y sus conciudadanos se negaron a cederle un lugar; los diputados de Lacedemonia se levantaron y lo hicieron sentar. Al ver esto la Asamblea aplaudió. Uno de los espartanos dijo entonces: "Parece que los atenienses saben lo que hay que hacer, pero no quieren hacerlo". En efecto, esta actitud es desconcertante. ¿Qué nos dice a este respecto la literatura?

La tragedia no refleja las costumbres con exactitud; por razones estéticas, como todos sus protagonistas tienen una dimensión sobrehumana, acuerda grandeza y nobleza a los viejos. No obstante, hay en su pesadumbre un tono más sincero que en los elogios convencionales que se les dispensan.

Nosotros, carne vieja, insolventes,
abandonados aquí por la expedición,
nos quedamos, guiando
con el bastón nuestras fuerzas pueriles;
pues la savia joven del corazón
cuando empieza a brotar es como senil;
Ares ya no tiene lugar aquí. ¿Qué es un viejo?
Su follaje se seca,
camina en tres pies y,
sin más fuerzas que un niño,
como un sueño en pleno día, deambula,

dice el corifeo en el *Agamenón* de Esquilo. En *Los Persas*, los viejos hablan con angustia de sus barbas blancas. "Cuando se es viejo", escribe Sófocles, "la razón se apaga, la acción resulta inútil y se tienen vanas preocupaciones". Aunque también mostró magníficamente la grandeza que puede ir unida a esta desventura. A los 89 años, en *Edipo en Colona*, pinta a Edipo que llega al término de su vida vagabundo, miserable, ciego.

Tened piedad del pobre fantasma de Edipo
pues ese viejo cuerpo ya no es él.
Mi cuerpo ya no tiene fuerzas para caminar solo
sin que alguien lo guíe.

Ha conservado pasión, cólera, odio contra sus hijos, y una cálida ternura hacia sus hijas:

Aunque esté moribundo
no seré demasiado desdichado si estáis a mi lado.

Sin embargo, en el plano profano, no es más que la sombra de sí mismo. Lo que ignora es que se ha convertido en un personaje sagrado; así lo veía el público desde su aparición en escena; la belleza de la tragedia reside en ese contraste entre la aparente degradación de Edipo y el carácter sobrenatural que, sin él saberlo, le han conferido los dioses. El territorio que lo ha acogido conquista, gracias a él, el favor de los dioses: es un salvador y muere en apoteosis. Así se ilumina magníficamente la ambivalencia de la ancianidad: es una fuente de desdichas, parece lamentable, pero en ciertos individuos cobraba para los griegos un aspecto sagrado.

Eurípides, que tenía una visión pesimista de la existencia, ve la vejez con colores sombríos. En *Alcestes*, Admeto reprocha con acritud a su padre que no consienta en morir en su lugar. Exclama encolerizado:

"De creer a los viejos, invocan a la muerte, la edad los abruma, han vividlo demasiado. ¡No son más que palabras! En cuanto la muerte se acerca, nadie quiere irse y la edad deja de pesarles".

En *Hécuba*, la vieja reina se hace sostener por las otras cautivas:

Venid, hijas mías, conducid a la vieja delante de la casa.
...Venid a buscarme, a llevarme, a ayudarme, a sostener mi [cuerpo debilitado.
Y yo, apoyando mi mano en la muleta de tu codo doblado
seré menos lenta en mis pasos.

En *Las Troyanas* maldice su impotencia; se interpela a sí misma: "¡Abejón inútil!". Pero, como Edipo, tiene también un carácter sagrado. Sus desfallecimientos físicos, su desventura, hacen resaltar mejor su grandeza sobrehumana.

En *Ión* el viejo esclavo se queja de caminar con dificultad y Yocasta, en *Los Fenicios*, camina con paso tembloroso. Sin embargo, por su boca Eurípides defiende la vejez:

No todo es despreciable en la vejez,
Eteocles, hijo mío, la experiencia tiene palabra que decir,
más sabia que la de los jóvenes.

Da, en efecto, buenos consejos que no son seguidos.

Pero en Eurípides triunfa una visión pesimista de la vejez. Un coro gime: "Nosotros los viejos no somos más que un rebaño, una apariencia, deambulamos como imágenes de sueño, ya no tenemos buen sentido, por inteligentes que podamos creernos".

En la tragedia, el viejo es sujeto: se lo muestra tal como existe para sí. Cuando florece la comedia con Aristófanes, cincuenta años después de Eurípides, el viejo aparece como objeto. El público ateniense continúa conmoviéndose con la grandeza de Edipo y de Hécuba, pero se ríe de buena gana ante el espectáculo de los viejos ridículos.

Aristófanes en sus comedias sostiene tesis políticas y morales. Atenas estaba entonces gobernada por Cleón, un demagogo que combatía la influencia de las clases superiores y practicaba una política belicista. Respetuoso de la aristocracia, apegado a las viejas tradiciones, Aristófanes detesta a Cleón y todas las innovaciones que ha introducido en la ciudad: el espíritu de partido, las denuncias, los procesos, la guerra y también la filosofía. La vejez sólo desempeña un papel secundario en las intrigas cuyo fin es denunciar las taras de la época. Su actitud con respecto a los personajes de edad es, pues, variable.

Conservador, reclama para ellos respeto. En *Los Acarnienses*, sin disimular su decadencia, toma partido por los ancianos contra los jóvenes: se les debe hacer justicia en nombre de los servicios que han prestado a la república. Pone en sus bocas estas palabras: "Nosotros los ancianos, los antepasados, tenemos razones para quejarnos de nuestros conciudadanos. Lejos de haber recibido de vosotros la recompensa y el tratamiento dignos de nuestras hazañas en los combates navales, sufrimos una suerte miserable. Nos arrastráis, a nuestra edad, ante los tribunales; permitís que los jóvenes oradores con su labia se burlen de nosotros que ya no valemos nada con nuestra sordera y nuestra elocución temblorosa... Vejez que chochea, nos quedamos delante de la mesa de piedra sin ver nada más que las sombras de la justicia". Se indignan prolijamente de que los jóvenes abogados los acosen y les hagan caer en trampas.

Sin embargo, en otras piezas Aristófanes no vacila en burlarse de ellos; la edad es para él un resorte cómico. Es un viejo el que en *Las Nubes* le pide a Sócrates la ciencia del razonamiento injusto que le permitirá esquivar a sus acreedores. El

público se reía de los sofistas, pero también de ese alumno demasiado chocho para aprender nada. Envía a su hijo a que se instruya en su lugar; éste aprovecha las lecciones de Sócrates y apalea a su padre, demostrándole que tiene razón para hacerlo. Aristófanes inaugura el tema, tan machacado después, del viejo burlado y apaleado.

En *Las Avispas*, se las toma con una institución a la que consideraba un azote: los procesos. El régimen consideraba sospechosos a los ciudadanos ricos o poderosos y les hacía innumerables procesos. Los jueces salían del conjunto de los ciudadanos. Cleón había subido a tres óbolos la suma que cobraban cada vez que juzgaban. Los atenienses acomodados no se interesaban en esa ganancia y se negaban a ser jueces. Los heliastas eran, pues, gentes modestas, y los juicios reflejaban la mentalidad de las clases inferiores. Aristófanes estaba de acuerdo con las clases superiores en detestarlos: hubiera querido que no se siguiera alimentando a miles de jueces inútiles, que solían ser viejos, pues los hombres más jóvenes estaban dedicados a sus ocupaciones.

Al comienzo de la pieza, Cleón incita a unos viejos sin fortuna a condenar a Laqués, a quien acusa de malversaciones y venalidad; en efecto, había solidaridad entre el demagogo y los jueces. El viejo Filocleón[6] no está entre ellos porque su hijo, Bdelicleón,[7] lo ha encerrado para impedirle reunírseles. Pero aquél se escapa y hace de los tribunales un gran elogio que es, en realidad, una sátira. Su hijo contraataca y convence a los viejos heliastas, pero no a su padre, que decididamente quiere ir al tribunal. Lo encierra de nuevo, lo hace juzgar en un proceso cuyo acusado es un perro. Después trata de distraerlo. Más rico que su padre, lo lleva a banquetes. El viejo se emborracha, se exhibe, dice desatinos, castiga a sus esclavos, se lleva a su casa

6 Nombre que significa "que ama a Cleón".
7 Nombre que significa "que detesta a Cleón".

a una tocadora de flauta desnuda a la que halaga lúbricamente. Y se pasa la noche en danzas absurdas. El joven es el que en la pieza encarna el buen sentido. Los viejos heliastas quedan desacreditados como criaturas de Cleón.

Lo mismo ocurre con *Lisístrata*. Es una pieza contra la guerra. Aristófanes hubiera querido que Atenas concertara la paz con Lacedemonia, en tanto que Cleón proseguía las hostilidades. Aristófanes imagina que todas las mujeres de la ciudad se han encerrado en la ciudadela para detener la guerra. Los viejos adoptan el punto de vista de Cleón y tratan de recuperar la ciudadela. Su belicismo los vuelve odiosos y además se cubren de ridículo: impotentes, hacen bromas a las jóvenes y se atraen sus sarcasmos. Aristófanes los caricaturiza también en *Pluto*.

¿Por qué aplaudía el público? Se componía en su mayor parte de pequeños terratenientes que vivían en los alrededores de Atenas y se complacían en ver ridiculizar a los hombres de las ciudades. También ellos eran hostiles a la demagogia de Cleón. Los viejos de Atenas, tradicionalmente respetables y dotados de cierta autoridad, eran culpables a sus ojos de colaborar con el enemigo, haciéndole ganar sus procesos y sosteniendo su política conquistadora. Observemos que en dos oportunidades el viejo aparece en un papel de padre ridículo; indudablemente los hijos, que sufrían por tener que obedecer al jefe de la familia, se aleonaban de verlo burlado.

Aristófanes fustiga también la lubricidad de los viejos; éste es un tema que será explotado infatigablemente a lo largo de los siglos, sobre todo en el teatro cómico. ¿Por qué el adulto encuentra especialmente repugnante ese rasgo? ¿Por qué el viejo es todavía capaz de hacer el amor o por qué ya no lo es? En el primer caso, se presenta como un rival temible por su fortuna y su prestigio, y además ofende a los adultos en narcisismo, que es casi siempre un componente importante del amor, incluso venal; disociado de la juventud, del vigor, de la seducción, el acto sexual queda rebajado a la categoría de pura función animal; la mujer que se presta a él, desvaloriza los

abrazos de otros hombres más jóvenes. Pero el viejo libidinoso e impotente es sobre todo el que subleva a los hombres en la fuerza de la edad; en él se encarna el fantasma que obsesiona a los más viriles. Los psicoanalistas consideran que el complejo de castración nunca queda enteramente liquidado; la vista de un viejo impotente reaviva en el hombre hecho la amenaza que había aterrado tanto al niño. Se puede decir, en otros términos, que el adulto macho nunca está libre de ansiedad en lo que toca a su vigor sexual; detesta imaginar que llegará el día en que conserve deseos sin ser capaz de saciarlos. Odia en el viejo su futura condición; la repudia con la risa; puede convencerse fácilmente de que nunca se parecerá al personaje grotesco que evoluciona en la escena.

Hay pocas mujeres de edad en Aristófanes y no tienen relieve; sólo pueden señalarse algunas alcahuetas y, en *La asamblea de las mujeres*, tres viejas que se disputan los favores de un bello muchacho.

Menandro, que cien años más tarde sucedió a Aristófanes en los favores del público, tampoco es amable con la vejez. Es preferible, según él, no llegar a una edad demasiado avanzada:

"El que dura demasiado tiempo muere disgustado; su vejez es penosa, es un menesteroso. Dando vueltas por aquí y por allá, encuentra enemigos; se conspira contra él. No se ha ido a tiempo; no ha tenido una bella muerte".[8]

También él considera entristecedor que un hombre de edad pretenda tener vida sexual: "No puede haber nada más desdichado que un viejo enamorado, como no sea otro viejo que ame. El que quiere gozar de lo que le abandona —el tiempo es la causa—, ¿cómo no habría de ser desdichado?"

En él —y este tema también será repetido a menudo— la vejez se presenta como una fuerza maléfica que ataca desde fuera a los individuos: "Vejez, tú que eres la enemiga del gé-

8 Fragmentos.

nero humano, tú eres la que estragas toda la belleza de las formas, tú transformas el esplendor de los miembros en pesadez, la rapidez en lentitud".

"Una larga vida es algo penosa. ¡Oh pesada vejez! Nada tiene de bueno para los mortales, pero prodigas dolores y males. Y sin embargo, todos deseamos alcanzarte y nos esforzamos por llegar a ti".

En las comedias de Menandro que han llegado hasta nosotros —en fragmentos originales o a través de Terencio— se encuentran numerosos personajes de viejos. En la *Samniana*, el autor plantea el problema de las generaciones. El "héroe positivo" es Demeas, un viejo afectuoso, generoso, que ama a su hijo y ve con tristeza cómo se disipan las ilusiones que tenía sobre él. Pero permanece sereno en medio de las contrariedades. Nicerato, por el contrario, es uno de los antepasados de todo un linaje de viejos malignos, avaros, rudos. Hay una pareja de viejos análogos en el *Heautontimorumenos*, que Terencio retomó y desarrolló. En el *Perikeiromenes*, el viejo Pataicos se parece a Demeas; es un sabio, bueno, moderado, sensible. En cambio, hay en el *Teoforumenos* un viejo malhumorado, Cratón, y en los *Epitrepontes* un viejo avaro, terco, detestable, que es Smicrines. Menandro ha llevado mucho más lejos que Aristófanes el personaje del viejo ridículo e insoportable que tendría después tanta popularidad. Pero sus opiniones eran más matizadas; pensaba que la mucha edad puede ir acompañada también de sabiduría y bondad.

Platón y Aristóteles reflexionaron sobre la vejez y llegaron a conclusiones opuestas. La concepción de Platón está estrechamente relacionada con sus opciones políticas. Cuando escribió *La República*, su experiencia lo había asqueado de la oligarquía, la tiranía, y criticaba severamente a los hombres, las costumbres políticas, el espíritu público de la democracia ateniense; la juzgaba anárquica y condenaba su iguali-

tarismo. No respetaba bastante la competencia. Estimaba la "democracia" de Esparta, pero lamentaba que Esparta eligiera como magistrados no a los hombres más sabios sino a los que la guerra habla formado. La ciudad ideal, según él, es la que garantiza la felicidad de los hombres; pero la felicidad es la virtud y la virtud deriva del conocimiento de la verdad. Sólo los hombres que han salido de la caverna, que han contemplando las ideas son, pues, los designados para gobernar. Sólo son capaces de ello después de una educación que debe empezar en la adolescencia y que dará plenamente sus frutos a los 50 años. A partir de esta edad, el filósofo posee la verdad y se convierte entonces en el guardián de la ciudad. El reino de las "competencias", que desea Platón, es al mismo tiempo una gerontocracia. Su filosofía lo autorizaba a no tomar en cuenta la declinación física del individuo. En efecto, según él la verdad del hombre reside en su alma inmortal, que está vinculada con las ideas; el cuerpo no es más que una apariencia. En su unión con el alma, Platón sólo vio al principio una traba; más tarde pensó que el alma puede explotar al cuerpo en su beneficio, pero no lo necesita. La decadencia de la edad no la alcanza, e incluso cuando los apetitos y el vigor del cuerpo disminuyen, el alma resulta más libre. Joven todavía cuando escribe *La República*, Platón pone en boca de Céfalo un elogio de la vejez: "En la misma medida que se debilitan los otros placeres —los de la vida corporal— aumentan en cuanto a las cosas del espíritu mis necesidades y mis alegrías". Y Sócrates añade que uno se instruye en contacto con los viejos. Es cierto, observa Céfalo, que cuando están juntos casi todos se extienden en lamentos por los placeres de la juventud perdidos y deploran los ultrajes con que los cubren sus prójimos. Recuerda que Sófocles, sin embargo, hablando de las cosas del amor dijo: "Me he escapado de él con la mayor satisfacción, como si hubiera escapado de la casa de un amo locamente salvaje". Céfalo aprueba estas palabras: "La vejez... hace nacer nosotros un sentimiento inmenso de

paz y de liberación". La concepción espiritualista que se expresa aquí contradice radicalmente la de los autores satíricos sobre la sexualidad de los viejos: la libido desaparecería con el vigor sexual; gracias a esta armonía, el viejo accedería a una serenidad vedada a los hombres que son todavía presa de sus instintos. A pesar de innumerables desmentidos, esta idea se ha perpetuado hasta nuestros días por lo que tiene de tranquilizadora: permite descartar la desagradable e inquietante imagen del viejo lúbrico.

Establecido el valor de la vejez, Platón concluye: "Los más viejos deben ordenar, los jóvenes obedecer". Sin embargo, une al criterio de la edad el del valor. En su *República* los rectificadores, que controlan a todos los magistrados, tienen de 50 a 75 años. Los nomofilebros, cuyo papel es muy importante, tienen de 50 a 70 años.

Los hombres de más de 60 años no participan más en los cantos y borracheras de los banquetes, pero los presiden, impiden los excesos y discurren sobre los temas morales que inspiran los cantos.

A los 80 años, Platón vuelve largamente sobre la cuestión en *Las Leyes*; insiste en varias oportunidades en las obligaciones de los hijos con respecto a sus viejos padres. Deben hablarles con respeto y poner a su servicio sus riquezas y su persona. Se rinde un culto a los antepasados muertos; el futuro antepasado es ya sagrado: "No podemos poseer objeto de culto más digno de respeto que un padre o un abuelo, una madre o una abuela abrumados de vejez".

La filosofía de Aristóteles lleva a conclusiones muy diferentes. El alma en él no es puro intelecto; hasta los animales tienen una y está en relación necesaria con el cuerpo; el hombre sólo existe por la unión de los dos: el alma es la forma del cuerpo, los males que afectan a éste alcanzan al individuo entero. Es preciso que el cuerpo permanezca intacto para que la vejez sea feliz: "Una bella vejez es la que tiene la lentitud de la edad, pero sin invalidez. Depende al mismo tiempo de las ventajas

corporales que se tengan, pero también del azar", escribe en *La Retórica*. Admite en las *Eticas* que el sabio es capaz de soportar con magnanimidad todas las vicisitudes. Sin embargo los bienes del cuerpo y los bienes exteriores son necesarios al del espíritu. Estima que el hombre progresa hasta los 50 años. Es preciso haber alcanzado cierta edad para poseer la *frenosis*, esa sabiduría prudente que permite conducirse justamente, y para haber juntado experiencia, saber incomunicable porque es vivido y no abstracto. Pero después la declinación del cuerpo acarrea la de la persona entera. En *La Retórica*, Aristóteles pinta la juventud con los colores más risueños: ferviente, apasionada, magnánima, y la vejez se le presenta, desde todo punto de vista, como su opuesto: "Porque han vivido numerosos años, porque con frecuencia han sido engañados, porque han cometido errores y los asuntos humanos son malos las más de las veces, no tienen seguridad en nada y hacen todo manifiestamente muy por debajo de lo que se debería". Son reticentes, vacilantes, timoratos. Por otra parte: "Tienen mal carácter, pues en el fondo tener mal carácter es suponer que todo va cada vez peor. Suponen siempre el mal a causa de su desconfianza, son desconfiados a causa de su experiencia en la vida". Son tibios en sus amores como en sus odios. Son mezquinos porque han sido humillados por la vida. No tienen generosidad. Son egoístas, miedosos, fríos. Son desvergonzados: desprecian la opinión. "Sirven más del recuerdo que de la esperanza". Charlan, machacan el pasado. Sus transportes son vivos, pero sin fuerza. Parecen moderados porque no tienen deseos sino sólo intereses. Para éstos viven, no para la belleza. Están abiertos a la piedad no por grandeza de alma sino por debilidad. Se lamentan, ya no saben reír.

Lo que es particularmente interesante en esta descripción que se inspira, no en una tesis a priori, sino en observaciones extensas y pertinentes, es la idea de que la experiencia no es un factor de progreso sino de involución. Un viejo es un hombre que se ha pasado toda la vida engañándose y esto no le puede

dar superioridad sobre gentes más jóvenes que no han acumulado tantos errores como él.

Por eso Aristóteles critica en *La Política* la Gerusia de Esparta: "Una soberanía vitalicia en las decisiones importantes es una institución muy discutible; pues la inteligencia, como el cuerpo, tiene su vejez y la educación recibida por los gerontes no es tal que el legislador mismo no haya desconfiado de su virtud". Los acusa de dejarse corromper a menudo y de perjudicar el interés público. Aconseja que los viejos se dediquen al sacerdocio. No se les pedirán más que sabios consejos y sentencias rectas.

Su idea de la vejez conduce a Aristóteles a descartar del poder a las gentes de edad porque ve en ellas a individuos disminuidos. Por otra parte su política, muy diferente de la de Platón, no pone a los intelectuales a la cabeza de la ciudad, sino una policía; lo ideal sería que todos los ciudadanos fueran hombres de acrisolada virtud y por turno cada uno fuera gobernado y gobernara a su vez. Pero éste es un sueño de perfección imposible de encarnar. Si se tiene en cuenta la realidad, la mejor constitución, piensa Aristóteles, es la que concilia la democracia con una fuerte dosis de oligarquía. La condición para el ejercicio del poder será la virtud militar de una clase media; a ella le corresponderá mantener el orden. Pero los militares son hombres jóvenes o en la fuerza de la edad. La policía de una ciudad no se reclutará entre los viejos. Aristóteles los aparta del gobierno, tanto por razones psicológicas como por sus concepciones sociales.

La actitud sombría de los griegos con respecto a la vejez se encuentra, en el siglo I después de Cristo, en Plutarco. Tenía al respecto una experiencia personal, puesto que murió a los 80 años. Filósofo, moralista, y al final de su vida muy piadoso —era sacerdote en Delfos—, es un representante de lo que se ha llamado el platonismo medio. Pero está más cerca en esto de

la severidad de Aristóteles que del optimismo platónico. Compara a la vejez con un triste otoño.[9] Escribe: "Y parecería que el otoño es como la vejez del año que concluye su revolución, pues la humedad todavía no ha llegado y el calor se ha ido o ya no tiene fuerza y, lo que es un signo de frialdad y sequedad, hace a los cuerpos propensos y dispuestos a las enfermedades. Ahora bien, ¿es necesario que el alma se compadezca y se deje llevar por las disposiciones del cuerpo, y que estando los espíritus paralizados y engrosados, la virtud adivinadora se ofusque y se empañe ni más ni menos que un espejo que está todo lleno de brumas?"

Este pesimismo se prolonga con Luciano hasta el siglo II de nuestra era.[10] En un epigrama interpela a una mujer de edad: "Puedes teñirte el pelo, nunca te teñirás la vejez, nunca harás desaparecer las arrugas de tus mejillas... Jamás bermellón ni cerusa harán de Hécuba una Helena". En los *Diálogos de los muertos* se asombra, como Eurípides, de la obstinación con que los viejos se aferran a la vida. En dos o tres oportunidades traza de ellos un retrato cruel: "Un viejo decrépito, que no tiene más que tres dientes, que apenas vive, que se apoya para caminar en cuatro esclavos, cuya nariz destila continuamente una gota, cuyos ojos están llenos de lagañas, insensible a todas las voluptuosidades, un sepulcro animado, hazmerreír de la juventud".

Una vez más el desventurado viejo inválido, semimuerto, suscita no la piedad ni el honor, sino la risa. Ya hemos visto por qué.

La iconografía griega coincide con la literatura. En algunos vasos del siglo V y de los siglos siguientes se ve a Hércules combatiendo contra la vejez, representada por un enano de-

9 Lo cual es insólito, porque para los antiguos el otoño era la estación de la abundancia: *Pomifer autommus*.

10 Luciano pertenece al mundo antiguo. Escéptico conoció el cristianismo sólo para burlarse de él.

macrado, o por un personaje chupado, arrugado, casi calvo. A veces también es una figura muy alta, con largos cabellos y barba, que implora a Hércules de rodillas. En el siglo IV Demetrio esculpió una Lisímaca bajo la figura de una vieja horrible.

La historia romana demuestra que existe una estrecha relación entre la condición del viejo y la estabilidad de la sociedad. Es probable que los antiguos romanos tuvieran la costumbre de desembarazarse de los viejos ahogándolos, puesto que se hablaba de enviarlos *ad pontem* y se llamaba a los senadores *depontani*. Como en todas las sociedades, habría habido un contraste radical entre la suerte de los viejos pertenecientes a la élite y los de la masa. En todo caso más tarde, mientras se siguen exponiendo los recién nacidos según la santa voluntad del *pater familias*, ya no es cuestión de atentar contra la vida de los viejos. Ya he dicho cómo son respetados en su calidad de propietarios cuando la propiedad privada está garantizada por la ley. Así ocurrió cuando las instituciones romanas quedaron sólidamente establecidas. Asumía formas diversas. Los bienes de un patricio romano estaban constituidos ante todo por sus tierras. Pero poseía también casas de renta y a veces acciones en grandes compañías financieras. Los caballeros formaban una aristocracia financiera; prestaban dinero con intereses usurarios. Además, el comercio era fuente de riquezas. En todas estas esferas, la fortuna de un ciudadano era normalmente más vasta al término de una vida consagrada a administrarla y a aumentarla. Entre los ricos había numerosos viejos y sus bienes eran una de las fuentes de su prestigio.

Ellos detentaron primero el poder; el Senado se componía de ricos hacendados que habían llegado al término de su carrera de magistrados. Hasta el siglo II antes de Cristo, la República es poderosa, coherente, conservadora; reina el orden; los privilegios de la fortuna son considerables; es gobernada por una oligarquía; ésta favorece a la vejez cuyas tendencias con-

servadoras coinciden con las suyas. Las prerrogativas del Senado son inmensas. Dirige toda la diplomacia romana. Tiene vara alta sobre los grandes comandos militares. Cada jefe del ejército está asistido por tenientes reclutados en el Senado y por él. Administra las finanzas. Es él quien juzga los delitos graves: traición, prevaricación. Se llega a las altas magistraturas sólo a una edad bastante avanzada; la "carrera de los honores" está cuidadosamente reglamentada de modo que es imposible hacerla de manera fulgurante. Por otra parte, el voto de los viejos tiene más peso que el de los otros ciudadanos. En Roma se vota por centurias y las centurias de *seniores*, a igualdad de valor electoral, comprenden muchos menos individuos que las de los *juniores*; la mayoría legal no corresponde, pues, a la mayoría numérica y los hombres de edad salen beneficiados.

Esta situación política se apoya en una ideología que tiene sus raíces en una economía esencialmente rural. Los campesinos desconfían de la novedad y la virtud esencial entre los romanos era la *permanencia*. El *mos majorum* (la costumbre de los antepasados) tenía fuerza de ley y postulaba la creencia en la sabiduría arcaica. Los antepasados permanecían presentes en la familia; los manes volvían del infierno ciertos días y había que calmarlos con sacrificios. Era preciso obedecerles respetando las tradiciones. La permanencia estaba garantizada por la *pietas* que se exigía de todo ciudadano con respecto a su patria, a los magistrados y en particular a su padre.

Un problema se plantea a los historiadores: esta sociedad tradicionalista que parecía condenada al estancamiento realizó, sin embargo, en el curso de los siglos, la conquista del mundo. Los guerreros no formaban una casta, no detentaban privilegios; no obstante, el imperialismo romano no cesó de desarrollarse bajo la dirección del Senado. ¿Por qué?

Las respuestas de los historiadores son vacilantes. Hacia el fin de la República, la conquista había creado las condiciones materiales y morales de una anarquía que impulsaba a la conquista, pero ¿cómo empezó a funcionar ese engranaje? Se ha

alejado la avidez de un pueblo campesino, una preocupación de seguridad, el orgullo romano, el deseo de enriquecerse, las ambiciones individuales. Lo seguro es que la expansión militar se puso al servicio de la expansión económica. Con el botín recogido, las indemnizaciones de guerra, los tributos exigidos, Roma se enriqueció considerablemente. Lo que es sorprendente también es el carácter de la conquista, que es lenta, incluso muy lenta si se la compara con la de Alejandro. Salvo al final de la República, no es realizada por individuos cuyo papel social y político sea destacado; los generales, incluso en la gloria, siguen siendo simples servidores de Roma. La obra colectiva, dirigida por el Senado, es decir, por hombres de edad, se prosigue metódicamente, continuamente, sin oponerse a la *permanencia* del orden establecido; durante varios siglos, no lo perturba.

La situación privilegiada de los viejos se afirma en la familia. El poder del *pater familias* es casi ilimitado. Tiene los mismos derechos sobre las personas que sobre las cosas: matar, mutilar, vender. Este poder sólo termina con la muerte o con la *capitis diminutio* que —en casos extremadamente raros— separaba al ciudadano de la vida civil. Un hijo que pegaba a su padre era considerado como un *monstrum*; dejaba de pertenecer a la sociedad de los hombres; era declarado *sacer*, es decir, que se lo expulsaba del mundo condenándolo a muerte. Si un joven quería casarse no sólo necesitaba el consentimiento de su padre, sino también el de su abuelo, si estaba vivo, lo cual prueba que el patriarca conservaba hasta el fin su autoridad.

A pesar de sus poderes teóricos, era cada vez más excepcional que un padre vendiera a su hijo como esclavo. Parece que las costumbres, los usos, restringían el ejercicio de su autoridad. La matrona romana tenía en el hogar mucha influencia[11]

11 Gracias a su doble pertenencia al clan paterno y al de su marido, podía apelar a uno y a otro. Desde el día en que recibió una dote de su padre, tuvo

y esa división del poder debía obrar en favor de los hijos. La relación de la literatura con las costumbres es ambigua. Pero si los viejos hubieran sido tan poderosos y respetados como en China, es inimaginable que Plauto se hubiese burlado de ellos en escena con semejante éxito. Las Atelanas habían tomado de los griegos el personaje del viejo ridículo que figuraba con los nombres de Casnar y Pappus. Plauto le atribuye un papel esencial. Lo concibe siempre como un padre que con su avaricia estorba los placeres de su hijo y que —lúbrico como en Aristófanes— rivaliza con él; utiliza sus riquezas y artimañas sórdidas para robarle la mujer que ama, por ejemplo, la compra y la da en matrimonio a un esclavo que, la noche de bodas, le cederá el lugar en el lecho. Pero siempre, gracias a otro esclavo astuto que acude en ayuda del hijo, sus artimañas fracasan, es desenmascarado, su mujer —siempre fea y agriada— le hace amargos reproches. Es el hazmerreír de la casa y de toda la vecindad. Tal es el tema de la *Asinaria* en que Demenetes es un senador desvergonzado, humillado por su mujer, despreciado por sus esclavos, desautorizado por su hijo, burlado por una cortesana. En *Casina* Stalinon se rocía de perfumes para agradar a la muchacha que ama su hijo; en el lecho que cree compartir con ella, hay un hombre. Éste es también el tema del *Mercator*. En *Bacchis*, dos viejos tratan de separar a sus hijos de unas cortesanas y son ellos los que caen en el libertinaje.

Aunque los viejos sean honestos y amables, su edad basta para que se presenten como un objeto de irrisión; en *Epidicus* los dos viejos no son ni viciosos ni malos; sin embargo, la comicidad de la pieza reside en que un esclavo astuto les saca dinero. En la *Mostellaria* divierte ver al buen Teurópidas engañado por un esclavo que está al servicio del libertinaje de su hijo.

---

una perfecta independencia económica. Presente en el hogar, dirigiendo el trabajo de los esclavos, desempeñaba un papel importante en la educación de los hijos.

Plauto creó numerosos personajes de viejos simpáticos. A pesar de su abyecta avaricia, Euclión en *La Aulularia* se muestra al final buen padre, afectuoso y liberal; uno de sus amigos, tan viejo como él, honesto y afable, desposa a su hija sin dote. En *Pseudolus*, en *Rudens*, en *Trinummus*, en *El Cartaginés* los viejos que aparecen en escena son risueños, inteligentes y buenos. El viejo más cabal es el de *Miles gloriosus*. El personaje odioso es el militar, hombre en la fuerza de la edad; por el contrario, Periplectómenes es un sabio, espiritual, alegre, bueno con los jóvenes, joven de corazón, conocedor del arte de vivir. Ayuda al enamorado de la heroína a protegerla del soldado fanfarrón. Y al trazar sonriendo su autorretrato, señala los defectos de que debe guardarse la vejez: "En la mesa no aturdo a las gentes con mis chillidos sobre los asuntos públicos; jamás durante una comida deslizo la mano debajo del vestido de una mujer que no es mía; no me apresuro a quitar las fuentes a mis vecinos o a tomar la copa antes que ellos; el vino jamás me incita a buscar camorra en mitad de un banquete". Es el único en el teatro de Plauto que nunca se ha casado, y se felicita de no tener ni mujer ni hijos. Hay un solo viejo —en *Los Menechmós*— que se queja de su edad: "Mala mercancía los malos años que encorvan la espalda; ¡cuántos fastidios y dolores traen consigo!"

El papel de las mujeres de edad es limitado: esposas agriadas, viejas cortesanas más o menos alcahuetas, poco cuentan. Plauto pone sobre el tapete en especial al *pater familias*. Indudablemente los jóvenes soportaban con amargura su poder: él era el que tenía los cordones de la bolsa y disponía de la suerte de los jóvenes. Éstos se complacían en desinhibirse viéndolo caricaturizado. Quizá también jóvenes y hombres maduros soportaban a regañadientes el verse gobernados por ancianos: el Demenetes de la *Asinaria* no es sólo un padre sino un viejo senador. Sin embargo, a los tiranos lúbricos y ridículos, Plauto opone viejos amables; la edad avanzada es en sí respetable, y se muestra indigno de ese respeto el que abusa de su autoridad

para satisfacer sus vicios. Plauto no toma partido sin reservas por los hijos, que a menudo son libertinos, interesados, egoístas.

Terencio, más culto, más refinado, trató con más seriedad y matices el problema del conflicto de generaciones. En la *Andria*, inspirada en Menandro, los personajes de viejos son simpáticos pero opacos. Mucho más relieve tienen en el *Heautontimorumenos*. Los dos héroes, de más de 60 años, son ricos, autoritarios. Menedemo, violento, apasionado, se opone al casamiento de su hijo que ha partido a Asia donde se ha enrolado en el ejército. El padre, desesperado, se vuelve por remordimiento "verdugo de sí mismo", se impone trabajos agotadores. Cremes, en conflicto también con su hijo, es un falso filósofo que siempre tiene la boca llena de grandes palabras,[12] persigue a su mujer que vale más que él y se deja engañar por sus esclavos. El hijo de Cremes, un mal sujeto, se queja: "¡Qué jueces inicuos son los padres para los jóvenes! Quisieran que desde la infancia fuésemos unos vejetes". Hasta el final de la pieza la magnanimidad, la generosidad de Menedemo, la fuerza de su amor por su hijo no disminuyen, ni siquiera cuando se preocupa por su conducta y teme —equivocadamente— haber sido arruinado por él.

Una pareja análoga aparece en *Adelphi*. Demea ha tenido dos hijos; ha confiado uno de ellos a su hermano Mición que no es casado. Mición está lleno de indulgencia y de bondad, ama y comprende a la juventud. Su hijo adoptivo lo adora; todo el mundo lo quiere. Demea, duro con los demás como consigo mismo, maltrata a su hijo, que se rebela contra él. Al final comprende y se transforma: "Yo también quiero que mis hijos me amen". En *Formio* el padre del héroe, Demifón, es un hombre autoritario y colérico. Hace escenas espantosas cuan-

---

12 Él es el que dice: "Hombre soy y nada de lo que es humano me es ajeno", pero lo que quiere es meter la nariz en los asuntos de su vecino que se asombra de su curiosidad.

do se entera de que su hijo se ha casado en su ausencia. Quiere obligarlo a romper.

Más didáctico que Plauto, Terencio enseña a los padres cómo deben comportarse si quieren hacer felices a sus hijos y a sí mismos. No trata tanto de ridiculizar a los viejos como de ponerlos en guardia. De su teatro también se puede concluir que los jóvenes soportaban con impaciencia una autoridad que por lo demás estaba limitada por la presión de la opinión.

Es sorprendente comprobar que con la decadencia del sistema oligárquico, los privilegios de los viejos disminuyen y luego se desmoronan. A partir de los Gracos, no hay ya mayoría gubernamental estable sino tan sólo mayorías de coalición. El fracaso de la reforma agraria[13] y de la reforma italiana[14] condena a muerte al régimen republicano. La conquista romana acarrea finalmente una descomposición política y social. Durante esta época agitada el Senado pierde poco a poco sus poderes que pasan a manos de los militares, es decir, de hombres jóvenes. Los magistrados se liberan de la autoridad del Consejo. Una vez instaurado el poder personal, la influencia del Senado no hace sino disminuir. El emperador, que es un hombre joven, gobierna prácticamente sin él. Se le quitan sus funciones políticas y administrativas. Hacia 271, con Galiano, pierde también sus privilegios financieros y monetarios. Al mismo tiempo el poder del *pater familias* se vio restringido. Los derechos sobre las personas cesaron de asimilarse a los derechos sobre las cosas. El ejercicio del derecho de vida y de muerte fue considerado como un crimen. Se

---

13 Que habría consistido en distribuir las tierras dentro del cuerpo cívico romano.

14 Que habría consistido en distribuir las tierras a los italianos acordándoles el derecho de ciudadanía.

liberaba de oficio al esclavo viejo e inválido a quien su amo dejaba sin recursos. En esta perspectiva es como hay que leer el *De Senectute* e Cicerón. A los 63 años, siendo senador, compone una defensa de la vejez para probar que la autoridad del Senado, conmovida desde hacía mucho tiempo, debía ser reforzada. En la época en que Cicerón escribe, los nobles y los ricos sólo creían en sus placeres y en sus ambiciones, pero en público adoptaban una máscara y respetaban los valores consagrados. Sobre éstos se apoyará Cicerón. En particular, desde que había empezado la decadencia del Senado, el estoicismo se había introducido en Roma en forma desvirtuada. Los senadores lo habían convertido en una ideología conservadora: el mundo es armonía; todo lo que es natural es bueno; cada elemento debe estar satisfecho con el lugar que le es asignado en el seno del todo; es preciso respetar el statu quo y dejar sus privilegios a los privilegiados. Ecos de estas ideas cómodas se encuentran en el *De Senectute*.

"En la extrema miseria, la vejez no puede ser soportable, ni siquiera para un sabio", admite Cicerón. Pero los míseros no son senadores, y de éstos se trata. Cicerón quiere demostrar que la edad, lejos de descalificarlos, aumenta sus aptitudes. Para ello finge dar la palabra a Catón el Viejo que todavía a los 80 años estaba en posesión de todas sus facultades. La vejez tiene mala fama, reconoce Catón, pero es por causa de prejuicios que se dedicará a destruir.

La vejez no produce más nada, dicen. Es falso. Las grandes cosas se realizan gracias al "consejo, la autoridad, la sabia madurez de que la vejez, lejos de estar desprovista, está por el contrario más abundantemente dotada". "Los estados siempre han sido arruinados por los jóvenes, salvados y restaurados por los viejos." Catón niega que éstos estén disminuidos: "El viejo conserva todo su espíritu con tal de que no renuncie a ejercerlo ni a enriquecerlo". Cicerón nombra a Sófocles, Homero, Hesíodo, Simónides, Isócrates, Gorgias, Pitágoras, Demócrito, Platón y muchos otros en apoyo de esta afirmación. Refuta

la opinión de Caecilius[15], que decía: "Lo que me parece más lamentable en la vejez es sentir que esta edad es odiosa a los jóvenes".

En segundo lugar, dicen, el viejo no tiene fuerzas. Pero las fuerzas físicas no son nada. Milón llorando por sus brazos: "¡Ah! ¡Ya están muertos!" sólo provoca desprecio. "Cualesquiera que sean la debilidad y la languidez de un hombre que da lecciones de sabiduría y de virtud, siempre lo consideraré afortunado". Catón declara que a más de 80 años se mantiene ágil y alerta. Hay viejos que tienen mala salud; pero también hay jóvenes enfermos. "Esa impotencia de la vejez llamada vulgarmente segunda infancia no se ve en todos los viejos, sino en aquellos que son por naturaleza pobres de espíritu".

Cicerón repite a continuación el lugar común expuesto en *La República*: se dice que el viejo conoce pocos placeres; ello significa que está a salvo de las pasiones y los vicios, que es el más envidiable de los privilegios. Para compensar su benéfica impotencia, Catón le propone los placeres de la mesa, los de la conversación, el estudio, la literatura, la agricultura. Afirma especiosamente: "Cuando se está privado de lo que no se desea, la privación no es muy dolorosa"; sin embargo, se puede sentir con mucha más intensidad la mutilación que mata en nosotros el deseo, que la frustración de un placer. Haber perdido un sentido es más desolador que no poder saciarlo siempre.

Afirma también, olvidando las observaciones tan justas de Aristóteles, que los defectos atribuidos a la vejez no provienen de la edad sino del carácter: en las *Adelfas* hay un viejo encantador y otro detestable. De ello extrae una conclusión edificante: la vejez es amable y feliz cuando corona una vida virtuosa.

---

15 Caecilius, autor de comedias muerto en 166 a. C., escribía también: "Diantre, vejez, aunque no trajeras contigo ningún otro mal, tu llegada ya es suficiente".

Por fin llega a dar un argumento tan absurdo como éste: la muerte castiga tanto a los jóvenes como a los viejos, la prueba es que éstos son muy escasos. Por lo demás, no tiene nada de temible: "Todo lo que es natural debe ser considerado bueno". Esta conclusión, inspirada en el estoicismo, hubiera podido dispensarlo de escribir su tratado, pues la vejez es tan natural como la muerte.

A cien años de distancia Séneca sostiene —con mucha mayor concisión— las mismas ideas que Cicerón y por razones análogas, en las *Cartas a Lucilius*. Séneca fue de los hombres más ricos de su tiempo. Exiliado por Claudio, llamado por Mesalina y convertido en preceptor de Nerón, cuando éste subió al trono utilizó su influencia para reavivar la influencia del Senado contra la de Agripina. Participó en el reparto de la fortuna de Británico, llegó a ser cónsul y empleó todos los medios para imponer su política. Fue cómplice del asesinato de Agripina. Hacia el 62, pidió su retiro; Nerón se lo negó. Séneca era una garantía para la opinión senatorial a la que representaba ante Nerón. Continuó desempeñando este papel de rehén,[16] pero desplegó menos actividad y permaneció más a menudo encerrado en su casa. Entonces, a los 61 años de edad, escribió las *Cartas*. Profesaba el estoicismo, en la forma desviada que he descripto. Este optimismo interesado y su actitud política en favor del Senado le dictan sus observaciones sobre la vejez. La vejez es buena, como todo lo que es natural, y no acarrea ninguna decadencia: "Acojamos bien a la vejez, mimémosla; abunda en dulzuras si se sabe sacar partido de ella. Los frutos sólo tienen todo su sabor en el momento en que se pasan de maduros. Es una época exquisita aquella en que uno se desliza por la pendiente de los años, con un movimiento que no tiene nada de brutal... Si se quiere, eso mismo viene a reemplazar

16 Hasta que, comprometido en la conspiración de Pisón, fue condenado a muerte.

al placer: no sentir necesidad de él" (Carta 12). Y en la carta 20: "El alma está en su verdor y florece al no tener ya con el cuerpo gran comercio".

Ya hemos visto qué intereses han dictado a Solón, Platón, Cicerón y Séneca esos elogios que los privilegiados han repetido con complacencia de siglo en siglo, pretendiendo ver verdades en ellos. El punto de vista objetivo del sabio es muy diferente. Plinio el Viejo estima que enuncia verdades probadas citando escribe, sin detenerse a pensar: "La brevedad de la vida es seguramente el mayor beneficio de la naturaleza. Los sentidos se embotan, los miembros se entumecen, la vista, el oído, las piernas, hasta los dientes y los instrumentos de la digestión nos preceden en la muerte".

Los poetas eran también mucho más sinceros que los moralistas porque no esperaban de sus versos ningún beneficio. Cicerón había muerto, Séneca no había nacido todavía cuando Horacio y Ovidio escriben su obra. Jóvenes todavía, consideran la vejez no como una condición general, sino como una aventura individual y expresan la amargura que les inspira. Horacio reitera un tema caro a los poetas jonios: como ellos, canta al vino, las mujeres, los placeres; con la vejez desaparece todo lo que constituía la dulzura de vivir. Habla de la "vejez taciturna". Escribe: "La triste vejez llega, ahuyentando los amores retozones y el sueño fácil". Describe el ciclo de las estaciones, de la alegre primavera al frío invierno,[17] y concluye: "Por lo menos las estaciones rápidas encuentran en los cielos su renovación; para nosotros, apenas hemos descendido allí donde reposan el piadoso Eneas, Tuo, Anco, no somos más que polvo y cenizas".

Ovidio es de los que ven en el tiempo y la vejez una fuerza devastadora: "Oh tiempo, gran devastador, y tú, vejez envi-

17 Toma de Hipócrates un tema que será indefinidamente machacado hasta nuestros días.

diosa, entre los dos lo destruís todo y royendo lentamente con vuestros clientes, consumís al fin todas las cosas en una muerte lenta".

Nadie ha hecho una descripción más salvaje de la vejez que Juvenal. En la 10ª *Sátira* pone en guardia a los hombres contra los deseos imprudentes, y uno de ellos es el de vivir mucho tiempo:

"¡A qué serie de males —y qué males— no está sometida una larga vejez! En primer lugar, ese rostro deformado, horroroso, irreconocible; en lugar de piel, un feo cuero, esas mejillas que cuelgan, esas arrugas semejantes a las que se rasca una mona madre alrededor de su vieja boca en los bosques sombríos de Tabarca... Los viejos son todos iguales: les tiembla la voz y los miembros también; no tienen más pelo en el cráneo pulido; su nariz es húmeda como la de los niños pequeños. Para masticar el pan el pobre viejo no tiene más que encías sin dientes. Es tan gravoso para su mujer, para sus hijos y para sí mismo, que disgustaría al propio Cossus, el captador de testamentos. Su paladar embotado no le permite ya saborear como antes los vinos y las comidas. En cuanto al amor, hace mucho tiempo que lo ha olvidado... Entre los viejos, a uno le duele el hombro, al otro el riñón, al otro el muslo. Éste ha perdido los dos ojos y envidia a los tuertos... El viejo ya no tiene cabeza. El precio de una larga vida son las pérdidas constantemente renovadas, los duelos continuos y la vejez vestida de negro, en medio de una eterna tristeza".

Decadencia biológica, invalidez, mutilaciones, nada compensa en este cuadro las miserias de la vejez. Juvenal lo concluye con una idea que nadie había expresado hasta entonces: envejecer es ver morir a los seres queridos, es estar condenado al duelo y la tristeza.[18]

---

18 Víctor Hugo se inspiró en esos versos. El tema ha sido espontáneamente reiterado por numerosos escritores.

Los poetas latinos han denunciado con particular violencia la fealdad de la mujer vieja. Horacio, en los *Epodos*, describe con asco una vieja loca de amor, y no es más tierno con la hechicera Canidia. La apariencia de la mujer de edad es horrorosa: "Tus dientes son negros. Una antigua vejez surca tu frente de arrugas... tus senos son fláccidos como las mamas de una yegua". Huele mal: "Qué sudor, qué horrible perfume se extiende por todos sus miembros fláccidos". Ovidio, en *Las Tristes*, evoca con una crueldad temperada de melancolía el futuro rostro de la mujer amada;[19] dice a Perilla: "Esos rasgos encantadores se alterarán con el desgaste de los años; marchita por el tiempo, esa frente se surcará de arrugas; esa belleza será presa de la implacable vejez que paso a paso, sin ruido, avanza. Dirán: era bella. Y tú te desolarás, acusarás a tu espejo de infiel". Traza un retrato más severo de la maga Dipsas, vieja alcahueta que gracias a sus maleficios "mancilla los amores púdicos". Acantis, a quien Propercio increpa, es también una vieja alcahueta repugnante: "A través de su piel se le cuentan todos los huesos. Salivazos sanguinolentos pasan a través del hueco de sus dientes". Marcial, en sus *Epigramas*, maltrata a todos los viejos, pero en especial a las mujeres: "Tú has visto, Vetusilta, trescientos cónsules y no tienes más que tres cabellos y cuatro dientes...". "Taís huele peor que una vieja tinaja de batán, que un ánfora estropeada por salmuera podrida". Como el destino de la mujer es, a los ojos del hombre, ser un objeto erótico, al volverse vieja y fea pierde el lugar que se le asigna en la sociedad, se convierte en un *monstrum* que suscita repulsión y hasta temor; como entre ciertos primitivos, al quedar fuera de la condición humana, adquiere un carácter sobrenatural, es una maga, una hechicera de poderes peligrosos.

A pesar de estas invectivas, las más de las veces la sátira se desencadena contra los hombres de edad, contra los que

19 Tema que hemos encontrado ya en los poetas griegos.

poseen autoridad y fortuna. La lectura de los autores griegos y latinos confirma lo que he adelantado al comienzo de este capítulo: en sus obras los viejos desprovistos de importancia social no ocupan ningún lugar.[20] Lo que está en el tapete es el poder detentado por la vieja generación. Con respecto a ésta, la actitud de los hombres maduros es ambigua: se apoyan en ella para mantener un orden provechoso para su clase; respetan en el viejo rico los derechos sagrados de la propiedad. Sin embargo, la condición que ellos mismos confieren institucionalmente al hombre de edad, se la envidian y en la vida cotidiana odian a los individuos que gozan de ella.

Entre los griegos, la tragedia nimba a los viejos de un aura casi sobrenatural; entre los romanos no. En uno y otro caso, los autores cómicos, los poetas satíricos denuncian el contraste entre los privilegios económicos y políticos de las gentes de edad y su degradación física; se indignan, y el público con ellos, de que se conceda a esos desechos humanos el derecho de deliberar, de juzgar, de gobernar la cosa pública, de reinar sobre toda la familia. En *Pluto* los viejos que se dirigen a la Asamblea para decidir la suerte de la República son casi incapaces de caminar.

Los jóvenes sobre todo consideran injusto que el deterioro senil no sea sancionado socialmente. Se aplaude a Plauto cuando unos viejos simpáticos se dejan engañar por sus hijos. Caecilius declara que los jóvenes detestan a los viejos. Luciano dice que son "el hazmerreír de la juventud". Seguramente los jóvenes sufrían su autoridad con envidia, con resentimientos, con odio. La violencia de Juvenal sólo se explica si es portavoz de la opinión. Cicerón califica de "prejuicios" las ideas que se tienen de la vejez, pero reconoce que en general es detestada. Ridícula a los ojos de los autores cómicos y de su público, la

20 En *Ión* hay un viejo esclavo, pero ha criado a la heroína, Creusa, que lo considera su padre. En él se encarna la continuidad de la casa. Es el confidente de Creusa, su consejero, el ejecutor de sus designios. Es un ser relativo cuya importancia deriva de la princesa a la que es fiel. No tiene existencia personal.

vejez es para los poetas una potencia destructora cuyos ataques temen. Los moralistas que la defienden lo hacen por razones políticas. Aristóteles, cuyos intereses no estaban en juego, trazó de ella un cuadro sombrío.

Dos hechos marcan el fin del mundo antiguo: la invasión de los bárbaros y el triunfo del cristianismo. ¿Cuál era la condición de los viejos entre los bárbaros? Los datos son escasos. En sus mitologías encontramos la idea de una batalla de las generaciones que beneficia a los jóvenes. Así ocurría en Escandinavia. Según los poetas y narradores islandeses, en el origen del universo había un bloque de hielo. Del hielo nació un gigante, Ymir; mientras dormía, un gigante y una giganta aparecieron bajo su axila izquierda. El hielo originó también una vaca que lamiendo los bloques de escarcha parió un ser viviente, Buri, que tuvo un hijo, Bor; éste se casó con Bestia, hija de la pareja engendrada por Ymir, y de su unión nacieron tres dioses: Odín, Vili y Vie. Éstos mataron a Ymir y los gigantes fueron ahogados todos en su sangre, salvo Bergelmir que se escapó con su mujer. Los dioses crearon el mundo y lo gobernaron.

La mitología germánica afirma también la preeminencia de la juventud invocando el *crepúsculo de los dioses*. Después que hubieron reinado largo tiempo sobre el mundo, un gran combate enfrenta al poderoso Odín y a todos los viejos dioses con dioses nuevos. Éstos salen vencedores, todos los otros perecen y el universo es aniquilado. La tierra se hunde. Después resucita; aparece un sol joven, hijo del viejo. La tierra emerge de las aguas. Algunos individuos que habían logrado sobrevivir engendran una nueva humanidad. Incluso para los dioses llega un momento en que el desgaste del tiempo obliga a ceder el lugar. Entre los esclavos, el primer dios, Svarog, el Cielo, transmite pacíficamente el poder a sus hijos, el Sol y el Fuego.

La otra historia propiamente dicha da pocos datos sobre los pueblos conquistados por Roma, sobre los invasores bárbaros.

César dice que los galos mataban a los enfermos y a las gentes de edad que deseaban morir. Procopio cuenta lo mismo de los hérulos. De la mayoría de los bárbaros, hordas guerreras y conquistadoras que no vivían más que para luchar, se podía decir seguramente lo que Amiano Marcelino decía de los alanos: "Morir de vejez o por accidente es un oprobio y una cobardía que cubren de atroces ultrajes". En esas sociedades, los viejos debían de ser poco numerosos y despreciados. Cabe suponer que su vida siguió siendo difícil una vez que las hordas guerreras se fijaron en el territorio. Entre los germanos, la solidaridad familiar era muy estrecha, lo que implica que se hacían cargo de las "bocas inútiles". Pero un hecho preciso muestra que al envejecer el individuo sufría una devaluación: la compensación pecuniaria exigida por el asesinato de un hombre libre. En el siglo VI el derecho visigótico reclamaba:

60 centavos oro por un niño de un año;
150 por un muchacho de 15 a 20 años;
300 por un hombre de 20 a 50 años;
200 por un hombre de 50 a 65 años;
100 por un hombre de más de 65 años;
250 por una mujer de 15 a 40 años;
200 por una mujer de 40 a 60 años.

En el derecho burgundio el precio era de 300 centavos oro entre 20 y 50 años; 200 entre 50 y 65; 150 después de los 65. La ley sálica reclamaba el mismo precio para los hombres de cualquier edad.

El otro acontecimiento que marca el fin del mundo antiguo es el triunfo del cristianismo: se impone en el seno del Imperio romano, se difunde entre los bárbaros, se convierte en la ideología de Occidente. ¿Consiguió el cristianismo moderar las costumbres, y en particular mejorar la suerte de los viejos? Cabe dudarlo. Sólo consiguió difundirse renunciando a su ideal primitivo de fraternidad y ayuda mutua. Ya en el siglo III

el espíritu mundano hace estragos entre los cristianos. La nueva religión no tiene casi ninguna influencia en las costumbres. En Roma, en 374, hace prohibir el infanticidio, pero no llega a impedir la exposición de los niños; no prohíbe la esclavitud. Sólo se hace adoptar por los diferentes pueblos plegándose a sus costumbres, y las de los germanos lo contaminaron especialmente. Los jefes eclesiásticos ratificaron una regresión de la espiritualidad: los cultos de los santos resucitan las supersticiones paganas.

Prácticamente degradado por las costumbres de los pueblos a los que convirtió, el cristianismo heredó ideológicamente el pensamiento antiguo. Comenzó por oponerse a él. Al principio no tuvo nada que ver con el clasicismo grecolatino; se dirigía a las clases más humildes y menos educadas. Pero a partir del siglo III, la Iglesia asimila la cultura clásica atomizándola y deformándola. Ésta, como se ha visto, salvo raras excepciones, tenía de la vejez una imagen muy sombría. Ecos de ello se encuentran en ese gran compilador que fue San Isidoro de Sevilla.[21] Según *El Gran Propietario de todas las cosas* —enciclopedia publicada en 1556, que compila los textos de los escritores del Bajo Imperio—, San Isidoro distinguía siete edades de la vida (por analogía con los días de la semana). La juventud dura de los 35 a los 45 o 50 años. Luego, es *senecte*. "Después de esta edad sigue la vejez, que dura según unos hasta los setenta años y según otros no tiene término hasta la muerte". La vejez, según Isidoro, "es llamada así porque las gentes se empequeñecen, pues los viejos no tienen tan buen sentido como el que tenían y chochean en su vejez".

El aporte de la Iglesia fue positivo en un sentido. Creó a partir del siglo IV hospicios y hospitales. En Roma, en Alejandría, se ocupó de los huérfanos y los enfermos. Consideraba la limosna como un deber y lo recordaba con insistencia. Segura-

21 Nacido en Cartagena en 560; muerto en 636.

mente los viejos se beneficiaron de esa caridad, pero jamás se hace mención explícita de ellos.

El final de la Alta Edad Media, que los ingleses han llamado *the dark age*, fue un período de destrucción y confusión. "No hay más que ciudades despobladas, monasterios derruidos o incendiados, campos reducidos a la soledad... Por todas partes el poderoso oprime al débil y los hombres son semejantes a los peces del mar que confusamente se devoran entre sí", declaraban en 909 los obispos de la provincia de Reims. En los siglos IX y X resuenan lamentaciones semejantes. La vida material era mucho más ruda que en el mundo antiguo. Las técnicas habían retrocedido, las castas se habían degradado, las ciudades se despoblaban; la sociedad se había ruralizado y las clases medias habían desaparecido. El trabajo de la tierra era muy duro y un hombre de edad no podía practicarlo. En esa época no se ve tampoco cómo la religión hubiera podido mejorar su suerte. El cristianismo asumía en principio la tradición del Decálogo que ordena honrar a los padres; pero de hecho el culto de la familia estaba fuera de lugar en una época en que el ideal era ascético y antimundano. "Abandonarás a tu padre y a tu madre para seguirme", dijo Cristo. Una minoría de cristianos huían del siglo; practicaban el celibato, se refugiaban en desiertos o se encerraban en conventos. Los otros se conformaban a los usos. Para éstos, la religión estaba hecha de prácticas exteriores: clérigos y laicos rescataban con la devoción sus vidas desordenadas. Se creía en el poder del diablo, en la hechicería; se respetaban los tabúes sexuales y alimentarios basados en supersticiones. Los tribunales seculares e incluso eclesiásticos utilizaban ordalías para pronunciar sus juicios.

Durante el Bajo Imperio y la Alta Edad Media, los viejos estuvieron casi excluidos de la vida pública; los jóvenes manejaban el mundo. Dividida, turbada, amenazada, belicosa, la sociedad estaba más regida por el azar de las armas que por instituciones estables. El hombre de experiencia tenía en ella escaso lugar. En el siglo VII Gindasvinto fue elegido rey a los

79 años por los visigodos y devolvió a la corona su prestigio. Carlomagno reinó hasta los 72 años. Son las únicas excepciones que conozco. Hasta los papas, en esa época, son en su mayoría hombres jóvenes. Gregorio I, primer jefe verdadero de la Iglesia universal, fue elegido papa en 590, a los 50 años de edad, y murió a los 64; era relativamente viejo. Pero hasta el siglo VIII los papas fueron jóvenes romanos de buena familia, destinados a la Iglesia porque eran pobres y huérfanos. Después, cuando los papas poseyeron riquezas materiales y un gran poder, los nobles codiciaron el trono pontificio. En los siglo IX y X impusieron a la Iglesia jefes que eran en general hombres jóvenes y que eran dispuestos poco después de haber sido elegidos. La duración media del pontificado no alcanzaba a tres años. Durante sesenta años —el período que se llamó "Pornocracia"— el papado fue enfeudado a mujeres. Se llegó a nombrar papas a cardenales muy viejos, pero Juan XII fue elegido papa a los 16 años, Benito IX a los 12 años, Gregorio V a los 23.Viejos o jóvenes, de todas maneras no eran más que juguetes en manos de una poderosa aristocracia.

Gracias a una feliz expansión económica, hacia el año 1000 la civilización emerge de las tinieblas. Se organiza la sociedad feudal, cuyos orígenes se remontan al siglo VIII, época en que aparece el vasallaje. El hombre de edad desempeña en ella un papel desdibujado. Para tener un feudo hace falta ser capaz de defenderlo con la espada. El vasallo debe a su señor el servicio de las armas.Tiene que "tener armas y caballos; salvo si es impedido por la vejez ha de participar en las expediciones y en las cabalgatas, en las asambleas y en los tribunales.[22] El vínculo de vasallaje subsiste hasta la muerte y sólo se rompe cuando la edad hace impotente al caballero, pero éste queda entonces relegado a la sombra. La herencia del feudo aparece en Francia desde el siglo X; el hijo, que ha sido armado caballero en el

22 Usos catalanes.

momento oportuno, es el que defiende feudo y sirve al señor. Es también el que, cuando sea necesario, vengará por las armas el honor del linaje. La sociedad se consideraba dividida en tres órdenes: los que rezan, los que pelean, los que trabajan; la espada estaba por encima del trabajo e incluso de la plegaria; el guerrero activo, el adulto en la fuerza de la edad ocupan el primer plano de la escena. La literatura de la época lo confirma.

Los héroes de las canciones de gesta son adultos o incluso hombres muy jóvenes. En la novela cortesana, la idea de envejecimiento no interviene. Los héroes gozan de una extraordinaria longevidad y los años no les pesan. En *La muerte de Arturo* el rey tiene más de 100 años: Lancelote, Ginebra, Galván, tienen entre 60 y 80 años y se comparan en todo sentido como si estuvieran en la fuerza de la edad. Lo mismo ocurre hoy en las novelas policíacas y en las historietas ilustradas: la edad es abstracta. Las aventuras de los héroes son bastante numerosas, duran tiempo suficiente para llenar un siglo, y sin embargo están fijos para siempre en una juventud inmutable.

La literatura de la Alta Edad Media no se interesa en los viejos. Sólo hay una excepción importante: Carlomagno. Mientras vivió, los que lo rodeaban —sobre todo Alcuino y Angilberto— trataron de crearle una leyenda. Alcuino lo compara con un león; nos lo muestra aclamado por la tierra, el mar, los pájaros, todos los animales e incluso los astros. Compara a ese príncipe "como no se ha visto otro desde ese comienzo del mundo" con Juan Bautista, el precursor; Angilberto lo describe partiendo a la guerra con "la frente cubierta con un casco de oro y el cuerpo revestido de una armadura resplandeciente, montado en un gran caballo y una cabeza más alto que sus compañeros". Él mismo había adoptado el nombre de David, con quien se identificaba. Incluso los secos *Anales* cuentan a su respecto una cantidad de hechos milagrosos. Inmediatamente después de su muerte, la fantasía cristiana se apodera de él. Los alemanes lo convirtieron en un santo. En Francia, mientras se acentuaba la decadencia carolingia, su figura, por contras-

te —y también por propaganda— fue idealizándose cada vez más. Setenta años después de su muerte, el monje de Saint-Gall escribe su biografía en una serie de episodios edificantes e ingenuos. Un texto compuesto en Spoleto en 897 lo describe como "el terrible, el formidable Carlos". Sus ojos lanzan tales relámpagos que en su presencia las gentes se desvanecen. Su sagacidad le permite resolver todos los enigmas. Sin embargo, el mismo texto lo describe también como un bromista que se divierte haciendo chistes a los que le rodean. La gesticulación que acompaña sus palabras y sus actos le da un carácter caricaturesco, ya estalle en risas incontenibles, se frote las orejas o hinche las narices.

En el siglo X se componen en los monasterios numerosos relatos que lo muestran ocupado sin cesar en perseguir a los infieles. En el siglo XI, en *La gesta del rey* (y en muchos otros ciclos), se presenta como un magnífico anciano de barba florida, objeto de una veneración casi religiosa. Una *Vida de Carlomagno* lo describe alto, robusto, la barba y el cabello blancos, los ojos brillantes; vive hasta los 200 años. Sin embargo, a ésta se opone otra imagen en la que se expresa la actitud antimonárquica de los barones. En *El peregrinaje a Jerusalén*, del siglo XII, el emperador es un viejo "codicioso" y *rassoté*. En otras gestas el héroe es un gran feudatario y Carlos —en quien se confunden varios soberanos carolingios— es injusto, débil, caprichoso, juguete de los *lozengiers*, y termina por ser castigado.

La transmisión del poder, del padre debilitado por la edad a su hijo, inspiró en el siglo XI la primera parte de las leyendas transcriptas ulteriormente en España con el nombre de *Romancero del Cid*. La más antigua versión escrita data de fines del siglo XV, pero la tradición se remonta a la época en que vivió el Cid, de la pequeña nobleza que sirvió a Sancho II y después a Alfonso VI; caído en desgracia y exiliado por éste en 1081, se convirtió en una especie de condotiero, conquistó por su cuenta el distrito de Valencia y detuvo una segunda invasión de los moros, salvando así a España. El comienzo del

Romancero nos describe a don Diego Láinez que se lamenta del deshonor de su linaje: por disputar una liebre a los galgos del conde Lozano —primer consejero del rey y el mejor de sus capitanes— el conde lo ha ultrajado. El honor exige la venganza de esta afrenta. Sabiendo que para la venganza le faltan fuerzas y que es demasiado viejo para manejar la espada, no puede dormir de noche, no puede probar bocado. No le queda más que un recurso: que uno de sus cuatro hijos lave la afrenta. Uno tras otro los convoca y les estrecha la mano derecha en la suya. "El honor ofendido, prestando vigor a pesar de sus años y de sus cabellos blancos a su sangre enfriada, a sus nervios entumecidos", estrechó esas manos con tanta violencia que los tres mayores gimieron: "¡Basta!". El último, Ruy Díaz de Vivar, saltó de cólera: "¡Si no fuerais mi padre!", dice con voz amenazadora. Llorando de alegría, el viejo le encomienda vengarlo. El Cid desafía al conde y le corta la cabeza. Con esta hazaña suplanta a su padre, que le entrega él mismo sus poderes: "Siéntate aquí, en la punta principal de la mesa, porque quien lleva esa cabeza[23] será cabeza de mi casa".

Esta historia, que gozó de inmensa popularidad, ilustra las relaciones de los nobles, viejos y jóvenes en la sociedad feudal. El buen caballero es un atleta "huesudo", "membrudo", el cuerpo "bien hecho", dotado de un vigoroso apetito, amante de la guerra, la caza, los torneos. Las cualidades que exaltan las canciones de gesta son la bravura, la generosidad. El héroe a quien se admira es el que se prodiga sin medir: da su sangre por su señor, defiende a la viuda y al huérfano, acude en socorro de los débiles, lanza desafíos a sus rivales. Arroja también su fortuna por la ventana; un cronista cuenta una curiosa competición de derroche: un caballero hace sembrar monedas de plata en un terreno arado; otro "por jactancia" manda quemar vivos a treinta de sus caballos. Exaltar esos valores —heroísmo,

23 La cabeza cortada del conde.

magnificencia— es exaltar la juventud; no se pueden encarnar en viejos sangre enfriada, de nervios enmohecidos.

Aun entre los plebeyos la dureza de la civilización aparta a los viejos de la vida activa. Los comerciantes son entonces "pies polvorientos", caravaneros que circulan "con la espada sobre la silla de montar", expuestos a numerosos peligros. De muchos burgueses se podría decir que eran "muy poderosos en las armas". La declinación física obligaba, pues, al hombre de edad a retirarse.

En el campo, si el padre pretendía mantener su autoridad los jóvenes se sublevaban contra él. Había frecuentes disputas. A menudo el hijo abandonaba el hogar paterno. Pero en la mayoría de los países de Europa, y sobre todo en Inglaterra, el padre era suplantado por su hijo a la cabeza de la casa. Al llegar a cierta edad, demasiado débil para trabajar la tierra, la cedía a su hijo mayor. Después de recibir esta herencia, el hijo se casaba; la joven suplantaba a su suegra y la vieja pareja se trasladaba a la habitación que le estaba tradicionalmente reservada; en Irlanda se la llama la "habitación del oeste". El padre desposeído era con frecuencia muy mal tratado por sus herederos. La leyenda del rey Lear era muy popular en la Inglaterra de la Edad Media porque ilustraba una historia corriente. También se encuentran ecos de lo mismo en los cuentos recogidos en Alemania por los hermanos Grimm. En cuanto a los viejos que no tenían familias o de los que ésta no podía hacerse cargo, eran socorridos por el señor o por el monasterio; los monjes tenían enfermerías donde recogían a enfermos e indigentes. En las ciudades la corporación daba a aquellos de sus miembros que estaban incapacitados de trabajar. La corporación se encargaba esencialmente de eliminar la competencia; solía ir acompañada de una cofradía religiosa que subvenía a las necesidades de los indigentes en caso de enfermedad o muerte. Pero en conjunto esos auxilios eran absolutamente insuficientes. Los viejos quedaban reducidos a la mendicidad, que más que en ninguna otra época, no hubo otro remedio que tolerar.

Su situación, desde el extremo superior al inferior de la escala social, era, pues, extremadamente desfavorecida. Tanto entre los nobles como entre los campesinos, primaba la fuerza física; no había lugar para los débiles. La juventud constituía una clase de edad sumamente importante. Los jóvenes hacían un aprendizaje y pasaban por una iniciación: el joven noble tenía que velar las armas para ser caballero; los jóvenes campesinos eran sometidos a pruebas en el curso de ceremonias campestres: por ejemplo, saltar por encima de los fuegos de San Juan. La clase de los viejos, como tal, no existía.

En las condiciones difíciles en que se debate esta sociedad, no puede tampoco brindarse el lujo de preocuparse de la suerte de los niños; se interesa en los jóvenes que han sobrevivido a las enfermedades infantiles y en quienes se encarna el futuro, no en los niños pequeños condenados en su mayoría a una muerte cercana. Por lo demás, la infancia no existe, por así decirlo. Apenas salidos del regazo de sus madres, los niños son tratados de inmediato como pequeños adultos, ya sea haciendo el aprendizaje militar o sujetos al trabajo rural. Hay muchas "infancias" en las canciones de gesta, pero no nos equivoquemos: son las primeras hazañas de muchachos muy jóvenes pero que son ya hombrecitos. Hasta el siglo XIII o XIV —en que aparece la burguesía— sólo el adulto es considerado.

Durante este período, los jóvenes continúan dirigiendo el mundo. Aparte de Barbarroja, que gobernó hasta los 68 años —en el siglo XII—, el jefe supremo del Imperio germánico fue siempre un hombre en la fuerza de la edad. Cuando, en 1073, Gregorio VII hubo reconquistado la autonomía del papado, los papas fueron también jóvenes las más de las veces; la época exigía, en su lucha contra el Imperio, vigor, coraje, decisión. Hay entre ellos algunos viejos: Celestino III comenzó a los 85 años su pontificado, pero Inocencio III fue elegido a los 37 años.

Sólo Venecia es una excepción. El dux era viejo. Sometida a Bizancio, después convertida en su vasalla, su "muy hu-

milde duque" vio crecer su autoridad; elegido primero por el pueblo, su poder, transmitido después hereditariamente, fue tiránico hasta comienzos del siglo XI. Pero había entre él y la aristocracia antagonismos a veces sangrientos. Ésta se volvió cada vez más poderosa, adquirió grandes riquezas gracias a la acumulación de las herencias y al comercio. Trató de restringir la autoridad ducal en beneficio de una república patricia. La ley de 1091 abolió el régimen hereditario; el dux fue elegido, no por el pueblo, sino por la nobleza; debía prestar un juramento que lo comprometía con ella. Desde mediados del siglo XII no pudo ya decidir acerca de la paz ni de la guerra, ni concertar tratados sin el acuerdo del Colegio de los Cuarenta. No administró más las finanzas, no eligió jueces ni funcionarios públicos. Podía, llegado el caso, dirigir las operaciones militares y comandar la flota; así, a fines del siglo XII, Dandolo, elegido dux a los 84 años, ciego, se hizo ilustre atacando victoriosamente a Constantinopla.[24] Pero no era más que el servidor del patriciado. Posteriormente, el papel del dux llegó a ser puramente decorativo; poseía grandes títulos, un traje magnífico; estaba encargado de representar pomposamente a la república, sobre todo ante los embajadores extranjeros. Pero no tenía ningún poder. Era sólo "el primero, el más vigilado, el más obediente de los servidores de la república". Nadie más adecuado que un anciano para cumplir esta función; debilitado por la edad, prisionero de antiguas costumbres, podía renunciar más fácilmente que un joven a tomar una iniciativa y contentarse con las apariencias de la grandeza. Por otra parte, en una sociedad donde las riquezas están garantizadas por la ley, la vejez puede conferir un prestigio suplementario al que las detenta; era lo que ocurría en Venecia, que honraba la vejez precisamente porque le era útil situar a un anciano en la

24 A los 96 años rechazó el trono del Imperio de Oriente, y murió dux a los 97 años.

cúspide de los honores. La edad no impidió a Marino Faliero conspirar en 1354 contra la aristocracia.[25] Pero en conjunto, el sistema dio buen resultado: los dux fueron los servidores dóciles del patriciado. Salvo Andrea Dandolo, elegido a los 36 años en el siglo XIV, fueron todos viejos. No gobernaban.

La preeminencia de la juventud y en particular la transmisión del poder de padre a hijo —tal como lo atestigua la leyenda del *Cid*— influyó profundamente en la ideología que domina la Edad Media: el cristianismo. Desde los primeros siglos de la Iglesia, en las capas populares, si no para los teólogos, la figura central de la nueva religión es Cristo. La Trinidad es demasiado difícil de pensar; la preferencia va a las figuras del Padre y del Hijo y a su relación: el segundo ha destronado al primero. Durante el período apostólico, el cristianismo fue ante todo la religión de Cristo; aunque no haga olvidar al Padre, se invoca sobre todo al Hijo. La Iglesia es el "cuerpo de Cristo". Su carne, su sangre están presentes en la eucaristía, y con ellas se comulga. La misa, los sacramentos se definen a partir de él. La moral se inspira en su enseñanza. Las pinturas de las catacumbas lo representan simbólicamente: es el Buen Pastor, Orfeo en los infiernos, un cordero, un fénix, un pez (cuyo nombre en griego es un acróstico del de Jesús). Se lo representa también como un hombre imberbe, de pelo rubio. En las iglesias es evocado bajo la forma de un molino o un lagar místico, de una viña, de un racimo de uvas, de un león, un águila, un unicornio.

Esta supremacía del hijo sobre el padre se afirma cada vez más a partir del siglo XI. Él es el que aparece esculpido en los tímpanos de las iglesias; en el siglo XII es representado en su gloria, el Rey de los reyes. En el siglo XIII se humaniza. Se pinta al Niño Jesús y sobre todo a Cristo en la cruz, coronado de espi-

25 Tenía 76 años. Fue decapitado.

nas. Los pintores representan todos los episodios de su vida. Pero ha muerto en la fuerza de la edad. Por lo tanto, el Eterno, que no tenía edad, es pintado ahora como un viejo; se lo imagina semejante a esos patriarcas en quienes se reconocía su imagen puesto que les delegaba sus poderes. Ha quedado más o menos relegado en el pasado, en el origen del mundo y en el cielo lejano. Se convierte en el Señor, en el "Amo de la fortaleza celeste", tan distante el señor feudal en su castillo. Los iluminadores lo han representado a menudo en las Biblias ilustradas; se lo puede ver también en las imágenes piadosas populares. Siempre tiene una barba blanca. Pero los pintores, menos ingenuos, sólo tardíamente y muy rara vez se han aventurado a representarlo.[26] Por lo común, se limitan a indicar, emergiendo de las nubes, una barba blanca y una mano que bendice y amenaza a la vez. Ciertas esculturas representan a la Trinidad: en ella Dios aparece sosteniendo a su hijo, en forma de viejo barbudo. Todas esas imágenes talladas o pintadas no hacen más que dar forma sensible a la evolución que en las representaciones populares han destronado cada vez más radicalmente al Padre en beneficio del Hijo.[27]

¿Qué nos enseña sobre la vejez la literatura de los siglos XII y XII? Muy poca cosa. Como en los siglos precedentes, poco se interesa en ella. En la medida en que la mencionan,

---

26 Que yo sepa, Masaccio lo hizo en Florencia; Miguel Ángel, en el techo de la Sixtina, lo dotó —como a Moisés— de una barba blanca y de músculos de atleta a la vez, porque es el Creador todopoderoso. También lo pintaron Ticiano, Tintoretto, un pintor de Ferrara, Filippino Lippi en Roma, Cranach en *El jardín de Edén*: como un anciano barbudo todavía a Moisés en la zarza ardiente. En Cosimo Roselli y otros dos o tres pintores se lo ve entre nubes entregando a Moisés las tablas de la ley.

27 Es interesante señalar que en Oriente el salvador de los hombres, Buda, pasó por todas las edades de la vida y alcanzó la cima de la perfección a la más avanzada: murió a los 80 años. En Occidente el Salvador se realiza entre los 30 y los 33 años, edad a la que muere. Como se ha visto, en la mitología antigua los viejos dioses han sido suplantados también por sus hijos, hombres en la fuerza de la edad.

la actitud de los letrados es negativa al respecto. Hacia 1150, Hugues d'Orléans, precursor de los goliardos —esos letrados errantes que en sus poemas cantaban el vino y el amor—, después de haber cantado los placeres de la vida se lamenta por su declinación, y tenía entonces 60 años.

Dives eram et dilectus
Inter pares praeclectus
Modo curvat me senectus
Et aetati sum confectus.

Recordando en el siglo XV las ideas que habían sido corrientes en la Edad Media, *Le Grand Propriétaire de toutes choses* nos dice: "La última parte de la vejez es llamada *senies* en latín, y en francés no tiene otro nombre que *vieillesse* (vejez). El viejo está lleno de tos y de flemas y de basuras, hasta volver al polvo y las cenizas de donde ha salido".

En 1265 Felipe de Novara habla de los "cuatro tiempos de la edad del hombre"; cada uno se compone de dos períodos de diez años. "La vida de los viejos no es más que trabajo y dolor" dice, y concluye que después de los 80 no queda más que desear la muerte. La Edad Media se complacía en establecer correspondencias entre las diversas regiones del mundo; se comparaban entonces los "cuatro tiempos" con los cuatro elementos y las cuatro estaciones. En los calendarios populares se establece también la relación entre los meses y las edades de la vida. Un poema del siglo XIII varias veces reimpreso en los siglos XIV y XV, comenta ese calendario:

Del mes que viene después de setiembre
que se llama mes de octubre
que tiene LX años y no más.
Entonces se vuelve viejo
y canoso y por lo tanto debe recordarle
que el tiempo lo lleva a morir.

Como he dicho, el cristianismo no había penetrado en el pensamiento popular, que conservaba sus raíces paganas. Se expresa en el folclore. En el folclore alemán, del que los hermanos Grimm han recogido lo esencial, el viejo aparece a veces como un hombre lleno de experiencia que conoce preciosos secretos. Pero la mayor parte del tiempo es un individuo lamentable.

Un cuento trascrito por los hermanos Grimm propone una curiosa interpretación de las edades de la vida. Dios había asignado 30 años de vida al hombre y a todos los animales; el asno, el perro, el mono obtuvieron que quitara 18, 12 y 10 años a la cifra fijada, pues una vida tan larga les parecía penosa; el hombre es menos sabio que los animales: la sinrazón de este ser que se pretende razonable es uno de los temas favoritos del folclore. No comprendió que la longevidad debería pagarse con la decrepitud. Pidió una prolongación; obtuvo los 18 años del asno, los 12 del perro, los 10 del mono: "El hombre tiene, pues, 70 años de vida. Los 30 primeros son suyos y pasan rápido… Después llegan los 18 del asno durante los cuales tiene que llevar sobre sus hombros fardo tras fardo; él es quien lleva al molino el trigo que alimenta a los otros… Después vienen los 12 años del perro, a lo largo de los cuales no hace más que gruñir arrastrándose de un rincón a otro, porque ya no tiene dientes para morder… Cuando ha pasado ese tiempo, no le quedan para terminar más que los 10 años del mono. Ya no tiene cabeza, se vuelve un poco raro y hace cosas extrañas que mueven a risa y burla a los niños". De modo que si la vejez del hombre es más larga y penosa que la de los animales, él es responsable: él mismo se ha condenado con su avidez aturdida.

En esos cuentos la mujer vieja —que ya es sospechosa por su feminidad— es siempre un ser maléfico. Si alguna vez hace el bien, es que en realidad su cuerpo es sólo un disfraz, se lo quita y aparece como un hada deslumbrante de juventud y belleza. Las verdaderas viejas son —como entre los poetas lati-

nos— ogros, hechiceras malas y peligrosas. La misoginia de la Edad Media se expresa en todos los personajes de viejas que encontramos en la literatura: la de los *fabliaux* —en particular la de *La Male Femme qui conchia la prude femme*— y la vieja del *Roman de la Rose*. Como se ha visto, en el campo y en los burgos se echaba o mataba simbólicamente a mujeres viejas para librar a la sociedad de la vejez. En el Rosellón se simbolizaba la Cuaresma con un maniquí que representaba a una vieja, la *patorra*, que tenía siete pies (las siete semanas de Cuaresma) y a la que se quemaba el día de Pascua.

Hay que señalar por lo demás que era muy raro encontrar tanto hombres como mujeres muy viejos. En el pueblo prácticamente no los había. Treinta años para los campesinos, dadas las condiciones en que vivían, era ya una edad avanzada. Un *fabliau* del siglo XIII afirma, elogiando los méritos de un agua de Juvencia: "Entonces no habrá más hombre viejo y de pelo blanco, ni tampoco mujer vieja y canosa, aunque haya alcanzado la edad de treinta años".

La Edad Media, como la Antigüedad, acarició el sueño de una victoria sobre la vejez. La idea de rejuvenecimiento la ha obsesionado. Una novela medieval cuyo héroe es Alejandro Magno, la *Alexandrecite*, describe un lago mágico que rejuvenece a los que se sumergen en él, y en el *Livre des merveilles*, Jean de Mandeville cuenta la historia de una fuente de Juvencia escondida en la jungla india. Pero la leyenda se ha trasmitido sobre todo por tradición oral. En los escritos el tema es central. Toma la forma de un talismán que rejuvenece: fruta, odre de aire, elixir de larga vida. Las más de las veces aparece asociado al de la Isla de Vida, la isla de Avallon donde nadie muere y también donde no se envejece. En el *Perce-forest*, los personajes principales son trasportados a la isla de Avallon en plena fuerza y conservan su juventud durante una o dos generaciones. Después regresan al reino bretón para morir. En cuanto tocan su suelo, adquieren el aspecto de los viejos que hubieran sido si sus vidas se hubiesen desarrollado normalmente.

Sobre la vejez, como por lo demás sobre gran cantidad de temas, la iconografía de la Edad Media es más rica que su literatura; habla mucho más a una humanidad todavía analfabeta. Como se ha visto, Dios Padre destronado por su Hijo se manifiesta con la mayor evidencia en las artes plásticas. Éstas representan con bastante frecuencia a los viejos; los escultores proponen en los pórticos de las iglesias estatuas de viejos barbudos: viejos del Apocalipsis,[28] profetas o santos venerables. En las imágenes piadosas, los ermitaños y los anacoretas eran representados a menudo como hombres descarnados, de larga barba y muy viejos. El tema de las edades de la vida apareció por primera vez en el siglo VIII, en un fresco de Arabia. Después, en el XII, en los capiteles del bautisterio de Parma: la vejez está representada por un agricultor que descansa junto a su almocafre. En el Palacio de los Dux —donde se honraba necesariamente a la vejez— y en Padua, en el fresco de los Eremitani, la vejez se encarna, en un sabio barbudo, sentado delante de su pupitre, junto al fuego. Pero la imagen popular que la Edad Media creó y que se impuso con el correr de los siglos es menos serena: la del Viejo Tiempo, alado y descarnado, que lleva una guadaña en la mano. La asimilación de las dos nociones parece obvia, pues la vejez resulta de la acumulación de años. Sin embargo, Erwin Panofsky muestra en sus *Ensayos de iconología* que esta relación no siempre ha existido. En la Antigüedad el tiempo es representado por dos series de imágenes. Las primeras subrayan su fugacidad. Es Kairos, la Oportunidad,

---

28 En el Apocalipsis, 24 ancianos vestidos de blanco y con corona de oro rodeaban a Cristo. Se piensa que corresponden a los 24 signos del Zodíaco representados en Babilonia por viejos porque, presidiendo las 24 horas del día, encarnaban al tiempo. Los manuscritos ilustrados del Apocalipsis inspiraron a los escultores, que representan a menudo a esos ancianos. Se los consideraba consejeros sabios.

el momento que marca un viraje decisivo en la vida del hombre o de la humanidad. Se lo representa con un personaje que huye rápidamente, o bien en un equilibrio precario que anuncia cierto cambio, tal como la Fortuna en su rueda, con la que se confundió a partir del siglo XI. La segunda serie subraya su carácter fecundo: es Aion, principio creador, infinita fertilidad. El tiempo pasa, pero al pasar crea. Los antiguos han destacado la ambivalencia del tiempo. Al oír pronunciar en Olimpia el elogio del tiempo, "en el que se aprende y en el que se recuerda", el pitagórico Paron protestó; preguntó si no es en él que se hace el olvido y lo proclamó el rey de la ignorancia. Como hemos visto, los poetas han evocado su fuerza devastadora. La poesía griega habla a menudo del "tiempo de cabellos grises". Sin embargo, la representación plástica del tiempo jamás evoca en la Antigüedad ni la declinación ni la destrucción.

Plutarco fue el primero en señalar la contaminación que se produjo entre el nombre griego del tiempo, Chronos, y el de Kronos, el más temible de los dioses. Kronos, que devoraba a sus hijos, a su entender significaba el Tiempo y los neoplatónicos aceptaron esta asimilación, pero dando del tiempo una interpretación optimista. Según ellos Kronos es el *Nous*, el pensamiento cósmico, "el padre de todas las cosas", "el viejo sabio constructor". Kronos era representado siempre con una hoz en la mano, considerada en esa época como una herramienta agrícola, un símbolo de fertilidad.

En la Edad Media esa imagen se tambaleó. Es que entonces se considera el tiempo como una causa de declinación. El macrocosmo, como el microcosmo, el hombre pasa por seis edades, a semejanza de los días de la semana.[29] La última, a la que se cree que ha llegado el mundo, es la de la decrepitud. Esta idea aparece tanto en un divulgador como Honorius Augusto-dunensis como en Santo Tomás de Aquino. *Mondus*

29 A veces se distinguen siete edades, a veces cuatro.

senescit: es lo que pensaba el cristianismo primitivo frente a las tribulaciones del Bajo Imperio, y legó esta concepción a sus herederos. Se expresa en el comienzo de *La vie de saint Alexis*, del siglo XI:

Bon fut le siècle, n'aura plus tel valeur;
Vieux est et frêle, tout sen va déclinant
S'est empiré, le bien plus n'y fait on.[30]

En la versión feudalizada del siglo XII se lee:

Bon fut le siècle au temps des anciens
Et si changé perdu a sa valeur
Ne sera plus tel que nos aïeux
...Frêle est la vie, ne durera longtemps.[31]

La misma idea se desarrolla ampliamente en la versión del siglo XIII:

La fin est proche par le mie escient.[32]

En el siglo XII, Otón de Freising escribe en su *Crónica*: "Vemos que el mundo desfallece y exhala por así decir el último suspiro de la extrema vejez". En la misma época las miniaturas del Liber Floridus[33] son prueba del éxito de esta idea. San Norberto pensaba incluso que su generación vería el fin del mundo.

30 Bueno fue el siglo, no tendrá más tal valor; / Viejo y endeble, todo va declinando, / Ha empeorado, el bien ya no se hace.

31 Bueno fue el siglo en el tiempo de los antiguos / Y tan cambiado perdido ha su valor / No será igual que el de nuestros abuelos / Endeble es la vida, no durará mucho tiempo.

32 El fin se acerca a mi entender.

33 Compilación desordenada debida a Lambert, canónigo de Saint-Omer.

En el siglo XIII, Hugues de Saint-Victor escribe: "El fin del mundo llega y el curso de los acontecimientos ha alcanzado ya el confín del universo". El mundo se achica al envejecer, los hombres mismos se encanijan; ya no son más que niños y enanos, dice en la misma época Guiot de Provins. Esta idea aparece en los goliardos. Está ampliamente desarrollada en las *Carmina Burana*: "La juventud no quiere aprender más nada, la ciencia está en decadencia, el mundo entero camina cabeza abajo, unos ciegos conducen a otros ciegos... Todo se aparta de su camino". Dante pone en boca de su antepasado Cacciaguida lamentaciones sobre la decadencia de las ciudades y las familias. El mundo se achica, como un manto alrededor del cual "el Tiempo gira con sus tijeras". Raros son los que ven en ese envejecimiento una ventaja. Bernard de Chartres dice: "Somos enanos montados en los hombros de unos gigantes, pero vemos más lejos que ellos". Este optimismo no es compartido. Lo que la Edad Media ve a los lejos no tiene nada de alentador; para muchos es el reino del Anticristo. Anunciada en el Apocalipsis, esta figura fue puesta a punto en el siglo VIII por un monje llamado Pierre, luego por Adson en el X y en el XI por Albuino que adapta a Occidente las predicciones hechas en el siglo IV por la sibila de Tibur. El teatro religioso la había hecho familiar a todos. Nació una figura antagonista: la del "rey justo", un mesías terrestre que inauguraría un *millenium* de felicidad. Pero esta creencia estaba poco difundida. La Edad Media tenía la convicción de que, como resultado del pecado original, la humanidad estaba destinada a una desventura que no podía sino agravarse con el tiempo. Imbuidos de esta idea desalentadora, los hombres que dirigían la sociedad se limitaban a gobernar al día sin prever ningún porvenir político preciso. Nadie esperaba de la historia un mejoramiento. Las esperanzas de la Edad Media eran intemporales; había que liberarse de la vida terrestre y forjar la propia salvación. El Tiempo arrastraba al mundo a su decadencia y muy pronto a su fin.

En ese contexto se explica que la imagen del tiempo se haya transformado bajo la influencia de los astrólogos. El nombre romano de Kronos, Saturno, fue atribuido al planeta más lejano, al más lento; se lo considera frío y seco; está asociado a la indigencia, la senilidad, la muerte. En las obras de astrología es representado en general por un viejo taciturno, achacoso, que lleva una guadaña o una pala, un pico, un palo, y que se apoya en una muleta, signo de decrepitud. Tiene una pierna de palo o está castrado (recuerdo del relato mitológico en que Zeus lo castra). La iconografía de la Edad Media desarrolla a su respecto el tema del hombre castrado y del niño devorado. Las imágenes de Saturno, el más maligno de los planetas, son repulsivas. Por otra parte, desde el siglo XI la Muerte es representada con una hoz en la mano.[34] El tiempo, en cuanto ataca la vida, se emparienta con la muerte. Y Kronos ha sido identificado con Chronos. Es, pues, natural que para evocar al Tiempo, el ilustrador de Petrarca —para quien el tiempo es destructor— haya tomado la imagen de Saturno: tiene alas, lleva un reloj de arena, es decrépito. Esta imagen es la que prevalece en adelante. En los innumerables "triunfos de la muerte" que aparecen en el siglo XV, la Muerte es un esqueleto que lleva una guadaña y un reloj de arena. El Tiempo también lleva una guadaña que ya no es símbolo de fertilidad: siega las vidas como la Parca cortaba el hilo de los días.

Hacia fines de la Edad Media la vida sigue siendo precaria, la longevidad escasa. Cuando en 1380 muere Carlos V a los 42 años, tiene la fama de un sabio anciano. Sin embargo, la sociedad evoluciona. A partir del siglo XIII y sobre todo en el XIV, se asiste a un renacimiento de la vida urbana. La búsqueda

34 En el Evangeliario Uta. Lleva una guadaña en la Biblia de Gumpert, anterior a 1195.

de lucro ya no es tan severamente condenada por la Iglesia; el mercantilismo termina incluso por ser legitimado y honrado. En Venecia, en Pisa, los mismos nobles se entregan a los negocios. En otras partes la aristocracia permanece por lo general fuera del mundo de los negocios: traficar sería venir a menos. Pero la burguesía prospera. Y los grandes mercaderes, los grandes banqueros adquieren títulos mediante compras de tierras y casamientos; se constituye, pues, una nueva nobleza. Así se va desarrollando un patriciado urbano. En adelante la propiedad se funda en contratos, no en la fuerza física; entonces aparece el tipo tradicional del tendero enemigo de los golpes. Se pueden almacenar mercancías y dinero. Esta transformación modifica, en las clases pudientes, la condición de los viejos: por la acumulación de las riquezas pueden llegar a ser poderosos. Hay mayor preocupación por ellos. Dos corrientes ideológicas coexisten en la época: una corriente religiosa y espiritualista; una tradición pesimista y materialista. En *Il convivio*, Dante considera la vejez en la primera de esas perspectivas. Compara la línea de la vida humana con un arco que sube de la tierra al cielo hasta un punto culminante desde el cual vuelve a bajar. El cenit se sitúa a los 35 años. Después el hombre declina lentamente. De los 45 a los 70 años es el tiempo de la vejez. Después, la vejez extrema. Ese fin es apacible si se sabe ser sabio prudente. Dante compara al hombre muy viejo con un navegante que baja despacio sus velas cuando ve tierra y que toca lentamente puerto. Como la verdad del hombre está en el más allá, debe aceptar serenamente el fin de una existencia que sólo ha sido un breve viaje.

Llegar apaciblemente a puerto, ésa debe ser, piensan los letrados y las almas piadosas, la principal preocupación de los viejos; la edad postrera se presenta esencialmente como el tiempo en que el hombre se prepara para la muerte. Entonces se multiplican los *artes moriendi*. Gerson escribe una "breve instrucción a un anciano, cómo debe prepararse para la muerte". Le aconseja —seguramente porque ha perdido la vista— que

tome en pensión a alguien que le lea libros de devoción para apartarlo de las cosas mundanas. En toda Europa se publican obras análogas. A partir de 1400 son muy numerosas en Alemania. También se dan consejos a los viejos sobre la manera de hacer su testamento: conviene que los que tienen bienes leguen una parte a los conventos o a los hospicios.

Para un cristiano convencido, la vejez es, pues, el momento de asegurar su salvación. Pero no es especialmente valorada. En los siglos XIV y XV la devoción de los fieles es acaparada cada vez más por Cristo; el siglo XIV es trágico: guerras, pestes, hambre, dramas de la superpoblación; en medio de pruebas que lo desgarran, Occidente deposita toda su confianza en Cristo Redentor. En adelante no aparece como el Rey de los Reyes. Es exaltado bajo la figura del Salvador. El Padre y el Espíritu Santo quedan eclipsados. La misa ya no es un sacrificio dirigido a Dios Padre, sino la representación del Calvario. Se adora la Eucaristía; se veneran las reliquias de la Pasión. La producción de crucifijos se desarrolla considerablemente. El culto del Divino Rostro, la práctica del vía crucis empieza a esbozarse. Se pinta, se esculpe con frecuencia el "Cristo de piedad" que aguarda el suplicio en la soledad y la angustia.

Al mismo tiempo se desarrolla la devoción a María. A comienzos del siglo XV se redescubre la Anunciación, que inspira una cantidad enorme de cuadros y de imágenes. Toda una iconografía se inspira en la infancia de Cristo y la Sagrada Familia, que hasta entonces no se habían representado. Con esas evocaciones de la vida de Jesús, se santifican la infancia, la adolescencia y sobre todo la edad madura. La vejez queda olvidada.

Por otra parte, en las cortes de los nobles y entre el patriciado urbano se desarrolla una literatura profana. Satírica, realista, se mofa de toda la sociedad: las mujeres y sus maridos, los monjes, los comerciantes, los villanos. Poco lugar se concede a los viejos. Sin embargo —como ya lo había hecho Plauto—, Boccaccio en Italia, Chaucer en Inglaterra ridiculizan a los

viejos ricos que utilizan su fortuna para apropiarse de lindas mujeres.

En el cuento de Boccaccio,[35] un juez pisano, muy viejo, se casa con la joven y linda Bartolomea. Apenas consigue cumplir su deber conyugal la noche de bodas. Por la mañana está tan agotado que inventa un medio de hurtarse: cada día muestra a su mujer, en el calendario, que es la fiesta de un gran santo y que en su honor hay que abstenerse de toda relación carnal. Apenas se presta una vez por mes. Un día que se pasean en barca, Bartolomea es raptada por un corsario que le prueba cotidianamente su ardor, sin preocuparse del calendario. El marido la encuentra; ella se niega a volver con él. Él muere y toda la ciudad ríe.

En los *Cuentos de Canterbury*, Chaucer cuenta las desventuras de un viejo mercader, Enero, que gracias a su dinero se casa con la linda Mayo, de 20 años. La noche de la boda toma unos electuarios que le permiten prodigarse con ardor.

De este modo se afanó hasta que el día comenzó a apuntar.
Entonces tomó una sopa con fuerte clarete,
se sentó en la cama
y luego se puso a cantar en voz muy alta y clara,
besó a su mujer y se entregó a licenciosos juegos.
Estaba lo mismo que un potro lleno de lascivia
y en extremo locuaz como pintada urraca.
La piel lacia de su cuello se agitaba
mientras cantaba a grandes voces.
Pero Dios sabe lo que Mayo sintió en su corazón
cuando vio a su marido sentado, en camisa,
con su gorro de dormir y con su flaco cuello.
Sí, que no estimó su diversión en el valor de un haba.

35 Que fue retomado por La Fontaine en sus *Cuentos*. Es el único en que aparece un viejo.

Poco tiempo después ella lo engaña, en circunstancias burlescas, con un criado joven y guapo. Como he dicho ya, la sexualidad del viejo asquea, haga lo que haga. Boccaccio se burla de su impotencia; en Chaucer recobra artificialmente el vigor, pero con su fealdad y su ridiculez hace del amor físico un ejercicio repugnante.

Junto a este pesimismo realista parece haber habido en la Edad Media una especie de pesimismo idealista. Veo sus señales en la importancia que adquirió hacia los siglos XIV y XV la figura de Belisario, que conoció posteriormente una gran popularidad.[36] Después de haber tenido una vida gloriosa, de haber conquistado Italia venciendo a los godos y rechazado al imperio de Occidente, el gran general que había salvado a Bizancio cayó en desgracia; complicado en 562 en una conspiración contra Justiniano, que tenía entonces 80 años, fue detenido dentro de su palacio y confiscados sus bienes. El proceso se hizo en 563. Según Teófanas que, a fines del siglo VIII, recopió en su *Cronografía* documentos contemporáneos, su inocencia quedó probada; le fueron devueltos la libertad y los bienes. Pero más tarde, en el siglo XI, el autor anónimo de las *Antigüedades de Constantinopla*, obra que abunda en errores, señala rápidamente que a Belisario le reventaron los ojos y quedó reducido a la mendicidad. En el siglo XIII, Tretzes, gramático que vivía en Constantinopla, célebre por su erudición, adoptó esta versión reconociendo que muchos historiadores la negaban. Describe a Belisario viejo y ciego, mendigando a la puerta del palacio: "Dad un óbolo a Belisario". El suplicio de la ceguera era corriente en Bizancio, pero nada prueba que Belisario lo haya sufrido. ¿Por qué se impuso esa imagen?

---

36 En el siglo XVI es evocada con frecuencia. Inspiró una tragedia a Rotrou, a Marmontel un libro que se hizo célebre, e innumerables alusiones y comparaciones. Y también numerosos cuadros.

Ante todo cabe preguntarse cómo se popularizó, al punto de que todos los compiladores del Renacimiento la han utilizado después. No debe olvidarse que ésta fue en la Edad Media la suerte de todas las leyendas; a pesar de la dificultad de las comunicaciones, había una gran movilidad de la población; los mercaderes, los peregrinos transportaban historias verdaderas o falsas de un confín al otro del mundo. Los juglares recogían esos relatos. Por otra parte estaban en comunicación incesante con los letrados; no debe oponerse el conocimiento erudito a la tradición popular: había una ósmosis entre los dos. Además, en los siglos XIII y XIV mucha gente sabía leer. Todo acontecimiento sorprendente, fuese real o mítico, se difundía rápida y ampliamente.

Una cuestión más interesante es la del éxito obtenido por esta leyenda. Ello se debe indudablemente a que la Edad Media acoge presurosa todas las visiones sombrías. Ahora bien, Belisario representa de manera ejemplar las miserias de la edad avanzada: invalidez, dependencia, pasividad y sobre todo la decadencia a que lo condenan la dureza y la ingratitud de los hombres. Y además, desde el punto de vista religioso, esta trágica aventura es edificante; un individuo elevado a la cúspide de la gloria y que cae en la abyección ilustra el "vanidad de vanidades" de las Escrituras: en esta tierra nada es seguro, el hombre sólo debe poner su confianza en Dios.

En la Edad Media, como en la Antigüedad, existe un vínculo místico entre vejez y ceguera. Ésta simboliza el exilio al que una vida demasiado larga condena a las gentes de edad; quedan separados del resto de los hombres, la soledad los agranda y los hace espiritualmente clarividentes. Por otra parte, el mito tenía entonces sólidas raíces en la realidad: la operación de las cataratas no era conocida y había muchos hombres de edad efectivamente ciegos.

En el siglo XV, en Francia, el pesimismo de los siglos precedentes se perpetúa. El mundo, se piensa todavía, está en su declinación. Gerson lo compara con un viejo delirante, presa de todo tipo de fantasías e ilusiones. Eustache Deschamps lo ve como un viejo que ha vuelto a la infancia:

Or est laches, chétis et molz
Vieulx, convoiteux et mal parlant:
Je ne vois que foles et folz…
La fin s'approche en vérité…
Tout va mal…[37]

El pensamiento de la muerte está más presente que nunca; las "danzas de la muerte" son cada vez más numerosas y aterradoras. Se pintan cadáveres, carroñas en toda su fealdad. Los predicadores los oponen a las gracias falaces de la juventud. El hombre es un muerto, a plazo fijo, la belleza una apariencia. Odín de Cluny escribe con una vehemencia rara vez alcanzada la ignominia que se disimula en el interior de nuestro cuerpo, al que llama "saco de excrementos". Otros recuerdan que está prometido a una decrepitud cuya miseria describen implacablemente. El viejo es entonces considerado no como *el otro* sino como *el mismo*, pero es descrito sólo desde afuera, con el solo fin de descalificar la juventud y la belleza. Los poetas reiteran con complacencia estos lugares comunes. Eustache Deschamps sólo ve en la vejez males y motivos de asco, declinación del alma y del cuerpo, ridiculez, fealdad; la hace empezar a los 30 años para las mujeres, a los 50 para el hombre; a los 60 no les queda a todos más que morir. Olivier de La Marche está de acuerdo con su tiempo

37 Ahora son cobardes, enclenques y muy / Viejos, codiciosos y mal hablados; / No veo más que locas y locos… / El fin se acerca en verdad… / Todo va mal.

cuando, retomando un tema gastado, hace a una bella muchacha lúgubres profecías:

Ces doux regards, ces yeux faiz pour plaisance,
Pensez-y bien, ils perdront leur clarté...
Vostre beauté changera en laydure
Votre santé en maladie obscure...[38]

La mujer de edad sigue siendo objeto de asco e irrisión. En la torre del Mediodía de la catedral de Bayeux se lee, grabada en esa época para Isabelle de Douvres, esta inscripción cuyo autor lamenta que, en lugar de una sola vieja, no hayan enterrada a cien:

Quarte dies paschale erat
Que jacet hic vetule venimus exequias
Leticie diem magis amissise dolemus
quam centum tales si caderunt vetule.

A esta tradición se remite Villon cuando, en *Les Regrets de la belle heaulmière*, se lamenta de los estragos que la vejez inflige a un cuerpo femenino. Pero por numerosos que sean sus antecesores, los sume a todos en el olvido. Lo que la mala literatura disimula con palabras vacías, él lo muestra en su verdad.

Villon amaba el cuerpo femenino:

Corps féminin qui tant est tendre...[39]

En el *Testament* le repugna imaginar que pueda descomponerse bajo tierra, quisiera verlo "todo vivo subir al cielo". Con

38 Esas dulces miradas, esos ojos hechos para agradar, / Pensadlo bien, perderán su claridad... / Vuestra belleza se cambiará en fealdad / Vuestra salud en oscura enfermedad...

39 Cuerpo femenino que tan tierno es...

melancolía predice también a una bella indiferente su futura decadencia:

Ung temps viendra qui fera dessecher
Jaunir, flestrir votre épanouie fleur.
... Vieil je serai, vous laide et sans couleur.[40]

En los célebres *Regrets de la belle heaulmière*, una tierna compasión atempera la crueldad de la descripción. Villon había amado mucho a su madre: "Mujer soy, pobrecita y anciana". Quizá por eso en lugar de mirar desde afuera, fríamente, a la mujer decrépita que llegará a ser un día la bella yelmera, le deja la palabra. Seguramente comprendió también que la degradación sólo es conmovedora si el sujeto la reconoce.

Quand me regarde toute nue
Et je me vois si très changée
Pauvre, sèche, mègre, menue
Je suis presque toute enragée.[41]

Mientras que la mayoría de los escritores que hablan de los viejos ni siquiera se ha tomado el trabajo de observarlos, el cuadro que traza Villon es notable por su exactitud:

Oreilles pendantes, moussues,
Le vis pali mort et déteint
Menton froncé, lèvres peaussues
C'est d'humaine beauté l'issue.[42]

---

40 Tiempo vendrá que hará secar / Amarillear, marchitar vuestra abierta flor. / ...Viejo seré, vos fea y sin color.

41 Cuando me miro toda desnuda / Y me veo tan cambiada / Pobre, seca, magra, menuda / Me pongo casi furiosa.

42 Orejas colgantes, musgosas, / El rostro pálido muerto y apagado / Mentón fruncido, labios pellejosos / Es de humana belleza el final.

No se trata de una alegoría; es un retrato preciso, singular, y que sin embargo nos concierne a todos. En esa vieja en ruinas se pone en tela de juicio la condición humana entera. La vejez no está reservada a los demás; nos acecha como acecha a la bella muchacha cuyo pesar anticipa Villon; es nuestro destino. Por haber tomado conciencia de ello, el poema de Villon tiene una resonancia excepcional.

En el siglo XVI, mientras que en el campo la civilización sigue siendo repetitiva y conservadora, en las ciudades italianas continúa desarrollándose un primer capitalismo que hace su aparición en otras ciudades: negocios, empresas industriales, operaciones financieras. Esta nueva prosperidad permite un inmenso florecimiento cultural, en las ciencias, las letras, las artes, las técnicas. Se manifiestan en él corrientes muy diversas. El Renacimiento prolonga las tradiciones de la Edad Media. Sigue viviendo obsesionado por el Anticristo y el Juicio Final.[43] Sin embargo, trata de promover una idea nueva y armoniosa del hombre. El humanismo, recuperando la Antigüedad, trata de ligarla sincréticamente con los Evangelios; se quiere incorporar al cristianismo el amor a la vida y a la belleza. Ésta es la tarea que se ha propuesto en particular Erasmo, a enseñanza de "moral y de civilidad".

Erasmo dedicó uno de sus *Coloquios* a los viejos; describe un anciano modelo: a los 66 años no tiene ni arrugas ni cabellos blancos ni anteojos y su tez es floreciente; los otros, que han llevado una vida libertina o aventurera, parecen ser su padre. En Italia un patricio veneciano, Cornaro, retoma el tema: una vida juiciosa lleva a una hermosa vejez. Se pone a sí mismo como ejemplo en el "tratado de la vida sobria y reglamentada".

---

43 En Alemania se jugaba un "juego del Anticristo"; se escribían *Vidas del Anticristo*. Los predicadores anunciaban su advenimiento. Inspiró los frescos de Signorelli en Orvieto.

En realidad en esas dos obras se trata de hacer el elogio de la virtud, pretendiendo que encuentra su recompensa en la salud y la serenidad de la vejez.

En cuanto a la vejez misma, la literatura no es más compasiva con ella en esta época que en los siglos precedentes. La Edad Media despreciaba la decadencia humana y la juzgaba particularmente repelente en las gentes de edad. El Renacimiento exalta la belleza del cuerpo: el de la mujer es llevado a las nubes. La fealdad de los viejos parece por lo tanto más odiosa. Jamás fue tan cruelmente denunciada la de la mujer vieja. La misoginia medieval se perpetúa en el siglo XVI y la influencia de la Antigüedad, sobre todo la de Horacio, es preponderante. Los abusos del petrarquismo acarrearon por reacción una poesía satírica y cómica. Todas esas razones se unen para explicar la frecuencia y el carácter del tema de la mujer vieja.

Los escritores que lo explotan fueron profundamente influidos por la obra en que Rojas describe, en 1492, la sociedad española de su tiempo: *La Celestina*. Por primera vez un personaje de vieja pasaba a ser la principal heroína; era una clásica alcahueta, pero de una envergadura muy distinta de las que hasta entonces habían aparecido en escena. Ha sido prostituta y sigue siendo rufiana por gusto, es interesada, intrigante, lúbrica, también un poco hechicera y es la que dirige el juego. Es un resumen de todos los vicios que desde la Antigüedad se atribuían a las mujeres de edad y, a pesar de toda su habilidad, al final de la obra es severamente castigada. El teatro francés utilizó con menos brillo esta fuente de inspiración: hay viejas alcahuetas, viejas cortesanas en Jodelle, Odet de Turnèbe y Larivey.

El prejuicio antifeminista contra las mujeres de edad es evidente en Erasmo. Es normal que este moralista repruebe a las que tienen la indecencia de pensar todavía en el amor. Pero la maldad gratuita de su descripción sorprende en un humanista. Evoca a "esas mujeres decrépitas, esos cadáveres ambulantes,

esas osamentas infectas que exhalan por todas partes un olor sepulcral y que sin embargo exclaman a cada instante: Nada tan dulce como la vida... Tan pronto muestran sus pechos flácidos y repugnantes, como tratan de despertar el vigor de sus amantes con los gañidos de sus voces temblonas". Hay que señalar en medio de tantos estereotipos un tema nuevo: el contraste entre el ser horrible que es para los demás una mujer vieja y el placer de vivir que conserva[44] Erasmo se lo reprocha; en cambio suele alabarse a los hombres cuyo amor por la vida no desaparece con la edad.

El mismo asco en Marot ante la vieja que quiere ser amada:

...Veux-tu, vieille ridée, entendre
Pourquoi je ne te puis aimer?[45]

Y se lo dice detalladamente. Habla de las "feas tetas" de la vieja y traza de ella un retrato físico repugnante. Describe a una hechicera que es una "vieja horrible". El mismo asco en Desportes en *Le Mépris d'une dame devenue vieille*:

Avec des apas dégoûtants
...Tu penses éveiller mes esprits.[46]

No hay inconveniente en humillar a la mujer vieja comparándola con una joven. D'Aubigné compara la bella cabellera de su amiga con la "peluca tiñosa" de una vieja atroz.

¿Por qué retomó Du Bellay esos temas en *L'Antérotique de la vieille et de la jeune?* Acababa de publicar *L'Olive*, poema a la gloria de la mujer y del amor, inspirado en Petrarca, y que ha-

44 Es el tema de *Ah! les beaux jours*, de Beckett, pero con una perspectiva totalmente distinta.

45 ¿Quieres, vieja arrugada, escuchar / Por qué no puedo amarte?

46 Con encantos repugnantes / ...Piensas despertar mi interés.

bía tenido un gran éxito. Cabe asombrarse de que haya escrito después esa diatriba violenta contra una mujer de edad:

Vois, ô vieille immonde
vieille déshonneur de ce monde
Celle qui (si bien m'en souvient)
Sur l'an quinzième à peine vient.[47]

La primera razón es de orden literario; está irritado por el petrarquismo que él mismo había cultivado y que entonces hacía estragos en Francia, y adopta la posición contraria. En Italia, donde había pasado una temporada, leyó sin duda las invectivas que los poetas de ese país solían dirigir a las viejas dueñas y sufrió su influencia. Quizá tenía motivos para quejarse de una de ellas que no lo había servido en sus empresas amorosas. La dueña era a los ojos de los poetas un personaje ambiguo y odioso; le reprochaban ya que desempeñara el papel de alcahueta, ya que molestara sus amores.

Sobre todo se ataca a la mujer de edad si ha sido una prostituta. Si todavía aspira al amor se la considera inmunda, se denuncia su hipocresía si le ha dado por la beatería. Du Bellay escribió también un poema realista y cruel sobre una vieja cortesana romana. Ella misma cuenta su vida, la declinación de sus encantos, la pobreza, la enfermedad:

Dame vieillesse
Ne m'a laissé que la gravelle aux reins
La goutte aux pieds et les galles aux mains.[48]

Sin embargo, él la interpela con animosidad:

47 Mira, oh vieja inmunda / Viejo deshonor de este mundo / A esa que (si bien recuerdo) / los quince años apenas llega.

48 Señora vejez / No me ha dejado más que piedra en los riñones / Gota en los pies y verrugas en las manos.

Tu es sorcière et maquerelle
Tu es hypocrite et bigote.[49]

¿Este encarnizamiento de los poetas contra las viejas prostitutas tiene su origen en un resentimiento sexual? Cabe suponerlo. En todo caso hay que señalar que, hombre o mujer, la enamorada suscita asco. Pero cuando se trata de los hombres de la literatura, se las toma con los ricos que compran el placer gracias a su oro; por el contrario ataca a las mujeres de la categoría más baja, a las que se venden. Es fácil comprender el rencor que inspiran los primeros; el que inspiran las viejas prostitutas tiene razones más turbias. Se explica probablemente por alguna frustración.

Como en la Antigüedad, y en el folclore, la mujer vieja es a menudo asimilada a una bruja: Rabelais describe a la sibila de Panzoust bajo los rasgos de una mujer "mal entrazada, mal vestida, mal alimentada, desdentada, lagañosa, encorvada, moqueante, lánguida".

La mujer vieja, en fin, se parece a la muerte. Sigonio escribe:[50]

Respirante momie
Dont on connaît l'anatomie
Au travers d'un cuir transparent.[51]

Portrait vif de la mort, portrait mort de la vie
Charogne sans couleurs, dépouille du tombeau
Carcasse déterrée, atteinte d'un corbeau...[52]

---

49 Eres bruja y rufiana / Eres hipócrita y beatona.

50 Sigonio, arqueólogo latino nacido en Módena.

51 Respirante momia / Cuya anatomía se conoce / A través de un cuero transparente.

52 Retrato vivo de la muerte, retrato muerto de la vida / Carroña sin

En el siglo XVI es raro hallar otro tono; sin embargo, junto a una oda en que explica la vergüenza de amar a una mujer vieja, Pierre Le Loyer escribió otra donde pinta con ternura la vejez femenina:

La vieillesse à la pomme ressemble
Qui est douce et salubre ensemble...[53]

Una manzana es más perfecta cuanto más arrugada; así ocurre con la mujer vieja. François Hulot opone la "vieja desdentada infame y desgraciada" a la "vieja de honor".

Dont la grâce et la forme
A la beauté des jeunes se conforme
...En vérité vieille de grand value
Que pour sa grâce et vertu on salue.[54]

Se trataba de distinguir a la gran dama anciana del vil rebaño de las viejas marcadas por sus malas costumbres o su pobreza. Un solo autor asumió vivamente la defensa de las mujeres de edad: Brantôme en la *Vie des dames galantes*. Considera normal que se entreguen todavía a los placeres del amor; afirma que algunas siguen siendo bellas y amadas después de los 70 años.

Mientras que los poetas cubren de oprobio a la mujer de edad, el viejo es ridiculizado por el teatro cómico. Ya lo hemos

colores, despojo de la tumba, / Osamenta desenterrada, que un cuerpo ha atacado...

53 La vejez a la manzana se asemeja / Que es dulce y sana al mismo tiempo...

54 Cuya gracia y forma / A la belleza de las jóvenes se conforma / ...En verdad vieja de gran valía / A quien por su gracia y virtud se saluda.

visto en Aristófanes y Plauto: el teatro cómico niega al viejo su calidad de sujeto; lo presenta como el otro, un puro objeto del que los espectadores se desolidarizan a través de la risa. Al llevar a la escena viejos cómicos a los que concede papeles importantes, la *commedia dell'arte* perpetúa una tradición que se había mantenido a través del Bajo Imperio y de la Edad Media. En el siglo III de nuestra era, Julius Pollux, en el *Onomatiscon*, estableció una lista de los diferentes tipos de máscaras utilizadas en las comedias y tragedias. Hay dos máscaras de abuelos, muy viejos: "El primero es el de más edad; tiene la cabeza completamente afeitada, cejas muy suaves, una larga barba, mejillas enjutas, la mirada apagada, la piel blanca, la expresión alegre. El segundo es más flaco, tiene una mirada más tensa y más triste; es ligeramente pálido, tiene una larga barba, el pelo rojo, las orejas aplastadas". Hay una segunda pareja que Pollux clasifica en otra categoría: "El viejo principal tiene una corona de cabellos alrededor de la cabeza, la nariz aguileña, el rostro largo, la ceja derecha es alta. El otro tiene una barba larga, en abanico, una corona de cabellos alrededor de la cabeza, su barba es espesa; no alza las cejas; su mirada es lenta".

Pollux señala tres máscaras de viejas: la vieja gorda e indulgente; la loba, es decir, la vieja alcahueta, con una nariz chata y dos molares en cada mandíbula; la concubina que trata de casarse.

En la *commedia dell'arte* hay dos personajes de viejos: Pantalón y el Doctor. El primero es el más importante. Es un comerciante retirado de los negocios, a veces rico, a veces pobre, padre de familia o solterón, pero siempre muy avaro, como el Euclión de la *Aulularia*. Además, está siempre enamorado. Un grabado de 1577 lo representa como un viejo enjuto, de barba puntiaguda, con un enorme falo en erección; este atributo formaba parte del traje corriente de Pantalón. Sin embargo es tiñoso, gotoso, acatarrado. Trata de corromper con oro a las jóvenes de las que se enamora. Es burlado por sus hijos, por sus sirvientas; su mujer, si la tiene, le pone los cuernos, las coquetas

lo embaucan. Se cree muy sabio; quiere dar consejos, pronuncia discursos ampulosos, pretende mezclarse en los asuntos de Estado; es tan exasperante que lo apalean para hacerlo callar. Según los grabados, los actores hacían contrastar sus accesos de senilidad con crisis de agilidad. El personaje ha adoptado nombres diferentes en las diversas regiones de Italia; se llama Pancracio, Casandro, Zanobio. En Francia se encarna en Gaultier-Garguille y Jacquemin Jadot.

El otro viejo es el Doctor, un tonto de capirote, pedante, miembro de todas las academias. El hombre de edad ya no es solamente el que acapara las riquezas sino también —rasgo que hasta entonces no habíamos encontrado— el que pretende detentar el saber. Eso lo hace más ridículo pues en realidad el Doctor es ignaro, dice enormes sandeces, chapurrea a lo largo del día citas griegas y latinas. Lo llaman también Baloardo: el palurdo. Es amigo de Pantalón, y como éste, avaro galante a la vez. Todo el mundo se burla de él.

Sólo se encuentra un personaje de vieja: la alcahueta. La vieja honesta que ha perdido su seducción sin adquirir poder objeto ni sujeto: no es nada. Las esposas son mujeres entre dos edades y tienen un papel relativo: son la compañera, el testigo o el censor de las extravagancias de sus viejos maridos. La cortesana que ha adquirido una fortuna personal y no depende de nadie, una vez vieja utiliza su experiencia y prosigue sus propios fines: enriquecerse. Es un individuo autónomo, un sujeto. Sin embargo interesa poco porque sólo es una comparsa, una figura estereotipada.

Los hombres de edad son también muy convencionales. La *commedia dell'arte* no nos informa realmente sobre las costumbres de la época; se limita a utilizar en intrigas poco variadas las diversas "máscaras" que ha heredado por tradición y cuyo papel está definido de antemano.

No hay mucha más invención en la *Clizia* donde, a comienzos del siglo XVI, Maquiavelo no hace más que desenmascarar a Plauto. Nicomaro tiene 70 años y no le quedan ya muchos dien-

tes. Enamorado de Clizia, decide casarla con su criado que se la pasará. Se prepara para la noche de bodas tomando un electuario llamado satiricón. Finalmente es embaucado y se arrepiente. El tema es una vez más el contraste entre la conducta juiciosa que corresponde a los viejos y los deseos sexuales que siguen agitándolos. Su mujer describe al hombre ideal que era antes de encapricharse con Clizia y se lamenta de su metamorfosis: "Era entonces un hombre honorable, grave, reservado. Empleaba su tiempo honorablemente; se levantaba temprano, escuchaba misa y se ocupaba de las provisiones para el día; después, despachaba los asuntos que pudiera tener... Terminada la comida conversaba con su hijo dándole sabios consejos. Esta vida regular era un ejemplo para todo el mundo en la casa... Pero desde que se chifló por esa muchacha descuida sus asuntos, sus tierras se estropean, su comercio da pérdidas; grita siempre sin saber por qué... Si le hablan no contesta o contesta sin ton ni son".

Y en una de las *canzoni* que interrumpen la pieza, se dice: "Así como es gracioso el amor en un corazón joven, así es repulsivo en el hombre que ha visto marchitarse las flores de la edad... Por eso, viejos enamorados, lo mejor que podéis hacer es dejar las empresas galantes a la ardiente juventud".

El teatro de Ruzzante es de inspiración mucho más original: es un teatro de lucha. No se sabe demasiado de Angelo Beolco que desempeñaba en sus piezas el papel de Ruzzante y fue conocido con ese nombre. Hijo natural de un médico de Padua, criado por la familia de su padre, después amigo y protegido del rico patricio Cornaro, en sus *Orazioni* tomó francamente partido por los campesinos, los pobres, los oprimidos. En toda su obra se manifiesta esa simpatía. No lleva a la escena máscaras estereotipadas; hasta el personaje de Ruzzante es muy variado. *La Pastorale* es bastante convencional. El viejo pastor Milesio se enamora de una niña y lamenta esta locura. Como ella lo rechaza, pierde el sentido al punto de que lo dan por muerto: "Oh desdichado amante, ¿adónde has llegado? ¡Mira en qué has terminado, desatinada edad!"

Pero en general se inspira en las costumbres y el lenguaje de las gentes de su época, en particular de los campesinos.

Siendo él mismo joven, ataca a los viejos en la medida en que sus riquezas les permiten oprimir a los pobres. En *La Vaquera*, imitación de la *Asinaria*, el viejo Placidio no perjudica a nadie y por eso es pintado con cierta indulgencia; se parece a Demenetes pero tiene cualidades, ama a su hijo y cuando termina embaucado y derrotado, su mujer lo perdona. En cambio, el héroe del *Aconitario*, un veneciano octogenario, enriquecido, es vilipendiado sin piedad.[55] Cínico, disoluto, lleno de achaques, ridículo, es avaro pero todavía más lúbrico puesto que está dispuesto a comprar a precio de oro a la cortesana Doralia. Es tan vanidoso que se cree amado. Se deja burlar por su criado. Ruzzante lleva mucho más lejos en el *Segundo diálogo rústico* la caricatura del viejo enamorado; ningún otro autor lo ha pintado con un realismo tan repelente. Ha despojado a Bilora de su joven mujer que por interés accede a vivir con él, que es muy rico. Pero ella se queja: "Está enfermo. Tose toda la noche como una oveja podrida. No duerme jamás; a cada momento trata de abrazarme, me cubre de besos...". "Seguro que tiene el aliento más hediondo que un montón de estiércol —responde Bilora—. Huele a muerte a mil leguas y tiene tanta basura en el culo que es forzoso que le salga por la otra punta, ¿no es cierto?". Al final Bilora recobra a su mujer, después de haber apaleado al viejo, conforme a la tradición cómica.

Ruzzante expresa en la *Piovana* el asco que le inspiraba la vejez, por boca del viejo Tura: "La juventud es semejante a un hermoso arbusto florecido donde todos los pájaros se posan para cantar, mientras que la vejez se parece a un perro flaco cubierto de moscas que le devoran las orejas".

55 Ruzzante era amigo del patricio Cornaro; seguramente no es casualidad que se burle de un nuevo rico.

"Todo lo que toca a la vejez está mucho más expuesto a la desdicha. . . La vejez es en realidad una charca donde se reúnen todas las aguas malsanas y que no tiene más salida que la muerte. ¿Queréis desear mal a alguien? Decidle: ojalá te pongas viejo".

¿Por qué el siglo XVI ha atacado a los viejos con tanto encarnizamiento? El padre estaba lejos de detentar la autoridad del *pater familias* romano. Además, no es él el escarnecido, sino el viejo rico que se presenta como rival de los jóvenes. En esta época, como en las precedentes, los viejos de las clases inferiores no interesan a la literatura. Además, es preciso observar que los nobles, los patricios no son atacados; se admite que detentan su poder, su fortuna por derecho divino. No se discute la jerarquía social establecida. El que provoca rencor es el nuevo rico, el burgués que ha conseguido ascender individualmente. Si sus negocios han prosperado resulta que en los últimos años posee bienes considerables, y a los ojos del hombre maduro que trabaja para subsistir, a los ojos de la juventud a menudo sin dinero, ese acaparamiento parece una injusticia que provoca una envidia llena de odio, pues se atribuye su éxito a la avaricia. El escándalo resulta intolerable si los viejos se sirven de su oro para comprar mujeres jóvenes; entonces los jóvenes se sienten sexualmente frustrados, se vengan de ellos, tratan de asquearlos de sus "vicios" caricaturizándolos cruelmente o riendo de sus caricaturas; contra ellos, los autores y el público son cómplices. Así se explican las múltiples encarnaciones de Pantalón y su éxito.

Junto a estas obras que presentan a los viejos, hombres y mujeres, como objetos, hay unas pocas que los reintegran a la condición humana. Así, una canción citada por Jacques Yver en *Le Printemps* en que se aconseja a los jóvenes que aprovechen el buen tiempo, pues la vejez los acecha y sólo les traerá tristeza y pesares:

Chagrin et jalousie
Aiment le poil grison
La douce frenaisie
N'a si rude prison.

Ha jeunesse trop folle
Qui attent désormais
Car l'aage qui s'en vosle
Ne retourne jamais.

Puis le feu devient cendre
Où se couve un regret...[56]

En *L'Esté* Poissenot asimila, como lo había hecho Plutarco, la vejez al otoño, considerada no fecundidad madura sino esterilidad; la ve como parte de su destino:

"Si se quiere curiosamente mirar todo el tiempo que la naturaleza ha deparado al hombre en esta vida humana, se encontrará que así como los árboles cuando están cubiertos con su verdura y los prados al comienzo de la renovación, abigarrados del esmalte de diversas florecillas, contentan mucho más la vista del espectador que, cuando habiendo llegado a la madurez, ese ornamento poco a poco decae y perece, los frutos comienzan a perder ese adorno que les servía de lustre, y las hierbas matizadas de mil colores se aprestan a fenecer; de la misma manera me atrevo a decir que no se encontrará a nadie de buen juicio tan enemigo de sí mismo que no reconozca que la estación que influye y expande en nosotros un vigor nutrido por una buena disposición y pronto júbilo en todas las empresas, es mucho más deleitable que ninguna otra".

56 Pena y celos / Prefieren el pelo gris / El dulce frenesí / No tiene prisión tan ruda. / Ah juventud demasiado loca / Que espera ahora / Pues la edad que vuela / No vuelve jamás. / Después el fuego se torna ceniza / Donde alienta un pesar...

La vejez ocupa un lugar importante en la obra de Ronsard. Influido por la Antigüedad y por su época, pinta también con asco la decadencia de las viejas prostitutas. Su Catin es una "imagen desdorada", de dientes "chancrosos y negros"; tiene el ojo lagañoso y la nariz mocosa". Explota a menudo el tema de la fugacidad de la juventud acechada por un futuro de tristeza y de fealdad.

Cueillez, cueillez votre jeunesse!
Comme à cette fleur la vieillesse
Fera ternir votre beauté.[57]

Pero también ha hablado de su propia vejez con acentos personales y punzantes. Al final de su vida alcanza la cima de la gloria y escribe sus obras más bellas. Sin embargo, se rebeló contra el peso de los años. Los había padecido prematuramente. De joven había sido hermoso, seductor, buen caballero. A los 38 años, afectado por una enfermedad que él confundía con los estragos del tiempo, tenía la apariencia de un viejo desdentado, de pelo blanco; se quejaba de mala digestión, mala circulación, insomnio, accesos de fiebre:

Ma douce jeunesse est passée
Ma première force est cassée
J'ai la dent noire et le chef blanc
Mes nerfs sont dissous, et mes veines,
Tant j'ai le corps froid, ne sont pleines
Que d'une eau rousse au lieu de sang.[58]

57 ¡Coged, coged vuestra juventud! / Como a esta flor la vejez / Hará marchitar vuestra belleza.

58 Mi dulce juventud ha pasado / Mi primera fuerza está quebrada / Tengo los dientes negros y la cabeza blanca / Mis nervios están deshechos, y mis venas, / Tan frío tengo el cuerpo, están llenas / De un agua rojiza en lugar de sangre.

Nunca se consoló de esto, pues seguía teniendo necesidad de actividad física y de amor. La artritis, la gota, le impedían practicar deportes; se volvió irritable, insociable bajo el influjo, pensaba él, de "Saturno enemigo" bajo cuyo signo había nacido y que lo vuelve:

Farouche, soupçonneux, triste et mélancolique.[59]

Pensaba que los astros lo habían maldecido. Después de haber creído durante su juventud en el triunfo del humanismo, había asistido a la ruina de sus esperanzas: la guerra civil asolaba a Francia; tenía 48 años cuando la Noche de San Bartolomé. Es profundamente sincero cuando escribe:

Le vrai trésor de l'homme est la verte jeunesse.
Le reste de nos ans ne sont que des hivers.[60]

Agrippa d'Aubigné está igualmente convencido cuando elogia las dulzuras de la vejez; él también la asimila al invierno, pero la convierte en la estación del ocio sereno y no de la frialdad estéril.[61] Llevó una vida agitada y aventurera: guerreó, fue herido, cayó prisionero, tomó ciudades, se vio obligado a devolverlas, experimentó fatigas extremas y también decepciones. Amó y perdió a una primera mujer. A los 70 años todavía hubiera querido pelear en las filas de los protestantes para defender La Rochelle. Su ayuda fue rechazada y se retiró a su castillo de Crest con Renée Burlamachi, a la que amaba y con

59 Hosco, suspicaz, triste y melancólico.

60 El verdadero tesoro del hombre es la verde juventud. / El resto de nuestros años no son más que inviernos.

61 En *Les Tragiques* había escrito el célebre verso: "Une rose d'automne est plus qu'une autre exquise" (Una rosa de otoño es más exquisita que ninguna), lo que prueba que la juventud no era para él el valor supremo.

quien acababa de casarse. Era una mujer de 50 años, muy culta y que vivía apasionadamente dedicada a él. Halló dulzura en esa vida de gentilhombre rural letrado, que recibía a extranjeros de marca. Conoció en el invierno de su vida un refugio de paz y lo celebró en sus poemas:

Voici moins de plaisirs mais aussi moins de peines;
Le rossignol se tait, se taisent les sirènes.
Nous ne voyons cueillir ni les fruits, ni les fleurs.
L'espérance n'est plus, bien souvent tromperesse.
L'hiver jouit de tout; bienheureuse vieillesse.
La saison de l'usage et non plus des labeurs.[62]

Ni la sinceridad de Ronsard ni la de d'Aubigné excluyen los lugares comunes. Un solo escritor de ese siglo los suprimió radicalmente: Montaigne. Con arreglo a su propia experiencia, se interroga sobre la vejez como si nadie antes que él lo hubiera hecho; ése es el secreto de su profundidad: la mirada directa y exigente a una realidad que por lo general se trata de enmascarar. La Antigüedad caricaturiza a los viejos mientras hace el elogio de la vejez. Montaigne se niega tanto a burlarse de ella como a exaltarla. Quiere extraer su verdad. Personalmente, no cree que lo haya enriquecido. Contra el optimismo moralizador de Platón y Cicerón, contra las pretensiones de los viejos a la sabiduría, invoca su propio testimonio. Tiene poco más de 35 años cuando, al considerar el período de su vida anterior a sus 30 años, escribe: "En cuanto a mí, tengo por cierto que desde esa edad tanto mi espíritu como mi cuerpo antes han disminuido que aumentado y más retrocedido que avanzado. Es posible que en quienes emplean bien el tiempo, la

62 Son menos los placeres, también menos las penas; / El ruiseñor se calla, se callan las sirenas. / No vemos recoger los frutos, ni las flores. / La esperanza se ha ido, a menudo engañosa. / El invierno disfruta de todo; dichosa la vejez. / Estación de los usos y no de las labores.

ciencia y la experiencia crezcan con la vida; pero la vivacidad, la prontitud, la firmeza y otras partes mucho más nuestras, más importantes y esenciales se marchitan y languidecen".

Y también:

"Desde hace un largo trecho de tiempo he envejecido, pero más sabio, desde luego no lo soy ni un ápice. Yo a esta hora y yo antes somos dos; ¿pero cuándo mejor? Nada puedo decir. Sería bueno ser viejo si sólo fuéramos hacia el mejoramiento. Es un movimiento de borracho, titubeante, vertiginoso, informe, o palillos que el aire maneja casualmente como le place".

En el tercer libro, escrito tardíamente, Montaigne sigue prefiriendo su juventud a una edad que consideraba ya como la vejez. Estima que no ha hecho más que disminuir y no progresar: "De paso, odio ese accidental arrepentimiento que la edad trae consigo. Aquel que decía antiguamente que estaba agradecido a los arios de que lo hubieran librado de la voluptuosidad, tenía una opinión diferente de la mía; nunca agradeceré a la impotencia el bien que me hace... Nuestros apetitos son escasos en la vejez; una profunda saciedad nos invade después; en esto no veo nada de conciencia; la pena y la debilidad nos imprimen una virtud cobarde y catarrosa. Yo que la sacudo vivamente y atentamente, encuentro que mi razón es la misma que tenía a una edad más licenciosa, si no, a la buena de Dios, tanto más cuanto que se ha debilitado y empeorado al envejecer. No por verla fuera de combate la estimo más valerosa. No le veo juzgar por sí nada de lo que entonces juzgaba, ni ninguna claridad nueva.

"...Me daría vergüenza y envidia que la miseria e infortunio de mi decrepitud fueran preferidos a mis buenos años, sanos, despiertos, vigorosos; y que hubiera que estimarme no por lo que he sido sino por lo que he cesado de ser... Análogamente, mi sabiduría puede ser de la misma magnitud en uno y otro tiempo; pero tenía mucho mayor mérito y mejor gracia, rozagante, alegre, ingenua, que ahora: rebajada, gruñona, laboriosa...

"Llamamos sabiduría a la dificultad de nuestros humores, a los disgustos de las cosas presentes. Pero en realidad no es que abandonemos los vicios sino que los cambiamos, y en mi opinión, para peor... Y no se ven almas, o se ven muy pocas, que al envejecer no huelan a agrio y a mohoso. El hombre marcha entero hacia su crecimiento y hacia su disminución".

Me admira que Montaigne, haciendo caso omiso de los lugares comunes tradicionales y lenificantes, se niegue a tomar ninguna mutilación por un progreso y a considerar como un enriquecimiento la simple acumulación de los años. Pero hay en su caso una curiosa paradoja que, si bien se le escapa, salta a los ojos del lector: los *Ensayos* se fueron convirtiendo en un libro cada vez más rico, íntimo, original y profundo a medida que el autor avanzaba en edad. Esas hermosas páginas ásperas y desengañadas sobre la vejez, no hubiera sido capaz de escribirlas a los 30 años. En el momento en que se siente disminuido es cuando es más grande. Pero seguramente no habría alcanzado esa grandeza sin la severidad que ejerce consigo mismo. Toda complacencia termina en el desabrimiento; Montaigne al envejecer ha sabido guardarse de ella. Si progresa es porque su actitud frente al mundo y a sí mismo se ha vuelto cada vez más crítica, y el lector se encuentra en la situación difícil de suscribir la crítica mientras comprueba el progreso.

Lo que nos enseña la iconografía del Renacimiento sobre la idea que éste se hacía de la vejez es muy incierto. Como en la Edad Media, hay imágenes que traducen representaciones populares. Pero existe una pintura sabia en que los artistas se expresan individualmente; ¿en qué medida sufren la influencia de su tiempo?

En las imágenes populares, la comparación de las diferentes edades con los momentos del año se ha convertido en un estereotipo. Un calendario de la época ilustra los meses con escenas de la vida de familia. En noviembre, el padre está viejo y enfermo. En diciembre, agoniza. Otros graba-

dos evocan los "grados de edad" de una manera que se ha perpetuado hasta el siglo XIX; la vida se presenta en ellos como un ascenso seguido de un descenso. Está representada por una doble escalera que termina en un rellano. En esa plataforma hay un hombre, o una pareja, de 50 años; a la izquierda, a partir del suelo donde reposa una cuna, suben hacia él el niño, el adolescente, el joven, el hombre maduro; a la derecha bajan de peldaño en peldaño hombres de 60, 70, 80, 90 años; el centenario, inmóvil en su cama, descansa al pie de la escalera al mismo nivel que el niño pequeño. Los personajes están vestidos a la moda de su tiempo. Debajo de la escalera está la Muerte armada con su guadaña. Lo curioso en esta representación de la existencia es que son pocos los que mueren a los 100 años y todavía eran menos en otro tiempo. En realidad en esos grabados no se describe la vida humana en su realidad contingente, sino que se fija una especie de arquetipo. Su pesimismo es de inspiración cristiana: condenado a rodar tristemente, el hombre, aun en el momento de su prosperidad, debe ocuparse ante todo de su salvación.[63]

El tema de las edades de la vida ha inspirado a los pintores. Las representan comúnmente por un trío: un hombre joven, un hombre maduro, un viejo. Así ocurre en el *Concierto* de

63 Los textos que acompañan estas imágenes lo confirman. En una de ellas (de comienzos del siglo XVII), el título, *La gran escalera del mundo*, inscripto en lo alto, está encuadrado entre dos cartuchos donde se lee:

Oh, qué camino trillado es
esta escalera; en todo tiempo por ella
el Destino a los mortales pasea.
La vida es para el Malo
una pendiente hacia el Abismo...
Y la vida es para los Buenos
una subida al cielo.

Dos angelotes asisten a la vieja moribunda.

Ticiano, en que el hombre de edad tiene barba, la cabeza calva, pero parece todavía lozano.[64]

Otro tema popular es el de la fuente de Juvencia. En el siglo XV es el tema de numerosos grabados; en uno de ellos unas mujeres viejas se sumergen en una piscina, y apenas salen rejuvenecidas caen en brazos de hermosos jóvenes. En el siglo XVI el mito ha permanecido tan vivo que en 1512, al organizar la expedición que le hizo descubrir la Florida, Ponce de León iba en busca de la fuente de Juvencia. Hay muchos grabados y cuadros que desarrollan temas análogos. Existe uno célebre de Cranach el joven; en el centro se ve una amplia piscina donde se bañan cuerpos desnudos; a la izquierda unos viejos son transportados hasta el borde del agua en carreta o a horcajadas; salen por la derecha, alegres y felices; hombres y mujeres bailan y retozan en los prados.

Entre los cuadros del Renacimiento hay numerosos retratos de ancianos. Tienen características muy diferentes según las circunstancias. En esa época, los viejos ricos y venerados están orgullosos de su vejez. En Italia muchos restablecen una antigua tradición: hacen esculpir sus bustos por Rossellino, por Mino da Fiesole, que los representan tal como deseaban verse. Los papas se hacen pintar por Rafael, por Ticiano; los dux y los patricios de Venecia por el Tintoretto; en sus retratos tienen hermosas barbas blancas y un aire sosegado. En las composiciones inspiradas en la Antigüedad y en la Biblia, los viejos suelen ser idealizados. Pero los pintores eligen también temas en que el viejo es una figura poco edificante: Noé borracho, Sileno grotesco y ebrio, Loth y sus hijas; este último tema fue tratado entre otros por Durero, el Guercino, el Tintoretto y de una manera particularmente lúbrica por Lucas de Leyde, que muchas veces ha puesto a los viejos en actitudes ridículas; el viejo lúbrico es evocado también en las numerosas telas que

64 Así es un siglo más tarde en un cuadro de Van Dyck.

representan a Susana en el baño. Muchos pintores han denunciado asimismo la fealdad de la vejez. En la tela de Durero *Cristo entre los doctores*, se ven dos rostros de viejos bastante hermosos y uno horrible. El más feo de los *Dos perceptores de impuestos*, de Van Reymer Swaete, es un hombre muy viejo. El realismo llega a la crueldad en el célebre cuadro de Ghirlandaio, *El viejo y el nieto*.[65]

El tema de la "vieja fea" se encuentra en algunos pintores. El bello estudio de Giorgione titulado *Col tempo* muestra a una mujer arruinada por la edad. La fealdad es con frecuencia llevada hasta la caricatura: Baldung pinta brujas descarnadas, marchitas, atroces, que parecen escapadas de poemas de Sigonio o de Marot. Quentin Metsys, que era amigo de Erasmo, pintó, dice uno de sus contemporáneos, "algunas monstruosas jetas seniles de hombres y de mujeres". La más célebre es *La duquesa fea*, grotescamente adornada, horriblemente descotada, de rostro bestial. Wengel Hollar pintó el mismo personaje en su cuadro titulado *El rey y la reina de Túnez*; el hombre no es guapo, pero llama poco la atención; la mujer es una réplica de *La duquesa fea*.

Los grandes artistas, más que dar testimonio sobre su tiempo, lo modelan. En los magníficos cuadros que pintó, siendo ya muy viejo, *Los regentes* y sobre todo *Las regentas*, Frans Elals, en la cima de su arte, no cae en la trivialidad; no exalta ni desprestigia la vejez: trata de captar la verdad de los rostros que presenta. Es también lo que ocurre con Leonardo, con Rembrandt, en cuyas obras la vejez ocupa un lugar importante. Leonardo llevo el estudio de sus rasgos hasta la caricatura; lo hizo a todas las edades. Pero dio una gran belleza a algunos de los que representó. Desde los 30 años, Rembrandt pinta viejos: una de las últimas obras es el admirable *Homero ciego*. No se preocupa de coincidir con su época; trata de expresar su propia visión.

---

65 Crueldad tanto más notable cuanto que el retrato fue pintado no directamente del modelo vivo, sino después de su muerte.

En la medida en que se aleja de las representaciones populares para convertirse en un conjunto de creaciones individuales, la iconografía pierde en gran parte su valor de testimonio; desde este punto de vista su interés desminuye en la medida en que aumenta el de la literatura. Ya no tendré oportunidad de referirme a ello.

Desde el antiguo Egipto hasta el Renacimiento, el tema de la vejez ha sido tratado casi siempre de manera estereotipada; las mismas comparaciones, los mismos adjetivos. Es el invierno de la vida. La blancura del pelo, de la barba, evocan la nieve, el hielo; hay una frialdad del blanco a la que se oponen el rojo —el fuego, el ardor— y el verde, color de las plantas, de la primavera, de la juventud. Estos estereotipos se perpetúan en parte porque el viejo sufre un destino biológico inmutable. Pero además, como no es agente de la Historia, el viejo no interesa, no vale la pena estudiarlo en su verdad. E incluso hay en la sociedad una consigna que es guardar silencio a su respecto. Lo exalte o lo rebaje, la literatura lo tapa con lugares comunes. Lo esconde en lugar de revelarlo. Con respecto a la juventud y a la madurez es considerado como una especie de esperpento: no es el hombre mismo sino su límite; está al margen de las condiciones humanas, uno no la reconoce, uno no se reconoce en él.[66]

Hay a comienzos del siglo XVII una brillante excepción: al escribir *El Rey Lear*, Shakespeare optó por encarnar en un anciano al hombre y su destino. ¿Por qué y cómo?

En sus *Sonetos*, Shakespeare denunció apasionadamente los estragos del tiempo. Compara la existencia humana con el desarrollo del año o el de un día, o con el de los dos al mismo tiempo: la vejez es una triste declinación.

66 Salvo en Villon, en Montaigne y en algunos otros, muy pocos.

Puedes contemplar en mí esa estación del año
en que las hojas amarillas, unas cuantas o tal vez ninguna,
penden de la ramas tiemblan bajo los vientos fríos,
coros desnudos y desolados, donde poco ha cantaban, gentiles
[ruiseñores.
Ves en mí el crepúsculo del día,
cuando se funde en el ocaso tras la puesta del sol,
y que extingue poco a poco la sombría noche.

★

Porque el tiempo, que no se detiene jamás.,
lleva el estío a odioso invierno y allí le aniquila;
con el hielo coagúlase la savia y caen en seguida las hojas
[alegres;
cubre la nieve la gala de los campos y la esterilidad reina por
[todas partes.

★

No permitas, pues, que la mano rugosa del invierno,
desflore en ti el estío sin destilar su savia.

★

¡Mira! En el Oriente, cuando la deslumbradora luz
levanta su brillante cabellera, los ojos humanos
rinden homenaje a su aspecto nuevamente aparecido...
...Pero cuando al llegar al cenit, con su carro fatigado,
como un viejo achacoso abandona lentamente el día,
los ojos, fieros hasta entonces, se desvían ahora
de su carrera declinante y miran a otro lado.

★

El Tiempo desfigura el florido conjunto de la juventud
y surca de paralelas la frente de la hermosura,
se nutre de los portentos de la fidelidad de la Naturaleza,
y nada subsiste sino para sucumbir al filo de su guadaña.
Y sin embargo mis versos vivirán en edades que aún son, una [esperanza,
elogiando tus prendas, a despecho de su mano cruel.

★

El cuchillo cruel del Tiempo destructor.

★

Cuando miro desfiguradas por la mano inexorable del Tiempo
las ricas y orgullosas suntuosidades de los monumentos de los [siglos sepultos.

★

A pesar de su sincera aspereza, estos versos aplican a la vejez los estereotipos clásicos: es el invierno, el crepúsculo donde quedarán sepultadas todas las riquezas de la juventud; sólo se puede luchar contra ella conquistando con el genio la inmortalidad.

Shakespeare mira a los viejos sin complacencia: "Muchos viejos tienen el aire de estar ya muertos; son pálidos, lentos, pesados e inertes como el plomo", escribe en *Romeo y Julieta.*[67] Y en *Como gustéis* traza de ellos una descripción cruel:

"La sexta edad nos lo transforma en el personaje del enjuto embaucado Pantalón, con sus anteojos sobre la nariz y su bolsa

67 Escrito en favor de los jóvenes contra los adultos de cualquier edad.

al lado. Las calzas de su juventud, que ha conservado cuidadosamente, serían un mundo de anchas para sus magras pantorrillas, y su fuerte voz viril, convertida de nuevo en atiplada de niño, emite ahora sonidos de caramillo y de silbato. En fin, la última escena de todas, la que termina esta extraña historia llena de acontecimientos, es la segunda infancia y el total olvido, sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada".[68]

En sus tragedias, ciertos ancianos tienen grandeza: Juan de Gante en *Ricardo II*, la extraordinaria Reina Margarita de *Ricardo III*. Pero se trata de personajes secundarios que representan, frente a un héroe en la fuerza de la edad, a la vieja generación.

El Rey Lear es la única gran obra, aparte de *Edipo en Colona*, donde el héroe es un viejo; la vejez no es concebida en estos casos como el límite de la condición humana, sino como su verdad; a partir de ella hay que comprender al hombre su aventura terrena.[69]

La leyenda, cuyo origen es muy antiguo, pertenece al folclore anglosajón. Ya he dicho por qué las costumbres de la Inglaterra medieval le valieron una gran popularidad. Shakespeare la tomó seguramente de una *chronicle play* llamada *Leir* que se representó en 1594. De la historia del rey de Paflagonia, en *La Arcadia*, de Sidney, tomó la historia paralela de Gloucester y de sus dos hijos. Pero, superando con mucho esos pretextos, expresó, a través del drama del viejo, todo el horror absurdo de nuestra existencia. Al comienzo del drama, Lear no está loco, pero en él la vejez misma se parece a la locura. Inadaptado a la realidad, decide atolondradamente compartir su reino entre sus hijas, y tiene la debilidad de exigirles declaraciones verba-

68 Escrita hacia 1599.

69 Los predicadores del siglo XV incorporaban la vejez a la vida humana, pero sólo para rebajar a esta última, y sin que el viejo sea tomado jamás como tema.

les, para medir su afecto. Habituado por su condición de rey a las alabanzas más exageradas, fácilmente embaucado por ese incienso, cree en las hermosas palabras de sus dos hijas mayores; limitado, terco, imperioso, se ofusca ante la actitud de Cordelia, que se niega a participar en ese juego senil, y la deshereda. Las dos hijas hipócritas lo juzgan con una cruel lucidez: "...así que debemos esperar de su edad no solamente las imperfecciones de antiguo inherentes a su condición, pero también la desarreglada aspereza de genio que los años de enfermedades y la irritación traen consigo", dice Gonerila.

Paralelamente, la ceguera de Gloucester, que se deja convencer a la ligera de que su amante hijo, Edgar, es un malvado y se fía del traidor Edmond, confirma que Shakespeare veía en la edad avanzada no sabiduría sino aberración. Lear es condenado, por la maldad de sus hijas, a errar, como Edipo vagabundo, en el seno de una naturaleza hostil: el viejo es un ser aparte, exiliado; Gloucester, a quien le han reventado los ojos, simboliza también —como Homero, como Edipo, como Belisario— esa ausencia que es el patrimonio de la vejez. Pero sobre todo Lear, con su mente extraviada, que lo ha perdido todo, es el que encarna el trágico desamparo del hombre. Al comienzo del drama se parece a todos los héroes shakesperianos a quienes una pasión porfiada —ambición, celos, resentimiento— impulsa a locas y funestas resoluciones. El autor lo pinta desde afuera con tanta severidad como a Macbeth o a Otelo; pero cuando su indigencia y su zozobra atroz han revelado a Lear la verdad de su condición, Shakespeare se proyecta en él, habla por su boca: "¿No es más que esto el hombre?... El hombre, sin las comodidades de la civilización, no es más que un pobre animal desnudo y ahorcado, como tú. ¡Fuera, fuera, prestados! Vamos, desabotonémonos aquí", exclama Lear arrancándose sus vestidos. Quiere destruir el orden antiguo que, sometiendo al hombre a la riqueza y a los honores, le disimula su humanidad; entrevé un orden nuevo en que el individuo volvería a empezar desde cero, en la desnudez de la infancia. Sólo que es

demasiado tarde. Se hunde en una demencia donde por instantes fulguran verdades; esas revelaciones que lo deslumbran no pueden servirle de nada; lo elevan por encima de sí mismo, pero ya no tiene tiempo de adecuar a ellas su vida. La Antigüedad, la Edad Media atribuían a los locos un carácter sagrado y una especie de videncia. Como la vejez confina a menudo con la locura, en ella suelen conciliarse las dos imágenes contradictorias que la tradición ha legado: el sabio venerable y el viejo loco. Así ocurre con Lear delirante e inspirado. El momento en que llega a lo sublime es también el momento en que se descompone. Por fin ve claro y le es devuelta Cordelia, pero lo que estrecha entre sus brazos es su cadáver. Y él mismo no tiene ya otra salida que la muerte. Kott[70] tiene razón cuando compara el drama con *Fin de partie*. Es la tragedia de la vejez en la medida en que nos descubre el no sentido de nuestra inútil pasión. Si el final de la existencia es esta impotencia extraviada, la vida entera se revela a su luz como una aventura miserable.

Muchas veces se ha preguntado qué razones había tenido Shakespeare para escribir *El Rey Lear*, es decir, para encarnar al hombre en un anciano. Quizá lo incitó la suerte trágica a que estaba reducida la vejez en las ciudades y el campo de Inglaterra. Bajo los Túdor, cuando el sistema de los "manors" se desmembró y el desempleo hizo estragos en las ciudades, la mendicidad se multiplicó aunque —salvo bajo Eduardo VI— estuviera prohibida. No queda excluido que la miseria de esos viejos, vagabundos —desposeídos, desprovistos de todo, extraviados— no le haya inspirado el personaje del viejo rey. Pero también debe señalarse que el héroe de Shakespeare no es —como el de Corneille o Racine— un hombre en activa persecución de fines que den un sentido a su existencia. Lo mueven ciegas pasiones que hacen de su vida "un cuento lleno de ruidos y de furor contado por un idiota". Este absurdo se

70 En *Shakespeare, notre contemporain*.

revela con particular brillo si se adopta sobre la humanidad el punto de vista del viejo, separado del futuro, reducido a la pura pasividad de su estar ahí. Es normal que Shakespeare, después de haber mostrado al hombre esclavo de la ambición, de los celos, del resentimiento, haya elegido pintarlo aplastado por la fatalidad de la edad. Al individuo empeñado en alguna empresa le repugna reconocer el aspecto sombrío de nuestra condición ambivalente; así, entre los grandes dramas de Shakespeare, *El Rey Lear* ha sido en general el peor acogido y el peor entendido.

En el siglo XVII los jóvenes conservan la realidad del poder. Entre los soberanos la única excepción es Luis XIV que, de edad ya y manejado por la Vieja Mme. de Maintenon, participó todavía activamente en el gobierno. A partir del Concilio de Trento, los papas también fueron por lo general viejos. La Iglesia se había estabilizado; contra las fuerzas descentralizadoras, la Santa Sede se identifica en adelante con la Iglesia. Extiende su influencia gracias a las órdenes religiosas, en particular los jesuitas, los teólogos, a la red de nunciaturas que favorecen las facilidades brindadas por los cargos regulares. La Contrarreforma dotó a los papas de un gran prestigio y se les exigieron costumbres austeras; la edad contribuía a conferirles un carácter sagrado, dándose por sentado que les ayudaría a practicar la virtud. Se confiaba también en el carácter conservador de los viejos. De un joven papa de 40 años se pueden tener iniciativas molestas; elegido a los 70 o 75 años se da por sentado —a veces equivocadamente— que se mantendrá conforme al personaje que se ha elegido con conocimiento de causa y que no se apartará de los senderos trazados. De los doce pontífices que se sucedieron después del Concilio, se eligieron dos de 53 y 55 años, tres de 60, dos de 64, cuatro de 70, uno de 77. Posteriormente, los papas y los miembros del Sacro Colegio han sido casi siempre muy viejos.

En Francia, el siglo XVII fue muy duro con los viejos. La sociedad era autoritaria, absolutista. Los adultos que la regían no concedían lugar a los individuos que no pertenecieran a la misma categoría que ellos: viejos y niños. El promedio de vida era de 20 a 25 años. La mitad de los niños moría antes del año; la mayoría de los adultos entre 30 y 40. La decadencia era rápida a causa de la dureza del trabajo, la subalimentación, la mala higiene. Las campesinas de 30 años eran viejas arrugadas y encogidas. Incluso los reyes, los nobles, los burgueses morían entre los 48 y los 56 años. Se entraba en la vida pública a los 17 o 18 años; las promociones eran precoces. Los cuadragenarios eran considerados vejancones. Los contemporáneos descartaron la idea de que Mme. de La Fayette pudiera tener relaciones con La Rochefoucauld porque ella tenía 36 años y él 50.[71] A los 50 años ya no había cabida para el individuo en la sociedad. Era demasiado fatigoso seguir a la corte en sus viajes, desplazarse de una ciudad a otra, participar en los deportes. El quincuagenario se retiraba a sus tierras o entraba en las órdenes religiosas. Se respetaba al hombre opulento, al propietario, al jefe, al dignatario, no a la edad como tal. La memoria, la experiencia podían conferir valor a ciertos individuos de edad: "Un viejo que ha vivido en la corte, que tiene gran sentido y una memoria fiel, es un tesoro inestimable", escribe La Bruyère. Pero en sí misma la vejez no inspiraba ninguna consideración.

Entre los campesinos y los artesanos, el sistema de mantenimiento familiar persistía. La Iglesia socorría a los necesitados. Pero sus auxilios eran muy insuficientes, dada la dureza de la

71 Sin embargo, Ninon de Lenclos tuvo amantes hasta los 55 años (no hasta los 80, como lo pretende la leyenda). El duque de Bouillon tenía 66 años cuando en 1611 nació su hijo Turenne. M. de Senneterre tenía 80 años cuando se casó, en 1655; el mariscal d'Estrées, 96 cuando se casó hacia 1663, los dos con mujeres jóvenes. A los 70 años Mme. de Maintenon se quejaba a su confesor de verse obligada a tener todavía frecuentes relaciones con el viejo rey.

vida: hambrunas, explotación de los campesinos por los señores, de los obreros por los grandes patrones.

La condición de los niños, como la de los ancianos, era muy dura. Durante el Renacimiento habían despertado enteres; se trataba de preservarlos de la corrupción del mundo adulto. Pero la vida era demasiado difícil como para que fueran objeto de muchos cuidados. En el siglo XVII los niños estaban separados de la sociedad y eran educados con severidad. Hasta los 20 años se azotaba a los pajes y a los escolares sin distinción de clase; la infancia entera quedaba rebajada a la categoría de las capas más bajas de la población. La literatura lo ignoró. La Fontaine observa: "Esa edad no tiene piedad". La Bruyère pinta a los niños como pequeños monstruos y concluye: "No quieren soportar el mal y les gusta hacerlo". Bossuet llega a decir: "La infancia es la vida de una bestia". Ningún otro autor alude a los niños. Al crecer, siguen soportando la autoridad del padre; en la Edad Media escapaban a ella a los 14 años. En los siglos XVI y XVII la mayoría se fija a los 21 años. A partir de 1557 el hijo necesita el consentimiento del padre para casarse, mientras que antes podía decidirlo libremente. En el siglo XVII el padre tiene el derecho de desheredarlo en beneficio de un tercero, cosa hasta entonces imposible.

A comienzos del siglo XVII la tradición misógina inspira todavía imprecaciones contra las mujeres viejas. En el poeta y novelista español Quevedo son particularmente violentas. La humanidad entera está descripta bajo formas grotescas por este satírico aristocrático y católico.[72] Todos sus personajes son peleles inanimados, monstruosos por momentos —muy rara vez—

72 Es sabido con qué colores repulsivos el catolicismo español se ha complacido en pintar la condición humana; en Quevedo se encuentra la inspiración que en ciertos cuadros que representan cadáveres comidos por los gusanos.

por su inhumana belleza, y en general por su fealdad. Quevedo se complace en pintar su degradación orgánica que los pone por debajo de los animales. Su asco apunta, entre otros, a las mujeres. De joven es a sus ojos "un sabroso demonio", y aunque sea bella no le tiene miramientos, pues la feminidad en sí es a sus ojos repugnante. A las feas las compara con la muerte. Pero las viejas son las que le obsesionan. Las abruma de años: "Tiene seis mil años más que los quinqués, y para contar su edad de un extremo al otro, el número puede llegar a las unidades de mil. Es horrible, arrugada, innoble; con su boca 'desempedrada' agujeros a guisa de muelas, la nariz que se junta con el mentón; su aliento es fétido; es un saco de huesos, la muerte en persona. Las arrugas de la frente son huellas del paso del tiempo y trazas de su paso". Sin embargo —y es un tema que se repite muy a menudo en Quevedo— se obstina contra toda evidencia en pretender que es joven. "Gorjeas con tus mandíbulas bisabuelas y llamas pañales a tus faldas". Ataca en particular a las brujas, a las gobernantas y sobre todo a las dueñas en quienes se encarna la esencia misma de la vejez: "La nariz conversa con el mentón y está tan próxima a juntarse con él que juntos forman garras". Destinadas a proteger a las doncellas, las pervierten. Después de él, durante más de dos siglos la literatura española explotará el tema de la dueña alcahueta.

En Francia, al margen del clasicismo se desarrolla a comienzos del siglo una literatura que cultiva el grotesco, el burlesco y se complace en las evocaciones de la fealdad. Esto es muy notable en Saint-Amant, que ve en la mujer vieja una imagen viviente de la muerte". Se divierte en acumular sobre sus espaldas el peso de los años: "Vos habéis acunado en otro tiempo al abuelo de Melusina".[73] Describe también a una vieja, prostituta:

---

73 Cf. Marcial, p. 133. Y también Sigonio: "Habláis más viejo que Amadís".

Perrette à lamine de plâtre
De qui la gueule sent plus fort
Que ne fait quelque vieil emplâtre.[74]

Mathurin Régnier pinta también en su *Marette*, que tuvo gran éxito; a una vieja alcahueta convertida en beatona. Además; trazó tres retratos de viejas, atrozmente esqueléticas. En Théophile de Viau, la vieja es gorda y retacota pero no sale ganando nada:

Le menton, qui pend sous un autre,
Dessus le sein flac vous descend;
Ce sein sur le ventre vous pend
Et dessus le s genoux le Ventre.[75]

Como se ve, a la retórica petrarquizante ha sucedido una anterretórica no menos convencional que decae en la primera mitad del siglo. Un solo poeta defiende la vejez de las mujeres: Maynard. Él también evoca al pasar a una vieja horrible que exhala de su "boca desdentada un olor infecto que haría estornudar a los gatos".[76] Pero es el autor de un hermoso poema, *Oda a una hermosa vieja*, donde canta las gracias de la vejez. Asegura a la amada que le es tan cara con su pelo gris como antes con su pelo dorado:

74 Perrette cara de yeso / Cuyas fauces huelen más fuerte / Que un viejo emplasto.

75 El mentón que cuelga debajo de otro, / Sobre el seno fláccido os baja; / Ese seno sobre el vientre os cuelga / Y encima de las rodillas el vientre.

76 Se observa desde la Antigüedad hasta los siglos XVI y XVII la persistencia de este estereotipo: los viejos hieden, sobre todo las mujeres. No responde a la realidad, si se tiene en cuenta que los individuos a que se refieren pertenecen a la clase acomodada. Se trata de una pura machaconería retórica.

La beauté qui te suit depuis ton premier âge
Au déclin de tes jours ne veut pas te laisser.[77]

En literatura es una nota absolutamente nueva que no tendrá eco.

La vejez de los hombres se presta menos a los sarcasmos. Sin embargo, la descripción que hace Rotrou, en *La Soeur*, de un hombre de 50 años es poco indulgente:

Il n'est dans la nature homme qui ne le juge
Du siécle de Saturne ou du temps du Déluge.
Des trois pieds dont il marche il en a deux goutteiix
Qui jus qu'á chaque pas trébuchent de vieillesse
Et qu'il faut retenir ou relever sans cesse.[78]

De todos modos, la literatura de la época concede al vicio un valor mucho mayor que en los siglos precedentes. Corneille creó con Don Diego y Horacio imponentes figuras de ancianos. La actualidad le movió a retomar el tema que según el *Romancero* había tratado Guillén de Castro. El Estado no estaba todavía consolidado. Subsistía una ética individualista y feudal. Los lazos del vasallaje todavía no se habían roto; los grandes tenían aún sus numerosas clientelas; eran servidos por familias cuyos deberes hacia el señor estaban por encima de la obediencia debida al rey. Lo que deseaba Corneille era un equilibrio entre la realeza y la aristocracia; quería conciliar el respeto a la ley, que encarna el monarca, con los antiguos valores de la generosidad y del coraje. Como en el *Romancero* y en Guillén

---

77 La belleza que te sigue desde tu primera edad / Al declinar tus días no quiere abandonarte.

78 No hay en la naturaleza hombre que no lo juzgue / Del siglo de Saturno o del tiempo del Diluvio. / De los tres pies con que camina tiene dos gotosos / Que a cada paso tropiezan de vejez / Y que hay que retener o levantar sin pausa.

de Castro, un conflicto de generaciones es el que desencadena el drama, que aquí tiene un aspecto doble. El Conde, hombre en la fuerza de la edad, opone su eficacia actual al pasado de Don Diego, en adelante abolido. "Si habéis sido valiente, yo lo soy ahora". Cabe señalar que no tiene absolutamente en cuenta las antiguas hazañas de Don Diego: no siente ningún respeto por la vejez. Que el pasado ya se haya cumplido y el presente sea soberano es lo que Don Diego no puede soportar:

N'ai-je donc tant vécu que pour cette infamie?
Et me suis-je blanchi dans les travaux guerriers
Que pour voir en un jour *flétrir tant de lauriers?*[79]

La vejez, que debería ser la apoteosis de una vida de leales amenaza con arruinar toda su gloria con el débil que acarrea. El único recurso es el hijo, idéntico al padre en la medida en que en él también se encarna la estirpe. A pesar de la pausa de las *Stances*, Rodrigo ratifica de inmediato esa identificación: vengará el honor de su padre, el de los antepasados, el suyo. Pero si la moral feudal encarnada en su padre se le impone de inmediato, Rodrigo habla rudamente a Don Diego en calidad de individuo: "¿Su nombre? Es perder el tiempo en palabras superfluas". Ni en el hombre maduro ni en el joven se encuentra deferencia por la vejez como tal. Al vengar a su padre, Rodrigo lo suplanta. El vencedor de los moros, el sostén del reino, el héroe, es él. El rey lo proclama:

Rodrigue maintenant est notre unique appui,
Le soutien de Castille et la terreur du More.[80]

---

79 ¿Habré vivido tanto sólo para esta infamia? / ¿Y me he ilustrado en los trabajos guerreros / Para ver *en un día* tantos laureles?

80 Rodrigo es ahora nuestro único apoyo, / El sostén de Castilla y el terror del moro.

Pero, si bien ha perdido su estatuto de hombre "activo", Don Diego desempeña un importante papel. Es para su hijo un sabio consejero. Él es quien disuade a Rodrigo de abandonarse a la desesperación y lo envía a luchar contra los moros para reconquistar el favor real. Él es quien obtiene del rey que antes de castigar a Rodrigo se tome tiempo para reflexionar, gracias a lo cual el Cid puede cubrirse de gloria. Por fin, Rodrigo y Jimena, después de haber cumplido su deber con su estirpe, se inclinan ante el rey. Corneille realiza imaginariamente su sueño: nobleza y realeza se reconcilian gracias a la intercesión de un viejo aristócrata.

El viejo Horacio desempeña también el papel de intercesor. Es el guardián del orden romano, como Don Diego el del orden feudal. La gran diferencia reside en que en este orden no cabe el individualismo; cuando la tragedia empieza, el traspaso de los poderes se ha operado sin tropiezos, de conformidad con las instituciones, y no tiene nada de humillante para el padre el quedar excluido del combate mientras sus hijos van a arriesgar sus vidas. Acepta serenamente que el sentido, el honor de su vida ya no esté en sus manos sino en las de sus descendientes. Sin embargo, si sus hijos traicionan a Roma, lo sufre tanto por Roma como por cuenta propia: se siente personalmente concernido. Y en realidad, no hay distancia entre la ciudad y él, pues encarna los valores romanos, lo que le da un carácter casi sagrado. Ese prestigio casi sobrenatural es el que le permite obtener que su hijo no sea castigado por el crimen de Camila; la justicia que reclama es la justicia absoluta, ante la cual se inclina el legislador profano.

Corneille no sólo ha "reconocido —por lo menos idealmente— un lugar importante al viejo en la sociedad, sino que ha reivindicado para el individuo que envejece el derecho al amor; a ese respecto, como se ha visto, el siglo era vacilante. Corneille tenía más de 50 años, edad avanzada para su tiempo, cuando se enamoró de la Du Parc, a quien dedicó varios poemas célebres:

Je sais mes cheveux gris, je sais que les années
Laissent peu de mérite aux âmes les mieux nées
...Que si dans mes beaux jours je parus supportable
J'ai trop longtemps aimé pour être encore aimable
Et que d'un front ridé les replis jaunissants
Mêlent un triste charme aux plus dignes encens.[81]

★

Marquise, si mon visage
A quelques traits un peu vieux
Souvenez-vous qu'à mon âge,
Vous ne vaudrez guère mieux.

Le temps aux plus belles coses
Se plaît à faire un affront
Et saura faner vis roses
Comme il a ride mon front.

....

Chez cette race nouvelle
Où j'aurai quelque crédit
Vous ne passerez pour belle
Qu'autant que je l'aurai dit.[82]

---

81 Sé que mi pelo es gris, sé que los años / Poco mérito dejan a las almas mejor nacidas / Que si en mis buenas épocas parecí tolerable / He amado demasiado tiempo para seguir siendo amable / Y que de una frente arrugada, los pliegues amarillentos / Mezclan un triste encanto a los inciensos más dignos.

82 Marquesa, si mi rostro / Tiene algunos rasgos un poco envejecidos / Recordad que a mi edad / No seréis mucho mejor. / El tiempo a las cosas más bellas / Se complace en afrentar / Y sabrá marchitar vuestras rosas / Como ha arrugado mi frente. / Para esa raza nueva / Donde tendré cierto crédito / No pasaréis por bella / Sino porque yo lo haya dicho.

Son conocidos también estos versos publicados después de la muerte de la Du Parc:

Je suis vieux, belle Isis, c'est un mal incurable;
De jour en jour il croît, d'heure en heure il accable;
La mort seule en guérit; mais si de jour en jour
Il me rend plus mal propre à grossir votre cour
Je tire enfin ce fruit de ma décrépitude
Que je vous vois sans trouble et sans inquietude.[83]

En Sertorius pintó los tormentos de un viejo enamorado.

Describe el desgaste físico de su héroe, sus cabellos grises que coronan "de una frente arrugada los pliegues amarillentos".[84]

Es un enamorado tímido y tembloroso:

A mon âge, il sied sí mal d'aimer
Que je le cache même à qui m'a su charmer.[85]

En *Pulchérie*, a los 66 años, Corneille analiza los sentimientos de un anciano enamorado. Como Sertorius, Martian se reprocha el experimentarlos:

L'amour en mes pareils n'est jamais excusable
Pour peu qu'on s'examine, on s'en tient méprisable;
On s'en hait; et ce mal qu'on n'ose découvrir
Fait encore plus de peine à cacher qu'à, souffrir.

---

83 Soy viejo, bella Isis, es un mal incurable; / De día en día crece; de hora en hora abruma; / Sólo la muerte lo cura; pero si de día en día / Me hace más inepto para engrosar vuestra corte / Obtengo al fin este fruto de mi decrepitud / Veros sin turbación y sin inquietud.

84 El verso es idéntico a uno de los del poema dedicado a la Du Parc.

85 A mi edad, amar sienta tan mal / Que lo escondo incluso a quien ha sabido encantarme.

Pour ne prétendre rien on n'est moins jaloux
...Que le moindre retour à nos jeunes années
Jette alors d'amertume en nos âmes gênées!
...Le souvenir en tue on ne l'envisage
qu'avec, il faut le dire, une espèce de rage
...Mon âme, de feu nonchalamment saisie
Ne l'a point reconnu que par jalousie
...Que supplice d'aimer un objet adorable
Et de tant de rivaux se voir le moins aimable.[86]

Leal, discreto, Martian oculta su amor a la emperatriz y la insta a casarse con otro. Ella es la que al final le propone un casamiento blanco. Muchos viejos gentileshombres se reconocieron en ese personaje donde, según Fontenelle, Corneille se había pintado a sí mismo. El mariscal poeta: hasta entonces nunca había aparecido en escena un amante que fuera un anciano, estaba contento de que Corneille lo hubiera hecho y si era cierto que había servido de modelo, se congratulaba. La indulgencia de Corneille con los viejos se explica por su concepción optimista de la sociedad: antiburgués, a pesar de sus orígenes, admira la alianza, que espera durable, entre el Estado y la nobleza.[87]

---

86 El amor en mis semejantes jamás es excusable / Por poco que uno se mire, se encuentra despreciable; / Uno se odia; y ese mal que no se atreve a descubrir / Cuesta más esconderlo que soportarlo. / No por no pretender nada se es menos celoso / ...El menor retorno a nuestros años mozos / ¡Cuánta amargura pone en nuestras almas embarazadas! / ...Su recuerdo mata y no se piensa en él / Es preciso decirlo, sin una especie de rabia / ...Mi alma, de ardor indolente presa / Lo reconoció sólo por mis celos. / ...Qué suplicio el de amar un objeto adorable / Y entre tantos rivales verse el menos amable.

87 Por la misma época Racine escribe *Mithridate*. El viejo rey quiere imponer por la fuerza el casamiento a la mujer que ama y que no le corresponde. Pero Racine no lo pinta tanto como viejo, sino mucho más como déspota, y

Se encuentra un punto de vista análogo en Saint-Évremond, que admiraba a Corneille y compartía muchas de sus ideas. Exiliado en Londres al final de su vida, de resultas de un duro ataque contra Mazarino, llevó una vejez tranquila, leyendo, escribiendo, y sobre todo entregado a los placeres de la conversación que para él estaban por encima de todos los demás. Discípulo de Montaigne, tampoco creía que la edad diera la sabiduría: "He perdido todos los sentimientos del vicio sin saber si debo ese cambio a la debilidad de un cuerpo abatido o a la moderación de un espíritu que se ha vuelto más sabio de lo que era antes. A la edad que tengo, es difícil saber si las pasiones que ya no se sienten están apagadas o dominadas".

Siempre había creído, con Epicuro, que la felicidad consiste esencialmente en no ser desdichado; como se sentía bien, gustaba de esa ataraxia y se conformaba con ella. Pensaba, sin embargo, que la edad tiene sus tristezas. A Ninon de Lenclos, con la que mantuvo una larga correspondencia afectuosa, le escribió que ya no esperaba volver a verla y que lo lamentaba: "Lo que encuentro más fastidioso a mi edad es que la esperanza se ha perdido, la esperanza que es la más dulce de las pasiones y la que más contribuye a hacernos vivir agradablemente". La amistad siempre había contado mucho para Saint-Évremond y no la distinguía del amor; para él, el amor debía estar regido por el espíritu, es decir, fundado en la estima; entonces no se convierte en una pasión y no hace sufrir. Es sentimiento del que se puede estar orgulloso, incluso a una edad avanzada. Afirma que un anciano tiene el derecho de amar, a condición, como Martian, de no pretender que le correspondan. A los 80 años amaba tiernamente a la duquesa de Mazarino, que era para él una excelente amiga. Cuando ésta murió, se enamoró con la misma discreción de la marquesa de La Perrine. "Usted se asombra equivo-

no nos informa en absoluto sobre la sensibilidad del siglo en lo que se refiere a la cuestión que aquí nos interesa.

cadamente de que los viejos sigan amando —escribe—, pues lo ridículo no es dejarse conmover sino pretender imbécilmente que se puede agradar... El placer más grande que les queda a los viejos es el de vivir; y nada les da tanto la certeza de la vida como sus amores... Amo luego soy es una consecuencia muy viva, muy animada, por la cual se recuerdan los deseos de la juventud hasta imaginar a veces que se es joven todavía". En su tratado sobre la amistad, aprueba los casamientos tardíos de M. de Senneterre y del mariscal d'Estrées. El mismo Salomón, dice, les ha servido de ejemplo. Cree incluso que se está más inclinado al amor a una edad avanzada que antes. Escribe en 1663:[88] "Apenas empezamos a envejecer empezamos a desagradarnos, con un disgusto que se forma secretamente en nosotros hacia nosotros mismos. Entonces nuestra alma vacía de amor propio se llena fácilmente con el que nos inspiran". A su juicio, el viejo estaría, pues, afectado en su narcisismo —idea nueva e interesante— y por lo tanto indefenso ante un ser seductor.[89]

Como se ve, la imagen del viejo se vuelve más útil que antes. Sigue siendo un hombre y ningún sentimiento humano le está vedado. En Corneille y Saint-Évremond, el amor de que se trata es platónico. Por lo tanto está autorizado por ese código amatorio que se había elaborado más o menos explícitamente en los saloncitos íntimos, para distinguir a los aristócratas de los burgueses. Conmueve en la princesa de Clèves, una mujer casada constreñida a la fidelidad; ¿por qué habría de escandalizar en un hombre de edad? Y la sensibilidad del siglo es todavía más complaciente puesto que, si bien algunos lo critican, otros felicitan a los octogenarios que se casan.

Con Molière recaemos en la convención; la vejez es un tema que ha tratado sin ninguna originalidad, siguiendo a los autores antiguos y latinos. Tomó de ellos el personaje del an-

88 Tenía 49 años.

89 Discutiremos esta idea más adelante.

ciano desconfiado pero tonto, avaro pero crédulo, gruñón pero pusilánime. Es un objeto de irrisión y, lejos de darse cuenta de ello, tiene grandes pretensiones. Molière es más severo con la vejez que Terencio e incluso Plauto. Sólo se encuentra en él un viejo simpático. En *L'École des maris*, inspirada en las *Adelfas*, Sganarelle, seguramente cuadragenario, es un vejete celoso y tiránico; pero Ariste, su hermano, veinte años menor, es liberal, juicioso, pulcro sin excesiva coquetería. Enamora a la mujer con quien desea casarse mientras que Sganarelle es embaucado por la que corteja. Hay que rectificar de paso un error corriente: no es cierto que todos los vejetes de Molière sean cuadragenarios. Arnolphe tiene, en efecto, 43 años. Pero en *Le Mariage forcé*, Sganarelle —que pretende ridículamente el amor de una muchacha y es castigado— tiene 53. Géronte, de las *Fourberies*, es muy viejo. Harpagón tiene más de 60 años. Más odioso que el héroe de la *Aulularia*, no sólo ama su dinero sino que es también un padre tiránico y abusivo, un enamorado ridículo. La querella de los padres y los hijos que Molière lleva a la escena, ¿correspondía a una realidad? Como se trata de imitación más bien que de invención, no se puede ver a ese respecto en sus piezas un testimonio sobre las costumbres de la época.

Para tratar de combatir la atroz miseria que devastaba a Inglaterra, Isabel, al comienzo de su reinado, hacia 1603, creó la "ley de los pobres", en virtud de la cual el gobierno se hacía responsable de los indigentes, por intermedio de las parroquias. Se impusieron impuestos a los habitantes para obtener los fondos necesarios. Aquellos a quienes se consideraba capaces de trabajar eran explotados en las *work-houses*;[90] los niños eran al-

90 La palabra no hizo su aparición hasta 1652, pero la cosa nació con la ley de los pobres.

quilados a campesinos o a artesanos; los impotentes, los viejos eran recogidos en los asilos. El trabajo en las *work-houses* era extremadamente duro. Y las parroquias sólo socorrían a los indigentes que pertenecían a la comunidad; no se ocupaban de los recién llegados, y todavía menos de los vagabundos, entonces extremadamente numerosos.

Durante los primeros cuarenta años del siglo XVII, diversas instituciones de caridad trataron de paliar esta dureza; se fundaron asilos, hospitales. La religión predicaba entonces el respeto a la pobreza y exigía que los ricos dieran limosna. Pero cuando los puritanos asumieron el poder se produjo a este respecto una revolución ideológica. Eran pequeños propietarios, artesanos y sobre todo comerciantes. Éstos habían luchado contra los monopolios concedidos por el rey, que los ahogaban; reclamaban libertad de comercio y estimaban que sólo la república podría imponerla. Mientras que Francia, dotada de una burocracia eficaz, supo asociar a la burguesía con el gobierno sin que éste se conmoviera, en Inglaterra, donde la administración era deficiente, estalló un conflicto entre la burguesía vejada y la realeza, en el que ésta fue vencida. Las clases medias se propusieron levantar la economía, pues Inglaterra era en este plano muy inferior a Holanda. El puritanismo hizo un esfuerzo por adaptar el cristianismo a una sociedad industrial y comercial dominada por el espíritu de competencia. Subrayó esencialmente el precepto: "El que no trabaja, no come". Todos los predicadores insistieron en el deber de trabajar, pues los burgueses estimaban que la pereza y la embriaguez eran las que frenaban el progreso: "No hay peor condición que la del perezoso —escribía en 1632 Elizabeth Jocelyne—. Dios lo considera un zángano inútil, incapaz de servirlo; y por su extrema pobreza el mundo lo condena". Las virtudes religiosas y morales más elevadas consistían en hacer buenos negocios. La mejor manera de rezar era trabajar; el trabajo era una especie de sacramento y el lucro la señal de una elección divina. Se tachó a los pobres de imprevisión y de pereza; hubo una negativa

a alentar estos vicios. La mendicidad fue condenada por inmoral. En lugar de limosna, se practicó el préstamo por interés.

Los viejos necesitados padecieron. Por el contrario, en la burguesía la vejez se valorizó. Como se ha visto, en la Edad Media la familia como tal no fue idealizada; en cambio lo fue en las clases medias, de las que salieron los puritanos. El abuelo era su símbolo y su encarnación; fue respetado. Ya en el siglo XVI los padres exigían de sus hijos una estricta obediencia; el casamiento les era impuesto; se llegó a casar a un niño de 5 años con una niña de 3. En el teatro isabelino, se veía luchar a los jóvenes por la libertad de la elección matrimonial. Entre los puritanos de esa época, el principio de autoridad se afirmó más explícita y rigurosamente que nunca. En 1606 la convención anglicana adoptó la idea de un francés, Bodin, cuya obra acababa de traducirse: los padres deben tener derecho de vida y de muerte sobre sus hijos. El soberano debe ser un padre para sus súbditos, afirmaban los puritanos, y el jefe de familia debe tener sobre ésta poderes soberanos. Hubo numerosos sermones sobre el gobierno de la casa y la autoridad que debía reconocerse a las gentes de edad. Liberados de las pasiones —por lo menos eso se pretendía—, éstos practicaban por así decir naturalmente el ascetismo al cual los puritanos querían que se conformara la vida; eran un ejemplo que imitar. Y puesto que todo logro es signo de bendición divina, la longevidad parecía una prueba de virtud. Por todas esas razones los ancianos eran venerados entre los puritanos. Cuando llegaron al poder trataron de imponer su moral a todo el país. Hicieron cerrar los teatros, que eran a sus ojos lugares de perdición.

La Restauración reaccionó violentamente contra ellos. Fue un acontecimiento cuando volvió a abrir los teatros donde por primera vez los papeles de mujer fueron representados por actrices. Los autores que durante treinta años escribieron sobre la escena, los espectadores que los aplaudían pertenecían a un grupo de gentileshombres muy restringido. Esos aristócratas hollaron los valores burgueses que habían exaltado los purita-

nos. Su teatro duro, cínico, se burló de la virtud en todas sus formas. En particular, se desencadenó contra la vejez.

En las piezas isabelinas los jóvenes luchaban por su libertad, pero las gentes de edad eran descriptas con una mezcla de simpatía e ironía. A fines del siglo XVII pulularon las comedias que ilustraban el conflicto de las generaciones. Una de las más significativas es *Love for love*,[91] de Congreve. Los enamorados, Valentín y Angélica, tienen uno por padre, la otra por tío, a viejos odiosos y ridículos. Foresight[92] es "analfabeto, malhumorado, supersticioso, pretende entender la astrología, la quiromancia", y profetiza sin cesar con pedantería. Su joven mujer lo engaña. Su sobrino le dice groseramente lo que piensa y lo pone en ridículo. En cuanto a Sampson, es un padre desnaturalizado. Para castigar a Valentín por sus prodigalidades quiere obligarlo a ceder su herencia a su hermano menor Ben, un marino que acaba de volver al hogar; sólo con esta condición pagará las deudas del mayor. Valentín se ve obligado a ceder, pues sus deudas son urgentes y debe pagarlas si quiere casarse con Angélica. Sin embargo, enfrenta a su padre en una escena violenta en que le reprocha su avaricia, la dureza de su corazón. El padre le habla con una increíble arrogancia: "¿No puedo hacer lo que quiero? ¿No sois mi esclavo? ¿No os he engendrado? ¿Habéis venido voluntariamente al mundo? ¿No he sido yo quien, con la legal autoridad de un padre, os he hecho entrar?". Para colmo, pretende casarse con Angélica. Ella finge aceptarlo y se las arregla hábilmente para hacer pagar al padre las deudas del hijo sin que éste renuncie a la herencia. Entonces se le ríe en las narices: "Nunca he cesado de amar a vuestro hijo y de detestar vuestra naturaleza rencorosa... Tenéis aún más defectos que él virtudes; y por grande que sea mi alegría ante la idea de vivir feliz a su lado, siento casi otra

91 Amor por amor.
92 "El que ve el futuro."

tanta por haberos castigado". Valentín le hace eco: se regocija patentemente de la derrota de su padre. Este esquema se encuentra en muchas otras piezas. El joven, cuya superioridad se afirma durante los cuatro primeros actos, triunfa en el quinto. La hostilidad tradicional contra la "edad apesadumbrada" alcanza una violencia hasta entonces desconocida. Hijos e hijas claman su rebeldía. Niegan todos los valores morales y sociales impuestos por los puritanos.

En el siglo XVIII, en toda Europa la población aumenta y se rejuvenece gracias a una higiene mejor. Una encuesta hecha en Villeneuve-de-Rivière, en los Comminges, muestra que después de 1745 la mortalidad de los jóvenes, que era de 15 a 20 individuos por año, bajó a 3 o 4. Al mismo tiempo, el mejoramiento de las condiciones materiales favoreció la longevidad. Muy raros antes de 1749, los hombres de 80 años y aun los centenarios se multiplicaron. Pero ese progreso sólo se manifiesta en las clases privilegiadas. En 1754, un autor inglés observa, hablando de los campesinos franceses: "Es una especie de hombres que comienza a decaer antes de los 40 años, por falta de un descanso proporcionado a sus fatigas". En 1793 un inglés que viaja por Europa escribe: "A pesar de las enfermedades que les causan los excesos de la buena mesa, la falta de actividad y el vicio, viven[93] diez años más que los hombres de una clase inferior, porque éstos están gastados antes de la edad por el trabajo, la miseria, la fatiga y porque su pobreza le impide preocuparse lo que necesitan para su subsistencia".

En la medida en que los explotados lograban sobrevivir hasta una edad avanzada, su vejez los condenaba a la indigencia. Desde el siglo XIV habían aparecido en Europa central

93 Los ricos.

unas sociedades mutuales de previsión. En Francia tuvieron una existencia clandestina y difícil. La ley Le Chapelier las prohibió, como a todas las agrupaciones profesionales. Sus medios eran de todos modos insuficientes; el viejo que no era mantenido por su familia sólo podía contar con los auxilios que le dispensaba la Iglesia.

En Inglaterra se habían desarrollado las mutuales. En la segunda mitad del siglo XVIII, la corriente sentimental que influyó en todo el pensamiento europeo hizo que la opinión se conmoviera ante la miseria. Se comprendió que la responsabilidad de ésta incumbía a la sociedad y no al propio indigente. La ley de 1782 dio a las parroquias la facultad de agruparse en uniones para percibir y emplear el impuesto a los pobres. El Estado parecía reconocer que todo hombre tiene derecho a la existencia.[94] Es lo que afirmaron en 1785 los magistrados reunidos en Speehamland: si un hombre no puede ganarse la vida trabajando, la sociedad debe garantizar su subsistencia. La asistencia pública fue reformada en ese sentido, y la miseria de los inválidos, de los ancianos, se atenuó un poco. Además, se multiplicaron las coaliciones obreras para luchar contra los patrones, pero también para asegurarse mutuamente contra el desempleo y la enfermedad.

En las clases privilegiadas los hombres de edad se beneficiaron del suavizamiento general de las costumbres. Gracias a los progresos técnicos, la vida material se hizo, en Francia y en toda Europa, más confortable y menos fatigosa; viajar, por ejemplo, ya no era una prueba tan penosa. La vida social, más compleja, exigía cualidades de inteligencia, experiencia y menos esfuerzo físico; así, el mariscal de Saxe ganó Fontenoy a pesar de tener gota. El tiempo de la vida activa se alargó. Los sexagenarios intervenían en la vida social, iban al teatro.

94 Lo que no impide en esa época la atroz explotación de los niños en las fábricas y los talleres.

frecuentaban los salones. Como en el siglo anterior, una buena memoria hacía apreciable su trato. Fontenelle tenía más de 90 años cuando los jóvenes escuchaban sus relatos con estupefacción. Cuando decía: "Estaba yo en casa de Mme. de La Fayette; vi entrar a Mme. de Sévigné", era como hablar con un fantasma, causaba maravilla. Nadie se asombraba demasiado cuando hombres de edad se casaban con mujeres mucho más jóvenes que ellos, como le sucedió a Marmontel, a Marivaux. La burguesía en ascenso creó una ideología que valorizó la vejez.

En Inglaterra, sobre todo, el progreso de las técnicas entrañó el desarrollo de la industria, las finanzas, el comercio. La nueva clase, rica, poderosa, tomó orgullosa conciencia de sí misma y se forjó la moral que le convenía. En Londres, desde fines del siglo XVII, se multiplicaron las sociedades, las asambleas, los cafés —más de tres mil— donde se forjaba, a través de las conversaciones, la figura del hombre nuevo. Puede considerarse que Steele y Addison fueron sus padrinos. El *Tatler* y sobre todo el *Spectator* se dedicaban a reformar al hombre de otro tiempo, a promover un tipo inédito que se encarna sobre todo en el comerciante; éste es el amigo del género humano, el aventurero y el héroe del siglo; pero es un héroe pacífico cuyo bastón remplaza a la espada. Huye de la ostentación; es sencillo y busca la utilidad más que la pompa. No le gusta la vida mundana, lleva una vida retirada, preferentemente en el campo. Pone la moral por encima del arte. El teatro refleja ese cambio de una manera sorprendente. Contra la capilla que lo había tomado por su cuenta, se inició a fines del XVII una cruzada de moralidad. La austeridad puritana ya era entonces un pasado lejano, no había necesidad de defender la posición contraria; la audacia de los autores en boga terminó por escandalizar a la opinión pública. Cellier, pastor, periodista y panfletario, escribió contra ellos un libelo que tuvo un éxito considerable. A pesar de eso, dos años más tarde Congreve obtuvo un triunfo con *El tren del mundo*. Pero después se calló. El teatro se hizo

moral y sentimental, mostró viejos criados abnegados, padres e hijos que se animaban. Todos los personajes eran simpáticos.[95]

Estas tendencias se difundieron en Francia. El hombre nuevo es el filósofo, profesa una moral laica y humanitaria cuyo propagandista más escuchado es Diderot. En realidad, el siglo XVIII en Francia fue sombrío, atormentado, presa de los desórdenes y los conflictos que desembocaron en la revolución. Se desarrolló entonces una literatura que pinta al hombre con severidad e incluso con maldad: el abate Prévost, Marivaux, Laclos, Sade. Sin embargo, la burguesía profesa el optimismo. Del hombre, cuya encarnación más perfecta cree ser, hace una apología conmovida: la naturaleza humana es buena, todos los hombres son hermanos, cada uno debe respetar la libertad y las opiniones de su prójimo. Ama a tu prójimo como a ti mismo, por el amor de ti mismo, se convierte en el precepto fundamental de la moral. Y la noción de prójimo se amplía. El siglo XVIII explora el espacio y el tiempo; ya no es más el reino del adulto civilizado solamente. Se interesa por los "salvajes". Rousseau recuerda a los adultos el niño que han sido y ellos se reconocen en él. Las madres amamantan a sus hijos. Desde el comienzo del siglo el látigo tuvo adversarios y fue suprimido en 1767. El niño desempeñó un papel mucho más importante en la familia. Los adultos se reconocen en el viejo que serán. El hombre de edad cobra incluso una particular importancia porque simboliza la unidad y la permanencia de la familia; ésta, mediante la trasmisión de las riquezas, permite su acumulación, es la base del capitalismo al mismo tiempo que el reino donde florece el individualismo burgués. El jefe de la familia, envejecido, sigue siendo el que detenta sus propiedades y goza de prestigio económico; el respeto que inspira adopta una forma sentimental. En efecto, el siglo es "sensible"; se busca la verdad con el corazón. Se exalta la virtud; abundan los cuentos

95 Véase, entre otras, *The conscious lovers*, de Steele, representada en 1722.

morales; son "tratados de humanidad". Se atiende con complacencia a los débiles: el niño pequeño, el abuelo. Marmontel conmueve a sus contemporáneos contando su infancia rústica. Evoca a las buenas abuelas: "A los 80 años de edad todavía vivían bebiendo junto al fuego su traguito de vino y recordando los viejos tiempos". Greuze pintaba viejos y provocaba emociones enternecidas. La vejez de Voltaire aumentaba su irradiación: lo llamaban "el patriarca de Ferney". De julio de 1789 a julio de 1790, en todas las fiestas de la Federación se rendía honores a los viejos, ellos presidían.[96] En la fiesta del 10 de agosto de 1793, 86 ancianos llevaron los estandartes de los 86 departamentos.

Este sentimentalismo tuvo algunas consecuencias prácticas. Se estimuló la "beneficencia"; la palabra fue inventada por el abate Saint-Pierre para sustituir por una idea laica la idea religiosa de caridad. Se consagró toda una literatura al problema de la mendicidad. Los diarios establecieron secciones donde se citaban ejemplos de beneficencia, "rasgos de humanidad". En 1788, la lista de las sociedades de beneficencia ocupa dos gruesos volúmenes de *La Bienveillance française*. Las mujeres sobre todo piden limosna y distribuyen auxilios. S. Mercier las describe aliviando las miserias de los "octogenarios, ciegos de nacimiento, parturientas, etc.". En 1786, la Sociedad Filantrópica se congratuló de haber asistido a más de 814 desventurados: ancianos, ciegos de nacimiento, parturientas.

En realidad, practicar la filantropía era sobre todo la manera de asegurarse la felicidad personal. Hacer felices a otros para ser feliz es un tema indefinidamente machacado. Asegurarse

96 Michelet informa: "En la gran federación de Rouen, donde aparecieron los guardias nacionales de 60 ciudades, fueron hasta los Andelys a buscar a un viejo caballero de Malta, de 85 años de edad, para que presidiera la asamblea. En Saint-Andéol, el honor de prestar juramento a la cabeza de todo el pueblo fue conferido a dos ancianos de 93 y 94 años… En todas partes, un anciano, a la cabeza del pueblo, ocupando el primer lugar, planeando sobre la multitud."

la felicidad es una de las preocupaciones principales del burgués; piensa obtenerla por la virtud, por una mediocridad feliz, cultivando los lazos de familia y de amistad. La felicidad concebida esencialmente como un descanso. Los extremos son temibles, hay que sentir solamente pasiones suaves. Es decir, que la vejez es concebida como una edad feliz e incluso ejemplar, pues el anciano está libre de pasiones violentas, es sereno, sabio. La ausencia de deseos vale más que el goce de los bienes. Una vida equilibrada concluye en la ataraxia, en la euforia.

Eso afirma, entre otros, Buffon: "Cada día que me levanto con buena salud, ¿no tengo el goce de ese día tan presente, tan pleno como el vuestro? Si conformo mis movimientos, mis apetitos, mis deseos, a los solos impulsos de la sabia naturaleza, ¿no soy tan sabio y más feliz que vosotros? Y la vista del pasado que causa los pesares de los viejos locos, ¿no me ofrece por el contrario goces de la memoria, cuadros agradables, imágenes preciosas que bien valen vuestros objetos de placer?"

Este tipo de consideraciones deja escéptico a d'Alembert: "Se han hecho elogios de la amistad y la vejez; no es necesario hacerlos de la juventud y del amor", escribió. Diderot observa: "La vejez es honrada, pero no amada." Sin embargo, en su obra hay ancianos amables, empezando por su padre. *La Vie de mon père,* de Rétif de La Bretonne, tuvo un enorme éxito de público. Al describir con complacencia al "venerable anciano", elogia las virtudes y las dulzuras de la familia doméstica, en un momento en que ésta empezaba a disgregarse, cuando la mayoría de los franceses la recordaban con nostalgia. Pinta también los encantos de la vida rural cuyo atractivo la burguesía redescubría en ese momento. Con el estilo "sensible" entonces a la moda, cuenta la agonía de su padre, a la que asisten todos los ancianos de la aldea: "Todos los ancianos llorando llenaban la habitación del enfermo".

En el teatro francés, a fines del siglo XVII y en el XVIII se inicia una evolución de la figura del viejo. Destouches, en *Le*

Triple Mariage, pinta un Oronte autoritario y avaro que prefiere sus bienes a sus hijos y quiere imponerles casamientos por interés. En *L'Ingrat*, en *L'Obstacle imprévu*, el padre es tiránico e insoportable. Pero en *L'Irrésolu*, Pyrante adora a su hijo y cede a todos sus caprichos. En *Cénie*, de Mme. de Graffigny, Dorimard es un viejo encantador, absolutamente dedicado a sus sobrinos, a quienes ha criado; es un poco autoritario, quizá demasiado seguro de sí mismo, lo que le lleva a cometer errores, pero su bondad es de lejos muy superior a sus defectos. Y uno de los personajes concluye, después del feliz desenlace: "Si la excesiva bondad es a veces burlada, no por eso deja de ser la primera de las virtudes".

La concepción que Beaumarchais presenta en su teatro de la vejez es matizada y a veces sorprendente. Sólo tenía 35 años cuando hizo representar *Eugénie*, que no tuvo ningún éxito. El padre de la muchacha, el barón Hartley, es el que desempeña el buen papel. De ese viejo gentilhombre del país de Gales, Beaumarchais dice:[97] "El barón, hombre justo y de costumbres sencillas, tendrá constantemente prestancia y estilo; pero no bien lo anime una fuerte pasión, lanzará fuego y llamas y de ese brasero saldrán cosas verdaderas, ardientes, inesperadas". Es la primera vez que se atribuye a un hombre de edad una pasión interior cuyas explosiones sorprenden a quienes le rodean. En un primer proyecto, el padre era un gentilhombre bretón, gran aficionado a la caza, de carácter brusco e intratable: "Tomará las resoluciones más violentas con respecto a todos los incidentes, lo echará todo a perder tratando de hacerlo todo; será, en fin, un personaje muy ruidoso y muy poco razonable". Este retrato estaba mucho más cerca de los tipos de viejos convencionales que se encuentran en las comedias. Nada indica por qué Beaumarchais lo transformó. Pero su benevolencia con respecto a los hombres de

97 En su *Essai sur le théâtre sérieux*.

edad se manifiesta también en *Les Deux Amis*, representada tres años después. El padre, "filósofo sensible", es el personaje más simpático: sabio, altruista, generoso, salva la situación. En *Le Barbier de Séville*, a pesar de su tono tan nuevo, Beaumarchais repite sin embargo el estereotipo del viejo enamorado: Bartolo se aparece a los vejetes de Molière.[98] Casi no tiene ningún papel en *Le Mariage de Figaro*, donde no figura ningún otro viejo. Al final de su vida, en *La Mère coupable* —representada en 1792 y que no tuvo ningún éxito— Beaumarchais adopta sobre la vejez el punto de vista moralizador y lenificante que agradaba a la época. En el prefacio dice, hablando del conde de Almaviva: "En el cuadro de su vejez, y viendo *La Mère coupable*, quedaréis convencidos como nosotros de que todo hombre que no ha nacido espantosamente malo termina siempre por ser bueno cuando se aleja la edad de las pasiones y sobre todo cuando ha gustado la dicha tan dulce de ser padre". En la pieza, el conde dice: "¡Ah, hijos míos! Llega una edad en que las gentes de bien se perdonan sus errores, sus antiguas debilidades y sustituyen con un dulce afecto las pasiones tormentosas que los habían desunido".

En 1799 un tal Billy dedica una pieza al abate de l'Épée tal como era a los 66 años y a quien describe así en su prefacio: "Una penetración a la que nada puede escapar... genio y bondad... una piedad dulce y sin afectación... un gran conocimiento de la naturaleza". Éstas son las características del hombre de edad tal como lo sueñan los moralistas.

Los melodramas que pululan a comienzos del siglo XIX se inscriben en esta línea. Los viejos sólo desempeñan en ellos papeles episódicos, pero son majestuosos y conmovedores. A veces cometen errores, pero los reparan con la nobleza de sus corazones. Así, en *Robert, chef des brigands*, de Lamartelière, el

98 Aunque sea mucho más astuto y difícil de engañar, lo que hace la intriga mucho más interesante.

padre de Robert, ha cometido el error de preferir a su otro hijo, que lo ha mandado encerrar en una torre; Robert lo salva. El viejo aparece como un mártir lleno de grandeza. En *La Femme aux deux maris*, escrito por Pixérécourt en 1801, el viejo Werner, ciego, encarna las más elevadas virtudes; su sentido inflexible del honor lo hace autoritario y duro; ha maldecido a su hija, a quien creía culpable, sin escuchar su defensa y se empecina en su rencor. Pero cuando por fin conoce la verdad, perdona, y todo el mundo a su alrededor llora de emoción. Uno de los héroes concluye: "Un padre que perdona es la imagen más perfecta de la Divinidad". El mismo tema es tratado de nuevo por Pixérécourt en 1821, en *Valentine*. Alberto, también ciego, se muestra duro con su hija; al fin se reconcilia con ella. Desinteresado, intrépido, linda en lo sublime y provoca admiración.

Aparece un tema nuevo: el del viejo servidor abnegado. La relación feudal del señor con el vasallo implicaba, en principio, un don total de éste a aquél; la burguesía en ascenso soñó con resucitar en su provecho un vínculo parecido. En *Misanthropie et repentir*, inspirada en Kotzebue, el viejo Tobie arranca lágrimas a los otros personajes por su noble serenidad, por su resignación apacible. Muy viejo, pobre, sabe encontrar en el solo hecho de vivir una humilde felicidad. En *L'Illustre Aveugle*, escrito en 1806 por Caigniez, uno de los principales personajes es el viejo Oberto, apasionadamente fiel al joven príncipe ciego, valeroso, lleno de dignidad, encarnación de todas las virtudes.

Hay una cantidad de viejos servidores abnegados en la obra de Pixérécourt.

Estas obras de baja calidad son por lo mismo muy significativas: obedecen a las exigencias del público y reflejan, pues, sus fantasmas. Éste venera a los ancianos dentro de su propia clase; fuera de ella los admira en la medida en que encarnan una fidelidad incondicional a la casta superior. Los viejos pobres ingresan tímidamente en la literatura. No interesan en sí

mismos sino en su relación feudal con un amo que detenta la verdad de lo que son.[99]

En el teatro italiano se observa una evolución paralela. Se ha visto que en el siglo XVI Pantalón era un viejo odioso, todavía rozagante. A fines del siglo XVII había cambiado. Perruci dice de él en 1699: "Es un viejo decrépito que quiere imitar a la juventud". Pero en 1728 Riccoboni lo describe como "un buen padre de familia, un hombre honorable, extremadamente puntilloso en cuanto a su palabra, y severo con sus hijos". Es "rudo por fuera". Ya no es avaro sino muy económico, y a pesar de sus cualidades todavía es embaucado.

Este cambio es particularmente notable en el teatro de Goldoni. Es que en Venecia, cuyas costumbres describe, se asiste también a la promoción de la burguesía y a la exaltación de los valores burgueses. A partir del siglo XVI la supremacía marítima de Venecia ha disminuido, el imperio turco, España, Ragusa le hacen competencia. Venecia se ha transformado en un gran puerto industrial; allí se fabricaban paños de lana. Pero los nobles consideraban degradante este tipo de trabajo; compraban tierras en el interior del país y se apartaban de los negocios. En el siglo XVIII la aristocracia conserva el poder político, pero subsiste gracias a las riquezas que la clase de los comerciantes junta en la ciudad. El hombre ideal es el comerciante honesto, económico, industrioso; esas virtudes son más útiles a la ciudad, a su familia y a sí mismo que los títulos nobiliarios. Los nobles llevan una vida disipada y absurda; el comerciante encarna el buen sentido y la rectitud. Su código moral descansa esencialmente en la relación de la familia. Tal era la convicción de la clase burguesa a la que Goldoni pertenecía.

99 Así ocurría con el viejo esclavo en el *Ion* de Eurípides.

Tradicionalmente Pantalón es un comerciante. Al comienzo de su obra, Goldoni, imitando la *commedia dell'arte* presenta de él una figura convencional. En *Les Rabat-joie*, obra mucho más personal, el hombre de edad es muy antipático. Goldoni pone en escena cuatro encarnaciones de Pantalón, cuatro viejos misántropos, tiránicos, avaros, egoístas, empecinados; tienen ideas caducas, y detestan a la juventud; oprimen a sus familias; impiden a mujer e hijos que salgan, se distraigan, se vistan bien. Uno quiere casar a su hija con el hijo de otro, pero los dos se niegan a que los jóvenes se vean antes del día de la boda. Gracias a la complicidad de las madres consiguen sin embargo encontrarse.

A lo largo de su carrera, Goldoni va dedicándose cada vez más a pintar la sociedad veneciana tal como la ve y Pantalón va acercándose al comerciante ideal. Por lo demás, no es un viejo sino un hombre entre dos edades que ha sabido administrar su fortuna, gobernar bien su vida y dar prudentes consejos; Goldoni suele convertirlo en su portavoz. En una de sus piezas más logradas, trata al personaje del padre con un poco de ironía pero también con la mayor estima. Geronte es brusco, autoritario, de carácter difícil; no escucha a nadie; sin consultarla, decide casar a su sobrina Angélica con un viejo amigo. Pero es un hombre generoso; mantiene con largueza a la familia de su criado. Accede a pagar las deudas de su sobrino. Y al fin comprende que debe dejar que Angélica disponga de su corazón y la autoriza a casarse con el joven a quien ama.

Como se ve, la figura del viejo comerciante rico ha evolucionado desde Chaucer. Entonces —y a lo largo de los siglos siguientes— su riqueza era objeto de envidia; se le consideraba injustamente privilegiado, la venganza consistía en burlarse de él. Sólo en el siglo XVIII una comprensión más aguda de los hechos económicos permite comprender los servicios que presta al conjunto de la sociedad. El utilitarismo, que los puritanos han sido los primeros en profesar, conduce a atribuirles todos los méritos, después de haber reconocido su papel. Serán

especialmente respetados en su vejez; la prosperidad de que gozan es garantía de su sabiduría y sus virtudes.

Como los otros, los autores del siglo XVIII no escapan a la influencia de su época. Sin embargo, como ésta favorecía el individualismo, la novedad y la abundancia de ideas, se encuentra gran número de escritores de una originalidad pasmosa. Entre ellos es preciso mencionar a Swift, a quien se debe el retrato de la vejez más cruel que jamás se haya trazado. Tenía 55 años y estaba en un período difícil de su vida —el final de sus relaciones con Vanesa— cuando escribió el tercer libro de los *Viajes*. En el cuarto —redactado anteriormente— había hecho una sátira feroz de la especie humana en general, bajo la figura de los yahus. "Odio y detesto al animal llamado hombre", escribe un poco más tarde a Pope. Le horrorizaban las mujeres; unos años más tarde escribió su famoso poema *Le boudoir*, sobre el tema "Celia defeca". La vejez en la medida en que se la considera, por lo menos de palabra, como la etapa más noble y más realizada de la condición humana, no podía sino desencadenar su furor. Él también era de edad avanzada, se sentía mal y su vejez fue efectivamente una dramática decadencia física y moral; al parecer lo presintió. No habría descripto con tanto relieve esos inmortales que son en realidad sólo hombres muy viejos, si no hubiera estado obsesionado por fantasmas en los que descifraba con terror su propio futuro. Seguramente no es una casualidad que en sus últimos años se haya transformado también en un atroz Struldbrugg.

Cuando Gulliver se entera de que ciertos luggnagianos nacen con un signo en la frente que los destina a la inmortalidad, se maravilla; los imagina dichosamente liberados del temor de la muerte, llenos de ciencia, ricos, ocupándose de problemas elevados; en su lugar, explica, él lucharía contra la corrupción, trataría de realizar grandes descubrimientos. Su interlocutor responde que en todas partes las gentes de edad conservan el

apetito de vivir, salvo aquí porque ven con sus ojos la suerte que les espera. "Este plan de vida inmortal es insensato y absurdo, me dijo, porque implica la duración eterna de la juventud, la salud y el vigor… El problema no es el de organizar una vida siempre en su primavera, siempre colmada de dicha y de salud, sino el de soportar una existencia perpetuamente expuesta a las miserias de la vejez". En realidad, hacia los 30 años los Struldbruggs comienzan a ponerse melancólicos, y lo son cada vez más hasta los 80. Entonces "tienen por destino todos los achaques físicos y mentales de los viejos, más una infinidad de otros que nacen de la atroz perspectiva de no terminar jamás. No sólo son tercos, huraños, avariciosos, susceptibles, vanidosos, charlatanes, sino incapaces de amistad e incluso de afecto hacia sus descendientes, a los que pierden de vista después de la segunda generación. Tienen dos pasiones dominantes: la envidia y los deseos reprimidos. Envidian los vicios de la juventud y desean la muerte de los viejos… Sus únicos recuerdos se remontan a su juventud o al comienzo de la edad madura; por lo demás, son muy inciertos… Lo mejor que se les puede desear es que pierdan todas sus facultades y chocheen del todo. Entonces pueden contar con un poco de compasión y ayuda, pues no tienen tan mal carácter…". A los 80 años se los considera muertos para la vida civil; los esposos se separan (si los dos son inmortales). Viven de una pequeña renta. A los 90, pierden los dientes y el pelo. A esa edad ya no distinguen el sabor de los alimentos. "Cuando hablan, no encuentran las palabras." "Como no tienen memoria, no pueden siquiera leer." Como la lengua evoluciona, ya no la entienden. "Conocen, pues, la desgracia de vivir como extranjeros en su propio país".

Esta última idea es absolutamente nueva. Antes, y sobre todo en la Edad Media, el tiempo giraba sobre sí mismo y el viejo se degradaba en el seno de un universo inmutable. En el siglo XVIII la burguesía en ascenso cree en el progreso; eso es lo que hace pensar a Swift que el viejo se repite y se estanca en un mundo

cambiante, rejuvenecido sin cesar. Incapaz de acompañar su evolución, se queda rezagado, solo, aislado, privado de todo lo que se aleja de él.[100] La comunicación con las generaciones más jóvenes le está vedada. La vejez no es sólo decrepitud sino también —lo que sería para Swift— la soledad del exilio.

Un viejo inmortal: tal es la triste suerte de Titón, a quien compadecía el poeta jonio Mimnermo. Los hombres nunca lo han deseado. En cambio han soñado, como he dicho, con la fuente de Juvencia. Uno de los temas del *Fausto* de Goethe es el del rejuvenecimiento. Ni en las leyendas antiguas cuyo héroe era Fausto, ni en la pieza de Marlowe, intervenía esta idea. Fausto era un sabio convertido en mago, que perdía su alma por sed de saber. La pieza de Goethe es también ante todo el drama del conocimiento y de los límites de la condición humana. Pero la noción de edad desempeña en ella un importante papel. El viejo Fausto ya no saca felicidad de la ciencia ni tampoco orgullo; ya no se embriaga con ella, que es abierta; Fausto podría seguir aprendiendo, pero es víctima de su finitud: el deseo de conocer ha muerto en él; ya no tiene razón para vivir. Para recobrarla, tendrían que renacer en su frescura los placeres, el amor, las embriagueces que son el atributo de la juventud; apuesta a que si Mefistófeles le devuelve la juventud no se dejará engañar por los goces al punto de desear que el tiempo se detenga; pero este desafío sólo tiene sentido si es capaz nuevamente de experimentarlos. Goethe concibe, pues, la vejez como una edad abstracta, helada y decepcionante. Sólo tenía 25 años cuando comenzó el *Fausto*, y 48 cuando lo terminó, en 1807. Pero a falta de la experiencia de la vejez, ya ha-

100 Ninon de Lenclos había señalado en una carta ese aislamiento del viejo en un siglo que ya no es el suyo. El tema será retomado frecuenternente, en particular por Chateaubriand. Me referiré a él en detalle. Pero es la primera vez que se lo trata pública y vigorosamente.

bía cobrado conciencia de la finitud humana. Si siempre deseó cambiar de piel como las serpientes, es que por momentos se sentía apretado en la suya que le parecía gastada. La cuestión no es tanto ser joven como poder rejuvenecerse, escapar a los propios límites, revivir la vida como una aventura sin permitir que concluya en un callejón sin salida.

En el siglo XIX Europa se transforma; los cambios que se producen tienen una influencia considerable en la condición de los viejos y en la idea que la sociedad se hace de la vejez. El primer hecho que debe señalarse es que se produce en todos los países un extraordinario empuje demográfico; la población europea, que era de 187 millones de individuos en 1800, pasa a 266 millones en 1850 y a 300 millones en 1870. El resultado es que, por lo menos en ciertas clases de la sociedad, el número de viejos aumenta. Este aumento, unido a los progresos de la ciencia, conduce a reemplazar los mitos de la vejez por un verdadero conocimiento, y este saber permite que la medicina cuide y cure a las gentes de edad. En adelante, son demasiado numerosos como para que la literatura guarde silencio; en Francia, Inglaterra, Rusia, los novelistas se esfuerzan por trazar un cuadro completo de la sociedad, lo que les lleva a describir, no sólo a viejos privilegiados, sino también a los de las clases inferiores que —salvo insignificantes excepciones— nunca habían sido mencionados por los escritores.

Esto no significa, lejos de ello, que para el conjunto de las personas de edad las circunstancias hayan llegado a ser más favorables. Por el contrario, veremos que muchas de ellas son víctimas de la evolución económica que se ha operado en el curso del siglo.

Tres fenómenos estrechamente ligados acompañaron en todas partes el progreso demográfico: la revolución industrial, un éxodo rural que acarreó el surgimiento urbano, la aparición y el desarrollo de una clase nueva: el proletariado.

En Inglaterra la despoblación del campo comenzó con el sistema de *enclosures*, que redujo a la miseria a gran número de campesinos. Las leyes sobre la asistencia social tuvieron por contrapartida, a comienzos del siglo XIX, una disminución de los ingresos de los campesinos, que los ahuyentó del campo. Cuando en 1846 se votó la ley sobre el libre cambio, la Inglaterra industrial y comerciante triunfó definitivamente de la Inglaterra agrícola.

En Francia se produjo un importante éxodo rural a fines del siglo XVIII. La población urbana, que representaba 1/10 de la población total, pasó a representar 1/5, o sea unos 5 millones y medio de individuos. Los hijos de los campesinos migraban sobre todo a las pequeñas ciudades, donde se elevaban socialmente convirtiéndose en comerciantes, empleados, funcionarios. A comienzos del XIX se produce más bien una interrupción de ese movimiento; de 1800 a 1851, la población urbana aumenta en 3 millones y medio, pero, dado el crecimiento global de la población, vive en las ciudades sólo el 25% de los franceses. Gracias a la disminución de los impuestos, aumentan los recursos de los campesinos, pero ese excedente es absorbido por el aumento paralelo de la población. Entre 1840 y 1850 el campo ya no da abasto para alimentar a sus habitantes; por eso, de 1850 a 1865 el éxodo se precipita. En los años que siguen, la industria rural —que proporcionaba a los campesinos un refuerzo importante— decae como consecuencia de la concentración industrial. Los progresos técnicos hacen más dificil la explotación de las tierras para los pobres, pues no pueden soportar la competencia de los propietarios burgueses que introducen en la agricultura los métodos capitalistas. Además, a partir de 1880 los progresos de los medios de transporte permiten a Norteamérica exportar trigo a Francia, de lo que resulta una grave crisis económica y la continuación del éxodo rural. En 1881 un tercio de la población está concentrada en las ciudades. Al finalizar el siglo, la industria es la que ofrece salidas a los hijos de los campesinos, que engrosan las filas del proletariado.

Las transformaciones fueron nefastas para los viejos. En Francia e Inglaterra su condición jamás fue tan cruel como en la segunda parte del siglo XIX. El trabajo no estaba protegido; hombres, mujeres y niños eran implacablemente explotados. Al avanzar en edad, los obreros se volvían incapaces de soportar el ritmo del trabajo. La revolución industrial se cumplió a costa de un increíble derroche del material humano. En Norteamérica, entre 1880 y 1900, el taylorismo causó hecatombes: todos los obreros morían prematuramente. En todas partes, los que lograban sobrevivir, cuando la edad los privaba de empleo, quedaban reducidos a la miseria. En Francia se toleraron las mutuales a partir de la Restauración y fueron reconocidas en 1835; en 1850 y 1852 volvieron a caer bajo un régimen de estrecha vigilancia. La Tercera República les dio total libertad por ley del 1° de abril de 1898. Pero aun en las mejores condiciones, sus medios fueron siempre insuficientes para garantizar un riesgo tan pesado como la vejez. Lo mismo ocurría en Inglaterra. "Haced economías antes que niños", preconizaba J. B. Say. Dirigido a los obreros, este consejo era una burla. En Francia e Inglaterra pulularon los viejos vagabundos, indigentes.

En Francia, en el campo, el mantenimiento por la familia seguía siendo la norma. Si el antepasado que reinaba en la casa era bastante vigoroso o bastante rico para conservar el dominio de sus tierras —por seguir trabajando o contratando peones agrícolas— conservaba también la autoridad sobre sus hijos. La familia patriarcal continuaba existiendo en las zonas rurales y la autoridad del anciano que la gobernaba podía ser tiránica. Pero sólo se daba entre los campesinos acomodados y éstos eran escasos. La agricultura, todavía arcaica en 1815, progresó lentamente; los rendimientos eran tan pobres que los campesinos apenas conseguían subsistir. Al envejecer no tenían fuerzas para seguir cultivando sus tierras y no habían ahorrado las sumas necesarias para pagar una mano de obra extraña. Quedaban a merced de sus hijos. Éstos vivían al borde de la miseria y no tenían con qué mantener bocas inútiles. A veces

se libraban de ellos abandonándolos en el hospicio. En 1804 el director del hospicio de Montrichard se indignaba.[101] "Los ancianos deben traer al hospicio y dejar todo lo que pueda pertenecerles; sin embargo, algunos descendientes desnaturalizados traen a sus viejos padres y antes de dejarlos en las salas, los despojan incluso de sus últimas ropas". Por lo común los tenían en sus casas; pero la situación ejemplificada en la Edad Media por el rey Lear se había perpetuado en el curso de los siglos; al dejar de ser capaz de trabajar él mismo sus tierras, el padre las abandonaba a sus hijos, que muy a menudo lo mataban de hambre y lo maltrataban. En un *Mémoire sur les paysans de l'Aveyron et du Tarn*, Rouvellat de Cussac escribe: "Nada más común que el olvido de todos sus deberes por parte de los hijos de ambos sexos con los autores de sus días cuando han llegado a la vejez. Si éstos cometen la imprudencia de donar sus bienes sin reserva escrita, o de otro modo que por un testamento revocable, se exponen a verse despreciados y a carecer a menudo de lo necesario".

Este tema se encuentra en numerosas novelas, seguramente inspiradas en la realidad. En *Eusèbe Lombard*, de Theuriet, escrita en 1885, después de la muerte del padre la hermana acusa al hermano mayor de haber secuestrado al difunto. "Si vino a nuestra casa, es porque tú lo alimentabas con patatas podridas. Y tú lo dejaste reventar abandonado en pleno corazón del invierno". En *Autour du clocher*, novela de Fèvre y Desprez inspirada por los campesinos de Rouvres, en l'Aube, el viejo Bonhoure es maltratado por sus hijos: "Vegetaba así, golpeado, insultado, alimentado a patatas podridas, como los cerdos". Termina por ahorcarse. En *L'Aveugle*, de Maizeroy, un viejo es obligado por sus sobrinos a mendigar: "Cuando volvía con la alforja vacía le sacudían violentos golpes todos, hasta los más pequeños, se encarnizaban burlándose de él, quitándole la es-

101 Estudio histórico de Montrichard, por el padre C. Labreuille.

cudilla, abrumándolo con burlas malignas". Un día se muere en el camino. En *Le Père Amable*, Maupassant describe la triste, silenciosa existencia de un padre viudo, sordo, casi inválido, con su hijo. Éste vuelve a casarse, contra la voluntad de Amable, con una mujer que ha tenido un hijo con otro. La vida es cada vez más encerrada y lúgubre para el anciano. El hijo muere. La mujer no se porta mal con su suegro, pero vuelve a casarse. Entonces él se ahorca.

La ley se esfuerza por defender a los viejos de la aspereza y la negligencia, de su progenitura. Sustituye una situación de hecho por una situación de derecho. El padre que se despojaba en un reparto entre personas vivientes, recibía en cambio una renta vitalicia cuyo monto era fijado ante notario; si sus hijos se negaban a pagarla, podía llevarlos ante los tribunales. En principio no dependía, pues, de la arbitrariedad de su familia. Desgraciadamente, esa protección que le aseguraba la Justicia la pagaba cara muchas veces. Sus hijos tenían antes un vago interés en gastar por él lo menos posible; ahora, su interés era preciso, mensurable; se concretaba en la pensión que se había comprometido a pagarle. Tenían, pues, un motivo poderoso para hacerlo desaparecer: era el medio más sencillo de escapar a los rigores de una obligación legal. Imposible saber en qué siglo los asesinatos —por violencia o por privaciones— de los padres viejos fueron proporcionalmente más numerosos. La mayoría han quedado enterrados en el silencio del campo, pero en el siglo XIX han de haber sido frecuentes para que la opinión haya llegado a enterarse y a preocuparse. ¿Esa publicidad significa que había mayor interés por la suerte de los viejos campesinos, o que los crímenes aumentaron y fueron más imprudentes? Ningún documento permite decidirlo.

Lo seguro es que se denunciaron con frecuencia los peligros corridos por el viejo padre desposeído. En su *Histoire des paysans*, Bonnemère escribe a este respecto en 1874: "Harto de disgustos, carga para todos y para sí mismo, extraño en casa de sus hijos, pasea de cabaña en cabaña el tedio de sus últimos

días. Al fin muere... Eso sí, que se apresure, pues allí está la codicia que arma en la sombra el brazo del parricida".

Ocurre con frecuencia, dice Bonnemère, que el viejo sea enterrado antes de estar realmente muerto: bajo los techos de paja el letargo es llamado muerte porque, como lo observa M. Dupuis,[102] no siempre hay dos habitaciones y urge heredar. Bonnemère cita cuatro casos de parricidios en 1855 solamente.[103] Esos crímenes eran tan frecuentes, y, a pesar de la oscuridad en que quedaban, tan conocidos, que una encuesta oficial, efectuada de 1866 a 1870 sobre la agricultura francesa, y resumida en 1877 por Paul Turot, no vacila en referirse a ellos. En nombre de la administración, Turot desaconseja a los ascendientes que distribuyan sus bienes en vida. Recuerda con energía la suerte miserable que espera a los viejos padres después que se han despojado de sus bienes; se refiere a "los crímenes que se cometen para apresurar la muerte y a los que incitan las obligaciones contraídas como resultado de la distribución, que les sirven en cierto modo de estímulo. Una vez que ha entregado sus bienes, el padre de familia queda privado de toda autoridad. Pasa al estado de ser despreciado, rechazado

102 *Dictionnaire de la conversation.* Artículo "Inhumación".

103 En Maine-et-Loire un campesino llamado Guyomard asesina a su suegra, que había cedido sus bienes a cambio de 20 francos y 12 celemines de centeno que debía pagarle por año. (*Le Constitutionnel*, 12 de febrero de 1855.)

En Gensac, cerca de Libourne, un hombre de 60 años asesinó a su madre de 80 asestándole dos cuchilladas en el pecho para librarse de pagarle una pensión vitalicia. (*La Presse*, 22 de marzo de 1855.)

En La Ferté-sous-Jouarre, una noche, en un atajo, un agricultor mató a palos a su suegro, a quien pasaba una pensión vitalicia de 800 francos. Una muchacha que oyó los gritos lo denunció y él confesó. (*La Presse*, 29 de julio de 1855.)

Cerca de Nemours, un campesino, Pierre Besson, mató a su padre porque algunas disposiciones testamentarias favorecían a su hermano menor. Citaré otro más que fue muy comentado en 1886. En Luneau, en Loiret-Cher, los esposos Thomas quemaron viva a la madre de la mujer.

por sus hijos, expulsado del hogar de cada uno, enviado de uno a otro con una renta vitalicia que muchas veces no le pagan o una habitación que no le dan".

En un artículo de *Le Temps* del 5 de agosto de 1885, Cherville destaca la suerte miserable de los viejos padres a los que se veja incesantemente, se los mata de hambre, se los hace mendigar. El abuelo se apega a menudo al nieto pero "al crecer el niño se aparta" para hacer como los demás. Es grande la tentación, dice el periodista, de apresurar el fin de los viejos padres que cuestan siempre demasiado caros.

Zola cuenta en *La Terre* uno de esos dramas sombríos; se basó para escribirla en una documentación muy seria. Se ha comparado[104] esta novela con el *Rey Lear*, al que por lo demás Zola alude en sus notas. En efecto, a siglos de distancia, Shakespeare y Zola describen una situación análoga. Al comienzo de la novela, el viejo Fouan reúne a sus hijos en casa del notario para distribuirles sus tierras, que ya no tiene fuerzas para cultivar; aquellos discuten ásperamente la renta que reclama el padre. "La vida de los dos viejos fue registrada, exhibida, discutida necesidad por necesidad. Se pesó el pan, las legumbres, la carne... Cuando no se trabajaba, había que saber reducirse". Se fija una cantidad. El viejo continúa primero viviendo en su casa con su mujer. Los hijos le pagan sólo una pequeña parte de la pensión convenida. Esto provoca una escena terrible entre el padre y su hijo menor, Buteau; la madre muere de emoción. Entonces convencen al viejo de que venda la casa, de que se vaya a vivir con su hija, que lo persigue mezquinamente. Como Lear, pasa sucesivamente por las casas de todos sus hijos, donde es muy desdichado. Transcurren algunos años, miserablemente. Buteau lo atrae bajo su techo en la esperanza de robarle sus economías y lo trata con brutalidad. En el curso

104 En particular Legouis, *Revue de Littérature comparée,* 1957. La gran diferencia está en que el viejo Fouan no encarna la condición humana.

de una escena, el viejo levanta la mano con un gesto amenazador que antes aterraba al hijo, pero ahora éste se la atrapa al vuelo, sacude a su padre, lo hace caer sobre una silla. Como los viejos gorilas vencidos por los jóvenes, se siente definitivamente derrotado; al perder las fuerzas físicas ha perdido toda su autoridad. Hasta la protección de la ley es insuficiente para defenderlo de la fuerza bruta. Buteau consigue robarle sus economías. El conflicto entre el padre y el hijo se exaspera hasta tal punto que una noche, también como Lear, el viejo huye y deambula hasta la mañana en medio de la tormenta. Como ha sido testigo de un crimen cometido por su hijo y su nuera, y sobre todo, como éstos ya no soportan tenerlo a su cargo, lo ahogan y prenden fuego a su jergón simulando un accidente. El médico no mira demasiado y autoriza el entierro.

El hecho que se indica en *Le Temps* sobre la relación entre el abuelo y el nieto, fue utilizado por Zola. Durante un tiempo el viejo Fouan se siente en parte consolado en su desventura por el afecto que siente hacia el niño y que éste parece retribuirle. Pero llega el día en que, al salir de la escuela, el niño a quien ha ido a buscar se niega a seguirlo y hace coro con sus compañeros para burlarse de él.

Como en el siglo XIX se da a conocer, por lo menos en cierta medida, la suerte de los viejos explotados, su contraste con la condición de los viejos privilegiados es más notable que en ninguna otra época. Viejos obreros reducidos a la indigencia y al vagabundeo, viejos campesinos tratados como bestias, los ancianos pobres se sitúan en lo más bajo de la escala social. Los de las clases superiores son los que ocupan la cima. La oposición es tan evidente que casi parecerían dos especies diferentes. Los cambios económicos y sociales, tan nefastos para unos, han favorecido, por el contrario, a los otros.

La Restauración, la vuelta de los emigrados, determinaron a comienzos del siglo XIX el establecimiento de una

verdadera gerontocracia. Los emigrados habían vuelto a comprar tierras, con frecuencia las que habían sido de ellos; en 1830 la mitad de la gran propiedad inmobiliaria se había reconstituido. Esta aristocracia territorial era poco numerosa, pero tenía muchos clientes en la burguesía. Agrupada en torno al rey, había hecho adoptar un sufragio sensual —basado en las propiedades inmobiliarias— que le daba la supremacía política. Había 90.000 electores, es decir que de 100 franceses mayores de edad, sólo uno votaba; se calculaban unos 8.000 ciudadanos elegibles. Como esos emigrados eran muy viejos, la situación reinante se podía calificar de patológica. El panfletario Vazy la denunció en 1829: "Francia se ha reducido a siete u ocho mil individuos elegibles, asmáticos, gotosos, paralíticos, con las facultades disminuidas y que sólo aspiran al descanso". Critica con energía "la ley singular que sólo llama a unos ancianos a representar a la nación". Esta prerrogativa de los viejos se mantiene después de 1830 en la Cámara de los Pares: Talleyrand contaba a Guizot en 1835: "Ayer fui a la Cámara de los Pares. No éramos más que seis... y teníamos todos más de 80 años".

Entre tanto, la burguesía se enriquecía explotando a los obreros y a buen número de campesinos, prestando dinero a interés. Gracias a su supremacía económica arrebató a la aristocracia terrateniente el poder político. Bajo Luis Felipe los que gobernaron fueron los banqueros, los industriales, los grandes negociantes y también altos funcionarios, abogados, profesores. Como habían necesitado tiempo para acumular fortuna, eran personas de edad. También en este caso se puede hablar de gerontocracia. Charles Dupin afirma que la mitad de los electores tenía más de 55 años. Según el autor, los 54.000 electores liberales eran apoyados por 28 millones de ciudadanos, los 46.000 electores de derecha por 3 millones de ancianos. Las cifras son aproximativas, pero la idea general es justa. Se trataba de una plutocracia y la mayoría de los ricos era vieja. Las empresas eran familiares y el jefe, por lo

regular, el miembro de más edad de la familia. El motor de la economía ya no era la renta sino el lucro, que se acumulaba gracias a las inversiones. Los miembros de la célula familiar, encarnada en el abuelo, estaban estrechamente unidos por sus intereses.

A partir de 1848 la banca y la industria detentaron el poder político. Entonces terminó de cumplirse la revolución industrial: ferrocarriles, textiles, metalurgia, minas, fábricas de azúcar, etc., cobraron impulso. Los bancos desempeñaron un papel cada vez más importante. En ese mundo en movimiento donde la figura más considerada era la del "empresario", la iniciativa era la cualidad más necesaria; el hijo, más audaz que el padre, era el que lo convencía de introducir en la fábrica las máquinas más recientes, técnicas inéditas. Además, las sociedades anónimas por acciones sustituyeron al capitalismo familiar. El hombre de edad perdió su prestigio económico. El sufragio universal le quitó su supremacía política. Sin embargo, en 1871 la Asamblea Nacional estaba compuesta en gran parte por gentes del campo que eran hombres de edad: había 400 realistas contra 200 republicanos y 50 diputados de tendencias mal definidas. En el primer grupo se contaban, de lejos, más ancianos.

En conjunto, tanto en Francia como en todo Occidente, la querella de las generaciones se abolió en la burguesía; entre ellas se estableció una especie de equilibrio. Contra las clases "peligrosas", afirmaban su solidaridad. En la pequeña burguesía solía suceder que el hijo ocupara en la escala social una situación superior a la de su padre, que acogía con orgullo su éxito; este ascenso de las generaciones desarmaba los odios. Además, la sociedad nueva exigía la colaboración de jóvenes y viejos. Debido a su complejidad, la experiencia, la acumulación de conocimientos eran necesarias para hacerla vivir y progresar; en muchos sectores la vejez era una calificación. Los hombres jóvenes se imponían por su audacia y su facultad de invención. Pero solía resultarles útil escudarse en la figura tranquilizadora

de un hombre de edad; éste detentaba las apariencias del poder, representaba a la empresa, cuya verdadera dirección se encomendaba a socios más dinámicos.

Si el viejo se presenta como un garante es porque la ideología burguesa de la época lo valoriza enormemente. En Francia, como en Inglaterra bajo la reina Victoria, las virtudes preconizadas son las que habían destacado los puritanos; el rigor moral corría parejo con el éxito económico, la austeridad era de rigor puesto que había que reinvertir las utilidades. Ahora bien, toda una tradición representa al anciano como naturalmente desprovisto de apetitos y por lo tanto destinado al ascetismo. Y además, el pensamiento económico que ve en la acumulación de capitales la panacea, se extiende —abusivamente— a la esfera de la psicología: se considera que siempre es bueno acumular; acumular años es realizar una ganancia, es adquirir un valor ante el cual la burguesía del siglo XIX se inclina con respeto: la experiencia. El empirismo asociacionista que la época considera la suprema verdad confirma estas opiniones: cuanta más edad se tiene, más se multiplican las asociaciones, más aumentan saber y sabiduría. Así, pues, el individuo alcanza normalmente su apogeo al final de su vida.

En las ciudades la familia ya no es patriarcal. A partir de fines del siglo XVIII, la multiplicidad de empleos, la ampliación de la vida social permitieron a las parejas jóvenes fundar sus propios hogares. Pero la tradición de la familia doméstica sigue siendo cara a la burguesía, la perpetúa idealmente en la veneración por el abuelo. Aun cuando con la expansión del capitalismo moderno decline su influencia, la opinión exige que se le prodiguen las marcas exteriores del respeto y que se le garantice un final de vida honorable.

La transformación de la familia modificó la relación de los nietos con los abuelos; en lugar de un antagonismo se establece entre ellos una alianza; el abuelo, que ya no es el jefe de la familia, se convierte en cómplice de los niños a espaldas de los

padres, y a la inversa, los niños encuentran en él un compañero divertido e indulgente.[105]

La importancia social acordada a los ancianos irritó a algunos escritores adultos. Lamennais ataca con violencia la vejez. Escribe a los 36 años: "No he visto anciano cuyo espíritu no esté disminuido por la edad y he visto muy pocos que estuvieran sinceramente convencidos de ello". Y además: "¿Qué es un viejo en el mundo? Un sepulcro que se mueve. La multitud se aparta; algunos se acercan para leer el epitafio".[106] Dickens protesta con energía contra la comparación habitual de la infancia y la vejez. Hablando de ésta escribe: "Llamamos a eso un estado de infancia, pero es su pobre y vano simulacro, como la muerte lo es del sueño. ¿Dónde están en los ojos del hombre senil la luz y la vida que ríen en los ojos de los niños? ... Reunid al niño y al hombre que ha vuelto a la infancia y enrojeced de esa vanidad que difama el feliz comienzo de nuestra vida dando su nombre a esa imitación horrible y convulsiva".

Ese tono es muy raro. Los escritores que, con perspectivas completamente diferentes han reflexionado sobre la vejez, proponen apologías más o menos matizadas; como los ensayistas de los siglos anteriores, no se interesan en la vejez sino en la medida en que concierne a su clase. Citaré los más significativos.

En el capítulo VI de los *Aforismos sobre la sabiduría en la vida*, titulado "De la diferencia de las edades", Schopenhauer examina a la luz de su filosofía los diversos momentos de la existencia. Es sabido que profesa un pesimismo absoluto: la única posibilidad de la especie humana sería extirpar de sí el querer vivir y dejarse deslizar por entero en la nada absteniéndose de

105 Se ha visto que, bajo formas diferentes, la relación de los abuelos con los nietos es muy importante entre muchos primitivos.

106 Lamennais juzgaba con espíritu taciturno la condición humana en general. A los 36 años tuvo un período de depresión. Quizá ciertos viejos le inspiraban rencores duraderos: era un hombre resentido.

reproducirse. El individuo está tanto más lejos de la sabiduría cuanto más encarnizada es en él la voluntad: en su juventud. El niño es privilegiado porque es contemplativo: tiene una actitud estética que mantiene el mundo a distancia; ve los objetos *sub specie aeternitatis*, tiene una intuición de su esencia. Por eso más tarde se echa dolorosamente de menos la infancia, que es feliz porque es representación, no voluntad. Por el contrario, el joven tiene sed de vivir; sale a la caza de la felicidad; no la encuentra porque buscarla es ya haberla perdido. Poco a poco, si tiene buen sentido, comprende que la felicidad es quimérica, mientras que el sufrimiento es real, y lo único que desea es liberarse de éste. La juventud es intelectualmente fecunda; tiene el conocimiento y la invención. Las fuerzas intelectuales llegan a su apogeo a los 35 años. Sin embargo, se vive en la ilusión y el error. El instinto sexual alimenta en el hombre una demencia benigna.

A partir de los 40 años el hombre es melancólico porque, sin haber renunciado a las pasiones y a las ambiciones, empieza a desengañarse y ve la muerte al final del camino cuando antes la ignoraba. El momento más feliz de la vida es el de los años que preceden la decrepitud, si se tiene por lo menos buena salud y dinero bastante para suplir las fuerzas que faltan: "La pobreza en la vejez es una gran desdicha". Llenadas estas dos condiciones, la vejez "puede ser una parte muy tolerable de la vida". El tiempo empieza a pasar muy rápido, tanto que ya no se sabe qué es el tedio. Las pasiones se acallan, la sangre se enfría; liberado del instinto sexual, el individuo recobra la razón. Entonces: "Adquirimos más o menos la convicción de la nada de todo sobre la tierra". El descubrimiento de esta verdad nos da una calma intelectual que es "la condición y la esencia de la felicidad. El hombre cree que podría conquistar en este mundo Dios sabe qué maravillas con sólo saber dónde encontrarlas; el viejo está compenetrado de la máxima del Eclesiastés: todo es vanidad, y sabe ahora que todas las nueces están vacías, por doradas que sean. Sólo a una edad avanzada el

hombre llega enteramente al *nil admirari* de Horacio, es decir, a la convicción sincera y firme de la vanidad de todas las cosas y de la inanidad de toda pompa en este mundo. ¡Basta de quimeras! Está completamente desengañado". Gracias a esta lucidez, lo que un hombre tiene de valedero en sí nunca le aprovecha mejor que en su vejez. Sin embargo, la mayoría de los individuos se convierte en autómata, se repite y se esclerosa y entonces es el *caput mortuum* de la vida. La decrepitud es bienhechora porque ayuda a soportar la muerte. Después de los 90 años, en lugar de morir de enfermedad, el hombre suele extinguirse por sí mismo.

Como se ve, el pesimismo de Schopenhauer es el que otorga ese privilegio a la vejez. Admite que el desengaño, que es su esencia, le confiere "cierto tinte taciturno". Pero su mérito es que en ella la voluntad de vivir casi ha desaparecido; se vuelve a la actitud contemplativa de la infancia. Si la vida es una desdicha, si la muerte le es preferible, esa semimuerte que es la vejez prevalece sobre la edad de las ilusiones. La apreciación de Schopenhauer es absolutamente negativa: "El fardo de la vida es en realidad más ligero que en la juventud".

Mme. Swetchine[107] reflexionó con mucha justeza sobre la vejez. Subraya el contraste entre la dignidad de la ancianidad y el descrédito que pesa sobre ella: "El anciano es el pontífice del pasado, lo que no le impide ser el vidente del porvenir". Sin embargo: "Cosa sorprendente, no es horror lo que causa la vejez, sino desprecio". Observa muy justamente: "Nada suscita más contradicciones en el ánimo de los hombres que la vejez; es un fantasma en el que la juventud no cree; un espantajo para la plenitud viril... sin embargo... todos la esperan y transigen como pueden con sus inconvenientes".

---

107 Esta rusa convertida al catolicismo vivía en París. Montalembert, Lacordaire, Dupanloup frecuentaban su salón. El final de su vida fue muy penoso: lutos, espantosos sufrimientos físicos. Falloux reunió en una especie de ensayo sus notas sobre la vejez.

Y además: "La juventud no le hace el honor de considerarla como un mal necesario, de aceptarla como acepta la muerte; casi se promete escapar a ella y se vanagloria de no querer prolongar su vida a costa de tanta ignominia".

Reconoce que en el plano humano es una prueba terrible y traza de ella una descripción horrorizada; pero por su crueldad, permite acercarse a Dios: "Si se toma al hombre natural la juventud es el verdadero, quizá el único buen momento. La religión hace diametralmente lo opuesto de la naturaleza". "La vejez, en cuanto al mundo exterior, es, sí, una especie de ceguera... Dios hereda todos los votos que el hombre y formula todos los impulsos que suprime y le abre cada vez más el mundo interior". Lamenta que Cristo no haya santificado esa edad de la vida pasando por ella.

Hay en Schopenhauer y en Mme. Swetchine un esfuerzo por pensar la vejez con perspectivas originales. Pero los viejos estereotipos son resistentes: aparecen en el breve ensayo que Emerson dedicó a la vejez. Ideólogo muy conformista de la burguesía norteamericana, al final de su vida extrema el optimismo que siempre había profesado; conmovido por la guerra civil, opta por desmovilizarse e ignorar la época terrible que fue la reconstrucción. Se había convencido de que vivía en el mejor de los mundos, en el mejor de los tiempos. Debilitado, disminuido, elogió los méritos y las dulzuras de la ancianidad. Reconocía como Cicerón que "el credo popular es que la vejez no es deshonrosa, sino extremadamente desventajosa", y no retrocede ante ningún argumento para probar lo contrario. Evoca a los ancianos prestigiosos de la historia, sin preocuparse de saber, por lo demás, si su vejez había sido feliz, puesto que cita mezclados al Cid, Dándolo, Miguel Ángel, Galileo, etc. El viejo es feliz, dice, ante todo porque ha escapado a múltiples peligros y se congratula de ello. Ya no hay nada más que temer; la vida ha quedado a nuestras espaldas, nadie puede quitárnosla. Esto significa que Emerson estaba satisfecho de su situación, de su fama; no se ve qué es lo que le autoriza a generalizar.

Gracias a eso, prosigue, el éxito ya no significa nada. No hace falta ya proyectarse hacia un logro. Podemos descender impunemente por debajo de nosotros mismos. El tercer argumento reitera el segundo: uno se ha expresado, ha dado la medida de lo que es capaz y tiene el derecho de peso. No hay ya ni dudas ni inquietudes. Aquí el optimismo de Emerson se parece curiosamente al pesimismo de Schopenhauer. El hombre viejo cesa de actuar e incluso de pensar, cesa de vivir y ésta es una liberación apaciguadora. Por fin, Emerson alega que el viejo ha adquirido experiencia, adoptando la idea cara a la burguesía de que la simple acumulación de años engendra el conocimiento.

En 1880, en Alemania, Jacobo Grimm pronunció un discurso sobre la vejez que se hizo célebre y que concluye así: "Creo haber dado pruebas en apoyo de la opinión de que la vejez no representa una simple decadencia de la virilidad, sino que lleva en sí su propia potencia que se manifiesta con arreglo a condiciones propias. Es el momento de una paz y una calma que no han existido antes, y a este estado han de corresponder efectos particulares".

Se inspira aquí en el organicismo que profesaba su época. Cada edad tiene su propia organización, su especificidad; el anciano no es un adulto más viejo y desvirilizado; su estado no debe ser descripto como una carencia sino de una manera positiva, como un equilibrio diferente del individuo y de sus relaciones con el mundo.

En ningún escritor la vejez ha ocupado jamás tanto lugar y ha sido tan vehementemente exaltada como en la obra de Víctor Hugo. ¿Por qué? Habría de conocer su historia en sus detalles íntimos para comprender las razones. Lo que es seguro es que constituye uno de sus fantasmas favoritos. Todavía joven, se representa al poeta como mago, el profeta que reina en un cielo de gloria; ahora bien, tradicionalmente la ancianidad es la que confiere el prestigio y la autoridad supremos. Debió de presentir que la vejez sería el momento en que se cumpliría con mayor

perfección su destino. Entre las antítesis en que se complacía, una de las que explotó con mayor complacencia es la que opone un cuerpo sin gracia a un alma sublime, y la vejez es una de sus encarnaciones. Hay un contraste romántico entre un cuerpo debilitado y un corazón indomable. Así, cuando tenía menos de 40 años, retoma la leyenda del retorno de Barbarroja y pone en escena en *Les Burgraves* a ancianos formidables y terribles; quebrantándolo físicamente, la edad exalta su sombría grandeza. Hugo ha retomado para evocarlos los estereotipos populares. Destaca el aislamiento de la vejez, su distancia del mundo. El antepasado Job "se mantiene aparte... Durante meses guarda silencio". Barbarroja, refugiado en una gruta, está sumido en el silencio del sueño. "Dormía con un sueño hosco y sorprendente". La barba simboliza la longevidad: "Su barba antaño de oro, de nieve ahora, daba tres vueltas a la mesa de piedra". Más tarde, en *La Légende des siècles*, trazó retratos épicos de la vejez. El más grande de esos héroes es Eviradnus. Tiene a sus espaldas una vida sin tacha, llena de hazañas maravillosas, y la edad no lo afecta.

Il rit des ans...
Tout vieux qu'il est, il est de la grande tribu
Le moins fier des oiseaux n'est pas l'aigle barbu.
Qu'importe l'âge! Il lutte. Il vient de Palestine,
Il n'est point las. Les ans s'acharnent; il s'obstine.[108]

Se diría que esos versos son premonitorios: luchador, Hugo desafía de antemano al tiempo y se da por vencedor en ese combate. Eviradnus solo mata al emperador de Alemania y al rey de Polonia, que son hombres jóvenes y que luchaban juntos contra él. So capa de la leyenda, dota al anciano de las

108 Se ríe de los años... / Viejo como es, pertenece a la gran tribu / El menos orgulloso de los pájaros no es el águila barbuda. / ¡Qué importa la edad! Lucha. Viene de Palestina, / No está cansado. Los años se encarnizan; él se obstina.

cualidades de la juventud: le da las fuerzas de un gigante. Y tiene tanta gracia como fuerza; cuando al despertar Mahaud —a quien los malvados habían drogado para despojarla— le besa la mano y le dice: "Señora, ¿habéis dormido bien?"

En *Les misérables*, cuyo final escribió Hugo entre los 50 y los 60 años, el abuelo de Marius es un hombre que toda la vida ha sido muy duro con los suyos. Pero cuando cree muerto a su nieto, descubre la magnitud de su amor por él. Recibe la curación con una alegría que lo transfigura: "Cuando la gracia se mezcla a las arrugas, es adorable. Hay no sé qué aurora en la vejez plena". Accede al casamiento de Marius y Cosette. En ese momento, Jean Valjean también es viejo; a los 80 años sigue siendo tan sublime y trágico como lo fue toda su vida. Tan indomable como Eviradnus, conserva fuerzas suficientes para transportar sobre sus hombros a través de las alcantarillas de París el cuerpo inanimado de Marius. Su fuerza moral es más extraordinaria todavía puesto que se cree obligado a confesar a Marius que ha estado en el presidio, y se retira poco a poco de la vida de Cosette, su único amor. Su muerte es una apoteosis; le rodea el afecto de la joven pareja, pues Marius ha reconocido en él a su salvador.

A los 57 años Hugo, al borde de la vejez, la sublima magníficamente en *Booz endormi:*

Sa barbe était d'argent coniine un ruisseau d'avril…
…Car le jeune homme est beau, mais le vieillard est grand
…Et l'on voit de la flamme aux yeux des jeunes gens,
Mais dans l'oeil du vieillard on voit de la lumière.[109]

Aquí la espiritualidad —grandeza, luz— que caracteriza al patriarca se rejuvenece por la comparación de su barba con un

109 Su barba era de plata como un arroyo en abril… / …Pues el hombre joven es bello, pero el anciano es grande / …Y se ve el fuego en los ojos del joven, / Pero en los ojos del viejo se ve la luz.

arroyo en abril. Ha conservado seducción sexual puesto que Ruth se acuesta a sus pies, "el seno desnudo", en la esperanza de despertar su deseo.

L'art d'être grand-père es más un himno a la vejez que a la infancia. Hugo —volveremos al tema— la exalta a través de su propia figura. Pero también describe ese vínculo íntimo del abuelo y los nietos cuya existencia favorecía entonces la sociedad. En *Les misérables* ya había evocado con emoción la pareja constituida por Jean Valjean viejo y Cosette niña: "Cuando es ese viejo, uno se siente el abuelo de todos los niños". En el célebre *Jeanne était au pain sec*, subraya la reciprocidad del entretenimiento entre la nieta y el abuelo frente al rigor de los adultos. Socialmente, los dos están en una situación marginal. Pero el lazo que los une, piensa Hugo, es más profundo. En los trágicos griegos el niño y el anciano se parecen por su impotencia. En muchos primitivos la asimilación va mucho más lejos: se pone en el mismo grupo al niño, que apenas emerge del más allá, y al anciano que pronto volverá a sumirse. Los dos están en una situación de transición que los dispensa de ciertos tabúes. Hugo expresa con otro lenguaje una idea análoga. Se jacta de "haber inventado al niño"; el niño, descubierto en el siglo XVIII, ha ocupado un lugar importante en la literatura y las artes del siglo XIX. Pero antes que él nadie había destacado tanto las afinidades de la infancia y la vejez. Hay comunión espiritual, según él, entre el niño que está todavía más acá de la condición humana, y el viejo que se eleva por encima de ella. La moral y la razón mezquina de los adultos no les conviene; por su ingenuidad, por su sabiduría, están los dos cerca de los misterios del mundo, cerca de Dios:

Jeanne parle, elle dit des qu'elle ignore.
...Dieu, le bon vieux grand-père écoute émerveillé.[110]

110 Juana habla, dice cosas que ignora / ...Dios, el bueno y viejo abuelo, escucha maravillado.

Junto al niño, el hombre de edad recupera su infancia. A propósito del abuelo de Marius, Hugo habla de la "aurora" de una vejez plena. Dice también: "Sí, convertirse en abuelo es volver a la aurora".

Como hemos visto, los nietos eran a menudo el único consuelo de los viejos campesinos, hasta el día en que aquellos imitaban el papel de los adultos. El logro de Hugo en *L'art d'être grand-père* consistió en dar a un hecho social el valor y la profundidad de un niño.

La pareja viejo-niño conmovía al público. *El almacén de antigüedades*, de Dickens, tuvo un éxito enorme. La pequeña Nell y su abuelo, unidos por una profunda ternura, vagabundean por toda Inglaterra. El viejo esta espiritualmente disminuido por la desgracia, se arruina en el juego, roba a Nell para jugar de nuevo y premedita un robo; pero a través de estos extravíos, conmueve al lector por el amor que tiene a Nell y por el que ésta le profesa. Cuando Nell muere, se pasa los días junto a su tumba, y allí expira. Una pareja análoga aparece en *Sans famille*, de Héctor Malot, que tuvo también una gran popularidad. Un niño expósito, robado a la sociedad en el umbral de la vida, comparte la existencia errante de Pitalis, que había sido un cantante célebre, arruinado y exiliado de la sociedad en el umbral de la muerte.

La literatura del siglo XIX, en conjunto, consideró la vejez con un criterio mucho más realista. Describe a ancianos pertenecientes a las clases superiores: nobles, grandes burgueses, hacendados, industriales, pero también se interesa en los de las clases explotadas. El vínculo feudal del servidor y el amo sigue siendo caro a la burguesía; en *Madame Bovary*, en *Un coeur simple*, Flaubert pone en escena unas criadas cuya vida ha sido una larga abnegación. Pero la mayor parte de las veces los viejos son considerados como los sujetos de su propia historia. En Balzac, en Zola, en Dickens, en los novelistas rusos casi nunca se encuentran viejos obreros puesto que en realidad, en el

proletariado, no se llegaba a viejo. Pero ya hemos visto que las figuras de los viejos campesinos son numerosas. Y los novelistas han estudiado también los efectos de la edad en las diversas categorías sociales: militares, empleados, tenderos, etc. Utilizaré la abundante documentación que han proporcionado cuando estudie la experiencia individual de los ancianos. Es una cuestión que abordaron en el siglo XIX varios viejos escritores que hablaron de su propia vejez; la de Chateaubriand le inspiró páginas que figuran entre las más bellas que ha escrito. Estas confidencias nos ayudarán a comprender la manera en que los viejos experimentan su condición.

En el siglo XIX prosigue la urbanización de la sociedad que acarrea la desaparición de la familia patriarcal. Pero ésta ha subsistido durante bastante tiempo en ciertas regiones rurales de Francia. Chainson describe una en *Le crime des justes*. El viejo Arnal, a quien llaman el Consejero, venerado por todos, el Justo por excelencia, gobierna en las Cevenas una propiedad vasta y próspera. Es en su casa el amo absoluto. Una de sus nietas, retardada, queda embarazada por obra de uno de sus hermanos; el justo ordena a la familia matar y enterrar al recién nacido; así se hace. Hoy, en Francia, ese tipo de familia ya no existe. Subsiste en ciertos países; en las zonas rurales de Yugoslavia se han producido recientemente hechos análogos al que cuenta Chamson. En el sur de Italia, en Sicilia, en el sur de Grecia, ocurre que un padre ejecute a su hija por cuestiones de honor. La ley lo prohíbe, pero las costumbres lo toleran. En Córcega, en Cerdeña, los hijos obedecen al viejo padre.

Como la situación de los campesinos ha mejorado un poco y la civilización técnica ha quebrado más o menos el aislamiento de los agricultores, el abandono de los viejos inválidos, su condena a muerte son seguramente más raros que en el siglo XIX. Sin embargo, precisamente en las regiones mediterráneas donde el patriarca es más poderoso, sucede que,

cuando se debilita, lo ayuden a morir. Quizá, como entre ciertos primitivos, su descendencia tiranizada siente un alivio rencoroso al desembarazarse de él. Pero se trata también de zonas particularmente pobres donde una boca que alimentar es una pesada carga. Son casos excepcionales. En cambio es frecuente en Francia que el hijo, cansado de soportar la autoridad paterna, abandone la casa para irse a trabajar a la ciudad.[111]

En conjunto, los progresos de la industrialización han conducido a una disolución cada vez más acentuada de la célula familiar. El considerable envejecimiento de la población que se observa desde hace medio siglo en los países industriales ha obligado a la sociedad a sustituir a la familia, instituyendo una política de la vejez que examinaremos más adelante.

En las clases dirigentes se ha mantenido el equilibrio establecido en el siglo XIX, pues requieren tanto experiencia como inventiva. Los grandes movimientos políticos, nuevos y violentos, han sido dirigidos casi siempre por hombres jóvenes: la revolución rusa, el fascismo italiano, el nazismo, la revolución china, la revolución cubana, la guerra de independencia de Argelia. Los hombres de edad han ocupado lugares importantes en las sociedades conservadoras. Su única función era con frecuencia la de representación, como en Francia los presidentes de la república.[112] Pero algunos hombres de edad han desempeñado papeles activos, entre otros Thiers, que tenía 76 años cuando se retiró, en 1873; Clemenceau que tenía 77

111 Mauriac, en un *Bloc-notes* del otoño de 1969, evoca la dura condición de los campesinos viejos: "Recuerdo aquel viejo aparcero de una de nuestras granjas a quien sus hijos hacían trabajar hasta el extremo límite de sus fuerzas, y que cuando no pudo más decididamente y tuvo que detenerse, le reprocharon el pan que comía… y que no había ganado, y él lo aceptaba gimiendo, y llamaba a la muerte".

112 Jules Grévy se retiró a los 80 años, en 1887; René Coty dimitió a los 77 años, en 1958; Paul Doumer fue asesinado a los 75 años, en 1932; Fallières concluyó su mandato a los 72 años, en 1913. Mac-Mahon abandonó la presidencia a los 71 años, en 1879.

cuando asumió el poder en 1917, Churchill que lo abandonó a los 81, Adenauer a los 87. Otros hombres han envejecido en el poder en países donde la revolución había triunfado: Stalin, Mao Tse-tung, Ho Chi Minh. Hoy los dirigentes son por lo general jóvenes en los países en vías de desarrollo; Haile Selassie es una excepción: tiene un año menos que De Gaulle. En los otros, suelen ser viejos: De Gaulle, Franco, Tito, Salazar.[113] Pero sus colaboradores son hombres más jóvenes: en Francia el promedio de edad de los ministros no es muy elevado. En 1968 el de los diputados era de 55 años, el de los senadores 63. En el interior de los países, como en el de las naciones, hay una distribución del poder entre los ancianos y los hombres maduros; los jóvenes tienen en general poca influencia.

Un hecho sorprendente al que volveré a referirme en detalle pero que conviene señalar aquí es que el prestigio de la vejez ha disminuido mucho por el descrédito de la noción de experiencia. La sociedad tecnocrática de hoy no cree que con los años el saber se acumule, sino que caduca. La edad acarrea una descalificación. Los valores ligados a la juventud son apreciados.

Dado el número de documentos que poseemos sobre la condición actual de los viejos, los que proporciona la literatura tienen sólo un interés secundario. Por lo demás, son bastante pobres. Proust, cuyo tema esencial es la aventura del tiempo perdido y recobrado, ha hablado mucho y muy bien de la vejez. Pero es una excepción. En *Les faux-monnayeurs* Gide hace decir al viejo La Pérouse: "¿Por qué hay tan pocas referencias a los viejos en los libros? Eso se debe, creo, a que los viejos ya no son capaces de escribirlos y cuando uno es joven no se ocupa de ellos. Un viejo no interesa más a nadie". Es cierto que, formado en su subjetividad, el viejo no es un buen héroe de novela; está acabado, detenido, sin espera, sin esperanza; para él la suerte está echada, la muerte ya lo habita; por lo tanto, nada

113 Escrito en 1968.

de lo que puede sucederle es importante. Además, el novelista puede identificarse con un hombre más joven que él porque ha pasado por su edad, pero sólo conoce a los viejos desde afuera. Por eso sólo les concede en general un papel secundario y sus retratos suelen ser sumarios o convencionales. El siglo XX ha heredado estereotipos de los siglos anteriores. A lo largo del tiempo, en el plano social, psicológico, biológico, la noción de vejez se ha enriquecido. Sin embargo, los lugares comunes se han perpetuado. Poco importa que se contradigan; están tan gastados que se repiten en medio de la indiferencia general. La vejez es un otoño rico en frutos maduros; es también un invierno estéril y se evocan su frialdad, sus nieves, su escarcha. Tiene la dulzura de las tardes hermosas. Pero se le atribuye también la sombría tristeza de los crepúsculos. La imagen del "buen viejo" y la del "viejo cascarrabias" hacen buenas migas. Hay un mito que se ha desarrollado especialmente en nuestros tiempos: el del desapego propio de la edad avanzada. Montherlant, que siempre ha adoptado frente a las cosas y a las personas una actitud desdeñosamente distante, la atribuye al Rey de *La reine morte*, un hombre de edad que "se separa lentamente de lo humano", dice el autor en su comentario. Encuentra grandeza en la lúcida indiferencia de Ferrante:

"Para mí todo es repetición, estribillo, retornelo. Me paso los días volviendo a empezar lo que ya he hecho y volviendo a empezarlo menos bien. Aquello en que he triunfado, aquello en que he fracasado, todo tiene hoy para mí el mismo sabor. Y también los hombres me resultan demasiado parecidos entre sí... Una tras otra las cosas me abandonan.

"El arco de mi inteligencia se ha aflojado. De lo que he escrito, pregunto: '¿De quién es?'. Lo que había comprendido, he dejado de comprenderlo. Y lo que había aprendido, lo he olvidado. Me voy a morir, y me parece que todo está por hacer y que estoy en el mismo punto que a los veinte años.

"Debo tratar de hacer creer también que siento algo cuando ya no siento nada. El mundo apenas me roza.

"A mi edad se ha perdido el gusto de ocuparse de los demás. Hoy, nada más que un inmenso: '¡Qué me importa!' que cubre para mí al mundo".

El principal protagonista de la novela de Vailland, *La Loi*, es un hombre de 72 años, don Cesare, propietario rico y respetado. Lee mucho, posee antigüedades, escribe la historia de una antigua ciudad griega, situada en otro tiempo en la región de Italia donde vive. Goza de excelente salud todavía el mejor cazador de la región y gran mujeriego: ha tenido la virginidad de casi todas las muchachas del pueblo y vive rodeado de mujeres una de las cuales comparte su lecho. Pero desde hace ya mucho tiempo ha aprendido a *desinteresarse*. Torturar a sus herederos ya no le interesa, pues sabe que el servilismo humano no tiene límites. En apariencia su vida es lo que ha sido siempre. Duerme con Elvire, pero no le habla y rara vez la toca. Caza, pero "su mirada no se enciende". Habla, pero "sus palabras resuenan en un mundo sin eco". Contempla todavía sus antigüedades, pero ya no toma notas. No tiene ni amor ni odio ni deseo y se siente semejante a esos "desocupados" que se cruzan de brazos el día entero en la plaza de la aldea. Es probable que a pesar de ser joven todavía, Vailland comenzara a experimentar por propia cuenta ese "desinterés" que le parecía el signo de la "cualidad" de un individuo.

Hay que señalar el lugar muy especial que ocupa la vejez en lo que se ha llamado el "teatro del absurdo". En *Les chaises*, de Ionesco, vemos a una vieja pareja encerrada en el recuerdo —magnificado y delirante— de su pasado, que se esfuerza por resucitarlo. Dan una recepción a la que no viene nadie, acogen a invitados invisibles, los ubican circulando entre sí, tropezando uno con otro, mientras que el escenario se va llenando de sillas vacías; a través de su aberración, la misma realidad que evocan —veladas brillantes, reuniones mundanas— resulta irrisoria. Y cuando al fin saltan por la ventana es porque al perder su vida todo sentido descubren que nunca lo ha tenido.

En Beckett se encuentra una impugnación análoga de la existencia por su lamentable degradación final. La vieja pareja que en *Fin de partie* evoca, de un cubo de basura a otro, la felicidad y el amor pasados, constituye una condena de todo amor, de toda felicidad. En *La Dernière Bande*, en *Ah! les beaux jours!* el tema, tratado con crueldad, es el desmenuzamiento de la memoria y por lo tanto de toda nuestra vida tras nosotros. Los recuerdos aparecen en desorden, mutilados, arruinados y como extraños. Es como si nada hubiera ocurrido y de ese vacío emerge el momento presente que no es más que una chochera que vegeta. Lo más grotesco es que a través de esta derrota los personajes se aferran al mito de que envejecer es instruirse, progresar. En realidad, envejecer es: "Caer rodando despacito en la vida eterna recordando... toda esa lamentable desdicha... como si... nunca hubiera sido".[114]

En la novela *Molloy*, el héroe, que ya tiene sus años al comienzo del relato, se degrada cada vez más; se le pone rígida la otra pierna; pierde la mitad de los dedos del pie; al principio, a pesar de esa invalidez, se las arregla para andar en bicicleta, después ya no lo consigue, se arrastra a pie, con muletas, pero termina reptando solamente. A lo largo de esa descomposición, su principal tarea es evocar recuerdos, pero se le desmenuzan, son nebulosos, inconsistentes, seguramente falsos. La vida es sólo la memoria que de ella tenemos, y la memoria no es nada. Esa nada ocupa tiempo, el tiempo transcurre, todo se va a ninguna parte; nos movemos sin cesar y en ese viaje sin destino permanecemos inmóviles. A la luz de la vejez descubrimos esa verdad de la vida que no es en el fondo más que una vejez oculta bajo oropeles. La vejez no es en Ionesco, en Beckett, el límite extremo de la condición humana sino, como en *El Rey Lear*, esa condición misma por fin desenmascarada. No inte-

114 *Tous ceux qui tombent*. Los puntos suspensivos son del autor.

resan los viejos por ellos mismos; son utilizados como medios para expresar una concepción del hombre.

Como lo habíamos anunciado, no hemos esbozado en este capítulo una historia de la vejez, sino que hemos descripto solamente las actitudes de las sociedades históricas con respecto a los viejos y las imágenes que de ellos se han forjado. Todas las civilizaciones conocidas se caracterizan por la oposición de una clase explotadora y clases explotadas. La palabra vejez abarca dos especies de realidades profundamente diferentes según se considere ésta o aquélla. Lo que falsea las perceptivas es que las reflexiones, las obras, los testimonios que conciernen a la postrera edad siempre han reflejado la condición de los eupátridas; sólo ellos hablan y, hasta el siglo XIX, no hablan más que de ellos. Ante todo volveremos a referirnos sucintamente a la situación de esos privilegiados.

Minoritarios, improductivos, su suerte ha dependido de los intereses de la mayoría activa. Cuando ésta deseaba evitar entre sus miembros rivalidades anárquicas, mantener el orden establecido, le convenía elegir como intermediarios, árbitros o representantes a hombres de una especie diferente acerca de cuya autoridad todos pudieran entenderse: los viejos eran los indicados.[115] A veces detentaban un poder real; a veces desempeñaban el papel que tienen en ciertos cálculos los números imaginarios: indispensables para el desarrollo de las operaciones, una vez obtenido el resultado se eliminan. La vejez fue poderosa en la China jerárquica y repetitiva, en Esparta y en las oligarquías griegas, en Roma hasta el siglo II antes de Cristo. No ha desempeñado ningún papel político en los períodos de cambio, de expansión, de revolución. En las épocas en que

115 Entre los primitivos, cumplen a menudo esta función de intermediario y de árbitro.

la propiedad se institucionalizó, la clase dominante respetó a los propietarios en la medida en que estaban alienados a su propiedad; la edad no era una descalificación; acumulando a lo largo de sus vidas bienes inmobiliarios, mercancías o dinero, los viejos, en la medida en que eran ricos, tenían un gran peso en la vida pública y en la vida privada.

La ideología de la clase dominante apunta a justificar sus conductas. Cuando es gobernada o influida por personas de edad, concede valor a la vejez. Filósofos y ensayistas han vinculado la noción de vejez con la de virtud y alabado la experiencia que confiere. La vejez sería la terminación de la vida en el doble sentido de la palabra: la acaba y es su realización suprema. Aquel que ha acumulado años y años de vida es el ser viviente por excelencia; representaría en cierto modo una concentración de ser. La vejez será, pues, honrada como tal. Para llegar a ciertas dignidades, a ciertos títulos, la edad es una calificación. Rendir homenaje a la vejez es el sentido de esos *jubileos* tan frecuentes, sobre todo en Alemania: el 70°, el 80° aniversario de un músico, de un filósofo motivan solemnes festividades.

Sin embargo, aun cuando el buen orden social obliga a las generaciones más jóvenes a reconocer a la más vieja una autoridad política o económica, la soportan a menudo con impaciencia. Sensibles a una decadencia física que temen para ellos mismos, los jóvenes se las toman con las gentes de edad, las ridiculizan.[116] Al mito del gran anciano enriquecido por el número de años que tiene, se opone el del viejo encogido, reseco, apergaminado como Titón y la sibila de Tíbur. Vaciado de su sustancia es un hombre disminuido y mutilado.

Además, aunque se haya guardado silencio al respecto, la condición de los viejos explotados ha influido profundamente en la concepción de los privilegiados. Sobre ella tenemos vagas

116 Se ha encontrado también esta ambivalencia en ciertos primitivos.

nociones. Al parecer fueron muy poco numerosos en la Edad Media y hasta el siglo XVIII; en el campo y en las ciudades los trabajadores morían jóvenes. Los que sobrevivían estaban a cargo de una familia en general demasiado pobre para mantenerlos; recurrían a la caridad pública, a la de los castillos y los conventos. En ciertas épocas aun esos recursos les fueron negados; su suerte fue particularmente dura en el momento en que nació el capitalismo en la Inglaterra puritana y en el siglo XIX, durante la revolución industrial. La sociedad nunca los ha explotado directamente en la medida en que no tenían fuerza de trabajo que vender, pero han sido igualmente víctimas de la explotación. En su juventud y en su madurez las clases dominantes no les habían acordado más que lo que necesitaban para reproducirse; una vez gastados en la tarea, los abandonaban con las manos vacías.

Inútiles, inoportunos, su suerte se parecía a la que les reservan las sociedades primitivas. Dependían esencialmente de la familia. Por afecto o por temor de la opinión pública, algunos les manifestaban solicitud o por lo menos los trataban correctamente. Pero las más de las veces eran descuidados, abandonados en un hospicio, expulsados e incluso muertos clandestinamente.

La clase dominante asistía con indiferencia a esos dramas; sus esfuerzos para socorrer a los viejos pobres siempre han sido irrisorios. Desde el siglo XIX se han vuelto numerosos, no ha podido ignorarlos. Para justificar su salvaje indiferencia se ha visto obligada a desvalorizarlos. Más que el conflicto de generaciones, la lucha de clases es la que ha dado a la noción de vejez su ambivalencia.

IV

LA VEJEZ EN LA SOCIEDAD DE HOY

Todo el mundo lo sabe: la condición de los viejos es hoy escandalosa. Antes de examinarla en detalle hay que tratar de comprender por qué razón la sociedad se desentiende tan fácilmente de ella. De una manera general cierra los ojos a los abusos, los escándalos, los dramas que no conmueven su equilibrio; no se preocupa más de la suerte de los niños abandonados, de los jóvenes delincuentes, de los disminuidos, que de los viejos. Pero en este último caso su indiferencia resulta aun más asombrosa; cada miembro de la colectividad debería saber que su porvenir está comprometido; y casi todos tienen relaciones individuales y estrechas con ciertos viejos. ¿Cómo explicar su actitud? La clase dominante es la que impone a las personas de edad su estatuto, pero el conjunto de la población activa es su cómplice. En la vida privada, ni hijos ni nietos se esfuerzan por suavizar la suerte de sus ascendientes. Veamos, pues, cuál es, en general, la actitud de los adultos y los jóvenes con respecto a la vieja generación.

Una sociedad de una totalidad destotalizada. Los miembros están separados pero unidos por relaciones de reciprocidad; se comprenden unos a otros, no en la medida en que son todos hombres abstractos, sino a través de la diversidad de su praxis.

"El fundamento de la comprensión es la complicidad de principio con toda empresa; cada fin, en tanto ha sido sig-

nificado, se destaca sobre la unidad orgánica de todos los fines humanos".[1] La reciprocidad, dice Sartre, implica: 1º que el otro sea medio de un fin trascendente; 2º que yo lo reconozca como praxis al mismo tiempo que lo integro como objeto en mi proyecto totalizador; 3º que reconozca su movimiento hacia sus fines en el movimiento por el cual me proyecto hacia los míos; 4º que me descubra como objeto e instrumento de sus fines por el acto mismo que lo constituye para mis fines como instrumento objetivo. En esta relación cada uno hurta al otro un aspecto de lo real y le indica sus límites: el intelectual se conoce como tal frente a un trabajador manual.

La reciprocidad exige esencialmente que a partir de mi dimensión teleológica yo aprehenda la del otro. Cuando, en casos patológicos de despersonalización, el enfermo no tiene más vínculo con sus propios fines, entonces los hombres se le aparecen como los representantes de una especie extraña. Lo que ocurre en el caso de la relación del adulto con el viejo es la inversa. El viejo —salvo excepciones— ya no *hace* nada. Se define por una *exis*, no por una *praxis*. El tiempo lo lleva hacia un fin —la muerte— que no es su fin, que no es establecido por un proyecto. Y por eso para los individuos activos se presenta como una "especie extraña" en la que no se reconocen. He dicho que la vejez inspira una repugnancia biológica; por una especie de autodefensa, el hombre la rechaza lejos de sí; pero esta exclusión sólo es posible porque la complicidad de principio con cualquier empresa ya no interviene en su caso.

Hasta cierto punto esta condición del viejo es simétrica de la del niño con el que el adulto tampoco establece reciprocidad. No es casualidad que se hable en las familias de un niño "extraordinario para su edad" y también de un viejo "extraordinario para su edad"; lo extraordinario es que, no siendo todavía o no siendo ya hombres, tengan conductas humanas.

1 Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*.

Se ha visto que en varias comunidades primitivas pertenecen a la misma clase de edad y que en el curso de la Historia la actitud de los adultos es en general análoga con respecto a los unos y los otros. Sólo que como el niño es un futuro activo, la sociedad al invertir en él garantiza su propio futuro, mientras que a sus ojos el viejo es un muerto a plazo fijo.

La idea de no reciprocidad no basta para definir positivamente la relación del adulto con las gentes de edad. Depende de la relación de los hijos con los padres y sobre todo —puesto que vivimos en un mundo masculino y que la vejez es ante todo un problema masculino— de la relación que los hijos tienen, a través de su madre, con su padre.

Según Freud, esa relación se caracteriza por su ambivalencia.[2] El hijo respeta a su padre, lo admira, desea identificarse con él e incluso sustituirlo; este último deseo engendra odio y temor. Los héroes míticos se rebelan siempre contra su padre y terminan por matarlo. En la realidad el asesinato es simbólico. La imagen del padre es despojada de su prestigio; entonces el hijo puede reconciliarse con él. Pero la reconciliación sólo queda concluida cuando en realidad ha ocupado su lugar. Así, dice Freud, en el cristianismo ha habido una reconciliación que ha conducido a la destitución del padre, pues Cristo pasó a primer plano. Mientras el antagonismo existe no es recíproco; está vivo en el hijo, en forma de agresividad, de rencor, y en general no aparece en el padre. Seguramente el rencor agresivo-sexual proporciona el marco en que se desarrolla la relación unívoca de los jóvenes con los viejos. (El rencor de éstos hacia aquéllos, cuando aparece, es sólo una reacción secundaria.) Se mata al padre desvalorizándolo; pero para eso conviene desacreditar a la vejez como tal.

Lo que caracteriza a la actitud práctica del adulto con respecto a los viejos es su duplicidad. El adulto se pliega hasta

2 *Tótem y tabú*. *Moisés y el monoteísmo*.

cierto punto a la moral oficial que hemos visto imponerse en los últimos siglos y que le prescribe respetarlos. Pero le conviene tratarlos como a seres inferiores y convencerlos de su decadencia. Se dedicará a hacer sentir a su padre sus deficiencias, sus torpezas, con el fin de que el viejo le ceda la dirección de sus negocios, le ahorre sus consejos y se resigne a un papel pasivo. Si la presión de la opinión lo obliga a ayudar a sus viejos padres, pretende gobernarlos a su gusto; y tendrá tanto menos escrúpulos cuanto más incapaces los crea de dirigirse solos.

El adulto tiraniza de una manera solapada al viejo que depende de él. No se atreve francamente a darle órdenes, pues no tiene derecho a su obediencia; evita atacarlo de frente, lo maneja. Desde luego, alega el interés del anciano. Toda la familia se hace cómplice. Se procede a minar la resistencia del abuelo, se lo abruma con deferencias que lo paralizan, se lo trata con una benevolencia irónica, se le habla haciéndose el tonto e incluso se cambian por detrás de él miradas cómplices, se dejan escapar palabras hirientes. Si la persuasión, la astucia no consiguen hacerlo ceder, no se vacila en mentirle o en recurrir a la fuerza. Por ejemplo, se le convence de entrar provisionalmente en una pensión para ancianos, donde queda abandonado. La mujer, el adolescente que dependen económicamente de un hombre adulto tienen más defensas que el viejo: la esposa presta servicios, el de lecho y trabajo doméstico; el adolescente llegará a ser un hombre, que podrá pedir cuentas; el viejo no hará sino bajar hacia la decrepitud y la muerte; no sirve para nada. Puro objeto molesto, inútil, lo que se desea es poder tratarlo como un cero a la izquierda.

En esta lucha los intereses en juego no son sólo de orden práctico, sino también de orden moral; lo que se quiere es que los viejos se conformen a la imagen que la sociedad se hace de ellos. Se les imponen obligaciones en cuanto a la vestimenta, decencia de maneras, respeto de las apariencias. La represión se ejerce sobre todo en el terreno sexual. Cuando en *El adolescente* el viejo príncipe Sokolski piensa en volver a casarse, su familia monta guardia a su alrededor por cuestiones de inte-

rés, pero también porque la idea la escandaliza. Amenazan con meterlo en un asilo de alienados; terminan por secuestrarlo y muere. He conocido dramas análogos en familias burguesas de este siglo.

Con respecto a su madre, las hijas suelen tener resentimiento y su actitud es análoga a la de los hijos con el padre. Los afectos menos ambivalentes son los que la hija siente por el padre y el hijo por la madre. Cuando el ascendiente a quien quieren se pone viejo, son capaces de ser abnegados con él. Pero si están casados, la influencia del cónyuge limita a menudo su generosidad.

Cuando el adulto no tiene un vínculo personal con ellos, los viejos suscitan en él un desprecio teñido de asco; se ha visto cómo a lo largo de los siglos los autores cómicos han explotado este sentimiento. El hombre de edad es para el más joven su caricatura, se divierte en ridiculizarlo para desolidarizarse con él por medio de la risa. En esta burla hay a menudo sadismo. En Nueva York me desconcertó ver, en el Bowery, el célebre cabaret donde cantan y bailan, alzándose las faldas, unas octogenarias horribles. El público se torcía de risa; ¿qué significaba en realidad esa hilaridad?

Hoy los adultos se interesan por el viejo de otra manera: es un objeto de explotación. En los Estados Unidos, sobre todo, pero también en Francia, se multiplican las clínicas, pensiones de ancianos, casas de descanso, residencias, incluso ciudades y aldeas donde se hace pagar lo más caro posible, a las personas de edad que tienen los medios necesarios, un confort y una atención que dejan a menudo que desear.[3]

En las circunstancias extremas, los viejos son siempre perdedores, pues padecen la contradicción de su condición. En los campos de muerte eran las primeras víctimas elegidas; como no tenían ninguna capacidad de trabajo, sus posibilidades eran

3 Véase Apéndice II, pág. 677.

nulas. Sin embargo, los norteamericanos en el Vietnam los someten a "apremios ilegales" con el mismo salvajismo que a los adultos, pues son tan capaces como cualquiera de dar informaciones.

La relación de los jóvenes y los adolescentes con los viejos no reflejan tanto la que tienen con el padre como con el abuelo; desde el siglo pasado suele haber entre éste y el nieto un afecto recíproco. En rebelión contra los adultos, las gentes de edad les parecen, como ellos mismos, unos oprimidos y se solidarizan con ellos. En Checoslovaquia fueron los jóvenes los que, a partir de enero de 1968, lanzaron una campaña indignada en favor de los viejos. La gerontofilia que manifiestan algunas mujeres jóvenes se explica por una fijación en la imagen del abuelo. (Entre los muchachos no existe; salvo en casos patológicos, suelen buscar en su compañera sexual a la madre pero no a la abuela.) Sin embargo, si los abuelos son una carga para la familia, los jóvenes encuentran injusto tener que imponerse sacrificios para prolongar su existencia. En el cruel y encantador film español *El cochecito*, la muchacha esperaba con impaciencia la muerte del abuelo porque codiciaba la habitación que él ocupaba. Este rencor se extiende con frecuencia a todos los viejos. Los jóvenes envidian sus privilegios económicos o sociales, les parece que son sólo cascajos. Menos hipócritas que los adultos, expresan más abiertamente su hostilidad.

Muchos niños quieren a sus abuelos[4] y se les enseña a respetar a los ancianos. Sin embargo, si pertenecen a las clases inferiores, el niño tiene tendencia a reírse de ellos; en ese adulto en decadencia, debilitado y extraño, se venga de todo el universo adulto que lo oprime. Recuerdo cómo, en La Grillère, mis primos, seguidos por mi hermana y por mí, se burlaban de sus viejos maestros; a causa de su inferioridad social, las perso-

4 Véase en *La bastarda* el amor de Violette Leduc por su abuela Fidéline. Volveré a referirme con más detalle a la relación de nietos y abuelos.

nas mayores nos lo permitían con indulgencia. Vian no estaba tan lejos de la verdad cuando imaginó en *L'Arrache-coeur* una feria de viejos: los viejos pobres son vendidos en subasta y los padres los regalan a los niños para que se diviertan con ellos.

"De todos los fenómenos contemporáneos, el menos discutible, el más seguro en su marcha, el más fácil de prever con mucha anticipación y quizá el más cargado de consecuencias es el envejecimiento de la población", escribe Sauvy.

Desde la Antigüedad, las esperanzas de vida al nacer no han cesado de aumentar; eran de 18 años bajo los romanos, de 25 en el siglo XVII. Entonces el "hijo medio" tenía 14 años a la muerte de su padre (mañana tendrá 55 o 60). De cien niños, veinticinco morían antes de 1 año, otros veinticinco antes de 20 años, veinticinco entre 20 y 45 años. Sólo una decena llegaba a los 60. Un octogenario —que la leyenda transformaba en centenario— era una excepción; se lo consideraba como un oráculo y la comunidad a la que pertenecía lo exhibía con orgullo. En el siglo XVIII la esperanza de vida en Francia era de 30 años. Durante largos siglos, la proporción de los individuos de más de 60 años varió muy poco: alrededor del 8,8%. El envejecimiento de la población empezó en Francia a fines del siglo XVIII y un poco más tarde el mismo fenómeno se produjo en otros países. En 1851 había en Francia un 10% de personas de más de 60 años; ahora hay casi un 18%, o sea 9.400.000, la mitad de los cuales aproximadamente son de regiones rurales. Es decir que desde el siglo XVIII la proporción de viejos en la población se ha duplicado. En octubre de 1969 había en Francia 6.300.000 personas de más de 65 años, es decir, más del 12%, de la población; alrededor de 3/5 son mujeres.[5] Según un

5 Un censo anterior daba 2 millones de hombres y 3.300.000 mujeres de más de 65 años.

informe establecido en septiembre de 1967, la proporción de personas de más de 65 años pasó, entre 1930 y 1962, del 7,6% al 10,6% en los seis países del Mercado Común; y del 7,8% al 11,5% en el conjunto constituido por los países escandinavos, Gran Bretaña e Irlanda. En los Estados Unidos se cuentan 16 millones de personas de más de 65 años, lo que representa el 9% de la población, mientras que esa proporción era del 2,5% en 1850 y del 4,1% en 1900. La proporción de octogenarios se duplicó en Francia desde comienzos de siglo; se calcula 1 millón, 2/3 del cual son mujeres. Se prevé que ese envejecimiento se acentuará hasta 1980, en que habrá en Francia un 19% de personas de más de 60 años, el 14% por encima de 65. Se cree que en 1980, como el índice de natalidad ha aumentado desde 1946, la situación se estabilizará. Si se deja de lado el caso de Alemania oriental, donde durante estos últimos veinte años una importante emigración ha vaciado en parte al país de sus elementos jóvenes, en Francia y en Suecia es donde es más acentuado el envejecimiento de la población. Las causas son las mismas en todas partes: disminución de la mortalidad infantil y disminución de la natalidad. La mortalidad infantil pasó en un siglo del 40% al 2,2%. Ese hecho ha elevado la esperanza de vida, en Francia, a 68 años para los hombres y a 75 para las mujeres; en los Estados Unidos, a 71 años para los hombres y a 77 para las mujeres. En realidad, el hombre que ha llegado a la edad adulta no tiene ante sí un porvenir mucho más dilatado que sus abuelos: un francés de 50 años podía esperar 18 años de vida en 1805 y ahora puede calcular 22. El envejecimiento de la población no significa, pues, que el límite de vida se haya desplazado seriamente, sino que la proporción de gentes de edad es mucho mayor. Este cambio se ha producido en detrimento de la proporción de jóvenes, pues la de adultos permanece más o menos fija; es como si la población, dice Sauvy, hubiera basculado en torno a un eje central en que los jóvenes han sido reemplazados por los viejos. Este fenómeno se observa en casi todos los países occidentales, y se combina

con un crecimiento absoluto de la población (salvo en Irlanda, que se ha despoblado).

Los países subdesarrollados son, por el contrario, países jóvenes. En muchos de ellos el índice de mortalidad infantil sigue siendo muy elevado; aun en aquellos donde es reducido, la subalimentación, la insuficiencia de la atención médica, las condiciones materiales en general obstaculizan la longevidad. En ciertos países la mitad de la población tiene menos de 18 años. En la India hay el 3,6% de viejos; alrededor del 2,45% en Brasil y el 1,46% en Togo.

En las democracias capitalistas el envejecimiento de la población plantea una nueva cuestión. Es "el monte Everest de los problemas sociales actuales", ha dicho Ian Mac Leod, ministro inglés de Sanidad. No sólo las personas de edad son mucho más numerosas que antes, sino que ya no se integran espontáneamente en la sociedad; ésta se ve obligada a decidir sobre su condición y sólo puede hacerlo en el plano gubernamental. La vejez se ha convertido en objeto de una política.

En efecto; en la sociedad antigua, compuesta esencialmente de campesinos y artesanos, había una exacta coincidencia entre la profesión y la existencia; el trabajador vivía en el lugar de trabajo; las tareas productivas y las tareas domésticas se confundían. En los artesanos altamente calificados, la capacidad aumentaba con la experiencia y por lo tanto con los años. En los oficios donde esa capacidad declinaba con la edad, existía dentro del sistema de explotación una división del trabajo que permitía adoptar las tareas a las posibilidades de cada uno. Cuando llegaba a la incapacidad total, el viejo vivía con su familia, que le garantizaba la subsistencia. Como se ha visto, su suerte no siempre era envidiable. Pero la colectividad no tenía que preocuparse por él.

Hoy el obrero vive en un lugar y trabaja en otro, a título puramente individual. La familia es ajena a sus actividades productivas. Se reduce a una o dos parejas de adultos, cargados de niños todavía incapaces de ganarse la vida; con tan magros re-

cursos, es imposible mantener a los pobres viejos. Sin embargo, el trabajador está condenado a la inactividad mucho antes que en el pasado; la tarea en que se ha especializado sigue siendo la misma durante toda su vida y no se adapta a las posibilidades de todas las edades.

Ya lo he dicho: a fines del siglo XIX el viejo trabajador despedido de su empleo quedaba dramáticamente abandonado a sí mismo. Las colectividades se vieron obligadas a ocuparse del problema. Lo hicieron no sin resistencias.

La pensión se concibió primero como una recompensa. Ya en 1796 Tom Paine aconsejaba recompensar con una pensión a los trabajadores de 50 años. En Bélgica y Holanda se concedieron pensiones en el sector público a partir de 1844. En Francia, en el siglo XIX, los militares y los funcionarios fueron los primeros en recibir pensiones; el Segundo Imperio les otorgó después a los mineros, los marinos, los obreros de los arsenales, los ferroviarios. Se consideraba que recompensaban, en profesiones peligrosas, un largo período de leales servicios. La atribución se hizo organizada y habitual con dos condiciones: largos años de trabajo y una edad determinada.

Alemania conoció a fines del siglo XIX un rápido ascenso del capitalismo y una considerable expansión industrial; paralelamente, la agitación socialista aumentó y se fortificó. Bismarck comprendió que para encauzarla había que garantizar al proletariado un mínimo de seguridad. De 1883 a 1889 creó el sistema de seguros sociales, que se completó y extendió de 1890 a 1910. Esencialmente destinada a cubrir los riesgos de los accidentes de trabajo, protegía también a los asalariados contra la invalidez de la vejez. Se exigían cotizaciones tanto a los empleadores como a los obreros, y el Estado pagaba, llegado el caso, una subvención. Ese tipo de régimen se estableció después en Luxemburgo, Rumania, Suecia, Austria, Hungría y Noruega. Hay otra concepción de la jubilación: la protección de los asalariados se financia gracias a impuestos. Este régimen es el que se impuso en Dinamarca en 1891, en Nueva Zelanda

en 1898, y se esbozó en el Reino Unido en 1908 para adoptarse en 1925. En Francia la ley del 5 de abril de 1910 sobre la jubilación de obreros y campesinos quedó parcialmente sin aplicarse; la jurisprudencia no se atrevió a obligar a los asalariados ni a los empleadores a pagar las cotizaciones. La ley del 5 de abril de 1928, modificada por la del 30 de abril de 1930, fue el primer esfuerzo serio por asegurar una jubilación a los viejos trabajadores. Era un régimen híbrido de capitalización y repartición. En 1933, cuando la C.I.T. aprobó las convenciones Nº 35 a 40 sobre pensiones de ancianos, había ya veintiocho países, seis de ellos no europeos, que habían creado regímenes de pensiones. El 14 de mayo de 1941, en Francia, una ley acordó un subsidio especial a los trabajadores más desheredados. Fue la ordenanza del 19 de octubre de 1945, que organizó el seguro de la vejez.

La pensión fue acordada primero para los asalariados de las empresas comerciales e industriales; debía extenderse al conjunto de la población, pero ese proyecto fracasó debido a la oposición de las clases medias no asalariadas. En 1956 se creó un Fondo Nacional de Solidaridad y hoy el 80% de los franceses recibe pensiones por jubilación. En 1964, entre los 112 Estados miembro de la C.I.T., 68 tenían regímenes de retiro. Un régimen nacional de seguridad social es por lo general demasiado oneroso para los países en vías de desarrollo. Irlanda no tiene seguro social sino solamente asistencia.

El Estado fija la edad en que el trabajador tiene derecho a una jubilación; es también la que eligen los empleadores públicos y privados para licenciar a su personal, y por lo tanto aquella en la que el individuo pasa de la categoría activa a la inactiva. ¿En qué momento sobrevendrá ese cambio? ¿A cuánto se elevarán los fondos pagados? Para decidirlo, la sociedad debe tener en cuenta dos factores: su propio interés y el de los pensionistas.

Entre los países capitalistas, hay tres que consideran como un imperativo asegurar a todos los ciudadanos una suerte de-

cente: Suecia, Noruega y Dinamarca. Poco poblados, la vida política se desenvuelve en ellos sin grandes conflictos y, en pleno régimen capitalista liberal, se ha edificado una especie de socialismo. Para garantizar a cada uno la protección más completa posible, los ingresos elevados son objeto de pesados impuestos y los productos de lujo tienen gravámenes severos. Las gentes de edad se benefician de estas disposiciones, sobre todo en Suecia que tiene un 12% de ancianos y la media de edad más elevada de Europa: 76 años. La primera legislación sobre la vejez sólo data de 1930, pero el sistema de seguros cubre ahora la totalidad de la población y mejora constantemente. Cualesquiera que sean sus recursos, todo ciudadano cobra una pensión a partir de los 67 años, edad fijada para el retiro. El mínimo de base es de 4.595 coronas suecas[6] para una persona sola, 7.150 para una pareja. En 1960 entró en vigor un régimen de pensiones suplementarias; en total, el jubilado cobra los dos tercios de su salario medio anual, calculado con arreglo a los quince años en que ha sido mejor pagado. Los funcionarios y los militares de carrera cesan en sus actividades a los 65 años. Algunos otros trabajadores los interrumpen en el mismo momento y quedan cubiertos durante dos años por seguros privados. Pero en general, como las tareas se adaptan a las diferentes edades y no exigen jamás un esfuerzo excesivo, prefieren ejercer su oficio hasta el final. La situación es análoga en Noruega, donde el límite de edad es de 70 años, y en Dinamarca, donde es de 65 a 67 años para los hombres y de 60 a 62 para las mujeres.

Las cosas son muy diferentes en los otros países capitalistas. Se tienen en cuenta casi exclusivamente los intereses de las economías, es decir, del capital, y no los de las personas. Eliminados muy pronto del mercado del trabajo, los jubilados constituyen una carga que las sociedades basadas en el lucro

---

6 1 corona sueca = 1 dólar aproximadamente.

asumen con tacañería. Permitir a los trabajadores que permanezcan activos mientras puedan y después garantizarles una vida decente es una solución correcta. Jubilarlos tempranamente asegurándoles un nivel de vida satisfactorio es también una opción válida. Pero las democracias burguesas, cuando privan a los individuos de la posibilidad de trabajar, los condenan en su mayoría a la miseria. En Francia, en particular, la política adoptada con respecto a la vejez es escandalosa. Inmediatamente después de la guerra se hizo un esfuerzo por elevar la natalidad y se dedicó gran parte del presupuesto a las prestaciones familiares; la vejez quedó sacrificada. El gobierno, que tenía clara conciencia de ello, creó el 8 de abril de 1960 una Comisión de Estudio de los Problemas de la Vejez, presidida por Laroque, que publicó un informe sobre la cuestión, con resultados nulos.

La edad de la jubilación es de 65 años para ambos sexos en Bélgica, Alemania occidental, Luxemburgo y los Países Bajos; en Austria, el Reino Unido y Grecia, es de 65 años para los hombres, y 60 para las mujeres. El límite es generalmente más bajo para los mineros; suele serlo también en el ejército, la gendarmería, la aviación civil, los transportes, la enseñanza primaria. En Francia la jubilación se ha fijado a los 55 años para la policía y los maestros primarios, que pueden aplazarla hasta los 60 si lo desean; a los 60 años para muchos funcionarios y en particular el personal docente; a los 65 para otros, por ejemplo, los que trabajan en la prefectura del Sena. En muchas empresas privadas el reglamento interno fija en 65 años la edad de la jubilación; en unas pocas —3% contra 97%— a los 60 años. A veces no hay reglamento; los retiros se sitúan alrededor de los 65 años.

Ciertos regímenes de asistencia presuponen que la vejez equivale a incapacidad de trabajo, y la jubilación es una ayuda acordada a los necesitados; así se prohíbe al que la percibe cualquier trabajo retribuido. Hasta 1968, en Bélgica no tenía derecho más que a 60 horas por mes de trabajo pagado; en la actualidad se le acuerdan 90. Otros países estiman que es un

deber de la colectividad hacerse cargo de los trabajadores viejos. La acumulación pensión-trabajo es autorizada sin reserva en Francia, Alemania, Luxemburgo, Países Bajos y Suiza. Los jubilados aprovechan, si pueden, esta tolerancia. Una encuesta relativa a 2.500 personas hecha en Francia, en julio de 1946, por el Instituto Nacional de Estudios Demográficos, estableció que el 29% de ellas trabajaba un promedio de 25 horas semanales, a veces en un sector relacionado con el de su actividad anterior: los profesores dan lecciones, un inspector de contribuciones se convierte en asesor financiero a título privado. Se ha calculado que hoy, para ir tirando, más de un tercio de las personas de más de 60 años y un cuarto de más de 65, hacen pequeños trabajos, sobre todo las mujeres, que se dedican a la limpieza. Se les pagan tarifas inferiores a las sindicales.

En conjunto se comprueba desde hace medio siglo una reducción de la mano de obra de edad. Entre 1931 y 1951, mientras que la proporción de ancianos aumentaba en todas partes, el número de trabajadores viejos ha disminuido. En Francia —uno de los países en que su proporción es más elevada— pasó, dentro del conjunto de la población vieja, del 59,4% al 36,1%; en Italia, del 72% al 33%; en Suiza, del 62,5% al 50,7%. Es cierto que hoy el número de septuagenarios y octogenarios es mayor que antes. Pero aun si se examina el grupo de edad que va de 65 a 69 años, se observa una disminución de la proporción de trabajadores. Hay ancianos activos entre los agricultores, los jefes de establecimientos, los pequeños patronos, los artesanos, los trabajadores independientes; entre las mujeres, en la agricultura, el personal doméstico, los servicios de sanidad, el comercio. Pero en el sector industrial, la edad acarrea una devaluación, tanto en los cuadros y empleados como entre los obreros.

A priori, los empleadores desconfían de las personas de edad; es algo que salta a la vista cuando se examinan las ofertas de empleo. En casi todos los países el límite de edad estipulado va de 40 a 45 años. En los Estados Unidos 23 estados

tienen leyes que prohíben toda discriminación de edad, pero los empleadores dan al servicio de empleo instrucciones oficiosas que la tienen en cuenta. Según una encuesta hecha en Nueva York en 1953, 94 agencias consideraban al postulante de edad como su peor enemigo: "Habla demasiado, nada le conviene, está esclerosado, carece de disciplina y de control de sí mismo". Según otra encuesta hecha en 1963 en ocho grandes ciudades de los Estados Unidos, un quinto de los servicios de colocaciones fijaba el límite de edad en 35 años, un tercio en 45 años. En Bélgica y Austria hay servicios públicos en que la contratación se hace por debajo de los 40 años. En el Reino Unido, el 50% de las ofertas de empleo recibidas por las oficinas de colocaciones estipula: por debajo de 40 años. En Francia, de 41.000 ofertas de empleo estudiadas en el curso de una encuesta, el 30% se dirigía a gentes de menos de 40 años, el 40% a gentes de 20 a 29 años, el 30% a gentes de 50 a 65 años. En los diarios norteamericanos, el 97% de los anuncios fija como límite 40 años. En Francia, según otra encuesta, el 88% de los anuncios exigía menos de 40 años; en Bélgica, en el 80% de los casos figuraba la misma cláusula. Esta discriminación se observa en casi todas partes, aun en período de pleno empleo. Desde luego, cuando dos firmas se fusionan, cuando por una razón cualquiera una empresa reduce su personal, resultan despedidos los ingenieros, los cuadros y los empleados de más de 40 años. Cuanto más vastas son las empresas, más rápidas son las cadencias de trabajo, más racionalizadas y normalizadas, y mayor es la impaciencia por eliminar a las personas de edad. Las fábricas situadas en el campo conservan su mano de obra más tiempo que las que se encuentran en un centro industrial urbano. Las mujeres de edad sufren aun más que los hombres esta discriminación, aunque su esperanza de vida sea superior. Por lo demás, este fenómeno no es nuevo. En 1900, una mujer de 45 años y un hombre de 50 tenían suma dificultad para encontrar trabajo. En 1930, en Nueva York y en el conjunto de los Estados Unidos, del 25% al 40% de las empresas sólo

contrataba personal por debajo de cierta edad; en 1948, el 39% de las empresas procedía de la misma manera. El hecho es muy general.

En consecuencia, mucho antes de la jubilación, muchas gentes de edad están sin empleo. En período de crisis, cuando aumenta el número total de desempleados, la proporción de desempleados de edad disminuye; aumenta en las épocas de pleno empleo; los obreros de edad pagan las consecuencias del desempleo residual. Y una vez licenciados, ya no consiguen volver a ubicarse. En Bélgica y en el Reino Unido, según un informe de la O.I.T. establecido en 1955, los desempleados que estaban sin trabajo desde hacía veinticuatro meses, tenían término medio más de 50 años. No existe forzosamente una relación entre la importancia del desempleo y las aptitudes. Los peones y los O.S. son los más afectados, pero además la modernización de las herramientas ha llevado a suprimir puestos de gran especialización; los jóvenes acaparan los trabajos de oficina, abandonando a los hombres de edad las tareas penosas y malsanas. Éstos se ven obligados a disminuir sus exigencias en materia de salario, índole y condiciones de trabajo. Con frecuencia no se resignan a ello enseguida; cuando terminan por acceder, se encuentran económica, social y moralmente disminuidos.

¿Qué razones alegan los empleadores? ¿Son valederas? Numerosas encuestas han tratado de responder a estas preguntas.

En Francia, Fernand Boverat estudió 250 empresas que totalizaban 68.700 obreros. Según la mayoría de los empleadores, la edad provoca una disminución del vigor muscular y de la agudeza auditiva y visual; una minoría señalaba además menor destreza, menor resistencia a la fatiga, al frío, al calor, a la humedad, al ruido, a las trepidaciones. Según otra encuesta efectuada por el I.F.O.P. en 1961, los empleadores consideran que un obrero empieza a "tener edad" a los 50 años; pierde mucha de su eficacia porque ya no sabe adaptarse a las situa-

ciones nuevas; su fuerza y su rapidez son también menores. Estos defectos no quedan compensados por su experiencia, sus calificaciones, su conciencia profesional que son, sin embargo, superiores a las de los jóvenes. En las mujeres, la capacidad declina más rápidamente que en los hombres. La edad de envejecimiento varía según las profesiones; los mineros son viejos antes que todos los demás: entre 46 y 47 años; los contadores más tarde que todo el resto, hacia los 60 años. Los cuadros de edad tienen menos dinamismo que los jóvenes. En todas las profesiones, los trabajadores de edad carecen de interés por lo nuevo; la rutina perjudica su rendimiento.

Según encuestas hechas en Inglaterra, los obreros mantienen el mismo rendimiento y tienen menos accidentes después de los 50 años. Pero pasados los 65 años, el 25 de los hombres (y pasados los 60, el 40% de las mujeres) padece trastornos patológicos que afectan su movilidad (la mitad como resultado de enfermedades cardiovasculares). Una reciente encuesta, hecha en Gran Bretaña, concluye que el 85%, de los jubilados examinados que habían llegado a los 65 años era en realidad incapaz de proseguir su trabajo, aunque pretendiera lo contrario.

Un seminario celebrado en diciembre de 1966 en Heidelberg llegó a conclusiones análogas. Un relator declaró que la proporción de trabajadores de edad incapaces de lograr el mismo rendimiento o de ejecutar el mismo trabajo que antes ha aumentado recientemente.

Pero este punto ha sido a menudo objeto de controversia. No hay una gran diferencia entre las posibilidades de un hombre de 60 años y las de un hombre de 50. La fuerza muscular alcanza su máximo a los 27 años; a los 60 ha disminuido el 16,5%, es decir, solamente en un 7% con respecto a las gentes de 48 a 52 años. En cuanto a la habilidad manual, la rapidez varía poco de 15 a 50 años. Entre los 60 y los 69 años, el tiempo de ejecución exigido aumenta el 15%.

Es cierto que estas cantidades son abstractas; sólo se refieren a sujetos sanos y la edad suele acarrear trastornos patológicos.

Es más interesante observar el resultado de encuestas sobre grupos de individuos bien determinados. En Noruega, en 1951, después de examinar a 5.000 asalariados de la industria, los médicos estimaron que entre los de 60 a 64 años, el 82,6% era capaz de trabajo completo; el 7,3% de trabajos livianos; el 2,3% de trabajo parcial y que el 7,7% hubiera debido jubilarse. Entre 65 y 69 años las proporciones eran respectivamente: 81,5%, 7,7%, 2,1%, 8,7%. Después de los 70 años: 80,7%, 4,1%, 2,8%, 12,4%. En Suecia la mayoría de los obreros y empleados se desempeña satisfactoriamente en el trabajo hasta los 67 años. Según una encuesta hecha en Birmingham por los médicos la proporción de incapacidad absoluta era a los 70 años del 20%, a los 65 años del 10% debido a enfermedades crónicas o invalidez.

Según los importantísimos trabajos debidos a la Nuffield Foundation, en Inglaterra, las deficiencias de la vejez quedan en gran parte compensadas y superadas hasta una edad muy avanzada. Un buen ejemplo lo proporcionan las fábricas textiles del Yorkshire: el doblado y pasado de hilos son trabajos de precisión, y muchas mujeres de edad lo ejecutan perfectamente pese a su mala vista; tienen el oficio en los dedos.

Un gerontólogo me contó el hecho siguiente: sometidos a ciertos tests visuales, ciertos conductores de ómnibus manifestaron deficiencias de acomodación que los hacían en principio incapaces de enfrentar de noche la luz de los focos. Pero cuando se los observó en el camino se advirtió que muchos conducían de noche tan bien y aun mejor que los que con arreglo al examen de laboratorio eran aptos para hacerlo. Tenían su manera de evitar el deslumbramiento, de ubicarse marginalmente. El oficio, la experiencia, una manera de trampear con las deficiencias las anulaban. Por eso no siempre hay que fiarse de los trabajos de laboratorio. Las circunstancias sólo son las mismas en el terreno concreto de actividad.

Un informe inglés de 1947 referente a 11.154 trabajadores de más de 65 años, estableció que, salvo para los oficios muy penosos como el de minero, hay poca diferencia de rendimiento entre los trabajadores de 50 años y los de 59, entre los de 60 y los de 69. La eficacia sigue siendo muy elevada. En el congreso de gerontología celebrado en Londres en 1954, un relator, Patterson, concluía, comparando a los trabajadores más jóvenes con los de 50 años: "Su rendimiento cuantitativo es aproximadamente el mismo y su trabajo de mejor calidad. Para la jubilación sería preferible la edad de 70 años a la de 60". Una encuesta referente a 18.000 empleados mostró que lejos de aumentar, el ausentismo disminuye con la edad.

La Nuffield Foundation, examinando el caso de 15.000 obreros de edad, estableció que durante la última guerra el 59% de ellos había prolongado su actividad anterior y trabajaba tan bien como antes de los 65 años. Según la misma encuesta, los obreros de edad están disminuidos cuando su tarea los obliga a cambiar continuamente de movimiento, cuando exige fuerza, cuando el tiempo está rígidamente medido como en el trabajo en cadena. Los que exigen conocimiento, cuidado y dejan una cierta latitud temporal, les convienen. Por lo general en la industria se reconoce el trabajo que cumplen. Tienen mucha más conciencia profesional. Se estima que con la edad:

Aumentan	*Disminuyen*
Gusto – Regularidad del ritmo – Método – Puntualidad – Atención concentrada y vigilante – Buena voluntad – Disciplina – Prudencia – Paciencia – Trabajo bien terminado.	Vista y oído – Fuerza y precisión manuales – Robustez y flexibilidad – Rapidez de ritmo – Memoria, imaginación, creatividad, adaptación – Atención repartida – Diligencia – Energía – Iniciativa – Dinamismo – Sociabilidad.

Por lo general se admite que lo que es difícil para las personas de edad es iniciarse en tareas nuevas. Una encuesta efectuada en 1950 en Inglaterra mostró que ejecutaban muy bien trabajos incluso penosos a los que estaban habituados, pero que se adaptan mal al cambio.

Pero también sobre este punto está abierta la discusión. Durante la guerra, Canadá, los Estados Unidos e Inglaterra emplearon en las fábricas a un gran número de viejos obreros; muchos se encontraron con tareas absolutamente nuevas para ellos y las ejecutaron perfectamente. Muchos expertos piensan que son capaces de adquirir capacitaciones nuevas. Cuando en el sur de Londres, en 1953, los tranvías fueron sustituidos por autobuses, los conductores tuvieron que reconvertirse; entre 56 y 60 años el 93% lo consiguió; sólo tardaron de una a cuatro semanas más que los más jóvenes. Entre 61 y 67 años hubo el 63% de resultados positivos. Las viejas obreras del Yorkshire a las que me he referido adquirieron fácilmente reflejos rápidos necesarios para coser a máquina.

Sin embargo, en los períodos de aprendizaje las personas de edad tienen que superar ciertas desventajas. Su nerviosidad acarrea pérdidas de memoria y se agravan cuando tienen que compartir con jóvenes. Un hombre de 72 años hizo los tests tan bien como uno de 35 mientras creyó que era el único que los pasaba, pero cuando supo que tenía un rival más joven, su complejo de inferioridad le hizo fracasar. Por temor de cometer errores, las personas de edad se plantan en una actitud negativa. Tienden a recaer en sus errores y están paralizados por los sistemas adquiridos. Así a los obreros que tienen conocimiento de electricidad les cuesta más que a los ex mineros seguir cursos de electrónica; la comparación de la corriente eléctrica con un curso de agua los traba. Asimismo, con frecuencia carecen de interés, de curiosidad. Como se ha visto, adoptar nuevas actitudes —nuevos *sets*— les es difícil. Al principio tardan más que los jóvenes en tomar decisiones y su tiempo de reacción

es, pues, más largo. Pero a menudo superan esas dificultades. Lo que obra en su favor es la repetición: en las fábricas repiten a lo largo del día los gestos aprendidos y terminan por ejecutarlos automáticamente. También en este caso hay que desconfiar de los resultados obtenidos en los laboratorios; no siempre son aplicables al trabajo cotidiano.

Ciertas deficiencias que acarrea la edad pueden ser paliadas fácilmente: proporcionar anteojos al obrero, instalar asientos que le permitan operar sentado y no de pie, son medidas que a veces bastan para readaptarlo a su tarea. Pero raras son las empresas que lo intentan. Las más de las veces, a la menor falla del obrero es cambiado de trabajo. Se le da una ocupación de portero, vigilante, tenedor de libros, verificador, distribuidor de herramientas, almacenador, etc. En realidad se lo rebaja de categoría. Gana menos. Sufre material y moralmente. Por lo demás, esos empleos disminuyen con la mecanización y el trabajador viejo está condenado al desempleo.

Las encuestas en conjunto, el ejemplo de los países escandinavos, prueban que la inactividad impuesta a los viejos no es una fatalidad natural sino la consecuencia de una opción social. El progreso técnico descalifica al viejo obrero; su formación profesional, hecha cuarenta años antes, es por lo general insuficiente; una reclasificación adecuada podría mejorarlas. Además, la enfermedad, la fatiga, le hacen desear el descanso, pero éstas no son consecuencias directas de la senectud. Un hombre de edad que ha economizado sus fuerzas podría cumplir sin dificultad las tareas que resultan demasiado pesadas para el viejo obrero fatigado. Se puede prever una sociedad que les pida un esfuerzo menor, menos horas de trabajo durante su vida adulta, para que a los 60 o 65 años no tengan que ser arrumbados; es lo que se hace parcialmente en Suecia y Noruega. Pero en nuestra sociedad, donde lo único que se tiene en cuenta es el lucro, los empresarios prefieren evidentemente la explotación intensiva de los asalariados; cuando están acabados, se los desecha y se toma a otros, descansando en el Estado para pagarles una limosna.

Porque toda esta discusión sería ociosa si el jubilado cobrara una pensión confortable. Entonces habría que felicitarse de que se le concediera cuanto antes el derecho al descanso. Dada la miseria a que se lo condena, su despido parece más bien una negación del derecho al trabajo. Lejos de descansar muchas veces se ve obligado, como se ha visto, a aceptar trabajos penosos y mal pagados. Sobre la edad de la jubilación, hay muchos puntos de vista válidos y los confrontaremos más adelante. Pero un considerable aumento de las pensiones es una reivindicación que se impone.

Hoy lo primero que sorprende en el sistema de su distribución son las injusticias que acarrea. Existen regímenes especiales que se mantuvieron en 1945; hay regímenes complementarios junto al régimen general. En una conferencia del 7 de diciembre de 1966, el señor Laroque declaraba: "En la actualidad, las desigualdades entre los regímenes son chocantes; algunos dan pensiones muy confortables; otros, por el contrario, pensiones muy bajas sin que haya una justificación racional de esas diferencias. Las razones son esencialmente históricas. Pero es difícil remediarlas, pues no es económicamente posible igualar todos los regímenes con arreglo al más generoso y es psicológicamente imposible pedir a los regímenes generosos que reduzcan las ventajas que otorgan".

El cuadro siguiente dará una idea de la complejidad del sistema.

CUADRO DE LOS RECURSOS DE LAS PERSONAS DE EDAD

Una persona de edad puede estar a cargo ya sea:
- de la *Seguridad Social,* si ha adquirido derechos;
- de los *organismos públicos* (departamentos, alcaldías) si no tiene derecho a la Seguridad Social.

La Seguridad Social puede atribuir:

una pensión a la vejez;
un subsidio al viejo trabajador asalariado;
una renta;
un subsidio complementario;
una pensión a viudo o viuda;
un subsidio a madres de familia.

PENSIÓN A LA VEJEZ

La condición es haber aportado durante treinta años a la Seguridad Social; entonces se cobra la pensión completa. La pensión puede cobrarse a partir de los quince años de cotización, pero es a prorrateo de las cotizaciones pagadas. No puede cobrarse antes de cumplir los 60 años. Por lo general es solicitada a los 65, pues a partir de los 60 años aumenta el 4% anual.

Ejemplo:	20%	pensión	a los 60 años
	24%	”	a los 61 años
	28%	”	a los 62 años
	32%	”	a los 63 años
	36%	”	a los 64 años
	40%	”	a los 65 años, etc.

Cálculo de la pensión
Depende:
1° de la duración del seguro;
2° del salario medio anual;
3° de la edad en que se hace el pedido.

Salario medio anual
El salario medio anual se calcula con arreglo al salario re-

sultante de las cotizaciones abonadas en el curso de los *diez años anteriores a*

los *60 años de edad;*

o bien la *fecha en que* se ha pedido la pensión.

La importancia de la pensión depende, pues, de la edad del solicitante.

El *monto de la pensión* es variable, según el salario sometido a cotización.

Las pensiones y jubilaciones son actualizadas todos los años, el 1° de abril, teniendo en cuenta el aumento de los salarios.

Monto máximo anual: 5.472 F { 65 años
40%

No se tiene en cuenta el tope de los recursos personales.

SUBSIDIO AL VIEJO TRABAJADOR

Condiciones de atribución:

1° tener 65 años de edad, o 60 años en caso de incapacidad de trabajo;

2° ser francés o pertenecer a un país que ha firmado una convención diplomática con Francia;

3° residir en territorio francés en un Estado anteriormente sometido a su soberanía, o en un territorio de ultramar;

4° justificar 25 años de trabajo en toda la existencia;

5° si esos años de trabajo se sitúan después del 31 de diciembre de 1944, haber aportado a los Seguros Sociales.

SUBSIDIO A MADRES DE FAMILIA

Condiciones de atribución:

1° tener 65 o 60 años de edad, si hay incapacidad de trabajo;

2° ser francesa o pertenecer a un país que ha firmado una convención con Francia;

3° residir en territorio francés;

4° haber criado por lo menos durante nueve años a 5 hijos de nacionalidad francesa.

Observación: En lo que se refiere a los subsidios a viejos trabajadores y madres de familia, como las cotizaciones pagadas son insuficientes, se exigirá un tope de recursos:

Máximo de recursos para una pareja: 5.400 F por año.[7]

Mínimo de recursos para una persona sola: 3.600 F por año (incluido el subsidio).

SUBSIDIO COMPLEMENTARIO – FONDO NACIONAL DE SOLIDARIDAD

Pagado en el caso de los dos subsidios antes mencionados. El monto anual es de 800 F.

Los máximos y los mínimos son los mismos. El tope no puede ser excedido.

Las personas de edad, tengan pensión, jubilación o subsidios, quedan a cargo de la Seguridad Social en lo que concierne a atención médica y hospitalización. Según el grado y la duración de la enfermedad, aquélla se hará cargo del 70, el 80 o el 100%. El "ticket moderador"[8] corre por cuenta del asegurado. Los Fondos de Acción Social de la Seguridad Social son solicitados para el reembolso del "ticket moderador" y en caso necesario para la atribución de "auxilios en especies", por intervención del Servicio Social.

---

7 5 francos = 1 dólar.

8 Es decir, la suma que no es paga por la Seguridad Social.

Condiciones de atribución:
1° tener 65 años de edad;
2° haber cotizado 5 años o menos de 15;
3° si los años de cotizaciones son menos de 5, el solicitante podrá pedir el reembolso de sus aportes.

Monto de la renta: alrededor del 10% de la mitad de los aportes abonados.

Observación: Existen actualmente personas de edad que no pueden justificar una pensión, un subsidio, una renta, ya porque han trabajado sin aportar a la Seguridad Social, ya porque han trabajado periódicamente, ya porque son viudas sin tener derecho a una pensión de reversión, ya porque han criado varios hijos y en consecuencia no han podido trabajar. El hecho esencial es que no se adquieren derechos en los Seguros Sociales.

Serán, pues, solicitados los servicios públicos
1° Departamentos.
2° Alcaldías.
3° Asistencia pública.
4° Obras especializadas.
5° Obras privadas.

SUBSIDIO ESPECIAL A LA VEJEZ atendido por la Caja de Depósitos y Consignaciones.

Condiciones de atribución:
1° no estar a cargo de la Seguridad Social;
2° no exceder de un cierto tope de recursos;
3° no ser propietario;
4° no cobrar pensión alimentaria de los hijos.

Monto del subsidio especial:
1.300 F por año.

Tope de recursos (incluido el subsidio especial):
3.600 F por año para una persona sola.
5.400 F por año para una pareja.

Dada la modicidad del presupuesto, las Oficinas de Ayuda social atribuyen una ayuda complementaria:

1° subsidio de alquiler[9] (mitad del alquiler principal);
2° subsidio de calefacción (de 150 a 180 F por año);
3° subsidio mensual en especies (de 50 a 150 F);
4° bonos de gas, electricidad, paquetes de alimentos, comidas para los ancianos, descuentos en los transportes. Padrinazgos en las obras privadas;
5° ayuda médica gratuita.

AUMENTO DE LAS PENSIONES, JUBILACIONES, SUBSIDIOS A TERCEROS,[10] atribuidos ya sea por la Seguridad Social, ya por los departamentos.

Condiciones de atribución:

1° tener 65 años de edad o a partir de los 60 años ser reconocido incapaz de trabajar;
2° no poder efectuar solo los actos ordinarios de la vida (diversos tipos de invalidez).

Este aumento es pagado cualquiera que sea el monto de la pensión, jubilación o subsidio.

---

9 Sólo es acordado si el alojamiento no es amueblado y el alquiler inferior a 200 francos.

10 Si un enfermo grave necesita cuidados constantes, el servicio que lo toma a su cargo paga una pensión a la persona —miembro de la familia u otro— que se ocupe de él. Representa a un "tercero" en relación con la pareja formada por el enfermo y el organismo que lo pensiona.

Monto anual: 6.700 F.

Este aumento sólo es concedido mientras vive el beneficiario.

La ayuda médica acordada es del 100%.

JUBILACIONES COMPLEMENTARIAS

Se pagan a los 65 años.

Condición: haber trabajado diez años en la misma corporación (comercio, industria, profesiones liberales).

El empleador está afiliado a una Caja de Jubilaciones de su corporación (cotizaciones pagadas por empleador y asalariado).

La jubilación complementaria puede ser pagada a los 60 años, en caso de incapacidad de trabajo.

Una viuda puede cobrar la jubilación complementaria a los 50 años.

Se paga una renta a los hijos menores.

El monto de la jubilación complementaria varía según el monto de las cotizaciones pagadas.

JUBILACIÓN DE LOS CUADROS

1° Pagada a los 65 años o a los 60 en caso de incapacidad de trabajo.

2° Las mismas condiciones que para las jubilaciones complementarias.

Esta categoría de personas de edad no se dirige al Servicio Social. El presupuesto es relativamente confortable, puesto que comprende la *pensión a la vejez de la Seguridad Social,* más la *jubilación de los cuadros.*

Cabe subrayar dos puntos: el jubilado de 65 años cobra el 40% de su sueldo, y el cálculo se hace según la remuneración de los diez últimos años, que no es siempre la más elevada. Sería normal referirse a la más alta o por lo menos a la media. Si el empleador baja de categoría al trabajador so pretexto de adaptarlo, la jubilación se ve disminuida, lo que constituye una flagrante injusticia. Por otra parte, el aumento de las pensiones está lejos de seguir el del costo de la vida; sólo es del 10% anual. En tanto que el S.M.I.G. es de 567,61 francos por mes para un trabajo de cuarenta horas semanales, la suma asignada a los viejos es inferior a la mitad: el último decreto aparecido en el *Journal officiel*[11] lleva a 225 francos por mes, es decir, a 7,30 francos por día, los recursos mínimos de los ancianos. Un millón de ellos no disponen más que de esta suma: dos veces y medio menos que el mantenimiento de un detenido de derecho común. Un millón y medio de viejos subsisten con menos de 320 francos por mes. Es decir que aproximadamente la mitad de la población de edad está reducida a la indigencia. Los viejos solitarios son los más miserables. En los servicios de ayuda social las viudas, mucho más numerosas que los viudos, representan entre el 70 y el 80% de los económicamente débiles. Una encuesta de la Caja Interprofesional Paritaria de los Alpes referente a 6.234 jubilados de 50[12] a 94 años, indica un ingreso medio de 280 francos por mes para una persona sola y 380 para una pareja, pues ciertos jubilados hacen pequeños trabajos. Baja a 200 para 1/5 de ellos. Un 15% no compra siquiera el diario porque es demasiado caro.

Los hijos ayudan muy rara vez a sus padres: 2/3 de los ancianos no reciben de ellos ninguna ayuda. A veces los de-

---

11 Escrito a fines de 1969.

12 Se puede pedir prematuramente la jubilación cuando hay incapacidad de trabajo.

mandan ante los tribunales para obtener una pensión alimentaría; pero aunque ganen el proceso, muchas veces no les es pagada. Esta abstención perjudica particularmente a los padres ancianos, pues cuando se considera que sus descendientes están en condiciones de mantenerlos les es negada la ayuda social. También esto es un escándalo, pues no se tiene en cuenta lo que los hijos les dan efectivamente, sino lo que podrían darles.

Un caso típico es el que señalaba *Le Journal du dimanche* del 17 de noviembre de 1968, bajo el título: "Sola en París a los 75 años, con 317 francos por mes".[13] La señora R. ha sido camarera y lavaplatos en diversos restaurantes. Dejó de trabajar a los 68 años porque era demasiado duro para ella. Sus ex patrones no la habían inscripto en los Seguros Sociales y se encontró con 180 francos de jubilación trimestral. Resistió cuatro años gracias a sus economías. Después, desesperada por tener que vivir con 60 francos por mes, habló, en un banco de la Place des Vosges, con una vecina que le aconsejó ir a ver a una asistenta social. Ésta le consiguió 870 francos por trimestre en concepto de aumento de la jubilación y 80 francos de subsidio para alojamiento. Vive en el desván de un hotel del Marais: una hermosa escalera para los tres primeros pisos, después dos semipisos de peldaños estrechos y empinados. Ni gas ni electricidad en su cuartito: la locataria se ilumina y calienta con querosene. El agua está en el fondo de un nicho sobreelevado; es una acrobacia, cuando no se tienen plenas fuerzas, bajar de allí con un cubo. Los baños están en la otra punta de la casa; hay que bajar un medio piso, subir otro y trepar además quince peldaños abruptos: "Es mi pesadilla", dice la señora R. "A veces, en invierno, cuando no me siento muy bien, me quedo apoyada contra la pared, preguntándome si llegaré a bajar". Cada trimestre paga

13 Encuesta realizada por Annie Coudray.

150 francos de alquiler: "Es lo principal, porque mis vecinos quisieran recuperar mi habitación y tratan de mandarme al asilo. Pero yo preferiría morir". Le quedan 240 francos por mes, o sea 8 francos por día. Apenas tiene para calefacción: en invierno se queda en la cama hasta tarde y se pasa los días en las tiendas y en las iglesias. A veces va al cine, a uno de esos que tienen una sesión más barata antes de las 13 horas; se queda durante dos o tres sesiones; va en subterráneo y vuelve a pie. No gasta casi nada para vestirse: cada primavera hace limpiar un abrigo que tiene diez años. Ha conseguido dos subsidios para zapatos y uno para una falda. Se compra por año tres pares de medias de hilo, a 9,90 francos el par. Come muy poco: por semana, tres churrascos de 2 francos, 3 o 4 francos de gruyere, dos kilos de papas. Suele comer por la noche una manzana con un poco de azúcar y manteca. Bebe dos litros de vino por mes y consume una libra de café por semana. Tiene dos sobrinos a quienes ayudó en su infancia. Pero viven en la provincia y no los ve nunca. Casi todos los domingos almuerza con una amiga. Lleva un pequeño postre, y la amiga —que tiene una cocina de verdad y puede hacer platos imposibles de preparar en un calentador de querosene— le da los restos para recalentar al día siguiente. Dice que no se aburre. Se pasea mucho; lee los títulos de los diarios en el kiosco y unos vecinos le pasan el diario del día anterior. Cuando puede, asiste a las ceremonias parisienses: estuvo en los funerales de Charles Munch, pero no se atrevió a entrar por su abrigo viejo. El punto más negro de su vida es el alojamiento. Unos amigos le habían prometido reservarle dos piezas con cocina en la casa donde vivían, en Nantes. Soñaba con eso. Pero murieron y los hijos alquilaron a otros locatarios el pequeño departamento.

Conociendo este caso se comprenderá el sentido de los presupuestos establecidos por una asistenta social en 1967.

ALGUNOS PRESUPUESTOS

Atención médica proporcionada por la Seguridad Social
o la Asistencia Pública

Edad	*Situación*	*Monto pensión*	*Alojamiento*	*Alquiler*	*Ayuda social*
63 años Enfermo grave	Soltero	260 F mensuales	1 pieza + cocina, sin confort, w.c. en el patio	70 F mensuales	100 F mensuales Promedio diario: 9,06 F
76 años Cardíaca grave	Viuda	210 F mensuales	1 pieza + cocina, confort	90 F mensuales	120 F mensuales Promedio: 8 F
82 años Trabajó hasta los 77 años	Soltero	230 F mensuales	1 cuarto de hotel desde 1930	80 F mensuales	150 F mensuales Promedio: 10 F
78 años Mentalmente disminuida	Soltera	180 F mensuales	1 cuarto de hotel argelino	100 F mensuales	150 F mensuales Promedio: 10 F
Marido: 73 años Mujer: 74 años	Marido: enfermo incurable	2 pensiones 460 F mensuales	2 piezas + cocina	90 F mensuales	100 F mensuales Promedio diario por persona: 7,83 F
Marido: 70 años Mujer: 69 años 3 hijos	Esposa hemipléjica	690 F mensuales	2 piezas confort	200 F mensuales	Ayuda de los hijos: 150 F mensuales Promedio diario por persona: 10,66 F

Edad	Situación	Monto pensión	Alojamiento	Alquiler	Ayuda social
72 años Empleada doméstica durante 50 años	Soltera	280 F mensuales	1 pieza + cocina, w.c., ex-propiada y después alojada	130 F mensuales	60 F ayuda alquiler, 100 F ayuda social. Promedio diario: 11,33 F
82 años	Viuda de guerra 14-18	320 F mensuales	2 piezas sin confort	100 F mensuales	90 F mensuales Promedio: 10 F
64 años Enfer-medad ósea in-curable	Soltera	150 F mensuales	1 pieza, cuartito, cocina	60 F mensuales	100 F mensuales Promedio: 8,33 F
70 años Un hijo de 40 años enfermo mental incurable	Soltera	Pensión madre: 210 F men-suales Pensión hijo: 180 F mensuales Total: 390 F	2 piezas confort medio	80 F mensuales	150 F mensuales Promedio diario por persona: 7,66 F

Disponer de 7 a 10 francos por día para alimentarse, vestirse, calentarse, es estar condenado a la subalimentación, al frío, a todas las enfermedades consiguientes, es verse obligado a comportamientos miserables: en las plazas de los mercados, mientras los barredores limpian el lugar que han abandonado los comerciantes, unas ancianas viejecitas pulcras revuelven entre los desechos y llenan sus canastas. Esto es particularmente sorprendente en Niza, donde los viejos son numerosos: una

nube de viejecitas se precipita sobre las frutas y legumbres medio podridas. Una encuesta efectuada en Marsella y en Saint-Etienne sobre los viejos que viven solos indica que el 10% de los hombres y el 19% de las mujeres están "al borde del hambre". Todos los años se mueren de hambre varios miles de viejos en la región parisiense, dice el profesor Bourlière. Y en invierno muchos mueren de frío.

Los que sobreviven no sólo sufren por una penuria siniestra sino por la precariedad de su situación. Su presupuesto está constantemente desequilibrado, lo que les obliga a recurrir incesantemente a los servicios sociales. Las administraciones a las que piden ayuda no son comprensivas y los someten a encuestas humillantes. Se exige que llenen papelorios complicados en los que se embrollan.

En una emisión de Éliane Victor dedicada a la vejez,[14] una cámara oculta ha registrado diálogos de ancianas con asistentas sociales. Éstas las acogían de la mejor manera. Pero era extremadamente penoso ver cómo las viejas se perdían en sus papeles, hurgaban inútilmente en su memoria, hacían esfuerzos desesperados por comprender su situación. Más penoso aún era su humildad, su actitud suplicante y abrumada. Los viejos tienen la impresión de mendigar, y muchos no se resignan. Sin que haya diferencia de precio para unos u otros, sólo el 20% de los viejos que se benefician de un sistema de asistencia se hace atender, contra el 40% de los asegurados sociales, lo que significa que rechazan el principio mismo de la asistencia. De todas maneras, las ayudas periódicas son sólo paliativos y viven en la angustia del mañana.

La situación es aproximadamente la misma en Bélgica, Inglaterra, Alemania occidental e Italia. Una decencia hipócrita impide a la sociedad capitalista desembarazarse de esas "bocas inútiles". Pero les concede justo lo necesario para mantenerlos al borde de la muerte. "Es demasiado para morir y no lo bas-

14 "Envejecer al sol".

tante para vivir", decía tristemente un jubilado. Y otro: "Cuando uno ya no es capaz de ser un trabajador, apenas sirve para ser un cadáver".

La situación de los cuadros es menos penosa sin llegar a ser satisfactoria. Hay entre ellos una categoría de grandes privilegiados ingenieros, cuadros administrativos superiores, altos funcionarios, miembros de profesiones liberales, algunos de los cuales ganan hasta 25 veces el salario de un obrero. Pero hay también cuadros medios, pequeños funcionarios, técnicos cuyos recursos son mucho más modestos. Las mujeres sobre todo están mal pagadas. Las amenazan el despido y el desempleo. La jubilación significa para la mayoría una pérdida de *standing* y una disminución del nivel de vida. Según una obra aparecida en 1964, *Les Cadres retraites vus par eux-mêmes*, el 80% declara que sus recursos son suficientes, aunque el 77% los considera "apenas suficientes". Sólo el 2% puede aspirar a lo superfluo, el 19% está en una situación material precaria, sobre todo las mujeres: una viuda de cada seis no dispone más que de 250 francos por mes, y el 58% de menos de 500 francos. En conjunto, el 8% de los cuadros jubilados tiene menos de 250 francos, el 32% de 250 a 500 francos, el 32% entre 500 y 1.000 francos, el 25% más de 1.000 francos. (Algunos no respondieron.) Para la mitad de ellos, la jubilación constituye la totalidad de sus ingresos, y para el 26%, más de la mitad. Todos desearían recibir el doble o dos tercios más. Cualquiera que sea la edad —de 65 a 75 años—, uno de cada dos hubiera preferido continuar trabajando. Sin embargo, los dos tercios se declaran adaptados; sólo un tercio —sobre todo los que no tienen buena salud y los pobres— han soportado mal su nueva condición. El 20% ha reanudado una actividad, en el 52% de los casos para aumentar sus ingresos; el 16% buscando un derivativo, y el 26% por ambas razones al mismo tiempo. Entre los que no trabajan más, el 83% prefiere descansar. Ninguno desea ir a pensiones para ancianos; prefieren su casa.

Hay una categoría que soporta mal la jubilación, y es la de los contramaestres; para ellos significa una disminución seria de recursos. No se adaptan al ocio. Buscan de manera casi obsesiva actividades complementarias. Pero les es difícil adaptarse a otros trabajos.

Para aumentar las utilidades, el capitalismo busca a toda costa incrementar la productividad. A medida que los productos se hacen más abundantes, el sistema exige un aumento del rendimiento. Los viejos trabajadores no son capaces de adaptarse a las cadencias impuestas a los obreros. Se ven reducidos al desempleo y la sociedad los considera parias. Esto es evidente si se analiza la más próspera de todas, la que pretende ser una civilización del bienestar: los Estados Unidos.

En 1890, el 70% de las gentes de edad tenía empleos retribuidos; ahora sólo 3 millones, es decir el 20% de la población, cobra un sueldo. De ese porcentaje, 2 millones son hombres y un millón mujeres. En general, su retribución es reducida. Ya entre los 45 y los 60 años es difícil encontrar un empleo. Subsisten gracias a las jubilaciones que les son concedidas con gran parsimonia.

Durante mucho tiempo se practicó en los Estados Unidos la asistencia, de la misma manera que en Inglaterra. Los viejos todavía válidos eran confiados a las familias que pedían menos dinero por mantenerlos; los inválidos eran recogidos en el hospicio del condado que servía a la vez de hospital, asilo psiquiátrico, orfanato, pensión para viejos y enfermos. No se consideraba que los viejos incapaces de trabajar tuvieran derechos; se los consideraba perezosos, fracasados, unos desechos. Correspondía esencialmente a la familia mantenerlos.

En 1850, en California, muchos trabajadores eran pioneros que venían del Este y que no tenían familia; se formaron fraternidades que consiguieron obtener subsidios estatales en favor de las personas de edad. A partir de 1883, el estado de

California acordó subsidios a los condados que mantenían asilos de ancianos, y después a los que ayudaban a los indigentes a domicilio. Los abusos llevaron a abolir el sistema en 1895 y California sólo financió las instituciones estatales.

A fines del siglo XIX las estadísticas mostraban la cantidad de pobres que había entre las personas de edad y la opinión comenzó a inquietarse. En 1915, en Alaska, se votó una ley autorizando al Estado a acordar una ayuda de 12,5 dólares mensuales a ciertas personas de 65 años como mínimo. En otros estados se votaron leyes análogas.

En 1927 California autorizó al Departamento de Estado del Bienestar Social a hacer una encuesta y se vio que sólo recibía ayuda el 2% de la población de 65 años como mínimo. La Fraternidad de las Águilas, que siempre se había ocupado de socorrer a las personas de edad, hizo ese mismo año un gran esfuerzo por imponer la idea de una responsabilidad del Estado federal con respecto a los ancianos; otros grupos menos conocidos la apoyaron. Pero por individualismo, por liberalismo y horror de todo "socialismo", una gran parte de la opinión estaba en contra. Sin embargo, el proyecto propuesto por las Águilas fue estudiado en 24 estados. California adoptó en 1929 una ley que extendía la asistencia a todas las personas de edad necesitadas. En 1930, otros 13 estados la habían imitado. En 1934, 30 estados tenían algún tipo de programa de asistencia, pero sólo 10 lo asumían enteramente; los subsidios eran difíciles de obtener y muy insuficientes. Filántropos, sindicatos, iglesias habían comenzado también a hacer construir casas para ancianos. La situación de éstos se tornó dramática como consecuencia de la gran depresión de los años 30: quedaron reducidos al desempleo, los estados resultaron incapaces de mantenerlos, muchos vieron desvanecerse sus economías, fueron expulsados de sus casas. Esta zozobra condujo al establecimiento del Acta de Seguridad Social, por la que se autorizaban donaciones federales a los estados que se hacían cargo de los ancianos. Los programas de los diversos estados

siguieron aplicándose y entró en vigor un segundo principio: el seguro. Pero muy pocos eran los que se beneficiaban y lo que cobraban era miserable.

En 1943 el 23,4% de personas de edad recibía asistencia, y sólo el 3,4% cobraba jubilaciones. La precariedad de su nivel de vida seguía siendo dramáticamente evidente. Entonces se crearon servicios para ayudarlos. A partir de 1950 el Congreso elevó la cifra de los beneficios acordados y amplió el número de beneficiarios. Sin embargo, en 1951 la inmensa mayoría de la población de edad tenía recursos muy inferiores al mínimo vital y no recibía ninguna ayuda privada. Se multiplicaron las conferencias para estudiar los problemas de la vejez. De 1950 a 1958 se aumentó el número de beneficiarios de la Seguridad Social, que sólo representaba los 3/4 de la población de edad; así llegó a los 9/10, y se aumentaron también las pensiones. Sin embargo, según una encuesta realizada en 1957 por Steiner y Dorfman, el 25% de las parejas, el 33% de los hombres solos, el 50% de las mujeres solas de más de 65 años, no tenían el mínimo vital.

"La pobreza de los ancianos es uno de nuestros problemas más persistentes y más difíciles", escribe Margaret S. Gordon. Hoy, sobre 16 millones de ancianos, hay más de 8 millones muy pobres. Un hombre que se retira a los 65 años después de haber pagado la contribución más elevada recibe mensualmente para su mujer y para él 162 dólares; si es solo, 108,50 dólares. En 1958 las estadísticas del Bureau of the Census indicaban que el 60% de las personas de más de 65 años recibe menos de 1.000 dólares por año, lo cual es inferior en un 20% al mínimo vital en las ciudades donde la vida es más barata, y en un 40% en las ciudades donde es más cara. La ayuda acordada por los hijos o amigos eleva apenas el 10% los ingresos, y sólo se benefician aquellos ancianos que tienen una situación relativamente acomodada. Los que viven solos —sobre todo mujeres, pues el número de viudas, como en Francia, es superior al de viudos— son los más miserables. Una cuarta

parte vive con menos de 580 dólares anuales: apenas superior al presupuesto alimentario más bajo establecido por el ministro de Agricultura. (Y tienen que vestirse, alojarse, calentarse.)

En su libro *La otra Norteamérica,* Harrington muestra que los millones de viejos que viven en la indigencia son víctimas de un "torbellino descendente". Los pobres están enfermos más a menudo que los otros, porque viven en tugurios insalubres, se alimentan mal, apenas pueden calentarse, pero no tienen medios para cuidarse y sus enfermedades se agravan, les impiden trabajar y exasperan su pobreza; avergonzados de su miseria, se encierran en sus casas y evitan todo contacto social; no quieren que sus vecinos sepan que viven de la asistencia; se privan de los pequeños favores y del mínimo de cuidados que éstos podrían dispensarles y terminan por quedarse en cama. Un testigo declaró, ante un comité senatorial que hacía una encuesta sobre la vejez, que esos parias de la sociedad eran víctimas de "un triple encadenamiento de causas: la mala salud, la indigencia y la soledad". Algunos de ellos se convierten en "reclutas de la miseria", después de una existencia normal en que su trabajo era correctamente pagado. Con la edad sus capacidades han disminuido; ya no pueden encontrar trabajo porque técnicamente se han quedado atrás; incluso en el campo, la mecanización acarrea la evicción de las personas de edad. La jubilación implica una disminución brutal de sus recursos. Pero entre los indigentes, la mayoría fue siempre pobre. Habían ido en su juventud del campo a la ciudad y no habían, prosperado. Además, la Seguridad Social no se hace cargo de los obreros agrícolas. El conjunto de esos menesterosos —jubilados con recursos insuficientes o trabajadores sin jubilación— debe recurrir a los servicios de asistencia. Hay estados —entre otros el de Mississippi— que son muy pobres y donde los auxilios acordados son irrisorios. En todas partes los pesquisidores son hostiles a los solicitantes: la mitad de los pedidos es rechazada. Se les obliga a presentar documentos que muchos de ellos no poseen; a menudo son semianalfabetos

o apenas hablan inglés; les aterran las formas y el dispositivo de la oficina de asistencia. Esa burocracia impersonal e impotente los humilla sin subvenir a sus necesidades. El servicio de asistencia —el Welfare State— funciona al revés. Protecciones, garantías, ayuda, van a los fuertes y a los organizados, no a los débiles. Los que más necesitan cuidados médicos son los que menos obtienen. Su soledad agrava su condición. Los jóvenes habitantes de los *slums* salen a la calle, forman bandas. Las personas de edad viven recluidas; y en ese país donde las distancias, el ritmo de vida no les permiten verse, donde se comunican entre sí esencialmente por teléfono, cinco millones de personas no lo tienen. El doctor Linden, de Salud Pública de Filadelfia, escribe: "Entre los factores que más contribuyen a crear problemas afectivos entre nuestros conciudadanos de edad, hay que señalar el ostracismo social de que son objeto, lo reducido del círculo de sus amigos, la soledad, la disminución y la pérdida del respeto humano y el sentimiento de disgusto con respecto a sí mismos".

Sólo una sociedad opulenta puede tener tantos viejos, concluye Harrington, pero les rehúsa los frutos de la abundancia. Les da la "supervivencia bruta" y nada más.

El problema del alojamiento de las personas de edad se plantea de una manera aguda debido a la ruptura de la célula familiar, la urbanización de la sociedad y los recursos miserables de los ancianos. Inglaterra está urbanizada en un 80%, Alemania en un 70%, los Estados Unidos en un 65%, Japón y Canadá en un 60%, Francia en un 58%. La familia patriarcal ha sobrevivido en el Japón a causa de la solidez de las tradiciones; en Alemania occidental muchos padres viven con sus hijos, debido a la falta de alojamiento. En los Estados Unidos, el 25,9% de los hombres de edad vive con sus hijos, el 22,6% como jefes de familia, el 3,3% en el hogar de los jóvenes. En Francia, el 24% de las personas de edad vive con sus hijos, sobre todo en

el campo; sólo allí se ven todavía a veces cuatro generaciones reunidas bajo un mismo techo. Esta solución tiene sus ventajas. Es poco costosa; garantiza el contacto de las generaciones; proporciona a los matrimonios jóvenes la ayuda de sus padres. Pero presenta graves inconvenientes. Cuando es el padre el dueño de la casa y de las tierras —caso muy frecuente hoy en Francia—, se niega a adoptar los métodos modernos, y los hijos soportan mal su autoridad. En su estudio sobre la comuna de Plodemet,[15] Morin destaca el conflicto de las generaciones. "Un conflicto cruel opone a los adultos jóvenes y al padre con quienes viven y trabajan". Un techador de 28 años dice: "Uno quisiera modernizarse, pero ahí están siempre los viejos". El hijo espera la abdicación del padre hasta los 30 o 35 años, y durante un decenio se corroe de impaciencia. Los viejos se irritan: "Hablan de cosas que nunca hemos oído mentar, quieren pasar por encima de nosotros", dicen de los jóvenes.

Muchos son los jóvenes campesinos que parten a las ciudades y en consecuencia hay en la campaña caseríos y hasta aldeas donde sólo viven viejos que cultivan la tierra con métodos caducos y sufren por su aislamiento. Si, por el contrario, el padre o la madre viven en el hogar de los hijos, corren el riesgo de ser mal tratados o descuidados. En todo caso, sufren por su dependencia. Se sienten explotados y burlados por el resto de la familia. Y recíprocamente, su presencia perjudica las relaciones entre los esposos: muchos divorcios tienen su origen en esa cohabitación. Ciertas sociedades campesinas han elegido la fórmula de la "intimidad a distancia". En regiones rurales de Suiza, Alemania, Austria, la pareja de edad abandona la casa familiar para instalarse en una "casita" próxima a la grande, pero independiente. En algunas regiones rurales de Francia se observa una costumbre análoga. Hacia los sesenta años el padre abandona la explotación a sus hijos y se va a vivir a una casa

15 Commune en France. La Métamorphose de Plodemet.

de la aldea. Sigue interesándose por sus tierras, participa en el trabajo, da consejos. Una encuesta hecha en Vienne, en 1962, sobre más de 1.000 ancianos, mostró que preferían la "intimidad a distancia" en lugar de la cohabitación y el aislamiento.

El problema se plantea de otra manera en las ciudades. En Francia es angustioso pues hay una crisis generalizada del alojamiento, el patrimonio inmobiliario es antiguo, el ritmo de la construcción lento; se edifican sobre todo grandes conjuntos cuyos alquileres son inaccesibles para los económicamente débiles. Éstos reciben un subsidio de locación si habitan un alojamiento no amueblado cuyo alquiler no sea superior a 190 francos mensuales. Los propietarios que no deseen un locatario de edad no tienen más que fijar en 200 francos el alquiler mensual y el viejo que no recibe ayuda será incapaz de pagarlo.[16] Esta práctica se ha difundido mucho entre otras partes en Niza, invadida por los jubilados. Un sociólogo ha dicho que en todas partes los viejos "están condenados a los tugurios". Según las encuestas del I.F.O.P., a pesar del sueño de la casita en el mediodía, la mayoría de los jubilados conserva su antiguo domicilio. El 68% de las parejas dispone por lo menos de dos piezas, y una cocina; pero son viejos edificios que se vienen abajo, sin agua, sin calefacción e incluso insalubres. Una encuesta efectuada en 1968 por la C.N.R.O.,[17] que agrupa a 1.800.000 afiliados y 340.000 beneficiarios, reveló que sólo el 15,5% de los jubilados de la construcción poseía a la vez agua, gas, electricidad, una ducha y baños internos. El 34% de los ancianos vive en los desvanes de viejos edificios sin ascensor y debe subir a pie de 4 a 6

16 Es evidente la injusticia y el absurdo de este reglamento. Por un alquiler de 190 francos el viejo locatario puede recibir una ayuda de 95 francos. Sólo tiene que pagar 95 francos. Para un alquiler de 200 francos debe pagar 200 francos.

17 Caisse National des Retraites Ouvrières (Caja Nacional de Jubilaciones Obreras).

pisos. A veces el departamento resulta demasiado grande una vez que los hijos se han ido y su mantenimiento es difícil. En la mayoría de los casos el alojamiento no se adapta a las posibilidades de las personas de edad: la falta de agua, de calefacción, de ascensor, es una causa de fatiga agotadora para organismos debilitados. Una persona de cada dos es propietaria; la estadística mencionada incluye a los campesinos, lo cual explica lo elevado del índice. Un tercio alquila, los otros son alojados gratuitamente o comparten un alojamiento.

El problema del alojamiento está relacionado con el de la soledad. En los Estados Unidos, 2/3 de los hombres de edad viven con sus esposas; el 16,2% solos; el 3,5% en asilos para ancianos; sólo 1/3 de las mujeres tiene todavía su marido, 1/3 vive sola, un número bastante grande con sus hijos, el 4,3% en asilos para ancianos. En Francia el 35% de los viejos vive con sus cónyuges, el 30% solos; entre éstos hay sobre todo mujeres; el 9% vive con amigos, un hermano o una hermana. Según un informe establecido en 1968 sobre los jubilados de la construcción y obras públicas, el 43% tiene familia cerca; el 23% familia que vive bastante cerca; el 25% familia que vive lejos; el 9% está totalmente aislado. La frecuencia de las relaciones se vincula directamente con la proximidad.

Pero estas cifras no aclaran mucho la importancia real de los vínculos de familia o de amistad; las encuestas realizadas al respecto han dado resultados bastante contradictorios y a menudo discutibles. En Milán, el 10% de los hombres interrogados y el 13% de las mujeres se han manifestado "muy solos"; el 20% de los hombres y el 22% de las mujeres "a veces solos"; el sentimiento de soledad aumenta con la edad. En California, el 57% de los sujetos respondió "muy solos" entre los que no vivían con un cónyuge, y el 16% entre los que vivían en pareja.

En Inglaterra se hicieron numerosas encuestas de este tipo. Las de Townsend, Young y Willmot, J. M. Mogey, E. Bott han mostrado que la familia, en un sentido muy amplio de la palabra, desempeñaba un papel importante como unidad

de relaciones sociales y de ayuda mutua, sobre todo la familia materna, cuyo núcleo está constituido por la abuela, sus hijas y sus nietas. Los hombres van más bien al café, salen con amigos. "Los hombres tienen amigos, las mujeres parientes". La encuesta efectuada en 1957 por Townsend en Bethnal Green, en el este de Londres, fue particularmente importante. Entre las personas de edad interrogadas, el 5% dijo que estaba "muy sola", el 25% "a veces sola", el 70% "que no estaba sola". A su juicio, pocos viejos estaban realmente aislados; algunos tenían hasta trece parientes que vivían en los alrededores; en particular había siempre uno o dos hijos que vivían a menos de una milla de sus padres; en Bethnal Green los abuelos —sobre todo las abuelas— se ocupaban asiduamente de sus nietos: los llevaban a la escuela, los paseaban, los cuidaban, les daban de comer. Los 3/4 de las personas interrogadas veían por lo menos a un pariente por día y éste les prestaba servicios. Una encuesta de Sheldon (director de medicina del Hospital Real) concluye que un quinto de las personas de edad padece de soledad hasta un grado de desolación desgarrador, los viudos sobre todo, mucho más que las viudas. Entre los que vivían solos, casi 1/3 tenía parientes a menos de media milla; el 40% se confesaba feliz gracias a sus buenas relaciones con sus hijos. Pero estos resultados están sujetos a caución. Otro encuestador, norteamericano, observaba que el 92% de las personas de edad se decía respetada y amada por sus hijos, pero sólo el 63% afirmaba que los hijos en general aman y respetan a sus padres. Al parecer, en muchas de esas respuestas o bien el sujeto se miente a sí mismo o bien interviene su orgullo, pero no se quiere confesar solo o descuidado. Por otra parte se ha comprobado que entre los ancianos económicamente débiles las relaciones familiares no mejoran el ánimo. Entre los que son acomodados, los amigos cuentan más que la familia. La presencia de hermanos, hermanas, primos, etc., en una vecindad bastante próxima no ayuda al anciano a vivir; incluso puede sufrir, con su cónyuge, de soledad entre dos. Es lo que se deduce de la encuesta que han

realizado recientemente en el distrito XIII de París el doctor Balier y L. H. Sébillotte. Las parejas se encierran en su casa más aún que los individuos aislados, viudos o solteros. El apego con frecuencia celoso, maníaco, tiránico, que tienen el uno por el otro los lleva a hacer el vacío a su alrededor. Una encuesta[18] realizada en 1968 en un distrito populoso de París reveló que una persona de edad sobre tres no tenía ya ninguna relación social, no recibía jamás una carta,[19] no recibía ni hacía ninguna visita, no conocía a nadie.

Para defender a los ancianos material y moralmente contra la falta de confort y la soledad se ha pensado construir para ellos residencias agrupadas. A ese respecto hay en Europa un notable contraste entre los países del Norte y los del Sur. En Italia, en Francia, no se ha hecho casi nada. Estos últimos años, en Francia, la C.N.R.O. ha hecho construir algunas residencias; están situadas cerca de las grandes ciudades para que los pensionistas no se sientan exiliados; de tipo horizontal, semihorizontal —cuatro pisos como máximo—, o vertical —ocho pisos y más—, han sido concebidas con gran inteligencia; la primera se inauguró en los alrededores de Burdeos, en diciembre de 1964; aloja a un centenar de personas, válidas o semiválidas. Desde entonces se han construido otras cinco o seis, que reciben un promedio de 120 personas cada una. Los jubilados se encuentran bien en ellas; sólo se quejan de que no se les deje más que el 10% de su dinero, pues el resto sirve para pagar el alquiler y el mantenimiento. Pero cuantitativamente, los resultados obtenidos son todavía irrisorios. Suiza y Alemania occidental han construido un poco más para sus ancianos; Holanda e Inglaterra han hecho mucho. Hacia 1920 se construyó una aldea para ancianos en un parque de los suburbios de Londres: el Whiteley

18 Véase *France-soir*, 8 de noviembre de 1968.

19 Fuera de la correspondencia administrativa.

Village. El Comité para el Bienestar de las Personas de Edad hizo edificar otros en Londres, en Hackney y en otras localidades. En 1940, en Inglaterra, casi todos los tugurios estaban habitados por personas de edad; muchas fueron trasplantadas a nuevos alojamientos expresamente construidos para ellas.

Los países escandinavos son los que han hecho el mayor esfuerzo. En Copenhague hay una célebre Ciudad de los Ancianos instalada en 1919, modernizada en 1955, que tiene 1.600 camas y ha sido considerada durante mucho tiempo como un ejemplo. En 1940 los escasos tugurios que había en Suecia estaban habitados por ancianos que han sido alojados todos convenientemente. Hay barrios para ancianos muy bien concebidos. Desde 1947 Suecia ha construido 1.350 casas para jubilados, donde se alojan 45.000 personas. Los viejos se benefician también de alojamientos especiales de otro tipo: departamentos reservados a los pensionados en edificios de tipo corriente. Algunos reciben "suplementos comunales" que les ayudan a pagar alquileres bastante elevados de departamentos normales.

En los Estados Unidos, en 1950 el presidente Truman señaló a la atención del público los problemas de la vejez y reunió una comisión de 800 personas para estudiarlos. Los resultados fueron escasos. Con frecuencia, como en Saint Louis por ejemplo, las personas de edad son instaladas en especies de guetos: se dividieron viejas casas en habitaciones amuebladas y en minúsculos departamentos donde están hacinados. Se han fundado algunas asociaciones de personas de edad —los *Fósiles*, los *Octogenarios*, las *Viudas Felices*, los *Jóvenes de 50 años*, etc.— que han creado pensiones, pero el precio medio es de 150 dólares por mes. Gracias a préstamos gubernamentales se han construido alojamientos colectivos que producen utilidades escasas o nulas; otros son edificados por organizaciones privadas. Los precios son inaccesibles para la mayoría de los jubilados: en Isabella House, una de las residencias más célebres, el alquiler mínimo es de 75 dólares por mes.

Cabe señalar el logro, desgraciadamente excepcional, del Victoria Plaza, en San Antonio.[20] Se construyó un gran edificio moderno donde se instaló a ancianos que estaban mal alojados. De 352 postulantes se escogió a 204. Cerca del 60% vivía solo; los otros tenían un cónyuge, parientes o amigos; muchos vivían en tugurios. Se les hizo visitar el edificio antes de instalarlos: se quedaron maravillados. Al cabo de un año, la mayoría todavía lo estaba. Había un club —con biblioteca, juegos diversos, etc.— que el 90% de los residentes frecuentaba. Pagaban 28 dólares mensuales, alquiler que era en general, un poco más caro que el anterior; pero dado el espacio y el confort de que disfrutaban lo consideraban módico. La existencia se transformó para ellos. Sentían más la falta de dinero porque compraban muebles o ropas, en lugar de descuidar su casa y su persona. Pero se congratulaban de tener tiempo libre y cantidad de maneras de llenarlo. Se inscribían en agrupaciones, anudaban nuevas amistades, lo cual no les impedía cultivar las antiguas y hablar a menudo por teléfono con sus familias. Se consideraban más sanos que antes y de "edad mediana", en tanto que sus contemporáneos que habían quedado en alojamientos antiguos se decían de edad o viejos. Sus vidas, tanto en la parte activa como en la afectiva, se habían enriquecido y casi todos se consideraban felices. A través de esta experiencia y de algunas otras se ve que la influencia de la vivienda en la condición general del anciano es extremadamente importante. Por eso es lamentable que sea en general tan miserable.

Una cuestión muy discutida hoy es la de saber si es bueno para las personas de edad vivir únicamente entre ellas. El éxito del Victoria Plaza procede en gran parte de que está situado en el corazón de una ciudad y que los residentes no están separados de sus familias. Existen en los Estados Unidos varias "ciudades del sol" habitadas exclusivamente por personas de

20 Descripto en *Future for the aged*, de Carp.

edad, de un nivel de vida elevado. Los promotores, los administradores dicen que están muy contentos de vivir entre ellos. Pero se trata de empresas que producen grandes utilidades y los beneficiarios tienen el mayor interés en elogiar la mercadería. Calvin Trillin, que en 1964 hizo para el *New Yorker* un informe sobre una de esas "ciudades", parece muy escéptico en cuanto a la "felicidad" que según se pretende allí reina. Las personas que la habitan han comprado su casa, invertido mucho dinero y cortado los puentes; están obligados a quedarse; la mayoría se las arregla, pero no quiere decir que volverían a hacerlo, si se les presentara de nuevo la oportunidad.

Lo que se preconiza hoy es la creación de agrupamientos análogos a los de Brujas, formados por casitas independientes y situadas en el corazón de la ciudad, de modo que las personas de edad estén cerca de sus hijos. Más aún: sería conveniente crear, en el interior de conjuntos inmobiliarios habitados por personas de todas las edades, grupos de alojamientos-hogares destinados a los ancianos, que fueran independientes pero comportaran ciertos servicios comunes.

Cuando no pueden bastarse a sí mismos, ni física ni económicamente, el único recurso de los viejos es el asilo. En la mayoría de los países es absolutamente inhumano: justo un lugar para esperar la muerte, un "moridero", como se ha dicho en una emisión reciente sobre la Salpêtrière.

En Francia, el 1,45% de los viejos vive en asilos. Tienen término medio de 73 a 78 años. El 2% vive en pensiones. Una encuesta ha mostrado que el 74% se resiste a ir a un asilo; el 15% acepta la idea porque se trata de inválidos. Hay 275.000 camas y actualmente de 150.000 a 200.000 personas que quisieran hospitalizarse y no encuentran lugar. Cuatro son las razones principales por las cuales las personas de edad solicitan el ingreso. Ante todo, la insuficiencia de sus recursos. En los grandes asilos, tres cuartos dependen de la asistencia; los que tienen

una pensión prefieren pequeños establecimientos privados. En segundo lugar, la imposibilidad de encontrar un alojamiento o la fatiga de cuidarlo. En tercer lugar, razones familiares: los hijos se niegan a cargar con el viejo o deciden librarse de él. En el curso de una emisión (enero de 1968) sobre el "moridero" de la Salpêtrière, el director informó indignado que muchas veces las familias dejan al anciano en el hospital para irse de vacaciones y se olvidan después de ir a buscarlo. Por último, algunos viejos necesitan asistencia médica. En general entran en el asilo de su departamento, unos como indigentes, otros pagando una parte de la pensión. Hay así los que ruedan todo el tiempo de asilo en asilo; en los intervalos, vagabundean y beben. Ciertos establecimientos rechazan a los ancianos enfermos; otros aceptan a los enfermos, aunque sean jóvenes.

Según una encuesta hecha en 1952 por Delore en un asilo, el número de mujeres era el doble que el de hombres. Sobre 100 mujeres había 74 viudas, 22 solteras, 4 casadas. Había 65 válidas y lúcidas, 35 inválidas o seniles. Anteriormente 80 habían vivido solas en alojamientos de una o dos piezas, fuese portería o un piso. De esos lugares, 21 eran tugurios, sobre todo las porterías. Recibían de 8.000 a 15.000 francos por mes.[21] Las 24 porteras hacían pequeños trabajos. En casa de una de ellas se encontraron en un armario 30 kilos de azúcar, pastas y arroz. Otra tenía 200.000 francos escondidos en distintos lugares. Mantenían buenas relaciones con sus hijos, parientes lejanos, amigos, vecinos. De las viudas, 45 tenían hijos, 32 mantenían buenas relaciones con ellos. En el 30% de los casos, la ficha de hospitalización consignaba "miseria fisiológica" o "carencia social".

Hoy ya no hay derecho de construir pensiones de más de 80 camas y se exige que estén distribuidas en habitaciones individuales destinadas a personas solas o a parejas. En estos úl-

21 Francos de 1952.

timos años se ha construido cierto número de establecimientos conformes a esas normas: 35.000 camas. Pero es poca cosa y la situación sigue siendo lamentable.

Todos los testimonios concuerdan en "la gran miseria de los asilos de Francia", que denunciaba recientemente en un informe oficial el ministro de Salud Pública. Hoy, como en el pasado, son verdaderos "hospicios de mendicidad". Laroque reconoce: "En el pasado se conocía la fórmula del hospicio donde se acumulaban inválidos, gentes que no podían levantarse de la cama, ancianos válidos, con la única preocupación de darles un mínimo de alojamiento, a menudo en una promiscuidad escandalosa y con un mínimo de alimento. Por desgracia, esta fórmula todavía se aplica ampliamente". En 1960 el ministro de Salud escribía: "Raros son los asilos y pensiones con suficientes servicios sanitarios. En muchos se puede hablar sin exageración de un verdadero abandono médico". El mismo año, la Inspección General de Sanidad informaba: "La vigilancia y los cuidados médicos son muy deficientes en la mayoría de los hospicios y asilos públicos para ancianos. Los viejos que no pueden levantarse de la cama terminaban su vida en medio de una indiferencia general. Esta situación es tanto más inadmisible cuanto que actualmente se sabe que la reeducación motriz de los hemipléjicos da resultados satisfactorios y que se podría evitar en la mayoría de los casos que los ancianos guardaran cama permanentemente".

Hay en Francia una lamentable confusión entre hospicio y hospital. En la mayoría de los hospicios se recoge a inválidos y enfermos de todas las edades. De las 275.000 camas destinadas a las personas de edad —el 25% de las cuales pertenece al sector privado—, el 17% está ocupado por jóvenes: inválidos motrices y débiles mentales. El 25,12% está ocupado por personas que guardan cama permanentemente.

A la inversa, además de los abuelos depositados en el hospital y a quienes nadie va a buscar, llegan a los servicios de urgencia numerosos ancianos con una carta del médico privado:

"El Sr. (o Sra.) X debe ser hospitalizado(a) porque vive solo(a) y es viejo(a)". El hospital no los rechaza jamás. En la Salpêtrière, en Bicêtre, los hay que esperan la muerte desde hace veinticuatro años en "salas-pudrideros" de 50 camas.[22] Hay en Saint-Antoine tres salas de despejo donde numerosos viejos esperan que otros mueran para ocupar su lugar en los nuevos hospitales abiertos alrededor de París, bien instalados, pero donde el costo diario es de 51 francos. Habría que instalar por lo menos 16.000 camas para aliviar los servicios de los casos "agudos" que las ocupan.

Sean hospicios u hospitales, hay unas 178.000 camas en edificios centenarios. Son con frecuencia antiguos hospitales, castillos, cuarteles, cárceles que no se adecuan en modo alguno a su nueva función. Tienen gran cantidad de escaleras y a menudo carecen de ascensor, de modo que ciertos ancianos no pueden salir de su piso. En los dormitorios comunes —condenados desde 1958 pero donde en realidad está dispuesta la inmensa mayoría de las camas—, los enfermos y los que no pueden levantarse permanecen acostados todo el día. A menudo no hay biombo entre las camas, ni mesa de luz ni armario individuales; el anciano no tiene ni una pulgada de espacio que le pertenezca. Los sexos están aparte; las parejas de edad son implacablemente separadas; no es raro que se ubique al marido y a la mujer en hospicios diferentes. (En la primavera de 1967 dos esposos octogenarios se ahogaron juntos en el Sena porque los habían separado.) Si existen habitaciones en el hospicio, están reservadas en general a los pensionistas que pagan sus gastos de mantenimiento. Ocurre que en cierto momento no pueden ya asumirlos y tienen que pasar de su habitación al

22 En un reportaje aparecido en *France-Soir* en abril de 1968, Madeleine Franck escribe: "Esas salas repugnantes están en vías de desaparición. Sólo quedan algunas en la Salpêtrière. Y en el hospital-hospicio de Bicêtre, el director, señor Musière, ha llegado en los últimos dieciocho meses a suprimir 500 de las 1.300 que él llama 'camas-basurales'".

dormitorio común, lo que constituye un nuevo descenso. Debido a la vetustez de los edificios, las habitaciones son en general muy oscuras. El refectorio está por lo común amueblado con grandes mesas y bancos; las más de las veces hace de sala de estar; ésta, cuando existe, es demasiado pequeña y mal instalada. Asimismo, suele hacer frío, no hay calefacción central o sólo funciona parcialmente. Las lavanderías, las cocinas están en general equipadas con un criterio más moderno; pero el menú es el mismo para todo el mundo; no se tienen en cuenta los regímenes adecuados para cada uno. Las instalaciones sanitarias son defectuosas; en la mayoría de los establecimientos no hay bañeras, sólo duchas que los pensionistas utilizan una vez por semana e incluso una vez por mes. El "abandono médico" es escandaloso. Hay por lo general un médico para 350 hospitalizados; ocurre incluso que un solo médico tenga a su cargo 965 pensionistas. Los gastos médicos de los hospicios representan el 2,7% de su presupuesto, habiendo como hay muchísimos casos patológicos graves.

Se comprende que, en esas condiciones, la entrada en el asilo sea un drama para el anciano. El shock psicológico es particularmente violento en las mujeres, más arraigadas aún que los hombres a su hogar. Dan señales de ansiedad, tienen temblores. Poco a poco muchas se resignan. A veces, según parece, la hospitalización devuelve al anciano el gusto de vivir; se siente menos aislado, se hace de amigos; por una especie de emulación, se deja estar menos que antes. Pero esto es muy raro.

Una estadística preparada por el doctor Pequinot —y que me confirmaron numerosos testimonios— establece que entre los ancianos sanos admitidos en un asilo:

el 8% muere en los ocho primeros días;
el 28,7% muere en el primer mes;
el 45% muere en los seis primeros meses;
el 54,4% muere el primer año;
el 65,4% muere en los dos primeros años.

Es decir que más de la mitad de los viejos mueren el primer año de su admisión. Las condiciones de vida en el asilo no son las únicas responsables; entre los ancianos, el trasplante, cualquiera que sea, acarrea la muerte. Más bien hay que lamentar la suerte de los que sobreviven. En un gran número de casos se la puede resumir en pocas palabras: abandono, segregación, decadencia, demencia, muerte.

El pensionista sufre, ante todo, por coacciones a que está sometido. El reglamento es muy estricto; la rutina, rígida; hay que levantarse y acostarse temprano. Separado de su pasado, de su medio, a menudo vestido de uniforme, ha perdido toda personalidad, no es más que un número. En general, las visitas están autorizadas todos los días y su familia viene a verlo de cuando en cuando, rara vez y en ciertos casos nunca. El asilo es con frecuencia de acceso difícil, los parientes y amigos sólo pueden ir el domingo, y el tiempo que exige el desplazamiento los desalienta. Esto es evidente en lo que concierne a la Casa Departamental de Nanterre: desde el centro de París, en subterráneo y autobús, hacen falta dos horas para llegar. Se necesita un verdadero afecto para sacrificar el poco tiempo libre que se tiene. El anciano queda, pues, abandonado. El director de una importante pensión de ancianos de Niza dijo en una entrevista televisada que sólo el 2% de los pensionistas recibe visitas. En general, las salidas no son libres; en Nanterre, el pensionista tiene derecho a una tarde por semana. No sabe qué hacer de su tiempo. A veces se encarga de un trabajito dentro del hospicio para ganar un poco de dinero; algunas mujeres están empleadas en la ropería o en las cocinas. Pero no se interesan en el trabajo. Tienen en su mayoría un nivel intelectual bajo, leen poco y no escuchan radio. La televisión, cuando la hay, les cansa los ojos. Ni siquiera los juegos de naipes les divierten; su nivel de interés baja a cero, permanecen el día entero sin hacer nada. E incluso después del desayuno, vuelven a acostarse y se pasan casi todo el tiempo en la cama. Rumian viejas ideas sobre la enfermedad y

la muerte. Según el profesor Bourlière, la única ocupación que puede interesar a una colectividad de ancianos es el trabajo manual. En Londres existe, como anexo de un hospicio, un taller donde fabrican instrumentos —muletas, etc.— destinados a los miembros impotentes de la colectividad; tienen la impresión de ser útiles. En algunos asilos de provincia, situados en el campo, hay contiguo un huerto; ciertos pensionistas se entretienen haciendo jardinería, pero son casos raros. Inactivo, reducido al estado de objeto, el viejo de asilo cae rápidamente en la senilidad. El día que le está permitido salir, sólo tiene una distracción: beber. Muchos son los pensionistas que están en el asilo siendo sobrios y se vuelven alcohólicos al cabo de un mes. El dinero menudo que se les da,[23] el que ganan con pequeños trabajos a menudo se les va enteramente en bebida. Un reglamento exige que haya por lo menos doscientos metros entre la puerta del hospicio y el despacho de bebidas alcohólicas más próximo; en Nanterre está prohibido servir a los ancianos otras bebidas alcohólicas que no sean vino, pero éste basta. En verano, las calles de Nanterre próximas a la Casa están llenas de viejos de ambos sexos, tirados en el suelo, sentados, apoyados contra una pared, apretando contra el pecho botellas de vino, y totalmente borrachos. Como su organismo debilitado soporta muy mal la bebida, vuelven al asilo tambaleándose, gritando, vomitando y esa promiscuidad es sumamente penosa para los pensionistas que aman la limpieza y la tranquilidad. El vino favorece los delirios de grandeza que compensan por un momento su miseria. También libera la sexualidad; a menudo, en la embriaguez, se forman parejas heterosexuales u homosexuales, que se las arreglan como pueden para saciar sus deseos.

La vida comunitaria es muy mal tolerada por la mayoría de los hospitalizados; desdichados, ansiosos, replegados en sí mismos, están encerrados juntos sin que se haya organizado

23 25 francos por mes.

para ellos ninguna vida social. Su susceptibilidad, sus tendencias reivindicadoras y a veces paranoides, producen frecuentes reacciones conflictivas. Todos los procesos patológicos a que está sujeta la vejez se aceleran en los asilos.

La vida de asilo ha sido muy bien descrita en *La Grande Salle*, de Jacoba Van Velde; esta novela es seguramente el fruto de serias observaciones personales.[24] La autora pinta un hospicio de mujeres en Holanda, a través de una nueva pensionista. La ha llevado una hija amante, pero que ya no tiene posibilidades de ocuparse de ella, y la "nueva" se siente angustiada ante la idea de que ya no tendrá un minuto de soledad. "Siempre me ha horrorizado que se fijen en mí, se dice. Atraer las miradas me ha resultado siempre un suplicio". En adelante, todos los actos de su vida, incluso su muerte, se cumplirán en presencia de testigos, a menudo malévolos o por lo menos críticos. "¡Uno nunca está solo, es horrible, siempre gente alrededor!", le dice el pensionista de otro asilo... "Y lo tratan como si todas las personas de edad sin excepción volvieran a la infancia. Le hablan a uno como a un niño de uno o dos años". Más que las molestias cotidianas, lo que hace sufrir a la anciana es esa negación de toda vida privada, esa metamorfosis que se le impone de ser humano en puro objeto.

No he podido ver Nanterre, porque no me permitieron entrar, pero he visitado un asilo de la Asistencia Pública muy bien situado, en pleno París. Acoge a unas 200 personas, de ambos sexos. Está rodeado por un gran jardín lleno de árboles y de flores; era un hermoso día de otoño y el sol entraba generosamente en todas las habitaciones. El suelo, las paredes, las sábanas, todo estaba escrupulosamente limpio. Encontré médicos atentos, enfermeras jóvenes, amables y abnegadas. Sin embargo, aunque ya estaba bien informada sobre la cuestión,

24 *Un plat de porc aux bananes vertes*, de Simone y André Schwartz-Bart, que se refiere al mismo tema, tiene un valor documental mucho menor.

no consigo olvidar el horror de esa experiencia: ver seres humanos reducidos a una abyección total.

Algunos privilegiados, capaces de pagar una pensión elevada, viven en habitaciones individuales; otros en salas de cuatro o cinco camas. Pero la inmensa mayoría está encerrada en dormitorios comunes. Cada uno dispone de una cama, una mesa de luz, un sillón y un armarito situado al pie de la cama. El espacio entre dos camas representa más o menos el ancho de dos mesas de luz, y allí pasan los pensionistas el día; ni siquiera tienen refectorio (salvo un dormitorio común de hombres que se prolonga en un comedor). Se les sirven las comidas en una mesita, al lado de la cama. No tienen sala de estar, salvo una piecita tan incómoda a la que no van jamás, ni siquiera para recibir a sus visitas. Por una extraña anomalía que nadie supo explicarse, los sujetos válidos se alojan en la planta baja, los semiválidos en el primer piso, los que guardan cama permanentemente en el segundo. Éstos son incapaces de moverse; son alimentados y limpiados como niños de pecho; pero esa chochez no tiene nada de apacible; los rostros de las ancianas que vi estaban convulsionados de espanto, de desesperación, fijos en una especie de horror imbécil. Quizá no se puede hacer nada más por ellas. El escándalo que salta a los ojos es el primer piso. Entre los semiválidos, muchos son capaces de desplazarse de un extremo del dormitorio al otro; podrían salir, pero no pueden bajar las escaleras, y como no hay ascensor, están literalmente presos, de modo que incluso el jardín les está vedado. Lo que agrava la situación es que ponen con ellos a ancianos que ya no son dueños de su cuerpo y se pasan el día sentados en sillas retretes; están en la misma sala que los otros, condenados así a vivir en una atmósfera hedionda. La planta baja es menos maloliente y menos sofocante, pero lo que angustia es comprobar la inercia que engendra la vida de asilo. Llega a tal punto que, sobre todo entre los hombres, muchos que son válidos hacen sus necesidades en la cama, me dijo el doctor; la sociedad los ha tomado a su cargo, me explicó, se abandonan

totalmente a ella y llevan la pasividad al extremo. (Supongo también que viven su situación con resentimiento y que se vengan.) Se pasan todo el día sentados en el sillón sin hacer nada. Vi a un hombre, tendido en la cama, tejiendo, y otros dos sentados en una cama jugando a las cartas. Eso es todo. Un pensionista de cada veinte, me dicen, lee el diario. Algunos escuchan un poco de radio. Aunque les propongan distracciones, han caído en tal estado de letargia, que las rechazan; por ejemplo, se propuso a unas cuarenta mujeres una excursión gratuita en autocar por los alrededores del París. Sólo dos aceptaron. Su única diversión son las peleas; las mujeres sobre todo parlotean, discuten, forman clanes, establecen alianzas y las rompen. Entre los hombres hay los agresivos e incluso violentos. Como en Nanterre y en todas partes, en cuanto pueden, beben. El dinero de la jubilación que no les es retenido para pagar la pensión lo gastan en comprar vino tinto. No es difícil, pues en el barrio abundan los cafés y los despachos de vino. En verano se los ve sentados en los bancos de una avenida vecina, con botellas de vino en los brazos. Las mujeres también beben. Cuando vuelven por la tarde, más o menos borrachos, se pelean con los otros.

Todos los miércoles se examina a los postulantes; sólo se admite a los que son más o menos válidos. (Si después vuelven inválidos, quedan en el asilo.)[25] Cuando son aceptados es desgarrador ver su angustia, me dijo el médico. Saben que abandonan el mundo de los vivos, que entran allí sin otra perspectiva que la de esperar la muerte. Las mujeres, cuando han superado la angustia del cambio terminan por adaptarse un poco mejor que los hombres. Son más sociales; sus comadreos y sus intrigas les ocupan el tiempo. Los hombres permanecen

25 Hay muchos ciegos y sordos. Una mujer ciega y sorda está totalmente encerrada en sí misma. Hay una enfermería, pero cuando el caso es serio, el enfermo es trasladado al hospital.

solitarios. Y tienen un agudo sentimiento de decadencia. "Al principio", me dijo un médico interno, "yo les preguntaba lo que hacían antes; me respondían que eran guardias del subterráneo o peones, y se deshacían en lágrimas: entonces trabajaban, eran hombres... Comprendí. No hago más preguntas". Muchos pensionistas no tienen más familia. Cuando la tienen, reciben de una a cuatro visitas por mes.

Hay un contraste impresionante entre las mujeres alojadas en los dormitorios comunes y las que tienen una habitación privada; vi a cuatro; estaban cuidadas, leían o tejían; bromearon con el doctor. En una sala de cinco camas, casi espaciosa, las pensionistas me parecieron casi alegres; una de ellas, que había sido experta en belleza, estaba violentamente maquillada aunque sólo le quedaba un diente. En una gran pieza de tres camas, una mujer, cuidada y sonriente, se había instalado un rinconcito propio con dos mesitas y en el borde de una ventana, todo un jardín. El simple hecho de disponer de un poco de espacio y de intimidad podría, al parecer, transformarles la vida.

Lo que me pareció monstruoso es el abandono moral en que la administración deja a esas gentes. Si hubiera salas donde pudieran reunirse, o se les propusieran distracciones, si hubiera monitores que se ocuparan de ellas, no se desmoronarían con esa aterradora rapidez por la pendiente que los transforma en puros organismos. Una enfermera me dijo que el año próximo se tomarían medidas para elevar el nivel del hospicio, instalar salas de estar, etc. Pero la pensión será entonces mucho más cara. Lo que es dramático para los ocupantes actuales es que serán evacuados a los alrededores de París, a Nanterre, a Ivry.

En los Estados Unidos la situación no es mejor. Los sociólogos han comprobado que los hospicios y pensiones para ancianos apenas han progresado en los últimos siglos. En 1952 la Comisión sobre las Necesidades Sanitarias de la Nación declaraba: "Los servicios de sanidad son absolutamente inadecuados

en calidad y cantidad para las personas de edad, donde quiera que estén". El 10 de julio de 1965 apareció una nueva legislación llamada *Medicare*, varios de cuyos capítulos están dedicados a las personas de edad. El cuerpo médico se inquietó por esta intervención del Estado. Consideró como un traidor al doctor Spock, célebre pediatra, que aceptó colaborar con el gobierno en esa materia. La razón de esa repugnancia parece ser el individualismo y el liberalismo que tanto habían obstaculizado en los Estados Unidos la adaptación de medidas de seguridad social.[26]

Verse brutalmente precipitado de la categoría de individuo activo a la de inactivo y clasificado como viejo, sufrir una disminución consternante de los recursos y del nivel de vida, es, en la inmensa mayoría de los casos, un drama que acarrea graves consecuencias psicológicas y morales. Lo es esencialmente para los hombres. Las mujeres viven más tiempo; son las ancianas solitarias las que constituyen la capa más desfavorecida de la población. Pero en conjunto, la mujer de edad se adapta mejor que su marido a su condición. Ama de casa, dedicada a las tareas domésticas, su situación es la misma que la de los paisanos y artesanos de antes: para ella trabajo y existencia se confunden. Ningún decreto exterior interrumpe brutalmente sus actividades. Éstas disminuyen desde el momento en que los hijos, convertidos en adultos, abandonan la casa. La crisis, que en general se produce bastante pronto, suele trastornarla. Pero de todos modos no se encuentra totalmente ociosa, y su papel de abuela le brinda nuevas posibilidades. El número de mujeres de 60 a 65 años que trabajan fuera de la casa no es considerable. En general, salvo algunas excepciones, han comprometido en su oficio mucho menos de sí mismas que los hombres. Dado

26 Véase apéndice II, pág. 677.

el número de mujeres jóvenes que no trabaja, la jubilación no las relega automáticamente a cierta clase de edad. Y tienen en el hogar, en la familia, funciones que les permiten ocuparse y mantener su identidad. Ellas son las que tienen las responsabilidades domésticas y mantienen relaciones activas con la familia, sobre todo con los hijos y los nietos. La mujer entonces toma ventaja al marido y suele sacar de esta superioridad la impresión de un desquite. Algunas tratan entonces agresivamente de humillar al hombre en su virilidad. Las personas de edad tienen conciencia de este cambio de papeles. Una lámina utilizada en el T.A.T. representa a dos hombres, uno joven y uno viejo, y a dos mujeres, una joven y una vieja; los sujetos que interpretan la imagen, cuando son jóvenes no atribuyen un gran papel a la mujer vieja; cuando son de edad, el viejo les parece borroso, sometido, aplastado por su esposa; la ven como dominadora; ella es la que encarna la ley. Esta interpretación refleja la evolución normal de la pareja media.

En la vida del hombre la jubilación introduce una discontinuidad radical; hay ruptura con el pasado; deben adaptarse a un estatuto nuevo que le acarrea ciertas ventajas —descanso, tiempo libre— pero graves desventajas: empobrecimiento, descalificación.

"La peor muerte para alguien", escribió Hemingway, "es perder lo que constituye el centro de la propia vida, y lo que hace de él lo que realmente es. Jubilación es la palabra más repugnante de la lengua. Sea elegida o forzada por la suerte, jubilarse y abandonar las ocupaciones —esas ocupaciones que nos hacen ser lo que somos— equivale a bajar a la tumba".

Es sabido que se mató quizá también por otras razones, pero en todo caso en el momento en que se sintió incapaz de seguir escribiendo. Cuando el trabajo ha sido elegido libremente y constituye una realización de uno mismo, renunciar a él equivale en efecto a una especie de muerte. Cuando ha sido una obligación, estar dispensado de él es una liberación.

Pero en realidad casi siempre hay una ambivalencia en el trabajo que es a la vez una servidumbre, una fatiga, pero también una fuente de interés, un elemento de equilibrio, un factor de integración, en la sociedad. Esta ambigüedad se refleja en la jubilación que puede ser considerada como unas vacaciones o como un descarte definitivo.

La elección entre esos dos puntos de vista, la manera en que se combinen dependen de numerosos factores. Y ante todo de la salud del individuo. Las organizaciones industriales y los agentes gubernamentales han fijado la edad de la jubilación mediante una ley general. Pero como se ha visto, la edad biológica está lejos de coincidir con la edad cronológica; un trabajador fatigado y gastado no tendrá las mismas reacciones que el que se retira en plena forma física y anímica. El personal docente que tiene la libertad de jubilarse más o menos pronto lo hace en general en función del estado de salud. Consulta al médico y en la elección influye el diagnóstico.

Saint-Évremond escribía en 1680: "Nada más corriente que ver a los viejos suspirar por retirarse, y nada tan raro entre los que se han retirado como que no se arrepientan". La primera parte de la frase es cierta para muchas gentes, pero no para todas. La imagen del "retiro-milagro" que permitirá por fin la realización de viejos deseos es muy corriente, pero existe en cambio una imagen del "retiro-catástrofe". Muchos trabajadores que piensan en jubilarse con aprensión, tratan de no recordarlo. Una encuesta hecha entre los obreros de la construcción mostró que un año antes de jubilarse, el 85% no sabía absolutamente cuáles serían sus recursos. La C.N.R.O. les propuso enviarles una carpeta con las informaciones necesarias: entre los de 64 años, el 95% la reclamó; entre los de 60 años el 40%, y por debajo casi nadie. Por eso la jubilación cae sobre el trabajador como un mazazo. "Yo no pensaba nunca en dejar de trabajar; creí que me moriría antes, estaba tan cansada", dice una operaria. "Yo no pensaba para nada en dejar de trabajar, es que me falló la vista", dice una criada. "Una mañana me

despertó y me encontré jubilado", dice un obrero inglés. Otro: "El martes a las siete y media de la noche todavía trabajaba; a la mañana siguiente me desperté y ya no tenía nada que hacer". Según una encuesta efectuada en los Estados Unidos en 1951 por Moore entre el personal docente, el 41% esperaba impacientemente la jubilación, el 59% tenía una actitud indiferente o negativa. Otra encuesta norteamericana sobre los trabajadores del vestido concluyó que el 50% deseaba la jubilación, pero más bien porque se sentían incapaces de continuar que por otra razón. Otras encuestas norteamericanas sobre trabajadores manuales mostraban que sólo un cuarto y a lo sumo la mitad aceptaba alegremente la idea de dejar de trabajar.

Recientemente se interrogó a 95 maestros del Sena, dos meses *antes* de jubilarse. Se les preguntó si temían tener en adelante la impresión de que envejecerían más rápido. El 55%, respondió que sí; preveían el porvenir con tristeza. Otros contestaron que no con tanta brusquedad que cabe pensar que también ellos temían la jubilación. "Entonces me daré cuenta de la edad que tengo", dijeron muchos. Amaban su profesión y el contacto con los niños los rejuvenecía. Temían aburrirse, embotarse; se sentían "arrumbados". Siendo socialmente inútiles, les parecía inútil vivir. Temían el aislamiento. Cuanto mayor era la edad, más intensa era la sensación de envejecer. En este grupo las más afectadas eran las mujeres solteras. Pero en ciertos casos la existencia de un cónyuge aumentaba la ansiedad; temían que sobrellevara mal la situación. El tener hijos no ayudaba a enfrentar el porvenir, salvo si éstos vivían con el futuro jubilado que entonces no tenía miedo de envejecer. Los hombres de 60 años con nietos se sentían más viejos que los que no los tenían. Cierto número de maestros declaró, al parecer con sinceridad, que por el contrario les rejuvenecería poder descansar. Pensaban irse a vivir al campo e interesarse en muchas cosas. Algunos dijeron solamente que les era indiferente envejecer. Entre las maestras interrogadas, varias, aunque casadas, trabajaban por vocación y por negar la condición

femenina tradicional, y detestaban la idea de verse reducidas a esa condición.

Una vez jubilados, las actitudes también varían. Cabe señalar que la actitud con que se enfrenta la jubilación está relacionada con la manera en que se la vive. Se interrogó a unos jubilados sobre lo que habían esperado de la jubilación y lo que pensaban en ese momento. El 29% la encontraba más agradable de lo que había supuesto; el 31% más penosa. Entre los primeros, el 51% la había esperado con prejuicios favorables; el 66% de aquellos a quienes les pesaba la habían temido. Si se es pesimista, esta disposición de ánimo en general se confirma y se acentúa; con el optimista ocurre lo mismo.

Las más de las veces el trabajador interrumpe sus actividades por obligación, porque el empleador lo despide; o bien por razones de salud, por incapacidad. En realidad no deseaba su nuevo estado.[27] A veces se ha preparado haciendo proyectos. Y comienza a ejecutarlos. Se instala en el campo, si vivía en la ciudad. Hace un viaje. Pero eso no siempre le ayuda a adaptarse; los planes mismos a veces se han esclerosado; en el momento de pasar a la acción, el sujeto ya no tiene tantas ganas.

Asimismo advierte a menudo que al cambiar de vida ha cometido un grave error. Por ejemplo, muchos obreros de la construcción de la región parisiense, una vez jubilados, vuelven al campo natal; poco tiempo después se aburren y regresan a París. Muchos jubilados abandonan su residencia para acercarse a sus hijos; éstos no se ocupan de ellos, que han sacrificado en vano sus hábitos. O bien se van a la Costa Azul y descubren que el clima es malo para el reumatismo. Descubren también que el precio de los alquileres es demasiado alto para ellos, lo cual los condena al asilo. No conocen a nadie y la soledad les

27 Según una encuesta hecha en 1955 por Tréanton, de 264 personas el 47% había interrumpido el trabajo por razones de salud, el 22% había sido despedido, sólo el 4% se había jubilado voluntariamente. (Algunos no respondieron.)

hace sufrir. Aunque los planes fueran buenos, una vez realizados se encuentran con las manos vacías; no han hecho más que aplazar el momento de la adaptación. Raros son los que han tenido la posibilidad de prever un verdadero programa de vida. Para los otros, "la jubilación mazazo" es una prueba y algunos salen muy mal parados de ella.[28] Una encuesta efectuada en Prairy City, en los Estados Unidos, mostró que los que siguen trabajando tienen un tono muy superior al de los jubilados; aunque dispongan de menos tiempo libre, sus actividades recreativas y sociales son mucho más ricas.

Por esta razón y sobre todo por necesidad, se ha visto que muchos jubilados tratan de encontrar un trabajo retribuido; sólo una minoría lo consigue y no les proporciona las satisfacciones que les daba su profesión inicial. Es muy raro que el tiempo libre permita manifestarse una vocación que hasta entonces se había mantenido sofocada. En general, el jubilado se conforma, por el contrario, con tareas cualitativamente inferiores al oficio que ejercía y menos bien remuneradas. Poco es el consuelo que proporcionan.

Extraídos del medio profesional, los jubilados deben modificar su manera de emplear el tiempo y todos sus hábitos. El sentimiento de devaluación, común a la mayoría de las personas de edad, se exaspera en ellos. En efecto, no sólo reciben mucho menos dinero que antes, sino que lo que reciben no lo ganan. Si están muy politizados consideran la pensión como un derecho que han adquirido con su trabajo. Pero muchos la reciben casi como una limosna. No ganarse la vida parece una decadencia. El hombre define su identidad por su ocupación y su sueldo; la pierde al retirarse; un ex mecánico ya no es un mecánico: no es nada. "La función del jubilado", dice Burgess,

---

28 Dénuzière cuenta en su libro *Les Délices du port* que un jefe de estación jubilado iba todos los días al andén a mirar melancólicamente el paso de los trenes. Se murió al cabo de seis meses.

"consiste en no tenerla". Por lo tanto es perder su lugar en la sociedad, perder la dignidad y casi la realidad. Además, el jubilado no sabe qué hacer del tiempo libre, se aburre. "El paso de la actividad al retiro es, en efecto, el momento crítico del empleado", escribe Balzac en *Les Petits Bourgeois*. "Aquellos jubilados que no saben o no pueden sustituir por otras funciones las que abandonan, cambian extrañamente; algunos mueren, muchos se entregan a la pesca, distracción cuyo vacío se aproxima al trabajo que hacían en las oficinas".

Según una encuesta hecha en Bruselas por el Office d'Identification, el 87% de los jubilados desea trabajar, por lo menos de vez en cuando. Según otra hecha en París, los dos tercios de los jubilados se quejaban de aburrimiento: "No puedo más, me aburro". Un empleado de una gran tienda dijo: "Vuelvo para ver a mis compañeros. Trato de recuperar esa atmósfera que fue mi vida durante cuarenta años y de la que no puedo prescindir". En general, la nostalgia era mayor entre los trabajadores manuales que entre los empleados de oficina.

Según la encuesta de Tréanton, un año después de haberse jubilado, de las 264 personas interrogadas el 42,5% estaba insatisfecho, el 28,5% satisfechos, y el 16% estaba contento de descansar pero consideraba que sus recursos eran insuficientes. Los satisfechos eran sobre todo los empleados de oficina, porque su nivel de vida había mejorado. La ociosidad pesa, pero el motivo esencial de descontento es la pobreza; por eso los trabajadores manuales son sobre todo los que lamentan haber dejado el trabajo, aunque tengan menos apego a su oficio que los empleados.

Otra encuesta proporcionó resultados un poco diferentes. Se preguntó a un grupo de hombres de edad recién jubilados si pensaban trabajar. La mitad dijo que sí, pero sólo el 16% deseaba que se aumentara la edad de la jubilación. En otro grupo de jubilados interrogado sobre su situación material, uno de cada dos declaró que no estaba satisfecho; sin embargo, el 39% se oponía a que se aplazara la edad de la jubilación; los em-

pleados eran sobre todo los que se oponían: los trabajadores manuales menos; un cuarto de ellos hubieran aceptado aplazarla 5 años a condición de cobrar el 50% más. En un grupo de obreros de la construcción, en 1968, un tercio de los hombres interrogados pidió que se otorgara la jubilación antes de los 65 años. (Sin embargo, el 8% sigue trabajando después de los 65 años, sin haber hecho valer sus derechos a la jubilación.) El 82,5% de los hombres deseaba que la jubilación se otorgara a los 60 años. Todos rechazaban la idea de un trabajo retribuido después de la jubilación. Deseaban retirarse a causa de su salud.

Las contradicciones, o por lo menos las incertidumbres de las respuestas obtenidas en los diferentes grupos, proceden de la doble exigencia del trabajador: descansar y vivir decentemente. Se le obliga a sacrificar o lo uno o lo otro. Los manuales están contentos de no trabajar más, pero están preocupados por problemas de dinero, de salud, de alojamiento. Sufren más que los empleados del aislamiento a que los condena el descenso de su nivel económico: "Puesto que no tengo dinero, ¿a quién quiere usted que yo le interese?... Cuando uno está en la miseria, no encuentra a nadie... No quiero que me inviten más porque no podría retribuir... Cuando me invitan, encuentro siempre una razón para negarme, porque sé que no podré retribuir".

Tréanton ha recogido muchas reflexiones de este tipo.

Aburrimiento, sentimiento de devaluación son rasgos característicos que resultan también de la encuesta hecha en el este de Londres por la Nuffield Foundation. Un jubilado de 70 años que hacía todavía algunos trabajitos dijo con melancolía: "Todavía no estoy como para quedarme en un rincón y mirar cómo trabajan los otros, pero supongo que me llegará el momento". Otro, en las mismas condiciones: "Quisiera trabajar hasta los 100 años. El trabajo llena un vacío, cuando se es viejo. En una época yo esperaba el momento de descansar, pero ahora estoy contento de trabajar, el trabajo llena un vacío". En una encuesta efectuada por Townsend sobre dos hombres jubilados desde hacía cuatro años, uno de ellos se queja: "No

me gusta quedarme sentado. Quisiera que mi pierna me permitiese volver a trabajar". Otro: "Estoy harto. No tengo nada de qué ocuparme. Mi mujer se ocupa de la casa. Si hago algo, lo encuentra mal". Una mujer habla del día en que su marido se jubiló: "¡Aquello fue un acontecimiento! Él lloraba y los chicos también". Y el marido agrega: "No sabía qué hacer. Era como en el ejército, cuando a uno lo ponen a la sombra. No veía más que estas cuatro paredes. Antes, salía los sábados por la noche con mis compañeros, con mis yernos. Ahora no puedo. Soy como un indigente. No tengo una libra en el bolsillo, no podría pagar mi parte. La vida no vale la pena de ser vivida cuando se es jubilado". Un leitmotiv que vuelve todo el tiempo es: "Lo que le doy a mi mujer es ridículo… Poco menos que nada; me da vergüenza…". El jubilado no tiene dinero bastante para mantener la casa, depende de su mujer, de sus hijos; se siente inútil, disminuido; rueda, trata de hacer pequeños servicios pero las más de las veces su mujer lo considera inoportuno y lo manda a pasear. Una mujer dice a los encuestadores: "Me harta tenerlo en casa. Le preocupa lo que uno hace, hace preguntas". Otra: "No hay nada que hacer para ellos en lugares como éstos cuando dejan de trabajar. No es como si hubiera un jardín. En cuanto interrumpen el trabajo, se acaban. No quiero tenerlo aquí".

En general las mujeres temen que sus maridos se jubilen; el nivel de vida bajará, habrá preocupaciones de dinero; les estará todo el tiempo encima; habrá más trabajo que hacer en la casa. Sólo en los medios muy acomodados algunas mujeres se alegran de ver más al marido. En general éste se siente inoportuno. Se considera humillado ante su mujer, con frecuencia también ante sus hijos, mejor adaptados que él a la vida moderna y cuya situación es superior a la suya. Se ha visto a tiranos domésticos que de un día para otro se vuelven tan tímidos que ya no se atreven a cortar una rebanada de pan sin pedir permiso. Otros se hunden en la hipocondría.

¿Cómo repercute esta situación en la salud? Las opiniones están divididas. La mayoría de los gerontólogos franceses la consideran nefasta; el índice de mortalidad es mucho más elevado, dicen, durante el primer año de jubilación que en ningún otro momento. Los gerontólogos norteamericanos, empecinados en un optimismo de encargo, responden que eso sólo es cierto cuando la jubilación es voluntaria: la mala salud es lo que la ha provocado y no a la inversa. Entre las personas con buena salud, la jubilación obligada no la altera e incluso a menudo la mejora porque procura al individuo descanso y sueño. Sin embargo, la relación de lo anímico con lo físico es reconocida por todo el mundo. Y en Norteamérica también se admite que el ánimo de los hombres de edad decae brutalmente de un año a otro, pero sobre todo entre los 65 y los 69, justo después de la jubilación, en especial si la condición económica es deficiente. El estado físico se ve necesariamente afectado.

Las angustias engendradas por la jubilación terminan a veces en depresiones duraderas. Según el doctor Blajan-Marcus, en esas depresiones se superponen varios elementos: la jubilación vivida como duelo y exilio se inscribe en un fondo de duelos mal liquidados, de dependencia familiar, de temperamento depresivo y seguramente de trastornos circulatorios y glandulares, aunque sean difíciles de definir. Es decir que el golpe asestado por la jubilación abate totalmente a aquellos a quienes el pasado ha marcado de cierta manera. Resucita los pesares de la separación, el sentimiento de abandono, de soledad, de inutilidad que engendra la pérdida de una persona querida.

Para defenderse contra una inercia nefasta en todos los planos, es necesario que el anciano conserve actividades; cualquiera que sea su naturaleza, sus funciones en conjunto mejoran. El profesor Bourlière ha estudiado un grupo de 102 viejos ciclistas: su nivel intelectual era muy superior al nivel medio de las personas de su edad. Una encuesta efectuada por F. Clément

y H. Cendron sobre 43 octogenarios borgoñones extraordinariamente bien conservados mostró que su salud estaba relacionada con su actividad. El promedio de edad era de 86 años. El 34% continuaba su antigua profesión a tiempo completo; el 40% trabajaba con sus hijos o en empleos secundarios; el 26% no tenía ya actividad profesional, pero leía, hacía jardinería, etc.; el 61% nunca había considerado cansador su trabajo. Llevaban todos una vida social normal. El grupo más activo tenía un promedio de 87 años de edad; el grupo de 83 años como promedio lo era un poco menos. Los primeros desplegaban todavía muchas actividades físicas: bicicleta, marcha, caza. Entre los segundos, el 25% no leía nunca, ni siquiera el diario. Los otros se mantenían al corriente. En conjunto, el 18% prefería sobre todo la lectura, el 14% la caza; sólo el 7% no tenía distracciones.

Es, pues, muy importante para las personas de edad buscarse ocupaciones. Según encuestas norteamericanas, del 40 al 60% de ellos cultiva lo que en los Estados Unidos se llaman *hobbies*; entre los 50 y 70 años se les dedica más tiempo que antes, después hay un desinterés. No se sabe demasiado cómo pasan el tiempo las personas de más de 70 años. En conjunto, han perdido gusto por las actividades que exigen destreza y audacia, por leer y escribir, y sobre todo por variar sus ocupaciones. Según un estudio de Morgan (hecho en 1937 en los Estados Unidos) sobre 381 personas de más de 70 años, las principales actividades eran: para el 32,9% actividades domésticas; para el 31,5% juegos y diversiones intelectuales; para el 13,6% paseos, visitas; el 9,6% se contentaba con sentarse al sol, mirar por la ventana; el 8,1% se complacía en la jardinería, el cuidado de los animales domésticos; el 4,3% ejecutaba pequeños trabajos remunerados.

Cuanto más elevado es el nivel intelectual de un individuo, más ricas y variadas siguen siendo sus actividades. Pero los trabajadores manuales jubilados pasan mucho tiempo sin hacer nada. Hay un alto porcentaje de inactividad total entre los ancianos. Y a este respecto se puede hablar también de un "torbellino descendente". La inactividad acarrea una apatía

que mata todo deseo de actividad. Carrel comprobaba que el exceso de tiempo libre es todavía más peligroso para los viejos que para los jóvenes; cuanto más tienen, menos capaces son de ocuparlo. El aburrimiento les quita el gusto por distraerse. A un interlocutor que a propósito de los asilados decía: "Por lo menos podrían jugar a las cartas", el profesor Bourlière le contestó: "A partir de ese momento es cuando se puede decir que se aburren: cuando podrían hacer algo y no lo hacen". La observación es válida tanto en los asilos como fuera de ellos.

En una novela, *El llamado de la noche*, el escritor inglés Angus Wilson ha estudiado la difícil adaptación de una mujer de 65 años, que había sido gerenta de hotel, y muy activa, a su condición de jubilada. Se instala en casa de sus hijos que, ella lo sabe, no la necesitan: "A la idea de que su nueva vida no se compondría más que de páginas en blanco, tenía como un momento de pánico". Quisiera ser útil, pero no consigue manipular los aparatos eléctricos con que está equipada la cocina. Su torpeza la pone ansiosa, la ansiedad perjudica su aprendizaje. Su hijo tiene con ella las conductas habituales de los adultos: es considerado, cortés, pero a menudo asoma su impaciencia, le habla con brusquedad. Pocas tareas confiadas, y la esterilidad de los años por venir la aterra. No consigue participar en la vida de sus hijos, y ni siquiera lo intenta, pues se siente extranjera, al margen. La depresión la invade; apenas se interesa en la televisión, en la lectura. Duerme de día, se acuesta por las noches sin comer, se pasea maquinalmente, presa de una especie de torpor. De resultas de un incidente que le da la impresión de haber sido útil, remonta la corriente; en el momento en que recobra cierto gusto por vivir vuelven a interesarle muchas cosas, en particular los trabajos de su hijo, que había ignorado. Decide no seguir viviendo como un parásito y emigra a una aldea para personas de edad. A pesar de esta conclusión tímidamente optimista, lo que llama la atención en esta novela es que describe una situación sin salida.

Para defender a los inactivos contra la soledad y el aburrimiento, en Inglaterra, Suecia y sobre todo los Estados Unidos se los incita a ingresar en asociaciones. Algunas reúnen a hombres de todas las edades. Otras, en los Estados Unidos, han sido creadas especialmente para los viejos, ya sea por ellos mismos, ya por hombres jóvenes. Se les organizan distracciones: juegos, excursiones, representaciones teatrales, etc. Se han creado también "centros diurnos", fórmula que no tiene equivalente en Francia; los primeros se inauguraron durante la última guerra; hay 40 en Nueva York. Allí se encuentran los jubilados de un barrio; eso les permite tener una vida social y también ejercer ciertas actividades: ejecutan trabajos útiles, hacen música o la escuchan, se organizan excursiones, debates. Las iglesias, los sindicatos, han creado centros simulares. Las personas que forman parte de los clubes, que frecuentan centros se sienten más felices que las otras. Pero también se complacen en frecuentarlos porque se sienten más felices. Se cae siempre en el mismo círculo vicioso: el exceso de miseria material o moral anula los medios de paliarla. Cuanto más elevado es el nivel de vida, más intensa es la participación de los individuos en una vida social diversa. Ésta siempre declina con la edad. En el curso de distintas encuestas, la mitad de las personas de edad dijo que a partir de los 50 años sus actividades sociales habían comenzado a disminuir; sólo el 1% dijo que había aumentado. En Orlando, la mitad de las personas de edad no pertenecía a ninguna asociación; en Palm Beach, los dos tercios. Sólo un cambio radical de la situación podría combatir la triste pasividad de la vejez. La experiencia del Victoria Plaza lo demuestra; antes de ser trasladados allí, la mayoría de sus futuros habitantes se pasaba largos momentos dormitando, sentada sin hacer nada. Una vez alojados de acuerdo con sus gustos, integrados en una comunidad, empezaron a leer, a mirar la televisión, a participar en actividades sociales. Pero esos buenos resultados sólo han beneficiado a un número ínfimo de individuos.

Cabe señalar en Francia la experiencia emprendida desde hace tres años en Grenoble por el Office Grenoblois des Persones Âgées (O.G.P.A.), que creó 23 clubes animados por dos profesionales a sueldo y con dedicación completa y unos cincuenta voluntarios. Sus miembros —unos 2.000, de los cuales 1.500 asiduos— tienen actividades culturales, manuales, físicas; hombres y mujeres de más de 80 años siguen cursos de gimnasia. El Office ha abierto también un centro de preparación para la jubilación. La empresa es interesante; pero también en este caso sólo se beneficia una reducida minoría. La situación de la mayoría queda resumida en el eslogan que ha propuesto un club recientemente creado en París, en el distrito XIII: "La jubilación es la época del tiempo libre, pero es también la época del aburrimiento".

"La jubilación y la ruptura de la célula familiar se suman para hacer solitaria, inútil, siniestra la condición del anciano", ha escrito un sociólogo francés. En los países capitalistas —salvo los escandinavos— y en Francia sobre todo, ésta es la situación reservada a los viejos; pero las dos causas aducidas tienen efectos tan desastrosos por el contexto en que se inscriben. La suerte de los viejos sería menos siniestra si el presupuesto que se les destina no fuera tan ridículamente exiguo. El jubilado que no puede siquiera tomar una copa con sus amigos, ni tiene un lugar donde estar, ni un rincón de jardín que cultivar ni los medios para comprarse el diario, no sufre tanto por el exceso de tiempo libre como por la imposibilidad de utilizarlo y por su decadencia. Una pensión, un alojamiento decentes le ahorrarían una humillación extenuante y le permitirían un mínimo de vida social.

Sin embargo, hasta los viejos acomodados sufren por su inutilidad. La paradoja de nuestra época es que las personas de edad gozan de mejor salud que antes, se conservan "jóvenes" más tiempo, con lo cual su ociosidad les pesa aun más. Según todos los gerontólogos, vivir los veinte últimos años de la vida en buen estado físico pero sin ninguna actividad útil es, psico-

lógica y sociológicamente, imposible. Hay que dar a esos sobrevivientes razones de vivir: la "supervivencia bruta" es peor que la muerte. "Usted no puede estar jubilado y vivir", declaró un ex mecánico a quien le pidieron que explicara su acto: había herido gravemente a un policía disparándole con un fusil, sin razón aparente.[29]

La jubilación gradual sería seguramente menos penosa que la "jubilación mazazo". La prueba es que los trabajadores independientes —a menos de una enfermedad brutal— se organizan poco a poco descansos importantes, pero siguen trabajando durante mucho tiempo, por lo menos en pequeñas dosis. Se ha sugerido que, también para los asalariados, se proceda por etapas. Por ejemplo, los empleos se dividirían en varias categorías, según el esfuerzo exigido, y el obrero iría bajando lentamente del más difícil al más fácil. Se reducirían los horarios. Salvo los inválidos y los enfermos graves, estas soluciones satisfarían a la mayoría de las personas puesto que la inactividad total les es insoportable. Sólo que implicarían un cambio total de la sociedad. Ante todo, la jubilación debería calcularse sobre el salario más alto; sólo con esta condición el obrero podría aceptar al final de su vida un trabajo menos fatigoso y peor pagado. Además, el desempleo no debería amenazar los jóvenes y los adultos.

Hay pocas cuestiones más discutidas hoy en Francia que la edad de la jubilación. Los gerontólogos lamentan que las personas de edad estén condenadas a una inactividad que acelera su decadencia. Sin embargo, los sindicalistas se oponen a que se eleve la edad de la jubilación e incluso piden que sea disminuida. El primer argumento aducido es que los obreros viejos necesitan descanso. En efecto, quizás el exceso de tiempo libre, piensan, constituya un peligro. Pero dadas las condiciones de trabajo, prolongar la actividad del trabajador es más peligroso

29 En Phoenix, EE.UU., a comienzos de 1964.

todavía. Una encuesta sobre los obreros parisienses que señalaba en 1967 en *Le Monde* el doctor Escoffier-Lambiotte, muestra que su estado físico y anímico es mucho menos bueno que el del parisiense medio. Se examinó a 102 obreros calificados tomados al azar en el fichero de una gran fábrica de automóviles; a menos de 55 años su tensión arterial es más elevada, el ritmo cardíaco más rápido, la debilidad muscular más acentuada, los trastornos cardiovasculares más numerosos, las perturbaciones del sueño más frecuentes que la media. Se observa también una declinación prematura de las facultades intelectuales. En las sociedades modernas los trabajos son menos penosos que antes en la medida en que exigen menos fuerza muscular; pero la aceleración de las cadencias unida a la extrema división de las operaciones aumenta el desgaste. He dicho que esta degradación no está naturalmente ligada a la senectud sino al régimen de trabajo; de todos modos, mientras éste no cambie, hay que defender el derecho al descanso de los viejos obreros.

Además, los sindicalistas objetan que, en una economía basada en el lucro, no se puede pensar en crear una reserva de mano de obra barata, especie de subproletariado que sería superexplotado por el patronato, y que restaría mucha eficacia a las luchas obreras. Estos argumentos son decisivos. La sociedad, tal como es, impone una elección monstruosa: o sacrificar millones de jóvenes, o dejar que vegeten miserablemente viejos. Todo el mundo está de acuerdo en rechazar la primera solución; no queda, pues, más que la segunda. No sólo los hospitales y los hospicios: toda la sociedad es un gran "moridero" para los viejos.

Cuando se pregunta a las personas de edad si desean seguir trabajando o retirarse, lo que consterna en las respuestas es que las razones invocadas son siempre negativas. Si prefieren seguir, es por temor de la pobreza; si prefieren detenerse, es por proteger su salud; pero ninguno de los dos modos de vida es pensado como una fuente positiva de satisfacción. Ni en el

trabajo ni en el ocio encuentran una realización de sí mismos; ni el uno ni el otro son libres.

Gorz ha mostrado bien, en *Le Socialisme difficile*, que al trabajo obligado corresponde el consumo como pasividad. El "individuo molecular" no está en lo suyo ni en el trabajo ni en el consumo. Ahora bien, la vejez es el no trabajo, el puro consumo; los "ocios pasivos" de toda una existencia no pueden sino conducir al gran "ocio pasivo" de la jubilación: el sujeto vegeta esperando la muerte.

La tragedia de la vejez es la condena radical de todo un sistema de vida mutilante, un sistema que no proporciona a la enorme mayoría de las personas que la integran ninguna razón de vivir. El trabajo y la fatiga ocultan esta ausencia que se descubre en el momento de la jubilación. Es mucho más grave que el aburrimiento. Al llegar a viejo, el trabajador ya no tiene lugar en la tierra porque en realidad nunca se le concedió ninguno; simplemente, no había tenido tiempo de darse cuenta. Cuando lo comprende, cae en una especie de desesperación embrutecida.

Frente a esta realidad, todos los "elogios de la vejez" parecen propios de mandarines y reservados a los que antes se llamaban "eupátridas". Durante siglos los escritores sólo se preocuparon de ellos. Apenas en una breve frase, Cicerón y Schopenhauer reconocían que ser viejo y pobre no es una situación soportable, ni siquiera para el sabio. Pero siguen adelante y se felicitan de que la edad libere al hombre de las pasiones. Hoy sabemos que "viejo y pobre" es casi un pleonasmo. La vejez, si libera las pasiones, exaspera las necesidades por su impotencia para satisfacerlas: los viejos tienen hambre, tienen frío, se mueren. Entonces sólo la nada los "libera" de su cuerpo; antes, existe cruelmente como frustración y sufrimiento. En ningún otro punto se manifiesta tan abiertamente la indecencia a de la cultura que hemos heredado.

Para cierto número de ancianos la situación es tan intolerable que prefieran la muerte al "suplicio de vivir". La vejez

es, de lejos, la edad en que los suicidios son más numerosos. Durkheim fue el primero en establecer cuadros estadísticos mostrando que el porcentaje de suicidios aumenta de los 40 a los 80 años. En Francia se calculaba por millón de habitantes de cada grupo de edad y de estado civil, entre 1889 y 1891, el número siguiente de suicidios:

	Hombres			*Mujeres*		
	Solteros	*Casados*	*Viudos*	*Solteras*	*Casadas*	*Viudas*
40 a 50 años	975	340	721	171	106	168
50 a 60 años	1434	520	979	204	151	199
60 a 70 años	1768	635	1166	189	158	257
70 a 80 años	1983	704	1288	206	209	248
Más allá...	1571	770	1154	176	110	240

Como se ve, el número de suicidios es mucho más elevado entre los hombres que entre las mujeres. Las estadísticas preparadas en los otros países coinciden con el cuadro establecido por Durkheim.Y también las hechas después por Halbwachs, y la que publicó en 1957 la *Revue Lyonnaise de Médecine.*

Nuevas estadísticas han establecido que el suicidio de los viejos representa en Francia 2/3 de los decesos voluntarios. Hasta 55 años, se calculan 51 suicidios por 100.000 sujetos; después de los 55 años, 158. Un informe de la O.M.S. de 1960 muestra que el índice máximo de suicidios masculinos se sitúa a los 70 años como mínimo en Gran Bretaña, Francia, Italia, Bélgica, Países Bajos, Portugal, España, Suiza y Australia. La cifra máxima de suicidios femeninos se da diez años antes y es muy inferior. En Canadá, entre los afroamericanos de los Estados Unidos, en Noruega, en Suecia, la cifra máxima se sitúa entre 60 y 69 años. Los suicidios de los viejos son una causa de mortalidad más importante que la tuberculosis pulmonar, aunque ésta haga numerosas víctimas. Los suicidios disminu-

yeron en conjunto después de la Primera Guerra Mundial (en los Estados Unidos son proporcionalmente 1/3 menos numerosos) pero entre las personas de más de 60 años esta reducción apenas se nota. Según S. de Grazia, en los Estados Unidos 22/100.000 de los cuadragenarios se suicidan; el índice aumenta con la edad y alcanza la cifra de 697/100.000 a los 80 años. Ciertos suicidios de ancianos son consecutivos a estados de depresión neurótica que no se ha conseguido curar, pero la mayoría son reacciones normales a una situación irreversible, desesperada, vivida como intolerable. En su obra *Suicide in old age* (1941), Gruhle afirma que la psicosis es rara vez la causa del suicidio de los viejos. Los factores sociales y psicológicos son los que lo explican: declinación física y mental, soledad, ociosidad, inadaptación, enfermedad incurable. A su juicio, no es nunca el resultado de un episodio depresivo singular sino de la historia de toda una vida.

Uno de los aspectos desesperados de la situación de los viejos en su impotencia para modificarla. Los dos millones y medio de viejos franceses necesitados están dispersos, no hay ninguna solidaridad entre ellos, no tienen medios de presión puesto que ya no desempeñan una función activa en la vida económica del país. Hay una concentración de viejos en Niza; representan el 25% de la población y sus votos cuentan en las elecciones. Pero se ignoran unos a otros, permanecen serializados. La idea de un cambio social los aterra; temen siempre lo peor. Votan por los candidatos conservadores. En los Estados Unidos las personas de edad tienen a veces cierto poder político; retirados, se instalan a menudo en Florida, en California, son muy numerosos en ciertos lugares —sobre todo en Saint Petersburg, Florida— y representan una parte importante del cuerpo electoral. Además, en el contexto de la vida política norteamericana se han podido citar nuevas instituciones político-económicas donde las personas de edad son influyentes.

Pero estas observaciones se aplican a los privilegiados. Los menesterosos no emigran a Florida y no tienen influencia política. Son débiles, aplastados, impotentes.[30]

30 Sobre la condición de los viejos en los países socialistas, véase Apéndice III, pág. 688.

SEGUNDA PARTE

El ser en el mundo

Hemos considerado al hombre de edad en la medida en que es objeto de la ciencia, de la historia, de la sociedad; hemos descripto en su exterioridad. Pero es también un sujeto que interioriza su situación y reacciona a ella. Tratemos de comprender cómo vive su vejez. La dificultad reside en que se puede adoptar sobre ésta ni un punto de vista nominalista, ni un punto de vista conceptualista. La vejez es lo que ocurre a las personas que se vuelven viejas; imposible encerrar esta pluralidad de experiencias en un concepto o incluso en una noción. Por lo menos podemos confrontarlas unas con otras, tratar de desprender sus constantes y dar las razones de sus diferencias. Uno de los defectos de este examen es que mis ejemplos se referirán sobre todo a personas privilegiadas puesto que, como se ha visto, son casi las únicas que han tenido los medios y el tiempo necesario para testimoniar sobre sí mismas. Sin embargo, los datos que proporcionan tienen por lo común un alcance que excede su caso.

Utilizaré esos datos sin preocuparme de la cronología. El gran número de ideas hechas que hemos encontrado sobre la vejez demuestra que es una realidad transhistórica. Es cierto que la condición de los viejos no es la misma en todas partes ni en todos los tiempos, pero a través de esta diversidad se afirman constantes que me autorizan a comparar ciertos testimonios sin consideración de fechas.

La dificultad más grave es la interferencia, ya comprobada, de los factores que definen la condición del viejo: cada uno encuentra su verdadero sentido en su relación con los demás. Todo aislamiento es arbitrario. Dentro de la perspectiva de

una síntesis final es como hay que leer estos capítulos donde examinaré sucesivamente en qué se convierte en la vejez la relación del individuo con su cuerpo y su imagen; su relación con el tiempo, la historia, la praxis; su relación con los demás y con el mundo.

V

DESCUBRIMIENTO Y ASUNCIÓN DE LA VEJEZ. EXPERIENCIA VIVIDA DEL CUERPO

Morir prematuramente o envejecer: no hay otra alternativa. Y sin embargo, como escribió Goethe: "La edad se apodera de nosotros por sorpresa". Cada uno es para sí el único sujeto y solemos asombrarnos cuando la suerte común llega a ser la nuestra: enfermedad, ruptura, duelo. Recuerdo mi estupefacción cuando, gravemente enferma por primera vez en mi vida, me decía yo: "Esta mujer a la que trasladan en una camilla, soy yo". Sin embargo, los accidentes contingentes se integran fácilmente en nuestra historia porque los afectan en su singularidad: la vejez es un destino, y cuando se apodera de nuestra propia vida nos deja estupefactos. "¿Pero qué ha pasado? La vida, y soy viejo", escribe Aragon. Que el desenvolvimiento del tiempo universal haya conducido a una metamorfosis, eso es lo que nos desconcierta. Ya a los 40 años me sentí incrédula cuando, plantada delante de un espejo, me dije: "Tengo 40 años". El niño, el adolescente, tienen una edad. El conjunto de prohibiciones y deberes a que están obligados, las conductas de los demás con respecto a ellos no les permiten olvidarlo. Al llegar a adultos, no lo pensamos, nos parece que esa noción no se aplica a nosotros. Supone que uno se vuelve hacia el pasado e interrumpe las cuentas cuando, tendidos hacia el futuro, nos

deslizamos insensiblemente de un día a otro, de un año a otro. La vejez es particularmente difícil de asumir porque siempre la habíamos considerado como una especie extranjera: ¿entonces me he convertido en otra mientras sigo siendo yo misma?

"Falso problema, me dicen. Mientras usted se siente joven, lo es". Esto es ignorar la compleja verdad: es una relación dialéctica entre mi ser para el otro, tal como se define objetivamente, y la conciencia que tomo de mí mismo a través de él. En mí, el otro es el que tiene edad, es decir el que soy para los otros; y ese otro soy yo. Por lo común nuestro ser para el otro se multiplica como el otro mismo. Toda palabra dicha sobre nosotros puede recusarse en nombre de un dicho diferente. En este caso, no está permitida ninguna discusión; las palabras "un sexagenario" traducen para todos el mismo hecho. Corresponden a fenómenos biológicos que un examen detectaría. Sin embargo, nuestra experiencia personal no nos indica el número de nuestros años. Ninguna impresión cenestésica nos revela las involuciones de la senectud. Éste es uno de los rasgos que distinguen a la vejez de la enfermedad. Ésta anuncia su presencia y el organismo se defiende contra ella de una manera a veces más perjudicial que el propio estímulo; existe con más evidencia para el sujeto que la sufre que para quienes le rodean, que a menudo desconocen su importancia. La vejez se presenta con más claridad a los otros que al sujeto mismo; es un nuevo estado de equilibrio biológico; si la adaptación se opera sin tropiezos, el individuo que envejece no lo nota. Los montajes, los hábitos permiten paliar durante mucho tiempo las deficiencias psicomotrices.

Aunque el cuerpo nos envíe señales, son ambiguas. Se puede caer en la tentación de confundir una enfermedad curable con un envejecimiento irreversible. Trotsky, que no vivía más que para trabajar y luchar, temía envejecer. Recordaba con ansiedad la frase de Turgueniev que Lenin solía citar: "¿Sabe usted cuál es el mayor de todos los vicios? Tener más de 55 años". A los 55 años, precisamente, en 1933, en una carta a su

mujer, se quejaba de fatiga, insomnio, pérdida de memoria; le parecía que sus fuerzas declinaban y se inquietaba: "¿Será la edad que llega de veras o se trata de una declinación pasajera, aunque brusca, de la que me repondré? Ya se verá". Evocaba tristemente el pasado: "Tengo una nostalgia penosa de tu vieja fotografía, nuestra fotografía que nos muestra cuando éramos tan jóvenes". Se restablece y reanuda todas sus actividades.

A la inversa: algunas enfermedades debidas a la senectud pueden ser apenas advertidas y pasadas en silencio. Se las toma por trastornos superficiales y curables. Hay que tener ya conciencia de la edad para descifrar el propio cuerpo. E incluso entonces, no siempre nos ayuda a interiorizar nuestro estado. Ese reumatismo, esa artritis se deben a la senectud, lo sabemos, y sin embargo no somos capaces de descubrir en ellos una nueva condición. Seguimos siendo lo que éramos, con reumatismo además.

Sobre la índole de los juicios que las personas emiten sobre su salud, las opiniones varían y esas divergencias son significativas. Según el informe Laroque: "Después de los 60 años, más de la mitad de las personas considera que tiene mala o muy mala salud. Este sentimiento no siempre corresponde a la realidad, en el sentido de que, abstrayendo las afecciones caracterizadas, traduce esencialmente un reflejo de temor ante el proceso y las manifestaciones del envejecimiento". Una encuesta dirigida en Inglaterra por Tunbridge y Sheffield, en 1956, había dado resultados opuestos; el equipo interrogó a unos ancianos sobre su salud; calculó que entre los hombres, sólo el 23% tenía buena salud, mientras que el 64% se creía en perfecto estado; entre las mujeres, el 23% gozaban de buena salud, el 48% lo creían. En general, los encuestadores llegaron a la conclusión de que la persona muy anciana está desnutrida, es un inválido respiratorio, un inválido motriz, un inválido mental. Pero no se da cuenta.

Esta idea parece confirmada por un hecho que he señalado: los enfermos de edad consultan mucho menos a los médicos

y consumen muchos menos medicamentos que los enfermos más jóvenes. Se han formado en una sociedad donde las personas se cuidaban mucho menos que hoy; esta explicación no basta, pues en muchas otras cuestiones marchan con su época. El profesor A. Ciusa, que trabaja en el Instituto de Geriatría de Bucarest, observa que las personas de edad por lo general no hacen valer sus derechos a la protección de la salud por dos razones: "1° No se dan cuenta del momento en que su estado se vuelve patológico; los trastornos, incluso graves, les parecen inherentes a la edad; 2° Han adoptado una actitud pasiva de renunciamiento, mucho más frecuente que la actitud contraria de exasperación de las preocupaciones. Esta actitud deriva de un sentimiento de inutilidad".

En resumen, hay algo de verdad en la idea de Galeno, quien sitúa la vejez a medio camino entre la enfermedad y la salud. De manera desconcertante es un estado normalmente anormal. "Es normal, es decir, conforme a la ley biológica del envejecimiento, que la reducción progresiva de los márgenes de seguridad entrañe la disminución de los umbrales de resistencia a las agresiones del medio", escribe Canghilem. "Las normas de un anciano habrían sido consideradas deficiencias en el mismo hombre adulto". Cuando las personas de edad se dicen enfermas —aun sin estarlo— subrayan esta anomalía; adoptan un punto de vista de hombre todavía joven, que considera inquietante estar un poco sordo, présbita, tener malestares, fatigarse rápido. Cuando se declaran satisfechas de su salud, cuando se abstienen de cuidarse, se instalan en la vejez: ésta explica sus trastornos. La actitud depende de la opción general con respecto a la vejez. Saben que se mira a los viejos como a una especie inferior. Por eso muchos de ellos toman como un insulto toda alusión a la edad; quieren a toda costa creerse jóvenes, prefieren pensar que tienen mala salud a que son viejos. Otros encuentran cómodo declararse viejos, aunque sea prematuramente; la vejez proporciona coartadas, autoriza a disminuir las exigencias, es menos fati-

goso abandonarse a ella que negarla. Otros, sin aceptar con complacencia la vejez, la prefieren a enfermedades que les asustan y les obligarían a tomar ciertas medidas.

Un encuestador que interrogó a los pensionistas de una residencia de la C.N.R.O.,[1] resume así sus impresiones: "Es el conjunto del cuerpo, de sus órganos, de sus funciones, lo que marcha... La vejez se traduce en esas dificultades físicas, esas enfermedades, ese retardo de todas las funciones. Esta realidad está en el centro de la vida cotidiana; sin embargo, uno se ha habituado, ya no choca. Se habla de ella en una manera desapegada, lejana, crítica... Las cosas son así, pero uno sabe de qué provienen... Es la vejez, no vale la pena ir al médico". Esta anomalía normal, la vejez, parece vivida en el plano de la salud con una mezcla de indiferencia y malestar. Se conjura la idea de enfermedad invocando la edad; se elude la noción de edad invocando la enfermedad y con ese desplazamiento se logra no creer ni en una ni en otra.

La apariencia de nuestro cuerpo y de nuestro rostro nos informa con más certeza. ¡Qué contraste con nuestros 20 años! Sólo que ese cambio se opera continuamente, lo percibimos apenas, Mme. de Sévigné lo ha dicho con mucha gracia. Escribe, el 27 de enero de 1687: "La Providencia nos ha conducido con tanta bondad en todos estos tiempos diferentes de nuestra vida, que casi no los sentimos. Esta pendiente va despacito, es imperceptible; es la aguja del cuadrante que no vemos andar. Si a los veinte años nos dieran el grado de superioridad en nuestra familia[2] y nos hicieran ver en el espejo el rostro que tendremos o el que tenemos a los sesenta años, comparándolo con el de los veinte años, nos caeríamos de espalda y tendríamos miedo de esa cara; pero avanzamos día a día; somos hoy como

1 Caisse Nationale des Retraites Ouvrières (Caja Nacional de Jubilaciones Obreras).

2 Quiere decir el decanato.

ayer y mañana como hoy; así avanzamos sin sentirlo y éste es uno de los milagros de esa Providencia que amo tanto".[3]

Un cambio brutal puede destruir esta tranquilidad. A los 60 años, Lou Andreas Salomé[4] perdió el pelo de resultas de una enfermedad: hasta entonces se había sentido "sin edad"; entonces confesó que se encontraba "del mal lado de la escala". Pero a menos de un accidente análogo, para detenernos ante el reflejo que propone el espejo y descubrir nuestra edad es preciso tener ya razones para interrogarlo.

En cuanto a las deficiencias mentales, el afectado es incapaz de verlas si sus exigencias han disminuido al mismo tiempo que sus capacidades. La Fontaine a los 72 años se creía en perfecto estado físico y mental cuando, el 26 de octubre de 1693, escribía a Maucroix: "Sigo sintiéndome siempre bien y tengo un apetito y un vigor extraordinarios. Hace cinco o seis días fui a Bois-le-Vicomte a pie y casi sin haber comido; son desde aquí unas buenas cinco leguas". Sin embargo, en junio del mismo año, Ninon de Lenclos escribía a Saint-Évremond: "He sabido que usted deseaba a La Fontaine en Inglaterra. No gozamos de él en París: su cabeza está muy debilitada". Quizá por sospecharlo, se jactaba ante Maucroix de su lozanía; pero había elegido no tenerlo en cuenta. Tam-

3 Diderot todavía joven expresa una idea análoga en *La Rêve de d'Alembert*: "¡Si usted hubiera pasado en un abrir y cerrar de ojos de la juventud a la decrepitud, habría sido arrojado a este mundo como en el primer momento de su nacimiento! Ya no habría sido usted, ni para los demás, ni para usted mismo, para los demás que no hubieran sido ellos para usted... Cómo hubiera sabido que ese nombre, encorvado sobre un bastón, cuyos ojos se habían apagado, que se arrastraba con dificultad, más diferente aun de sí mismo por dentro que por fuera, era el mismo que el día antes caminaba con tanta ligereza, movía fardos bastante pesados, podía entregarse a las meditaciones más profundas, a los ejercicios más dulces y más violentos".

4 Esta mujer notable fue amada por Nietzsche, Rilke y muchos otros. Fue discípula y amiga de Freud, quien acogió con mucha estima sus contribuciones al psicoanálisis.

bién en este terreno, los signos sólo cobran su valor en cierto contexto

Es lógico, puesto que en nosotros es el otro el que es viejo, que la revelación de nuestra edad nos venga de los otros. No lo aceptamos de buen grado. "Una persona se sobresalta siempre cuando se oye llamar vieja por primera vez", observa O.W. Holmes. Yo me estremecí a los 50 años cuando una estudiante norteamericana me contó la frase de una compañera: "¡Pero entonces Simone de Beauvoir es una vieja!". Toda una tradición ha cargado esta palabra de sentido peyorativo, suena como un insulto. Por eso cuando uno se oye tratar de viejo reacciona a menudo con cólera. Mme. de Sévigné se sintió herida cuando en una carta de Mme. de La Fayette que quería convencerla de que volviera a París, leyó las palabras: "Es usted vieja". De eso se queja a su hija el 30 de noviembre de 1689: "No me siento en decadencia aunque me lo recuerden. Sin embargo, hago a menudo reflexiones y cálculos, y encuentro bastante duras las condiciones de la vida. Me parece que he sido arrastrada a pesar mío a ese punto fatal en que hay que sufrir la vejez; la veo, ahí estoy y quisiera por lo menos arreglarme para no seguir adelante, para no avanzar en ese camino de achaques, dolores, pérdida de memoria, desfiguración que están por insultarme y oigo una voz que dice: 'Tiene que caminar mal que le pese, y si no quiere, debe morir', que es un extremo que repugna a la naturaleza. Ésta es, sin embargo, la suerte de todo el que avanza demasiado".

A los 68 años Casanova responde con actitud a un corresponsal que lo ha llamado "venerable anciano". "Todavía no he llegado a la edad miserable en que ya no se puede aspirar la vida."

He conocido varias mujeres que han tenido la desagradable revelación de su edad por una experiencia análoga a la que Marie Dormoy contó a Léautaud: un hombre la seguía por la calle, engañado por su silueta juvenil; en el momento de pasar a su lado, le vio la cara y, en lugar de abordarla, apresuró el paso.

Vemos a nuestros allegados *sub specie aeternitatis* y descubrir su vejez es también un golpe para nosotros. Recuérdese el shock que sufrió Proust cuando, al entrar de improviso en una habitación, vio de pronto en el lugar de su abuela, que para él no tenía edad, una mujer muy vieja. Antes de la guerra, un amigo de Sartre que viajaba con nosotros, nos anunció al entrar en el comedor de un hotel: "Acabo de encontrar a su amigo Pagniez, acompañado por una señora vieja". Nos quedamos estupefactos; nunca habíamos pensado que Mme. Lemaire fuera una señora vieja, y era Mme. Lemaire. Una mirada extraña la metamorfoseaba en otra. Presentí que también a mí el tiempo me haría jugarretas. La sorpresa es aun más penosa cuando se trata de personas de la misma edad que nosotros. Todo el mundo ha hecho esta experiencia: encontrar a alguien que apenas reconocemos y que nos mira con perplejidad; uno se dice: ¡cómo ha cambiado!, ¡cómo habré cambiado! Al volver de un entierro, Léautaud escribe, el 25 de febrero de 1945, que lo más horrible es "encontrar a esas personas que uno conoce, a quienes no ve desde hace cinco o seis años, que no ha visto envejecer día a día —aunque de esta manera uno no se da cuenta— y que encontramos envejecidos cinco o seis años de golpe. ¡Qué espectáculo, y por lo demás es el que uno mismo ha de ofrecer!". ¡Y qué asombro se siente ante ciertas fotografías! Me costó convencerme de que mi antigua compañera del Cours Désir, que maravillaba por su título de campeona de golf y su desenvoltura, no era esa joven deportista triunfante —también campeona de golf— sino la anciana de pelo blanco que estaba a su lado y que era su madre.

Hay que releer el largo pasaje del *Temps retrouvé* donde Proust cuenta cómo, después de muchos años, vuelve al salón de la princesa de Guermantes:

"En el primer momento no comprendí por qué vacilaba en reconocer el dueño de casa a los invitados, y por qué todos se habían compuesto una cara, por lo general empolvada y que los cambiaba completamente. El príncipe... se había

disfrazado con una barba blanca y, arrastrando los pies, haciéndolos más pesados, como suelas de plomo, parecía que se había propuesto representar una de las *Edades de la vida*". Al narrador le resulta a menudo difícil hacer concordar su visión actual con su recuerdo, y por ejemplo, viendo a Bloch, superponer su "cara endeble y opinante" de anciano al entusiasmo juvenil de su adolescencia. "Me decían un nombre y yo me quedaba estupefacto pensando que se aplicaba tanto a la rubia valseadora que había conocido en otro tiempo como a la señora de pelo blanco, que pasaba pesadamente a mi lado." Ciertas personas conservan un rostro casi intacto, pero "uno creía primero que les dolían las piernas y sólo luego comprendía que la vejez les había atado sus suelas de plomo". Otros "no eran viejos sino jóvenes de dieciocho años sumamente marchitos". Proust tenía la impresión de "asistir a una fiesta de disfraz, (de) ver muñecas bañándose en los colores inmateriales de los años, muñecas que exteriorizaban el tiempo". Eso es lo que más le asombraba: el tiempo era, por así decirlo, visible a simple vista. "El aspecto absolutamente nuevo de un ser como M. d'Argencourt me resultaba una revelación sorprendente de esa realidad del tiempo que habitualmente permanece abstracta para uno… Uno siente que ha seguido la misma ley que estas criaturas que se han transformado tanto… Me di cuenta por primera vez, a través de las metamorfosis que se habían producido en todas esas gentes, del tiempo que había pasado para ellos, lo cual me conmovió por la revelación de que también había pasado para mí". Por lo demás, Mme. de Guermantes lo llama "mi viejo amigo". Alguien le dice: "Usted, que es un viejo parisiense". En el curso de la velada se convence de su edad: "No veíamos nuestro propio aspecto, nuestras propias edades, pero cada uno, como en un espejo opuesto, veía la del otro".

Un día, en Roma, asistí a una transformación inversa. Una alta norteamericana sexagenaria se sentó en la terraza de un café donde yo estaba. Hablando con una amiga, se rió de pronto con una carcajada sonora de mujer joven que la transfiguró

y me devolvió veinte años atrás, a California, donde yo la había conocido. También entonces la brusca contracción del tiempo me reveló con una dolorosa evidencia su fuerza devastadora. Me he acostumbrado a ver en la pantalla o en las revistas el rostro de hoy de las viejas celebridades que me son contemporáneas; me sobresalto al encontrar en las películas o en los diarios de antes su frescura olvidada.

Quieras que no, terminamos por rendirnos al punto de vista de los otros. A los 70 años Jouhandeau se amonesta: "Durante medio siglo no he dejado de tener 20 años. Ha llegado el momento de renunciar a esta usurpación". Pero esa renuncia no es tan sencilla. Tropezamos con una especie de escándalo intelectual: debemos asumir una realidad que indudablemente somos nosotros mismos aunque nos llegue desde afuera y sea para nosotros inasible. Hay una contradicción insuperable entre la evidencia íntima que nos garantiza nuestra permanencia y la certidumbre objetiva de nuestra metamorfosis. No podemos sino oscilar de la una a la otra, sin tenerlas nunca firmemente juntas.

Es que la vejez pertenece a esa categoría que Sartre[5] ha llamado los irrealizables. Su número es infinito puesto que representan el reverso de nuestra situación. Lo que somos para los demás nos es imposible vivirlo a la manera del *para sí*. Lo irrealizable es "mi ser a distancia que limita todas mis elecciones y constituye su reverso". Francesa, mujer, escritora, sexagenaria: esta situación que yo *vivo* es en medio del mundo una forma objetiva que se me escapa. Pero lo irrealizable sólo se descubre como tal a la luz de un proyecto que apunta realizarlo. Francesa, en Francia nada me incita a interrogarme sobre el sentido de esta calificación; en país extranjero u hostil, mi nacionalidad existiría para mí y tendría que adoptar una cierta actitud a su respecto: reivindicarla, disimularla, olvidarla, etc. En nuestra sociedad, la persona de edad es designada como tal por las costum-

5 *El ser y la nada.*

bres, por las conductas de los otros, por el vocabulario mismo: ella tiene que asumir esa realidad. Hay una infinidad de maneras de hacerlo: ninguna me permitirá coincidir con la realidad que asumo. La vejez es un más allá de mi vida del que no puedo tener ninguna experiencia interior plena. De una manera más general, mi *ego* es un objeto trascendente que no habita mi conciencia y que sólo puede ser apuntado a distancia.

Este apuntar se opera a través de una imagen: tratamos de representarnos lo que somos a través de la visión que los otros tienen de nosotros. La imagen misma no se da en la conciencia: es un haz de intencionalidades dirigidas a través de un *analogon* hacia un objeto ausente. Es genérica, contradictoria y vaga. Sin embargo, hay períodos que basta para asegurarnos de nuestra identidad, como ocurre con los niños si se sienten amados. Están satisfechos de ese reflejo de sí mismos que descubren a través de las palabras y las conductas de sus allegados, se adecuan a él, lo toman por su cuenta. En el umbral de la adolescencia la imagen se quiebra: la torpeza de la edad ingrata procede de que no se sabe de inmediato por qué reemplazarla. Se produce una vacilación análoga en el umbral de la vejez. Los psiquiatras hablan en los dos casos de una "crisis de la identidad". Pero hay grandes diferencias. El adolescente se da cuenta de que atraviesa un período de transición; su cuerpo se transforma y le molesta. El individuo de edad se siente viejo a través de los otros sin haber experimentado serias mutaciones;[6] interiormente no se identifica con el rótulo que le han pegado; ya no sabe quién es. En *La Mise à mort*, Aragón ha simbolizado esta ignorancia y la zozobra que engendra: el héroe no ve su reflejo en los espejos; es incapaz de verse.

La razón profunda de esta simetría hay que buscarla en el inconsciente de los sujetos en cuestión. Freud lo ha dicho: el in-

6 La menopausia es experimentada físicamente por la mujer, pero ocurre mucho antes que la vejez.

consciente no distingue lo verdadero de lo falso: es un conjunto estructurado de deseos: no es reflexivo. Pero puede o no oponer obstáculo a la reflexión. No estorba el paso del adolescente a la edad adulta. En efecto, en la sexualidad del muchacho joven e incluso del niño se presiente la del adulto. Su condición le parece en general deseable porque le permitirá saciar sus deseos. El muchacho tiene fantasmas de virilidad, la niña sueña con su futura feminidad. En los juegos, en las historias que se cuentan, anticipan complacientemente este futuro. Por el contrario, el adulto asocia la vejez con fantasmas de castración. Y como señala el psicoanalista Martín Grotjhan, nuestro inconsciente ignora la vejez. Mantiene la ilusión de una eterna juventud. Cuando esta ilusión se desmorona, el resultado es en muchos sujetos un traumatismo narcisista que engendra una psicosis depresiva.

Ya se ve cómo se explica la "sorpresa", la incredulidad, el escándalo que suscita por lo general en el hombre de edad la revelación de su edad. Entre los irrealizables que nos rodean es el que nos vemos incitados a realizar de la manera más apremiante y el que consciente o inconscientemente más nos repugna asumir. Este hecho nos permitirá comprender las actitudes a primera vista desconcertantes del anciano con respecto a su condición.

Como la edad no es vivida a la manera del para sí, como no tenemos de ella una experiencia transparente como la del *cogito*, es posible declararse viejo tempranamente o creerse joven hasta el fin. Estas opciones expresan nuestra relación global con el mundo. Baudelaire, joven, expresa el disgusto que éste le inspira cuando escribe: "Tengo más recuerdos que si tuviera mil años". Por su situación familiar, vivir fue siempre para Flaubert una empresa agotadora; desde la infancia se declaró "viejo". Cuando, a los 54 años, el marido de su sobrina corre peligro de quebrar, Flaubert teme la venta de Croisset y se desespera: "¡No puedo más! Me siento acabado. Las lágrimas que no vierto me ahogan y toco el abismo. Lo que me aflige, mi pobre Caro, es tu ruina. Tu ruina presente y el futuro. Venir a menos no tiene gracia". Se trataba de

una decadencia económica que le angustiaba y humillaba. La asocia de inmediato con la idea de una decadencia biológica debida a la edad: "La vida no es divertida y empiezo una vejez lúgubre". Croisset se salva, pero como depende de su sobrino con quien estaba en malos términos y teme siempre la ruina, no consigue trabajar, está enfermo, llora, tiembla: "Me miro como un hombre muerto". "Deseo reventar lo antes posible porque estoy acabado, vacío y más viejo que si tuviera cien años." Y además: "A mi edad no se vuelve a empezar; uno concluye o más bien se derrumba". Pudo escribir de nuevo, pero siguió sintiéndose abrumado por la edad y murió prematuramente.

Si están cansados de su oficio, de su vida, los individuos se dicen viejos aunque su comportamiento no sea el de una persona de edad. El equipo del profesor Bourlière examinó un grupo de 107 maestros —52 mujeres y 55 hombres— de poco menos de 55 años; el 40% parecía más joven de lo que era, y sólo el 3% menos. Sus resultados psicométricos eran notables. Tenían actividades intelectuales y sociales muy intensas. Sin embargo, su resistencia física era inferior a la media; se quejaban de fatiga nerviosa, se juzgaban con pesimismo y se consideraban viejos. Es que el oficio de maestro es, en efecto, agotador para los nervios. Exhaustos, tensos, esos sujetos se sentían con justa razón gastados, y la idea de desgaste entraña la de vejez.

Las más de las veces el sujeto pone en juego la distancia que separa el en sí del para sí con el fin de aspirar a esa juventud eterna que codicia su inconsciente. En 1954, en Norteamérica un equipo dirigido por Tuckmann y Lorge interrogó a 1.032 personas de diversas edades para saber si se sentían jóvenes o viejas. Alrededor de los 60 años sólo un número muy pequeño se declaró vieja; después de los 80 años, el 53% se calificó de vieja, el 36% de mediana edad, el 11% de joven. Recientemente, los pensionistas de una residencia para ancianos creada por la C.N.R.O. respondieron en su mayoría a la misma pregunta: "No me siento nada viejo... Nunca pienso en la vejez... Nunca voy al médico... tengo todavía 20 años".

Hablar a este respecto de ceguera psíquica, de negativa a ver, como lo hacen ciertos psicólogos, no basta. De todas maneras esa ceguera tiene que ser posible. Y lo es porque todo irrealizable incita a esta afirmación. "En mi caso, no es lo mismo". Confrontado con personas de la misma edad, uno está tentado de ubicarse en una categoría distinta porque las vemos desde afuera y no les imaginamos los mismos sentimientos que a ese ser único que cada uno es para sí. Una de las pensionistas de la residencia creada por la C.N.R.O. dijo: "No me siento para nada vieja; a veces, ayudo a las abuelitas; después me digo: pero si tú también eres una abuela". Espontáneamente, frente a las otras ancianas, ella no tiene edad; necesita hacer un esfuerzo de reflexión para asimilar su caso al de las otras. Es significativo que en el momento en que toma conciencia se tutee: le habla a la otra que hay en ella, a esa otra que ella es para los demás, pero de la que no tiene ningún conocimiento inmediato.

Para el que se siente cómodo en su pellejo, satisfecho de su condición y en buenas relaciones con su medio, la edad es abstracta. Es lo que quiere decir Saint-John Perse cuando escribe en uno de sus últimos poemas: "Vejez, mentíais... El tiempo que el año mide no es medida de nuestros días". Gide, que había conservado la integridad de sus facultades físicas y mentales, escribe el 19 de junio de 1930: "Debo hacer un gran esfuerzo para convencerme de que tengo hoy la edad de los que me parecían tan viejos cuando yo era joven".

Nada nos obliga interiormente a reconocernos en la imagen que nos ha sido dada por los demás y que nos aterraba. Por eso es posible recusarla verbalmente y también negarla con nuestro comportamiento, siendo la negativa misma una manera de asumirla.[7] Es una opción frecuente en ciertas mu-

7 En ciertos casos patológicos, la negativa llega a cierta perversión de la percepción y de la memoria, como en el caso de Noémie, presentado por el profesor Delay. A los 64 años decía convencida: "Soy una niña, tengo 8 años" o "10 años" o a veces "16 años". Le objetaban: "Pero si tiene usted el pelo

jeres que lo han apostado todo a su feminidad y para quienes la edad es una descalificación radical. Con su manera de vestirse, de maquillarse, con sus gestos, tratan de engañar a los demás, pero sobre todo de convencerse histéricamente de que escapan a la ley común. Se aferran a la idea de que "eso sólo les ocurre a las otras", que para ellas que no son las otras "no es lo mismo".

Cualquiera que presuma de lúcido rechaza esta ilusión, pero renace sin cesar, hay que combatirla incesantemente. Mme. de Sévigné en sus cartas da testimonio de esta lucha. Joven todavía, hablaba de la "atroz vejez". Más tarde, le angustiaba la decadencia de los demás. El 15 de abril de 1685 escribe: "¡Ah, mi querida, qué humillantes son de sostener la hez del espíritu y del cuerpo, de ser posible cuánto más agradable sería dejar de nosotros una memoria digna de ser conservada que estropearla y desfigurarla con todas las miserias que la vejez y los achaques nos traen! Preferiría los países donde por afecto se mata a los padres viejos, si pudieran conciliarse con el cristianismo".

Cinco años más tarde sabe que ya no es joven, pero tiene que darse razones para convencerse. Después de un paseo, un hermoso día de primavera que la ha encantado, escribe el 20 de abril de 1690: "Es lástima que habiéndome metido tan a fondo en esa bella juventud, no me haya quedado algo:

¡Pero, ay, cuando la edad nos hiela,
los buenos tiempos no vuelven jamás!

"Es triste, pero me gusta darme de vez en cuando esas pataditas, para mortificar mi imaginación que está todavía llena de fruslerías y placeres a los que habría que renunciar, aunque se les llame inocentes".

---

blanco". "Los hay que encanecen muy pronto". Creía haber vuelto a la infancia y vivía como presentes escenas de su pasado. Es el fenómeno de ecmnesia.

Y el 26 de abril de 1695: "Yo, a quien nada advierte todavía del número de años que tengo, me sorprendo a veces de mi salud; me he curado de mil pequeñas incomodidades que tenía antes; no sólo avanzo despacito como una tortuga, sino que estoy dispuesta a creer que camino como un cangrejo; sin embargo, hago esfuerzos para no engañarme con esas falaces apariencias".

Estas oscilaciones de nuestra convicción íntima a un saber objetivo, Gide las menciona a menudo en su *Diario*. Escribe en marzo de 1935: "Si no me repitiera incesantemente mi edad, seguro que no la sentiría. Y aun repitiéndome como una lección que hay que aprender de memoria 'tengo más de 65 años', apenas consigo creerlo y sólo me convenzo de esto: que es estrecho el espacio en que mis deseos y mi alegría, mis virtudes y mi voluntad pueden todavía tener la esperanza de extenderse. Nunca han sido más exigentes".

El 17 de enero de 1943: "No siento para nada mi edad y sin llegar a convencerme realmente, me repito a toda hora del día: pobre viejo, tienes 73 años bien cumplidos".

Mientras el sentimiento íntimo de juventud permanece vivaz, lo que parece una apariencia es la verdad objetiva; uno tiene la impresión de usar prestada una máscara extraña. Juliette Drouet escribía a Hugo, asegurándole que su amor resistía al tiempo: "La decoración ha cambiado y me he puesto el disfraz de la vejez". Gide habla de papel, de traje. Anota el 6 de marzo de 1941: "Mi alma ha permanecido joven al punto de que me parece todo el tiempo que el septuagenario que indudablemente soy, es un papel que asumo; y los achaques, las fallas que me recuerdan mi edad vienen a la manera del apuntador a traérmelo a la memoria cuando yo me inclinaría a apartarme. Entonces, como un buen actor que quiero ser, vuelvo a mi personaje y me jacto de representarlo bien.

"Pero me sería mucho más natural abandonarme a la primavera que llega; simplemente, siento que ya no tengo el traje para eso".

¿Es cierto que representa artificialmente el personaje que la sociedad reclama que sea? ¿O es por horror a la vejez que considera sus conductas de septuagenario como un juego? En todo caso, el carácter irrealizable de la vejez se afirma de nuevo en este texto.

Hablar de disfraz, de traje, de representación, es una manera de eludir el problema. Para salir de la "crisis de identidad" se necesita una franca adhesión a una nueva imagen de nosotros mismos. Hay casos en que el adulto ha elaborado de antemano una imagen atroz o triunfante de su vejez: Swift, cuando describe a los Struddburg, Hugo cuando evoca a los Burgraves, Eviradnus, Booz. Llegado el momento, la adoptan o por lo menos la utilizan. Pero en general el sujeto es tomado desprevenido y para recobrar una visión de sí mismo está obligado a pasar por el otro: ¿cómo me ve? Lo pregunto a mi espejo. La respuesta es incierta: los demás nos ven cada uno a su manera y nuestra propia percepción no coincide seguramente con ninguna de las de ellos. Todos coinciden en reconocer en nuestro rostro el de una persona de edad; pero para los que nos encuentran después de unos años, está cambiado, se ha estropeado; para nuestros allegados es siempre el nuestro: la identidad puede más que las alteraciones; para los extranjeros es el rostro normal de un sexagenario, de un septuagenario. ¿Y para nosotros? Interpretamos nuestro reflejo con buen o mal humor, o con indiferencia, según nuestra actitud global con respecto a la vejez. Voltaire tenía con la suya tan buenas relaciones que accedió a dejarse esculpir desnudo por Pigalle. No le gustaba ninguno de los retratos que habían hecho de él y la idea de un nuevo busto empezó por desagradarle. Escribió a Mme. Necker: "M. Pigalle ha de venir, dicen, a modelar mi rostro; pero señora, sería preciso que yo tuviera un rostro: apenas se adivina el lugar. Tengo los ojos hundidos tres pulgadas, mis mejillas son pergamino viejo mal pegado a unos huesos que no sujetan nada. Los pocos dientes que tenía se han ido… Nunca se ha esculpido a un pobre hombre en este estado". Sin

embargo, terminó por aceptar. Al mismo tiempo que juzgaba su apariencia con severidad, se avenía a ella porque se avenía con el conjunto de su condición.

Ni en la literatura ni en la vida he encontrado ninguna mujer que considerara su vejez con complacencia. Tampoco se habla jamás de una "hermosa anciana"; en el mejor de los casos se la califica de "encantadora".[8] En cambio se admira a ciertos "viejos hermosos"; el varón no es una presa; no se le pide ni frescura ni dulzura ni gracia, sino la fuerza y la inteligencia del sujeto conquistador; el pelo blanco, las arrugas no contradicen este ideal viril. El Moisés de Miguel Ángel, el Booz dormido de Hugo autorizan halagadoras identificaciones. El abuelo de Sartre, tal como lo describe en *Las palabras*, se asimilaba a esa figura de patriarca poderoso y sabio. Siempre había estado muy contento de sí mismo: gozaba de una magnífica salud. Se complacía en su papel de amo respetado, de abuelo querido, de anciano seductor. Sartre dice que daba siempre la impresión de posar para un fotógrafo invisible; es decir, que representaba papeles destinados a imponer a los demás una imagen que él asumía.

El ejemplo más divertido de narcisismo senil es el que proporciona el *Diario* de Léautaud; hablaré de él más adelante, en relación con su sexualidad.

Al mismo tiempo que siente la cercanía de la declinación, Jouhandeau, hacia los 80 años, mira su cuerpo con ojos bastante favorables. En sus *Reflexiones sobre la vejez y la muerte* escribe: "Es cierto, todavía no soy un objeto de repulsión. Me conservo incluso relativamente joven a pesar de mi edad porque soy delgado, digamos esbelto; pero no hay duda de que he sospechado en mi cuerpo esa fisura, esa sombra de marchitez que son los signos del envejecimiento y empiezo piadosamente a amortajarlo. Ya

8 El tema poético "A una hermosa vieja", explotado a menudo en diferentes siglos y diferentes países, es el de una mujer que ha sido hermosa y ha dejado de serlo con la vejez. Sólo conozco una excepción: la *Oda a una hermosa vieja*, de Maynard. Cf. pág. 212.

no podré verme sin melancolía. En mi mirada, las bandeletas del embalsamador se apoderan ya de mi apariencia y me esconden a mí mismo como con una especie de respeto".

Yeats, viejo, en su relación consigo mismo oscila entre actitudes opuestas. En plena gloria —acababa de recibir el premio Nobel a los 57 años—, estaba lleno de amargura con respecto a la vejez; sólo veía de un ojo y padecía sordera, pero sobre todo le exasperaba el hecho mismo de la edad: "Estoy cansado y furioso de ser viejo; soy todo lo que era y aun más, pero un enemigo me ha maniatado y retorcido de tal manera que puedo hacer planes y pensar mejor que nunca, pero no ejecutar lo que proyecto y pienso". Sin embargo era todavía capaz de escribir versos muy hermosos. En varios de ellos exhala su cólera contra la vejez. "¿Qué haré de este absurdo, oh corazón mío, turbado / esta caricatura, la decrepitud que me han atado como a la cola de un perro?" Lo que le exaspera es el lado adventicio de la vejez ineluctable; él también tropieza con el escándalo de esa realidad irrealizable, es el mismo pero le han hecho sufrir un tratamiento odioso. En uno de sus últimos poemas evoca a la mujer que ha amado y describe la pareja que forman ahora: dos viejos espantajos en horrible contraste con la imagen de su juventud. Es un espectáculo tan atroz que si una mujer pudiera ver a su hijo tal como será a los 60 años renunciaría a la maternidad. Sin embargo, se complacía en representar el papel de un viejo extravagante. Dejó boquiabierta a la Academia Irlandesa anunciando en un discurso que iba a metamorfosearse en mariposa "y volar, y volar, y volar". Se describía como un *60 years old smiling public man*; más tarde, asumió el personaje de *wild old wicked man*.

Si un hombre de edad detesta su vejez, su propia imagen le repugna. Chateaubriand, arruinado políticamente y cuya celebridad se extinguía, odiaba su vejez: "La vejez es un naufragio", decía. A un pintor que deseaba hacerle un retrato, le respondió con altanería: "A mi edad, no queda ya vida bastante en la cara de un hombre como para atreverse a confiar sus ruinas al pin-

cel". Wagner tenía horror de envejecer. Viéndose en el espejo de una tienda, dijo de mal talante: "No me reconozco en esa cabeza gris; ¿es posible que tenga 68 años?". Convencido de que su genio lo arrancaba al espacio y al tiempo, verse definido, detenido, resumido en su reflejo le pareció un escándalo. A Gide, que a los 70 años se sentía joven, le costó esfuerzo después acomodarse a su vejez. A los 80 años escribe en *Ainsi soit-il*: "Ah, por ejemplo, es mejor que no me encuentre en un espejo: esos ojos bolsudos, esas mejillas hundidas, esa mirada apagada. Doy miedo y eso me inspira otras ideas negras". A Léautaud, que le hablaba de "la cosa horrible que es envejecer", Valéry le responde: "No me hable, yo no me miro nunca en un espejo, salvo para afeitarme". En realidad, marcados por la edad, los rostros de Valéry y de Gide seguían siendo hermosos. La vejez era lo que expresaba a ojos de ellos el cambio que observaban en el espejo y era la vejez lo que detestaban. Igualmente, cuando Aragón escribe: "Y veo con horror aparecer en mis manos las manchas de cobre de la edad", no son las manchas mismas las que le repugnan, sino la edad que denuncian.

Ronsard ha expresado el disgusto que le inspiraba su cuerpo marchito. Como se ha visto, siempre había detestado la vejez. antes de su muerte —sólo tenía 60 años, pero en su época era mucha edad— estaba enfermo e insomne. Se queja de ello en varios sonetos. En uno escribe:

Je n'ai plus que des os, un squelette je semple
Décharné, dénervé, démunclé, dépoulpé
Que le trait de la mort sans pardon a frappé.
Je n'ose voir mes bras de peur que je ne tremble.[9]

9 No tengo más que huesos, un esqueleto parezco / Sin carne, sin nervios, sin músculos, sin culpa / Que el dardo de la muerte sin perdón ha herido. / No oso mirarme los brazos por miedo de temblar.

La descripción más cruel que un hombre de edad ha hecho de sí mismo es la de Miguel Ángel. Estaba abrumado de dolores físicos y preocupaciones. Escribe con amargura: "Estoy roto, agotado, dislocado por mis largos trabajos, y la hostería a donde me encamino vara vivir y comer en común es la muerte... En un saco de piel lleno de huesos y de nervios retengo una avispa que zumba y en un canal tengo tres piedras de pez. Mi cara parece un espantajo. Soy como esos trapos tendidos los días de sequía en los campos y que bastan para espantar a los cuervos. En una de mis orejas corre una araña, en la otra un grillo canta toda la noche. Oprimido por el catarro, no puedo ni dormir, ni roncar". Escribió en un soneto:

Antaño nuestros ojos estaban enteros
reflejando la luz en cada uno de sus espejos.
Ahora están vacíos, empañados y negros.
Eso es lo que el tiempo trae consigo.

Y en una carta a Vasari: "Hay en mi cara algo que da miedo". En el autorretrato que ha dejado bajo la figura de San Bartolomé en el fresco del *Juicio Final*, se pintó como una máscara mortuoria, sombría, casi acosada, presa de un dolor al que apenas se resigna.

Es interesante considerar los retratos de los pintores viejos; a través de sus rostros expresan la relación que tienen con sus propias vidas y con el mundo en el momento en que cierran las cuentas.

Da Vinci, a los 60 años, ha hecho de su rostro una extraordinaria alegoría de la vejez; el torrente de la barba y los cabellos, el matorral de las cejas indican una vitalidad intacta e incluso impetuosa; los rasgos están esculpidos por la experiencia y el conocimiento; son los de un hombre que ha llegado al apogeo de su fuerza intelectual y que se sitúa más allá de la alegría y de la tristeza; está desengañado, al borde de la amargura pero sin abandonarse a ella. Rembrandt, que a lo largo de su vida fue

fijando en la tela sus diversos rostros, nos entrega en su último retrato una especie de testamento. Ha alcanzado la cima de su arte, lo sabe; tiene a sus espaldas una obra de la que puede estar orgulloso; ha hecho lo que quería, ha ganado; pero conoce la parte de fracaso que implica todo logro, y al mirarse en el espejo parece preguntar a su doble: ¿y entonces? El Tintoretto se pintó en 1588, a más de 70 años. Sartre ha analizado ese cuadro en un texto inédito. El Tintoretto, dice, nos hace saber que está desesperado. Ha fijado en la tela "un viejo estupor vapuleado, petrificado como su vida, endurecido como sus arterias… Se da en la tela la soledad de un cadáver… Se declara culpable: ¿tendría si no esa mirada obsesa de viejo asesino?". Se pregunta: "Yo que soy un gran pintor, el más grande de mi siglo, ¿qué he hecho de la pintura?". Sin embargo, ¡qué aire de rencor! En el momento de confesar, acusa. ¿A quién? A los hombres, seguramente… Parece oírsele repetir al infinito: "No comprendo". No obstante: "Algo queda en él que nos obliga a guardar la distancia: el orgullo austero de su desesperación". En el autorretrato que Ticiano pintó a los 80 o 90 años (según la fecha que se asigne a su nacimiento) su expresión grave y serena es bastante convencional.

Conozco un solo autorretrato de anciano francamente alegre: el que pintó Monet para regalar a Clemenceau. Aunque en cierto momento se le enturbió la vista y ya no conseguía ver los colores con exactitud, nunca dejó de pintar: suplía con la memoria las fallas de la percepción. Después recobró una vista intacta y produjo en la vejez sus más asombrosas obras maestras. A veces dudaba del valor de su pintura; pero el problema era secundario: la alegría de pintar era superior. Dotado de una capacidad de trabajo sorprendente, con una excelente salud, acompañado, amante de la vida, así se representa en la tela, en lo que podría llamarse la exuberancia de la vejez: erguido, risueño, la tez rozagante, la barba profusa, la mirada llena de ardor y alegría.

Hay que señalar el autorretrato de Goya, a los 70 años. Negó su edad. Se pintó bajo los rasgos de un hombre de 50 años.

Hayamos encontrado una imagen más o menos convincente, más o menos satisfactoria de nosotros mismos, esa vejez que somos incapaces de *realizar*, tenemos que *vivirla*. Y ante todo la vivimos en nuestro cuerpo. No es él el que nos la revela; pero una vez que sabemos que la habita, nos inquieta. La indiferencia de las personas de edad con respecto a su salud es más aparente que real; si se mira de cerca, en ellas se descubre ansiedad. Esa ansiedad se revela en sus reacciones a los tests de Rorschach. En general los sujetos ven en muchas de las manchas de tinta imágenes corporales; en las personas de edad las interpretaciones anatómicas son muy raras y muy pobres. Tienen un carácter morboso: son, por ejemplo, pulmones, estómagos vistos con rayos X. Las visiones deformantes son frecuentes: distinguen esqueletos, monstruos, caras horribles. Esta ansiedad llega a veces hasta la hipocondría. Con frecuencia el jubilado acuerda a su cuerpo la atención que ya no le reclama su trabajo. Se queja de sus dolores para ocultarse a sí mismo que padece por una pérdida de prestigio. Para muchos la enfermedad sirve de excusa a la inferioridad que es en adelante su destino. Puede ser una justificación del egocentrismo: el cuerpo reclama ahora todos los cuidados. Pero esas conductas se definen sobre un fondo de angustia muy real.

En algunos escritores viejos se encuentran confesiones de ansiedad. En su *Diario*, Edmond de Goncourt evoca el 10 de junio de 1892: "Años asustados, días ansiosos en que una pequeña *nana* o un malestar nos hacen pensar enseguida en la muerte". El sujeto sabe que no resiste tan bien a las agresiones exteriores, se siente vulnerable: "El sinsabor de llegar a cierta edad es que al menor malestar uno se pregunta qué es lo que le va a caer encima", escribe Léautaud en su *Diario*. Las alteraciones que uno comprueba son en sí mismas entristecedoras, y presagian otras más definitivas. "Es el desgaste, la ruina, la bajada que no puede sino acentuarse", escribe también Léautaud.

Eso es quizá lo más desgarrador de la senectud: el sentimiento de irreversibilidad. Con una enfermedad, uno conserva la posibilidad de restablecerse o por lo menos de detenerla. Una invalidez debida a un accidente se limita a lo que es. Las involuciones ocasionadas por la senectud son irreparables y sabemos que van a aumentar de año en año.

Este deterioro es fatal, nadie escapa a él. Pero depende de numerosos factores el que sea lento o rápido, parcial o total, y que tenga una influencia más o menos grande en el conjunto de la existencia. Para los privilegiados a quienes su situación deja un margen de libertad, depende mucho de la manera en que el sujeto toma de nuevo las riendas de su destino.[10]

Muchas veces el peso del cuerpo cuenta menos que la actitud que se adopte a su respecto. Condenado al optimismo, Claudel escribe en su *Diario*: "¡Ochenta años! ¡Ni ojos ni oídos ni dientes ni piernas ni aliento! ¡Y es asombroso, al fin de cuentas, cómo uno llega a prescindir de ellos!". Abrumado de males, un hombre como Voltaire a quien toda su vida le ha pesado el cuerpo, que se ha declarado moribundo desde su juventud, se las arregla mejor que otros. Habla de sí mismo a los 70 años y aun más, llamándose "el viejo enfermo", después "el octogenario enfermo". Adopta pues, sobre sí mismo, el punto de vista del otro, no sin complacerse en su papel; cuando en él es el yo quien habla, se confiesa habituado a su estado: "Hace ochenta y un años que sufro, y que veo sufrir y morir tanto a mi alrededor". Escribe: "El corazón no envejece, pero es triste

10 Puede ocurrir que no haya ninguna opción. El sujeto es víctima de un ataque o de una descomposición física gradual que desemboca en la decrepitud. Así terminó Rodin a los 77 años. A partir de los 67 años su salud empezó a declinar; pasaba por momentos de postración. Un primer ataque, a los 72 años, lo dejó sombrío, malhumorado y mentalmente disminuido. Después del segundo, quedó chocho: no sabía dónde estaba, no reconocía a Rose Beuret, su compañera de toda la vida. Esos casos incumben a la geriatría y nada nos enseñan con respecto a la experiencia interior.

alojarlo en ruinas". Comprueba: "Experimento todas las calamidades que van unidas a la decrepitud". Pero rico, glorioso, venerado, más activo que nunca y apasionado por lo que escribe, acepta su condición con serenidad: "Es cierto que estoy un poco sordo, un poco ciego, un poco incapacitado; el todo coronado por tres o cuatro formas abominables de invalidez, pero nada me quita la esperanza".

Otros, por el contrario, agravan sus achaques con el resentimiento: "Es un suplicio conservar intacto el ser intelectual prisionero en una envoltura material gastada", escribe Chateaubriand. Esta queja hace eco a la de Voltaire. Sólo que éste tenía la suerte de vivir en pleno acuerdo con su época y aun de encarnarla, lo cual lo inclinaba a un optimismo vital. Chateaubriand, caído de su pedestal, aislado en un siglo que se desinteresaba de él, rumiaba sus rencores. Aunque hasta 1841 había sido capaz de trabajar en las *Memorias de ultratumba*, y hasta 1847 —un año antes de su muerte— de revisarlas y corregirlas, dejaba que su cuerpo se deteriorara.

Los psiquiatras llaman "gribouillismo"[11] a la actitud que consiste en lanzarse en la vejez por el horror que inspira. El sujeto carga las tintas. Si arrastra un poco la pierna, mima una parálisis; si está un poco sordo, deja de oír. Las funciones que no se ejercen se degradan, y de tanto hacerse el inválido termina siéndolo. Es una reacción difundida pues muchos viejos son, con justo motivo, rencorosos, reivindicativos, desesperados. Se vengan de los demás exagerando su impotencia; como se ha visto, el caso es frecuente en los asilos: como han sido abandonados, ellos mismos se abandonan y se niegan al menor esfuerzo; y como nadie combate esta tendencia —porque nadie se

11 De "Gribouille": personaje ingenuo y sordo que se muere en los mismos días que quería evitar.

ocupa de ellos— muchos terminan por guardar cama permanentemente.

Para los que no quieren hundirse, ser viejo es luchar contra la vejez. Ésa es la dura novedad: vivir ya no cae de su peso. A los 40 años un hombre con buena salud está biológicamente disponible. Puede llegar hasta el límite de sus fuerzas: sabe que las recuperará enseguida. Los riesgos de enfermedad o de accidente no lo asustan demasiado; salvo en casos de extrema gravedad, se curará, volverá a ser como antes. El hombre de edad está obligado a cuidarse; un esfuerzo excesivo podría acarrear un paro cardíaco; una enfermedad lo dejaría definitivamente debilitado; un accidente sería irreparable o se repararía muy lentamente, pues las heridas tardan mucho tiempo en cicatrizar. Las peleas le están prohibidas; está seguro de salir perdiendo, se pondría en ridículo si las provocara. Para participar en una manifestación ya no corre bastante rápido, sería una carga para compañeros más jóvenes. El trabajo intelectual o físico, los ejercicios, incluso las distracciones producen fatiga. El hombre de edad suele sufrir de dolores precisos o difusos que quitan todo placer a su existencia. Colette vivía torturada por el reumatismo. A una admiradora que la felicitaba por su celebridad, por su aparente dicha, le contestó: "Sí, hija mía, pero está la edad". "¿Pero aparte de la edad?" "Está la edad". Mi madre sufrió cruelmente de artritis en los últimos años de su vida, a pesar de los diez comprimidos de aspirina que tomaba por día. La de Sartre había perdido casi el placer de vivir, tanto la atormentaba el reumatismo. Aunque el individuo de edad soporte esos males con resignación, se interponen entre el mundo y él; son el precio que pagó la mayoría de sus actividades. Ya no puede, pues, ceder a caprichos, seguir sus impulsos: se interroga sobre las consecuencias y se ve obligado a optar. Si sale a pasear para aprovechar un hermoso día, al volver le dolerán las piernas; si toma un baño, lo tortura la artritis. Para caminar, para lavarse, suele necesitar ayuda, vacila en pedirla, prefiere privarse. El coeficiente de adversidad de las cosas aumenta: las escale-

ras son más duras de subir, las distancias más largas de recorrer, las calles más peligrosas de cruzar, los paquetes más pesados de llevar. El mundo está atestado de emboscadas, erizado de amenazas. Ya no está permitido vagabundear. A cada instante se plantean problemas y el error es severamente sancionado. Para ejercer sus funciones naturales necesita artificios: prótesis, anteojos, aparatos acústicos, bastones: "Eso también es la vejez, todo ese arsenal de anteojos en mi mesa de trabajo", anota Léautaud. La desgracia es que la mayoría de los viejos es demasiado pobre para comprarse buenos anteojos, aparatos acústicos muy costosos; está condenada a una semiceguera, a una sordera total. La decadencia parcial suele acarrear una abdicación que es seguida en todos los planos por un rápido desmoronamiento.

Para el viejo a quien su situación económica deja abiertas diversas posibilidades, la manera en que reaccione a los inconvenientes de la edad depende de sus opciones anteriores. A quienes siempre han elegido la mediocridad no les costará mucho esfuerzo cuidarse, reducirse. He conocido a un viejo absolutamente adaptado a su edad: mi abuelo paterno. Egoísta, superficial, entre las actividades vacías de su madurez y la inactividad de sus últimos años no había mucha distancia. No se fatigaba en exceso, no tenía preocupaciones porque no se tomaba muchas cosas a pecho; su salud seguía siendo excelente. Poco a poco sus paseos se hicieron menos largos, se dormía con más frecuencia sobre el *Courrier du Centre* hasta su muerte, lo que se llama "una hermosa vejez".

Sólo cierta pobreza afectiva e intelectual hace aceptable este triste equilibrio. Hay individuos que se han pasado toda la vida preparándose para eso y que ven en él su apogeo. Por ejemplo, ese patricio veneciano del siglo XVI, Cornaro. Dueño, a los 85 años, de una salud admirable, se puso como ejemplo para la posteridad en en el tratado que escribió entonces: *De la vida sobria y bien reglamentada*. Insiste en la mesura con que ha gozado de los placeres, en la sabia manera en que ordenaba

sus ocupaciones y sobre todo en la frugalidad de su régimen alimenticio: durante más de medio siglo sólo absorbió por día 12 onzas de alimentos sólidos y 14 onzas de vino. Se describe rodeado de amigos, de hijos, de nietos, la vista y el oído en perfecto estado, leyendo, escribiendo, montando a caballo, viajando. "Considero la edad que tengo, aunque mucho más avanzada, la más agradable y la más bella de mi vida. No cambiaría de edad y de vida contra la juventud más floreciente". Estimaba que ésta era su recompensa por haber usado con discreción los bienes de este mundo. En realidad, tenía menos mérito de lo que pretendía, pues las circunstancias lo habían favorecido generosamente. Poseía una inmensa fortuna en una magnífica casa en medio de un vasto jardín. Vivió casi hasta los cien años y una de sus sobrinas afirma que se conservó hasta el fin sano e incluso vigoroso.

Prudente, ponderado, moderado en todos los planos, Fontenelle, que murió casi centenario murmurando "No siento nada más que cierta dificultad de ser", llevó también una vida de modo de tener una buena vejez. Había nacido endeble y, preocupado por su salud, "se ahorró con una escrupulosa diligencia toda especie de emoción", dice uno de sus biógrafos. Tenía reputación de insensible; señalando su corazón, Mme. du Tencin le dijo un día: "También cerebro es lo que tiene usted ahí". Inteligente, brillante, apasionado por las ciencias, no tenía más que 29 años cuando escribió el libro que lo hizo célebre, *Les entretiens sur la pluralité des mondes*, que fue seguido por muchas otras obras. No invento nada, se limitó a divulgar la ciencia de su tiempo, pero lo hizo con mucha habilidad. Fue elegido miembro de la Academia Francesa y de la Academia de Ciencias. Tenía curiosidad por todo y en sus libros se ocupaba de todo. No vacilaba en tomar partido: defendió a los modernos contra los antiguos, atacó a la religión. Pero conservaba siempre la cabeza fría y evitaba toda fatiga excesiva. Llegó a la vejez con una excelente salud y se complació en ella. A su juicio, la edad más feliz es "de sesenta a ochenta años. A esa edad

se tiene una posición hecha. No hay más ambición; no se desea más nada y se disfruta de lo que se ha sembrado. Es la edad de la cosecha terminada". A los 82 años, según cuenta Mme. Geoffrin, era todavía un conversador asombroso. Sin embargo, a los 88 años se quedó sordo; a los 94 su vista había disminuido mucho. Los huéspedes en cuyas casas pasaba las veladas lo consideraban más bien un estorbo.

Swift fue a la vez víctima de una desgracia fisiológica —a su muerte le encontraron agua en el cráneo—, de la situación de Irlanda, de su sombría actitud con respecto a la humanidad. Siempre había sido ambicioso, le interesaba vivamente el dinero, y ni su carrera ni su modesta fortuna le satisfacían. Muy preocupado del qué dirán, se sentía fácilmente perseguido, tanto más cuanto que realmente lo había sido. A pesar de las apologías que escribió de sí mismo, no se gustaba. Por todas estas razones detestaba a sus semejantes; había manifestado su odio pintando a los Yahus y después a los Sgruddburg; a través de ellos hizo atroces descripciones de la vejez. Contra ella se debatió con rabia cuando le llegó. Al perder a Stella, a los 59 años, ya estaba muy maltrecho: oía mal, tenía mareos. "Estoy siempre muy enfermo, tambaleante y sordo... y sería perfectamente feliz si Dios quisiera llevarme a su lado". Después de haberse dirigido a los *whigs*, a los *tories* y de nuevo a los *whigs*, tuvo esperanzas de que la reina Carolina le confiara en Inglaterra un cargo importante; pero había caído en desgracia y vuelto definitivamente de Londres a Dublín. Se hallaba más a disgusto que nunca en esta ciudad, "el lugar más sucio que existe en Europa". Ante la pobreza y la mugre de Irlanda, pasaba de la pena al furor. A los 61 años redactó el más amargo de sus panfletos sobre los hijos de los pobres de Irlanda. Su asco del mundo y de la vida era tan violento que sentía más que nunca la necesidad de exhalarlo por escrito; seguramente por eso luchaba contra la declinación con un encarnizamiento furioso. Para vencer la sordera y los mareos se obligaba a hacer ejercicios: largos paseos a pie o a caballo. Cuando llovía, subía

y bajaba frenéticamente las escaleras. Su horror del cuerpo humano se tradujo entonces en poemas escatológicos. Aunque rodeado de mujeres maduras y atraído por las jóvenes, se hizo cada vez más misógino. El resentimiento lo devoraba. Escribe en una nota que después de la muerte de la reina Ana "los cargos eclesiásticos más elevados se confiaron a los más ignorantes, los fanáticos fueron cortejados, Irlanda completamente arruinada y reducida a la esclavitud mientras que algunos ministros acumulaban millones". Su salud se desmoronaba. El 3 de abril de 1733, a los 65 años, escribe: "Mis viejos mareos me han hecho sentir tan mal de un mes a esta parte, que me he puesto en manos de Deally y tomo medicina todos los días. Titubeo en la oscuridad. Sin embargo, lucho y monto a caballo por lo menos tres veces por semana. A esta enumeración de mis achaques, sólo añadiré que he perdido a medias la memoria y todas mis facultades de invención". Y el 9 de octubre de 1733: "Mi ánimo está por los suelos". Su único consuelo es escribir panfletos cada vez más virulentos; incluso parece ser ésa la razón por la cual se obstina en vivir: no quiere dejar de odiar y de gritar su odio. Redacta un panfleto sobre un "hospicio para incurables"; allí se encerraría a los necios incurables, los canallas incurables, las harpías incurables, e incurables de otras especies, a saber, la mitad de la nación, y él también. Quizás ese texto traduce una inquietud personal; quizá temía volverse loco. Sentía, en todo caso, afinidades con los locos puesto que legó todos sus bienes al asilo de alienados de Dublín. Todos sus amigos habían muerto; escribe a Pope: "Ahora no me queda más que usted: tenga la bondad de sobrevivirme". El joven Sheridan lo describe: "Su memoria se había debilitado mucho y la declinación de sus otras facultades era evidente; su carácter, inestable, pesaroso, taciturno y sujeto a súbitos arrebatos". Su avaricia se había agravado. Muy lejos del optimismo atolondrado de un La Fontaine, tenía perfecta conciencia de su decadencia intelectual. Cuando le festejaron su 70° aniversario, dijo con amargura: "No soy más que la sombra de mí mismo".

La gota lo torturaba. No soportaba sentirse disminuido, rumiaba sin cesar sus rencores y sospechaba de todo el mundo de malevolencia. La política de Inglaterra con respecto a Irlanda seguía sublevándolo. Su cólera no se aplacaría. Cuando Londres hizo bajar el título de las monedas de oro irlandesas, izó la bandera negra en el campanario de Saint Patrick. En 1742 se fue a las manos con uno de sus canónigos; una comisión declaró entonces: "Ya no está sano ni de espíritu ni de memoria". Vegetó tres años todavía.

Contemporáneo y amigo de Emerson, Whitman se inspiraba en un optimismo vitalista. Cantaba la vida en todas sus formas. Cuando estaba en la fuerza de la edad, exaltó líricamente la vejez. Se lee en *Hojas de hierba:*

A la vejez

Veo en ti el estuario que se agranda y se extiende magníficamente a medida que se derrama en el gran océano.[12]

Y en otro poema:

Juventud amplia, robusta, voraz; juventud llena de gracia, de fuerza, de fascinación.
¿Sabes que la vejez puede venir tras de ti con la misma gracia, la misma fuerza, la misma fascinación?
Día pleno y espléndido, día de sol, de la acción, de la ambición, de la risa inmensa.
La noche te sigue de cerca con sus millones de soles y su sueño y sus reconfortantes tinieblas.

Fulminado a los 54 años por un ataque, él, que desbordaba

12 Cf. Ruzzante: "La vejez es una charca donde se juntan todas las aguas malsanas y que no tiene otra salida que la muerte".

de energía y amaba apasionadamente la naturaleza, se encontró clavado en un sillón de inválido, semiparalítico. Se empeñó en soportar la prueba con serenidad. A fuerza de voluntad, en tres años volvió a caminar. Vivía entonces en casa de su hermano, en la pequeña ciudad de Camden; a los 65 años se encontró lo bastante bien como para instalarse en una pequeña casita propia. Un año después, de resultas de una insolación, un nuevo ataque le dejó con las piernas y los huesos "transformados en gelatina". Trataba de conservar su buen humor, pero la reclusión a la que estaba condenado era para él un suplicio. Sus amigos —numerosos y que lo querían mucho— le regalaron un coche; Whitman lloró de alegría y ese mismo día salió al trote por las calles; el caballo le pareció demasiado viejo y lo cambió por otro, más fogoso. Conseguía trabajar dos o tres horas por día, leía diarios y revistas, recibía amigos y comía en casa de uno de ellos todos los domingos por la noche. Hablaba poco pero sabía escuchar y su compañía era buscada. De vez en cuando, para ganar un poco de dinero hacía una lectura pública. Se trataba con baños y fricciones. Ponía buena cara, pero en sus poemas confiesa su angustia:

Mientras estoy aquí sentado escribiendo, enfermo y envejecido,
no es mi menor preocupación que el peso de los años, los gimoteos,
las tristezas morosas, los dolores, la letargia, la constipación, el tedio
[llorón
puedan infiltrarse en mis cantos cotidianos.

Y también:

Un viejo navío desmantelado, desteñido y descalabrado, inválido,
[acabado,
después de libres travesías hacia todos los confines de la tierra,
por fin halado a la costa y sólidamente amarrado, se queda ahí,
[oxidándose,
enmoheciéndose.

Festejó con numerosos amigos su 69° aniversario. Escribió entonces:

Para mí mismo — *el corazón alegre que late todavía en mi pecho*
El cuerpo en ruinas, viejo, pobre y paralítico, la extraña inercia que cae
[como una mortaja a mi alrededor
Los fuegos voraces en mi sangre lenta, aún no extinguida.
Mi fe intacta, los grupos de amigos queridos.

La poesía, la amistad, la naturaleza eran todavía razones de vivir suficientes para que, a pesar de una declinación de la que tenía conciencia, su corazón se conservara alegre. Pero dos días después tuvo un ataque, seguido al día siguiente por otros dos. Le temblaba todo el cuerpo, divagaba e interpelaba balbuciendo a amigos ausentes. Durante una semana se negó a ver al médico. Finalmente éste fue y lo ayudó a curarse. "El viejo navío ya no tiene agallas para hacer muchos viajes", escribió entonces. "Pero el pabellón sigue en el mástil y todavía estoy en el timón". Su convalecencia fue lenta; se sentía muy cansado, caía en letargos. Sin embargo, se felicitaba de conservar la cabeza clara y el uso del brazo derecho: "¡Ahora que estoy reducido a estas dos cosas, qué grandes bienes son!". Tuvo diabetes, trastornos de la próstata y de la vejiga que le hicieron sufrir horriblemente. Debió vender el coche y el caballo. En su cuartito invadido de papelorios pero con las ventanas siempre abiertas, se arrastraba del sillón a la cama. Sus amigos le compraron una silla de ruedas y el joven Traubel lo llevaba a la orilla del río, el Delaware, que le gustaba contemplar, aunque su vista estuviera muy debilitada. Con ayuda de Traubel corrigió las pruebas de sus últimos versos, *Ramos de noviembre*, e hizo publicar sus obras completas. A veces su viejo optimismo se despertaba; escribía:

Pero cuando la vida declina y todas las pasiones turbulentas
[se apaciguan...
Entonces llegan los días ricos, los más calmos, los más felices de todos.

Habla también de las "cimas resplandecientes de la vejez". No hay duda de que quería convencerse a sí mismo, lo que no le impide, en el umbral de los 70 años, describirse sin alegría: "Taciturno, machacón y senil, repitiendo con voz cascada, con mis chillidos de rata". Se festejaron con gran pompa sus 70 años, en la intimidad los 71. Se arrastró dos años todavía.

Swift y Whitman sufrieron de graves trastornos orgánicos, pero aunque el anciano conserve una excelente salud, el peso del cuerpo se hace sentir. Goethe maravillaba a sus contemporáneos con su lozanía. Su silueta jamás fue tan elegante como a los 60 años. A los 64, podía pasar seis horas a caballo sin desmontar. A los 80 no tenía ningún achaque; sus facultades, su memoria entre otras, estaban intactas. Sin embargo, uno de sus íntimos, Soret, cuenta en su diario, en 1831 —Goethe tenía 82 años—: "Hoy pasé un cuarto de hora penoso en casa de Goethe. Parecía de mal talante; me dio algo para que lo viera y pasó a su dormitorio. Después de unos instantes, volvió en un estado de agitación muy acentuado que trataba de ocultar, muy rojo y hablando en voz baja puntuada de suspiros. Le oí exclamar dos veces: '*O das Alter! O das Alter!*' como si reprochara a su edad algún achaque". Un día, al pronunciar un discurso, tuvo una falla de memoria; durante veinte minutos miró en silencio a sus auditores petrificados de respeto, y después volvió a hablar como si no hubiera pasado nada. Se deduce de esto que recobraba su aparente equilibrio después de cantidad de menudos desfallecimientos. Al final se fatigaba bastante rápido y sólo trabajaba por la mañana; había renunciado a viajar. Durante el día, dormitaba a menudo.

El vigor de Tolstoi era legendario; lo debía al cuidado con que lo preservaba. A los 67 años aprendió a andar en bicicleta y en los años siguientes hizo largas excursiones en bicicleta, a caballo y a pie; jugaba al tenis, tomaba baños helados en el río; en

verano guadañaba, a veces, durante tres horas seguidas. Trabajaba en *Resurrección*, escribía su *Diario* y numerosas cartas, recibía visitas, leía, estaba al corriente de lo que pasaba en el mundo. Cuando el zar envió a sus cosacos contra la vieja secta religiosa de los dujobores, en 1895, publicó en Londres un artículo violento sobre la represión; firmó y distribuyó un manifiesto denunciando la persecución. Hizo una campaña de prensa en el extranjero, dirigió llamamientos a la caridad pública y aceptó cobrar derechos de autor para donarlos al "comité de ayuda". Festejó alegremente sus 70 años. Excomulgado por el Santo Sínodo, hubo manifestaciones inmensas en su favor. Sin embargo, hacia 1901, su salud cedió: sufría de reumatismo, ardores de estómago, dolores de cabeza. Adelgazó mucho. Una crisis de paludismo le obligó a guardar cama. Aceptaba la idea de morir. Se levantó y fue a descansar a Crimea. Hizo paseos en coche y comenzó un ensayo: *¿Qué es la religión?* Chejov se quedó sorprendido de su envejecimiento: "Su principal enfermedad es la vejez que se ha apoderado enteramente de él", escribió a un amigo. En 1902 tuvo una neumonía que hizo temer por su vida; sin embargo, desde la cama dictaba a su hija Macha pensamientos, cartas. Se curó, pero le preocupaba mucho su salud, lo cual irritaba a Sonia: "De la mañana a la noche, hora tras hora, se preocupa de su cuerpo y lo cuida", anotaba. En mayo tuvo la fiebre tifoidea; también sobrevivió. Pero se había convertido "en un viejecito enjuto y lamentable", anota también Sonia. No abandonaba el combate. Empezó a hacer paseos cada vez más largos; volvió a hacer gimnasia, a montar a caballo. Y comenzó a escribir otra vez. Compuso una antología, *Pensamientos de los sabios*, algunos cuentos, dos obras de teatro, un ensayo en que le ajustaba las cuentas a Shakespeare, a quien detestaba. Prosiguió una novela empezada en 1890, *Hadji Murat*, donde criticaba severamente la autocracia. En 1905 escribió cartas públicas, a Nicolás II por un lado, y a los revolucionarios, por otro; se negaba a comprometerse. Preparó un *Ciclo de lecturas infantiles*, escribió *Las enseñanzas de Cristo explicadas a los niños*, y organizó

cursos nocturnos para los hijos de los mujiks que no asistieron. Sin embargo, estaba devorado por los remordimientos porque, contrariamente a sus ideas, aunque había cedido sus bienes a su familia, vivía como un hacendado. Los conflictos con Sonia se multiplicaban y lo sacudían. Durante el invierno de 1907-1908 tuvo varios síncopes breves acompañados de pérdidas de memoria. Indignado por la represión que se desencadenaba contra los terroristas escribió al ministro Stolypin para protestar y ponerlo en guardia. Lanzó un llamamiento público: *No puedo seguir callando.* Las ejecuciones de los mujiks sublevados lo desesperaban: "¡No puedo seguir viviendo así!", decía llorando. Tuvo una flebitis y de nuevo se pensó que moriría, pero se curó y anotó en un cuaderno siete nuevos temas de novelas. Su 80° aniversario fue una apoteosis extraordinaria. Se le llenaron los ojos de lágrimas de emoción. Se retiró extenuado y, al acostarse, dijo a su hija Macha: "¡Tengo el corazón apesadumbrado!", pero se durmió en paz. Los meses siguientes las escenas con Sonia lo agotaron. En setiembre de 1909 fue a Moscú. A su partida la multitud se había agolpado al paso de su coche y lo aclamaba. Cuando bajó en la estación de Kursk, quedó preso en la multitud, medio aplastado, la policía no lograba contener a la masa; aterrado, titubeante, temblándole la mandíbula inferior, consiguió encaramarse al vagón, se dejó caer en el asiento y cerró los ojos, feliz, agotado. Unas horas más tarde tuvo un síncope, deliró y farfulló; se creyó que se moría. Pero, al día siguiente, indomable, volvía a montar a caballo, continuaba con sus artículos y su correspondencia. Escribió un relato, *La Jodinka*, y el preámbulo de *Las vías de la vida*. Se escribía con Bernard Shaw, con Gandhi. Las contradicciones de su vida, sus peleas con Sonia se hicieron tan intolerables que huyó. Desde hacía mucho tiempo soñaba con abandonar a su familia y sus bienes para llevar la vida ascética y despojada que su moral le exigía. Decidirse a partir a la edad que tenía suponía una pasión y una fortaleza de ánimo dignas de un hombre muy joven aún. Pero su cuerpo era el de un anciano; no resistió las fatigas del viaje y murió en la

casa de un jefe de estación. También él había preservado su salud y continuó hasta el fin sus actividades gracias a un combate incesante contra las enfermedades y las fallas de la edad.

A partir de los 60 años, Renoir vivió semiparalítico. Ya no podía caminar. Tenía la mano rígida. Sin embargo, siguió pintando hasta su muerte, a los 78 años. Alguien apretaba los tubos de color sobre la paleta. Le ataban a la articulación de la mano un pincel que sostenía con un dedil y dirigía con el brazo. "No se necesita la mano para pintar", decía. Se paseaba por el campo en un sillón de ruedas o, si las cuestas eran demasiado empinadas, se hacía transportar en brazos hasta sus lugares preferidos. Trabajaba enormemente; había conservado todo su poder creador; tenía la impresión de hacer incesantes progresos y eso le proporcionaba grandes alegrías. Su único pesar era que el tiempo que lo enriquecía como artista, con el mismo movimiento lo acercaba a la tumba.

A los 70 años Giovanni Papini tenía todavía buena salud. El 9 de enero de 1950 escribía a un amigo: "Todavía no percibo la decadencia senil. Siempre tengo grandes deseos de aprender y de trabajar". Desde hacía mucho tiempo trabajaba en dos libros que consideraba los más importantes de su obra: *El Juicio Universal*, del que en 1945 ya había escrito 6.000 páginas, y el *Informe a los hombres*. Escribió un libro sobre Miguel Ángel y comenzó *El Diablo*. Se le manifestó entonces una esclerosis lateral amiotrófica, enfermedad que termina fatalmente (pero seguramente él no lo sabía) en una parálisis bulbar. Cristiano ferviente, atribuía un valor espiritual al sufrimiento y se inclinaba ante la voluntad divina. Sin embargo, le preocupaban sus dos grandes obras inconclusas: "Necesitaría leer y releer, y también dos ojos nuevos, días sin sueño, medio siglo por delante. En cambio, estoy casi ciego y casi moribundo". Apenas podía caminar y se fatigaba mucho. Su enfermedad se agravó. "Cada vez más ciego, cada vez más inmovilizado, cada vez más silencioso... Me muero un poco cada día, por pequeñas dosis, según la fórmula homeopática". Había perdido el uso de la

pierna izquierda, perdió el de los dedos de las manos. "La idea de que no podré terminar las obras comenzadas me entristece", decía. Y en efecto, no terminó sus dos grandes libros. Era una obra demasiado vasta como para que pudiera concluir su composición oralmente. Dictó tan sólo el final de *El Diablo* y también textos que tituló *Éclats* y que aparecían en el *Corriere della Sera*. En uno de ellos, *La felicidad de los infelices*, describe su estado y enumera las razones que se lo hacen soportable. "Siempre he preferido el martirio a la imbecilidad", declara. Su conversación seguía siendo muy vivaz. Pero poco a poco su voz se hizo ininteligible. Inventó un código: golpeaba con el puño contra la mesa, cierto número de golpes correspondía a una letra. Con una paciencia increíble, dictaba letra por letra. Se hacía leer en voz alta hasta que su inteligencia se oscureció.

El empecinamiento de Renoir, de Papini, tenía su fuente en la pasión que los devoraba. Otros, menos comprometidos en sus empresas, se defienden sin embargo enérgicamente de la declinación con un sentimiento de dignidad. Viven el último período de su vida como un desafío. Es el tema del relato de Hemingway, *El viejo y el mar*. Un viejo pescador parte solo a pescar un enorme pez cuya captura lo agota; consigue llevarlo a tierra pero no defenderlo de los tiburones y lo que abandona en la orilla es un esqueleto sin carne. Poco importa. La aventura tenía su fin en sí misma: para el viejo se trataba de negar la vida vegetativa que es la de la mayoría de sus semejantes y afirmar hasta el fin los valores viriles de coraje, de aguante. "Un hombre puede ser destruido, pero no vencido", dice el viejo pescador. Hemingway trató de conjurar con este apólogo, por lo demás poco convincente, sus propias obsesiones; le resultaba difícil escribir, ya no podía mantener la imagen que durante toda su vida había querido dar de sí mismo: exuberancia vital, virilidad; pensaba en el suicidio y terminó por matarse de un disparo de fusil.

Bajo apariencias menos épicas, el empecinamiento del viejo pescador se encuentra en muchos ancianos. Algunos viejos

deportistas siguen practicando, algunos hasta los 92 años, atletismo, tenis, fútbol, ciclismo. En general, tienen a sus espaldas historiales mediocres, pero sin querer realizar grandes hazañas, conservan la preocupación de controlar sus tiempos. Muchos frecuentan el estadio con mayor regularidad que antes una vez jubilados. A partir de los 60 años, la práctica del deporte significa un riesgo para dos tercios de ellos.[13] Sin embargo, no experimentan molestias funcionales. El deporte no retarda el envejecimiento de los órganos, pero contribuye a su buen funcionamiento. Moralmente, la obstinación de los viejos deportistas tiene algo de tónico y los allegados que demasiado a menudo tratan de desalentarlos deberían respetarla. La reducción excesiva de las actividades conduce a una disminución de toda la persona. Es lo que han comprendido las viejas de Bali, que siguen llevando sobre sus cabezas grandes pesos. El hombre de edad sabe que al luchar contra su declinación, la retarda. Sabe también que en sus desfallecimientos psíquicos, el ojo implacable de quienes lo rodean encuentra la prueba de esa decadencia generalizada que expresa la palabra vejez. Pretende demostrar a los otros y demostrarse a sí mismo que sigue siendo un hombre.

Lo anímico y lo físico están estrechamente ligados. Para cumplir el trabajo que readapta al mundo un organismo peyorativamente modificado hay que haber conservado el gusto de vivir. Recíprocamente: una buena salud favorece la supervivencia de intereses intelectuales y afectivos. La mayor parte del

13 El doctor Longueville, médico del grupo de estudio de la tercera edad deportista, cita a un nadador de 63 años que se zambulle 60 veces desde un trampolín de 3 metros a pesar de una fibrilación auricular y una hipertrofia vascular izquierda; un paracaidista de 60 años con una esclerosis coronaria; un ciclista de 85 años que hace 30 kilómetros por día aunque presenta secuelas de un infarto de miocardio, etcétera.

tiempo, el cuerpo y el espíritu van juntos "hacia su crecimiento o su disminución". Pero no siempre. La magnífica salud de La Fontaine no impedía su decadencia mental; una gran inteligencia subsiste a veces en un cuerpo deteriorado. O bien los dos declinan con ritmos diferentes y el espíritu trata de resistir, pero es desbordado por la involución orgánica, como le ocurrió a Swift. Entonces el anciano experimenta trágicamente una especie de inadecuación consigo mismo. Alain decía que uno sólo quiere lo que es posible, pero era de un racionalismo demasiado simple. El drama del viejo consiste muy a menudo en que ya no puede lo que quiere. Concibe, proyecta, y en el momento de ejecutar, su organismo se hurta; la fatiga corta sus impulsos; busca sus recuerdos a través de brumas; su pensamiento se aparta del objeto que se había fijado. La vejez es sentida entonces —aun sin accidente patológico— como una especie de enfermedad mental en que el sujeto conoce la angustia de escapar de sí mismo.

Los moralistas que por razones políticas o ideológicas han hecho la apología de la vejez pretenden que libera al individuo de su cuerpo. Por una especie de movimiento de balanza, lo que pierde el cuerpo lo ganaría el espíritu: "Los ojos del espíritu sólo empiezan a ser penetrantes cuando los del cuerpo empiezan a decaer", dijo Platón. Ya he citado a Séneca: "El alma está en su lozanía y se regocija de no tener ya gran comercio con el cuerpo". Joubert escribe: "Aquellos que tienen una larga vejez están como purificados del cuerpo".[14] Cuando Tolstoi empieza a perder vigor, se consuela con antífrasis: "El

14 "Espiritualista, moralista, tradicionalista, creía en Dios, y Mme. de Chastenay decía que "todo era alma en él". Lo cual no le impidió casarse por dinero, convertirse en gran maestro de la Universidad, morir bien acomodado y condecorado. Joubert dijo también: "El crepúsculo de la vida trae consigo su lámpara".

progreso moral de la humanidad se debe a los ancianos. Los ancianos se vuelven mejores y más sabios". La pobre Juliette Drouet, deseosa de convencer a Hugo de la fuerza de su amor, le escribe a los 71 años: "Toda la fuerza que la vejez quita a mi cuerpo, mi alma la conquista en inmortal juventud y en amor radiante". Pero a partir de 1878, minada por un cáncer, sólo siente la vejez como una decadencia: "Es inútil que me apoye en mi amor, siento que todo se hurta y se desmorona en mí: la vida, la memoria, la fuerza, el coraje, el diablo en el cuerpo".

Jouhandeau ensalza el enriquecimiento interior que acompaña según él a la decadencia del cuerpo. "A medida que el cuerpo desciende hacia su declinación, hacia su apogeo, el alma se eleva". ¿Cómo? ¿Hacia qué? No lo dice. Predica la resignación en nombre de no se sabe qué estética: "El alcance de la mirada disminuye poco a poco. En nosotros, la muerte se instala por grados y seguimos en este mundo como ya separados de él. No tengamos la falta de elegancia de enfadarnos".

Estas pamplinas espiritualistas son indecentes si se considera la condición real de la inmensa mayoría de los viejos: el hambre, el frío, la enfermedad no van acompañados seguramente de ningún beneficio moral. En todo caso, parecen alegaciones desprovistas del menor fundamento. Aun entre los neotaoístas que hacían de la vejez una condición necesaria de la santidad, no era suficiente. Hacía falta la ascesis y el éxtasis para llegar a desprenderse de la carne y volverse inmortal. La experiencia contradice radicalmente la idea de que la edad acarrea una liberación carnal. En la aurora de la vejez el cuerpo puede conservar su antiguo vigor o encontrar un nuevo equilibrio. Pero a lo largo de los años se deteriora, pesa, molesta a las actividades del espíritu. En 1671, cuando sólo tenía 61 años, Saint-Évremond escribía: "Hoy, mi espíritu se reduce a mi cuerpo y se une más a él. En realidad, no es el placer de un dulce vínculo; es por la necesidad del socorro y el apoyo mutuo que tratan de prestarse el uno al otro". Gide, el 19 de marzo de 1943, se queja de "todos los menudos achaques de

la vejez que hacen del anciano una criatura tan miserable. Mi espíritu casi nunca consigue distraerse de mi carne, olvidarla, lo que perjudica al trabajo más de lo que se podría imaginar". En realidad, el cuerpo, de instrumento se convierte en obstáculo; las "hermosas vejeces" no son obvias, jamás; representan incesantes victorias y derrotas superadas.

La purificación de que hablan los moralistas reside esencialmente para ellos en la extinción de los deseos sexuales; felicitan al hombre de edad por escapar a esta esclavitud y adquirir por ese medio la serenidad. En una elegía célebre, *John Anderson my Jo*, el poeta escocés Robert Burns describe la vieja pareja ideal, cuyas pasiones carnales se han apagado. Los dos esposos "han subido juntos la colina de la vida y gustado antaño horas de delicias"; ahora, "el paso incierto, pero las manos unidas, siguen juntos el camino que lleva al término del viaje". Este lugar común está profundamente grabado en el corazón de los jóvenes y de las personas de mediana edad, porque lo han encontrado profusamente en los libros de su infancia y porque su respeto por los abuelos los convencía de su verdad. La idea de relaciones sexuales o de escenas violentas entre personas de edad escandaliza. Sin embargo, existe también una tradición muy diferente. La expresión "viejo lúbrico" es un clisé popular. A través de la literatura y sobre todo de la pintura, la historia de Susana y los dos viejos ha cobrado el valor de un mito. El teatro cómico ha machacado indefinidamente el tema del vejete amoroso. Ya veremos que esta tradición satírica está más cerca de la verdad que los discursos edificantes de los idealistas interesados en describir la vejez tal como debería ser.

En los dos sexos, el impulso sexual se sitúa en el límite de lo psicosomático; no se conoce exactamente la forma en que está condicionado por el organismo. Lo que se comprueba —lo hemos dicho— es que la involución de las glándulas sexuales, consecutiva a la senectud, acarrea la reducción o

incluso la desaparición de las funciones genitales. Las reacciones a los estímulos eróticos son más raras, más lentas o inexistentes; el sujeto alcanza más dificilmente el orgasmo o no lo consigue; el hombre ve disminuir o desaparecer sus posibilidades de erección.

Pero Freud ha establecido que lo sexual no se reduce a lo genital; la libido no es un instinto, es decir, un comportamiento prefabricado, con un objeto y un fin fijos. Es la energía que sirve a las transformaciones del impulso sexual en cuanto a su objeto, su fin, en cuanto a la fuente de la excitación. Puede aumentar, disminuir, desplazarse. En la infancia, la sexualidad es polimorfa, no está centrada en los órganos genitales. "Sólo al término de una evolución compleja y aleatoria el impulso sexual se organiza bajo el primado de la genitalidad y encuentra entonces la fijeza y la finalidad aparentes del instinto."[15] Se puede concluir de inmediato que un individuo cuyas funciones genitales han disminuido o desaparecido no es por eso asexuado; es un individuo sexuado —incluso el eunuco y el impotente lo son— que debe realizar su sexualidad a pesar de cierta mutilación. Hay un modo de sexualidad de la insatisfacción, tanto como de la satisfacción, dice Sartre;[16] y sólo desaparece con la muerte. Es que es algo completamente distinto, además de un conjunto de reflejos que engendran un mosaico de sensaciones e imágenes. Es una intencionalidad vivida por el cuerpo, que apunta a otros cuerpos y se amolda al movimiento general de la existencia. Se inviste en el mundo al que confiere una dimensión erótica. Interrogarse sobre la sexualidad de los viejos es preguntarse en qué se convierte la relación del hombre consigo mismo, con los demás, con el mundo, cuando ha desaparecido en la organización sexual el primado de la genitalidad. Sería evidentemente absurdo suponer que hay una

15 J. Laplanche y J. B. Pontalis, *Vocabulaire de la psychanalyse*.
16 *El ser y la nada*.

simple regresión hacia la sexualidad infantil. Jamás, en ningún plano, el viejo "vuelve a la infancia", puesto que la infancia se define por un movimiento de ascenso. Además, la sexualidad infantil está en busca de sí misma. La del hombre de edad guarda el recuerdo de lo que fue en su madurez. Por último, los factores sociales son radicalmente diferentes en la primera edad y en la última.

Las actividades sexuales tienen una pluralidad de fines. Apuntan a resolver la tensión creada por el impulso sexual y que —sobre todo en la juventud— tiene la violencia de una necesidad. Más tarde, salvo en el caso de que padezca en ese plano de una grave frustración, el individuo busca más que una liberación un placer positivo; lo alcanza en el orgasmo; éste va precedido y acompañado de un cortejo de sensaciones, imágenes, mitos que procura al sujeto "placeres preliminares" resultantes de la descarga de "impulsos parciales" arraigados en la infancia, y pueden tener para el sujeto tanto o más valor que el orgasmo mismo. Esta búsqueda del placer rara vez se reduce al simple ejercicio de una función; por lo común es una aventura en que cada miembro de la pareja realiza su existencia y la del otro de una manera singular; en el deseo, la turbación, la conciencia se hace cuerpo para alcanzar al otro como cuerpo para fascinarlo y poseerlo; hay una doble encarnación recíproca y transformación del mundo que se vuelve mundo del deseo. La tentativa de posesión fracasa fatalmente, puesto que el otro sigue siendo sujeto; pero antes de concluir, el drama de la reciprocidad es vivido en el abrazo bajo una de sus formas más extremas y más reveladoras. Si adopta la figura de una lucha engendra hostilidad; las más de las veces implica una complicidad que inclina a la ternura. En una pareja que se ama con un amor en que se suprime la distancia del yo al otro, aun el fracaso es superado.

Dado que en el abrazo amoroso el sujeto se hace existir como cuerpo fascinante, tiene una cierta relación narcisista consigo mismo. Sus cualidades viriles o femeninas son afirmadas,

reconocidas; se siente valorizado. Ocurre que la preocupación de esa valorización ordena toda la vida amorosa; se convierte en una perpetua empresa de seducción, una constante afirmación de vigor viril, de encanto femenino: la exaltación del personaje que se ha elegido representar.

Como se ve, las gratificaciones que el individuo saca de sus actividades sexuales son de una gran diversidad y de una gran riqueza. Ya busque ante todo el placer o la transfiguración del mundo por el deseo o cierta representación de sí, ya apunte a todos esos fines al mismo tiempo, se comprende que el hombre o la mujer se resistan a renunciar a ellos. No se pueden echar de menos placeres que ya no se desean, dicen los moralistas que condenan a la vejez a la castidad. Es una visión bastante miope. Es cierto que normalmente el deseo no existe por sí: es deseo de un goce o de cierto cuerpo. Pero cuando ha cesado de surgir espontáneamente, se puede lamentar reflexivamente su desaparición. El viejo desea a menudo desear, porque conserva la nostalgia de experiencias insustituibles, porque permanece unido al universo erótico que ha construido su juventud o su madurez; por el deseo reanimará sus colores empalidecidos. Y también por el deseo experimentará su propia integridad. Deseamos la juventud eterna y ella implica la supervivencia de la libido. Algunos tratan de combatir con medicamentos la involución genital.[17] Otros se resignan a ella pero insisten en afirmarse de una u otra manera como individuos sexuados.

Esta obstinación sólo se encuentra en los individuos que han conferido un valor positivo a la sexualidad. Los que sólo se entregaban a ella con repugnancia, como consecuencia de complejos arraigados en la infancia, se apresuran a invocar la edad

17 Los hombres sobre todo son los que, para conservar su capacidad de erección, recurren a los "electuarios", a las "pastillas de Hércules", a los tratamientos hormonales. Hoy hay mujeres que siguen tratamientos para retardar la menopausia. Pero cuando ésta se ha producido, si bien conservan la preocupación de mantenerse jóvenes, no tienen la de conservar un "vigor" sexual.

para dispensarse. He conocido a una anciana que en su juventud conseguía certificados médicos para evitar la "obligación conyugal"; al envejecer, los años le proporcionaban una coartada más cómoda. El hombre, si es semiimpotente, indiferente, o si el acto sexual lo angustia, se sentirá aliviado cuando pueda refugiarse en una castidad que en adelante parece normal.

Los sujetos que han tenido una vida sexual feliz pueden tener razones para no querer prolongarla. Una de ellas es su relación narcisista consigo mismo. El disgusto del propio cuerpo adopta formas diferentes en el hombre y en la mujer, pero la edad puede provocarlo en ambos y se negarán entonces a hacerlo existir para otro.[18] Sin embargo, hay influencia recíproca de la imagen de sí en la actividad sexual; amado, el individuo se siente amable y se da sin reticencia al amor; pero muy a menudo sólo es amado si trata de seducir, y una imagen desfavorable de sí lo disuade; entonces se crea un círculo vicioso que le impide tener relaciones sexuales.

Otra barrera es la presión de la opinión. La persona de edad se pliega al ideal convencional que le es propuesto. Teme el escándalo o simplemente el ridículo. Se vuelve esclava del qué dirán. Se imbuye de las consignas de decencia, de castidad impuestas por la sociedad. Sus propios deseos la avergüenzan, los niega; se rehúsa a ser ante sus propios ojos un viejo lúbrico, una vieja desvergonzada. Se defiende de los impulsos sexuales al punto de reprimirlos en el inconsciente.[19]

---

18 Como se ha visto, Saint-Évremond formula una opinión contraria: el hombre tendería a amar más cuanto menos se ame a sí mismo. Pero hablaba del amor platónico.

19 El doctor Ruciman presentó en diciembre de 1968 al XXII Congreso de la Asociación Médica de los Estados Unidos los resultados de la encuesta efectuada sobre 200 personas de 40 a 89 años. Concluye que las "barreras psicológicas" son las que interrumpen las actividades sexuales de las personas de edad, que son víctimas —sobre todo las mujeres— de tabúes e inhibiciones derivadas de una moral victoriana.

Como se puede imaginar a priori, dada la diferencia de su destino biológico y de su estatuto social, el caso de los hombres es muy diferente del de las mujeres. Biológicamente, los hombres están en mayor desventaja; socialmente, la condición de objeto erótico desfavorece a las mujeres.

El comportamiento de unos y otros es poco conocido. Ha sido objeto de cierto número de encuestas que han servido de base a estadísticas. El valor de las respuestas obtenidas por los encuestadores es siempre discutible. Y en este terreno la noción de término medio no tiene mucho sentido. Sin embargo, indico en un apéndice las que he consultado y de las cuales he retenido algunas indicaciones.[20]

En lo que concierne a los hombres, las estadísticas —como suele suceder— no hacen sino confirmar lo que todo el mundo sabe: la frecuencia de los coitos disminuye con la edad. Este hecho está unido a la involución de los órganos sexuales que entraña un debilitamiento de la libido. Pero el factor fisiológico no es el único que interviene. Hay diferencias considerables entre los comportamientos de los individuos, unos impotentes a los 60 años y otros sexualmente muy activos a más de 80. Hay que tratar de ver cómo se explican estas variaciones.

El primer factor cuya importancia salta a los ojos es el estado civil del sujeto. Los coitos son mucho más numerosos entre los hombres casados[21] que entre los solteros y los viudos. Entre los primeros, la promiscuidad origina solicitaciones eróticas; el hábito, la complicidad favorecen su satisfacción. Las "barreras psíquicas" son mucho más fáciles de superar. El muro

---

20 Véase Apéndice IV, pág. 706.

21 Las relaciones no matrimoniales sólidamente establecidas deben asimilarse al matrimonio.

de la vida privada protege al viejo esposo de la opinión, más favorable por lo demás a los amores legítimos que a los ilícitos. Se siente menos en peligro que otro en su imagen. Es preciso comprender lo que quiere decir aquí esta palabra. Mientras que la mujer-objeto se identifica desde su infancia con la imagen total de su cuerpo, el niño varón encuentra en su pene un alter ego; en su pene se reconoce el hombre toda su vida y en él se siente en peligro. El traumatismo narcisista que teme es una falla de su sexo: la imposibilidad de llegar a la erección, de mantenerla, de satisfacer a su compañera. Este temor es menos angustioso en la vida conyugal. El sujeto puede elegir con bastante libertad el momento del acto sexual. Una tentativa abortada pasa fácilmente en silencio. La familiaridad con el otro hace menos temible su juicio. Menos inquieto, el hombre casado está menos inhibido que otro. Por eso muchas parejas de avanzada edad conservan actividades sexuales; las observaciones hechas por asistentas sociales y sociólogos confirman las encuestas que he citado.

Sin embargo, un número bastante grande de hombres casados tienen actividades muy espaciadas o nulas. Si su involución sexual es prematura se explica a menudo por causas ajenas a la sexualidad: la fatiga física o mental, las preocupaciones, los achaques o, en ciertos sujetos, excesos de comida o de bebida. Sexualmente, es sabido que aún joven el hombre experimenta la necesidad de cambiar de compañera: la monotonía mata en él el deseo. Al avanzar en edad, se fatiga de una compañera demasiado conocida, sobre todo que ella ha envejecido y ya no le parece deseable. Cuando tienen la posibilidad, muchos hombres de edad recobran el vigor viril cambiando su vieja compañera por una nueva que eligen en general joven.

La viudez suele provocar un traumatismo que aparta al viudo, durante un tiempo más o menos largo, o definitivamente, de toda actividad sexual. Viudos y solteros de edad encuentran con mucha más dificultad que los hombres casados un exutorio de su libido. Han perdido en su mayoría el poder de

seducción; si buscan aventuras, sus tentativas no duran y vacilan en correr el riesgo. La moral social juzga vergonzosas o ridículas las calaveradas seniles. Nada los protege de la angustia del fracaso. Quedan los amores venales; muchos se han rehusado toda la vida; les parecen una abdicación, una aceptación de la decadencia senil. Sin embargo, algunos recurren a ellos, ya sea dirigiéndose a prostitutas o teniendo una relación con mujeres a las que ayudan económicamente. Su elección —abstinencia o actividad— depende del equilibrio que se establece entre la violencia de sus impulsos y la fuerza de su resistencia.

Una solución por la que optan muchos es el onanismo. Un cuarto de los sujetos interrogados por *Sexology* confiesan practicarlo desde hace mucho tiempo o desde la edad de 60 años; estos últimos han sido obligados por el envejecimiento. Las estadísticas indican, atando cabos, que aun entre los hombres casados, muchos recurren al onanismo. El coito es una operación mucho más compleja y difícil que la masturbación porque es una relación con el otro. No hay duda también de que muchos hombres de edad prefieren sus fantasmas al cuerpo deteriorado de sus compañeras. Y además, ya sea por viejos complejos o porque la conciencia de la edad la aparta del amor, la esposa se niega. El onanismo es entonces el exutorio más cómodo.

Sería interesante saber a qué edad la mujer parece más deseable al hombre viejo. Muchos la desean muy joven; es posible —dejando de lado toda consideración de dinero— que obtengan satisfacción pues ciertas mujeres jóvenes son gerontófilas. Otros sólo se interesan en las mujeres que han vivido; las jóvenes les parecen demasiado insignificantes. Otros, junto a una compañera demasiado joven, se sentirían molestos, indecentes o ridículos; tomarían conciencia con demasiado disgusto de sus años. Su opción depende a la vez de lo que esperan del amor y de la idea que se hacen de sí mismos.

La condición social del sujeto influye en sus actividades sexuales. Éstas se prolongan más entre los trabajadores manuales que entre los intelectuales, en los hombres cuyo nivel de

vida es bajo que en los de las clases acomodadas. Los obreros, los campesinos tienen deseos más directos, menos sometidos a los mitos eróticos que los burgueses; los cuerpos de sus mujeres se estropean rápidamente sin que cesen de tener relaciones sexuales con ellas; viejas, les parecerán menos arruinadas que en el caso de los privilegiados. Además, se imaginan menos a sí mismos que los empleados de oficina. Y se sienten menos molestos por la censura social. A medida que se baja en la escala social aumenta la indiferencia a la opinión. Los viejos que viven al margen de las convenciones —linyeras y vagabundos, pensionistas de asilos— tienen relaciones sexuales sin avergonzarse, incluso delante de testigos.

Por último, la vida sexual se prolonga tanto más cuanto más rica y más feliz ha sido. Si el sujeto le ha concedido valor por complacencia narcisista, la interrumpe en cuanto deja de contemplarse con satisfacción en los ojos de su pareja. Si ha querido afirmar su virilidad, o su virtuosismo, o su poder de seducción, o triunfar de sus rivales, se alegrará a veces de encontrar en la edad una razón para abandonar. Pero si sus actividades sexuales han sido espontáneas y gozosas, insistirá en continuarlas hasta el límite de sus fuerzas.

Sin embargo, el hombre de edad no encuentra en el coito un placer tan violento como el joven por el hecho de que las dos etapas de la eyaculación se reducen a una sola; no tiene la impresión punzante de inminencia que marca el paso de la primera a la segunda; tampoco tiene la impresión triunfante de un surgimiento, de una explosión, y éste es uno de los mitos que dan su precio al acto sexual masculino. El viejo, aunque sea todavía capaz de una actividad normal, busca a menudo satisfacciones indirectas; con mayor razón si es impotente. Se complace en lecturas eróticas, en obras de arte libertinas, en chistes picantes, en frecuentar mujeres jóvenes, en contactos furtivos; se entrega al fetichismo, al sadomasoquismo, a perversiones directas y, sobre todo después de los 80 años, al *voyeurisme*. Estas desviaciones son fáciles de com-

prender. En realidad, Freud estableció que no existe sexualidad "normal"; siempre es "perversa"[22] en la medida en que no se desprende de sus orígenes que le hacían buscar una satisfacción, no en una actividad específica, sino en la "obtención del placer" unido a funciones dependientes de otros impulsos. La sexualidad infantil es perversa y polimorfa. El acto sexual se juzga "normal" cuando las actividades parciales no son más que preparativos del acto genital. Pero basta que el sujeto se apegue con exceso al placer preliminar para deslizarse a la perversión. Normalmente, la vista y las caricias desempeñan un gran papel en el coito; van acompañadas de fantasmas; intervienen componentes sadomasoquistas; a menudo se manifiesta el fetichismo, pues ropas y adornos evocan la presencia del cuerpo. Cuando el placer genital se debilita o desaparece, todos esos elementos pasan a primer plano. Y el hombre de edad suele concederles un valor muy grande, porque manifiestan la presencia de ese universo erótico que sigue siéndole precioso. Continúa viviendo en cierto clima, su cuerpo sigue existiendo en un mundo poblado de cuerpos. También en este caso la timidez, la vergüenza o las dificultades exteriores le impiden con frecuencia entregarse a lo que se llama "vicios".

La claudicación genital suele conducir, dicen los psicoanalistas, a una regresión de la sexualidad senil al estadio oral y al estadio anal. Es cierto que algunos viejos son bulímicos; seguramente se entregan como maniáticos al placer de comer para compensar su frustración erótica, ¿pero se lo puede considerar como resultante de la sexualidad? Lo mismo se plantea con respecto a la "analidad" del viejo; en efecto, muchos están preocupados por sus funciones excremenciales. ¿Pero no es abusivo llamar sexual a toda relación del individuo con sus funciones orgánicas?

---

22 Desde luego, la palabra no entraña aquí ningún juicio moral.

Aunque rechacemos esta interpretación, la persistencia de una libido senil es muy frecuente y se manifiesta en ciertos casos patológicos. En las demencias seniles en que el cerebro deteriorado ya no es capaz de control se observa el desarrollo de delirios eróticos. Afectados por un tumor cerebral, septuagenarios cuya conducta había sido hasta entonces intachable agreden de palabra o con gestos a las mujeres que los rodean. Ciertas noticias de policía son reveladoras. Citaré una de marzo de 1969. El director general de una compañía, de 70 años, citó imperiosamente a las nueve de la noche a sus tres secretarias. Éstas creyeron que tenía un trabajo urgente que confiarles y fueron a su casa. Lo encontraron en el jardín de su villa, desnudo, con una pistola de alarma en la mano. Se precipitó sobre ellas gritando: "Soy el dios Pan, Pan, Pan" y disparando un tiro a cada "Pan". Las mujeres huyeron. Después contó que había tomado una droga que lo había puesto en disposición galante pero cuyo efecto desgraciadamente se había disipado en seguida. El simbolismo de los disparos era evidente. Es evidente también que si tomó una droga es porque estaba obsesionado por fantasmas eróticos sin tener la posibilidad de realizarlos. Desgraciadamente los diarios no dijeron qué le sucedió después.

Una cuestión discutida es la de saber si las perversiones seniles suelen entrañar o no delitos. Kinsey acepta la idea bastante difundida de que los viejos impotentes son a veces culpables de atentados contra niños. Es también la tesis del doctor Destrem. El erotismo de los viejos, dice, adopta formas semejantes al impulso patológico. Son a veces culpables de atentados contra la moral y las buenas costumbres: exhibicionismo, caricias a niños. Estos argumentos han sido negados enérgicamente. Según el doctor Isadore Rubin,[23] las encuestas han establecido que, por lo que se refiere a los atentados contra la moral y

23 *L'Amour après soixantte ans.*

las buenas costumbres, las épocas críticas son la adolescencia, los años situados entre 35 y 40, las proximidades de la cincuentena. Un especialista en puericultura, Donald Mulcock, estableció las estadísticas de cierto número de atentados contra niños: los hombres que se dedican a los varones lo hacen entre los 39 y los 50 años; la edad de los que se dedican a las niñas varía entre 33 y 44 años; las niñas nunca son importunadas por hombres de más de 63 años; a esta edad muy pocos se sentían atraídos por los varones. Sin embargo, el doctor Ey afirma[24] que la mayoría de los atentados sexuales cometidos contra niños, que se observan en la práctica médico-legal, son obra de ancianos. Sobre el exhibicionismo de que suele acusárseles, las opiniones tampoco concuerdan. Muchos psiquiatras admiten que comienza en los adolescentes, alcanza su paroxismo a los 25 años y prácticamente no se encuentra jamás en estado puro después de los 40. El doctor Dénard-Toulet estima que el exhibicionismo sólo aparece en la juventud; podría sobrevivir en el viejo, pero como el exhibicionista es un neurótico grave, mal equipado para vivir, no llega a viejo. Hay exhibicionistas sádicos que se enorgullecen de provocar a las mujeres mostrando su miembro en erección; es poco verosímil que entre ellos haya ancianos. Pero el exhibicionista tipo es un masoquista que, sin ninguna maniobra provocativa, muestra su sexo en estado de flaccidez. Entre éstos hay ancianos, afirma entre otros el doctor Ey.

En 1944, en Inglaterra, examinando los registros de las prisiones, East comprueba que para el período 1929-1938, sólo el 8,04% de los crímenes sexuales sancionados por detenciones habían sido cometidos por personas de más de 60 años. Un cuadro establecido en los Estados Unidos muestra el porcentaje, por edad, de los delitos cometidos en 1946; en una población de 100.000 habitantes, el número de ancianos delin-

24 *Manuel de psychiatrie.*

cuentes es ínfimo; para los atentados sexuales la cifra es un poco más elevada, pero mínima si se la compara con la de los atentados perpetrados por adultos.

He conocido personalmente un caso que revela la persistencia de la vida sexual en los viejos y la repugnancia que inspira a sus hijos. El señor Durand era un ex profesor de Historia, casado, varias veces padre y abuelo. Había sido guapo, orgulloso de su apariencia, muy amado por las mujeres y en particular por sus alumnas. Por indiferencia, su esposa había cerrado más o menos los ojos ante esas relaciones. Una de sus antiguas alumnas, maestra y soltera, la Srta. G., había sido su amante cuando él tenía 65 años. Se cuchicheaba en la familia que los habían visto entrar juntos en los hoteles. La Srta. G. fue nombrada en Argelia. Cuando volvió, el señor Durand tenía 85 años. Acababa de perder a su mujer y estaba desorientado porque ella era la que se había ocupado de la casa. Su hija, una quincuagenaria que lo quería mucho y que iba a verlo todos los días, le había encontrado una criada abnegada, a quien conocía desde hacía mucho tiempo, y que se instaló en su departamento. El señor Durand conservaba toda su lucidez; cuando reunía en su casa a ex alumnas, cosa que hacía a menudo, se mostraba brillante. Físicamente no estaba achacoso, pero tenía las piernas flojas; en la calle temía caerse, alguien tenía que tomarlo del brazo. De joven había sido generoso y despreocupado con el dinero. Con los años se había vuelto avaro y ansioso. Autor de algunos manuales que se vendían bastante bien, sospechaba que su editor le robaba. Cobraba una pensión, pero incapaz de entender lo que es una entrada regular, se quejaba de que ciertos meses fueran "malos" y se alegraba de que el mes fuese "bueno", cuando en realidad siempre recibía la misma cantidad. Sufría de constipación y daba gran importancia a sus funciones intestinales. Solía hablar de ellas. Hacia los 85 años tenía costumbre de enunciar por la noche: "Hoy ha sido un buen día", o por el contrario, con un suspiro: "Hoy, día en blanco", según que hubiera o no defecado. Antes pasaba

las vacaciones con su mujer en casa de sus familiares, fueran hermanos o primos. Ahora era acogido durante el verano por uno de sus hijos y se sentía una carga. Esta dependencia lo humillaba. Contra su hijo mayor, Henri, y la mujer de éste, había llegado a alimentar un verdadero odio.

Desde el día en que volvió a Francia, la Srta. G. pasó la mayor parte del tiempo junto a él, salvo a las horas en que su hija iba a verlo. Se supo por la criada que a menudo lo masturbaba; él no la tocaba. Por la noche, después de acostarlo, le decía buenas noches y le daba una palmadita en las nalgas.

Las cosas continuaron así durante algunos años. El rencor del viejo hacia sus hijos aumentaba. Durante un año, mientras se encontraba en la residencia del mayor, se hizo una enema y manchó a propósito las paredes. Otra vez fingió equivocarse e hizo sus necesidades en un armario. En París, a los 90 años tuvo crisis de agitación. Trató dos o tres veces de tirarse por la ventana. La familia decidió que estos trastornos tenían por causa sus excesos sexuales. ¿Acaso la criada no había declarado que la Srta. G. lo masturbaba "hasta hacerlo sangrar"? Se celebró un consejo de familia. Los informes de la criada hacían suponer que la Srta. G. quería llevar al anciano a su casa. El hijo mayor decidió raptarlo. Lo instaló en casa de su hija, en una habitación de planta baja que daba al jardín. La criada se ocupaba de él. No sobrevivió más que un año a ese trasplante y a la separación que le habían infligido. Perdió la memoria y se puso verdaderamente chocho. Nunca se rebeló directamente contra la violencia de que había sido objeto. A veces fingía maravillarse: "Anoche hice un viaje. Es curioso... salí de mi departamento y me encuentro con otro igual...". Decía a su hija: "Gracias por haberme arreglado un departamento que se parece tanto al mío". (En realidad no se parecía nada.) Hacía tímidos intentos por volver a ver a la Srta. G. Un día le dio mil francos al hijo de la criada: "Había una señora amable el año pasado. ¿No sabes cómo se llamaba?". Y también, solapadamente, se vengaba de sus allegados. Cada vez más preocupado

por sus funciones intestinales, preguntó un día —seguramente con malicia— a una prima quincuagenaria: "Y entonces, querida, ¿cómo haces cuando vas al servicio? ¿Te sientas?" "Sí", dijo la prima sonrojada. "Sí, y entonces, ¿haces fuerza?... ¿Y después? ¿Te limpias?... ¿Y después, con el bastón, revuelves?". Conservaba interés sexual. Contaba que su hija recibía a un amante. Un día, fingiendo que no la reconocía, le hizo proposiciones: "Oye, nena, tú y yo podríamos divertirnos". Fingía chochera para vengarse de su familia, pero lo cierto es que tenía la mente extraviada. Ya no sabía quién era y compensaba esa ignorancia con fabulaciones: contaba viajes que habría hecho la víspera o la antevíspera. Al cabo de un año se fracturó el cuello del fémur y murió en cuarenta y ocho horas.

La Srta. G. consiguió averiguar dónde estaba enterrado. Fue al cementerio de la aldea y se pasó veinticuatro horas tendida sobre la tumba.

Poseemos testimonios bastante numerosos sobre la vida sexual de los hombres de edad. Ésta depende de su vida pasada y también de su actitud con respecto a la vejez en conjunto y en particular con respecto a su imagen. Chateaubriand detestaba, como se ha visto, su rostro de viejo, al punto de prohibir que lo retrataran. En la primera parte de *Amour et vieillesse-chants de tristesse*, que escribió a los 61 años seguramente para la Occitana, rechaza los tiernos avances de una mujer joven: "Si me dices que me amas como a un padre, me horrorizarás; si pretendes amarme como a un amante, no te creeré. En cada hombre joven veré un rival preferido. Tu respeto me hará sentir mis años, tus caricias me librarán a los celos insensatos... La vejez afea incluso la felicidad. En el infortunio, es todavía peor...". "Envejecido en la tierra sin haber perdido nada de sus sueños, de sus locuras, de sus vagas tristezas, buscando siempre lo que no puede encontrar y uniendo a sus antiguos males los desencantos de la experiencia, la soledad de los deseos, el has-

tío del corazón, la falta de gracia de los años. Dime, ¿no habré dado a los demonios con mi persona la idea de un suplicio que aún no habían inventado en la región de los dolores eternos?" Cruelmente sensible a "la falta de gracia de los años", ese rechazo le fue dictado por una especie de narcisismo a la inversa.

Por el contrario, Goethe, satisfecho a los 65 años de su situación en el mundo, se miraba con complacencia. Al salir de viaje a Wiesbaden, el lugar de su juventud, vio en el camino un arco iris que, velado de bruma, permanecía blanco. Escribió entonces:

Así, anciano alerta,
no te dejes entristecer;
a pesar de tus cabellos blancos
todavía podrás amar.

Aunque era de temperamento frío —con un importante componente homosexual— siempre había concedido un gran lugar al amor; en *Fausto*, el héroe se rejuvenece en parte para poder amar de nuevo; a la inversa, Goethe esperaba del amor una renovación análoga a la de la serpiente que se despoja de su vieja piel; "anciano alerta", necesitaba una pasión joven para calentarse la sangre. La encontró en Wiesbaden: su amigo, el banquero Willemer, le presentó a la mujer de 30 años con quien acababa de casarse, Marianne. Bella, brillante, admiraba apasionadamente a Goethe y le hizo firmar hermosos poemas que escribió junto a él. Goethe se prestó al juego, después se encontró prisionero y, como lo había deseado, creyó que había encontrado una nueva juventud. Volvió un año más tarde a casa de los Willemer, pero la pasión de Marianne lo aterró; la dejó para no verla más. Se escribieron durante mucho tiempo. Esta aventura le inspiró el "libro de Suleika", trozo central del *Diván*.

Su conducta fue mucho menos prudente cuando, en Marienbad, a los 72 años de edad, se enamoró de la preciosa

Ulrica, que tenía entonces 17. El primer año, en 1821, se limitaba a charlar con ella, a llevarle flores. Los años siguientes se pasó casi todo el tiempo con ella, ingeniándose para adelantarse a todos sus deseos: "¿Estás contenta, hijita?", preguntaba con ansiedad. Se enamoró de una pianista polaca, la Sra. Szymanowska, célebre, elegante y muy hermosa; pero pronto volvió a Ulrica. "Ella se me presenta en cien actitudes diversas y cada vez es un nuevo placer", escribió a la madre de la muchacha. Poco a poco su pasión aumentó; quiso casarse con ella y consultó a un médico para saber si, dada su edad, se lo desaconsejaba. El gran duque Carlos Augusto pidió en su nombre la mano de Ulrica. Goethe no obtuvo respuesta en seguida. Acompañó a la familia a Carlsbad y festejó con ella su cumpleaños. Pero al dejarla, unos días más tarde, supo que esos adioses eran definitivos. En el coche que lo llevaba escribió un poema desesperado. Nadie, dice, ni sus amigos ni sus estudios, podrán consolarlo: "El universo está perdido para mí y estoy perdido para mí mismo, yo que hasta ahora era el favorito de los dioses. Me han puesto a prueba, me han enviado a Pandora, tan rica en tesoros, pero más rica aún en peligros; me han empujado hacia sus labios generosos. Ahora me separan, dejándome aniquilado". Su hijo, su nuera, le hicieron escenas: temían por la herencia. Tuvo el consuelo de volver a ver a la Szymanowska, que había ido a dar un concierto en Weimar. El día de su partida, en el momento en que el coche se alejaba se puso a gritar: "¡Corran, tráiganmela!". La Szymanowska volvió y él la estrechó en sus brazos llorando, sin decir una palabra: se despedía del amor, de la juventud. Cayó enfermo, o por lo menos se metió en cama, quizá para escapar a la agitación que reinaba en la casa, pues el proyecto de casamiento no había sido definitivamente abandonado. Su amigo Zelter vino a verlo y le leyó en voz alta, tres veces seguidas, la elegía que le había inspirado el rechazo de Ulrica. Entonces accedió a levantarse y se curó rápidamente. Insertó el poema en un conjunto que llamó *Trilogía de la pasión*. Pero

a partir de ese momento, las mujeres no existieron más para él; permaneció hasta la muerte obstinado en su rencor.

Los amores de los viejos no siempre están condenados al fracaso, lejos de ello. En muchos, la vida sexual se prolonga hasta muy tarde. El duque de Bouillon tenía 66 años cuando nació su hijo, Turenne. El padre del célebre duque de Richelieu se casó por tercera vez a los 70 años, en 1702. Su hijo, de 62 años, gobernador de Guayana, llevaba una vida disipada. Sedujo en su vejez a muchas mujeres jóvenes. A los 78 años, con peluca, maquillado, muy delgado, parecía, dicen, una tortuga sacando la cabeza del caparazón, pero eso no le impedía tener relaciones con actrices de la Comédie Française. Tenía una amante titular, y por las noches frecuentaba prostitutas; a veces las llevaba a su casa y se complacía en escuchar sus confidencias. Casado a los 84 años, recurría a afrodisíacos; dejó embarazada a su mujer; además, la engañaba. Conservó actividad sexual hasta su muerte, a los 92 años. Marivaux se casó a los 77 años y tuvo una hija. Lakanal se casó a los 77 y tuvo un hijo.

Un ejemplo bien conocido de lozanía sexual es el de Tolstoi. Al final de su vida predicaba para el hombre y para la mujer una castidad completa. Sin embargo, a los 69, a los 70 años, al volver de grandes paseos a caballo tenía relaciones sexuales con su mujer. Después se paseaba todo el día por la casa con aire alegre.

La sexualidad ocupó un lugar importante en los años de juventud de Hugo y durante su madurez. Era un poco *voyeur*. En sus versos se complace en evocar a un fauno acechando la desnudez de las ninfas, a un escolar espiando a través de un tabique a una modistilla que se acuesta, a una bañista descalza de quien se ve el pie desnudo, un chal que se entreabre, un vestido que se sube. En Guernesey, con la complicidad de su mujer, so pretexto de sofocos nocturnos, hacía acostar a una criada, en general joven y agradable, en una habitación contigua a la suya; a veces hacía el amor con ella, pero parece también —según sus cuadernos— que la miraba desvestirse sin que ella lo supiera.

Cuando publicó a los 63 años *Les Chansons des rues et des bois*, Veuillot, indignado, lo comparó con los viejos que sorprenden a Susana en el baño.

En sus cuadernos abundan las informaciones sobre su erotismo senil. Entre los 63 y los 68 años sus performances amorosas fueron escasas: un promedio de media docena por año. Pero esa cifra aumentó después. No tenía más relaciones sexuales con Juliette; frecuentaba a escondidas otras mujeres, con frecuencia prostitutas. Cuando vivía en Guernesey solía ir a Fermain Bay, cerca de Hauteville House, para sus placeres secretos. El lugar está anotado en los cuadernos de 1867 cuatro veces del 14 al 17 de junio; y también en sus cuadernos de 1868. Para evitar los celos de Juliette, Víctor Hugo usa claves. *Poële* quiere decir *poils* (vello). *Suisses* y *saints*: les *seins* (los senos); *nue* (desnuda); *toda*: toda entera; *osc*: un beso; *genua*: *genou* (rodilla); *pros*: prostituta. El examen de los cuadernos indica que rara vez cumplía el acto sexual completo; las más de las veces se contentaba con mirar a la mujer, entera o parcialmente desnuda, acariciarla, besarla. He aquí el detalle de sus actividades en el verano de 1870:

29 de julio. Fermain Bay. Noche de Young,[25] Alice Cole,[26] Poële y carbón.
31 de julio. Pie, poële. Suisses.
2 de agosto. Fermain Bay. Young. Suisse. Pie. Les saints.
3 de agosto. Fermain Bay.
4 de agosto. Salida forzosa esta mañana. L.Y.[27]
10 de setiembre. Ayuda a Mairat (por Marie) rue Frochot 3. N. 5 francos.
13 de setiembre. Vi a Enjolras.[28] *n*.

25 Young era una criada a la que aluden los cuadernos de 1867 a 1868.
26 Citada el 23 y el 30 de marzo de 1870.
27 Louise Young.
28 Louise Michel.

17 de setiembre. Ayuda a Berthet (Berthe) pros. 9b Pigalle n. 2 francos.
19 de setiembre. Vi a Mme. Godt. Poële.
Ayuda a C. Montauban. Hébé n. 10 francos.
22 de setiembre. Ayuda a Mairat (Marie) camisero, 2 francos.
23 de setiembre. Émile (Émilie) Taffari, rue du Cirque 21, en el 6° n° 1. Osc.
27 de setiembre. Volví a ver después de 20 años a A. Piteau. Toda. Ayuda a Zdé (Zoé) Tholozé, 0 fr. 50.
Ayuda a Louis (Louise) Lallié n. 2 francos.
28 de setiembre. Élabre Tholozé n. Ayuda 5 francos.
30 de setiembre. Eugène, 9 bis rue Neuve-des-Martyrs. n. Ayuda 3 francos.
11 de octubre. A.C. Montauban. Ayuda, 10 francos.
5 de octubre. Sra. Olympe Audouard. Punta de los senos. Osc.

Y la enumeración continúa. Casi cada día —y a veces dos veces por día— un nombre, una dirección y una anotación: n, osc, suisse, poële, genua. Las "ayudas" varían, seguramente según la importancia de los favores comprados.

El verano siguiente tomó como amante a Marie Mercier, mujer de un partidario de la Comuna fusilado, a quien hizo contratar por su nuera. Cuando se instaló en Luxemburgo, ella fue allí; tenía 18 años y Hugo se complacía en verla bañarse desnuda en el Our. Con frecuencia se le juntaba por las noches. Sus cuadernos están llenos de notas triunfantes. El 10 de setiembre: "Misma. Pecho. Toda".[29] El 11: "Misma; se ha dicho toma y tomo".[30] El 12: "A hora todos los días y a toda hora, misma Maria".[31] La vio todas las noches hasta su partida a París, el 23. Un año más tarde —tenía 70— dijo a Burty

29 En español en el original.
30 En español en el original.
31 En español en el original.

que le costaba en ese momento pronunciar discursos: "Hablar me fatiga como hacer el amor tres veces". Y después de un momento de reflexión rectificó: "Cuatro, incluso". Numerosas admiradoras se le ofrecieron ese año. Sarah Bernhardt, entonces joven, bella, cortejada, se le echó encima. Deseaba quizá un hijo de él pues Hugo anotó en sus cuadernos: "El hijo no se hará". Fue él quien buscó los favores de Judith Gauthier, de 22 años, célebre por su belleza. Ella cedió. Hugo anotó en su cuaderno: *toda*. Su relación fue breve, pues Hugo partió a Guernesey y se enamoró de Blanche, una bonita lencera de 22 años que Juliette había tenido la imprudencia de contratar. Luchó un poco contra sus deseos y después se puso a escribir versos para ella, que se le entregó. Juliette tuvo sospechas, Blanche confesó; fue expulsada de Guernesey. Pero en París vuelve a verla: *toda*. La instala en el *quai* de La Tournelle y va casi todos los días a verla. Le gustaba verla desnuda. Escribe en *Océan*:

Elle me dit: "Veux-tu que je reste en chemise?"
Et je lui dis: "Jamais la femme n'est mieux mise
Que toute nue" [...]
Ce fut superbe. "Eh bien! Dit-elle, me voici."
Et devant Adonis, Vénus était ainsi.[32]

Hacían grandes paseos juntos; a Hugo le importaba tanto sentimental como sexualmente y ella lo amaba con pasión. A veces él tenía remordimientos. También en *Océan*, escribe:

O triste esprit humain par le corps possédé![33]

---

32 Ella me dijo: "¿Quieres que me quede en camisa?" / Y yo le dije: "La mujer nunca está mejor / que desnuda". (...) / Fue soberbio. "Pues bien —dijo—, heme aquí". / Y delante de Adonis, Venus estaba así.

33 ¡Oh triste espíritu humano, por el cuerpo poseído!

Juliette, suspicaz, lo hizo seguir por un policía privado y descubrió, el 19 de setiembre de 1873, lo que ella llamaba "sus vergonzosas aventuras". Huye de París, vuelve; él jura romper y no lo hace. Sin embargo, tenía cada vez más remordimientos. Esboza una comedia, *Philémon perverti* (hacia 1877), en que se acusa de buscar el placer sin preocuparse de las lágrimas de la desdichada Baucis:

Prendre une jeune au lieu de la vieille quon a!
....
Je sens que je vais être une horrible canaille. [34]

Al volver a su casa encuentra a Baucis muerta de dolor. Y la joven Églé se burla de él cuando, entre dos accesos de tos, multiplica las declaraciones amorosas. Concluye que Philémon ha sido engañado por el diablo mientras que en Baucis se encarnaba un ángel. Sin embargo, seguía frecuentando prostitutas; cuando a los 76 años, el 28 de junio de 1878, tuvo una ligera congestión cerebral, el médico lo conminó a que moderara sus actividades sexuales. "Pero doctor, reconozca usted que la naturaleza debería avisar", le respondió. Hasta el fin no depuso las armas. Su cuaderno de 1885 registra todavía cinco performances amorosas, la última el 5 de abril, unas semanas antes de su muerte. Pero su salud había declinado un poco después del ataque.

La imagen que se había hecho siempre de la vejez lo autorizaba a asumir sus deseos sexuales hasta la edad más avanzada; seguramente pensaba en Booz cuando una mujer joven se le ofrecía. Para Judith Gauthier escribió el soneto: *Ave, dea, moriturus te salutat*, donde:

---

34 ¡Tomar una joven en lugar de la vieja que uno tiene! / Siento que voy a ser un canalla horrible.

Nous sommes tous les deux voisins du ciel, Madame,
Puisque vous êtes belle et puisque je suis vieux.[35]

Lejos de ser una tara, la vejez es un honor a sus ojos; acerca a Dios y concuerda con todo lo que es sublime: la inocencia, la belleza. Hugo, de viejo, no sufría seguramente de ningún sentimiento de inferioridad. Sin embargo, no se ciega; con ironía compara la pareja que forma con Blanche a la de Venus y Adonis. Y el viejo Philémon es ridículo cuando corteja a Églé entre dos accesos de tos. De todas maneras estaba orgulloso de sí mismo: "Soy como el bosque que ha sido talado varias veces: los brotes jóvenes son cada vez más fuertes y vivaces". Y además, era amado por mujeres jóvenes y bellas, y eso le bastaba para otorgarse el derecho de amarlas. Se entiende menos bien cómo conciliaba su personaje de anciano augusto con su búsqueda furtiva de placeres venales. Juliette los sospechaba y sufría; por momentos él se lo reprochaba a sí mismo, pero siguió buscándolos aun después de la advertencia del médico. Dado el lugar que había acordado desde su matrimonio a la sexualidad, se hubiera sentido disminuido de haber renunciado a ella; sus "vergonzosas aventuras" eran un combate de retaguardia. Y sobre todo consideraba que sólo debía rendir cuentas a sí mismo; en toda su vida jamás cedió a la opinión; si tenía deseos, los satisfacía.

Muchos ejemplos confirman que un hombre de edad puede ser sexualmente solicitado de una manera imperiosa. Edmond de Goncourt anotaba en su *Diario*: "28 de sept. 88. En el ferrocarril, atormentado por una necesidad de coito, pensaba en todo lo que se ha dicho, escrito, impreso sobre los *viejos cochinos*, esos pobres cochinos a quienes todavía muerde con todos los dientes el animálculo espermático. ¿Tenemos la cul-

35 Estamos los dos cerca del cielo, señora, / porque vos sois bella y yo soy viejo.

pa de que la naturaleza haya puesto de una manera tan imperiosa, tan persistente, tan obstinada, el deseo de acercarse al otro sexo?". Tenía 66 años.

A los 70 años, el 8 de julio de 1892, escribe: "En este momento la nuca de la mujer, la nuca redonda y la nuca frágil con, sobre la luz de la carne, una indiscreta corona de cabellos rizados, produce en mí un efecto afrodisíaco. Me sorprendo siguiendo, por el placer de verla, una nuca como otros siguen una pierna".

El 5 de abril de 1893: "¡Si no es estúpido a mi edad ser mordido todavía por el animal espermático! Hace 15 días que mi pensamiento quería mantenerlo entero en mi obra, hace 15 días que me fabrica, bajo la oscuridad de los párpados, imágenes eróticas que hunden un poco las del Aretino".

Wells tenía 60 años cuando, después de un intercambio de cartas, se enamoró de Dolores; la amó con pasión y se descubrió aptitudes sexuales desconocidas: "Me fue revelado por primera vez en mi vida que yo era un tipo asombroso, un mocetón extraordinario, un virtuoso notable. Seguro que Casanova no me llegaría a los tobillos", escribió divertido. Las cosas se echaron a perder, hubo escenas penosas, llegó a no poder soportar a Dolores y se separó de ella a los 66 años. Fue para encontrar a la que llamó Brylhil, por quien sintió el amor más violento de su vida, amor compartido y que duró mucho tiempo.

Entre nuestros contemporáneos abundan los ejemplos de hombres de edad relacionados o casados con mujeres jóvenes. Charlie Chaplin ya no era joven cuando se casó con Oona, de la que tuvo varios hijos. Picasso había pasado los 60 cuando tuvo dos hijos con Françoise Gilot. Abandonado por ella, se enamoró de Jacqueline Roque y se casó con ella. (En ese momento hizo dibujos muy hermosos que representan a una mujer desnuda, magnífica, frente a un viejo encanijado o incluso un mono.) Sus fotografías lo presentaban entonces lleno de juventud y de vitalidad; tenía seguramente una imagen favo-

rable de sí mismo, confirmada por el amor de Jacqueline; una especie de narcisismo de segundo grado le incita a caricaturizarse; en su singularidad está tan seguro de sí mismo que puede divertirse burlándose de los viejos enamorados en general. Escapa a la ridiculez y lo abominable de sus pretensiones desde el momento que las denuncia. Pablo Casals conserva a los 90 años una salud floreciente. Henry Miller cuenta: "Se levanta todos los días temprano, va a pasearse por la playa, en Puerto Rico. Vuelve y toca Bach en el piano durante media hora antes de hacer tres horas de violoncelo. Viaja y da conferencias". Hace diez años, a los 80, se casó con una de sus alumnas que tenía 20; la pareja sigue unida. El mismo Miller es descripto por un periodista como "un muchacho arrugado pero petulante, que aplasta a quienes lo rodean con su vitalidad, bronceado, feliz, suelto". A los 75 años se casó con una japonesa de 29. Sexualidad, salud, vitalidad van unidas; se diría que la vida del individuo está programada desde el punto de partida; a menos de accidentes venidos desde el exterior, su energía vital como su longevidad están inscriptas en su organismo.

Estos ejemplos confirman la idea de que la vida sexual se prolonga largo tiempo cuando ha sido rica. Pero sucede también que un hombre, hasta ese momento indiferente a las mujeres, descubre tardíamente las alegrías de la sexualidad. Berenson —que murió a los 94 años— escribe: "No empecé a tomar conocimiento de la sexualidad y de la vida animal en la mujer hasta la época de lo que podría llamarse mi vejez". Rodin, que vivía desde su juventud con Rose Beuret, que había tenido un gran amor por su alumna Camille Claudel, pero que en su madurez concedía poco tiempo a las mujeres, les hace asiduamente la corte hacia los 70 años. "Yo no sabía que, despreciadas a los veinte años, me encantarían a los setenta", dijo. Era cada vez más sensible a su seducción y acogía sin control a todas sus admiradoras. Durante varios años fue subyugado por una norteamericana casada con un duque, de bastante edad, nada bonita, pretenciosa y ridícula, según decían los amigos de Ro-

din. Rilke, su ex secretario, se lamentaba: "Cada día hace de su vejez una cosa grotesca y risible". Terminó al cabo de seis años por romper con la norteamericana y volver a Rose.

Trotsky, que desde los 55 años se consideraba viejo, tuvo a los 58 una curiosa crisis de erotismo. Deutscher cuenta que en las cartas que escribe entonces a su mujer, "su vitalidad irrumpe, así como su deseo sexual por Natalya. Le dice que acaba justamente de releer el pasaje de las *Memorias* de Tolstoi en el que éste cuenta cómo, a los 70 años de edad, volvía de sus cabalgatas lleno de deseo y concupiscencia por su mujer. Y cómo él, Trotsky, de 58 años, volvía de sus agotadoras escapadas a caballo en análoga disposición. Su deseo por ella le hacía emplear el argot del sexo, y se siente confundido de poner por escrito palabras semejantes por primera vez en su vida y de conducirse exactamente como un joven cadete del ejército".

Uno de los testimonios más sobrecogedores sobre la sexualidad senil es el de Tanizaki en sus dos novelas ampliamente autobiográficas, *La confesión impúdica* y el *Diario de un viejo loco.* El erotismo japonés mezcla de manera singular el pudor y el impudor; las parejas no se desvisten para hacer el amor, pero estampas y libros describen con la mayor crudeza las diferentes posiciones. Las obras de Tanizaki se inscriben en esa tradición. La primera fue compuesta en 1956. El héroe tiene 56 años (el autor era más viejo). Es un profesor. Se acuesta con su mujer una vez cada diez días; queda agotado durante tres horas al punto de faltarle las fuerzas para pensar. Tiene el fetichismo del pie femenino y se irrita porque su mujer sólo le permite abrazos muy clásicos y se niega a desvestirse. Una noche en que ella se ha desvanecido por haber bebido demasiado coñac, él aprovecha para iluminar con una lámpara su cuerpo desnudo y estudiarlo en detalle. Le lame los dedos de los pies. Se las arregla para emborracharla los días siguientes; fotografía con una Polaroid las diversas partes de su cuerpo y pega las imágenes

en su diario. Hay sadismo en su conducta, pues deja como al descuido su diario para que su mujer lo lea; pero supone que ella acepta, que trampea con él como él con ella, y el extraño placer que esto le proporciona tiene que ver con el masoquismo. Por masoquismo hace revelar las fotos de su mujer por un discípulo, Kimura, que seguramente la desea y a quien también ella seguramente desea. Se hace aplicar inyecciones de hormonas masculinas y se inyecta él mismo hormona hipofisiaria. Gracias a ese tratamiento se vuelve cada vez más libidinoso, pero teme por su salud. Tiene mareos, trastornos de la memoria, una tensión muy alta. Empuja insidiosamente a Kimura y a su mujer a que tengan relaciones eróticas muy íntimas, si no completas: los celos exasperan su placer. Su mujer sabe que los desbordes sexuales pueden ocasionarle la muerte y los estimula; por su lado, él sabe que ella los provoca con conocimiento de causa. El masoquismo, el gusto por el peligro, le hacen deliciosa esta situación. Una noche deja que su mujer lo lleve al paroxismo del placer, la posee con más ardor que nunca y muere en sus brazos de un ataque.

En el *Diario de un viejo loco* se encuentra esta relación: erotismo, muerte, peligro exasperante del placer. Esta vez el héroe tiene 77 años, más o menos la edad del autor, y su vida sexual ha sido muy rica. Se siente ligeramente atraído por los actores jóvenes que representan papeles femeninos: "Aunque uno sea impotente, parece que persiste una vida sexual", anota. Ha tenido unos años antes una ligera conmoción cerebral; para caminar, debe apoyarse en una enfermera o en su nuera. Se complace en imaginar su muerte: la ceremonia, las lágrimas. "Me pregunto lo que será mi cara cuando esté muerto". Esta idea lo obsesiona. Y también la obsesión de la mujer: "No deseo aferrarme a la vida y sin embargo, mientras estoy vivo, no puedo dejar de sentirme atraído por el otro sexo... Me he vuelto totalmente impotente, pero me dan placer las excitaciones sexuales provocadas por todos los medios desnaturalizados e indirectos". Está siempre enfermo y se deleita en la descrip-

ción de sus achaques, incluso los más repugnantes, así como de la fealdad de su rostro. Su tensión es muy alta. Come y duerme mucho. Hace elongaciones porque sus huesos deformados le hacen sufrir; siente en las manos, los brazos, las piernas, dolores agudos que lo excitan sexualmente: "Es extraño, incluso cuando sufro tengo deseos sexuales, e incluso sobre todo cuando sufro... Ésta es una tendencia masoquista... Se ha desarrollado en mis años de vejez".[36] Ama a las mujeres que le dan la impresión de ser crueles. Su nuera —a quien obsequia un día un hermoso bolso, muy caro— lo autoriza a entrar en el cuarto de baño mientras toma una ducha y le permite que le bese la pierna por debajo de la rodilla. Un día él le lame la pierna desde la rodilla hasta el talón y mete en su boca los pulgares. Se le inyectan los ojos, le sube la tensión. "Tenía la cara encendida y la sangre se precipitaba en mi cabeza como si fuera a morirme en ese mismo momento de apoplejía. Creí realmente que me iba a morir". Cuanto mayor es su miedo, más aumenta su excitación. Vuelve a empezar otro día, su tensión no aumenta y el placer es menos grande. Se excita también con las aventuras amorosas de los otros, en particular cuando su nuera trae a su amante a la casa. Los juegos eróticos bajo la ducha prosiguen. Una vez la besa en el cuello durante veinte minutos. Le regala un brillante de tres millones de yenes mientras se niega a prestarle a su hija la modesta suma que ésta le pedía. Se complace en mostrarse a Satsuki —su nuera— sin sus dientes postizos: "Un chimpancé habría sido menos horrible", dice. Añade: "Cuanto más fea me parece la cara reflejada en el espejo, más espléndida encuentro la de Satsuki". Aquí la fealdad de la imagen, lejos de ser un obstáculo, es un excitante a causa del masoquismo del héroe. Un día en que los huesos realmente le duelen, gime: "¡Satsuki, me duele!". Rompe a llorar, se babea,

36 En todas las novelas anteriores de Tanizaki se encuentran indicaciones de masoquismo.

grita. Ella lo reta por la comedia. Él quiere besarla: la muchacha se niega y se limita a dejar caer en su boca una gota de saliva. El viejo toma cada vez más somníferos; le dan inyecciones. Decide escoger el lugar donde lo enterrarán y parte a Kyoto con la enfermera y Satsuki. Piensa mandar esculpir sobre su tumba el cuerpo de Satsuki, representando a la diosa Kannon, pues le gustaría descansar bajo sus pies. Se le ocurre otra idea: mandar grabar en la piedra sepulcral la huella de los pies de su nuera haciéndolos pasar por los pies de Buda. Decide ejecutar él mismo el estampado; para eso pinta con tinta los pies de Satsuki y llega a un grado de excitación extrema. Su tensión sube peligrosamente. Satsuki, que se ha prestado un día entero a sus manejos, huye, harta, al día siguiente. Tiene un ataque del que se recobra pero que lo deja sumamente disminuido.

Lo más singular en estas dos novelas es la relación entre la sexualidad y la muerte. La literatura las ha acercado a menudo: la idea de muerte suscita un reflejo de vida. Eros y Thánatos van clásicamente asociados. Pero no conozco otro caso en que un hombre necesite, para llegar al paroxismo del placer, poner en juego su propia vida.

Estos testimonios concuerdan con las observaciones generales que los preceden. La impotencia no excluye el deseo. Éste se sacia las más de las veces en desviaciones en que se acusan los fantasmas de la madurez: el *voyeurismo* en Hugo, el masoquismo en Tanizaki. Muchos hombres de edad buscan mujeres más jóvenes que ellos. Los sujetos en quienes la sexualidad sigue desempeñando un papel importante están dotados de una salud excelente y llevan una vida activa.

Sobre la relación de un viejo con su cuerpo, su imagen, su sexo, poseemos un documento sorprendente: el *Diario* de Léautaud, que nos proporciona una síntesis viviente de los diversos puntos de vista que hemos considerado en este capítulo.

Léautaud siempre se miró con complacencia. A los 41 años anota: "No me encuentro tan feo. Tengo una cara incluso bastante expresiva, nada trivial". Reconoce que es la cara de un hombre de 41 años, "una cara marcada ya por la vida". Después, repite a menudo que se siente más joven de lo que es. La revelación de su envejecimiento la ha tenido por los demás y le ha causado una viva cólera. Tenía 53 años cuando un empleado de la estación habló de él como "de un viejito". Léautaud anota furioso en su diario: "¡Viejito! ¿señor de edad? Pero qué diablos, ¿estoy tan encandilado? Yo no me encuentro ni viejito ni señor de edad. Me veo el aire de un hombre de 50 años, claro, pero muy bien para su edad. Soy delgado, flexible. ¡Un señor de edad en este estado, que me lo traigan!". A los 59 años se examina con ojo crítico: "Tengo 40 años por mis disposiciones físicas y morales. ¡Lástima que la cara no guarde relación! La falta de dientes sobre todo. Para mi edad, delgadez, flexibilidad, agilidad, porte, estoy estupendo. La falta de dientes lo echa todo a perder. Ya no me atrevería a hacerle la corte a una mujer". Esto no le impide encolerizarse de nuevo, a los 60 años, porque un joven le cede su asiento en el subterráneo. "¡Ah! ¡El diablo se lleve a la vejez, horrible cosa!" En él se comprueba con una particular evidencia la imposibilidad en que se encuentra el hombre de edad de realizar su vejez. Anota un día de cumpleaños: "Hoy he entrado en mi año 64. No me siento para nada un señor de edad". El señor de edad es otro, cierta categoría objetivamente definida: él no encuentra ese personaje en su experiencia interior. Sin embargo, por momentos la edad le pesa. El 12 de abril de 1936 escribe: "No estoy contento con mi salud, con un estado de ánimo; la pena de envejecer también. ¡Sobre todo eso!". Pero a los 69 años anota: "Me conservo a los 70 años todo lo vivo, ligero, flexible, alerta que es posible estar".

Podía estar contento de sí mismo: se ocupaba en persona de su casa, cuidaba sus animales, hacía a pie todas sus diligencias, llevaba pesadas canastas de provisiones, escribía su *Dia-*

rio y no conocía la fatiga. "Sólo la vista se está poniendo mala. No me he movido de lo que era a los 20 años. He conservado la memoria, la vivacidad de espíritu".

Por eso se irrita tanto cuando las reacciones de los demás lo llaman a la realidad. Tenía 70 años cuando en el subterráneo una mujer que había perdido el equilibrio al arrancar el coche, exclamó: "¡Ah, perdón, abuelo! Casi me caigo encima de usted". Anotó furioso: "¡Recórcholis! ¡Así que se me nota tan bien la edad en la cara! ¡Qué mal se ve uno a sí mismo!"

La paradoja es que no detestaba ser viejo. Constituye uno de esos casos de que he hablado, en que la vejez coincide con un fantasma infantil: los viejos siempre le habían interesado. Anota a los 72 años, el 7 de marzo de 1942: "Le viene a uno una especie de coquetería, cuando llega a viejo, de estar en buen estado, conservarse delgado, flexible, alerta, la tez siempre igual, las articulaciones intactas, sin enfermedad ni decadencia física ni intelectual".

Pero su coquetería exigía que su edad no fuera visible para los demás; lo que le gustaba era imaginarse que se mantenía joven no obstante el peso de los años.

Por momentos, además, lo soportaba mal. El 2 de julio de 1942 escribía: "Setenta y dos años y medio. Por bien que me sienta, la vejez me afecta profundamente, y el pensamiento de la muerte. Mi vista ha empeorado mucho". Tiene miedo de que los dientes que sujetan su puente aflojen algún día: "¡Bonito quedaré entonces!... Ese día creo que podré encerrarme en mi casa". Otro día anota: "Quisiera tanto no tener más que 50 años, con mi madurez presente y los conocimientos adquiridos desde entonces". "Resignarse, conformarse: maldita vejez. Está toda en esas palabras".

Y después su satisfacción renacía: "Envejezco mucho de cara. Y empiezo a tener la piel de la barbilla llena de pequeñas estrías. ¡Eh, es que ya no soy joven! El 18 de enero próximo cumpliré 74 años. He llegado a ser —me miraba hace poco en París en las vitrinas— lo que tanto me interesaba cuando era

chico, todavía cuando era joven, en realidad lo que me ha interesado toda la vida: un viejo curioso, original de aspecto, de fisonomía, de rostro expresivo, vestido a una especie de moda de antes, a quien mira la gente, a quien debe de tomar por un viejo actor que no ha hecho carrera.

Estaba a justo título orgulloso de su salud: "Cuando se ha llegado a cierta edad, como yo que voy a cumplir 75 años dentro de algunos días y como yo que no conozco la fatiga, se ha mantenido en buen estado, salvo en el amor, ¡ay!, uno adquiere una especie de vanidad. ¿La juventud? No es eso lo importante. Lo importante es llegar a viejo".

Sólo al final de su vida, cuando su salud se desmorona, cede al desaliento. 25 de febrero de 1945: "Estoy completamente por el suelo. El estado de mi vista. El envejecimiento atroz que observo en mi cara. El trabajo de mi *Diario* tan retrasado. La mediocridad de mi vida. No tengo impulso, no tengo ilusión. El tiempo de los placeres, incluso de cinco minutos, ha pasado de verdad".

Tenía entonces 75 años y su vida sexual se había detenido. Pero salvo en sus últimos años una de las razones de su orgullo es que había conservado deseos y la posibilidad de saciarlos. En su *Diario* se sigue la evolución de su sexualidad.

Sólo llegó a ser verdaderamente sensible a las mujeres al acercarse a la cincuentena. A los 35 años escribía: "Empiezo a lamentar el tener una naturaleza que me permite usar tan poco de las mujeres". Le faltaba el "fuego sagrado". "Pienso siempre demasiado en otra cosa, en mí, por ejemplo." Temía ser impotente y era breve en el acto: "No doy placer a las mujeres, termino en cinco minutos y nunca puedo volver a empezar... En el amor sólo me gusta la desvergüenza... No se pueden pedir ciertas cosas a todas las mujeres". Tuvo una larga relación con una tal B... Dice que la amó mucho pero también que la vida en común con ella era un infierno. Hacia los 40 años, siempre bastante frío, a falta de saber dar placer a su pareja, se complace en ver imágenes de mujeres desnudas.

Sin embargo, unos años más tarde, habla con melancolía de las "raras sesiones amorosas de mi vida que realmente me han dado placer". Se reprocha el ser con las mujeres tímido, torpe, brusco, demasiado sensible, siempre reflexionando, dejando pasar y perdiendo las mejores oportunidades". Todo cambió cuando hubo encontrado, cerca de los 50 años, "una mujer apasionada, maravillosamente organizada para el placer, que responde perfectamente a mi gusto en esas cosas"; se mostró "casi brillante" cuando hasta entonces, como sólo había conocido mujeres que no le convenían, se imaginaba escaso de medios. A partir de ese momento la sexualidad se vuelve en él una obsesión; el 14 de diciembre de 1923 anota: "Madame[37], tiene quizá razón: mis ganas repetidas de hacer el amor son quizá de orden patológico... Lo cargo en la cuenta de la moderación de toda mi vida, hasta los 40 años pasados, en lo mucho que ella me gusta, como que no puedo ver cualquier parte de su persona sin tener en seguida ganas... Lo cargo también en la cuenta de muchas cosas de que he estado privado, como la desnudez femenina, a la que me he aficionado mucho. Me asombro incluso cuando pienso en lo que he llegado a ser con respecto a todas esas cosas... A ninguna mujer le he hecho todas las caricias que le hago a Madame". En verano, cuando se separan, la abstinencia le pesa; se masturba pensando en ella: "Estoy encantado, claro, de ser todavía tan ardiente a mi edad, pero rediablos, tiene sus buenos inconvenientes". Madame era un poco mayor que él; sólo había amado toda su vida a mujeres maduras. Una joven virginal de 23 años se le echó encima y él consintió en una aventura, pero sin ningún placer, y rompió en seguida. Aparte de esta escapada, fue fiel durante años a Madame. Se complacía en mirarse en un espejo mientras se hacían el amor. A partir de 1927 debe vigilarse sexualmente;

37 Uno de los nombres que da a su amante.

se consuela teniendo con la Pantera[38] conversaciones picantes. No se entiende bien con ella: "Los sentidos, el vicio es lo que nos une. ¡El resto es de una endeblez!". Pero evoca con satisfacción en 1938: "Diecisiete años de placer entre dos seres tan ardientes y tan atrevidos el uno como el otro en sus caricias y sus palabras en el placer". A los 59 años su relación con la que él llama ahora el Azote todavía dura, aunque la mujer tenga 64 años. Las parejas en que la mujer es mucho más joven que el hombre le chocan. "Yo, a los 59 años, no me atrevería a hablar de la cosa a una mujer de 30". Todavía encuentra al Azote muy deseable y gusta vivamente de las "sesiones" que celebra con ella. Sin embargo, se queja: "¡Cuando hago el amor, como eyaculación, casi agua!". El amor lo fatiga y los médicos le aconsejan detenerse. Se masturba de vez en cuando. Escribe a Azote cartas eróticas y ella le responde. Las palabras escritas le producen una gran excitación. El 25 de setiembre de 1933 escribe: "Vuelvo a estar sumamente atormentado por las ideas amorosas, como el lunes pasado... Me miro con curiosidad e inquietud en este estado". En 1934, 1935 es la misma situación: masturbación, cartas eróticas, "sesiones" con el Azote, otra relación que lo atormenta mucho con una tal C.N. En el *Diario* se multiplican las evocaciones eróticas. "Cuidado con los juegos del amor. Todavía me inclino terriblemente a ellos, e incluso demasiado para mi edad". El 13 de agosto de 1938 escribe (decepcionado por C.N.): "No pienso, hasta torturarme, más que en hacer el amor con una mujer que se me parezca, que tenga mis gustos".

El 18 de enero de 1938: "Seguramente estoy mejor cuando no hago el amor para nada. No es que lo haga con dificultad, al contrario; pero es siempre un desgaste y no se compensa tan rápido como hace algunos años".

---

38 Otro de los nombres que da a su amante.

"Lo que más echo de menos es la desnudez femenina, las posturas licenciosas y hacer *minette*".

El 17 de febrero de 1940 escribe que sueña con mujeres: "La cara, el cuerpo de una mujer que gusta. Me paso las noches en sueños imposibles".

A más de 69 años se queja de "ayunar".

Dice, hablando de su juventud: "Yo era poco inclinado al placer sexual, todavía menos al placer de ver un cuerpo de mujer en todos sus detalles, placer que adquirió para mí, después de los 40 años, un grado tan alto, tan vivo".

"Hasta los 66 o 67 años, yo podía hacer el amor dos o tres veces por semana".

Ahora se queja de quedar mentalmente fatigado tres o cuatro días después de haber hecho el amor. Pero todavía lo hace y se escribe con tres de sus antiguas queridas. Se lamenta porque C.N. no quiere acostarse más con él. Acaricia recuerdos amorosos y se complace en evocarlos en su *Diario*.

A los 70 años escribe: "La mujer, el amor me faltan enormemente". Recuerda que hizo el amor ardientemente de los 47 a los 63 años con el Azote, después dos años con C.N. "No empecé a sentir la disminución hasta hace tres años".

"Todavía puedo hacer el amor. Incluso me entristece a menudo verme privado de hacerlo, diciéndome que seguramente es preferible que me abstenga".

El 29 de septiembre de 1942: "Sigo siendo bastante ridículo. Las cosas de las mujeres y del amor me faltan terriblemente".

3 de noviembre: "Estoy hundido en abismos de tristeza por verme privado de las cosas de la mujer y del amor". A los 72 años todavía esboza idilios (que no se realizan), tiene sueños eróticos que lo llevan a la erección: "Sigo pasándome las noches en la mejor de las disposiciones". Pero el mismo año comprueba la declinación de su sexualidad. "No hay que entregarse más a los ejercicios del amor cuando el físico está muerto o casi. Incluso el placer de la vista, de hacer caricias,

termina rápido, sin ningún ardor por volver a empezar. Hace falta el calor físico para gustar de todo eso".

Se ve que el placer que le ha durado más tiempo, placer al que por lo demás concedió mucho valor después de los 40, es el de la vista. Cuando éste se extingue, considera que su vida sexual está acabada. Se ve también cómo la imagen de sí mismo está ligada a la actividad sexual. Se siente "por el suelo hasta un punto atroz" cuando ya no puede gustar del placer. Sin embargo, su narcisismo sobrevivió algún tiempo a la declinación de su sexualidad.

También entre los homosexuales se conocen ejemplos de vejez amorosa. ¿Miguel Ángel debe situarse entre ellos? Algunos pretenden que su pasión por Tommaso Cavalieri fue platónica, pero los sonetos ardientes que le dedicó desde el día que lo conoció —a los 57 años— hasta su muerte, traducen, sublimadas o no, emociones indudablemente sexuales. Jouhandeau conservó seguramente durante mucho tiempo actividades sexuales porque ya es viejo cuando escribe: "Incómodo por una castidad de la que todavía no tengo ni el gusto ni el hábito, no sé qué uso puede hacerse de ella sin virtud y sin haber tomado partido". A más de 75 años, Gide, en su *Diario*, evoca noches apasionadas: 3 de abril de 1944: "No consigo despreciar las alegrías carnales, y por lo demás no me esfuerzo. Un desperfecto del avión… me permite una de las más vivas, anteanoche".

24 de enero de 1948: "Ninguna vergüenza después de voluptuosidades fáciles".

Proust ha dejado sobre la vejez de M. de Charlus páginas evidentemente inspiradas en modelos de carne y hueso. De joven, M. de Charlus hacía ostentación de maneras viriles y los que no estaban al tanto de sus costumbres le atribuían gran éxito con las mujeres. Su orgullo aristocrático resistía a todas sus depravaciones. La inversión se presentaba como uno de los

elementos de su fuerte personalidad. Al volver a París en 1914 después de una larga ausencia, el narrador observa, caminando detrás de dos zuavos, a "un hombre alto y grueso, de sombrero blando y larga hopalanda, a cuyo rostro violáceo vacilaba yo en poner el nombre de un actor o de un pintor igualmente conocidos por innumerables escándalos sodomitas". Era M. de Charlus: "M. de Charlus había llegado lo más lejos posible de sí mismo, o más bien era él mismo tan perfectamente enmascarado por lo que había llegado a ser y que no le pertenecía a él solamente, sino a muchos otros invertidos, que en el primer momento lo habían tomado por otro de ellos". Enteramente abandonado a su vicio, habían empezado a gustarle los niños y veía homosexuales por todas partes. Solía frecuentar un hotel sospechoso que tenía Jupien; se hacía encadenar y moler a golpes por muchachos pagados que lo insultaban mientras lo fustigaban. No vivía más que con inferiores y había renunciado casi a ostentar maneras viriles. Sin embargo, su encarnizamiento en reclamar las trabas más fuertes, los accesorios más feroces, seguía revelando un sueño de virilidad. Su caso era análogo al de los heterosexuales, en quienes los fantasmas cobran un lugar preponderante cuando han perdido, enteramente o en parte, su potencia sexual. Los sueños masoquistas que antes había contenido, ahora lo invadían y trataba de realizarlos. Varios años más tarde, el narrador vuelve a verlo una vez más. Era un anciano, pero seguía buscando aventuras y se las arreglaba para engañar la vigilancia de Jupien, que le servía de enfermero. Tenía crisis en que hacía sobre sus costumbres confesiones desembozadas donde la palabra era el sustituto de actividades muy disminuidas a pesar de todo.

Biológicamente, la sexualidad de la mujer es menos afectada por la vejez que la del hombre. Es lo que observa Brantôme en el capítulo de la *Vie des dames galantes* que dedica a "Algunas señoras viejas a quienes les gusta tanto hacer el amor

como a las jóvenes". Mientras que el hombre a cierta edad ya no es capaz de erección, la mujer "a cualquier edad que sea recibe en sí como un horno todo fuego y toda materia". Una larga tradición popular subraya ese contraste. En uno de los cantos de las *Alegres musas de Caledonia*,[39] una mujer de edad se queja de la impotencia de su viejo marido; añora "los locos abrazos de sus años juveniles" que ya no son más que un pálido recuerdo, pues en la cama él no piensa más que en dormir mientras que ella se consume en deseo. La ciencia de hoy confirma la validez de esas indicaciones. Según Kinsey, a lo largo de toda la vida hay mayor estabilidad sexual en la mujer que en el hombre; a los 60 años, sus posibilidades de deseo, de placer, son las mismas que a los 30. Según Masters y Johnson, la intensidad de la respuesta sexual disminuye con la edad; sin embargo, la mujer sigue siendo capaz de llegar al orgasmo, sobre todo si es objeto de un estímulo sexual eficaz y regular. Entre las que no tienen relaciones físicas frecuentes, el coito provoca a veces dolores —durante o más tarde—, así como fenómenos de dispareunia y disuria; no se sabe si el origen de esos trastornos es físico o psicológico. Añado que a la mujer puede gustarle hacer el amor aunque no llegue al orgasmo: los "placeres preliminares" cuentan para ella quizá más todavía que para los hombres. Es normalmente menos sensible que el hombre a la apariencia de su pareja y en consecuencia menos afectada por su envejecimiento. Aunque su papel en el amor no sea tan pasivo como se ha pretendido, no tiene por qué temer un fracaso. Puede cumplir actividades sexuales hasta sus últimos días.

Sin embargo, todas las encuestas muestran que sus actividades son de hecho mucho menos numerosas que las de los hombres. A los 50 años, según Kinsey, el 97% de los hombres tiene todavía una vida sexual y sólo el 93% de las mujeres; a los

39 Cantos populares escoceses recogidos en el siglo XVIII.

60 años, el 94% de los hombres y sólo el 80% de las mujeres. Es que socialmente el hombre, a toda edad, es sujeto, y la mujer un objeto, un ser relativo. Casada, su destino es ordenado por el de su marido; éste tiene término medio cuatro años más que ella y en él el deseo decrece. O, si subsiste, se dirige a mujeres más jóvenes. Sin embargo, a la mujer de edad le es muy difícil tener parejas extramaritales. Gusta todavía menos a los hombres que el hombre viejo a las mujeres. En su caso, la gerontofilia no existe. Un hombre joven puede desear a una mujer lo bastante grande como para ser su madre, pero no su abuela. A los ojos de todos, una mujer de 70 años ha cesado de ser un objeto erótico. Los amores venales le son muy difíciles; es muy excepcional que una mujer vieja tenga los medios y la ocasión de pagarse un hombre, y en general la vergüenza, el temor del qué, dirán la disuaden. Para muchas mujeres de edad, esta frustración es penosa porque siguen atormentadas por sus deseos. Por lo común los apaciguan masturbándose. Una ginecóloga me citó el caso de una mujer de 70 años que le suplicaba que la curara de esa práctica a la que se entregaba noche y día.

Andrée Martinerie, interrogando a mujeres de edad, ha recogido confidencias interesantes.[40] La Sra. F., gran burguesa de 68 años, católica militante, con cinco hijos y diez nietos, le dijo: "Yo tenía ya 64 años... Bueno, pues escuche: cuatro meses después de la muerte de mi marido bajé a la calle como quien se suicida, decidida a entregarme al primer hombre que me quisiera. Nadie quiso. Entonces volví". A la pregunta: "¿Ha pensado usted en volver a casarse?" respondió: "No pienso más que en eso. Si me atreviera, pondría un aviso en *Le Chasseur francais*... ¡Antes un hombre lleno de achaques que ninguno!". A los 60 años, junto a un marido inválido, la Sra. R. dice, a propósito del deseo: "Es cierto que eso no pasa". A veces tienen ganas de dar con la cabeza contra la pared. Una lectora de esta

40 Citadas en *Elle*, de marzo de 1969.

encuesta escribe a la revista: "Me veo obligada a comprobar que a pesar de la edad la mujer sigue siendo mujer durante mucho tiempo. Hablo con conocimiento de causa porque tengo 71 años. Me quedé viuda a los 60 años, la muerte de mi marido fue brutal, tardé dos años en superarla. Después contesté a los anuncios matrimoniales. Lo reconozco, me ha faltado un hombre, qué digo, me falta; es aterradora la vida sin un objetivo, sin afecto, sin poder expansionarse. Su encuesta me ha aliviado...". La corresponsal escribe púdicamente "afecto", "expansionarse". Pero el contexto indica que su frustración tiene una dimensión sexual.[41]

La idea de que en las mujeres los impulsos sexuales persisten largo tiempo es confirmada por las observaciones que se pueden hacer en las homosexuales. Algunas conservan actividades eróticas hasta después de los 80 años. Eso prueba que siguen siendo capaces de desear mucho tiempo después de haber dejado de ser deseables a los ojos de los hombres.

Es decir, que la mujer sufre hasta el fin su condición de objeto erótico. La castidad no le es impuesta por un destino fisiológico sino por su condición de ser relativo. Sin embargo, ocurre que ella misma se condena a la castidad a causa de esas "barreras psíquicas" de que he hablado y cuyo papel es todavía más apremiante para la mujer que para el hombre. Por lo general es en el amor más narcisista que él; en ella el narcisismo apunta al cuerpo entero; a través de las caricias y la mirada de su pareja toma deliciosamente conciencia de su cuerpo como deseable. Si él sigue deseándola, ella se adaptará con indulgencia a su marchitez. Pero al primer signo de frialdad, sentirá

41 Una reacción típica es la de una mujer joven que escribe a *Elle*: "En un grupo de jóvenes nos hemos reído en grande de la ardiente viuda militante de la Acción Católica para la cual 'el deseo no pasa'... ¿No podrían ustedes hacer próximamente una encuesta sobre el amor y la cuarta edad de la mujer, es decir, las que tienen entre 80 y 120 años?". Los jóvenes se escandalizan si las personas de edad, y sobre todo las mujeres, tienen todavía una vida sexual.

amargamente su decadencia, se asqueará de su imagen y ya no soportará exponerse a los ojos de otro. Esta timidez reforzará el temor a la opinión: la sabe severa con las mujeres de edad que ya no representan su papel de abuela serena y desencarnada. Aunque su marido la solicite todavía, una preocupación de decencia profundamente interiorizada puede llevarla a hurtarse. Las mujeres tienen menos recursos que los hombres a las diversiones. Aquellas cuya vida erótica ha sido muy activa y muy libre compensan a veces su abstinencia con la crudeza de su vocabulario, la obscenidad de sus palabras. Desempeñan más o menos el papel de alcahuetas o por lo menos espían con una curiosidad maniática la vida sexual de las mujeres jóvenes que las rodean, solicitan confidencias. Pero en general la represión se extiende también al lenguaje. La mujer de edad se quiere decente en sus conversaciones como en su conducta. La sexualidad ya no se traduce más que en su manera de vestirse, de arreglarse, en su gusto por la presencia masculina. No se niega a tener relaciones de discreta coquetería con hombres más jóvenes que ella; es sensible a las atenciones que demuestran que para ellos sigue siendo una mujer.

Sin embargo, también entre las mujeres la patología pone de manifiesto que los impulsos sexuales están reprimidos pero no apagados. Los alienistas han observado que en los asilos, el erotismo de los sujetos femeninos suele aumentar con la edad. La demencia senil produce delirios eróticos, resultantes de una falta de control cerebral. En otras psicosis se produce también una liberación de los impulsos. En 110 mujeres de más de 60 años pensionistas de un asilo, el doctor Georges Mahé señaló 20 casos de erotismo agudo: masturbación en público, mímica del coito, palabras obscenas, exhibicionismo. Desgraciadamente, no indica el sentido de estas manifestaciones, no las ubica en un contexto, no sabemos quiénes son las enfermas que se entregan a ellas. Muchas internadas tienen alucinaciones genitales: violaciones, contactos. Hay mujeres que se creen embarazadas a más de 71 años. La Sra. C., de

70 años, abuela, canta canciones de soldados, se pasea en el hospital semidesnuda buscando hombres. El erotismo está en el centro de numerosos delirios o es pretexto de depresiones melancólicas. E. Gehu habla de una abuela de 83 años alojada en una casa atendida por religiosas. Hacía ostentación de tendencias tanto homosexuales como heterosexuales. Atacaba a las monjas jóvenes que le llevaban la comida. Durante esas crisis estaba lúcida. Después tuvo una confusión mental. Terminó por recobrar la lucidez y una conducta normal. También sobre este caso serían de desear más detalles. Todas las observaciones que acabo de transmitir son muy insuficientes, e indican que las mujeres de edad no están más "purificadas de sus cuerpos" que los hombres.

Ni la historia ni la literatura nos han dejado testimonio valedero sobre la sexualidad de las mujeres de edad. El tema es todavía más tabú que la sexualidad de los viejos del sexo masculino.

Hay numerosos casos en que la libido ya no se manifiesta para nada en el individuo de edad. ¿Cabe felicitarse de ello, como lo afirman los moralistas? Nada menos seguro. Esta mutilación acarrea otras puesto que sexualidad, vitalidad, actividad están indisolublemente ligadas. A veces la afectividad misma se embota cuando todo deseo ha muerto. A los 63 años, Rétif de La Bretonne escribe: "Mi corazón ha muerto con los sentidos y si a veces tengo un impulso de ternura es un error como el de los salvajes y los eunucos; después me deja una tristeza profunda". Bernard Shaw creía que al desinteresarse de las mujeres había perdido también el gusto de vivir: "Envejezco rápidamente. He perdido todo interés por las mujeres, y el redoblado interés que les inspiro me fastidia. Probablemente debería morirme".

Hasta Schopenhauer reconoce: "Podría decirse que una vez extinguida la inclinación sexual, el verdadero núcleo de

la vida se ha consumido y ya no queda más que la envoltura; o que la vida se parece a una comedia cuya representación comenzada por hombres vivientes concluiría con autómatas vestidos con los mismos trajes". Sin embargo, en el mismo ensayo,[42] dice que el instinto sexual provoca una "demencia benigna". No deja al hombre otra posibilidad de opinión que entre la locura y la esclerosis. En realidad, lo que él llama "demencia" es el impulso mismo de la vida. Cuando ese impulso se quiebra o muere, la vida se ha acabado.

El vínculo entre sexualidad y creatividad es particularmente notorio; es evidente en Hugo, Picasso y muchos otros. Para crear hace falta cierta agresividad —"cierta alacridad", dice Flaubert— que tiene biológicamente su fuente en la libido.[43] Es preciso también sentirse unido al mundo por un calor afectivo que se extingue al mismo tiempo que los deseos carnales. Gide lo había comprendido cuando escribe el 10 de abril de 1942: "Hubo un tiempo en que, atormentado hasta la angustia y obsesionado por el deseo, yo rogaba: Ah, ojalá llegue el momento en que la carne dominada me permita entregarme entero a… Pero ¿a qué entregarme? ¿Al arte? ¿Al pensamiento 'puro'? ¿A Dios? ¡Qué ignorancia! ¡Qué locura era creer que la llama brillaría mejor en la lámpara cuyo aceite se ha acabado! Abstracto, mi pensamiento se extingue; aún hoy lo que tengo de carnal es lo que lo alimenta, y ruego: ojalá siga siendo carnal y deseoso hasta la muerte".

Sería inexacto afirmar que la indiferencia sexual acarrea necesariamente, en todos los campos, inercia e impotencia. Muchos ejemplos prueban lo contrario. Digamos solamente que hay una dimensión de la vida que desaparece cuando falta el contacto carnal con el mundo; los que conservan esa riqueza hasta una edad avanzada son privilegiados.

---

42 *De la diferencia de las edades.*

43 Volveremos al tema cuando hablemos de la creatividad de los viejos.

Hay una pasión profundamente arraigada en la sexualidad y que la edad exaspera: los celos. Lagache ha mostrado que muy a menudo es el resultado de un desplazamiento afectivo: el peluquero cuyos negocios andan mal se convence de que su mujer lo engaña y la abruma con escenas. Ahora bien, como la vejez es un período de frustración generalizada, engendra resentimientos difusos que pueden concretarse bajo la forma de celos. Por otra parte, la degradación de la sexualidad acarrea en muchas parejas viejas rencores unilaterales o recíprocos que pueden traducirse en celos. Leemos a veces en los diarios que un septuagenario ha golpeado o matado por celos a una vieja compañera, o que se ha peleado con un rival. Quizá se ha vengado de la frialdad de su pareja, o de su propia impotencia. Mujeres de más de 70 años comparecen ante los tribunales por haberse peleado a causa del viejo amante. En los asilos donde se codean los dos sexos hay violentas peleas provocadas por los celos.

El doctor Balier y L. H. Sébillotte han comprobado, en una encuesta efectuada en el distrito XIII, que las parejas tienen más dificultad en envejecer que los individuos aislados porque las relaciones afectivas de los esposos se exasperan y se deterioran. La declinación de la salud, el aislamiento consecutivo a la jubilación y a la partida de los hijos los llevan a vivir casi exclusivamente el uno para el otro. Más que nunca, cada uno pide a su cónyuge protección y amor; y cada uno es menos capaz que nunca de satisfacer ese pedido. Esta insatisfacción permanente lleva a la exigencia de una presencia física constante, a los celos, a las persecuciones. La separación asesta a veces un golpe mortal a individuos que literalmente no podían prescindir uno del otro. Pero la coexistencia les ocasiona más tormentos que felicidad.

Salvo en las parejas en que la mujer es mucho más joven que el cónyuge, el hombre de edad tiene menos razones de estar celoso que su compañera: él conserva apetitos sexuales mientras que ella ya no es un objeto de deseo. Voy a describir

dos casos de celos femeninos: los de Juliette Drouet y los de Sofía Tolstoi.

Juliette sufrió toda su vida por las infidelidades de Hugo, que le son aun más penosas cuando ya no tienen relaciones físicas. Se siente sin defensa, vencida, humillada. Cuando en 1873 Hugo tiene una historia con Blanche, Juliette, de 69 años, reacciona con una violencia que no se había manifestado en su pasado. Pide doscientos francos a unos amigos y el 23 de setiembre desaparece sin dejar dirección. Él la hace buscar, enloquecido. La encuentran en Bruselas. Juliette acepta volver. Él va a buscarla a la estación y se reconcilian. Cuatro días después, ella le manda uno de sus "garabatos": "Querido, querido adorado: después de los horribles ocho días pasados en la desesperación de los condenados, hoy es el primer día en que, al mismo tiempo que mis ojos, mi boca, mi alma se abren para mirar a Dios, para sonreírte, para rezarte, para bendecirte. ¡Así que ese sueño horrible ha terminado! Es cierto que me amas, que sólo me amas a mí...". Pero el 16 de octubre de 1873: "No resistiré mucho tiempo a este conflicto que renace sin cesar entre mi pobre y viejo amor y las jóvenes tentaciones que se te ofrecen..."

Seguramente Hugo había vuelto a ver a Blanche después de haber prometido que rompería; el contraste entre la juventud de la bonita lencera y su propia vejez era insoportable para Juliette. Es la misma desesperación que expresa el 18 de noviembre de 1873: "No quiero venirte con la cantinela de tus aventuras galantes, pero no puedo dejar de sentir que mi viejo amor hace un triste papel en medio de todas esas aventureras con plumas y labia, qué quieres... A partir de hoy dejo la llave de mi corazón debajo de la puerta".

11 de marzo de 1874: "El que no tiene el corazón de su edad, de su edad tiene toda la desventura.

"Este epígrafe explica y excusa en su clisé lacónico el trastorno involuntario que introduzco en tu vida mientras yo misma sufro como una condenada..."

4 de abril de 1874: "Para mí la infidelidad no empieza solamente con la acción; la considero confirmada ya por el solo hecho del deseo. Planteado así, mi querido y gran amigo, te ruego que no te sientas molesto y hagas como si yo ya no estuviera".

Después renace en ella la alegría.

11 de abril de 1874: "Siento en mí una inspiración juvenil que depende probablemente de las 70 primaveras que he absorbido y sin hacer ascos". Pero la tristeza pronto vuelve a ganarla. No sólo tenía celos de las queridas jóvenes de Hugo, sino también de su familia. Él había alquilado en Clichy un departamento de dos pisos; abajo estaban las habitaciones de recepción; arriba los cuartos donde vivía con su nuera y sus nietos. Juliette se había instalado en el mismo piso que él; la nuera la había hecho bajar so pretexto de que los niños necesitaban espacio: "Tengo el corazón lleno de tristes presentimientos", escribe Juliette el 7 de mayo de 1874. "Ese piso que nos separa es como un puente roto entre nuestros corazones... Estoy desesperada y me contengo para no llorar a gritos".

Seguramente le da tanta importancia al incidente porque sabe que Hugo sigue siéndole infiel. Ella lo padece como una falta de amor; pero también siente vergüenza por Hugo pues ha visto, en efecto, que su vida sexual no siempre era brillante.

21 de junio de 1874: "Se diría que lo que queda de mi pobre corazón es el punto de mira de todas esas cazadoras del vicio y de vergonzosas aventuras; por mi parte, me declaro vencida sin luchar...". 5 horas: "Ese martirio de Sísifo que sube todos los días su amor hasta lo más alto del cielo y lo siente caer todos los días sobre el corazón con todo su peso me horroriza, y prefiero mil veces la muerte en seguida a ese espantoso suplicio. Ten piedad de mí, déjame irme".

Hay entre ellos escenas dolorosas en que ella desea una separación.

28 de julio de 1874: "Tú no eres feliz, mi pobre queridísimo, yo no lo soy más que tú. Sufres la llaga viva de la mujer

que sigue agrandándose porque no tienes el coraje de cauterizarla de una vez por todas. Yo sufro porque te amo demasiado".

6 de julio de 1875: "Te aseguro que sufriría menos lejos de ti, sabiéndote tranquilo y feliz, que sintiendo que mi presencia es un obstáculo de cada instante para tu trabajo, tu libertad, tu calma y el dulce reposo de tu vida... Cualquier cosa vale más, tanto para tu corazón como para el mío, que sentir que ya no te basto..."

1877: "Desalentada, dudo del cielo y de ti..."

Hugo no se calma con el tiempo y a ella le cuesta conciliar la elevada idea que se hace de él con sus libertinajes seniles. En junio de 1878, después del ataque de Hugo, Juliette, apoyada por Lockroy,[44] le hace romper con Blanche; aterrorizaron a esta pobre desdichada diciéndole que Hugo moriría en sus brazos si no lo abandonaba. Juliette le mandó dinero y Blanche se resignó a casarse.[45] Pero tuvo reemplazantes. Durante el verano que pasaron en Guernesey el mismo año, Juliette escribe a Hugo el 20 de agosto: "Tu alba es pura, tu crepúsculo debe ser venerable y sagrado. A costa de lo que me queda por vivir quisiera preservarte de ciertas faltas indignas de la majestad de tu genio y de tu edad".

Por más que Hugo le escribiera: "Sé que mi alma es de tu alma", ella no soportaba que él siguiera recibiendo cartas femeninas. La mujer del secretario de Hugo cuenta que "todo le servía de pretexto para disputarse, incluso en Guernesey. Esta mujer, que se dejaría matar por el maestro, se complacía en acribillarlo a alfilerazos... Una mañana estalló una crisis por una carta escrita por una antigua criada. Mme. Drouet había abierto la carta: lágrimas y crujir de dientes...". Juliette en-

44 El segundo marido de Adèle, viuda de Charles Hugo.

45 No se consoló nunca. Iba a ver a amigos de Hugo para hablarles de él. Espiaba sus salidas para verlo desde lejos. Después de la muerte de Juliette trató de reanudar sus relaciones, pero los amigos de Hugo interceptaron sus cartas.

contró una bolsa con cinco mil francos en monedas de oro y preguntó qué complacencias debía pagar ese dinero. Otra vez encontró viejas libretas con nombres de mujeres: fue un drama. Hubo otro cuando supo que había andado por la calle de los burdeles; quiso irse a vivir a Jéna, con su sobrino.

Se reconciliaron y ella se instaló en París, en el mismo departamento que él. Pero siguió atormentándolo; escribía, el 10 de noviembre de 1879: "Temor de recordar lo que ha sucedido, de entrever lo que sucederá, ya no me atrevo a mirar ni adelante ni atrás, ni en ti ni en mí; tengo miedo". Y el 11 de noviembre le reprocha "sus sacrílegas y múltiples tentativas de suicidio". Su conducta le parecía no sólo "indigna" sino peligrosa.

El 8 de agosto de 1880: "Mi muy querido, me paso la vida pegando como puedo los pedazos de mi ídolo sin poder disimular las fracturas". Un día en que reconoció a Blanche, al acecho, en la avenida Victor Hugo, tuvo un terrible arrebato de cólera. Por momentos estaba tan triste y tan desalentada que dejaba de escribir sus "garabatos". Vivió junto a Víctor Hugo hasta su muerte, pero no volvió a conocer la paz.

A veces —en particular en la historia de Blanche— fue una vieja amante abusiva; pero se comprende su desilusión. Había imaginado que envejecerían tranquilamente uno junto al otro, los dos cansados de los placeres de la carne. Pero no. O bien él tenía relaciones en las que comprometía su corazón y ella sufría de que no fuera todo suyo; o bien él se contentaba con encuentros venales que ella juzgaba degradantes. Sus lágrimas, sus gritos tenían la excusa de un amor sincero y total.

Los celos de Sofía Tolstoi eran de una índole completamente distinta. Siempre había detestado acostarse con su marido y muy pronto había desplazado ese rencor hacia los celos. Anotaba desde 1863 que los celos eran en ella una "enfermedad innata". A lo largo de todo su *Diario*, repite: "Estoy devorada por los celos". Sufría por su situación "relativa" junto a un hombre de personalidad aplastante, y por su vida retirada, aus-

tera, que los múltiples embarazos no bastaban para llenar. Detestaba el campo, los mujiks. Los momentos más felices de su vida conyugal fueron cuando Tolstoi escribió *Guerra y Paz* y *Ana Karenina*; ella copiaba los borradores y se sentía unida a él por esa colaboración. Cuando Tolstoi dejaba de escribir novelas, ella se sentía traicionada. Pero sobre todo no aceptaba la actitud de su marido con respecto al dinero. A partir de 1881, las preocupaciones morales y sociales de Tolstoi pasaron a primer plano en su vida. Hubiera querido distribuir sus tierras a los mujiks y renunciar a sus ganancias literarias. Para no intervenir directamente en la explotación de sus tierras se limitaba a dejar su gestión a Sofía. En 1883 quedó entendido que ella misma editaría las obras de su marido anteriores a 1881 —año del "segundo nacimiento" de Tolstoi— y que cobraría los derechos de autor. En compensación, Tolstoi fundó con su discípulo preferido, Chertkov, una editorial, el Mediador, que difundiría en el pueblo a bajo precio obras de calidad. Estas disposiciones no bastaron para devolver la paz al matrimonio. Ella le reprochaba que sacrificara sus hijos a los mujiks; él detestaba la vida demasiado confortable y mundana que su mujer le hacía llevar. "Entre nosotros se ha empeñado una lucha a muerte", le escribió. En adelante confió sus manuscritos a su hija mayor, Macha. Sofía se ahogaba de cólera. "Me mata sistemáticamente, me aparta de su vida personal, lo cual me hace un daño atroz", anotaba el 20 de noviembre de 1890. Odiaba a los tolstoianos, sobre todo al favorito, Chertkov. La *Sonata a Kreutzer*, en que Tolstoi condenaba el matrimonio y predicaba la castidad, aumentó su rencor. Las escenas se hicieron cada vez más violentas. Para tranquilizar su conciencia, Tolstoi renunció a su fortuna, mobiliaria e inmobiliaria, en beneficio de su mujer y de sus hijos. Sin embargo, decidió ceder sus últimas obras al dominio público; esta cláusula irritó a Sofía al punto de que corrió a la estación para arrojarse bajo un tren; pero no lo hizo. En enero de 1895 Tolstoi concluyó *Amo y servidor*. En lugar de darlo al Mediador y a Sofía para

la colección de sus obras completas, lo prometió a una revista que dirigía una mujer; Sofía sospechó que quería abandonarla por esa "intrigante". Tenía 50 años. Se precipitó a las calles de Moscú, despeinada, en pantuflas, para morirse de frío en la nieve. Tolstoi corrió detrás y la hizo volver. Ella se marchó de nuevo al día siguiente; su hija Macha la trajo de vuelta a la casa. Una vez más huyó; se hizo llevar en coche a la estación de Kursk para arrojarse bajo un tren; su hijo Sergio y Macha la alcanzaron. Tolstoi cedió.

Sin embargo, no tenía intención de abandonarla. Un día —tenía 67 años— un discípulo que guadañaba a su lado le sugirió una separación; en un arrebato de cólera Tolstoi lo amenazó con su guadaña y después se desplomó, sollozando. Cuando Sofía tenía 52 años su idilio platónico con el músico Taneiev exasperó a su marido: "No he dormido en toda la noche, me duele el corazón... No he podido dominar mi orgullo y mi indignación", escribe el 26 de julio de 1896. Había entre ellos escenas sin tregua, recriminaciones, explicaciones, de viva voz, por carta, por teléfono. Ella anota: "Los celos enfermizos que ha manifestado León Nicolaievich al enterarse de la llegada de Taneiev me han hecho mucho mal y me han llenado de espanto". En efecto, él le había escrito cartas muy duras: "Es infinitamente penoso y humillante que un extraño absolutamente inútil y sin ningún interés gobierne ahora nuestra vida. Es horrible, horrible, innoble y vergonzoso. Tu acercamiento a Taneiev me asquea... Si no puedes terminar con ese estado de cosas, separémonos". No se separaron. El día que cumplió 70 años todavía tuvo relaciones sexuales con ella.

Durante algunos años coexistieron más o menos apaciblemente. Pero cuando en 1908, después de diez años de exilio, Chertkov volvió a Rusia, Sofía perdió la cabeza: tiránico, sectario, intrigante, el discípulo tenía sobre el maestro un ascendiente que amenazaba con perjudicar los intereses de la familia; se apoderaba de los manuscritos de Tolstoi, quería conseguir su obra y representarla él solo, a los ojos de la posteridad. Como

le estaba prohibida la residencia en la gobernación de Tula, donde se hallaba la propiedad de Tolstoi, consiguió sin embargo instalarse en una isla lo bastante cerca como para que el maestro fuera a verlo a caballo. Sofía le reprochó violentamente esas visitas. Temía que cediera todos sus derechos de autor a Chertkov. Hubo una gran escena donde exigió la herencia de todas las obras de su marido, anteriores o no a 1881. Ella se oponía también al viaje que él debía hacer a Estocolmo donde se celebraba un congreso mundial por la paz. Tolstoi cedió en el segundo punto pero no en el primero.

En junio de 1910 iba a pasar unos días en casa de Chertkov, cuya interdicción de residencia estaba por caducar, lo cual espantó a Sofía. Envió un telegrama exigiendo que su marido adelantara un día su regreso, a lo cual él se negó. En camisón, despeinada, llorando, se confía a su *Diario*: "¿Qué tengo? ¿Crisis de histeria, ataque de nervios, angina de pecho, comienzo de locura? No sé... Se ha enamoriscado de una manera repugnante, senil, de Chertkov (enamorarse de los hombres es una costumbre de su juventud) y ahora está dispuesto a hacer todos sus caprichos... Estoy locamente celosa de León Tolstoi con respecto a Chertkov. Siento que me ha quitado todo aquello de lo que he vivido durante cuarenta y ocho años... Se me ocurre ir a Stolbora y allí arrojarme debajo del tren". Cuando Tolstoi regresó, durante días sollozó reprochándole su amor por Chertkov. Una mañana la encontraron en cuatro patas detrás de un armario, pasándose alrededor de la boca una ampolla de opio que le arrebataron. Hizo confesar a Tolstoi que había confiado a Chertkov su diario íntimo de los dos últimos años; se precipitó al parque bajo la lluvia y al volver sé negó a quitarse la ropa empapada: "Así tomaré frío y me moriré". Unos días más tarde, Tolstoi, su hija Macha y Chertkov se encerraron en una habitación para hablar. Descalza para no hacer ruido, espió detrás de la puerta del balcón: "¡Otra conjuración contra mí!", exclamó. En efecto, discutían un testamento por el que se desheredaba a la familia en beneficio de los mujiks y del

público. Sofía reclamó ásperamente a Chertkov la restitución del *Diario*. Al día siguiente le pareció insoportable ver a Tolstoi y a Chertkov sentados juntos en un diván: "Estaba trastornada por el despecho y los celos", anotó el 5 de julio de 1910. Por la noche, imaginó relaciones "contranatura" entre el viejo y su discípulo. En la noche del 10 al 11 de julio, después de una nueva escena, exclamó: "Mataré a Chertkov", y se precipitó al parque. Anotó después: "Entonces me fui al jardín y me pasé dos horas tendida en la tierra húmeda, llevando sólo un vestido ligero. Estaba transida, pero no pedía ni pido otra cosa más que morir. Alguien dio la señal de alarma... Son las tres de la mañana, ni él ni yo dormimos. No nos hemos dicho nada..."

15 de julio (le ha pedido a Tolstoi el recibo del *Diario* que irá a depositar al banco): "Tuvo un arrebato de cólera terrible y me dijo: '¡No, por nada en el mundo, por nada en el mundo!', y escapó en seguida. Me dio de nuevo un espantoso ataque de nervios, quería tomar opio, esta vez también me faltó el coraje y engañé innoblemente a L. N. diciéndole que lo había bebido; de inmediato le confesé mi engaño, lloré, sollocé..."

Unos días más tarde escribía: "Tengo ganas de matar a Chertkov, de aplastar su cuerpo pesado para liberar el alma de León Nicolaievich de su influencia deletérea". Al día siguiente decidió abandonar la casa: "Criticada por mi hija, rechazada por mi marido, abandono mi hogar puesto que mi lugar está ocupado por un tal Chertkov, y no volveré más, a menos que él se vaya". Redactó un comunicado para los diarios y se fue a Tula en coche, con un revólver y un frasco de opio en su bolso. Su hijo, a quien encontró en la estación, la trajo de vuelta. Tolstoi escribió a Chertkov que interrumpiera momentáneamente sus visitas, pero amigos comunes le transmitían cartas: "Hay entre tú y Chertkov una correspondencia de amor secreta", gritó Sofía a su marido. Cuantos más años tenía, menos controlaba sus obsesiones. Había perdido todo sentido crítico y se convenció de que existían relaciones "culpables" entre Chertkov y Tolstoi. Le mostró a éste un pasaje de un *Diario* de su juven-

tud en que había escrito: "Nunca he estado enamorado de una mujer. Pero me ha ocurrido con bastante frecuencia enamorarme de un hombre". Exasperado, Tolstoi corrió a encerrarse en su cuarto. Ella repitió las acusaciones de homosexualidad a sus allegados. Enterada de que los dos hombres se encontraban a veces en un pinar, los siguió a escondidas, los hizo espiar por los niños de la aldea. Hurgaba en los papeles de Tolstoi en busca de pruebas de homosexualidad. Un día pensó en hacer las paces con Chertkov. "Pero cuando pienso que volveré a ver su cara y encontraré en el rostro de L. N. la alegría de verle, el sufrimiento se eleva de nuevo en mi alma; tengo ganas de llorar y una protesta clama en mí. El espíritu del mal está en Chertkov".

El 18 de agosto Chertkov fue autorizado definitivamente a residir en la gobernación de Tula: "¡Es mi condena a muerte! Mataré a Chertkov. Lo haré meter preso. ¡O él o yo!". Buscaba en toda la obra de Tolstoi indicios de su homosexualidad. Sin embargo, anotaba el 22 de agosto: "Aniversario de mi nacimiento. Tengo 66 años y siempre la misma energía, la misma ardiente emotividad y, según dice la gente, el mismo aire de juventud".

Estando sola en Yasnaia Poliana entró en el despacho de su marido, descolgó de la pared las fotos de Chertkov y de Macha y puso las suyas en cambio. A su regreso, Tolstoi volvió a poner en su despacho las fotos suprimidas. Sofía escribe el 26 de setiembre: "El hecho de que L. N. lo haya (el retrato de Ch.) puesto de nuevo en su lugar, me ha sumido otra vez en una atroz desesperación... Lo quité, lo rompí en pedacitos y los eché por el servicio. Naturalmente, L. N. se enojó... De nuevo tuve un acceso de desesperación, los celos de Ch. me atacaron con más violencia y una vez más lloré hasta agotarme y dolerme la cabeza. Pensé en el suicidio". Con una pistola de juguete disparó dos tiros que Tolstoi no oyó.

Enterada de que Tolstoi tenía un diario "para mí solo", comprendió que había redactado un testamento que la dejaba

fuera de la sucesión. Escribió a su marido una carta furiosa. Trató de enternecerlo llorando y besándole las manos para que modificara su última voluntad, pero fue en vano. Segura de que cuando salía a caballo era para encontrarse con Chertkov, se apostó el 16 de octubre en un foso, cerca de la casa de éste, para mirarla con largavista. Tolstoi no fue. Ella regresó a Yasnaia Poliana y un criado la descubrió sentada en un banco, tiritando. De nuevo suplicó a Tolstoi que no volviera a ver a ese "asqueroso" de Chertkov. Harto, Tolstoi decidió irse y le dejó una carta donde no ponía su dirección. Ella escribió en su *Diario*:

28 de octubre: "L. N. ha huido de improviso. ¡Horror! Su carta para que no lo busquen, diciendo que abandona para siempre su vida de anciano. En seguida de haber leído una parte, corrí en mi desesperación a arrojarme al estanque vecino..."

Tolstoi se había ido por la mañana en coche con el doctor Makovitsky, después de haber escrito unas líneas a su mujer. Tomaron el tren y se detuvieron en el monasterio de Optina. Pensaba alquilar una isla cerca del monasterio, en Chamordino, cuando su hija Macha, a quien había transmitido su dirección, fue a buscarlo, le contó las escenas de histeria de Sofía y le aconsejó que se fueran más lejos. Volvieron a tomar el tren acompañados por Macha, y ya se sabe el fin: Tolstoi agonizando en casa del jefe de la estación de Astapovo, Sofía prevenida por los periodistas rondando alrededor de la casa sin que se le permitiera entrar. Sobrevivió nueve años a su marido. No se reconcilió con Macha hasta poco antes de su muerte, en 1919.

Estamos, pues, muy lejos de la pareja ideal soñada por Robert Burnes. Aun en las parejas que han vivido felices y unidas, la vejez es con frecuencia un elemento de desequilibrio. En los que estaban desgarrados por conflictos que superaban como podían, la edad exaspera los antagonismos. La fuga de Juliette, su dureza con Blanche, no tienen equivalente ni en su juventud ni en su edad madura. La violencia de Sofía, su delirio

paranoico llegan al paroxismo en los últimos años de su vida conyugal. Esta intensidad se explica en parte porque la frustración experimentada por el anciano provoca en él conductas de reivindicación y de agresividad. No hay duda también de que la brevedad de su futuro lo lleva a multiplicar en el presente sus exigencias: el amor, la confianza, todas las satisfacciones que reclama, tiene que obtenerlas en seguida o nunca. Esa impaciencia no le permite tolerar nada que lo contradiga. No podremos entender enteramente los celos seniles si no hemos examinado en su totalidad la experiencia vivida por el anciano.

VI

TIEMPO, ACTIVIDAD, HISTORIA

Existir, para la realidad humana, es temporalizarse: en el presente apuntamos al futuro con proyectos que exceden nuestro pasado, donde nuestras actividades caen, fijas y cargadas de exigencias inertes. La edad modifica nuestra relación con el tiempo; con el correr de los años nuestro futuro se achica mientras que nuestro pasado aumenta. Se puede definir al viejo como un individuo que tiene una larga vida detrás de sí y delante una esperanza de supervivencia muy limitada. Las consecuencias de esos cambios repercuten unos en otros para engendrar una situación, variable según la historia anterior del individuo, pero cuyas constantes pueden definirse.

Y ante todo, ¿qué es *tener* su vida detrás de sí? Sartre lo ha explicado en *El ser y la nada*: el hombre no posee su pasado como posee una cosa que puede tener en las manos y mirarla bajo todos sus aspectos. Mi pasado es el en sí que soy tanto lo he dejado atrás; para tenerlo es preciso que lo tenga en existencia por medio de un proyecto; si ese proyecto es conocerlo, es preciso que lo presentifique rememorándolo. Hay en el recuerdo una especie de magia a la que se es sensible a cualquier edad. El pasado ha sido vivido a la manera del *para sí* y sin embargo se ha convertido en *en sí*; nos parece alcanzar en él esa imposible síntesis del en sí y el

para sí a la que siempre aspira en vano la existencia.[1] Pero las personas de edad son sobre todo las que lo evocan con complacencia. "Viven más por el recuerdo que por la esperanza", anotaba Aristóteles. En *Mémoires intérieurs* y *Nouveaux memoires intérieurs*, Mauriac se inclina a menudo con nostalgia sobre el muchachito que ha sido y cuyo universo le parece más real que el mundo de hoy. En un *Bloc-notes* reciente, escribía: "El hombre viejo, aunque no vuelva a la infancia, regresa a ella en secreto, se da el gusto de llamar mamá a media voz". Esta predilección por los días pasados es un rasgo que se encuentra en la mayoría de los viejos e incluso por eso mismo se hace sentir con más evidencia la edad que tienen. ¿Cómo se explica? ¿Y en qué medida pueden "recuperar el tiempo perdido"?

"El futuro es el que decide si el pasado es viviente o no", observa Sartre. Un hombre cuyo proyecto es progresar se despega de su pasado; define su antiguo yo como el yo que él ya no es y se desinteresa de él. Por el contrario, el proyecto de ciertos para sí implica el rechazo del tiempo y una estrecha solidaridad con el pasado. La mayoría de los viejos se encuentra en esa situación; rechazan el pasado porque no quieren decaer; definen su antiguo yo como el que siguen siendo: afirman su solidaridad con su juventud. Aunque hayan superado la crisis de identificación y aceptado una nueva imagen de sí mismos —la buena abuela, el jubilado, el viejo escritor— cada uno guarda la íntima convicción de haber permanecido inmutable: evocando recuerdos justifican esa seguridad. A las degradaciones de la senectud oponen una esencia inmutable y se cuentan incansablemente el ser que

1 "De ahí viene que el recuerdo nos presente el ser que éramos con una plenitud de ser que le confiere una suerte de poesía. Ese dolor que teníamos, al fijarse en el pasado, no deja de presentar el sentido de un para sí, y sin embargo existe en sí mismo como la fijeza silenciosa de un dolor de otro, de un dolor de estatua". (Sartre, *El ser y la nada*.)

fueron y que sobrevive en ellos. A veces escogen reconocerse en el personaje que los halaga más: son para siempre aquel excombatiente, aquella mujer adulada, aquella madre admirable. O resucitan la frescura de su adolescencia, de su primera juventud. De preferencia se vuelven como Mauriac hacia el período en que el mundo adoptó para ellos su rostro, en que se definió el hombre que han llegado a ser: la infancia. Toda su vida —a los 30, a los 50 años— han seguido siendo ese niño, en tanto ya no lo eran. En el momento en que lo recobran y se confunden con él tienen también 30 años, o 50, u 80: escapan a la edad.

¿Pero qué pueden recobrar? ¿En qué medida la memoria nos permite recuperar nuestras vidas?

El profesor Delay[2] distingue, a justo título, tres formas. La primera es la memoria sensorio-motriz, en la cual el reconocimiento es actuado y no pensado; comporta un conjunto de montajes y automatismos que obedecen a las leyes del hábito y permanece normalmente intacta en la vejez. La segunda es la memoria autística, regida por la ley del dinamismo inconsciente, que actualiza el pasado en los sueños y los delirios de un modo paralógico y afectivo. El sujeto no es consciente de acordarse, revive en el presente impresiones pasadas. (Añadiré que es posible hasta cierto punto utilizar esta memoria para llegar a un reconocimiento que plantea el pasado como tal: es lo que intenta el psicoanálisis.) La tercera forma es la memoria social, operación mental que, a partir de datos fisiológicos, de imágenes y de un cierto saber, reconstruye y localiza los hechos pasados, utilizando las categorías lógicas. Sólo esta última nos permite contarnos nuestra historia. Para esto se requieren muchas condiciones.

Ante todo es preciso que esa historia haya sido fijada. Es sabido que la memoria exige el olvido; si registráramos todo,

2 *Les dissolutions de la mémoire.*

no dispondríamos de nada. Muchos acontecimientos no han sido retenidos o han sido obliterados por otros. Si tomo mi propio ejemplo —y puedo hacerlo aquí, pues lo que es válido para mí lo es con mayor razón para personas de más edad—, me sucede a menudo cuando hablo con mi hermana o con Sartre que descubro en mi pasado enormes lagunas. Sartre me ha contado por ejemplo la velada en que nos enteramos de la entrada de la URSS en la guerra; por todas partes se oían voces que cantaban la Internacional. Esas horas contaron para mí y no me queda nada de ellas.

Por otra parte es preciso que los circuitos nerviosos que permiten la reviviscencia de las imágenes permanezcan intactos. Ciertas enfermedades —entre otras la demencia senil, la aterosclerosis cerebral— destruyen una gran cantidad. Incluso un hombre que goza de buena salud puede estar afectado por lesiones bastante graves. Berenson se queja: "A los 75 años me suceden fenómenos extraños; tantas de esas cosas que todavía ayer parecían formar parte de mi mobiliario intelectual han desaparecido y se han desvanecido antes de que me diera cuenta... Grandes trozos de memoria se desmoronan y disipan en el olvido. ¿Por qué? ¿Cómo?"

Las imágenes de que disponemos están muy lejos de tener la riqueza de su objeto. La imagen es la mira de un objeto ausente a través de un *analogon* orgánico y afectivo. Hay en ella, según la frase de Sartre, "una especie de pobreza esencial". Alain observa que, sobre la imagen del Panteón, no se puede intentar siquiera contar las columnas. La imagen no obedece forzosamente al principio de identidad; entrega el objeto en su generalidad; se da en un tiempo y un espacio irreales. No puede, pues, resucitar para nosotros el mundo real de donde emana y por eso sobreviven tan a menudo imágenes que no se sabe dónde situar. Cuando escribía mis *Memorias*, me ha sucedido volver a ver con vivacidad escenas que, por falta de coordenadas, me era imposible integrar en mi relato y que renuncié a contar.

"Los recuerdos en la vejez son hormigas cuyo hormiguero ha sido destruido", escribe Mauriac. "La mirada no puede seguir ninguna mucho tiempo." Y Hermann Broch:[3] "Los recuerdos surgen, vuelven a hundirse y muchas veces desaparecen totalmente. ¡Qué temerosos son!... ¡Oh, en qué abismos de olvido descansa la vida; de qué distancia hay que recordar el recuerdo que ya no es recuerdo!"

Con razonamientos, confrontaciones, atando cabos se consigue insertar cierto número de imágenes en construcciones coherentes y fechadas. Pero sólo se llega a hipótesis cuya verificación no siempre es posible. "Se adivina el pasado", decía Henri Poincaré. Las hay exactas. A treinta años de distancia comprobé que el golfo de Porto, en Córcega, tenía el mismo color, el mismo dibujo que en mi memoria; la sorpresa que sentí prueba que estoy habituada a recibir de la realidad severos desmentidos. En efecto, ¡cuántos errores pude tocar con mis propias manos! Y evidentemente sólo representan una pequeña parte de los que he cometido.

La mayor parte del tiempo, las imágenes lógicamente reconstruidas y situadas siguen siéndonos tan exteriores como las de un acontecimiento perteneciente a la historia universal. "No poseemos más que un sentido deformado del pasado, y pocos instantes de ese pasado están unidos a nosotros por un contacto vital", dice justamente Berenson. Adquieren a menudo un carácter de clisés: los evocamos sin modificarlos, sin enriquecerlos, puesto que no podemos descubrir en ellos sino lo que hemos puesto. Con frecuencia amalgamo en un solo recuerdo datos pertenecientes a diferentes épocas: a través de toda mi infancia, los rostros de Louise, de mi padre, de mi abuelo, son inmutables. Aun cuando recuerde una escena singular, está reconstruida a partir de esquemas generales. A los 12 años, Zazá en la sala de estudio del cole-

3 *El tentador.*

gio me agradece un bolso que yo le regalo: tiene la silueta y los rasgos de sus 20 años.

Esos estereotipos se perpetúan en un mundo en movimiento de modo que a pesar de su fijeza adquieren un aspecto curiosamente exótico. Eso no se produciría en una sociedad repetitiva. Si yo llevara el mismo traje tradicional que mi madre, al verla joven vería a una mujer joven de hoy. Pero la moda ha cambiado: con su hermoso vestido negro azabache pertenece a una época terminada. Volver al tiempo de mis 20 años me hace sentir tan extranjera como si me transportara al otro confín del mundo. Miro una fotografía del viejo Trocadero cuya fealdad me gustaba; ¿lo vi realmente con mis propios ojos? Otra de los Champs Élysées en 1929: llevaba yo uno de esos sombreros cloche, un cuello boule, me cruzaba con hombres de gorra o sombrero de fieltro; no me parece que ese decorado haya pertenecido jamás a mi vida. A medida que pasan los años, el momento presente nos parece siempre natural; tenemos la vaga impresión de que, puesto que nos parecía también natural, el pasado era análogo; en realidad, las imágenes que recobramos están envejecidas. También por eso, nuestra vida se nos escapa; era novedad, frescura; esa frescura misma ha caducado.

Es lo que sintió Emmanuel Berl cuando escribió en *Sylvia*: "Mi pasado se me escapa. Tiro de un extremo, tiro del otro y sólo me queda en la mano un tejido podrido que se deshilacha. Todo se convierte en fantasma o mentira.

"Yo mismo apenas me reconozco en esos clisés que mi memoria me propone. Ese personaje que desembarca en el Touquet en un torpedo azul copiado de Morand, con una señora joven copiada de Van Dongen, ¿qué tengo en común con él? Si todos esos fantoches, esos simulacros constituyen mi historia, entonces mi historia no soy yo.

"Las personas muy viejas me conmueven, me decía una amiga, por ese largo pasado que tienen detrás de ellas". Desgraciadamente, no lo tienen. El pasado no es detrás de mí

un tranquilo paisaje por el que me pasearía a gusto y que me descubriría poco a poco sus meandros y sus repliegues. A medida que yo avanzara, se desmoronaría. Los restos que emergen están casi siempre descoloridos, helados, deformes, su sentido se me escapa. De vez en cuando hay alguno que me fascina por su belleza melancólica. No bastan para poblar ese vacío que Chateaubriand ha llamado "el desierto del pasado".

Hay muchas cosas que no tenemos el poder de evocar y que sin embargo somos capaces de reconocer. Pero ese reconocimiento no siempre nos restituye el calor del pasado. Éste nos conmueve porque es pasado. Pero también por eso nos decepciona con tanta frecuencia: lo hemos vivido como un presente rico del futuro hacia el cual se lanzaba; no queda más que un esqueleto. Es lo que hace tan vanas las peregrinaciones. Muchas veces nos es imposible encontrar la huella de nuestros pasos. El espacio se hace cargo de las traiciones del tiempo: los lugares cambian. Pero aun los que en apariencia han permanecido intactos no lo están para mí. Puedo pasearme por ciertas calles de Uzerche, de Marsella, de Ruán. Reconocería sus piedras, pero no encontraré mis proyectos, mis deseos, mis temores: no me encontraré. Y si evoco en esos lugares una escena de otros tiempos, está clavada con alfileres como una mariposa en una caja; los personajes ya no van a ninguna parte. Sus relaciones están afectadas de inercia. Y yo ya no espero más nada.

No sólo el futuro de ese pasado ha dejado de ser un futuro, sino que con frecuencia al realizarse ha desmentido nuestra espera. Más de una vez he vivido los comienzos de una amistad destinada a no terminar nunca; algunas han cumplido esa promesa; otras han terminado en la indiferencia e incluso en la enemistad. ¿Cómo interpretar un entendimiento que una desavenencia ha puesto en el tapete? ¿Era válido en una coyuntura dada, pero estaba predestinada a no sobrevivir a ella? ¿Se basaba en una ilusión? ¿Hubiera podido durar siempre y

se quebró por un malentendido? Ninguna respuesta puede ser definitiva: el sentido de un acontecimiento pasado es siempre revocable. No sólo la materialidad de los hechos se nos escapa, sino que vacilamos sobre el valor que debemos acordarles, y nuestro juicio permanecerá siempre en suspenso.

La muerte de alguien que nos importa constituye una ruptura brutal con nuestro pasado; ahora bien, un anciano es alguien que tiene muchos muertos tras sí. "Mi vida demasiado larga se parece a esas vías romanas bordeadas de monumentos fúnebres", escribe Chateaubriand. La muerte de un allegado, de un amigo, no sólo nos priva de su presencia sino de toda esa parte de nuestra vida que estaba comprometida en ellos. Las gentes de más edad que nosotros se llevan consigo nuestro pasado. Hay sexagenarios que sufren al perder a sus parientes o amigos de la misma generación, porque pierden cierta imagen de sí mismos que detentaba el difunto: con éste queda enterrada una infancia, una adolescencia de la que era el único en guardar cierto recuerdo. Lo que deja inconsolables a los viejos es la pérdida de gentes más jóvenes que asociaban a su futuro, sobre todo si los habían engendrado, criado o formado: la muerte de un hijo, de un nieto, es la ruina súbita de toda una empresa; vuelven absurdamente vanos los esfuerzos, los sacrificios hechos por él, las esperanzas que en él se habían depositado. La desaparición de los amigos de nuestra edad no tiene ese carácter de fracaso punzante, pero anula las relaciones que hemos tenido con ellos. Cuando Zazá murió, yo estaba demasiado vuelta hacia el futuro para llorar por mi pasado; sólo lloré por ella. Pero mucho más tarde, recuerdo mi zozobra a la muerte de Dullin, con quien sin embargo no tenía verdadera intimidad. Todo un pedazo de mi propia vida se desmoronaba: Ferroles, el Atelier, los ensayos de *Las Moscas*, las cenas tan alegres en que contaba sus recuerdos, se desvanecían con él. Más tarde nuestros acuerdos, nuestras disensiones con Camus quedaron aniquilados; aniquilados mis encuentros, mis discusiones con

Merleau-Ponty en los jardines del Luxemburgo, en su casa, en la mía, en Saint-Tropez; y las largas conversaciones con Giacometti, las visitas a su taller. Mientras vivían no hacían falta recuerdos para que en ellos nuestro pasado común permaneciera vivo. Se lo llevaron a la tumba; mi memoria sólo recobra un simulacro helado. En los "monumentos fúnebres" que jalonan mi historia, soy yo la que está enterrada.

¿No sucede, sin embargo, que tomado en su totalidad el pasado sea un objeto de goce? Haber logrado la propia vida, ¿no puede bastar para colmar al individuo declinante? Es lo que uno se imagina cuando es joven. A los 20 años una vida me parecía sólida como una cosa y penetrada sin embargo de conciencia. Si entreveía una distancia entre un hombre y su biografía me escandalizaba: sabiendo quién era, Baudelaire, pensaba yo, no hubiera debido sufrir por la incomprensión de los imbéciles. Mucho más tarde, cuando Sartre empezó a pensar lo que escribió al final de *Las palabras*, sus frases desengañadas me irritaban. Hubiera querido que se alegrara de ser Sartre. ¡Qué error! Para él mismo no *lo* es. Incluso Víctor Hugo, sólo por momentos, según la frase de Cocteau, "se tomaba por Víctor Hugo". La fórmula es feliz: indica que se puede jugar con una imagen de uno mismo pero no confundirse con ella. Un gran malentendido separa a quienes miran desde afuera a un hombre "que ha llegado", en la aparente plenitud de su ser-para-el-otro, y la experiencia vivida que ese hombre tiene en sí mismo. Aragón, en uno de sus últimos poemas, levanta una especie de acta del fracaso de su vida; unos críticos lo acusaron de coquetería: "Usted ha triunfado y lo sabe", cuando en realidad aludía al fracaso de todo éxito. Vigny dijo que una hermosa vida es una idea de juventud realizada en la edad madura. Pero hay una infinita distancia entre el sueño soñado y el sueño realizado. Es lo que tan bien dijo Mallarmé cuando aludió a:

...Ce parfum de tristesse
Que même sans regret et sans déboire laisse
La cueillaison d'un rêve au coeur qui l'a cueilli.[4]

Sartre ha explicado ese desfase en *El ser y la nada*: "El futuro no se deja alcanzar, se desliza al pasado como antiguo futuro... De ahí esa decepción ontológica que espera al para sí en cada desembocar en el futuro. Aunque mi presente sea por su contenido rigurosamente idéntico al futuro hacia el que yo me proyectaba más allá del ser, no es ese presente hacia el que yo me proyectaba pues me proyectaba hacia ese futuro en cuanto futuro, es decir en cuanto punto de reunión de mi ser". Por eso pude escribir sin contradecirme en las *Memorias de una joven formal*: "Ninguna vida, ningún instante de ninguna vida podría cumplir las promesas con que yo enloquecía mi corazón crédulo", y en *La fuerza de las cosas*: "Las promesas han sido cumplidas", concluyendo al mismo tiempo: "He sido estafada". El presente, aunque conforme a mi espera, no podía traerme lo que yo esperaba: la plenitud de ser a la que tiende en vano la existencia. El para sí no *es*. Y nadie puede decir "He tenido una hermosa vida", porque una vida uno no la *tiene*. No pienso en absoluto que la gloria sea "el duelo esplendoroso de la dicha"; en realidad no es nada, sino a los ojos del otro un espejismo fugitivo. La noche en que cumplió 80 años, que le fueron festejados con un brillo extraordinario, Tolstoi se acostó diciendo a su hija: "Me pesa el alma". Andersen, aclamado por su ciudad natal, vertió lágrimas: "¡Qué felices serían mis padres!", decía. Para ellos, su gloria habría sido una realidad; él la hubiera visto en sus ojos.

4 "...Ese perfume de tristeza / Que aún sin pesar y sin desengaño deja / El recoger un sueño en el corazón que lo ha recogido".

Es cierto que un hombre puede volverse con orgullo hacia su pasado, sobre todo si el presente que vive y el futuro que presiente lo decepcionan. Entonces se apoya en sus recuerdos, los convierte en una defensa e incluso en un arma. Esos arranques intermitentes de orgullo no implican un goce pleno de lo que fue.

En realidad el pasado es el que nos tiene. Lo conocemos a través de lo que ha hecho de nosotros. Un hombre descontento de su estado sólo encontrará en él un alimento para su amargura, una razón más para lamentarse del presente. Así Swift en una carta escrita el 5 de abril de 1729, a los 62 años: "Nunca me despierto por la mañana sin encontrar la existencia un poco más desprovista de interés que el día anterior. Pero lo que más me aflige es recordar mi vida de hace veinte años y recaer de pronto en el presente". A los 54 años Flaubert escribe: "El futuro no me ofrece nada de bueno y el pasado me devora. Signo de vejez y de decadencia". Con amargura escribe también tres años más tarde: "A medida que avanzo en edad, el pasado se me mete cada vez más en el tuétano". Como se ha visto, la inseguridad material, la humillación social consecutivas a la ruina de su sobrina le habían dado prematuramente la sensación de ser un hombre acabado. El pasado no era para él un objeto agradable de contemplación sino una obsesión triste: al compararlo con el presente, se sentía en decadencia, y la idea de esa decadencia quedaba confirmada en él por su obsesión del pasado.

El contraste entre el pasado y el presente puede resultar intolerable. Hay pocas historias más patéticas que la que ha contado sobre Brummel su ayuda de cámara. A los 60 años vivía en Francia enfermo, indigente, solitario y con la mente extraviada. Una noche hizo preparar el departamento como para una gran recepción: sillones, mesas de whist, velas (lo cual era un lujo porque habitualmente se iluminaba con candela). Se puso un hermoso traje azul con botones de oro, todo comido por las polillas, guantes de color prímula, y

confió a su criado una lista de invitados que debía anunciar, con intervalos de cinco minutos, a partir de las siete horas. El ayuda de cámara se apostó en el umbral de la puerta, con un candelabro en la mano, y empezó a anunciar los fantasmas de nombres prestigiosos, que Brummel acogía ceremoniosamente. De pronto se desplomó en un sillón llorando. Después se incorporó y ordenó a su criado: "Llama los coches. Te irás a acostar cuando todo el mundo se haya ido". Esta manera de revivir el pasado en el presente se vincula con los fenómenos de ecmnesia de los que ya he hablado. ¿Hasta qué punto estaba Brummel poseído por el pasado que reactualizaba? ¿Conservaba la lucidez y se daba cuenta de que representaba una comedia siniestra? El relato hace suponer que oscilaba entre el hechizo y la mala fe.[5]

La infancia es sobre todo lo que obsesiona al anciano; se sabe desde Freud la importancia —que Montaigne presentía— de los primeros años en la formación del individuo y su universo. Las impresiones recibidas tienen entonces una fuerza que las hace imborrables. El adulto no tiene tiempo de evocarlas porque está ocupado en encontrar un equilibrio práctico, pero resurgen cuando esa tensión se afloja. "El privilegio más dulce que la naturaleza haya concedido al hombre que envejece es el de reconquistar con una facilidad extrema las impresiones de la infancia", escribe Nodier. Tolstoi escribe en su *Diario*, el 10 de marzo de 1906, a los 78 años: "Todo el día una impresión estúpida y triste. Hacia la noche, ese estado de ánimo se transformó en deseo de caricias, de ternura. Hubiera querido, como en mi infancia, apretarme contra un ser amante y compasivo, llorar de dulzura y ser consolado... Volverme pequeñito y acercarme a mi madre, tal como la imagino... Tú, mamá, tómame en tus brazos, mímame... Todo esto es una locura, pero es cierto". Ima-

5 Hay una analogía entre esta anécdota y *Les Chaises*, de Ionesco.

ginaba a su madre, muerta cuando él tenía dos años; pero el comienzo de ese fantaseo descansa en recuerdos.

Loisy dedicó su vida a criticar la Biblia, fue excomulgado por sus teorías modernistas y perdió la fe. A los 83 años, seis semanas antes de morir, presa de intensos dolores y el espíritu extraviado, se puso a entonar cánticos y pasajes de la misa, como en la época en que era un joven seminarista. Se comparaba con Job, cuya historia contaba.[6]

El niño hace un aprendizaje difícil de la vida; es presa de complejos que tiene que superar; experimenta sentimientos de culpa, de vergüenza, de ansiedad. Los malos recuerdos que el sujeto había reprimido en la edad adulta se despiertan en el anciano. Las barreras que había logrado establecer mientras tenía actividades y sufría una presión social se desmoronan en el ocio y el aislamiento de los últimos años. No cabe duda también de que el traumatismo narcisista provocado por la llegada de la vejez debilita las defensas del sujeto; los conflictos de la infancia y la adolescencia despiertan. Toda su vida mi madre estuvo marcada por su infancia, pero al final evocaba aún con mayor frecuencia la preferencia que su padre había manifestado por su hermana menor. Un ejemplo sorprendente es el de Andersen, que sin embargo no era inactivo ni estaba abandonado. Comenzó a ensombrecerse hacia 1854, durante la guerra con Alemania que terminó con la derrota de Dinamarca; tenía 59 años. Luchó contra esa depresión trabajando, viajando.

Muy célebre, rodeado de amigos, empezó no obstante a soñar todas las noches con su antiguo profesor Meisling, que lo había perseguido y humillado cruelmente cuando iba a la escuela; era presa de esa memoria autística que no permite dominar el pasado, sino que lo reactualiza; no se contaba su

---

6 En sus últimos años creía en un Dios oscuramente concebido y Job era un tema al que se refería a veces. Pero estaba lo más lejos posible del catolicismo.

infancia: la revivía de una manera neurótica. Cuando lo nombraron consejero de Estado, soñó que Meisling le daba ese título burlándose de él y que le arrojaba sus libros a la cabeza. En 1867, al llegar a Odense —su ciudad natal— sintió un "miedo extraño e insensato". Recordaba el desdén que le había manifestado el decano de la clase de confirmación, las burlas de los alumnos de latín, los pillos que perseguían a su abuelo por la calle, el delirio y la muerte de su padre. Al día siguiente, en la fiesta dada en su honor, lloraba. En 1869, Copenhague lo homenajeó: fue una apoteosis. Y el crítico Georges Brandes le dedicó un libro importante y entusiasta. Pero su sistema nervioso se alteraba y le hacía la vida cada vez más difícil. Su angustia, que siempre había estado latente, aun en los tiempos felices, se transformaba en cantidades de terrores particulares: tenía miedo del fuego, del agua, de las enfermedades, de todo. En sus pesadillas, Meisling seguía riéndose de él. En sueños tenía también terribles arrebatos de cólera contra antiguos amigos y se despertaba con remordimientos, llorando. Su *Diario* está lleno de relatos de esas pesadillas. En uno de sus últimos sueños, bajo el efecto de la morfina, habló apaciblemente con Meisling del arte y de la belleza. "Por fin nos hicimos amigos", anota con alivio. Su 70° aniversario fue un día feliz. Pero después, gravemente enfermo, somnoliento, sólo deseaba la muerte. "Si he de morir, que suceda rápido; no puedo esperar, no puedo permanecer tendido desmenuzándome como una hoja seca". Murió poco después.

El caso de Andersen no tiene nada de excepcional: todas las neurosis de los viejos tienen su fuente en la infancia o la adolescencia.

Se comprende por qué se vuelven de buen grado hacia la infancia: ésta los posee. Se reconocen en ella, pues, incluso aunque durante un tiempo hayan querido ignorarla, no ha cesado de habitarlos. Pero hay también otra razón: la existencia se funda trascendiéndose. Pero —sobre todo cuando se llega a una edad muy avanzada— la trascendencia tropieza con la

muerte. El viejo trata de fundar su existencia retomando su nacimiento o por lo menos sus primeros años. La alianza infancia–vejez que hemos observado en el plano sociológico es interiorizada por el individuo. En el momento de salir de la vida, el viejo se reconoce en el niño que salía del limbo.

Se comprende también por qué la pobreza de las imágenes que son capaces de evocar no desalienta a las personas de edad. No tratan de hacerse de sus primeros años un relato detallado y coherente, sino de hundirse en ellos. Rumian algunos temas que tienen para ellos un gran valor afectivo; lejos de cansarse de ese machacar, vuelven a él. Se evaden así del presente, sueñan con antiguas felicidades, conjuran antiguas desdichas. Una mujer de 86 años me decía que por las noches, en cuanto se acostaba, se contaba indefinidamente escenas de su primera infancia y que sentía un júbilo inagotable.

El hombre de edad interioriza su pasado bajo la forma de imágenes, de fantasmas, de actitudes afectivas. De ello depende también de otra manera: el pasado es el que define mi actitud actual; es el dato a partir del cual me proyecto y que debo superar para existir. Eso es cierto a cualquier edad. Tengo del pasado los mecanismos que se han montado en mi cuerpo, los instrumentos culturales de que me sirvo, mi saber y mis ignorancias, mis relaciones con los demás, mis ocupaciones, mis obligaciones. Todo lo que he hecho me ha sido retomado por él y se ha cosificado bajo la forma de lo práctico-inerte. Sartre llama práctico-inerte al conjunto de las cosas marcadas por el sello de la acción humana y de los hombres definidos por su relación con esas cosas; para mí, lo práctico-inerte es el conjunto de los libros que he escrito que constituyen ahora, fuera de mí, mi obra y me definen como su autora: "Soy lo que he hecho y que se me escapa constituyéndome en seguida como otro".[7] Todo hombre, con su

[7] Sartre, *Crítica de la razón dialéctica.*

praxis, realiza su objetivación en el mundo y en ella se aliena. Se crea intereses. El interés es "el ser entero fuera de mí como una cosa en cuanto condiciona la praxis como imperativo categórico".[8] El interés del propietario es su propiedad y con frecuencia le atribuye más precio que a su vida misma.

Cuanto más avanzamos en edad, más pesa sobre nosotros lo práctico-inerte. Es lo que Gorz ha mostrado tan bien en su libro *El envejecimiento*. Define la juventud como "una inercia menor para moverse". Llegar a ser un hombre maduro es llegar a ser otro para los otros, un individuo definido por su oficio. El futuro que se había elegido libremente se le aparece en adelante como la necesidad que le espera; ve en su pasado una alienación. Su vida, es "una vida que se arrastra fuera, en las cosas, como mi ser de afuera y para mí mismo perdido". Los proyectos se han petrificado. Esta descripción se adecua a la vejez; ésta está aun más cargada que la madurez. Toda una larga vida se ha fijado entonces detrás de nosotros y nos retiene cautivos. Los imperativos se han multiplicado y su reverso está constituido por imposibilidades: el propietario *debe* conservar su propiedad; no *puede* desprenderse de ella. Para comprender en qué medida el viejo, frente a su porvenir, se encuentra atado, hay que considerar ahora cómo se le presenta ese porvenir. Veremos que se le aparece doblemente terminado: por ser breve y por ser cerrado. Y tanto más cerrado cuanto más breve; tanto más breve cuanto más cerrado.

A partir de cierto umbral, variable según los individuos, el hombre de edad cobra conciencia de su destino biológico: el número de años que le quedan por vivir es limitado. Si a los 65 un años le pareciera tan largo como en su infancia, el

8 Íd.

lapso con el que puede contar razonablemente excedería aun su imaginación, pero no es así. Ese plazo le parece trágicamente corto porque el tiempo no corre de la misma manera en los diversos momentos de nuestra existencia: se precipita a medida que uno envejece.

Para el niño, las horas son largas. El tiempo en que se mueve le es impuesto, es el de los adultos; no sabe ni medirlo ni preverlo, está perdido en el seno de un devenir sin comienzo ni fin. He dominado el tiempo cuando lo he animado con mis proyectos, recortado según mis programas: mis semanas se han organizado alrededor de las tardes en que iba al colegio; entonces cada día tenía un pasado, un porvenir. Mis recuerdos fechados y coherentes se remontan a esa época. Por otra parte, los momentos se arrastran cuando los vivimos con tensión o lasitud. Ahora bien, el niño, a causa de su debilidad, de su emotividad, de la fragilidad de su sistema nervioso, se fatiga rápido. Sesenta minutos de lectura es un esfuerzo más sostenido a los 5 años que a los 10, a los 10 que a los 20. Las distancias son largas de recorrer, la atención difícil de fijar: los días no se dejan atravesar sin esfuerzo. Y sobre todo, el mundo es entonces tan nuevo, las impresiones que produce en nosotros tan frescas y tan vivas que, evaluando la duración por la riqueza de su contenido, nos parece mucho más extendida que en las épocas en que la costumbre nos empobrece. Schopenhauer lo observó: "Durante la infancia, la novedad de las cosas y de los acontecimientos hace que todo se imprima en nuestra conciencia; por eso los días son tan largos que se pierden de vista. Nos ocurre lo mismo y por la misma causa durante un viaje en que un mes nos parece más largo que cuatro en casa".[9]

---

9 Sobre esta dilatación de la duración en los viajes, el etnólogo Georges Condaminas escribe en *L'exotique est quotidien*: "Hay que decir que una jornada de viaje traspuesta en el recuerdo ocupa un 'espacio' mucho más vasto que los días pasados en casa. Sobre todo si entramos en un país

"Recuerdo un cuarto de hora de recreo en la escuela comunal", escribe Ionesco. "¡Un cuarto de hora! Era largo, estaba lleno; había tiempo para que a uno se le ocurriera un juego, jugarlo, terminarlo; empezar otro... Pero el año próximo no era más que una palabra; y aunque yo creyera que vendría, ese año próximo me parecería tan lejos que no valía la pena pensarlo; pasaría una eternidad hasta que volviera, y por lo tanto era como si no fuese a volver".[10]

Al salir de la infancia el espacio se estrecha, los objetos se achican, el cuerpo se fortifica, la atención se afirma, uno se familiariza con los relojes y los calendarios, la memoria cobra amplitud y precisión. Sin embargo, las estaciones siguen girando con una maravillosa o terrible lentitud. A los 15 años, al hojear mis nuevos libros de clase, la travesía del año escolar me parecía una expedición larga y apasionante. Más tarde, el comienzo de las clases me sumía en la angustia: me decía que nunca llegaría al final de los diez meses que debía pasar en nuestro triste departamento.

Pero en cuanto me arrancaba a ese desaliento, la inmensidad de ese porvenir desplegado a mis pies me exaltaba: cuarenta, sesenta años por vivir era la eternidad, si un año me parecía tan vasto.

Hay más de una razón de este cambio que, de la juventud a la vejez, sufre la evaluación del tiempo. Ante todo, hay que observar que uno siempre tiene su vida entera detrás de sí, reducida, a cualquier edad, del mismo formato; en perspectiva, veinte años son iguales a sesenta, lo que da a

---

que nos es totalmente desconocido... Las horas pasadas en embeberse, en impregnarse sin descanso de ese mundo nuevo exceden la fragmentación natural y mensurable del tiempo. Los hechos han impresionado con tanta fuerza la memoria, que ésta los restituye un poco de la misma manera, que un film pasado al *ralentí*. El tiempo de restitución es un agrandamiento del tiempo real".

10 *Journal en miettes.*

las unidades una dimensión variable. Si el año es igual a un quinto de nuestra edad, nos parece diez veces más largo que si sólo representa su quincuagésima parte. Evidentemente no se trata de un cálculo explícito sino de una impresión espontánea. Y además la memoria de los jóvenes les entrega el año transcurrido con un lujo de detalles que se despliegan en un vasto espacio; entonces prestan al año siguiente la misma dimensión. Por el contrario, cuando tenemos edad pocas cosas nos sorprenden; los momentos aportan escasa novedad; no nos demoramos en ellos. Para mí, 1968 se resume en algunas fechas, algunos esquemas, algunos hechos. Atribuyo a 1969 la misma pobreza. Apenas he vuelto a París en octubre, y ya estoy en julio.

Otro factor más interviene: sé que dentro de doce meses seré, en el mejor de los casos, la misma que hoy, mientras que a los 20 años, "ser uno, es ir a uno", según la frase de Sartre. Uno es espera del mundo y de sí mismo. Cada año nos arrebata en un torbellino de novedades, embriagadoras o atroces, de las que salimos transformados. Presentimos en el futuro próximo una conmoción semejante. Ni con proyectos ni con el recuerdo se podría entonces contener el tiempo porque nos arranca a nosotros mismos. No existe nadie capaz de realizar su unidad si en el comienzo el *Yo* es distinto del que va a devenir. Una incalculable distancia separa a esos dos extraños; por lo menos, ellos lo imaginan así.

Si los recuerdos afectivos que despiertan la infancia son tan preciosos es porque, por un breve instante, nos devuelven a la posesión de un porvenir sin límites. Un gallo canta en una aldea cuyos techos de pizarra percibo, camino por un prado húmedo de helada blanca, de pronto es Meyrignac y siento un golpe en el corazón: ese día que nace se despliega, inmenso, hasta un lejano crepúsculo; mañana es una palabra vacía; tengo la eternidad por delante.

Y resulta que no; me reencuentro en mi tiempo en que los años pasan tan rápido. Puedo decir como mías las pala-

bras de Ionesco: "Estoy en la edad (...) en que una hora no vale más que algunos minutos, en que no se pueden siquiera registrar los cuartos de hora".

Para tratar de recobrar el espesor de la duración infantil, el mejor medio, piensa él también, es viajar: "Desde entonces intento, todos los días, unirme a algo estable, intento desesperadamente recobrar un presente, instalarlo, ampliarlo. Viajo para recobrar un mundo intacto en el que el tiempo no haga mella. En efecto, dos días de viaje, el conocimiento de una ciudad nueva retardan la precipitación de los acontecimientos. Dos días en un país nuevo equivalen a treinta de los que se viven en un lugar habitual, achicados por el desgaste, deteriorados por el hábito. El hábito pule el tiempo, uno se desliza por él como por un piso demasiado encerado. Un mundo nuevo, un mundo siempre nuevo, un mundo de siempre, joven para siempre, eso es el paraíso. La velocidad no sólo es infernal, es el infierno mismo, es la aceleración de la caída. Hubo el presente, hubo el tiempo, ya no hay ni presente ni tiempo, la progresión geométrica de la caída nos ha lanzado a la nada".[11]

La paradoja es que esa velocidad infernal no siempre protege al anciano del tedio; por el contrario. A toda edad hemos hecho la experiencia: los días de viaje tan largos de evocar han pasado como el rayo porque estábamos incesantemente en vilo; semanas que retrospectivamente parecen breves porque lo hemos olvidado todo se han arrastrado, hora tras hora, interminablemente.

Día a día, la manera en que experimentamos la fuga del tiempo depende de su contenido. Pero si la prevé en el futuro, en su forma pura, el hombre de edad la encuentra vertiginosamente rápida.

La diferencia radical entre la óptica del viejo y la del niño o el adolescente es que el primero ha descubierto su

---

11 *Journal en miettes.*

finitud, mientras que al comienzo de su vida la ignoraba; entonces veía por delante posibilidades tan múltiples y tan vagas que le parecían ilimitadas; el futuro en que las proyectaba se dilataba al infinito para acogerlas. Los jóvenes de hoy se dan cuenta muy pronto de que la sociedad ha prefabricado su futuro; pero muchos sueñan con escapar al sistema, o incluso destruirlo, lo que deja abierto a su imaginación un amplio campo. Desde el día —que se sitúa más o menos temprano según la clase a la que pertenece— en que se ve obligado a reproducir su vida, el individuo, encerrado en un oficio, ve achicarse su universo, enrarecerse sus proyectos. Sin embargo, el adulto dispone de años bastante numerosos para decidir, actuar, emprender, para dar por sentados cambios en el mundo o en su historia personal; sus esperanzas pueblan un porvenir cuyo término aún no se representa. El viejo, en cambio, sabe que su vida está hecha y que no la rehará. El porvenir ya no está hinchado de promesas, se contrae a la medida del ser finito que ha de vivirlo. En efecto, la realidad humana está afectada por una doble finitud; la una es contingente y se reduce a la facticidad: la existencia tiene un término que le viene de afuera. La otra es una estructura ontológica del para sí. En la postrera edad, la una y la otra se revelan juntas, y la una por la otra. Si yo, con una esperanza de vida restringida, tuviera la posibilidad física y moral de mis 20 años, mi fin, entrevisto a través de abundantes proyectos, me parecería lejano. Si me dieran cien años de supervivencia y de salud podría lanzarme a empresas nuevas, partir a la conquista de terrenos desconocidos. No me sentiría encerrada sin recursos en mi singularidad. Por lo demás, me equivocaría: la prolongación de mis días no me arrancaría a mi finitud. Ni siquiera la inmortalidad la quebraría. "La realidad humana seguiría siendo finita aunque fuera inmortal", ha escrito Sartre, "porque se hace finita al elegirse humana... El acto mismo de libertad es creador y asunción de mi finitud. Si me hago,

me hago finito y por ese hecho mi vida es única".[12] Como el comienzo de mi historia permanecería para siempre inmodificado, lo que tengo que superar para siempre es cierto pasado; nada podrá hacerme salir de mi pellejo. Esa doble certeza se impone al hombre de edad: sus años están contados y no se evadiría de sí mismo.

Así, de la madurez a la edad postrera, el porvenir se transforma cualitativamente. A los 65 años no se tienen solamente 20 años más que a los 45. Se ha cambiado un porvenir indefinido —que uno tendía a considerar como infinito— por un porvenir finito. Antes no descubríamos en el horizonte ningún límite; ahora lo vemos. "Cuando soñaba antes", escribe Chateaubriand volviendo a su lejano pasado,[13] "mi juventud estaba delante de mí; yo podía caminar hacia esa cosa desconocida que buscaba. Ahora ya no puedo dar un paso sin tocar el mojón".

Un porvenir limitado, un pasado fijo: tal es la situación que han de enfrentar las personas de edad. En muchos casos, paraliza su actividad. Todos sus proyectos han sido o realizados o abandonados, su vida se ha cerrado sobre sí misma; nada los reclama: no tienen más nada que hacer. Es lo que le sucedió a Michel Leiris después del éxito de *Biffures*: "Me parecía que mi vida había alcanzado una especie de horrible punto culminante. El fin de esa vida tal como se me aparecía, se asemejaba un poco a lo que fueron los últimos días de mi estancia en Florencia. Así como en la capital toscana visitada por nosotros de arriba abajo nos quedaban algunas fruslerías que ir a ver, durante el tiempo que aún tenía que vivir me quedaban algunas fruslerías por hacer", escribe en

12 *El ser y la nada.*

13 Carta a Mme. Récamier.

Fibrilles. En ese mismo libro explica por qué su porvenir se había despoblado así: "Cuando la desaparición por la muerte o por la senilidad ya no es prevista como un destino sino esperada como un mal que se dispone a atacar, sucede —y es mi caso— que se pierden hasta las ganas mismas de emprender algo: uno evalúa el poco tiempo de que dispone, tiempo estrangulado, sin relación con el de las épocas en que estaba excluido pensar que una empresa podía carecer del plazo necesario para desarrollarse libremente, y eso corta todo impulso. Asimismo, aunque se tenga como yo una larga costumbre, es duro saber cada día que la noche —en adelante obstruida por la fatiga y el sueño— no será ese período infinitamente abierto durante el cual un hombre al que nada ha debilitado puede amar y prodigarse sin cálculo. Soy más lúcido, más vulnerable que otro o más avaramente ocupado de mi propia persona, pero me parece que aquel cuya existencia ha pasado así de lo ilimitado a lo limitado vive en una especie de asfixia... Recursos últimos, el arte y la poesía se ofrecen como un medio para aflojar el abrazo. ¿Pero no da lástima rebajarlos al punto de tratarlos como medio de remplazo, que permita paliar la desoladora penuria de la vejez?"

En realidad, el proyecto de escribir tenía en este caso raíces tan profundas que resistió a esa crisis; su angustia misma proporcionó a Leiris nuevos temas y escribió *Fibrilles*. Pero ocurre que, por razones de salud o a causa de dificultades exteriores, el desaliento del anciano es definitivo: o no ve más nada que hacer, o renuncia a empresas porque cree que no tendrá tiempo de terminarlas.

Sin embargo, hay casos en que los imperativos categóricos que emanan del pasado conservan toda su fuerza: ese trabajo debe ser ejecutado, esa obra concluida, esos intereses protegidos. Entonces, con un encarnizamiento ansioso, el hombre de edad empeña una lucha contra el reloj que no le da tregua: "Mi experiencia más dolorosa, al acercarse la vejez, fue la de haber perdido todo sentido del ocio", escribe

Berenson a los 80 años. Más doloroso aún es ser incapaz de alcanzar los fines que continúan solicitando al sujeto: ya hemos visto cómo Papini se lamentaba de no poder terminar el libro de su vida, *El juicio final*.

Nuestros proyectos pueden apuntar a fines que se sitúan más allá de nuestra muerte; es sabido la importancia que la mayoría de las personas da a sus disposiciones testamentarias, a la ejecución de su última voluntad. En las sociedades repetitivas, en aquellas en que la historia progresa lentamente, un hombre no dispone sólo de su porvenir individual, sino del porvenir del mundo donde da por sentado que permanecerá el producto de su trabajo. Un octogenario puede complacerse en construir y aun en plantar. Cuando la mayoría de las empresas —agrícolas, artesanales, comerciales, financieras— tenía un carácter familiar y se situaba en una sociedad económicamente estable, el padre podía esperar que los hijos prosiguieran su tarea y la confiaran a su vez a sus hijos. Así evitaba "tocar el límite": la propiedad, la firma en las que se había objetivado subsistirían indefinidamente. Se sobreviviría, su esfuerzo no había sido inútil.

Hoy el hombre de edad ya no puede contar con esa especie de eternidad; el movimiento de la historia se ha acelerado. Destruirá mañana lo que se ha construido ayer. Los árboles que plante el viejo serán cortados. En casi todas partes la célula familiar ha estallado. Las pequeñas empresas son absorbidas por los monopolios o se dislocan. El hijo no recomenzará al padre y éste lo sabe. Desaparecido él, la propiedad quedará abandonada, el comercio será vendido, el negocio liquidado. Las cosas que ha realizado y que constituían el sentido de su vida están tan amenazadas como él. Si ama a sus hijos con generosidad, si aprueba el camino que han elegido, puede pensar con satisfacción que se prolonga en ellos. Pero dado el foso que de ordinario separa a las generaciones, el caso es bastante raro. Las más de las veces el padre no se reconoce en su hijo. La nada lo aferra por entero.

Muy lejos de ofrecer al anciano un recurso contra su destino biológico asegurándole un porvenir póstumo, la sociedad de hoy lo relega, en vida, a un pasado superado. La aceleración de la historia ha trastornado profundamente la relación del hombre de edad con sus actividades. En otro tiempo se imaginaba que con el curso de los años en él se acumulaba un tesoro: la experiencia. Así como los cristales se depositan en las ramas confiadas a las fuentes petrificantes, cierto don de mundo, cierto arte de vivir que no se enseñan en los libros, se iban depositando poco a poco, así se creía, en el cuerpo y el espíritu del hombre. La filosofía propone una justificación racional de esta idea: cada momento pasado quedaría envuelto en el momento presente que prepararía con fuerza de necesidad un futuro aún más logrado, pues los fracasos mismos serían recuperados. Última etapa de un progreso constante, la vejez sería el punto de perfección más alto de la existencia. Pero en realidad ésta no se desarrolla así. Su línea es constantemente quebrada por la caída de nuestros proyectos en realidad práctico-inerte. A cada instante se totaliza, pero la totalización nunca queda concluida: "La acción humana constituye a la vez el todo y el desgarramiento del todo".[14] Por eso nuestra marcha no es un progreso seguro sino más bien ese movimiento titubeante de que habla Montaigne. Sainte-Beuve observaba: "Uno se endurece en unas partes, se pudre en otras, no madura nunca". La vejez no es la suma de nuestra vida. Con un mismo movimiento, el tiempo nos da y nos roba el mundo. Aprendemos y olvidamos, nos enriquecemos y nos degradamos.

Mauriac octogenario escribe: "Ni disminuido, ni caduco, ni enriquecido: igual, así es como se ve el hombre viejo. Que no le hablen de las adquisiciones de la vida: lo poco que hemos retenido de lo que afluyó en nosotros durante tantos

14 Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*.

años, es de no creer. Los hechos se han borroneado u olvidado. ¿Pero qué decir de las ideas? Cincuenta años de lecturas: ¿qué queda?"

La noción de experiencia es valedera en la medida en que remite a un aprendizaje activo. Ciertas artes, ciertos oficios son tan difíciles que hace falta una vida entera para dominarlos. Hemos visto que el trabajador manual consigue paliar sus deficiencias físicas gracias a una experiencia que le permite organizar el campo de sus actividades. Intelectualmente, Herriot decía que "la cultura es lo que queda cuando se ha olvidado todo", y en efecto, algo queda: una aptitud para volver a aprender lo que se ha sabido, métodos de trabajo, resistencias al error, protecciones. En varios sectores —filosofía, ideología, política— el hombre de edad es capaz de visiones sintéticas vedadas a los jóvenes. Es preciso haber observado, en sus semejanzas y sus diferencias, una vasta multiplicidad de hechos para saber apreciar la importancia o la insignificancia de un caso particular, reducir la excepción a la regla o asignarle su lugar, subordinar el detalle al conjunto, dejar de lado la anécdota para desprender la idea. Hay una experiencia que sólo pertenece a los viejos: la de la vejez misma. Los jóvenes sólo tienen de ella nociones vagas y falsas. Hay que haber vivido mucho tiempo para hacerse una idea justa de la condición humana, para tener una visión general de la manera en que pasan las cosas; sólo entonces se es capaz de "prever el presente", que es la tarea del hombre político. Por eso en el curso de la historia se han confiado a menudo altas responsabilidades a hombres de edad.

Sin embargo, sólo en las sociedades repetitivas o por lo menos estables la edad puede conferir una calificación. En el seno de un mundo inmóvil, el hombre de edad, si se ha empeñado en progresar, se encuentra más adelante que los que han comenzado detrás de él. No ocurre lo mismo en el mundo móvil de hoy. El devenir individual se inscribe en un devenir social con el cual no coincide: ese desfase se

produce en detrimento del hombre viejo, que se encuentra necesariamente en retraso con respecto a su tiempo. Para seguir adelante necesita arrancarse sin cesar a un pasado que lo aprisiona cada vez más estrechamente; su marcha es lenta. Sin embargo, la humanidad no es monolítica; frente al pasado que pesa en las generaciones ancianas, las nuevas son libres, toman la antorcha hasta el momento en que, aplastados por el peso de lo práctico-inerte, sean a su vez superados por los jóvenes. El individuo no está en condiciones de seguir esta carrera en que el proyecto resucita indefinidamente en su frescura. Se queda atrás. En el seno del cambio sigue siendo el mismo: está condenado a caducar.

En la esfera del conocimiento se retrasa necesariamente. Lo veo bien en mí misma: he aprendido mucho desde los veinte años, pero de año en año me vuelvo relativamente más ignorante porque los descubrimientos se multiplican, las ciencias se enriquecen y a pesar de mis esfuerzos para mantenerme al tanto, por lo menos en ciertos sectores, el número de cosas que permanecen desconocidas para mí se multiplica.

Para comprender con más claridad este proceso de descalificación hay que abandonar las generalidades y considerar en su singularidad diferentes actividades. Pero señalemos primero que el viejo se queda a la cola en la medida en que quiere intervenir en la evolución de la sociedad; como consumidor, se beneficia del progreso técnico sin ser incomodado y hasta lo acoge con diligencia. Tolstoi, en principio, detestaba la novedad; sin embargo el gramófono y el cine le maravillaban; pensó en escribir guiones. Asistió a carreras de automóviles y deseaba ver aviones. Andersen, a los 65 años, estaba encantado con la rapidez de las comunicaciones: se cruzaba Suecia en 24 horas, cuando antes hacía falta una semana: "Nosotros, los viejos, sufrimos las molestias naturales de un período de transición, a caballo entre dos generaciones; pero es muy interesante". Wells, a los 70 años, se apasionaba por todos los inventos modernos, y en particular por el

cine. En la comuna de Plodemet, estudiada por Morin,[15] hay viejos inválidos, enfermos, disminuidos, abandonados que se consideran apenas capaces de cuidar la casa como un perro. Otros, aunque sanos, rechazan el agua corriente, el gas, la electricidad. "¿Para qué? No es de nuestra edad", dice uno de ellos. Pero en su mayoría están deslumbrados por el mundo moderno: "Lo habremos visto todo, de la bicicleta a la luna", dice un carpintero de 80 años. Recuerdan su asombro ante los primeros autos, los primeros aviones; la calefacción a mazut, la televisión les encantan. El pasado, a sus ojos, es un período de barbarie: "Hace cien años aquí, ¡ah!, era un verdadero pueblo de salvajes. Ahora somos civilizados, todos saben por lo menos leer y escribir. Antes era la miseria, ahora se está bien". Admiran que los jóvenes usen máquinas y radares para pescar. Están subjetivamente orgullosos de que el mundo haya progresado objetivamente. En la medida en que sus intereses, su pasado, sus actividades no son puestos en tela de juicio, ningún antagonismo los separa del conjunto de la humanidad, se reconocen gozosamente en ella. Su evolución es un hermoso espectáculo que contemplan a distancia sin sentirse impugnados.

Hay en Plodemet un contraste notorio entre la actitud de los ancianos inactivos y la de los hombres de 50 a 60 años que trabajan. Éstos están en conflicto con la época porque compromete sus intereses económicos e ideológicos. Se oponen a la modernización de la agricultura porque les exigiría un aprendizaje ante el cual rezongan; están apegados a las rutinas que han hecho sus vidas; no quieren renunciar a los beneficios de su experiencia y encontrarse en situación de inferioridad frente a los jóvenes, más aptos que ellos para manejar las nuevas máquinas. Muchos se obstinan en su rechazo; entonces los hijos van a trabajar a la ciudad y los padres

15 *Commune en France.*

se sienten traicionados: "¡Cuántos viejos padres son abandonados por sus hijos!", dice un agricultor de 55 años. "¡Haber fundado toda su vida en poner algo en pie, y después nadie que retome la antorcha!"[16]

En un número de *France-Soir* de octubre de 1968 leí la siguiente noticia: "Hubo una explosión en el patio: mi suegro acababa de matar a Wolf, nuestro perro pastor. Jean, mi marido, abrió la puerta. Su padre apareció. Tenía una granada en la mano. Jean se abalanzó sobre él, lucharon. La granada cayó al suelo, estalló", cuenta Dominique. Albert Rouzet, 65 años, agricultor en Chinay (Côte-d'Or), neurasténico, había decidido el día anterior suprimir a toda su familia, empezando por su hijo Jean, de 25 años, al que le reprochaba que administrara la granja según métodos modernos. "En mis tiempos, uno se levantaba al alba para preparar el trabajo del día y no necesitaba gastar todo el dinero en máquinas para trabajar la tierra", decía. El padre y el hijo murieron en la explosión.

Sin embargo, en el caso de los agricultores la sociedad permite una elección entre la fidelidad al pasado y la apertura al progreso; pero no ocurre lo mismo con el viejo artesano, el pequeño comerciante, condenados sin apelación por el desarrollo de la industria y el comercio. A fines del siglo XIX la aparición de las grandes tiendas arruinó a una cantidad de pequeños comerciantes. Es la historia que Zola cuenta en *Au Bonheur des Dames*. Describe la resistencia y la desesperación de la vieja generación ante el porvenir que la desposee. Baudu —cara amarilla, pelo blanco, patriarca autoritario— es propietario de la tienda *Au Vieil Elbeuf*, centenaria, de techo bajo, escaparates profundos, negros y polvorientos, situada enfrente de los esplendores de la gran tienda: en un escaparate resplandeciente, la sección paños parece burlarse de él.

16 Me he referido a este conflicto en el capítulo sobre "La cuestión social".

Cuando su sobrina, recién llegada a París, lo ve, él está en el umbral de su puerta, los ojos inyectados en sangre, la boca contraída, contemplando con furor las mercaderías expuestas en *Au Bonheur des Dames*. A la tienda a la antigua —mostradores de roble pulidos por el uso, casilleros de fuertes herrajes, fardos oscuros de mercaderías hasta las vigas— no van ya casi clientes. La cólera, el odio devoran a Baudu. "¡Ah, Dios mío! ¡Ah, Dios mío!", gime, mirando la tienda donde su sobrina ha aceptado trabajar. Se indigna y profetiza la ruina de la empresa; una tienda de novedades no debe vender cualquier cosa: es un "bazar". "¡Dependientes vendiendo pieles, es tan cómico!" No puede aceptar la ruina de todas las tradiciones en que ha vivido. Se corroe. Antes, su vieja casa era la mejor surtida del barrio, él se sentía orgulloso. Y ahora, como todas las tiendas vecinas, se muere: "Era la muerte lenta, sin sobresaltos, una disminución continua de los negocios, clientes perdidas una por una". *Le Bonheur des Dames* prospera, Baudu se ve obligado a reconocerlo: "¡Les va bien, peor para ellos! Yo protesto, eso es todo". Para hacer frente a los pagarés vende su casa de campo. Arruinado, se pierde en agravios contra los nuevos tiempos: todo se resquebraja, la familia ya no existe. Al mismo tiempo, se siente humillado, vencido: "La conciencia de su derrota le quitaba su vieja seguridad de patriarca respetado". Al final, le ofrecen un empleo en *Le Bonheur des Dames*, pero lo rechaza y se encierra en su desesperación. Aquí se ve la relación que se establece entre el tiempo biológico y el tiempo social. De haber sido más joven habría deseado reconvertirse y hubiera podido. Pero la brevedad de su futuro y el peso del pasado le tapan todas las salidas. La realidad en la cual se había objetivado era su comercio; arruinado éste, ya no es nada: un muerto a plazo fijo. Hasta el final, ciego al resto del mundo, se obstinará rabiosamente en mantener con sus negativas y sus recuerdos el que fue. Dramas análogos se producen hoy cuando en ciudades de provincia se instalan grandes tiendas

que arruinan a los pequeños comerciantes. En los países capitalistas la concentración multiplica ese fenómeno.

La marcha del tiempo no descalifica muchas actividades como tales, pero afecta al individuo que se entrega a ellas. Como se ha visto, en cierto momento obreros, empleados, cuadros, funcionarios se jubilan. La sociedad acoge de manera ambigua el envejecimiento de los médicos, los abogados, todos los que ejercen profesiones liberales. Esto es particularmente notable en lo que concierne a los médicos. Durante un tiempo, la edad los valoriza; se considera que aportan experiencia; se prefiere al hombre que tiene una larga carrera a sus espaldas antes que a un novicio. Después, la imagen se invierte. Se piensa que el viejo doctor está gastado, biológicamente caduco, y que por lo tanto ha perdido mucho de su capacidad. Y sobre todo, parece en retraso; se supone que no está al tanto de los descubrimientos recientes. Las gentes se apartan de él, el consultorio se vacía. En casi todos los terrenos, aunque no tenga que jubilarse y todavía esté adaptado a sus tareas, el viejo está condenado a la inactividad como consecuencia de un prejuicio desfavorable.

En las carreras que exigen grandes aptitudes físicas, la involución biológica es determinante. Joven todavía, el deportista comprueba que se le impide competir. Por lo general se reconvierte dentro de su rama: el campeón de esquí se convierte en entrenador de un equipo, el boxeador profesional en manager; a veces pasa a una rama totalmente distinta: Carpentier ha abierto un bar, Killy vende coches de sport, Marielle Goitschel filma una película. Hay en sus vidas una fractura que habían previsto, lo cual no impide que para muchos de ellos sea difícil volver a ubicarse y se resienten. Se produce una ruptura análoga en la existencia de los bailarines, los cantantes: aquéllos pierden su agilidad, la voz de éstos se altera. Muchos se dedican a enseñar el arte que no practican más; así siguen en el mundo que fue suyo y aunque sufren una frustración, conservan una trascendencia

gracias a los progresos de sus alumnos. Otros, por necesidad o elección, se retiran del todo. Los actores tienen que contar con los cambios del rostro y de la voz. Algunos optan por negarlos: vi a De Max, a los 80 años, en el papel de Nerón joven. Si se trata de "monstruos sagrados", el público admira ese empecinamiento: aplaudía a Sarah Bernhardt octogenaria representando *Athalie* con una pierna ortopédica. Las más de las veces el actor cambia de papel; pero los de personas de edad no son numerosos en el teatro, más raros aún en el cine. En el teatro, si el texto es importante, la memoria puede fallar. También en ese caso se trata de operar una reconversión sin alejarse del pasado; pero las salidas son limitadas; la mayoría de los viejos actores se ve condenada al retiro y a la pobreza. Más favorecidos están los cancionistas y los fantasistas, a quienes no se les exigen proezas técnicas y que pueden adaptar su número a sus posibilidades. El hecho mismo de la edad puede entonces constituir una atracción: a los 80 años Maurice Chevalier dio un recital que fue un triunfo, en gran parte porque tenía 80 años. De todos modos, hay que tener una buena salud y ser capaz de conservar durante años el favor de un público ávido de novedad. Las carreras en que, a pesar del papel importante que desempeña el cuerpo, la involución senil es superada más normalmente, son las de los músicos ejecutantes: pianistas, violinistas, violoncelistas. Pueden conservar hasta después de los 80 años su talento y su celebridad, siempre que no sean víctimas de enfermedades que arruinen su virtuosismo y que no dejen de ejercitarse. Si biológicamente resisten al tiempo, el envejecimiento social no actúa contra ellos pues sólo se les pide que se igualen a sí mismos. Por lo demás, puede ocurrir que se superen al final de sus vidas gracias a una comprensión cada vez más profunda de las obras que interpretan.

Los trabajadores intelectuales se ven menos afectados que los otros por su declinación fisiológica. Cierto número de ellos goza, en sus relaciones con la sociedad, de una singular

autonomía: los creadores. No son numerosos, pero su situación privilegiada los convierte en reveladores: ¿cuáles son las posibilidades prácticas de un hombre de edad cuando le es acordado un máximo de posibilidades? ¿Cuál es, en los diversos terrenos intelectuales y artísticos, la relación entre la edad y la fecundidad, y cómo comprenderla?

Es muy raro que un sabio invente en su vejez. Euler hizo importantes trabajos matemáticos a los 71 y 72 años. Galileo completó a los 72 sus *Diálogos de las ciencias nuevas*, su mejor obra; escribió a los 74 sus *Discursos y demostraciones matemáticas*. Buffon compuso entre los 67 y los 81 años los siete últimos volúmenes de su *Historia natural*, que contienen lo mejor de su obra. Entre los 78 y los 80 años, Franklin inventó los lentes bifocales y estudió el envenenamiento por el plomo. Laplace concluyó a los 79 su *Mecánica celeste*. A los 80 años y aún después Herschel siguió enviando importantes comunicaciones a la Sociedad Real. Michelson tenía 77 años cuando publicó el informe de la experiencia sobre la velocidad de la luz, que había preparado con Morlay. Gauss y Pavlov prosiguieron y enriquecieron en su vejez los trabajos comenzados en su juventud. Pero se trata de excepciones. En su libro *Age and achievement*, en que trató de establecer una correlación entre la edad y las realizaciones humanas, Lehman,[17] basándose en la *Breve historia de la química*, del profesor Hildich, muestra que en química los descubrimientos más importantes han sido hechos por hombres de 25 a 30 años; los más numerosos entre 30 y 35 años; de 993 contribuciones, sólo 3 se deben a hombres de más de 70 años. Para la física, la edad óptima sería de 30 a 34 años; para la astronomía, de 40 a 44. Lehman observa que Edison fue productivo toda su vida,

17 Cuando se trata de arte y de literatura, el método estadístico utilizado por Lehman es absurdo. En las ciencias, el número y el valor de los descubrimientos son más fáciles de apreciar.

pero sobre todo a los 35 años. Chevreul, que vivió ciento tres años y trabajó hasta edad muy avanzada, es conocido sobre todo por sus descubrimientos sobre la grasa animal, hechos a los 37 años.

En matemáticas sobre todo son muy raras las invenciones tardías. Hubo una notable excepción. Elie Cardan publicó a los 67 años una memoria absolutamente nueva en relación con su obra pasada y que marca un hito en la historia de las matemáticas. En ella resolvió problemas que se había planteado él mismo a los 28 años y a los que no habían podido responder los más grandes matemáticos. Se citan algunos otros casos de este tipo, pero muy pocos. La esterilidad del matemático de edad es tan conocida que el grupo Bourbaki no aceptaba ningún miembro de más de 50 años.

El envejecimiento de los hombres de ciencia no es de orden biológico. No se trata en este caso de *surmenage*, de desgaste nervioso, de fatiga cerebral; algunos conservan hasta el fin una excelente salud. ¿Por qué es que a cierta edad ya no descubren nada más?

Para responder, hay que comprender primero cuál es la opción de un hombre cuando decide dedicarse a la ciencia. El objeto de su estudio es lo universal en cuanto captado a través de símbolos y de conceptos abstractos. Esto implica que instala en él lo universal. Suprime su subjetividad para pensar con arreglo a un sistema racional válido para todos. Aunque trabaje aisladamente no está solo: participa en una obra colectiva que si bien progresa por caminos diversos se esfuerza por unificarse. Además, hoy forma por lo general parte de un equipo en que cada uno se siente igual a los otros. El hombre de ciencia no es un aventurero; retoma la herencia de sus predecesores, los caminos en que se interna ya han sido en parte recorridos y otros investigadores lo acompañan; encuentran todos los mismos obstáculos y sucede que se inventa simultáneamente en varios lugares el medio de superarlos; el descubrimiento individual es preparado y provocado por

el conjunto de la ciencia. Es cierto que, por sometido que esté al objeto de su estudio, el investigador, casi a pesar de sí mismo, sigue siendo un sujeto singular; tiene su visión de las cosas, imagina, adopta decisiones. Así se explica que a veces emerja de la colectividad y encuentre una idea original. Pero la elección de lo universal hace que esas iluminaciones sean escasas y breves. Es comprensible que se produzcan las más de las veces en la juventud o al comienzo de la madurez; entonces el hombre de ciencia domina el conjunto de conocimientos que constituyen su especialidad; los aprehende con una mirada nueva que descubre en ellos las fallas y las contradicciones; se atreve a pretender remediarlas porque tiene toda una vida por delante para rectificar sus errores, para hacer fructificar las verdades que presiente. Después hace falta un trabajo considerable para sacar las consecuencias de su descubrimiento, para verificarlas, para organizarlas. La obra se vuelve colectiva y no es forzosamente el inventor el más calificado para llevarla a buen término. Las más de las veces sigue siendo el hombre de ese momento, de esa idea, en tanto que el desarrollo de la ciencia exigiría una nueva ruptura.[18]

Un gran matemático de 55 años me ha dicho que lee las obras matemáticas con más facilidad y provecho que en su juventud; sus posibilidades de comprensión, su experiencia, su facultad de síntesis se han enriquecido. Pero su curiosidad se ha embotado un poco. A los 25 años, víctima de la ilusión juvenil que dilata infinitamente el porvenir, proyectaba conocerlo todo en todas las ramas de las matemáticas. Ahora se resigna a no leer las obras que no conciernen directamente a su especialidad y a ignorar mucho. En las matemáticas de hoy, me ha explicado, la especialización es tan extremada,

18 Las excepciones que he señalado datan casi todas de una época en que el hombre de ciencia trabajaba en la soledad; algunos de esos descubrimientos tardíos tienen un carácter casi artesanal.

hay tal separación entre las diferentes ramas, que sigue con más facilidad un examen de tesis de biología que un curso superior sobre un sector de las matemáticas que le es ajeno. Piensa que un investigador que no se ha apartado de la investigación conserva durante bastante tiempo la posibilidad de hacer descubrimientos, pero tropieza con obstáculos epistemológicos que los jóvenes ignoran. Hoy un Évariste Galois sería imposible; para dominar las riquezas del edificio matemático moderno hay que tener de 25 a 30 años. Es la edad más favorable para la invención. Más tarde, el sujeto se siente a menudo inhibido. Cuando se sabe que nadie ha logrado demostrar la verdad o la falsedad de cierto teorema, que uno mismo lo ha intentado en vano, decide que sería perder el tiempo obstinarse por ese camino, y se interrumpe. El matemático de que hablo se encontró en esa situación hace once años. Después, un matemático ruso le dijo que había resuelto el problema. Empezó de nuevo: sabiendo que era posible encontrar la solución, ya no era el caso de ceder. Y la encontró muy rápido, por la simple relación de otros dos teoremas que conocía perfectamente. El caso es muy frecuente, me dijo. A este respecto los jóvenes tienen una gran ventaja. Ignoran con frecuencia que muchos otros se han estrellado contra la cuestión que les preocupa; la abordan con confianza, y tienen todo el tiempo por delante, no se sienten tentados de economizar esfuerzos.

Sobre todo, me dijo mi interlocutor, el pasado pesa sobre el científico de edad en forma de hábitos intelectuales e intereses ideológicos. En nuestros días las matemáticas se renuevan con una velocidad vertiginosa y el cambio pone en tela de juicio todo el sistema. Se trata de aprender cada vez un lenguaje radicalmente distinto. Evidentemente, si se prefiere el antiguo es porque resulta más adecuado, más rápido, porque facilita el descubrimiento. El que no se decide a adoptarlo se ve obligado a traducir las verdades nuevas en los términos a los que está acostumbrado, lo cual retarda consi-

derablemente su marcha. Ocurre que un profesor de 40 años no comprenda una exposición de sus propias teorías presentada por un joven matemático de 25 años a compañeros de su edad, en el nuevo lenguaje que les es común y que el mayor ignora. Éste no puede esperar adelantarse nunca a los que poseen el instrumento mejor adaptado. Sin embargo, aprender el hebreo o el chino a cierta edad es difícil, desalentador: muchos científicos que envejecen protestan. Con respecto a su propio pensamiento, el matemático se echa atrás. "Si tengo la intuición de un nuevo teorema", me dice mi interlocutor, "me doy cuenta de que me obligará a revisar todo lo que consideraba hasta entonces como adquirido, y vacilo". "Al envejecer uno se vuelve más libre y menos libre", añadió. "Se es más libre con respecto a los demás: no se teme asombrar, pasar por encima de ciertos prejuicios, poner en tela de juicio ideas adquiridas. Pero uno es menos libre con respecto a sí mismo". Tiene en prensa un libro de matemáticas redactado el año pasado. Desde entonces, ha escrito un artículo que invalida ese libro; ha seguido adelante, pero le ha molestado tener que infligirse a sí mismo un desmentido. Dicho artículo a su vez ha sido impugnado por un trabajo más reciente que acaba de terminar. El progreso matemático no es una tranquila marcha hacia adelante. Es una serie de impugnaciones que entrañan constantes reformas. Se necesita mucha pasión, mucha disponibilidad para remover de arriba abajo los conocimientos adquiridos, y los jóvenes están para eso en mejores condiciones que los otros.

Como vemos, se confirma en este caso particular lo que he dicho en general sobre las actividades del hombre de edad: el peso del pasado retarda su marcha o incluso la paraliza, en tanto que las nuevas generaciones se arrancan a lo práctico-inerte y siguen adelante.

Se puede describir con más precisión lo que frena al científico viejo. Ante todo, tiene intereses ideológicos; está alienado a su obra "conjunto de significaciones inertes y sos-

tenidas por la materia verbal",[19] con lo cual constituye su ser fuera de sí. Corre peligro en el mundo pues existe para otros que la superan a la luz de sus propios proyectos. Su autor se esfuerza por defenderla; combate las teorías y los sistemas que amenazarían con descalificarla. Está de acuerdo en corregirla, en enriquecerla, pero no en renegar de ella, lo cual, en cierto estadio, podría ser necesario para el progreso. Encierra para él exigencias inertes a las que debe plegarse, lo que amenaza con arrastrarlo a caminos sin salida. Ciertos investigadores están tan alienados a sus intereses ideológicos que llegan a falsear los resultados de experiencias que contradicen sus tesis. Darwin tenía conciencia de ese peligro puesto que se había fijado por norma la de anotar en seguida los hechos e ideas contrarios a sus doctrinas: "Pues yo sabía por experiencia que las ideas y los hechos de este género desaparecen con más facilidad de la memoria que los que nos son favorables". Se dice, sin embargo, que en su vejez se negaba a que le leyeran ninguna obra contraria a sus opiniones; lo mismo ocurría con Auguste Comte. Esa obstinación impide revisar la obra a la luz de los conocimientos nuevos, de modo de distinguir y tratar de rectificar sus errores. El caso de Lévy-Bruhl es excepcional; en sus cuadernos, escritos en 1938-1939, renuncia a todas sus antiguas ideas sobre la mentalidad prelógica, la participación, la no conceptualización, que había creído observar entre los primitivos. Sin embargo, no inventó nada nuevo.

Aunque sea desinteresado, el hombre de ciencia tropieza con resistencias íntimas. Tiene hábitos intelectuales que le hacen obstinarse en métodos caducos. La especialización, que le ha permitido sus éxitos, le veda mantenerse al tanto de los trabajos paralelos a los suyos y cuyo conocimiento le sería quizá necesario para innovar. Los más lúcidos tienen

19 Sartre, *Crítica de la razón dialéctica.*

conciencia de esas lagunas. Poco después de haber recibido el Premio Nobel, el profesor Kastler hablaba de volver a sentarse junto a sus alumnos para seguir cursos sobre la teoría de los cuantos. Por último y sobre todo ciertas ideas son tan familiares al viejo científico que las toma por evidencias y no piensa en ponerlas sobre el tapete, cuando habría que librarse de ellas de antemano. Entre los "obstáculos epistemológicos" de que habla Bachelard, la edad le parece uno de los más importantes.

Para defender sus concepciones retrasadas, el viejo científico no vacila con frecuencia en contrariar el progreso de la ciencia; el prestigio de que goza se lo permite. "Los grandes sabios son útiles a la ciencia en la primera mitad de sus vidas, perjudiciales en la segunda", dice Bachelard. Arthur Clarke ha pasado revista a una gran cantidad de invenciones que los hombres de ciencia habían declarado imposibles, no por falta de los conocimientos necesarios, sino por una falta de imaginación y de audacia que atribuye a la edad, pues según él un hombre de ciencia es viejo a los 40 años. Hace ochenta años, la idea de que la luz eléctrica podía utilizarse para la iluminación doméstica fue objeto de befa por parte de todos los expertos; Edison, a los 31 años, trabajó sin embargo en la realización de una lámpara incandescente, pero más tarde se mostró igualmente retrógrado cuando se opuso a la introducción de la corriente alterna. El astrónomo norteamericano Newcomb demostró en un ensayo célebre que el vuelo de objetos más pesados que el aire era imposible. Cuando los hermanos Wright consiguieron volar, Newcomb declaró que su máquina jamás sería capaz de transportar a más de un individuo y que por lo tanto no tendría ninguna aplicación práctica. Otro astrónomo, W. H. Bickering, sostuvo la misma opinión. Los principios de la aeronáutica eran entonces conocidos, pero ellos se negaron a extraer sus consecuencias. En 1926 el profesor Bickerlow afirmó, pruebas en manos, que nunca se conseguiría enviar un proyectil a la Luna; no

veía otra fuente de energía que no fuese la nitroglicerina y suponía en sus cálculos que el carburante debía formar parte del proyectil. J. W. Campbell, astrónomo canadiense, estableció en 1938 que haría falta un millón de toneladas de carburante para arrancar a la atracción terrestre un peso de una o dos libras, y sacaba la misma conclusión que Bickerlow. Suponía, en sus cálculos, que el cohete debía estar animado de una velocidad fabulosa y que la aceleración sería tan lenta que el carburante quedaría agotado a baja altura. Rutherford tenía 66 años cuando murió en 1937; pretendía que nunca se podría liberar la energía contenida en la materia. Cinco años más tarde se ponía en marcha, en Chicago, la primera reacción en cadena. Cuando Pontecorvo anunció que podía observar el interior de las estrellas gracias a partículas muy penetrantes, los neutrinos, los astrofísicos competentes se le rieron en las narices; poco tiempo después triunfó en sus experiencias. "El que sabe más cosas sobre un tema dado no es forzosamente el que preverá con más exactitud el porvenir en ese terreno", expresa Clarke. Y con mayor dureza aún que Bachelard, concluye: "Los hombres de ciencia de más de cincuenta años sólo sirven para celebrar congresos y debería mantenérselos alejados de los laboratorios a toda costa".

La exposición de Clarke no es muy satisfactoria. Se ocupa de hombres de valor muy diverso. No estudia las razones de sus resistencias. Se limita a decir que es fatal que tengan prejuicios. "Un espíritu completamente abierto sería un espíritu vacío". Sin embargo, subraya un hecho importante: el conocimiento, en lugar de servir a la previsión, puede entorpecerla. Así es como Augusto Comte, a los 35 años, afirmó que nunca se podría conocer la composición del Sol. Citaré también la declaración que hizo en 1835 en la Academia de Medicina de Lyon sobre los viajes en tren: profetizó que el organismo humano no sería capaz de soportar su vertiginosa rapidez: "El movimiento de trepidación provocará enfermedades nerviosas... mientras que la fugaz sucesión de las

imágenes acarreará inflamaciones de la retina. El polvo y el humo ocasionarán bronquitis y adherencias de la pleura. Por último, la ansiedad de los peligros corridos, constantemente mantendrá a los viajeros en un perpetuo estado de alerta y será el pródromo de afecciones cerebrales. Para una mujer embarazada, todo viaje en ferrocarril acarreará infaliblemente un aborto, con todas sus consecuencias".

Aun grandes inteligencias, pasada cierta edad, tienen dificultad en marchar con su tiempo. Comentando en 1934, a los 55 años, el suicidio de su amigo, el físico Ehrenfest, Einstein lo atribuyó a los conflictos interiores de los que es presa todo hombre de ciencia profundamente honesto que ha pasado de los 50 años. Ehrenfest comprendía claramente problemas que no era capaz de resolver de manera constructiva: "En estos últimos años", dice Einstein, "la situación se ha agravado por el desarrollo extrañamente tumultuoso que ha sufrido la física teórica. Aprender y enseñar cosas que no se pueden aceptar plenamente en el fondo del alma es siempre una cosa difícil. A ello se añade la dificultad creciente de adaptarse a nuevos pensamientos, dificultad con que se enfrenta siempre el hombre que ha pasado de la cincuentena".

El mismo Einstein tuvo que hacer frente a esta dificultad y su caso es interesante de examinar. No estaba alienado a intereses ideológicos. Nunca había tratado de quedarse con la última palabra y poco se preocupaba de su reputación. Su amor por la verdad era absolutamente puro. Sólo que tenía tan sólidamente anclada en su ser una visión de la ciencia que no creía poder renunciar a ella, a ningún precio: la de que la ciencia debía dar del mundo una visión armoniosa y racional. La paradoja de su carrera es que su teoría de la relatividad influyó ampliamente en la teoría de los cuantos; sin embargo, a partir de los 45 años, la vio con malos ojos. Su antiguo colaborador, el físico polaco Infeld, escribe: "Hay una ironía en el papel de campeón que Einstein asumió en la gran revolución, porque más tarde volvió la espalda a esta revolución

que había contribuido a provocar. A medida que el tiempo pasa, Einstein se aleja cada vez más de la joven generación de científicos, la mayoría de los cuales prosigue investigaciones sobre la teoría de los cuantos".

Antonina Vallentin, a quien Einstein confió a menudo sus "tormentos matemáticos", precisa que no se trataba "del divorcio que se opera entre una generación nueva, consciente de la osadía de su pensamiento, y un anciano que ha permanecido como una supervivencia del pasado, como un bloque en medio de un camino que continúa. Su drama es más bien el de un hombre que, a pesar de su edad, se obstina en proseguir un camino cada vez más desierto, mientras que casi todos sus amigos, todos los jóvenes a su alrededor, afirman que ese camino no lleva a ninguna parte y que se ha metido en un callejón sin salida".

Einstein no estaba seguro de tener razón. En marzo de 1949, a los 70 años, escribía a Solovin: "Usted se imagina que miro con tranquila satisfacción la obra de mi vida. Pero vista de cerca, la cosa se presenta de modo muy diferente. No hay una sola noción de la que esté convencido que resistirá y no estoy seguro de andar generalmente por el buen camino. Los contemporáneos ven en mí a la vez un herético y un reaccionario que, por así decirlo, se ha sobrevivido a sí mismo. Desde luego, es cuestión de moda y de visión limitada, pero el sentimiento de insuficiencia viene de adentro".

Sin embargo, le era imposible modificar su posición. A sus ojos, una teoría sólo era válida si poseía una "perfección interna"; la abundancia de las "confirmaciones externas" no le bastaba. La teoría de los campos unitarios que trató de poner a punto durante treinta años debía responder a esas exigencias. La de las partículas elementales no las satisfacía. Comprendió con rapidez la teoría cuántica de Niels Bohr, al punto que declaró: "Probablemente yo mismo hubiera podido llegar a algo semejante". Pero añadió en seguida: "Pero si todo eso es cierto, significa el fin de la física". No quería

admitir que la física pudiera adquirir una apariencia inarmónica. Más tarde, los postulados de Bohr dejaron de parecerle paradójicos: quedaron envueltos en una nueva teoría general que conciliaba un punto de vista corpuscular y un punto de vista ondulatorio gracias a la idea de onda de probabilidades. Einstein rechazaba esa idea, aunque toda aquella construcción hubiera sido elaborada a partir de su propio sistema. No era hombre de conformarse con viejas verdades; pero no creía —pues le era inconcebible abandonar ciertos criterios— que las ideas nuevas fueran concluyentes.

Nunca estuvo en condiciones de verificar su teoría unitaria de los campos, tan difícil es de expresar matemáticamente. Por otra parte, sus resistencias le impidieron participar en los progresos de la física cuántica. Totalmente despojado de egocentrismo, no vivió su fracaso, su aislamiento, como una tragedia subjetiva. Pero objetivamente, es consenso casi unánime que perdió los últimos treinta años de su vida en investigaciones vanas. Su biógrafo Kuznetsov comprueba que ciertas ideas expuestas por Einstein en los años 40 han alcanzado hoy su madurez en el terreno de la física cuántica relativista. Concluye que su crítica "indicaba los límites de la mecánica cuántica más allá de los cuales se perfilaban teorías más revolucionarias". Como la ciencia progresa renegando de sí misma para superarse, los que están en retraso pueden siempre ser considerados después como precursores. Pero el hecho es que al final de su vida Einstein, antes que servirlo, entorpeció el progreso de la ciencia.

La opción del filósofo es radicalmente diferente de la del hombre de ciencia. Mientras que éste describe el universo como exterioridad, aquél considera que es el hombre el que hace la ciencia: quiere rendir cuenta de la relación del universo con el hombre situado como sujeto. Está a la vez a favor y en contra de la ciencia; la acepta en la medida en que es

un producto humano, pero se niega a ver en ella el reflejo de una realidad existente en sí. El científico no pone en tela de juicio a aquel por quien y para quien la ciencia existe: el hombre. Para el filósofo el hombre está impugnado en su ser, se interroga sobre la condición humana tomada en su totalidad. Pero él mismo es un hombre, todo el hombre, es decir, es él mismo, en su universalidad. Cuando Descartes dice: "Pienso...", es el Hombre universal el que piensa en él. Por lo tanto no necesita a nadie para hablar y no debe cuentas a nadie. Hay *la* ciencia; hay *las* filosofías. Y desde luego, ninguna se crea a partir de cero; el filósofo sufre influencias, encuentra problemas que otros han planteado. Pero cada sistema no puede ser criticado sino desde adentro y no por referencia a datos exteriores. Se pueden denunciar sus contradicciones, sus lagunas, sus insuficiencias, pero no oponerle hechos que otros hayan establecido. En efecto, tiene en el punto de partida lo que Bergson llamaba una "intuición filosófica", que se puede definir también como una experiencia ontológica, a partir de la cual se constituye una visión del mundo.

El filósofo tiene una evidencia íntima irrefutable. Confrontado con nuevas filosofías puede aceptar algunos de sus aspectos, verse llevado a plantearse nuevos problemas, pero no abandonará su punto de partida. Añade, suprime, corrige, siempre dentro de cierta perspectiva propia, a la cual es ajena cualquier otra, de modo que los demás no pueden nunca dejarlo atrás, descalificarlo, contradecirlo.

Las más de las veces, su pensamiento se enriquece con la edad. La intuición original la tiene en su juventud o en su madurez, excepcionalmente, como en el caso de Kant, a más de 50 años. Para aprehender sus implicaciones necesita tiempo puesto que se propone nada menos que captar las relaciones del hombre como sujeto con la totalidad del mundo. Es un programa inagotable. Una vez detenida la construcción, el filósofo adopta a su respecto una perspectiva que le permite criticarla, que lo lleva a plantear nuevos problemas, a

descubrir otras soluciones. Hubo un caso en que el progreso quedó detenido por la naturaleza misma de la obra: es el de Hegel, cuyo sistema se cerró sobre sí mismo cuando él tenía unos 60 años. Se situó al final de la historia, convencido de haber dado una explicación exhaustiva del curso del mundo. La obra concluida no permitía un nuevo desarrollo y la impugnación sólo podía venir de afuera. En todos los otros, el sistema ha permanecido abierto y aunque la edad postrera no haya sido la más fecunda, lo han enriquecido aun entonces. Sólo citaré dos casos: Platón y Kant.

Todo el mundo coincide en pensar que *Las Leyes*, que Platón escribió a los 80 años, a pesar de hermosos pasajes originales sobre el tiempo y la memoria, marca un retroceso con respecto al conjunto de su obra: un "reflujo", un "empobrecimiento", un "abandono". Parece que su experiencia lo había vuelto pesimista. "Nuestra especie no carece totalmente de valor". Pero escribe también: "La parte de los males excede a la de los bienes", que los más grandes bienes están como "mancillados por una mala suerte". Lleva el pesimismo hasta declarar que el hombre no es más que un fantoche en manos de los dioses y los demonios. Por eso ya no se trata de buscar para la ciudad un sistema político perfecto, sino solamente el sistema menos malo posible. Para gobernar a los hombres, Platón ya no confía en la razón, en la educación, en el conocimiento de la verdad. Es preciso imponerles leyes y persuadirlos, por cualquier medio, de someterse a ellas. Ya en *La República*, Platón aceptaba la idea de la mentira útil, pero le acordaba poco lugar, mientras que este utilitarismo triunfa sin contrapartida en *Las Leyes*. Es una obra didáctica en que los tres interlocutores son ancianos, en tanto que en los diálogos anteriores había siempre por lo menos un hombre joven. El estilo es pesado. Prudente, entorpecido, el pensamiento de Platón se ha esclerosado. No manifiesta ya esa sed de verdad que inspiraba sus obras anteriores. Esta última fase de su vejez es intelectualmente una declinación.

Sin embargo, escribió sus obras más profundas y más personales a partir de los 62 años aproximadamente. Necesitó tiempo para desprenderse de la influencia de Sócrates y de sus predecesores, para comprender todo lo que implicaban sus propias concepciones. A los 62 años se produjo una crisis en su evolución. Tomó distancia con respecto a su obra; descubrió las objeciones que suscitaba su teoría de las ideas y para responder a ellas retoma por la base el problema en el *Teeteto* y el *Parménides*; precisa su posición con respecto a los megáricos. A través de *El Sofista*, *La Política*, el *Timeo*, el *Critón*, el *Filebo*, su doctrina no cesa de renovarse y enriquecerse. En el *Filebo*, escrito hacia los 74 años, responde a la cuestión planteada en el *Teeteto* sobre el error y el saber: "Saber es imitar en la propia alma las relaciones que existen en el ser". En esta obra se encuentra la exposición más vasta de su dialéctica. Dejando de lado *Las Leyes*, las obras de la vejez de Platón representan un progreso incesante.[20]

Kant publicó a los 57 años la *Crítica de la razón pura*. Tenía 66 años cuando escribió la *Crítica del juicio* y era todavía más viejo cuando compuso *La religión dentro de los límites de la razón*. Estos dos libros se refieren a ciertos puntos esenciales de su sistema con una profundidad totalmente nueva. Enriquecen y renuevan su obra anterior. Trabajó en sus obras póstumas hasta que declinaron sus fuerzas intelectuales. Según Lachièze-Rey, son la coronación de toda su filosofía. Sus primeras obras planteaban ciertos problemas que sólo logró resolver al final de su vida, en el *Uebergang*. El principal era éste: ¿cuál es el modo de presencia del espíritu para sí mismo, en cuanto presencia constituyente? Anteriormente, le había estorbado el lugar que concedía al

20 Ciertos historiadores de la filosofía consideran que el período de madurez es más dinámico y creador, por ejemplo Yvon Brès, en *La Psychologie de Platon*. Pero incluso éstos reconocen la importancia de las obras de la vejez.

realismo psicológico; vacilaba en aplicar con rigor el método trascendental. Al envejecer, lejos de esclerosarse, cobró suficiente confianza en sí mismo para vencer sus resistencias y liberarse de antiguos prejuicios. Redujo las seudorrealidades psicológicas al papel de simples momentos en la constitución del mundo y del yo. El *Uebergang* pone al sistema de acuerdo consigo mismo. La conciencia ha encontrado por fin su autonomía y hace reconocer su realidad. La cosa desaparece en beneficio de la actividad. El *cogito* se afirma como potencia determinante.

Desde luego, si el filósofo puede enriquecer su propio sistema aun en su vejez, no es capaz de arrancarse de él para inventar otro radicalmente nuevo. Kant presintió a Fichte, pero es inimaginable que descubriera la dialéctica hegeliana. Como el hombre de ciencia, está en parte alienado a intereses ideológicos. Si supera sus concepciones anteriores es tratando de conservarlas; no puede aceptar verlas descalificadas. Y también él tiene "hábitos intelectuales": su manera de pensar, tan natural en él que le parece necesaria, presupuestos tan arraigados en su mente que no los distingue de la verdad.

¿Cómo envejecen los escritores? Son tan diversos, prosiguen objetivos tan diferentes que es difícil responder a esta pregunta. Algunos siguen siendo creadores a una edad muy avanzada: Sófocles presentó *Edipo en Colona* a los 89 años. Voltaire produjo lo mejor de su obra en los veinte últimos años de su vida. Los últimos tomos de las *Memorias de ultratumba* y *La vida de Rancé* fueron compuestos por Chateaubriand en su vejez. Goethe dio sus más hermosos poemas en sus veinticinco últimos años; de esa época datan *Poesía y verdad* y el *Segundo Fausto*. Hugo viejo tenía razón de no sentirse inferior a su pasado: "Hace medio siglo que escribo mi pensamiento en prosa y en verso, pero siento que no he dicho ni la milésima parte de lo que hay en mí". Escribió

todavía una obra considerable a partir de sus 64 años. Yeats se sobrepasó a sí mismo al final de su vida.

Pero son excepciones. En general, la edad muy avanzada no favorece la creación literaria. En Corneille, en Tolstoi, en tantos otros, es aplastante el contraste entre la producción de su madurez y la de sus últimos años. Por costumbre, para ganarse la vida, para no confesarse su decadencia, muchos ancianos siguen escribiendo. Pero la mayoría justifica la frase de Berenson: "Lo que se escribe después de los sesenta años no vale más que el té que se hace siempre con las mismas hojas". Tratemos de comprender por qué. ¿Qué busca el escritor? ¿En qué condiciones puede obtenerlo?

La filosofía considera al hombre en cuanto noción; quiere conocer su relación total con el universo. El escritor también apunta a lo universal pero a partir de su singularidad. No pretende entregar un saber, sino comunicar lo que no puede ser *sabido*: el sentido vivido de su ser en el mundo. Lo transmite a través de un universo singular: su obra. Lo universal no se singulariza, la obra no tiene una dimensión literaria más que si la presencia del autor se manifiesta en ella por el estilo, el tono, el arte que llevan su marca. Si no, se trata de un documento que entrega la realidad en su objetividad impersonal, en el plano del conocimiento exterior, y no en cuanto interiorizada por un sujeto. ¿Pero cómo puede mi experiencia vivida convertirse en la de otro? De una sola manera: por intermedio de la imaginación. El lector de un documento se informa sobre una de las partes de su universo sin abandonar éste; se queda en su lugar en el mundo, en determinado sitio, en determinado momento de su vida. El de una obra literaria entra en un mundo distinto, se desliza en un sujeto distinto de sí mismo. Ello implica que niega la realidad para lanzarse en lo imaginario, lo cual sólo es posible si la obra que lee le propone un mundo imaginario. Comunicar la experiencia vivida no consiste en transcribir en un papel un lenguaje que lo expresaría previamente: lo vivido no es formulado; se trata

de que el escritor arranque enunciados definidos e inteligibles a la confusa opacidad de lo no dicho. De ese modo crea un objeto que no traduce ninguna realidad, que existe a la manera de lo imaginario; él mismo se da una constitución ficticia: Sartre alude a esta operación cuando en su ensayo *Sobre ratas y hombres* declara que todo escritor es poseído por un "vampiro".

Desde luego, no hay que suponer que el escritor elige primero comunicar y recurre entonces a la imaginación. Su elección original de lo imaginario es lo que decide su vocación; esa elección tiene, según los individuos, motivaciones diversas, pero se halla siempre en la raíz de una obra literaria. Ésta es la materialización —por signos trazados en el papel— del mundo irreal que el sujeto se había creado con juegos, ensueños, mundo irreal que sólo puede cobrar consistencia y permitir la transmisión de una experiencia porque es la proyección de la realidad en otra dimensión.

Escribir es, pues, una actividad compleja; es, con el mismo movimiento, preferir lo imaginario y querer comunicarse; en esas dos elecciones se manifiestan tendencias muy diferentes y a primera vista contrarias. Para pretender sustituir el mundo dado por un universo inventado hay que rechazar agresivamente aquél; quien se mueva en él como pez en el agua y considere que todo cae de su peso no escribirá. Pero el proyecto de comunicación supone que uno se interesa en el otro; aunque haya enemistad, menosprecio en la relación del escritor con la humanidad —si escribe, como Flaubert, para desmoralizarla o para fustigarla, reprocharla, descubrir su ignominia—, pretende ser reconocido por ella; si no, su proyecto mismo de denunciarla quedaría condenado al fracaso y no tendría sentido; por el acto de escribir le acuerda más valor que en sus declaraciones verbales. La desesperación absoluta, el odio radical a todo y a todos sólo se avendría con el silencio.

El proyecto de escribir implica, pues, una tensión entre un rechazo del mundo donde viven los hombres y cierto lla-

mamiento a los hombres; el escritor está a la vez contra ellos y con ellos. Es una actitud difícil; implica vivas pasiones y, para ser sostenida mucho tiempo, exige fuerza.

La vejez reduce las fuerzas, apaga las pasiones. La desaparición de la libido acarrea, como se ha visto, la de cierta agresividad biológica; el abatimiento físico, la fatiga, la indiferencia en que se hunde con frecuencia la vejez la disuaden de preocuparse de los demás. La tensión que engendraba la conciliación de dos proyectos, si no contradictorios, por lo menos divergentes, se afloja. El viejo autor se ve privado de esa cualidad que Flaubert llamaba la "alacridad". Abrumado por la ruina de su sobrina, decía en una de sus cartas: "Para escribir cosas buenas, se necesita cierta alacridad". Y en otra: "Para escribir bien, se necesita cierta alacridad que yo ya no tengo". A los 64 años, Rousseau sintió con melancolía la declinación de sus facultades creadoras. Al contar en las *Rêveries* uno de sus paseos, escribe: "La campiña todavía verde y risueña pero en parte sin hojas y ya casi desierta, ofrecía por todas partes la imagen de la soledad y de la cercanía del invierno. Resultaba de su aspecto una mezcla de impresiones dulces y tristes demasiado análogas a mi edad y a mi suerte para que dejara de aplicarlas. Me veía, en la declinación de una vida inocente e infortunada, el alma todavía llena de sentimientos vivaces y el espíritu ornado aún por algunas flores pero ya marchitas por la tristeza y agostadas por los pesares. Solo y abandonado, sentía venir el frío de los primeros hielos y mi imaginación que se agota ya no poblaba mi soledad con seres formados según mi corazón". Escribe también, en la misma época: "Mi imaginación ya menos viva no se inflama más como antes con la contemplación de un objeto que la anime; me embriago menos con el delirio que con el fantaseo; hay más de reminiscencia que de creación en lo que produce ahora; una tibia languidez afloja todas mis facultades; el espíritu de vida se extingue en mí por grados; mi alma ya no se lanza sin esfuerzo fuera de su caduca envoltura..."

Esta languidez perjudica tanto más al escritor de edad cuanto que le es necesario sentirse inspirado: de joven, le basta tener en el vacío ganas de escribir para convencerse de que está "todo" por decir. Viejo, uno teme que se le haya acabado la cuerda, no ser ya capaz sino de repetirse. Gide comprueba con pesar al final de su vida: "Recaigo en temas ya machacados y no me parece que pueda todavía sacarles partido". Y en *Ainsi soit-il*, a los 81 años: "He dicho más o menos bien todo lo que pensaba que debla decir, y temo repetirme". El riesgo de repetición procede en parte de que el escritor está alienado a intereses ideológicos. Ha defendido ciertos valores, criticado ciertas ideas, adoptado tal o cual posición; no es cuestión de renegarlos. No queda excluido que permaneciendo fiel a su pasado un escritor se renueve. Es posible también que prefiera su libertad a sus intereses. A mí me ha ocurrido. Mi público me reclamaba optimismo antes que nada, sobre todo en lo que concierne al destino de la mujer; el final de *La fuerza de las cosas* y mis últimos relatos han desmentido esa espera, cosa que me ha sido vivamente reprochada. Pero me niego a alienarme a una imagen fija de mí misma.

De todas maneras, lo sabemos todos, fuésemos Flaubert, Dostoievski, Proust o Kafka, nadie escribe jamás sino sus libros. Es fatal que lleven nuestra marca puesto que la literatura expresa al escritor en su singularidad. Siempre es él el que está allí, en sus diferentes obras, y todo entero, tal como la vida lo ha hecho. Las cosas cambian, nosotros cambiamos, pero sin perder nuestra identidad. Nuestras raíces, nuestro pasado, nuestro anclaje en el mundo permanecen inmutables: por ello se definen los fines que nos esperan en el futuro, las cosas por hacer, las cosas por decir. No se pueden inventar arbitrariamente proyectos; es preciso que estén inscriptos en nuestro pasado a título de exigencias. Es lo que indica Camus en el prefacio de *L'Envers et l'endroit*: "Cada artista conserva pues en el fondo de sí una fuente única que alimenta durante

su vida lo que es y lo que dice. Cuando el manantial se ha secado, se ve poco a poco que la obra empieza a acartonarse, a resquebrajarse. Son las tierras ingratas del arte que la corriente invisible ya no riega. El pelo ralo y seco, el artista cubierto de rastrojo está maduro para el silencio o los salones, que equivalen a lo mismo".

Es cierto que la obra no se desarrolla mecánica ni orgánicamente a partir de un germen que la contendría en potencia; a través de los enriquecimientos, las desviaciones, las regresiones, sigue el movimiento de la existencia. Pero está en cierto modo programada por nuestra infancia; entonces es cuando el individuo se hace ser lo que esencialmente será para siempre, entonces es cuando se proyecta en las cosas por hacer. Disraeli había elegido siendo muy niño ser un día ministro; Sartre niño decidió ser escritor. Sus vidas quedaron orientadas por ese designio y lo cumplieron. Las personas que empiezan a escribir tardíamente no dependen menos de sus primeros años, como se ve en las obras de Rousseau; se las encuentra vivientes en el hombre que han modelado. Según la amplitud que tenía originalmente la empresa de escribir, se parará en seco muy rápido o por el contrario, la muerte, aunque sea tardía, la dejará inconclusa: Rimbaud estimaba a los 20 años que no tenía nada que decir, y Voltaire a los 80 no se cansaba de hablar. De todas maneras, la obra está afectada de finitud. El hombre de edad cobra conciencia de ello y a menudo —como en el caso de Gide— eso le disuade de proseguirla durante el tiempo de que dispone todavía.

El silencio de ciertos escritores de edad tiene además otra razón. Su vocación —Sartre lo ha mostrado en el caso de Genet, de Flaubert— es suscitada por las contradicciones de su situación; vivir les parece imposible, se debaten en un callejón sin salida. Escribir es la única solución: eligen lo imaginario para inscribir en él una reconciliación de las oposiciones que los desgarran. En la vejez, lo han realizado. Y por

lo demás, la vida ha sido vivida como quiera que sea, dando así la prueba de su posibilidad.

El género literario que menos conviene al hombre de edad es la novela. En ese sector también hay excepciones. Defoe escribió todas sus novelas, Henri James algunas que figuran entre las mejores, después de los 60 años. Cervantes tenía 68 cuando escribió la segunda parte del *Quijote*. La obra de vejez de Hugo comporta dos novelas. En nuestros días, el asombroso John Cowper Powys ha escrito todas sus grandes novelas a más de 60 años. Albert Cohen acaba de publicar a los 73 años su libro más hermoso, *Belle du Seigneur*. Pero en conjunto, los escritores de edad se vuelven más bien hacia la poesía y el ensayo, que hacia la novela. Thomas Hardy, fecundo novelista hasta los 60 años, a partir de ese momento no compuso más que poemas. Colette de vieja ya no escribió más que recuerdos. Martin du Gard nunca consiguió poner en pie la novela concebida después de los *Thibault* y para la cual tomó notas durante años. ¿Por qué?

Mauriac ha propuesto una respuesta: escribe en las *Mémoires intérieurs*: "Pero a medida que el tiempo pasa, que nuestro porvenir temporal se reduce, cuando la suerte está echada, la obra concluida y la copia entregada, cuando la aventura humana llega a su fin, entonces los personajes de novela no encuentran ya en nosotros espacio para moverse: están presos entre el bloque endurecido e inatacable de nuestro pasado donde en adelante nada penetra, y la muerte que, más o menos próxima, está ahora presente". Y también: "Terminada la juventud, al acercarse el último recodo, nuestro propio rumor no cubre ya el chapoteo cotidiano de la política, pues todo en nosotros se convierte en silencio y en soledad. Entonces profesamos que la lectura de las novelas nos aburre y que a las más bellas historias imaginadas hay que preferir la inimaginable historia". Y en 1962: "Lo cierto es que, habiendo llegado al último capítulo de nuestra propia historia, todo lo que es inventado nos parece insignificante".

"Sólo las criaturas de carne y de sangre subsisten aún en nosotros en ese límite indeterminado entre lo acabado y la nada que se llama la vejez".

Pienso que, en efecto, si nuestro impulso hacia el porvenir está roto, nos es difícil recrearlo en un héroe imaginario; ni en él ni en nosotros la aventura humana nos apasiona bastante. En cuanto a la relación del novelista con el pasado, la entiendo de otra manera. La obra que escribo depende a la vez de su fuente lejana y del momento presente. La ficción, más que ningún otro género, exige que lo dado quede pulverizado en beneficio de un mundo irreal; éste sólo tiene vida y color si está arraigado en fantasmas muy antiguos. Los acontecimientos, la actualidad pueden proporcionar al novelista un punto de apoyo, un punto de partida; él debe superarlos y sólo lo hace con felicidad abrevándose en lo más hondo de sí mismo. Pero entonces encontrará los mismos temas, las mismas obsesiones, y corre el riesgo de repetirse. Por el contrario, los recuerdos, la autobiografía, el ensayo reconstruyen o reasumen experiencias cuya diversidad es enriquecedora para el escritor. Siempre es él el que habla, pero corre menos el riesgo de repetirse cuando habla de cosas nuevas que cuando expresa, con un nuevo pretexto, su fundamental y siempre única actitud con respecto al mundo.[21]

La suerte de un viejo escritor consiste en haber tenido al comienzo proyectos tan sólidamente arraigados que conserve para siempre su originalidad, y tan vastos que permanezcan abiertos hasta su muerte. Si no ha cesado de mantener con el mundo relaciones vivientes no cesará tampoco de encontrar solicitaciones, llamados. Voltaire, Hugo, figuran entre esos afortunados, mientras que tantos otros se repiten o se callan.

---

21 El mismo Mauriac confirma con su ejemplo lo que he dicho. Se ha renovado —por lo menos hasta cierto momento— al escribir su *Bloc-notes*. Su última novela, por el contrario, parece un pastiche de las de su madurez.

Los músicos no han hecho confidencias sobre su manera de trabajar. Lo que se puede comprobar es que en general su obra progresa con los años. Algunos se revelan tempranamente, como Mozart y Pergolesi; de haber seguido viviendo, ¿habrían crecido aún más o se hubieran repetido? En cambio es seguro que las obras de Bach a medida que envejece figuran entre las más hermosas, y Beethoven se superó en sus últimos cuartetos. A veces el músico compone sus obras maestras a una edad muy avanzada. Monteverdi tenía 75 años cuando compuso *La coronación de Popea*; Verdi, 72 y 76 años cuando compuso respectivamente *Otello* y *Falstaff*, la más audaz de sus óperas. A una edad avanzada Stravinsky supo adaptarse a las nuevas formas musicales manteniéndose igual a sí mismo; sus obras de la vejez son originales con relación a las de su madurez, y no menos valiosas. Me explico estos ascensos por el rigor de las coacciones a que está sometido el músico; necesita un largo aprendizaje para adquirir la maestría que le permitirá manifestar su originalidad; ello es tanto más difícil cuanto que la música es la esfera en que las influencias se ejercen más imperiosamente; el compositor desconfía a justo título de las reminiscencias. Mientras que el trabajo del escritor consiste en dar un alcance universal a su experiencia vivida, la singularidad del músico queda aplastada primero por la universalidad de la técnica que utiliza y del campo sonoro a partir del cual inventa; al principio se expresa tímidamente. Necesita tener una gran confianza en sí mismo y por lo tanto una obra a sus espaldas para atreverse, no sólo a innovar dentro de las reglas impuestas, sino también en cierta medida a liberarse de ellas; así Monteverdi se permite acordes que la época calificaba de "diabólicos" y Beethoven no retrocede ante las "disonancias" que escandalizaban al público medio. Para el músico, el envejecimiento es la marcha hacia una libertad que el escritor posee desde su

juventud o por lo menos desde su madurez, porque el sistema de reglas que deben respetarse es menos sofocante.

Los pintores no están sujetos a reglas tan estrictas como los músicos; pero también ellos necesitan tiempo para superar las dificultades de su oficio y suelen producir sus obras maestras en la vejez. En esa época —después de Antonio de Mesina, que abrió a la pintura italiana nuevas vías— fue cuando Giovanni Bellini se encontró a sí mismo. Entre los 75 y los 86 años pintó sus mayores obras, entre otras los cuadros de San Zacarías y el retrato del dux Loredano. Cuando Durero lo encontró en Venecia, era a los 80 años el pintor más célebre de la ciudad. Ticiano en su vejez pintó hermosísimos cuadros. Rembrandt no tenía más de 60 años cuando pintó sus últimas telas, sus obras maestras; pero Franz Hals tenía 85 cuando con las *Regentes* llegó a la cima de su arte. Guardi pintó a los 76 años *La laguna gris* y *El incendio de San Marcuola*, sus cuadros más inspirados, más asombrosos, donde se presiente magníficamente el impresionismo. Coros tenía alrededor de 80 años cuando pintó sus telas más logradas, en particular *El interior de la catedral de Sens*. Ingres pintó *La fuente* a los 76 años. Monet, Renoir, Cézanne, Bonnard se superaron en sus últimos años.

Los pintores están menos embarazados que los científicos por el peso del pasado, por la brevedad del porvenir; su obra está constituida por una pluralidad de cuadros; los pintores se encuentran cada vez frente a una tela virgen; su trabajo es una sucesión de comienzos. Y el cuadro exige menos tiempo que la colaboración de una teoría científica; cuando lo empiezan, están casi seguros de terminarlo. Comparados con los escritores, tienen una gran suerte: no se alimentan de su propia sustancia. Viven en el presente, no en la prolongación del pasado. El mundo les proporciona inagotablemente colores, luces, formas. Es cierto que también ellos sólo hacen su obra, pero ésta permanece indefinidamente abierta. Todo creador, al llegar hacia el fin de su vida, tiene menos timidez

ante la opinión pública, más confianza en sí mismo. La idea de que admirarán cualquier cosa que haga amenaza con llevarlo a la facilidad y embotar su sentido crítico; pero si sigue siendo exigente es para él una gran ventaja la de regirse por sus propios criterios, sin preocuparse de gustar o no. Sólo que el escritor poco aprovecha de esta libertad puesto que a menudo no tiene más nada que decir; en cambio, el pintor siempre tiene algo que pintar y puede gozar de esa soberanía sin la cual no hay genio. Como el músico, el pintor que empieza está profundamente influido por su época, ve el mundo a través de los cuadros de la generación anterior; significa un largo trabajo aprender a ver por sus propios ojos. Así Bonnard al principio imitaba a Gauguin y concedía gran importancia al tema tratado. A partir del *Café du Petit Poucet* que pintó a los 61 años, el tema tiende a desaparecer en beneficio del color. A los 66 años escribe: "Creo que cuando se es joven, el objeto, el mundo exterior es lo que entusiasma; uno se deja llevar. Más tarde es interior, la necesidad de expresar su emoción impulsa al pintor a elegir tal o cual punto de partida, tal o cual forma". Sus dibujos son escorzos cada vez más audaces, descuida la perspectiva, se aleja resueltamente de la visión convencional de las cosas; trata de expresar su vida y su calor. De ahí procede la asombrosa juventud de sus últimas telas.

La vejez de Goya fue no sólo un ascenso hacia una perfección cada vez mayor, sino una constante renovación. Tenía 66 años cuando, en 1810, trastornado por la ocupación francesa, y sus sangrientas consecuencias, comenzó a grabar las 85 planchas de *Los desastres de la guerra*. Había asistido a la insurrección de 1808 y contribuyó con entusiasmo para equipar a los guerrilleros. Sin embargo no se negó a ejecutar los retratos de los principales dignatarios franceses; presidió con otros dos pintores la elección de los mejores cuadros que se enviarían a París; recibió de los franceses "la corbata roja de la orden de España" que llamaban la "berenjena". Durante

la liberación, en 1814, fue absuelto a último momento por la Comisión de Depuración. Sin embargo, ejecutó para Fernando VII un gran retrato oficial. Ese mismo año —tenía 70— pintó sus trágicos y magníficos cuadros, *La carga de los mamelucos* y *Los fusilamientos*. Pintó también *El Coloso* y un hermosísimo autorretrato en que se representa bajo los rasgos de un hombre de 50 años. En 1815 ejecuta la serie de grabados reunidos con el título de *Tauromaquia*. Pintó por encargo algunos retratos de personajes oficiales o de amigos, todos muy hermosos. En 1818, después de haber pintado *La junta de las Filipinas*, decidió que su carrera oficial estaba terminada y también su carrera de pintor mundano. En adelante no había de aceptar encargos y sólo trabajaría para sí mismo; necesitaba entera libertad para continuar su obra. Compró una casa aislada que en el lugar llamaban "la casa del sordo", porque hacía años ya que no oía. Había perdido a su mujer en 1812. Para ocuparse de la casa hizo venir a una parienta lejana, doña Leocadia, que llegó con su nieta, Rosarito, de 3 años de edad. Empezó a cubrir las paredes con las célebres "pinturas negras" donde sin preocuparse en absoluto del público dio curso libre a su imaginación.[22] *Saturno devorando a uno de sus hijos*, *Las brujas en el prado del macho cabrío*, *El perro enarcado*, son todas obras pasmosas por la novedad de su factura y la sombría riqueza de su inspiración. Al mismo tiempo ejecutó una serie de grabados, *Los disparates*, que comprenden los *Sueños* y los *Proverbios*, en que representa con rasgos virulentos el triunfo de la estupidez.

Siempre deseoso de renovarse, en 1819 introduce en España la litografía, descubierta en Leipzig en 1796. La primera que ejecutó representa a una vieja hilandera. Posteriormente hizo muchas otras.

---

22 Un admirador, el barón Erlanger, compró la casa, hizo desprender las pinturas que fueron pasadas a telas y las donó al Museo del Prado.

Tenía 77 años cuando se desencadenó en España el terror blanco. Primero se escondió, después se exilió en Burdeos. "Goya llegó viejo, sordo, debilitado, sin saber una palabra de francés, sin un criado... y sin embargo muy satisfecho y deseoso de ver el mundo", escribe su amigo Morantin. Hizo un viaje a París y luego volvió a Burdeos, donde se estableció. Ya no veía claro. Para trabajar, tenía que superponer varios pares de anteojos y utilizar una lupa, pero eso no le impidió ejecutar una admirable serie de litografías, *Los toros de Burdeos*, y otras tituladas *El amor, Los celos, La canción andaluza*. Dibujó animales, mendigos, tiendas, la multitud. Rosarito, que tenía entonces 10 años y por quien sentía gran afecto, quiso pintar miniaturas y a pesar de su vista debilitada, pintó con ella. Un año antes de su muerte, a los 81, pintó un retrato de monja y otro de monje cuya factura hace pensar en Cézanne.

En sus últimos años trató con frecuencia el tema de la vejez. Ya en *Hasta la muerte*, de los *Caprichos*, retomaba el tema tantas veces explotado por la literatura de los siglos XVI y XVII: la vieja que se cree todavía bella. Dibujó una vieja horrible que se pone el sombrero mirándose complacida en el espejo. Detrás de ella, unos jóvenes se ríen disimuladamente. En 1817 retomó el mismo tema en *Las viejas*: dos ancianas espantosas que se contemplan en un espejo; detrás de ellas se yergue el tiempo que tiene dos grandes alas y una escoba en la mano. Su pertenencia a la tradición literaria española se afirma con mayor claridad en *La Celestina*: una muchacha muy escotada y de cara sensual se exhibe en un balcón; detrás se perfila el personaje bien conocido de la dueña alcahueta: una vieja horrible de nariz ganchuda, aire cómplice y solapado, que desgrana un rosario entre sus dedos como garras. Goya pintó también en sus *Sabats* a numerosas hechiceras. A los 80 años dibujó a un viejo con el rostro inundado por una crin y una barba blancas, apoyado en dos bastones; la leyenda es "Aprendo siempre". Goya se burlaba de sí mismo y de su sed de novedad.

Baudelaire estaba pasmado del asombroso rejuvenecimiento que representó para Goya su vejez: "Al final de su carrera", escribe, "los ojos de Goya se habían debilitado al punto de que, según dicen, había que afilarle los lápices. Sin embargo, aun en esa época, hizo grandes litografías muy importantes, planchas admirables, vastos cuadros en miniatura, otra prueba en favor de esa ley singular que preside el destino de los grandes artistas y según la cual como la vida se gobierna a la inversa de la inteligencia, ganan por un lado lo que pierden por otro, y van así, siguiendo una juventud progresiva, reforzándose, remozándose y creciendo en audacia hasta el borde de la tumba".

De lo que habíamos dicho a propósito de la vejez en general —que nos descubre nuestra doble finitud—, acabamos de ver ejemplos precisos a propósito de intelectuales y artistas: éstos tienen conciencia de la brevedad de su porvenir y de la singularidad insuperable de la historia en la que están encerrados. Dos factores intervienen para definir su situación: la amplitud de su proyecto original y el peso más o menos paralizante del pasado. Se ha visto que para los científicos, la vejez entraña casi fatalmente esclerosis y esterilidad. Los artistas, por el contrario, tienen con frecuencia la impresión de que su obra está inconclusa, de que podrían enriquecerla todavía; pero entonces ocurre que les falte tiempo para terminarla; se fatigan en vano: Miguel Ángel, a pesar de su encarnizamiento, no vio la cúpula de San Pedro. A menudo se establece un equilibrio: quedan aún cosas por hacer sin que el tiempo apremie. Incluso es posible todavía hacer progresos. Pero tienen en esta época de la vida un carácter decepcionante: se progresa, sí, pero poco. En el mejor de los casos, el anciano no superará mucho el punto que ha alcanzado. Los hay que se entregan a contorsiones inútiles para salir de su pellejo; sólo consiguen caricaturizarse, no renovarse.

En realidad, la obra sólo puede enriquecerse de acuerdo con lo que es y no dejará de ser.

Esta idea puede ser desalentadora sobre todo si la decadencia fisiológica, la enfermedad, la fatigabilidad, hacen penoso el trabajo. Pero ciertos ancianos ponen una pasión heroica en seguir luchando. El heroísmo no reside sólo —como en Renoir, Papini, Miguel Ángel— en su relación con un cuerpo reacio. Consiste también en seguir encontrando alegría en progresos que la muerte pronto interrumpirá, en continuar, en querer superarse conociendo y asumiendo al mismo tiempo la propia finitud. Hay en eso una afirmación vivida del valor del arte, del pensamiento, que suscita admiración. Tanto más cuanto que la impugnación por las generaciones nuevas no afecta solamente al hombre de ciencia, sino también al artista, al escritor. Bonnard sufría por la "dureza" de la juventud que, mientras él enriquecía su obra, se apartaba de él.

Lo más penoso, al final de una vida creadora, es interiorizar esa duda. Los hombres jóvenes son capaces de llevar la impugnación hasta la desesperación, hasta el suicidio: Van Gogh, Nicolás de Staël. La finitud —y las imposibilidades que implica— puede descubrirse a cualquier edad. En general un hombre joven, aunque esté descontento de sí mismo, pone su esperanza en el porvenir que se le abre. Para un hombre de edad, la suerte está echada. Si descubre debilidades en su obra, le es penoso saber que no puede modificarla fundamentalmente. Monet, por momentos, dudaba radicalmente del valor de su pintura y se desconsolaba. Si está contento de su trabajo, el anciano lo siente peligrar en el juicio de los otros, y en particular en el veredicto que emitirá la posteridad.

Ésta puede presentarse como un recurso contra la muerte, una promesa de supervivencia. La obra existirá para las generaciones futuras, tendrá quizá la suerte de prolongarse indefinidamente en ellas. En tiempos de Ronsard, de Corneille,

esta idea era consoladora; ellos creían que el régimen monárquico duraría eternamente, que la civilización no cambiaría, ni los hombres; su gloria repercutiría de siglo en siglo, tal como la habían conquistado. Ya no nos hacemos esas ilusiones. Sabemos que nuestra sociedad está en plena evolución; ¿en qué forma de socialismo, de tecnocracia o de barbarie desembocará? Lo ignoramos. Pero seguramente los hombres del futuro serán diferentes de nosotros. (Por eso Franz los imagina bajo forma de cangrejos en *Los secuestrados de Altona.*) Suponiendo que nuestro mensaje les llegue, no podemos prever a través de qué coordenadas lo descifrarán. De todas maneras, un cuadro, una novela no tendrán el mismo sentido para sus contemporáneos que para los siglos futuros; una cosa es leer, mirar en presente, otra a través del espesor del pasado.

Aun ateniéndose al futuro próximo, la obra corre riesgos más angustiosos cuanto más se cree en su valor. Y ante todo, el de ser aniquilada como resultado de circunstancias exteriores: es la suerte que Freud temía para el psicoanálisis. No menos penoso es pensar que será desfigurada. Newton sabía que su teoría de la atracción sería deformada y se esclerosaría; con múltiples advertencias trató en vano de impedir esas desviaciones. Nietzsche tenía mucho miedo de provocar falsas interpretaciones, y en efecto, hubiera rechazado las que los nazis dieron de la idea del superhombre. Para un individuo vanidoso, lo que cuenta no es tanto el futuro de sus obras como el de su fama. Si se considera mal apreciado, apela a los hombres del mañana: Edmond de Goncourt se decía que lo preferirían a él más que a Zola. A la inversa, Bernard Shaw, célebre en vida, estaba convencido de que, por una especie de ley de balanza de que habían sido víctimas Hardy, Meredith y muchos otros, las generaciones ascendentes no le harían justicia. En todo caso, sea olvidado, incomprendido, rehabilitado o admirado, nadie está presente cuando se decide su suerte póstuma; esta ignorancia es lo único seguro y a mis ojos vuelve ociosas todas las hipótesis.

Para concluir este estudio sobre la relación del hombre de edad con su praxis voy a examinar la vejez de algunos hombres políticos. El hombre político no ha elegido ni la esfera abstracta del sabio y el filósofo ni el mundo de lo imaginario. Está anclado en la realidad; quiere actuar sobre los hombres para desviar hacia ciertos fines la historia de su época. Esta empresa puede adoptar en él la forma de una carrera; así en Disraeli, que desde la infancia deseaba ser ministro. La política se presenta ante todo como una forma en busca de un contenido; el fin al que se apunta es ante todo el ejercicio de un poder, cualquiera que sea, y el prestigio que de ello deriva. En otros casos, se trata de un compromiso suscitado —en un individuo formado de cierta manera— por el curso de los acontecimientos: se siente llamado, exigido. En general las dos actitudes se interfieren. El que quiere hacer carrera opta por ciertos fines y será en adelante exigido por ellos, como le ocurrió a Disraeli. El hombre al que una misión concreta reclama, buscará el poder para realizarla. De todas maneras, el político depende de los otros más estrechamente que los intelectuales y los artistas. Éstos necesitan ser reconocidos a través de obras cuyo material no es el hombre mismo. El político toma a los hombres mismos como material; los sirve sirviéndose de ellos; su éxito, su fracaso están en manos de los hombres y las reacciones de éstos son en gran medida imprevisibles. Antes de examinar qué consecuencias pueden resultar de ello en la vejez, conviene primero ver cuál es en general la relación del individuo que envejece con la historia.

Ésta tiene diversos rostros. No interviene en las sociedades repetitivas. En la Edad Media parecía catastrófica; la salvación venía de otro mundo. Se cargó de promesas en el siglo de las luces. Hoy encierra promesas, pero también amenazas: la destrucción total o parcial de nuestro planeta por la bomba. He visto personas que preveían esta eventualidad sin

mayor emoción; desde el momento en que uno está muerto, ¿qué importa lo que pase después? E incluso, decían algunos, se evita todo pesar si se sabe que la Tierra desaparecerá con nosotros.

A otros, entre los que me cuento, esta idea les horroriza. Incapaz, como todo el mundo, de concebir lo infinito, no acepto la finitud. Necesito que se prolongue indefinidamente esta aventura en la que se inscribe mi vida. Amo la juventud; deseo que en ella continúe nuestra especie y que ésta conozca tiempos mejores. Sin esta esperanza, la vejez hacia la cual me encamino me parecería absolutamente insoportable.

Sucede a veces que grandes cambios políticos y sociales transfiguran una vejez. A partir de la toma de la Bastilla, Kant renunció a su inmutable paseo cotidiano para salir al encuentro del correo que le traía noticias de Francia; siempre había creído en un progreso que conduciría al florecimiento de la sociedad y del individuo, y pensaba que la Revolución confirmaba sus previsiones. Semejante posibilidad es rara, pues vistas día a día las derrotas son absolutas y los éxitos precarios. Defraudados a menudo en nuestras esperanzas no conocemos nunca la felicidad sin mezcla de haber tenido razón. "La verdad no triunfa jamás; sus adversarios terminan por morir", decía el físico Planck. Personalmente sufrí con horror la guerra de Argelia; la independencia había costado demasiado cara para poder acogerla con alegría. "El camino que va hacia el bien es peor que el mal", decía Mirabeau. Cuando se es joven, con una eternidad ilusoria por delante, de un salto se llega al término del camino; más tarde, no se tiene impulso bastante para superar los llamados "gastos imprevistos de la historia" y se los juzga terriblemente elevados. En cuanto a las regresiones, tienen entonces algo de definitivo. Los jóvenes acarician la esperanza de ver nacer un mañana diferente; el retroceso conducirá tal vez a un salto adelante. Las gentes de edad, aunque a largo plazo confíen en el porvenir, no dan por sentado que asistirán a ese cambio.

Su fe no los defiende de las decepciones presentes. A veces los abandona y los acontecimientos insuperables se les presentan como un desmentido de todas sus existencias. Una de las tristezas de Casanova fue la de ver derribado por la Revolución Francesa el viejo mundo en el que había vivido. Desde el fondo del castillo de Bohemia donde estaba confinado trataba a Mirabeau de "escritor infame".

Un ejemplo sobrecogedor de este tipo de desilusión es el de Anatole France. Socialista a la manera de Jaurés, es decir, humanista y optimista, imaginaba que pronto nacería sin violencia un mundo mejor y más justo. En 1913 —tenía 69 años—, pensaba que "todos los pueblos del universo se encaminaban hacia la paz". Decía: "Los proletariados de los pueblos pronto se unirán". Estaba convencido de que en todos los países el proletariado era pacifista y que estaba dispuesto a levantarse contra la guerra. Creía también que el capitalismo no conducía necesariamente a la guerra. Al volver de un viaje a Alemania afirmaba: "Es seguro que Alemania no desea la guerra". En un discurso pronunciado en abril de 1914 anunció la "unión próxima de Europa reconciliada". Confiaba en la razón humana; matar, destruir, era nefasto para todos; la humanidad tenía bastante buen sentido para saber lo que le era útil. Se cayó de las nubes en agosto de 1914 y quedó tan perturbado que en octubre pensó en el suicidio. Escribió a un amigo: "Incapaz ya de soportar la vida y en un estado de postración que me retiene aquí, te suplico que me consigas veneno". Publicó algunos textos —que lamentó más tarde— en los que, arrastrado por la corriente, condenaba al militarismo alemán; pero después se calló hasta el armisticio. En su correspondencia se ve que renunció a sus ilusiones idealistas y reformistas. Imposible en adelante creer que las masas eran capaces de impedir la guerra. A menudo se sentía absolutamente desesperado. Escribe en diciembre de 1915: "La existencia me es insoportable y sólo tengo sed y hambre de la nada". En junio de 1916: "Mi razón me abandona. Lo

que me mata, no es tanto la maldad de los hombres como su estupidez". En diciembre de 1916: "La estupidez humana es infinita". Se indignaba de que no se interrumpiera la guerra. Concluye una larga carta rabiosa e irónica con estas palabras: "No tenemos prisa. ¡La guerra sólo hace perder a Francia 10.000 hombres por día!" En noviembre de 1917 escribe: "No hay límites ya para mi tristeza y mi inquietud". Tomó partido por los hombres que Clemenceau mandara condenar, discretamente por Caillaux, francamente por Rappoport. "He vivido de más un año, incluso setenta", escribió. "No deseo ya ni siquiera el fin de los horrores que asolan Europa. No creo ni deseo más nada, sólo aspiro a la nada eterna".

La revolución rusa lo sacudió mucho: "El primer paso decisivo hacia un porvenir mejor sería la aplicación de las doctrinas de Karl Marx. El pacifismo está superado", escribe. La guerra le había demostrado la necesidad de la violencia, pero no se resignaba fácilmente a esta idea: "Temo que con el fin de esta guerra no se cierre la era de la violencia. Para garantizar el desarme universal haría falta la rebelión de los pueblos... Esta guerra horrible lleva en su vientre tres o cuatro guerras igualmente horribles. Ésta es la atroz verdad". Esto lo torturaba. El 3 de octubre de 1918 escribe: "Mi corazón, contrariamente a lo que se cree de los viejos, se ha vuelto más tierno de lo que era y la vida se me convierte en un perpetuo suplicio".

Firmado el armisticio, acaricia la esperanza de que "la guerra producirá la revolución universal" y afirma su admiración por los Soviets. En 1919, las huelgas y los movimientos obreros lo impulsan a creer en el próximo advenimiento del socialismo. Se compromete de nuevo públicamente en la lucha. Lanza un llamamiento a los electores: "No se terminará la lucha de clases sino con la terminación de las clases... Todo nos precipita al socialismo". No se inscribe ni en el Partido Socialista ni en el Partido Comunista, pero tiene amigos en uno y otro. En *L'Humanité* publica, en 1922, un *Saludo a los*

Soviets, "primer ensayo de un poder que gobierne el pueblo por el pueblo, para el pueblo". Con Barbusse, forma parte del grupo *Clarté*. Sin embargo, en su correspondencia y en sus conversaciones se muestra muy pesimista. Duda de su suerte póstuma. En *La vida en flor*, en 1921, su visión del porvenir es desolada. "No tendremos más posteridad de la que conocieron los últimos escritores de la Antigüedad latina". Pensaba que Europa y su civilización morirían: "Las potencias del mal son dueñas del mundo". "Europa se hunde en la barbarie". El socialismo, en el que todavía quería creer, no era en absoluto el que había soñado. Respondiendo al llamamiento de Gorki condenó el proceso de los socialistas revolucionarios que se abría en Moscú. No podía renegar de los valores humanistas con que había vivido: la tolerancia, la libertad burguesa. Su manera de pensar, como su estilo, habían caducado. Trató de seguir el movimiento de la historia, pero seguía siendo el hombre de otra época. Sus escritos no tenían ninguna eficacia. En 1923 fue violentamente atacado por *L'Humanité*; se le reprochaba su diletantismo, su anarquismo, su escepticismo. También quedó excluido de *Clarté*. En realidad, a pesar de su esfuerzo por adaptarse a los nuevos tiempos, la guerra del 14 había destruido sus esperanzas en un mundo razonable y feliz.

Más radical todavía fue la derrota de Wells en 1940. A los 70 años se mantenía extremadamente joven y al principio se adaptó muy bien a su época. Viajó a los Estados Unidos, donde conoció a Roosevelt; soñaba con un acercamiento entre el Este y el Oeste. Se dio cuenta de que había fracasado: "He sufrido un fracaso en una empresa que era demasiado vasta para mí". Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial se trastornó tanto que cayó enfermo. Hablando del mundo de 1942 declaró: "Este espectáculo ha terminado por quebrantarme del todo". Se decía "al final de sus fuerzas" y anunció: "El autor no tiene más nada que decir y no tendrá nunca más nada que decir". Vivió hasta 1946 en el horror y la desesperanza.

Su fe en los hombres había muerto. Todo su trabajo, todas sus luchas anteriores, el sentido mismo de su vida descansaban en la confianza en sus semejantes; perdida ésta, no quedaba ya recurso alguno en ninguna parte; sólo faltaba tirar la esponja, desear la nada, morir.

Una desesperación semejante puede conducir al suicidio. Virginia Woolf, que vivía al margen de la política, en un círculo de privilegiados, quedó aterrada por la declaración de guerra y por los bombardeos de Londres; a los 58 años no pudo sobrevivir a la disgregación de su universo.[23] Con mayor razón, si una persona de edad se siente amenazada por circunstancias políticas y sociales pensará que para ella la partida está perdida, que la lucha es vana y que lo mejor es terminar. En Francia fueron sobre todo judíos viejos los que se mataron cuando el país fue ocupado.

Si un hombre de edad ha contribuido a provocar acontecimientos que lamenta se sentirá más afectado que un joven; en lugar de perderse en vanos pesares, este último tratará de limitarlos; el primero ya no tiene tiempo suficiente por delante para suponer que desviará su curso; ésta fue la desgracia que ensombreció los últimos años de Einstein. Tenía suma conciencia de la responsabilidad del hombre de ciencia en las aplicaciones de ésta. Le preocupaban las posibles consecuencias de la liberación de la energía atómica, realizada a partir de sus descubrimientos. "Hacer retroceder esta amenaza se ha convertido en el problema más urgente de nuestro tiempo", decía antes de la guerra. En 1939 los físicos Wigner y Szilard, temiendo que Alemania fabricara la bomba de uranio, convencieron a Einstein de que escribiera a Roosevelt para advertirle del peligro. Así lo hizo, y pidió que se mantuviera un contacto permanente entre la Administración y los físicos que estudiaban las reacciones en cadena; había que

23 Había tenido ya crisis de depresión en la que había pensado en suicidarse.

abastecer a los Estados Unidos en uranio y acelerar el trabajo experimental. Este consejo fue seguido. Muy pronto Einstein empezó a temer las consecuencias. Desde 1940 hablaba de esa carta como del acontecimiento más desdichado de su vida. Cuando sospechó los proyectos de destrucción de las ciudades japonesas por medio de la bomba atómica envió un memorándum a Roosevelt, que murió sin haber abierto la carta. Einstein no creía que ningún individuo con sus solas fuerzas pudiera influir seriamente en la historia. Y su iniciativa de 1939 se justificaba: una bomba alemana de uranio parecía entonces posible. No se consumió, pues, de remordimientos, pero experimentó dolorosamente la contradicción entre la riqueza de las creaciones científicas y el uso destructor que de ellas se hacía.

De ser más joven seguramente se habría empeñado a fondo en una lucha por la paz; hubiera tratado de neutralizar de una u otra manera la invención de la bomba atómica; pero el breve futuro de que disponía no le permitía esperar que encontraría un remedio.

Aun cuando la historia se desarrolle sin catástrofe hay otra razón por la cual el anciano no obtiene satisfacciones; como se ha visto en el caso de Anatole France, sigue con dificultad su movimiento. Es sabido que cuesta adoptar un nuevo set. Además, la mayor parte del tiempo no lo quiere; está retenido por sus intereses ideológicos. Las frases dichas o escritas, personaje que se ha creado, constituyen un "ser fuera de él mismo" al que se ha alienado. Un viejo profesor se confunde con el curso magistral que repite cada año, con los títulos y los honores que le ha valido; las reformas le irritan no sólo porque se ha vuelto incapaz de sustituir su curso por un diálogo, sino porque perdería entonces, piensa, todo lo que constituye su razón de ser. Como su trabajo profesional, la actividad política de un hombre viejo está abrumada por el peso del pasado. Con frecuencia no consigue comprender una época demasiado alejada de su juventud. Le faltan los instrumentos intelectuales necesarios.

Está hecho por su vida. Frente a circunstancias que lo toman desprevenido no encuentra la respuesta justa. Lamentando haberse obstinado en 1940 en un pacifismo ciego, Guéhenno, a pesar de ser joven todavía, escribe: "Hay en el fondo de los hombres de mi edad una multitud de recuerdos paralizadores". No se había dado cuenta de que las palabras guerra y paz no tenían el mismo sentido en 1914 y en 1940; hay experiencias cuyas lecciones han caducado, principios abstractos que hay que revisar cuando las circunstancias cambian. Alain fue, como Guéhenno, víctima de sus recuerdos cuando se inclinó hacia la colaboración; pero tampoco trató de mirar de frente la situación; quedó retenido por su interés ideológico: el pacifismo, en cuyo defensor se erigió toda su vida. Bertrand Russell cometió, por la misma razón, el mismo error; puso la causa que siempre había servido por encima de la realidad presente: en nombre del pacifismo predicó en Inglaterra la no resistencia al nazismo.

El caso de Jeannette Vermeersch es significativo. A través de todos los acontecimientos que se desarrollaron desde su juventud hasta el otoño de 1968, su línea nunca se modificó. Incondicionalmente fiel a la URSS, estalinista empecinada, trató de frenar en Francia, después de la muerte de Stalin, la destalinización, apartándose cada vez más de un mundo en movimiento. Mientras que el Partido Comunista cambiaba de política, ella se aferraba a sus antiguas posiciones. En el momento de la crisis checoslovaca se apresuró a aprobar a los dirigentes soviéticos, hombres de su edad aproximadamente, a los que conocía personalmente, y en quienes se encarnaba para ella la verdad del comunismo. Se encontró aislada en el seno de su partido; ningún miembro del Comité Central la apoyó y tuvo que renunciar. Esta rigidez que la hizo caduca, se explica también por sus intereses ideológicos: se negó a impugnar la estalinista que había sido y la política de Thorez en la cual había colaborado estrechamente. Esta negativa a ponerse a sí misma en tela de juicio se encuentra en casi to-

dos los viejos, y sus razones son comprensibles. Puesto que, como dice Hegel, toda verdad deviene, se podrían asumir los errores de otro tiempo como una etapa necesaria; pero el sujeto sólo se decide a ello si tiene la esperanza de explotar esta verdad nueva, de seguir su desenvolvimiento, de enriquecerse con él. Cuando el porvenir está cortado no es fatal pero sí normal que uno se empecine en apostar al pasado y en no modificar la idea que de él se ha formado.

Lo hemos comprobado al estudiar las sociedades históricas: cualquiera que sea el régimen, el partido al que pertenecen, los viejos se ven llevados a ponerse del lado de los conservadores. Les es difícil escapar al pasado que los ha modelado; a través de él ven la actualidad y la comprenden mal. Les faltan medios y tiempo para adaptarse a la novedad, y sus intereses les impiden incluso intentarlo. Se esfuerzan por mantener el *statu quo*. Las revoluciones las hacen hombres jóvenes; al envejecer, éstos sólo siguen dirigiéndolas si aquéllas se han institucionalizado; aun en este caso su papel es más representativo que activo. Los hombres políticos se ven las más de las veces sin corona en su vejez. Han representado un momento de la historia; ésta cambia y reclama hombres nuevos. En su libro *Louis XIV et 20 millions de Français*, Pierre Goubert observa: "Dejó de la monarquía una imagen admirable, pero arrugada ya, si no caduca, en el momento en que murió. Como muchos otros reyes y como casi todos los hombres, había envejecido poniéndose rígido, esclerosándose". Sentía por lo demás que ese tiempo ya no era el suyo y que la suerte lo había abandonado. Es conocida la frase que dirigió el viejo mariscal de Villeroy después de la derrota de Romilly: "A nuestra edad, señor mariscal, no se es feliz". Monarca absoluto, conservaba el trono. Pero un ministro "caduco" no tiene posibilidades. La historia abunda en caídas estruendosas. Y como en general el hombre político es un ambicioso, soporta mal su decadencia. La morosidad de Chateaubriand en los días de su vejez procede esencialmente

de que, en el plano público, se encontró fuera de lugar, terminado. Me parece interesante estudiar de cerca la vejez de algunos hombres políticos; es siempre una aventura compleja en que intervienen el pasado del individuo, su estado biológico, el efecto de los acontecimientos, las contra finalidades históricas. Tomaré tres ejemplos en que predomina la importancia de uno u otro de esos factores.

Veremos con Clemenceau que un hombre que mantiene toda su vida la línea política de su juventud se encuentra, por fidelidad a su pasado, superado por el momento presente. Muchas veces se ha dicho: hay que cambiar para seguir siendo el mismo. Por haber permanecido apegado a cierta forma de democracia, Clemenceau se encontró con que había pasado de la extrema izquierda a la reacción que, sin embargo, no lo quería, a causa de sus antecedentes. Su valor, su carácter, la necesidad que había de él lo llevaron a la cima de la gloria. Pero en seguida quedó reducido a la impotencia porque ya no tenía cabida en la nueva vida política francesa.

Churchill, elegido para hacer la guerra porque había profetizado y reclamado que había que prepararse para ella, no hizo el esfuerzo necesario para inspirar confianza a Inglaterra cuando hubo que vivir de nuevo en la paz. Por lo demás no podía; no había evolucionado con su tiempo y conocía mal los nuevos problemas que se planteaban. Pero lo que entristeció su vejez fue sobre todo una ineluctable decadencia fisiológica contra la que luchó rabiosamente, pero que poco a poco lo arruinó por completo.

Dotado hasta su muerte de una admirable salud, Gandhi llevó a buen término la empresa de toda su vida: la independencia de la India. Pero los medios que había empleado para conseguirlo —entre otros, la exaltación de la religiosidad— tuvieron consecuencias que desmintieron los principios de toda su vida, de modo que terminó desesperado.

Educado en el culto de la Revolución Francesa por un padre violentamente republicano, que criticaba acerbamente el Imperio, en su juventud Clemenceau se adhirió con ardor a sus opiniones. Mientras estudiaba medicina en París se relacionó con un grupo de jóvenes positivistas y ateos; escribió en un diario subversivo y en 1862, a los 21 años, fue encarcelado en Mazas por haber exhortado a los obreros en un artículo a reunirse el 14 de julio en la plaza de la Bastilla y celebrar el glorioso aniversario. Al salir de la cárcel sufrió la influencia de Blanqui. Una estada de cuatro años en los Estados Unidos fortaleció su amor a la democracia. En 1869 se casó civilmente con una norteamericana y, de vuelta en Francia, se lanzó en 1870 a la acción política. Fue nombrado alcalde provisional del distrito XVIII y el 8 de febrero de 1871, diputado de París. En la Asamblea de Burdeos, el 19 de marzo de 1871, votó —con Víctor Hugo y algunos otros— contra el tratado que entregaba Alsacia y Lorena a Alemania; la capitulación del gobierno le indignó. De vuelta en París, trató en vano de hacer el papel de conciliador entre el gobierno y la Comuna. Dimitió porque la Asamblea, por influencia de Thiers, se negó a votar una ley de preparación de las elecciones municipales. "Que París se someta primero", decía Thiers. Clemenceau pensaba que para realizar una verdadera democracia, Francia debía apoyarse en el pueblo. Cuando en 1874 se efectuaron las elecciones municipales resultó elegido, en 1875 fue presidente del Consejo Municipal y después diputado del distrito XVIII.

Entonces comenzó para él una gran carrera parlamentaria en que hizo el papel de hombre de izquierda y aun de extrema izquierda. Reclamó la amnistía de los partidarios de la Comuna, que sólo fue concedida, y únicamente en parte, en 1879. A partir de 1881, el partido al que pertenecía adoptó el nombre de "radical socialista". Era uno de sus miembros más brillantes y escuchados. En el Parlamento, en sus artículos, luchó por la secularización de la República, por la laicidad

de la enseñanza, por la libertad de prensa, por el derecho de reunión, por un plan de educación nacional, por reformas económicas. Su partido tenía un programa social que se consideraba muy avanzado; exigía medidas de protección del trabajo, el reconocimiento de una personalidad civil a los sindicatos, el mejoramiento de la condición obrera.

Temido por sus adversarios por su elocuencia, combatió el colonialismo de Jules Ferry. Hizo caer a Freycinet, a Gambetta, a Jules Ferry. Jefe indiscutido de la extrema izquierda, hizo caer muchos ministerios. Contribuyó a derrocar al "boulangismo". Para vengarse, Déroulède intentó comprometerlo en el asunto de Panamá. Él se defendió con brillo y quedó limpio de toda sospecha. De todos modos perdió su asiento de diputado.

Tenía 52 años. Se lanzó al periodismo. Sus preocupaciones no eran solamente políticas, frecuentaba escritores y pintores; sostuvo con pasión el impresionismo y a Rodin. Jaurès estimaba por otra parte que en sus artículos "el pensamiento socialista se afirma con una claridad creciente". Desempeñó un papel esencial en la revisión del proceso de Dreyfus.

Elegido senador en 1893, sostuvo a Combes contra las congregaciones y defendió la ley de separación; sin embargo, reclamaba la libertad de enseñanza. Partidario de un "socialismo progresivo", su acción comenzó a oponerse a la de los socialistas que reclamaban la expropiación de la clase capitalista, la socialización integral de los medios de producción e intercambio. Rechazaba la lucha de clases y deseaba reformas logradas por vía legal.

Sin embargo, fiel al espíritu del 48, en 1882, cuando las huelgas de los mineros, defendió el derecho de huelga contra las compañías mineras. Denunció los crímenes de Fournies.

Doce años más tarde, cuando fue nombrado ministro del Interior, hubo un vuelco en su posición política. No es que hubiera cambiado, pero la situación se había transformado. La sociedad liberal seguía siendo la misma mientras que el

proletariado se había vuelto mucho más numeroso y mayor su miseria. El resultado era una tensión social que exigía soluciones extremas. Clemenceau quería ante todo mantener el orden republicano, es decir, burgués. En Lens se declararon huelgas que se convirtieron en motines; Clemenceau mandó tropas que dispararon contra los obreros. Allí donde consideraba necesaria la represión apelaba al ejército. Se llamaba a sí mismo "el primer policía de Francia". Los socialistas lo atacaban con violencia; entre ellos y los radicales la ruptura era ya total y definitiva.

Clemenceau tenía 65 años cuando en 1906 llegó a ser presidente del Consejo; era, en efecto, el jefe del Partido Radical que representaba a la mayoría de la Cámara y que luchaba ahora contra las fuerzas progresistas. El sindicalismo obrero se había vuelto revolucionario. En todas partes estallaban graves conflictos; Clemenceau los dominó por la fuerza. Las represiones fueron sangrientas. En Villeneuve-Saint-Georges, en 1908, hubo —de fuente oficial— cuatro obreros muertos y cuarenta heridos. Se opuso enérgicamente a la creación de sindicatos de funcionarios. Los socialistas y en particular Jaurès se desencadenaron contra él. Daba además otras garantías a la reacción: concedió plenos poderes a Lyautey para ocupar el interior de Casablanca. Pero aunque se preocupara de la defensa nacional —nombró a Foch director de la Escuela de Guerra— la derecha le reprochaba que la descuidara. A raíz de la explosión del *Yena*, Delcassé denunció las enormes insuficiencias del Departamento de Marina. El ministerio cayó. Briand formó un nuevo gabinete.

En ese momento de su historia, Clemenceau ilustra lo que he dicho antes: un hombre de edad que se obstina en sus posiciones pasadas se encuentra desplazado con respecto a la actualidad. El "socialismo" de Clemenceau había caducado, al punto de transformarse en una política reaccionaria.

Se declaró muy contento de recobrar su libertad y partió a dar conferencias sobre la democracia en América del

Sur: "Soy soldado de la democracia", declaraba. De vuelta en Francia, fundó en 1913 un diario, *L'Homme libre*, donde escribía casi todos los días. Sentía que se acercaba la guerra y, aunque deseaba que fuera evitada, combatía el pacifismo. Hizo una campaña a favor de la ley que llevaba a tres años la duración del servicio militar.

Una vez declarada la guerra, criticó con tanta aspereza la forma en que era dirigida, que su diario fue suspendido. Reapareció con el nombre de *L'Homme enchaîné*. En 1914, Viviani le propuso entrar en el ministerio; se negó. Convencido de que sólo él podía salvar a Francia quería la presidencia del Consejo o nada. A partir de enero de 1915 desempeñó una función importante presidiendo en el Senado la Comisión del Ejército y de Asuntos Extranjeros. A pesar de sus 75 años iba con frecuencia al frente y recorría las trincheras; pasó una noche en el fuerte de Douaumont. Criticó violentamente la lamentable organización del Servicio de Sanidad. En su diario luchaba también enérgicamente contra el "derrotismo". Y conjuraba a los Estados Unidos para que acudieran en ayuda de Francia. Después de los motines del 15 de mayo de 1917, pronunció un discurso virulento contra el ministro del Interior, Malvy.

Su patriotismo, su energía, le valían una inmensa popularidad en el país. Pero en los círculos políticos había suscitado odios en todos lados. Poincaré lo detestaba. Reprochaba a ese hombre de 77 años "su orgullo inmenso, su movilidad, su ligereza". Sin embargo se decidió a llamarlo. Clemenceau estaba un poco sordo, pero había conservado toda su inteligencia y su vitalidad. Permaneció veintiséis meses en el poder, trabajando de las 6 de la mañana a las 10 de la noche. Se había rodeado de un equipo nuevo. La situación era dramática. Para salvarla, reclutó clases nuevas, hizo votar créditos, combatió implacablemente el derrotismo. Fue atacado vivamente por los socialistas. Logró imponer a los Aliados la unidad de comando y sostuvo a Foch, que se encontró

entonces a la cabeza de todos los ejércitos. Cuando los alemanes empezaron a retroceder, fue acogido triunfalmente en las regiones liberadas. "No era entusiasmo sino una verdadera locura", anotó Mordacq. "A duras penas conseguí que no me ahogaran". Clemenceau, que había sido severamente criticado durante su ministerio, tuvo entonces un feliz desquite. "Realmente hay que tener el corazón sólido para resistir a semejantes emociones", decía. "Sirven de consuelo a no pocas amarguras". Poincaré, Pétain, algunos otros hombres políticos y militares deseaban que el ejército alemán fuera perseguido hasta Berlín. Clemenceau sostuvo a Foch cuando éste decidió firmar el armisticio: "Nadie tiene derecho a prolongar más tiempo el derramamiento de sangre", declaró Foch. No era ésta la única razón de su actitud. Los fines esenciales de la guerra se habían logrado, la opinión pública reclamaba el armisticio; hubiera sido peligroso "jugar con la moral de las tropas y del país".[24] Además, de haber continuado la guerra, el papel del ejército norteamericano hubiera llegado a ser cada vez más importante y la paz habría dependido más aún de Norteamérica. Por fin, Foch, como los dirigentes aliados, temía que la prolongación de las hostilidades favoreciera en Alemania la difusión del bolcheviquismo.

Cuando anunció la firma del armisticio, Clemenceau fue aclamado por las cámaras. Una multitud congregada delante del Ministerio de Guerra exigió que se asomara al balcón de su despacho y lo ovacionó; Clemenceau lloró de emoción. Sin embargo, esa noche su alegría había desaparecido. Sus hijos lo llevaron al Grand Hôtel para que viera a la multitud de fiesta en la Plaza de la Ópera. Clemenceau la miró en silencio: "Dime que eres feliz", pidió su hija. "No puedo decírtelo porque no lo soy. Todo esto no ha servido para nada". Lo llamaban "Pére la Victoire" (Papá la Victoria) , le erigían

24 Tardieu, *La Paix*.

estatuas, pero él tenía miedo del futuro: "Ahora habrá que ganar la paz y será quizá más difícil", dijo. "Si me preocupara mi gloria, debería morirme ahora", dijo también. Estaba muy cansado; tenía el estómago deshecho, las manos roídas por la urticaria, dormía mal.

Hizo un viaje a Londres, donde fue aclamado. También lo fue en Estrasburgo, con un entusiasmo que le arrancó lágrimas. Después de un breve descanso en Vendée —su lugar natal—, abrió la Conferencia de la Paz y volvió a trabajar encarnizadamente. El 9 de febrero de 1919, un joven anarquista de 23 años, Cottin, le disparó diez balas de revólver.[25] Una de ellas lo hirió pero sin gravedad.

Las negociaciones con Wilson fueron espinosas. Defendía los intereses franceses; obtuvo en principio que Alemania pagara a Francia reparaciones; obtuvo también que el ejército francés ocupara durante quince años la orilla izquierda del Rin y algunas otras ventajas. Sin embargo, Foch le reprochaba que hiciera demasiadas concesiones y la derecha empezaba a llamarlo el "Perd la Victoire" (Pierde la Victoria).[26] En el interior estallaban huelgas; por todas partes surgían reivindicaciones. Ordenó una represión implacable: la policía dispersó violentamente una manifestación de viudas de guerra. El 1° de mayo los obreros formaron un cortejo contra el que cargaron las fuerzas del orden, sable desenvainado; hubo muertos y heridos. La policía cargó también contra un cortejo de mutilados con increíble salvajismo. Acordó a los obreros la ley de ocho horas, pero había perdido toda popularidad entre ellos. El 28 de junio se firmó el Tratado de Versalles; cuando salió con Wilson, estuvieron a punto de ser aplastados por una multitud entusiasta. Pero él no estaba

25 Nunca se conoció el fondo del asunto. Condenado a muerte, Cottin fue indultado y más tarde se le devolvió la libertad. Parece que era un iluminado.

26 Juego de palabras con el apodo anterior.

contento de esta paz; Francia, a su juicio, no había obtenido las garantías que le eran necesarias. El tratado fue severamente criticado por muchos políticos franceses. Un "depósito de explosivos", decía Cambon.

Tenía en su contra a toda la izquierda que le reprochaba su "patriotismo estrecho y reivindicativo". Su nacionalismo irritaba a los intelectuales. El francés medio lo acusaba de haber defendido mal los intereses de Francia. Había perdido gran parte de su prestigio. Aspiraba al retiro. Sin embargo, pronunció algunos discursos. Ciertos parlamentarios deseaban una reforma de la Constitución: la defendió contra ellos. Predicó la unión nacional y atacó fanáticamente a los bolcheviques, suscitando la cólera de la extrema izquierda y, a cinco días de las elecciones, una huelga general de los obreros impresores de la prensa parisiense.

El Bloque Nacional, es decir, la derecha, triunfó en las elecciones: fue la "Cámara azul horizonte" cuya mayoría estaba compuesta por adversarios declarados de los partidos de izquierda. Clemenceau acogió este resultado con desagrado. "Clemenceau no supo retirarse", anota Pierre Miquel.[27] "La Cámara azul horizonte comienza con la derrota de los clemencistas de izquierda".

El 8 de noviembre, durante la primera sesión de la nueva Cámara, recibió con emoción a los electos de Alsacia y Lorena. Fue aclamado. Pero no pidió la renovación de su mandato de senador. Tenía 80 años, estaba cansado. Sus amigos hubieran querido que se presentara a las elecciones presidenciales. "¡Pero quieren mi muerte!", protestó. Al volver de un viaje a Londres, quizá por influencia de Lloyd George, aceptó presentar su candidatura, pero sin entusiasmo, tanto que sus adversarios lo acusaron de despreciar el Parlamento. Anticlerical notorio, se oponía a la reanudación de las rela-

27 Biógrafo de Poincaré.

ciones entre Francia y el Vaticano; tenía a todos los católicos en contra; éstos se ligaron con los socialistas. Foch, Briand, Poincaré hicieron campañas contra él. La reunión preparatoria, que se celebró la víspera de las elecciones, dio la mayoría a Deschanel. Se negó a presentarse al día siguiente y declaró que si era tenido en cuenta, y él obtenía la mayoría, no aceptaría el mandato: "Todavía podría ser útil", dijo por la noche a Barrés. "Pero para mí es preferible. Tengo 80 años. Nadie lo sabe. Pero yo sí lo sé, y a veces cruelmente". Deschanel fue elegido al día siguiente.

No aceptaba sin amargura que "le dieran el retiro". Su orgullo sufrió profundamente. Se retiró a Vendée, a una casita aislada a orillas del mar, y se negó en adelante a leer nada de lo que escribían sobre él, fuera elogio o crítica. Su salud era asombrosa. Visitó Egipto e hizo a la India un viaje extremadamente cansador del que volvió diciendo: "Me siento más joven que nunca". "Se diría que al envejecer acumulaba vida en lugar de gastarla", escribió Alfred Capus. Pero la situación política lo desconsolaba. En Córcega, en Sartène, lamentó en un discurso que el Tratado de Versalles no se aplicara íntegramente. Le hacía sufrir el retiro de Norteamérica, el problema de las reparaciones, de las concesiones hechas a Alemania, del retorno al poder de Briand, a quien odiaba, de lo que él llamaba la decadencia moral de Francia. Luchaba por interpósita persona. Fundó un diario, *L'Écho National*, cuya dirección confió a Tardieu; fue un fracaso.

El New York World le pidió su opinión sobre el papel de Norteamérica en la guerra y en la paz; decidió ir, a título privado, a explicarse a los Estados Unidos. Partió el 11 de noviembre. Fue acogido triunfalmente. A pesar de sus 81 años tomó treinta veces la palabra en tres semanas, tratando de "despertar a los norteamericanos". El público era inmenso y lo aclamaba; pero su viaje no tuvo ninguna consecuencia política. Poco tiempo después la ocupación del Ruhr exasperó el antagonismo entre Norteamérica y Francia.

De regreso a Francia, a pesar de las propuestas que le hicieron, se negó a entrar en el Parlamento; pero seguía con desolación el curso de los acontecimientos. Escribía el 26 de abril de 1922: "La situación se agrava día a día en Génova, donde nos dejamos regentear cruelmente por Lloyd George. Ruptura o sumisión, es la caída al fondo del pozo... Esto me hace sufrir lo indecible". Y además: "Traicionado por sus gobiernos y traicionado por su prensa: ésta es la suerte de nuestro pueblo". Reprochó a Briand sus concesiones. Cuando Poincaré lo sucedió, en enero de 1922, e hizo ocupar el Ruhr, estimó que esta medida llegaba demasiado tarde y no tenía ya ninguna virtud. Le pareció inútilmente peligrosa: "Ese Poincaré de ustedes me parece un niño que juega con tizones encendidos entre barricas de pólvora", escribió a su amigo.

Se consolaba paseándose a orillas del mar, a pie o en coche, cultivando rosas, recibiendo visitantes. Trabajaba en su *Demóstenes*. Escribía a un amigo: "Tengo 82 años, con eso se dice todo. El cuerpo no anda mal. La cabeza está bastante bien. El corazón también". Y además: "No pido nada y sin poder ser tachado de egoísmo voy a morir más o menos feliz en medio del áspero conflicto de los destinos contrarios". Escribió también *Au soir de la pensée*: "Gracias a eso",[28] dice a Wormser en octubre de 1925, "he vivido admirablemente cuatro años que hubiera pasado llorando... Es curioso, verdad, que el final de mi vida esté tan en contradicción con lo que he sido, con mi carácter. Lo debo a mi trabajo, me distrae, me eleva. Ya no me conmueve todo ese hormiguero".

En realidad tenía crisis de fatiga y de depresión. Su melancolía se transparentaba en sus cartas y sus discursos. A

28 Al hecho de escribir.

Poincaré siguió el cartel de las izquierdas que buscó un acercamiento con Alemania. Clemenceau estalló. Vio cómo Caillaux y Malvy, rehabilitados, volvían a ser ministros. Briand firmó el tratado de Locarno y fue saludado como el nuevo apóstol de la paz. Para Clemenceau era una serie de bofetadas insoportables. Cuando en 1926 se creó un gabinete de Unión Nacional del que formaban parte sus dos principales enemigos, Briand y Poincaré, su cólera llegó al paroxismo: rompió con Tardieu cuando éste aceptó entrar en el gabinete. Escribió una carta indignada al presidente Coolidge que reclamaba de Francia el pago de sus deudas. Profetizaba catástrofes: "Dentro de cinco, diez años, cuando quieran, los boches entrarán en nuestra casa". Lo cual, por lo demás, era exacto. Decía también: "¡Los tiempos que vivimos son de una abyección!". A René Benjamin, que había ido a visitarlo a su casa de campo, le dijo: "De esa pobre cosa efímera, la Francia del siglo XX, se acabó, estoy desapegado... Un hombre digno de tal nombre se moriría de asco entre los enanos que nos gobiernan. Estoy bien donde estoy". Hacía sobre el futuro sombríos pronósticos: "Ustedes tendrán una delicuescencia y no durará mucho. Briand, con Alemania, les va a arreglar eso. Vivirán ustedes la paz *faisandée* de las decadencias". Había perdido toda pasión, toda convicción: "¿Esperar? ¡Es imposible! Ya no puedo, yo que ya no creo, que no creo más en lo que me ha apasionado: la democracia".

Tenía una gran amistad con Claude Monet. Le pidió que donara al Estado *Los Ninfeas*, que él admiraba; la administración de Bellas Artes puso la Orangerie a disposición del pintor. Pero éste —a quien Clemenceau llamaba "el rey de los cascarrabias"— multiplicó las dificultades y canceló la donación. Después la confirmó, pero murió en diciembre de 1926, antes de que quedara terminada la instalación. Seis meses antes, Clemenceau había perdido a Geoffroy, a quien tenía mucho afecto. Perdió también a su hermano Albert, a su fiel sirvienta Clotilde. La soledad le pesaba: "¡Ah, qué

triste es llegar al final de la vida! No queda nadie alrededor de uno", decía. Su salud se alteraba un poco: "Tengo el pesar de sentirme casi bien, mi único mal es no tener más piernas". Decía sin embargo que el trabajo le proporcionaba "alegrías de muchacho". Escribió un libro sobre Monet. Ofendido por el *Mémorial* aparecido tres semanas después de la muerte de Foch, en abril de 1929, y en que éste lo ponía en tela de juicio, replicó escribiendo *Grandeur et misère d'une victoire*. Esos ataques lo habían entristecido: "Le[29] reprocho sobre todo que no me haya permitido terminar mis días en el modesto orgullo de un silencio en el que yo había puesto lo mejor de mis alegrías profundas". Pero se volvía hacia su pasado con satisfacción: "Lo he tenido todo... todo lo que un hombre puede tener... ¡He vivido las horas más grandes que un hombre pueda vivir en este mundo! ¡Cuando se supo el armisticio, hijos míos!". Hasta el final conservó una vitalidad asombrosa. Sólo en vísperas de su muerte murmuró: "Envejezco. Me aferro a la vida con las uñas blandas".

Esta robusta vejez contrasta de modo sorprendente con la de Churchill, aunque haya entre los dos asombrosas analogías. Llamado al poder en 1940, a los 66 años de edad, Churchill en la hora de la victoria fue considerado también como el salvador de su país y gozó de una inmensa popularidad. Pero también él fue expulsado del poder inmediatamente después de la guerra. Sólo su destino biológico fue completamente distinto del de Clemenceau.

En 1940 Churchill fue saludado como el hombre providencial: el país entero reclamaba que se le confiara el poder. Tenía a sus espaldas una larga carrera de parlamentario y de ministro. Gracias en parte a haber estado él a la cabeza del

29 A Foch.

Almirantazgo, en 1911, la flota inglesa había adquirido su poder. Cuando en 1930 la derrota del Partido Conservador acarreó la derrota del ministerio Baldwin, Churchill, que era entonces ministro de Hacienda, había perdido su cartera. Durante diez años quedó apartado del poder. Pero había pronunciado discursos muy notables. Había comprendido en seguida la gravedad del peligro nazi y en 1936, hablando ante el Comité de Asuntos Exteriores del Partido Conservador, apeló a la S.D.N. contra Alemania. La prensa había difundido ampliamente sus opiniones. Había lanzado una campaña para el rearme y había condenado posteriormente todas las concesiones hechas a Hitler. Fue acusado de belicismo; pero cuando se declaró la guerra, apareció como un profeta que había sido criminal no escuchar. Los muros de Londres se cubrieron de carteles reclamando: "¡Winston al poder!". Chamberlain lo puso a la cabeza del Almirantazgo. Después de la entrada de los alemanes en Bélgica, el 10 de mayo de 1940, Chamberlain dimitió y Churchill se puso al frente de un gobierno de coalición. Pronunció entonces su famoso discurso: "No tengo para ofrecer nada más que sangre, dolor, sudor y lágrimas". Tenía 66 años.

Durante los años de la guerra asumió las tareas de tres hombres. Se levantaba a las 8, trabajaba hasta el almuerzo, dormía una hora y trabajaba de nuevo hasta las 2 o 3 de la mañana. A partir de 1943 el cuerpo le falló: cayó enfermo en Cartago y desde entonces no volvió a ser el mismo hombre. Su médico, el doctor Jacques Moran, anotó día a día su patético combate contra la decadencia física y la chochera. Decía el 22 de setiembre de 1944, a los 70 años: "Por lo que a la mente se refiere, todo va bien. Pero me siento muy cansado. Tengo la neta impresión de haber concluido mi obra. Tenía un mensaje que comunicar, ya no lo tengo. En adelante me limito a decir: dale a esos malditos socialistas". Estaba marcado por el pasado. Escribió al general Scobie: "Debemos retener Atenas. Será para usted una hazaña si lo consigue sin

derramar sangre, si es posible, pero derramándola si es necesario". Comentando estas instrucciones en 1953 dice que pensó en la frase que Balfour dirigió a las autoridades británicas en Irlanda: "No vacilen en tirar". Añadió: "Ese recuerdo de una época lejana obsesionaba mi pensamiento". Quizás alegó esta reminiscencia a manera de excusa; pero el hecho es que ya no se adaptaba tan bien como antes a las circunstancias. En Yalta no fue culpa suya que tuviera que hacer a Stalin importantes concesiones; defendió sus puntos de vista con habilidad y firmeza. Pero su salud siguió deteriorándose. Su capacidad de trabajo disminuyó. Se volvió charlatán y verborrágico, al punto de exasperar a los miembros del gabinete. Siempre había estado tan absorbido por sus propias ideas que no se interesaba en las de los otros. Pero su soledad se exageró aún más. No conseguía ya seguir un pensamiento ajeno. Y había perdido un poco el sentido de la realidad. Engañado por las ovaciones triunfales de que era objeto en las calles de Londres y en los Comunes creyó que en las elecciones legislativas el éxito de los conservadores era seguro. Se lanzó con ardor, en 1945, a la campaña electoral. Pero no se tomó el trabajo de establecer un programa sólido. Se limitaba a denunciar las catástrofes que desencadenaría un ministerio laborista; sería, decía, un régimen estatista y policial. Esos ataques contra hombres con los que había colaborado durante la guerra produjeron inquietud. El país se preguntó si su pugnacidad, útil en tiempo de guerra, no sería nefasta para la paz. El organismo central del partido, dormido desde 1940, había perdido el contacto con las masas. Por el contrario, los laboristas tenían un programa seductor: servicios sociales, empleo completo, abaratamiento de la vida, nacionalización de ciertas industrias. Hacían una excelente propaganda. Se decía: "Los laboristas tienen un programa; los conservadores una fotografía: la de Churchill".

La victoria de los laboristas fue aplastante y Churchill tuvo que dimitir, lo que le ocasionó una gran amargura: "Fui

despedido por el cuerpo electoral británico y privado de toda participación ulterior en la conducción de los asuntos", escribió más tarde. No soportaba sentirse desocupado y se hundió en la melancolía. Alguien le sugirió que emprendiera una gira de conferencias y respondió: "Me niego a ser exhibido como un viejo toro de concurso cuyo prestigio no se debe más que a sus proezas pasadas". Conservaba su asiento en el Parlamento, pero durante un tiempo no tuvo más actividad política. En su casa de campo, donde se había retirado, pintaba y emprendió sus *Memorias* (muy inferiores a su relato de la guerra del 14-18, ¡la parte de los colaboradores es aquí mucho mayor!). Después se puso a la cabeza de la oposición y frecuentó de nuevo asiduamente la Cámara de los Comunes; atacaba las medidas económicas adoptadas por el gobierno y sobre todo su política de descolonización; su vehemencia molestaba a sus partidarios, quienes deseaban que se retirase. En 1949 tuvo un ligero ataque y quedó sordo. Su memoria se debilitó. Caminaba con dificultad. "He llegado al final de la cuerda", decía. Le entristecía la desaparición de las viejas costumbres, por ejemplo, de los ocho caballos blancos del rey. Después de la devaluación de la libra, se disolvió el Parlamento y en las elecciones los laboristas perdieron 95 asientos. Attlee seguía siendo primer ministro, pero Churchill entreveía un desquite e hizo brillantes intervenciones en la Cámara. En 1951 los asuntos de Irán, las huelgas, desembocaron en una nueva disolución del Parlamento: los tories triunfaron y Churchill volvió a ser primer ministro. Pero había perdido su capacidad de trabajo: cinco o seis horas era el máximo y dejaba a sus ministros el grueso de las tareas. Estaba siempre cansado, sabía que su tensión arterial era demasiado alta, se adormecía a menudo, tenía miedo de ponerse chocho. Se quejó patéticamente: "Mentalmente, ya no soy el que era. Ahora, un discurso por hacer es un fardo y una ansiedad. Jacques, dígame la verdad, ¿perderé gradualmente todas mis facultades?". Sin embargo a pesar de los consejos del médico,

a pesar de los malestares y los ataques, no quería renunciar al poder. La reina le confirió la orden de la Jarretera. Pero el 25 de junio de 1953, al final de una comida oficial, se desplomó: como en 1949, el ataque se debía al espasmo de una arteria. La boca hundida, la elocución confusa, sentía que se había convertido en "un hato de trapos viejos". Se restableció y en octubre pronunció delante del congreso anual del Partido Conservador un discurso de cincuenta y dos minutos que fue muy aplaudido. Pero en la Cámara, el 5 de abril de 1954, su intervención fue desastrosa; al referirse al problema de la bomba de hidrógeno, lo redujo a una querella de partidos. Le gritaron: "¡Dimisión! ¡Al retiro!". Al día siguiente dijo con pesar: "¡Cuando se llega a viejo, se vive demasiado en el pasado!". Pero no cedía. En sus altibajos se daba cuenta de su estado: "¡Ay, me he vuelto tan estúpido! ¿No puede usted hacer nada por mí?". Se asombraba: "Es una cosa extraordinaria, Jacques, volverse viejo". Moran le preguntó qué síntomas le llamaban la atención: "Todo", respondió: Se obstinaba en permanecer en el poder, pero cada vez era menos capaz. Para dormir, tomaba calmantes. Con frecuencia le asomaban lágrimas a los ojos. Su 80° aniversario fue una apoteosis. Por la noche, contemplando un retrato que le habían regalado, dijo a Eden: "Es la imagen de un hombre que se hubiera jubilado. Usted convendrá en que no se me parece". Sin embargo, los conservadores jóvenes hubieran querido verlo irse. Hacía declaraciones lamentables.[30] Su espíritu terminaba de disgregarse. Durante las reuniones de gabinete solía dormirse. En 1955 decidió por fin dimitir. Comía y bebía mucho, pero fumaba menos que antes. Tenía con frecuencia la mirada

30 Tuvo el aturdimiento de decir: "En 1945, cuando los alemanes se rendían de a miles, mandé al mariscal Montgomery un telegrama invitándolo a almacenar sus armas: podría resultar necesario devolverlas a los soldados de la Wehrmacht, en caso de que los rusos siguieran avanzando". Cuando lo instaron a que se explicara, se defendió muy mal.

enturbiada, largos mutismos, torpores: "¿Estaré perdiendo la cabeza?", preguntaba. Tuvo un ataque de apoplejía en 1956. Se quedó totalmente sordo, apático, taciturno. Iba a menudo a la Costa Azul, leía, pintaba todavía un poco. Fue reelegido diputado en 1959 y viajó a París, donde De Gaulle le otorgó la Cruz de la Liberación. Parecía muy viejo y fatigado. Después se hundió del todo. Durante cinco años se arrastró, decrépito, la cabeza perdida.

Gandhi nunca fue traicionado por su cuerpo. Su vigor fue todavía más asombroso que el de Clemenceau. La empresa en la que había empeñado su vida entera —liberar a la India de los ingleses— la condujo a buen fin. Pero su victoria se volvió cruelmente contra él.

Decidido a expulsar a los ingleses de la India había inaugurado en 1919 la *Satyagrana*, es decir, la desobediencia a las duras leyes Rowlatt que querían imponer los ingleses. Apeló a la no cooperación. Nombrado en 1920 presidente de la Liga para la Autonomía Panindia, multiplicó los viajes de propaganda para difundir la práctica de la resistencia no violenta. Predicó el renacimiento de la artesanía que permitiera boicotear los productos ingleses. Consiguió paralizar la vida económica. Al mismo tiempo actuaba dentro de la sociedad india. Luchó para suprimir los prejuicios contra los intocables. Quería mantener la amistad entre hindúes y musulmanes. Éstos habían vivido mucho tiempo en buena armonía. Pero en el siglo XX aparecieron en las ciudades serias tensiones entre las clases medias de las dos comunidades que se disputaban los puestos y las influencias. En 1924 Gandhi se sometió a un largo ayuno con el fin de reconciliarlos; durante las tres semanas que duró esa prueba se alojó en casa de un musulmán. Sin embargo, como él mismo era muy piadoso, dio al movimiento que dirigía un carácter profundamente religioso. "Yo llegaba a inquietarme", escribe Nehru, "de

esta influencia creciente de la religión en nuestra política tratárase de los hindúes o de los musulmanes. No me gustaba nada". Añade que era difícil, por lo menos sobre ciertos puntos, hacer que Gandhi modificara sus actitudes: "Era tan firme, estaba tan aferrado a ciertas ideas que todo lo demás parecía sin importancia... Desde el momento que los medios eran buenos, los fines no podían no serlo".

A los 70 años Gandhi estaba más convencido que nunca de ello. Dotado de una salud admirable, pues se había impuesto sin alterarla numerosos ayunos muy duros, había soportado largas marchas, el calor, la incomodidad, y venerado por todos, deseaba vivir hasta los 125 años. Sin embargo, mientras él creía en un nacionalismo unificador, el líder musulmán Yinnah quería la división de la India, la creación de un Estado musulmán. Cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, los ingleses, consintiendo en retirarse, fomentaron la formación de un gobierno provisional, los musulmanes se negaron a integrarlo; reclamaban las provincias donde la mayoría de los habitantes era musulmana. Entonces se desataron terribles matanzas: en Calcuta, donde hubo de ambas partes miles de muertos; en Bihar, donde fueron muertos 10.000 musulmanes. A los 77 años Gandhi se dirigió a la región de Noaklabi, donde se habían refugiado unos grupos hindúes. Visitó 49 aldeas predicando la no violencia, alojándose a menudo en casas de musulmanes. Nuevas matanzas se sucedían en el Penjab, en Delhi. El día que cumplió 78 años, Gandhi declaró: "No hay más que angustia en mi corazón. He perdido todo deseo de vivir mucho tiempo". Dijo también: "No estoy de acuerdo con lo que están haciendo mis más caros amigos". Y además: "En la India, tal como se presenta hoy, no hay lugar para mí... No tengo ningún deseo de vivir si la India ha de quedar sumergida bajo un diluvio de violencia". No recibía más que cartas de odio: de los hindúes porque les reprochaba sus violencias, de los musulmanes porque se oponía a la división. Convencidos de que sólo ésta podía evi-

tar la guerra civil, los miembros del Congreso terminaron por votarla el 14 de junio de 1947. Gandhi se desesperó. La división era para él una "tragedia espiritual". El día esperado toda su vida, en que se proclamó la independencia —el 15 de agosto de 1947—, se negó a participar en las solemnidades. Los indios habían traicionado los principios de no violencia que a sus ojos contaban más que la independencia misma. "Si Dios me ama, sólo me dejará en la tierra un momento", decía. Visitaba los campos de refugiados, pronunciaba discursos públicos, hacía todo cuanto podía por reconciliar a las dos comunidades, pero en vano. En el Pakistán había matanzas de hindúes; en la India de musulmanes, y en los dos países, de *sikhs*. Gandhi se interrogaba: "¿Hay algo en mí que no marcha?". Él, que siempre había tratado de vivir armoniosamente, comprobaba: "Estoy lejos de poseer un equilibrio". La independencia tan deseada sólo le trajo la desesperación. Y murió de muerte violenta, asesinado por un hindú que lo consideraba un traidor.

Fue víctima de esa contrafinalidad que Sartre ha descripto y que es un momento ineluctable del desenvolvimiento de la historia: la praxis se fija en lo práctico-inerte; bajo esta forma es retomada por el conjunto del mundo, que desnaturaliza su sentido. Un hombre que muere joven puede no asistir a este reverso de las cosas, pero con el tiempo se produce fatalmente. Einstein fue su víctima inocente. La responsabilidad de Gandhi es por el contrario, evidente: Nehru había presentido con angustia la catástrofe que desencadenarían los fanatismos religiosos que Gandhi atizaba. Empecinado en la idea de la no violencia, no supo ver la violencia que alentaba en el seno de las dos comunidades. Prefirió el principio a la realidad, el medio al fin, y el resultado contradijo la empresa de toda su vida. Hay pocas suertes más trágicas para un hombre que ver su acción radicalmente pervertida en el momento en que se cumple.

No es una casualidad que esas tres vejeces hayan terminado en fracasos. El hombre político está para hacer la historia y para ser muerto por ella. La encarna en cierto momento al cual, haga lo que haga, no podrá sustraerse. Aunque se adaptara al nuevo curso de las cosas, seguiría siendo para los ojos del público el hombre de determinada táctica, de determinado método, de determinado decreto. Clemenceau era el hombre de la guerra: la posguerra lo descartó de inmediato. Del mismo modo Churchill, que había conducido a Inglaterra a la victoria, resultó caduco en cuanto la guerra fue ganada. Gandhi condujo a la India a la independencia, pero la independencia creó una situación que exigía renegar de todos sus principios. Hay ancianos que se ciegan y logran ignorar el desmentido que les infligen los acontecimientos; por eso mismo aparecen aun más en retardo.

Como han sido expulsados del poder para adoptar otra línea que la de ellos, los viejos políticos en decadencia condenan el presente y no auguran nada bueno al futuro próximo; de todas maneras una acción no es una obra; sólo puede sobrevivir por el recuerdo y no perpetuarse materialmente; más allá del desenvolvimiento azaroso de la historia, lo que el hombre de acción puede confiar en legar a la posteridad es sólo la memoria de lo que ha realizado y de su figura. La mayoría de ellos le concede una extremada importancia. Descartados de sus funciones —y a veces aún mientras las ejercen— escriben memorias que son apologías de sí mismos, ataques contra sus adversarios cuyo valor histórico es por lo general discutible. Defienden su causa ante las generaciones futuras contra la época actual que, a sus ojos, no les ha hecho plena justicia.

Como se ve en casi todos los campos, con muy pocas excepciones, la relación del anciano con el tiempo en que vive se ha transformado profundamente. Es lo que expresa la

curiosa expresión "en mis tiempos". Aragon, en *Blanche ou l'oubli*, ha subrayado su extrañeza. El tiempo que el hombre considera como suyo es aquel en que concibe y ejecuta sus empresas; llega un momento en que, por las diversas razones que se han visto, aquéllas se han cerrado detrás de él. La época pertenece a los hombres más jóvenes que en ella se realizan con sus actividades, que la animan con sus proyectos. Improductivo, ineficaz, el hombre de edad aparece ante sí mismo como un sobreviviente. Por esta razón también está tan dispuesto a volverse hacia el pasado: es el tiempo que le ha pertenecido, en que se consideraba como un individuo de pleno derecho, alguien viviente.Su tiempo era también el que poblaban las gentes de su edad. Los lutos son menos numerosos hoy que antiguamente. Antes un hombre de 50 años había visto morir término medio a sus padres, sus tíos, sus tías, muchos hermanos y hermanas, probablemente su mujer y algunos de sus hijos. La vida era una serie de entierros y llegar a viejo condenaba al sujeto a la soledad. En nuestros días, a los 50 años muchos sólo han perdido de su familia a sus abuelos. Pero si se llega a los 70, 80 años, se ha visto morir a la mayoría de los contemporáneos y el individuo flota, solitario, en un siglo poblado por gente más joven. Aun a mi edad, mi relación con las diversas generaciones se ha transformado; sólo queda una que sea más vieja que yo, ha raleado considerablemente y la muerte la acecha. La mía, antes hormigueante, se ha empobrecido mucho. La que representaba a mis ojos la juventud está compuesta de hombres hechos, padres e incluso abuelos, instalados en sus vidas. Si quiero tener sobre un tema un punto de vista realmente joven debo dirigirme a la generación que me sigue. Dentro de algunos años alcanzaré lo que Mme. de Sévigné llama el "grado de superioridad en nuestra familia". A partir de ahí, se está amenazado de soledad y de tristeza. A los 82 años, en 1702, Ninon de Lenclos comprobaba con melancolía que los que viven mucho tiempo tienen "el triste privilegio de

quedarse solos en un mundo nuevo".[31] Desde el triste castillo donde estaba recluido, Casanova escribía: "La mayor desgracia de un hombre es sobrevivir a todos sus amigos". El hombre provecto de quien Rétif, en *La vie de mon père*, habla con veneración, dice a un joven interlocutor: "Hijo mío, no envidies mi suerte ni mi vejez. Hace cuarenta años que he perdido el último de mis amigos de la infancia y soy como un extranjero en medio de mi patria y mi familia. Ya no tengo a nadie que se considere mi semejante, mi amigo, mi camarada. Una vida demasiado larga es un azote". Dice que no siente nada por sus biznietos, que por su parte lo ignoran: "He aquí la verdad, querido amigo, y no los hermosos discursos de nuestros picos de oro de las ciudades".

El viejo no sólo ha visto morir a la gente de su generación; muchas veces otro universo ha sustituido al suyo. Como se ha visto, ciertos viejos acogen ese cambio con placer y hasta con orgullo, pero sólo en la medida en que no impugna su pasado. Si pone en tela de juicio todo lo que han hecho, creído, amado, se sienten exiliados.

Éste es uno de los aspectos de la vejez que sorprendió a Balzac, que supo reflejarlo tan bien: el viejo sobrevive a su época y se sobrevive a sí mismo. Así ocurre con el coronel Chabert, a quien se creía muerto en Eylau y que después de años de vagabundear vuelve a París para darse a conocer, recobrar su mujer y su fortuna. Su mismo aspecto físico indica su estado: "El viejo soldado era seco y magro. Su frente, deliberadamente oculta por el pelo de la peluca, le daba algo de misterioso. Sus ojos parecían cubiertos por una nube transparente... El rostro pálido, lívido, como filo de cuchillo... parecía muerto. Los bordes del sombrero que cubría la frente del anciano proyectaban un surco negro en lo alto del ros-

31 Se recordará que al describir a los Struddburg, Swift había presentido este exilio.

tro. Este efecto curioso, aunque natural, hacía resaltar por la brusquedad del contraste las arrugas blancas, las sinuosidades frías, el sentimiento descolorido de esa fisonomía cadavérica. Por fin, la ausencia de todo movimiento en el cuerpo, de todo calor en la mirada, concordaba con cierta expresión de decencia triste". Su mujer, vuelta a casar y rica, se niega a devolver a Chabert el dinero que le pertenece y que ella detenta. Chabert no tiene fuerzas para iniciar un proceso: "Lindaba con una de esas enfermedades para las que la medicina no tiene nombre... afección que habría que llamar el esplín de la desdicha". Por generosidad, decide permanecer civilmente muerto. Pero la conducta de su mujer le inspira tanto asco que piensa en matarse. Desaparece, se convierte en vagabundo y se hace llamar Hyacinthe. Termina en Bicêtre.

Otro sobreviviente es Facino Cane, que se aparece al narrador tocando el clarinete en una boda: "Imagínense ustedes la máscara de yeso de Dante, iluminada por el resplandor rojo del quinqué y coronada por una maraña de pelo de un blanco plateado. La impresión amarga y dolorosa de esa magnífica cabeza era aumentada por la ceguera, pues sus ojos muertos revivían con el pensamiento; se escapaba de ellos como una luz ardiente, producida por un deseo único, incesante, inscripto en una frente abombada que atravesaban arrugas semejantes a los cimientos de una vieja pared... Algo grande y despótico se encontraba en ese viejo Homero que guardaba en sí mismo una Odisea condenada al olvido. Era una grandeza tan real que triunfaba todavía de su abyección, era un despotismo tan vivaz que dominaba la pobreza. Ninguna de las violentas pasiones que conducen al hombre tanto al bien como al mal, que hacen de él un galeote o un héroe, faltaba en ese rostro noblemente cortado, lívidamente italiano, sombreado por cejas canosas que proyectaban su sombra sobre cavernas profundas. Existía un león en esa jaula de hierro, un león cuya rabia se había agotado inútilmente contra el hierro de sus barrotes. El incendio de la desespera-

ción se había apagado en las cenizas; la lava se había enfriado; pero los surcos, las conmociones, un poco de humor atestiguaban la violencia de la erupción, los estragos del fuego". El hombre es en realidad el descendiente de un noble patricio veneciano; después de extravagantes aventuras se encuentra despojado de toda su fortuna y ciego. En él como en Chabert, la supervivencia va acompañada de una decadencia a través de la cual se asoma la grandeza.

Hay que citar también el extraño e inquietante anciano que Balzac describe al comienzo de *Sarrasine*: "Criatura sin nombre en el lenguaje humano, forma sin sustancia, ser sin vida y sin acción... Llevaba calzones de seda negra que flotaban alrededor de sus muslos descarnados describiendo pliegues como una vela caída. Un anatomista hubiera reconocido de inmediato los síntomas de una atroz consunción viendo las piernecitas que servían para sostener ese cuerpo extraño. Hubiéranse dicho dos huesos en cruz sobre una tumba. Un sentimiento de profundo horror por el hombre embargaba el corazón cuando una fatal atención descubría las marcas impresas por la decrepitud en esa máquina casual. El desconocido llevaba un chaleco blanco bordado de oro, a la vieja moda, y su camisa era de una blancura deslumbrante. Una chorrera de encaje de Inglaterra bastante rojizo, cuya riqueza hubiera envidiado una reina, formaba encañonados amarillos sobre su pecho; pero en él ese encaje era más bien un harapo que un ornamento. En medio de esa chorrera, un brillante de un valor incalculable centelleaba como el sol. Ese lujo anticuado, ese tesoro intrínseco y sin gusto hacían resaltar aun mejor la cara de ese ser extraño. El marco era digno del retrato. El rostro negro era anguloso y hundido en todos sentidos. El mentón era hueco; las sienes eran huecas; los ojos se perdían en amarillentas órbitas. Los huesos maxilares que una flacura indescriptible hacían salientes, dibujaban cavidades en medio de cada mejilla... Los años habían pegado tan fuertemente a los huesos la piel amarilla y fina de ese rostro que describían

en todo él una multitud de arrugas... tan profundas y tan apretadas como las hojas en el lomo de un libro... Pero lo que más contribuía a dar la apariencia de una creación artificial al espectro aparecido delante de nosotros era el rojo y el blanco con que relucía. Su cráneo cadavérico estaba oculto por una peluca rubia cuyos bucles innumerables traicionaban una pretensión extraordinaria". Balzac describe las joyas que lo cubren: "Por fin, esa especie de ídolo japonés mantenía en sus labios azulados una risa fija e inmóvil. Si el anciano volvía los ojos hacia la asamblea, parecía que los movimientos de esos globos incapaces de reflejar un resplandor estuvieran acoplados por un artificio imperceptible". Este hombre había sido en otro tiempo el célebre castrado Zambinella que, vestido de mujer, cantaba en los teatros de Roma. De una belleza turbadora, había destrozado corazones, los hombres se habían matado por él. Uno de ellos, el escultor Sarrasine, le había predicho ese destino atroz: "Dejarte la vida, ¿no es condenarte a algo peor que la muerte?"

Tolstoi pintó admirablemente a un hombre del siglo XVIII aislado en el XIX: el viejo príncipe Bolkovski, padre del príncipe Andrés. Para describirlo se inspiró en lo que le habían contado sobre su abuelo materno, Nicolás Volkonski, que tiranizaba a su hija, la madre del autor. Ésta tenía una gobernanta francesa, Mlle. Henissienne. El retrato tiene, pues, el valor de un documento. El viejo príncipe lleva un traje bordado y se empolva el pelo; cuando él aparece, uno se siente transportado a otra época. Tiene una excelente salud, dientes sólidos. Ya no ejerce en la sociedad ninguna influencia real, pero es respetado. Ordenado hasta la manía, rodeado de un ceremonial inmutable, su rigidez exigente aterra a sus allegados. Ha conservado algunas actividades a las que dedica incluso mucho tiempo; pero tienen algo de caduco; construye, planta y sobre todo se encierra en su laboratorio para entregarse a investigaciones, a la manera de los aficionados a la ciencia del siglo XVII. Fiel a los viejos usos y encerrado

en los prejuicios de su tiempo, se burla de los militares de la nueva escuela y no toma en serio a Bonaparte. Una mañana, mientras se viste, pide a su hijo que le explique los planes de la próxima campaña, pero no lo escucha. Está perfectamente enterado de la situación política y militar, pero considera el mundo actual con ironía y desdén. Tiene "una risa fría, seca y desagradable". Es un tirano doméstico. Aterroriza a su hija María, la oprime y se niega a separarse de ella. Por él, ella no se casa. Está furioso porque su hijo quiere volver a casarse con Natacha y recibe a ésta tan mal —en bata y gorro de algodón, con observaciones desagradables— que ella se va de la casa, ofendida. Al envejecer se conserva robusto, pierde un solo diente, pero se vuelve cada vez más irritable y escéptico con respecto a los acontecimientos de este mundo. Después cae un poco enfermo y acusa a su hija de ponerlo nervioso a propósito. Andrés toma partido por su hermana; el viejo príncipe está primero molesto, parece confundido, pero luego salta: "¡Fuera de aquí! ¡No vuelvas a poner los pies en esta casa!". Su razón declina. Se deja embaucar por la gobernanta francesa, Mlle. Bourienne. Tiene caprichos. Se encierra ocho días en su gabinete, después vuelve a sus construcciones y a sus plantaciones. Se enfurruña con Mlle. Bourienne y también con su hija. Finge ignorar la guerra. Siempre atareado, duerme poco y cambia de cuarto todas las noches. Cuando el enemigo está ya en el Dnieper, afirma que no franqueará el Niemen. Cada vez tiene menos en cuenta la realidad. Su hijo le envía una carta alarmante, él pretende que anuncia una derrota francesa. Después la relee y de pronto comprende el peligro; ordena a su hija que se vaya, le hace una escena violenta porque ella se niega a abandonarlo, aunque en el fondo esté muy contento. Al llegar los franceses se pone su uniforme de gala y todas sus condecoraciones para ir a ver al general en jefe. Pero en el camino tiene un ataque y permanece tres semanas paralítico del lado derecho. Sufre, en vano trata de hablar. Entonces se enternece ante la abne-

gación de su hija, le acaricia el pelo. Consigue murmurar: "Gracias por todo". Pide ver a su hijo y recuerda que está en el ejército. "Rusia está perdida, la han perdido", dice en voz baja, marcando con ese "han" su hostilidad a una época que no reconoce como suya. Y rompe a llorar. Luego se calma y poco después muere, abandonando en la cama un pequeño cadáver apergaminado.

Un sobreviviente: a los ojos de los demás, es un muerto a plazo fijo. ¿Pero se ve así él mismo? ¿Cómo siente la proximidad de su fin?

El contexto social influye en la relación del viejo con la muerte. En ciertas sociedades la población entera se deja morir con indiferencia de miseria fisiológica o porque las circunstancias le quitan las ganas de vivir; entonces la muerte no plantea problema a nadie. En otra se rodea en la vejez de un ritual que la valoriza al punto de hacerla deseable, aunque algunos individuos deseen sustraerse a ella. No tiene el mismo rostro en las sociedades tradicionales, donde el padre da por sentado que sus descendientes prolongarán su obra, y en las sociedades industriales de hoy. Sin embargo, hay en la muerte un elemento transhistórico: al destruir nuestro organismo aniquila nuestro ser en el mundo.[32] Desde la Antigüedad hasta nuestros días hay constantes en los testimonios que describen la actitud de los viejos ante la muerte.

Esta actitud varía con las edades. La revelación de la muerte conmociona al niño. El joven detesta la idea misma, aunque sea más capaz que otro de enfrentarla libremente. Se rebela si le toman su vida. Pero a menudo no vacila en arriesgarla, en darla. Es que le concede tanto valor porque la destina a otra cosa que ella misma; su amor por la vida está hecho de una generosidad que puede llevarlo a sacrificarla. El adulto tiene más prudencia. Está alienado a intereses y a

32 Aunque uno espere revivir en otro mundo, la muerte nos arranca de éste.

través de ellos se niega a desaparecer: ¿qué será de su familia, de sus bienes, de sus empresas? No piensa mucho en su fin porque está absorbido por sus actividades, pero evita los riesgos y está atento a su salud.

Para el anciano, la muerte ya no es un destino general y abstracto; es un acontecimiento próximo y personal. "Sí, la idea de concesión a perpetuidad de la vida, esa ilusión en que viven la mayoría de los hombres, en que yo había vivido hasta ahora, esa ilusión ya no la tengo", escribe Edmond de Goncourt en su *Diario*, el 17 de agosto de 1889. Todo anciano sabe que pronto morirá. ¿Pero qué quiere decir, en este caso, *saber*? Observemos el giro negativo de la frase de Goncourt: ya no se considera inmortal. ¿Pero cómo se piensa mortal el sujeto?

La muerte pertenece a esa categoría en que hemos situado la vejez y que Sartre llama de los "irrealizables"; el para sí no puede ni alcanzarla ni proyectarse hacia ella; es el límite exterior de mis posibilidades y no mi propia posibilidad. Estaré muerta para los otros, no para mí; el otro es el que es mortal en mi ser. Me sé mortal —como me sé vieja— adoptando el punto de vista de los otros sobre mí. Este conocimiento es, pues, abstracto, general, enunciado en exterioridad. Mi "mortalidad" no es objeto de ninguna experiencia íntima. No lo ignoro, la tengo en cuenta prácticamente en mis previsiones, en mis decisiones, en la medida en que me trato como a otro; pero no la experimento. Puedo tratar de acercarme a ella por medio de fantasmas, imaginar mi cadáver, la ceremonia fúnebre. Puedo fantasear con mi ausencia, pero sigo siendo yo la que fantaseo. Mi muerte me obsede en el corazón de mis proyectos como su reverso ineluctable, pero no la realizaré nunca; no realizo mi condición de mortal.

Así como ese irrealizable, la vejez puede ser asumida de diversas maneras, su relación con ese otro irrealizable, la muerte, no está dada de antemano. Cada individuo la elige en función del conjunto de su situación y de sus opciones anteriores. Un hombre de edad que se siente todavía muy joven

se rebelará ante la proximidad de la muerte tanto como un cuadragenario afectado por una enfermedad incurable. No ha cambiado; su vitalidad, el interés que le inspira el mundo están intactos, y un veredicto exterior le dice que sus posibilidades de vida están reducidas a unos diez años.

Casanova, que no soportaba que lo trataran de viejo, a pesar de su tristeza, su soledad, su decadencia, conservaba una curiosidad apasionada por el futuro. "¡Oh muerte, muerte cruel!", escribe a los 70 años. "La muerte es un monstruo que expulsa del gran teatro al espectador atento antes que una obra que le interesa infinitamente haya terminado. Esta sola razón debe bastar para que se la deteste". A los 70 años, Wells —antes de la guerra de 1940— se comparaba con un niño a quien acaban de darle hermosos juguetes y lo mandan a dormir: "No tengo ninguna gana de ordenar mis juguetes. Detesto la idea de irme". Aunque se tenga conciencia de la propia edad, mientras se está empeñado en una empresa, se detesta a la muerte que la quebrará, como Renoir, que hubiera querido no dejar de pintar nunca, seguir progresando.

Con el paso de los años esa repugnancia a veces se atenúa. Moral y físicamente deteriorado, Swift escribía a Bolingbroke: "Cuando yo tenía su edad pensaba a menudo en la muerte; pero ahora, al cabo de unos diez años, ese pensamiento no se abandona jamás y me aterra menos. Saco la conclusión de que la Providencia reduce nuestros temores al mismo tiempo que nuestras fuerzas". Este pesimista da pruebas de un curioso optimismo cuando supone un equilibrio providencial entre nuestro estado fisiológico y nuestras ansiedades. Hay que buscar otra explicación a este hecho, a primera vista paradójico: muy a menudo, cuando más cerca está la muerte, menos asusta. Freud supuso[33] que a medida que se

33 En 1920, cuando escribió *Más allá del principio del placer.* Pensaba entonces que todo ser viviente tiene una tendencia fundamental a volver al estado

acumulaban los años, el "impulso de muerte" era superior al deseo de vivir. Pero la mayoría de los psicoanalistas han abandonado esta idea; Freud no explica la relación entre la edad y el impulso de muerte. ¿De dónde viene, pues, que la indiferencia a la muerte crezca con el tiempo?

En realidad, la idea de que la muerte se acerca es errónea. No está ni cerca ni lejos: *no está*. Una fatalidad exterior pesa en cualquier edad sobre el ser viviente; en ninguna parte está determinado el momento en que se cumplirá. El anciano sabe que se extinguirá "pronto"; la fatalidad está tan presente a los 70 como a los 80 años, y la palabra "pronto" sigue siendo tan vaga a los 80 como a los 70. No es exacto hablar de una relación con la muerte; el hecho es que el anciano —como cualquier hombre— sólo tiene relación con la vida. De lo que se trata es de su voluntad de sobrevivir. Hay una expresión que dice bien lo que quiere decir: terminar con la vida. Desear o aceptar la muerte significa positivamente: desear aceptar terminar con la vida. Es normal que ésta parezca menos soportable a medida que se agrava la decadencia senil.

Para convencerse basta recordar los males y las mutilaciones que ésta acarrea. Ante todo, el dolor físico. Freud lo reconoció: es eso y no un impulso de muerte lo que le hace desear la desaparición.[34] Es el deseo de todos los que son torturados por su cuerpo. Por lo demás, vivir demasiado es sobrevivir a los que uno ama. Fundamentalmente egoístas o presas de sus proyectos, algunos ancianos, como Tolstoi, cultivan la insensibilidad y se acomodan fácilmente a esos duelos. A otros, más comprometidos en sus afectos, les quitan el deseo de permanecer sobre la tierra. Víctor Hugo, después

inorgánico. Repitió esa afirmación hasta el final de su vida. Sin embargo, algunas de sus cartas muestran que por momentos dudaba de esa tesis.

34 Cf. pág. 644.

de la muerte de Juliette, empezó a desear la muerte. Verdi no esperaba otra cosa, después de haber perdido a su mujer.

Cuando el mundo se transforma o se revela de una manera que vuelve intolerable la permanencia en él, el hombre joven conserva la esperanza de un cambio; el viejo no, y no le queda más que desear la muerte, como fue el caso de Anatole France, de Wells, de Gandhi. Lo que el hombre de edad no tiene esperanzas de superar y que le parece penosa es su propia situación. Goncourt escribe en su *Diario*, el 3 de abril de 1894: "En mi estado de sufrimiento continuo, en esta sucesión de crisis que llegan todas las semanas, con la falta de éxito de mis últimas tentativas literarias, con los éxitos aplastantes de personas que me parecen sin ningún talento y además, Dios mío, con cierta inseguridad sobre la profundidad de mis amistades más íntimas, la muerte me parece menos negra que hace algunos años".

Sobre todo, aun cuando ninguna desgracia particular caiga sobre el anciano, por lo general ha perdido sus razones de vivir o ha descubierto que le faltan. Si la muerte nos inquieta es porque es el reverso ineluctable de nuestros proyectos; cuando hemos cesado de actuar, de emprender, no queda nada que la muerte pueda quebrar. Para explicar la resignación a la muerte de ciertos ancianos se invoca el desgaste, la fatiga; pero si al hombre le bastara con vegetar podría contentarse con esa vida disminuida. Sólo que para él existir es trascenderse. La decadencia biológica acarrea la imposibilidad de superarse, de apasionarse, mata los proyectos y por ese rodeo hace aceptable la muerte.

Aunque el hombre de edad conserve salud y fuerzas, y aunque la sociedad no lo arranque brutalmente a sus actividades, sus deseos y sus proyectos languidecen, como se ha visto, a causa de su finitud. El programa establecido en nuestra infancia no nos permite hacer, conocer, amar más que un número limitado de cosas; cuando se ha colmado, cuando estamos al final de la cuerda, la muerte es indiferente

e incluso misericordiosa: nos libera de ese tedio que los antiguos llamaban la *satietas vitae*. A Gide le costaba soportar que el final de su vida estuviera condenado a las repeticiones, al machaqueo. Sabía que no tenía más nada que decir ni que descubrir. Escribe el 7 de setiembre de 1946: "Creo ser sincero diciendo que la muerte no me asusta mucho". Y a los 80 años, en *Ainsi soit-il*: "Mi inapetencia física e intelectual es tal que ya no sé bien lo que me mantiene en vida, como no sea la costumbre de vivir. Absolutamente resignado a la muerte". Churchill decía a los 80 años: "Me da lo mismo morir. He visto todo lo que había que ver". Tomada al pie de la letra, la frase es estúpida: el mundo de mañana no lo vio. Se comprende mejor a Casanova cuando se queja de ser expulsado antes de terminar el espectáculo. Pero en realidad, el que tiene razón es Churchill: sobre ese mundo nuevo hubiera paseado su mirada vieja; lo hubiera captado en las perspectivas que habían sido siempre las suyas; no hubiera comprendido más que lo que hubiese podido asimilar a lo ya visto, el resto se le habría escapado.

Por una razón un poco diferente, la idea de la muerte me aflige menos que antes: es ausencia del mundo, y a lo que no podía resignarme era a esa ausencia. ¡Pero ya se han abierto tantas ausencias en mí! Mi pasado está ausente, ausentes los amigos muertos, los amigos perdidos y tantos lugares de la Tierra donde no volveré nunca. Cuando la ausencia se lo haya tragado todo no habrá mucha diferencia.

Hay viejos corroídos por el miedo de morir. Me han contado el caso de un hombre de 91 años rico, activo, célebre, casado con una mujer muy joven, que cada noche al acostarse siente una angustia atroz. La expresa preguntándose qué será de su mujer después de su muerte. Le consta que siendo joven, hermosa, rica, seguramente lo llorará, porque su porvenir está asegurado. Por sí mismo es por quien tiembla. Sin embargo, los psiquiatras afirman que la muerte sólo obsede al viejo si ya en el pasado le había tenido un miedo morboso.

Los hechos clínicos demuestran que, como las otras neurosis, la obsesión de la muerte tiene sus raíces en la infancia y en la adolescencia.[35] Va a menudo unida a ideas de culpabilidad: si el sujeto es creyente imagina con terror que será precipitado al infierno.

Según los testimonios que he recogido, el miedo a la muerte no es por lo general el reverso de un amor ardiente por la vida; al contrario. "La muerte era mi vértigo porque yo no amaba la vida", escribe Sartre hablando de su infancia. Así como los padres, los esposos ansiosos no son los que aman más, sino los que experimentan una carencia en el centro de sus sentimientos, las gentes incómodas en su pellejo son las que rumian con más asiduidad la muerte. Y no hay que creer que quienes —como Lamartine— la llaman a voz en cuello, la desean realmente; al hablar sin cesar de ella sólo indican que los obsesiona.

Que la ansiedad de los viejos ante la muerte sea excepcional, lo veo confirmado en la forma en que descuidan su salud. Juegan, como se ha visto, con el equívoco entre vejez y enfermedad, pero este equívoco se disiparía si el hombre de edad estuviera constantemente dominado por el temor de morir.

Unos encuestadores interrogaron a los pensionistas de una residencia de la C.N.R.O.: ¿pensaban en la muerte? ¿y cómo? He aquí sus respuestas: "Algún día tiene que llegar"; "uno lo piensa, lo piensa a menudo"; "cuando no puedo respirar, sería una liberación"; "cuando tengo ideas negras lo pienso"; "vale más morir que sufrir"; "se vive para morir"; "algunos lo piensan. Pero a mí no me choca"; "yo no lo pienso. Estamos aquí para dejar el lugar a los otros"; "yo ya me he

35 Según el psicoanalista norteamericano Martin Grotjhan hay que analizar las angustias de castración de los viejos antes que la angustia de la muerte; ésta suele disimular una angustia de castración que resucita la de la infancia, y de manera tan aguda que produce el deseo de morir.

comprado una tumba"; "uno sabe que tiene que morir"; "lo pienso a menudo: sería una liberación para mí"; "no lo pienso. Uno ve morir todo el tiempo"; "así es la vida. La muerte es la continuación de la vida. Uno lo piensa cuando está melancólico"; "no hay que saber cuándo se va a morir"; "algún día tendrá que suceder"; "lo pienso desde que estoy aquí. Afuera lo pensaba menos. No quisiera arrastrarme, sufrir"; "lo pienso y a menudo"; "ricos o pobres, llega para todos. La vida es así"; "da lástima. Hay personas que han muerto en la casa que eran más jóvenes que yo"; "hay que pasar por eso". ¿En qué medida son sinceras estas respuestas? El sujeto puede trampear por pudor, para esconderse a sí mismo su ansiedad, por hacer buen papel. Pero la convergencia es significativa. La muerte parece preferible al sufrimiento. Se la evoca cuando se está melancólico; parecería que lo que la provoca no es la melancolía, sino más bien que se descubre en su amenazadora absurdidad cuando el presente parece siniestro. No es objeto de preocupación. Uno se preocupa por realidades bien definidas y que se nos escapan: la salud, el dinero, el futuro próximo. La muerte es de otra especie. Como es un irrealizable se presenta como una perspectiva vaga e indefinida. Su fatalidad es captada desde afuera. "Ricos o pobres, llega para todos". Se piensa en ella sin lograr pensarla.

"No hay que saber cuándo uno va a morir": esta respuesta es significativa. Si el plazo fuese fijo e inminente, en lugar de perderse en una vaga lejanía, la actitud del anciano no sería seguramente la misma. Eurípides observa en *Alcestes* que los viejos se quejan de su condición y pretenden que desean la muerte; pero puestos entre la espada y la pared, se hurtan. El padre de Admeto se niega resueltamente a bajar a los infiernos en su lugar. Tolstoi viejo decía que le era indiferente morir, pero a Sonia le irritaba la forma en que cuidaba su salud. "Todos los viejos se aferran más a la vida que los niños y la dejan de peor gana", escribe Rousseau en las *Rêveries*. "Es que, una vez cumplidos todos los trabajos para esta misma

vida, ven al final que ha sido esfuerzo inútil". Hay malicia en esta observación. Rousseau pensaba que hay que gozar del presente y no sacrificarlo a un porvenir que la nada se tragará. En realidad, no es el despecho de haber trabajado en vano lo que hace detestar la muerte. Y ese rechazo no es universal. Pero el caso es que buena cantidad de viejos se aferran a la vida, aun después de haber perdido toda razón de vivir; he descripto en *Una muerte muy dulce* la forma en que mi madre, a los 78 años, se aferró a ella hasta su último suspiro. La condición biológica del sujeto —lo que se llama con una palabra vaga su vitalidad— es, pues, lo que decide su rebeldía o su consentimiento. Tan creyente como mi abuela, mientras que ésta consideró un descanso abandonar este mundo, mi madre tuvo un miedo animal a la muerte. Muchas personas de edad conocen el miedo, y tener miedo es realizar en el propio cuerpo la negativa a morir. Lo que suele endulzar la muerte de los viejos es que la enfermedad acaba de agotarlos y también que no se dan cuenta de lo que les sucede.

Sin embargo, hay también muertes lúcidas y apacibles: cuando física y moralmente se ha extinguido todo deseo de vivir, el viejo prefiere un sueño eterno a la lucha o al tedio cotidianos. La prueba de que en la vejez la muerte no parece el peor de los males es la cantidad de viejos que deciden "terminar con su vida". En las condiciones que la sociedad ofrece a la mayoría de ellos, sobrevivir es una prueba inútil y se comprende que muchos opten por abreviarla.

VII

VEJEZ Y VIDA COTIDIANA

Disminuido, empobrecido, exiliado en su tiempo, el viejo sigue siendo, sin embargo, el hombre que era. ¿Cómo consigue día a día acomodarse a esa situación? ¿Qué posibilidades le deja? ¿Qué defensas le opone él? ¿Puede adaptarse, y a costa de qué?

Puesto que toda calificación es una limitación, ¿no se puede suponer que al descalificarse el individuo gana en apertura sobre el mundo? Está dispensado de trabajar, ya no está tendido hacia el porvenir; ¿no goza entonces de una disponibilidad que le permite descansar en el presente? Claudel octogenario escribe en su *Diario*: "¡Ayer, suspira uno! ¡Mañana, suspira el otro! Pero hay que haber llegado a la vejez para comprender el sentido patente, absoluto, irrecusable, irremplazable de esta palabra: ¡hoy!". Algunos dicen que sienten entonces como una felicidad el solo hecho de vivir: "Jamás —escribe Jouhandeau— me he sentido ligado al mundo por un hilo más delgado, como si a cada momento fuera a romperse, lo que lleva al colmo mi voluptuosidad de ser todavía". Y también: "Es algo extraordinario sobrevivirse. A uno ya no le importa nada y es más sensible a todo". Mauriac[1] dice

1 *Nouveaux Mémoires intérieurs.*

aproximadamente lo mismo: "No me siento desapegado de nada ni de nadie. Pero vivir bastaría ahora para ocuparme. Esta sangre que afluye todavía a mi mano posada en mi rodilla, ese mar que siento latir dentro de mí, ese flujo y reflujo que no son eternos, ese mundo tan próximo a terminar exige una atención de cada instante, de cada uno de esos últimos instantes antes del último: la vejez es eso". "Quisiera no pensar en nada, salvo en que existo y estoy aquí".

Mucho más que la juventud, la edad provecta sería pues la época del *carpe diem*: el momento en que "se cosecha lo que se ha sembrado", dice Fontenelle. "La estación del uso y no de las labores", dice D'Aubigné. Es falso. La sociedad de hoy, como hemos visto, les da a los ancianos tiempo libre quitándoles los medios materiales de utilizarlo. Los que escapan a la miseria y a la incomodidad tienen que cuidar un cuerpo que se ha vuelto frágil, fatigable, con frecuencia achacoso o lleno de dolores. Los placeres inmediatos les están vedados o medidos con avaricia: el amor, la mesa, el alcohol, el tabaco, el deporte, la marcha. Sólo los privilegiados pueden paliar en parte estas frustraciones: pasear en coche en lugar de caminar, por ejemplo.

Aun a éstos, cabe dudar de que el goce del momento presente los colme. Muchos escritores de edad se quejan de la aridez de sus días. "El tiempo ha tomado mis manos en las suyas. No hay más nada que recoger en días desflorecidos", dice Chateaubriand. A su juicio, el peso del pasado es lo que ensombrece el presente. "Cuando se han visto las cataratas del Niágara, no hay más saltos de agua. Mi memoria opone sin cesar mis viajes a mis viajes, montañas a montañas, y mi vida destruye mi vida. Lo mismo me ocurre con la sociedad y los hombres". Stendhal, que sin embargo no era realmente viejo, se queja en las *Promenades dans Rome*: "¡Ay! Toda ciencia se parece en un punto a la vejez, cuyo peor síntoma es la *ciencia de la vida* que impide apasionarse, hacer locuras por nada. Quisiera, después de haber visto Italia, encontrar en Nápoles el agua del

Leteo, olvidarlo todo, y después empezar a viajar otra vez y pasar así mis días". Schopenhauer expresa un punto de vista análogo: "La vejez no tiene más que una semiinconsciencia de la vida... Insensiblemente, el intelecto se embota tanto con el largo hábito de las mismas percepciones que cada vez más todo termina por deslizarse por él sin impresionarlo". Aragon, en *La Mise à mort*, habla con nostalgia de "esa frescura desvanecida del mundo". Escribe en *Le Roman inachevé:*

Je me sens étranger toujours parmi les gens,
J'entends mal, je perds intérêt à tant de choses,
Le jour n'a plus pour moi ses doux reflets changeants;
Le printemps qui revient est sans métamorphose,
Il ne m'apporte plus la lourdeur des lilas;
Je crois me souvenir lorsque je sens les roses.[2]

El hundimiento del presente en un pasado demasiado conocido, Jouhandeau también lo ha sentido: "Todo toma, a medida que uno envejece, el aire de un recuerdo, incluso el presente. Uno se considera a sí mismo como ya pasado". Este desgaste del mundo y la tristeza que produce, nadie la ha expresado mejor que Andersen en una carta que escribía a los 69 años: "Si voy al jardín, entre las rosas (e incluso los caracoles en sus tallos), ¿qué tienen que decirme que ya no me han dicho? Si miro las anchas hojas de los nenúfares, recuerdo que Thornbeline ha terminado ya su viaje. Si escucho el viento, ya me ha hablado de Valdenar Daae y no conoce mejor historia. En los bosques, bajo el viejo roble, recuerdo que hace mucho tiempo me ha contado su último sueño. De modo que ya no tengo impresión nueva, y es triste".

2 Me siento extranjero siempre entre la gente, / Oigo mal, pierdo interés por tantas cosas, / El día ya no tiene para mí sus dulces reflejos cambiantes; / La primavera que vuelve es sin metamorfosis, / Ya no me trae la pesadez de las lilas; / Creo acordarme cuando huelo las rosas.

¿Cómo explicar este silencio de las cosas? Chateaubriand se contradice cuando, después de evocar a justo título "el desierto del pasado", pretende que nuestros recuerdos podrían obliterar nuestras percepciones actuales. Éstas tienen una evidencia y una intensidad muy superiores. En cierto sentido, el deseo de Stendhal se realiza: bebemos las aguas del Leteo. Vuelvo a ver Roma cada año con la misma alegría, su presencia triunfa sobre todas las imágenes que de ella había yo conservado; y aun las impresiones antiguas, confusamente resucitadas a través del instante, la enriquecen, la embellecen. Gracias a esa intensidad del presente, Aragón puede escribir al final del poema cuyo comienzo he citado:

Quand je croyais le seuil de l'ombre outrepassé
Le frisson d'autrefois revient dans mon absence
Et comme d'une main mon front est caressé.
Le jour, au plus profond de moi, reprend naissance.[3]

Nuestros recuerdos no pueden descalificar nuestra experiencia actual; más bien la desvaloriza la conciencia de haber olvidado tanto: la olvidaremos también. De joven, uno no se imagina que se acordará de todo, siempre, pero escapa al tiempo porque dispone de un porvenir infinito. El instante me cortaba el aliento cuando creía captar en él la eternidad; era imborrable para siempre. Desde que mi porvenir está cerrado, los instantes ya no son eternos, no me dan el absoluto: perecerán enteros, o caerán en cenizas que mi tumba se tragará conmigo. En sus largas caminatas caprichosas, Rousseau se encantaba con el vagabundeo de su fantasía; al volver a casa de Mme. de Warens, en un momento en que ya no la ama-

3 Cuando creía haber traspasado el umbral de la sombra / El estremecimiento de antes vuelve en mi ausencia / Y como por una mano mi frente es acariciada. / El día, en lo más profundo de mí, vuelve a nacer.

ba, la precisión del objetivo se burlaba de su imaginación, el encantamiento se había disipado: "Estaba donde estaba, iba a donde iba, nunca más lejos". Esta aridez es el destino de muchos de nosotros, pasados los 60 años: sabemos demasiado adónde vamos. El 10 de mayo de 1925, Freud escribía a Lou: "El cambio no es quizá muy visible, todo sigue siendo tan interesante como antes, las cualidades tampoco han sufrido grandes modificaciones, pero falta como una especie de resonancia; yo, que no soy músico, veo la misma diferencia que cuando se apoya o no en el pedal". Vailland muestra a don Cesare llevando a los 70 años la misma vida que antes, pero "sus palabras resuenan en un mundo sin eco". La analogía de las dos comparaciones es patente. En la juventud, el mundo es infinitamente rico de sentido y de promesas; el menor incidente despierta innumerables armónicos. Más tarde, en un universo achicado a la medida de nuestro porvenir, las vibraciones se extinguen.

Los valores, los fines que encontramos fuera de nosotros son el fruto de nuestras inversiones. Nuestra ausencia de pasión, nuestra inercia, son las que crean el vacío alrededor de nosotros. Las rosas, los nenúfares de Andersen se callan porque las ganas de escribir lo han abandonado. Todas las morales del instante son erróneas porque desconocen la verdad del tiempo; los tres "ex-stases" temporales no pueden enunciarse sino juntos; el presente no es; el para sí sólo existe trascendiéndose hacia el porvenir a partir del pasado, y el mundo se descubre a la luz de nuestros proyectos; aquél se empobrece si éstos se debilitan. Renunciar a nuestras actividades no es acceder a delicias perezosas que aquéllas nos habían vedado; es despoblar el universo esterilizando el porvenir. Si las percepciones están "embotadas" por el hábito, si las cosas parecen marchitas y tragadas ya por el pasado, no es que arrastremos con nosotros recuerdos demasiado ricos; es que nuestra visión no se ve animada por proyectos nuevos.

El anciano no puede satisfacerse, como tampoco el joven, con esa inmovilidad con que sueña Mauriac cuando pretende que "vivir" bastaría para ocuparlo; él mismo demuestra lo contrario: nunca ha escrito tanto como estos últimos años. No querer nada, no hacer nada es condenarse a la siniestra apatía en la que se hunden tantos jubilados. La desgracia es que resulta difícil encontrar razones para actuar cuando las antiguas actividades están vedadas. Raros son los individuos a quienes el ocio les permite desplegar una vocación contrariada o les descubre posibilidades inesperadas. Dos ejemplos de este género son célebres en Norteamérica. Lilian P. Martin dejó la Universidad de Stanford para convertirse en "consejera principal" de la vejez. A los 65 años aprendió a escribir a máquina; a los 77 a conducir un auto; a los 88 remontó el Amazonas en barco. A los 99, con cuatro asistentes de 60 años, emprendió la explotación de una granja de veinticinco hectáreas. La anciana, a la que se dio el nombre de Ma Moses, inepta a los 75 años para los trabajos manuales, empezó a pintar miniaturas. A los 100 años logró la más célebre de sus obras, una *Nochebuena*. Murió en Nueva York a los 101 años.

Estos casos son excepcionales. Se ha visto que en el interior mismo de nuestra praxis es con frecuencia imposible abrirse caminos inéditos. Con mayor razón, pretender inventarse arbitrariamente intereses, placeres, es ilusorio. "Sólo los placeres de que se ha gozado antes de los 30 años están en condiciones de agradar siempre", observaba Stendhal. Churchill, que dedicaba mucho tiempo a la pintura, sin embargo se quejaba: "Es difícil inventarse nuevos intereses al final de la vida".

Por esta razón la edad nos quita el gusto de instruirnos. Es muy raro que, como Sócrates, uno quiera saber por saber, en el momento; uno se informa dentro de una cierta perspectiva. Si no, ¿para qué? La ausencia de proyecto mata el deseo de conocer: "En verdad", escribe Saint-Évremond, "busco en los libros más lo que me agrada que lo que me

instruye. A medida que tengo menos tiempo para practicar las cosas, tengo menos curiosidad de aprenderlas". Rousseau hace en las *Rêveries* una observación análoga: "Retenido así en la estrecha esfera de mis antiguos conocimientos no tengo como Solón la felicidad de poder instruirme cada día al ir envejeciendo; y hasta debo cuidarme del peligroso orgullo de querer aprender lo que en adelante no tengo posibilidades de saber bien". Uno de los rasgos más notorios de las personas de edad es su inapetencia intelectual, al punto de que a los 82 años, André Siegfried decía: "La vejez no es más que la declinación de la curiosidad". Stuart Mill nos dice de su padre: "Consideraba la vida humana una triste cosa cuando la frescura de la juventud y de la curiosidad se han marchitado". Naturalmente, asociaba la una a la otra.

Mauriac, en las *Mémoires intérieurs*, sobre todo en el segundo volumen, comprueba frecuentemente su falta de curiosidad por los libros, los discos nuevos. Se asombra de la "preocupación maniática de información y de cultura" que Gide conservó hasta una edad avanzada. Y sin embargo, aun en Gide se ve cómo poco a poco se instala la indiferencia. En su *Diario*, anota el 30 de julio de 1941: "El final de la vida. Último acto un poco languideciente; evocaciones del pasado, repeticiones. Uno quisiera un rebote inesperado y no sabe qué inventar". A los 80 años, en *Ainsi soit-il*, escribe: "No siento todavía ningún debilitamiento de mis facultades intelectuales, ¿pero al servicio de qué ponerlas?"

La ausencia de curiosidad del anciano, su desinterés, son reforzados por su estado biológico. Estar atento al mundo le fatiga. Aun los valores que habían dado un sentido a su vida suele no tener fuerzas para afirmarlos. Así, cuando Proust ve por última vez a M. de Charlus, ese hombre antes soberbio ha perdido su orgullo aristocrático. Al cruzarse con Mme. de Sainte-Euverte, a la que había desdeñado, la saluda como si fuera una reina. "Todo su esnobismo pasado, lo anuló de un solo golpe por la timidez aplicada, el celo temeroso con que

se quitó el sombrero." La razón de su gesto era seguramente, dice Proust, "una suerte de dulzura física, de despego de las realidades de la vida, tan notorio en aquellos a quienes la muerte ha hecho entrar ya en su sombra".

La indiferencia intelectual y afectiva del hombre de edad puede reducirlo a una total inercia. Swift, viejo, ya no se sentía concernido por nada: "Me despierto en tal estado de indiferencia por todo lo que puede pasar en el mundo y en mi círculo estrecho que... seguramente me quedaría en la cama todo el día si la decencia y el temor a la enfermedad no me arrancaran de ella".

Los individuos cuya vejez se ve más favorecida son los que tienen intereses polivalentes. Una reconversión les es más fácil que a otros. Descartado del poder, Clemenceau escribe. "Si está comprometido políticamente, un científico que ha visto disminuir sus actividades encuentra en qué prodigarse. Aun en este caso, es duro para un hombre renunciar a lo que ha sido el centro de sus preocupaciones. En la mayoría de nosotros se ve cómo se establece un círculo vicioso: la inacción desalienta la curiosidad y la pasión, y nuestra indiferencia despuebla el mundo donde ya no vemos ninguna razón para actuar. La muerte se instala en nosotros y en las cosas".

Hay una pasión a la que el viejo está predestinado: la ambición. Como ya no tiene ascendiente en el mundo y no sabe por lo tanto quién es, quiere aparentar. Ha perdido su imagen; se esfuerza por recuperarla fuera de sí. Codicia las condecoraciones, los honores, los títulos, una espada de académico. Extinguida su vitalidad, ignora la plenitud de los verdaderos deseos, de las pasiones que apuntan a un objeto real: busca simulacros. El ejemplo más patente es el de Pétain, en quien de Gaulle denunciaba ya en 1925 "dos fenómenos igualmente fuertes y sin embargo contradictorios: el desinterés senil de todo y la ambición senil de todo". En realidad,

esos dos rasgos, lejos de contradecirse, se explican el uno por el otro: porque no le importa concretamente nada, el viejo lo quiere abstractamente todo, es decir, cualquier cosa; quererlo todo, de esta manera hueca, es no querer absolutamente nada. En los muy jóvenes se encuentra la misma ambigüedad: "Lo quiero todo, en seguida", dice la Antígona de Anouilh. Es porque tiene las manos vacías. Recuerdo con qué insistencia escribía yo en mi *Diario*, a los 18 años: "Lo diré todo. Quiero decirlo todo". Cuando en realidad no tenía precisamente nada que decir. Cuando ya no hay en el corazón ni interés ni curiosidad ni afecto, entonces el individuo está maduro para la ambición vacía y la vanidad que es su correlativo.

Pétain fue en su juventud de una gran independencia intelectual; contra la doctrina en boga de la ofensiva a toda costa defendía en sus cursos la teoría de la contraofensiva; reclamaba para Francia artillería pesada, razón por la cual el Ministerio de Guerra lo detestaba. Sufrió las consecuencias en sus ascensos: "He sido un viejo teniente, un viejo capitán, un viejo coronel, he sido viejo en todos mis grados", decía con amargura. Su frialdad, su dureza, su suficiencia sorprendían a quienes le rodeaban. Fayolle, que era amigo suyo, anotaba en noviembre de 1914 que Pétain "no vacila en deponer a los mediocres y hacer fusilar a los infieles. En los primeros encuentros —dice— he desempeñado el papel de carnicero". Y en enero de 1915, como Pétain hacía atar y lanzar hacia las trincheras enemigas a veinticinco soldados que se habían mutilado una mano de un disparo de fusil, Fayolle anotaba: "¡Carácter, energía! ¿Dónde termina el carácter y dónde comienzan la ferocidad, el salvajismo?". Cuando visita a los heridos, observa el coronel Bouvard, "permanece siempre imperturbable, cerrado, como indiferente". Gallieni decía de él: "Este hombre es un témpano". Las sangrientas represiones que ordenó en el curso de la guerra lo demuestran. Sin embargo, se negaba a derrochar material humano.

Se lo consideró el vencedor de Verdún. Obtuvo la más alta distinción militar: el título de mariscal de Francia.

"Es un engreído", había anotado Fayolle; y uno de los oficiales de Pétain: "Le gusta pasar por glorioso". Con la edad, su vanidad aumentó. Presidente del Consejo Superior de Guerra, inspector general del ejército, no perdonaba a Foch la gloria que éste había adquirido; en su discurso en la Academia Francesa, en 1930, le reprochó que hubiera firmado el armisticio. No perdonó jamás a De Gaulle que hubiera firmado solo en 1938 el libro *La France et son armée*, cuya idea se le había ocurrido a él quince años antes, pero de la que no había escrito una línea.

Desde 1914 le obsesionaba el temor de perder la memoria. Y en efecto, pronto empezó a debilitarse. El general Laure comprobaba: "La memoria flaquea. Para las cosas viejas, el mariscal es perfecto. Para las nuevas ya no asimila o asimila mal". Seguramente no fijaba el presente debido a ese "desinterés senil". Su salud era magnífica; el coronel Bouvard se lo atribuía a "la indiferencia, que permite una hermosa vejez". Su egoísmo sorprendía a todos cuantos se le acercaban: "El mariscal es ahora un hombre de corazón seco. Ya no tiene ni generosidad ni firmeza", escribía de Gaulle. Tenía ausencias cada vez más largas. Loustanau-Lacau decía que ciertos días hubiera habido que escribir sobre su frente: "Cerrado por vejez". Comprobaba también: "La llegada del coche que espera le interesa tanto o tan poco como la caída de un ministerio o la muerte de un hombre conocido". Pétain daba una enorme importancia a todo lo que le concernía, y los grandes acontecimientos que no lo tocaban personalmente lo dejaban frío.

En 1938 no pensaba en tomar el poder. La campaña de Gustave Hervé: "Lo que nos hace falta es Pétain", le irritaba. A Jacquinot, que le dijo "Usted será presidente del Consejo", le respondió: "No puedo trabajar más de tres o cuatro horas por día". Sin embargo, según De Gaulle, su ambición no disminuía. "Nada ni nadie frenará ya al mariscal en el camino

de la ambición senil. Y su orgullo se desata. Ya no domina sus demonios interiores". Aceptó ser enviado como embajador a España ante Franco. De Gaulle dice también: "Acepta la embajada. Y aceptará cualquier cosa, tan poseído está de ambición senil. Es terrible y lamentable. Ya no está en condiciones de asumir responsabilidades". En España, las pérdidas de memoria se multiplicaron: "Hay dos o tres horas de Pétain por día", decía uno de sus subordinados.

Su indiferencia al momento presente, su fijación en el pasado explican ciertos hechos que la palabra chochez no basta para expresar. De vuelta en París y nombrado ministro de Estado en junio de 1940, no abría casi nunca la boca. Sin embargo, cuenta Laurent-Eynac, un día que le preguntaron cómo explicaba el derrumbe francés, respondió: "Quizás hemos renunciado demasiado pronto a los colombófilos y a las palomas mensajeras". Recordaba evidentemente el papel importante que habían desempeñado las palomas mensajeras durante la defensa del fuerte de Vaux. La ambición senil explica que hubiera aceptado firmar el armisticio. Pero también estaba convencido de que el armisticio firmado por Foch el 11 de noviembre de 1918 había sido una grave falta que había llevado a Francia a perder en definitiva la guerra; había llorado cuando Foch lo concedió a los alemanes. Se imaginaba que el armisticio de 1940 terminaría para Alemania en un desastre análogo: "El precedente le obsesiona", anotaba uno de sus familiares.

Hablaba sin cesar de la patria, de la salvación de Francia, del bien de los franceses; pero Weygand observa que cuando firmó el armisticio —cuyas cláusulas abrumadoras han de recordarse— se leía en su rostro una solapada satisfacción: a él habían ido a buscarlo para salvar a la patria. Creía que se tomaba un brillante desquite sobre los que en otro tiempo habían obstaculizado su carrera, sobre los que más tarde habían pretendido compartir su gloria. Los años siguientes, se dejó embriagar por la adulación, las ovaciones, las apariencias

del poder, al punto de declarar alegremente: "Tengo más poder que Luis XIV", cuando estaba en manos de los alemanes que gobernaban directamente la mitad del país. Un poco más tarde dijo al conde de París: "Yo renuevo la tradición real. Visito las provincias. Me ofrecen regalos. Es como bajo la monarquía". Dos años después del armisticio, la mariscala dijo a los Masis esta frase terrible: "¡Si supieran ustedes qué feliz es desde hace dos años!"

Bonhomme, que le servía de ayuda de campo y vivía en su intimidad, observaba: "Su insensibilidad de anciano provecto aumenta. A medida que pasan los años, las catástrofes resbalan sobre él". Y Darlan decía: "Este hombre fabrica nieve carbónica". Insensible a todo, empecinado en su vanidad, toda comunicación con él estaba cortada. Nada, nadie podía alcanzarlo. Cuando permitió que se adoptaran las primeras medidas contra los judíos, el general Mordacq le dijo: "Señor mariscal, usted deshonra su uniforme". "Me importa un bledo", respondió él, que no había tenido más que la palabra honor en la boca.

Como muchos ancianos provectos daba a veces señales aparentes de emotividad, pero su conducta no las registraba. Su jefe de Gabinete, Du Moulin de La Barthète, cuenta: "Vi a ese anciano taciturno, cínico y cruel llorar como un niño al anuncio del martirio de los fusilados de Châteaubriant". Durante un momento comprendió que se deshonraba, habló de constituirse prisionero. Pero al día siguiente se dejó disuadir con facilidad. Derramó algunas lágrimas por la suerte de los alsacianos loreneses, pero cuando Robert Schuman fue a hablarle de ellos, lo interrumpió en seco: "Esas historias complicarían el reabastecimiento y la situación de Francia". Un informe sobre la batida del Vél'd'Hiv' pareció conmoverlo, pero se repuso en seguida: "Es cierto que esos judíos no siempre han ejercido en Francia una buena influencia".

Sus ausencias, su sordera eran a menudo simuladas: evitaba los diálogos. Era capaz —por lo menos durante varias horas por día— de comprender lo que le decían. Pero entre

la inteligencia y la voluntad, el enlace ya no se establecía. "La correa de transmisión está rota", decía Bonhomme; y también: "Se ha convertido en un monstruo de egoísmo: es la edad". Cuando los alemanes exigieron que obtuviera el retiro de Weygand, Bonhomme pidió a François Valentin —director general de la legión creada por Vichy— que lo convenciera de no ceder. Ante unos diez testigos consternados hubo una escena terrible y Valentin llegó a decir: "Tenga cuidado, un día los franceses escupirán en sus estrellas". Pétain miró a su alrededor como pidiendo ayuda, pero no respondió nada. Valentin anotó: "La lucidez es total. Pero la edad ha destruido la voluntad". De vez en cuando decía: "Estoy deshonrado. Tengo que irme...". Pero se quedaba.

Daba una importancia muy grande a la comida. Cuando Michel Clemenceau vino a pedirle que no dejara caer en manos de los alemanes a Reynaud y Mandel, encarcelados en el fuerte de Portalet, se disculpó: "No puedo hacer nada". Y añadió: "Quédese con nosotros. Hoy tenemos buenas langostas de Córcega". Cuando el coronel Solborg fue de parte de la Casa Blanca a preguntarle si aceptaría ir a Argelia sin que los alemanes lo supieran, Pétain sólo habló del pasado: la Gran Guerra, Pershing, el cuerpo de expedicionarios norteamericanos. Después sacó un menú del bolsillo: "Ah, hoy tenemos un buen plato".

Siempre había sido mujeriego y su sexualidad no se había apagado del todo. "Ciertas noches", cuenta Leroy Ladurie,[4] entonces ministro de Agricultura, "cuando la mariscala se acuesta, con dos o tres viejos amigos acompañamos al mariscal. En una habitación del hotel Du Parc, la mujer de un explorador célebre baila, lasciva, desnuda hasta la cintura. El viejo soldado aprecia mucho el espectáculo".

---

4 Citado por Tournoux, *Pétain et De Gaulle*. Jules Roy también lo cuenta. "¡Si los franceses lo supieran!", decía Bonhomme.

Cuando Hitler escapó a un atentado quiso enviarle un telegrama felicitándolo; su médico, el doctor Ménétrel, que tenía sobre él una influencia considerable, trató de disuadirlo. Fue inútil. Firmó el telegrama. Grabriel Jeantet, al entrar en el despacho, lo vio. "Señor mariscal, usted se deshonra". "¿Qué hay que hacer?", dijo Pétain. "Esto". Jeantet rompió el telegrama. Pétain no reaccionó. Un poco más tarde, estando presente el general Von Neubron, vio un moscardón posado en un mapa de la pared y lo aplastó exclamando: "¡Vaya! ¡Un boche! Lo mato". Añadió de buen humor: "Uno tiene demasiada tendencia a generalizar".

Cuando lo llevaron a Sigmaringen declaró que se consideraba prisionero. Pero Ménétrel le suplicaba en vano que se atuviera a ese papel. No rompió con Brinon; elegido por los alemanes como jefe de un "gobierno de pacotilla". Mantenía relaciones cordiales con Bentler-Fink, que lo había engañado y forzado para llevarlo a Alemania. Ménétrel decía, consternado, que Pétain "huía siempre de las situaciones claras", que ni siquiera tenía "el coraje de defender su nombre". Sin embargo, cuando supo que se iba a iniciar su proceso tuvo dignidad suficiente para volver voluntariamente a Francia. En el proceso, después de haber leído una declaración escrita por sus abogados, se hizo el sordo y no respondió a ninguna pregunta. Al final dijo a sus abogados: "Es interesante este asunto. He aprendido cantidad de cosas".

En el cautiverio leía un poco; trató de aprender inglés. A partir de 1949 perdió del todo el juicio. Confundía las dos guerras. Un 11 de noviembre golpeó la mesa con violencia: "¡Pero caracoles, a los boches se las di!"

Sus últimos años no son significativos; llegado cierto grado de decrepitud mental no se puede siquiera hablar de indiferencia, y en cuanto a la ambición, las circunstancias ya no se prestaban. Pero durante los años de Vichy se descubre, como a través de un lente de aumento, el horror y la miseria de esta ambición "en el vacío" de que son presa muchos ancianos.

No tratan de hacer nada; sólo les importa el personaje con el que se confunden y al cual están dispuestos a sacrificar cualquier cosa, incluidos los valores mismos que fingen exaltar. La contradicción es flagrante en Pétain, servil instrumento de los alemanes y que se cree soberano; sólo tiene en la boca las palabras honor y patria, y deshonra y traiciona a su país. Encerrado empecinadamente en sí mismo, sordo a la voz de los demás, su pretensión y su egoísmo vuelven peligroso al ambicioso si las circunstancias le conceden cierto poder.

La ambición sólo está permitida a un puñado de privilegiados y muchos conocen su vanidad. En general el viejo no tiene recursos contra el vacío de su existencia. Salvo cuando su organismo agotado sólo aspira al reposo, su inapetencia en el seno de un mundo descolorido lo condena al tedio. Schopenhauer pretende que no lo conocen porque para ellos el tiempo pasa demasiado rápido. Sin embargo recuerda la frase de Aristóteles: "La vida está en el movimiento". Afirma él mismo que "la actividad es necesaria para la felicidad". "Una inacción completa se vuelve en seguida insoportable", escribe también, "porque engendra el tedio más horrible".

En efecto, si la existencia no se trasciende hacia algún fin, si recae inerte sobre sí misma, provoca esa "náusea" que Sartre ha descripto. Los jóvenes la experimentan a menudo; todavía no tienen dominio sobre el mundo, están reducidos a su presencia desnuda; para ellos, como para el viejo, el mundo se calla; en un círculo del que parece imposible salir, ese silencio hiela sus esperanzas. Me he aburrido muchísimo durante dos o tres años de mi juventud porque, salida del universo de la infancia, todavía no había entrado en el de los adultos, no participaba de nada y tenía la seguridad de que nada, jamás, podría solicitarme. Sin embargo, desde ese punto de vista hay una gran diferencia entre el joven y el hombre de edad; el primero no es indiferente al mundo, lo agitan proyectos confusos, deseos precisos; se aburre porque la sociedad, sus padres, su situación, obstaculizan sus impul-

sos. En cuanto se afloja la opresión, se propone una apertura, sobreviene un encuentro, un acontecimiento propicio, el círculo se rompe, se recobra la curiosidad, el gusto por la vida. En cambio el viejo se aburre porque las circunstancias o su indiferencia lo han apartado de sus proyectos y su curiosidad[5] ha desaparecido. Hemos visto cómo en los asilos, y aun fuera de ellos, se ahonda un abismo vertiginoso: el tedio se vuelve tan profundo que suprime toda posibilidad y aun todo deseo de distraerse de él.

Si un viejo está enojado con su tiempo no encuentra en él nada que pueda arrancarlo a su melancolía. Pero aunque permanezca atento a lo que le rodea, la falta de objetivos ensombrece su vida. Gide escribía el 19 de septiembre de 1941: "El alma sin más objetivo, entera presa del ocio, se aburre". Más tarde, en *Ainsi soit-il*, describe con el nombre de anorexia la extinción en él de todo deseo: "Ya no tengo gran curiosidad por lo que pueda ofrecerme todavía la vida... Estoy harto de días y no sé demasiado en qué emplear el tiempo que me queda en la Tierra. Anorexia, faz horriblemente inexpresiva del tedio". Tenía a veces la impresión de que ya no contaba en el número de los vivos. Escribe el 10 de noviembre de 1942: "En un decorado nuevo, lo que continúa es el mismo acto de la misma obra. Hace ya mucho tiempo que he dejado de ser. Simplemente, ocupo el lugar de alguien a quien toman por mí".

---

5 Baudelaire, joven todavía y enfermo de esplín, vio bien la relación entre la falta de curiosidad y el tedio.

Rien n'égale en longueur les boiteuses journées
Quand sous les lourds flocons des neigeuses années
L'ennui, fruit de la morne incuriosité,
Prend les proportions de l'immortalité.

(Nada iguala en longitud los desiguales días / En que bajo los pesados copos de los nevados años / El tedio, fruto de la taciturna falta de curiosidad, / Cobra las proporciones de la inmortalidad.)

Las palabras decorado, obra, expresan un sentimiento de desrealización que se acusa aun más en este pasaje de *Ainsi soit-il*: "Me sorprendí ayer preguntándome con la mayor seriedad del mundo si realmente estaba todavía vivo. El mundo entero estaba allí y yo lo percibía maravillosamente, ¿pero era yo el que lo percibía?... Todo existía y seguía siendo sin mi ayuda. El mundo no tenía ninguna necesidad de mí. Y durante un tiempo bastante largo me ausenté". Describe aquí una experiencia de despersonalización análoga a la que se observa en ciertos psicasténicos: ya nada les interesa ni los solicita, no tienen más proyectos; el mundo les parece un decorado de cartón y ellos mismos, muertos vivientes.

En cuanto a las personas de edad que siguen trabajando, lo hacen a menudo con un desencanto de fondo porque han cobrado conciencia de sus límites. Hemos visto que ciertos artistas se sobrepasan al final de sus vidas: la última *Pietà* de Miguel Ángel es la más hermosa. Pero aun entonces, saben que jamás cumplen sino *su* obra. Esta fatigosa monotonía les provoca un "¿para qué?" desolado. Esta interrogación es la que se lee en el último autorretrato de Rembrandt. Miguel Ángel viejo seguía esculpiendo pero miraba su obra con ojos desengañados. Llamaba "monigotes" a sus esculturas.

En un poema, Yeats supone que un espíritu burlón dialoga con un viejo escritor. Éste comienza por felicitarse:

La obra está cumplida, murmuró, ya viejo,
tal como de niño la concebí;
que los tontos rabien, pero en nada he fallado.
He llevado algo a la perfección.
Pero más arriba cantaba este espíritu: ¿Y qué?[6]

6 *What then?*

Verdi escribió sin alegría sus últimas óperas, las más hermosas. Al perfume de tristeza que deja en el alma toda realización son particularmente sensibles los viejos creadores. No han "alcanzado su ser" y ahora saben que no lo alcanzarán, cualesquiera que sean sus logros.

El hecho de no consagrarse a ciertos fines, de no encontrar exigencias, condena al anciano al tedio; hay una compensación a la que algunos conceden gran valor: no tienen que hacer ningún esfuerzo, les está permitida la pereza. Se recordará que Fontenelle y Emerson admiran la vejez porque permite descender por debajo de uno mismo. "La indolencia tiene su dulzura", decía Saint-Évremond al envejecer. Según Jouhandeau, la edad provecta representa "las verdaderas vacaciones después del *surmenage* de los sentidos, del corazón, del espíritu que fue la vida". "La cercanía de la vejez trae una especie de ocio absoluto. Ya no hay que ponerse en tensión para un logro cualquiera... ¡Qué descanso!" "El privilegio de la vejez: no tiene nada que ganar ni que perder". Los viejos rara vez tienen complejos de culpa: la edad les sirve de excusa y de coartada; suprime la competencia profesional. Y también la competencia sexual: la impotencia, la frigidez, se justifican. Todas las insuficiencias se vuelven normales: el atolondramiento, la incompetencia. Ciertas taras quedan suprimidas: la fealdad es por así decir reabsorbida por la degradación que infligen los años; hay mujeres que incluso parecen retrospectivamente hermosas cuando su juventud había sido ingrata. Las personas para quienes la condición de adulto era penosa, que se adaptaban mal a ella, encuentran ventajas en la vejez.

Sólo que la indulgencia de que gozan se paga cara: se disculpan en detalle sus inferioridades porque se les considera definitivamente inferiores; no tienen nada que perder porque ya lo han perdido todo. Están libres de sus complejos de culpa; la contrapartida es que la mayoría de ellos tiene un amargo sentimiento de fracaso. Los adultos los tratan como

a niños, como a objetos. El hecho es que biológica, económica, socialmente su situación se ha degradado. En todos los tests a los que se someten se manifiesta un asco de sí mismos tanto más profundo cuanto más bajo es su nivel económico, y que puede acarrear depresiones duraderas.

"No es la muerte lo que me disgusta, es la decadencia", escribe Ballanche. "Lo percibo en Mme. Récamier, en M. de Chateaubriand; es decir, que percibo cuánto existe para ellos esta impresión de tristeza". Un hombre que ha ejercido cierto poder no se resigna a haberlo perdido. Churchill se aferró a él encarnizadamente; Pétain prefirió el simulacro al honor. Apartados de sus funciones, los cuadros, los jefes de industria, los directores de firma, aunque conserven su *standing*, no son más que almas en pena. Aun en casos que parecen particularmente favorables, la persona de edad sufre por tener que reducirse. Sonriente, amable, acompañada, Ninon de Lenclos ya vieja escribía a Saint-Évremond: "Todo el mundo dice que tengo menos que quejarme del tiempo que otras; de cualquier modo, si alguien me hubiese propuesto semejante vida, me habría ahorcado". A los 58 años, Virginia Woolf anotaba en su *Diario*, el 29 de diciembre de 1940: "Detesto la dureza de la vejez. La siento venir. Rechino. Estoy agriada.

El pie menos pronto a tantear el rocío.
Menos sensible el corazón a nuevas emociones
y menos pronta a saltar la esperanza aplastada.

"Acabo de abrir Matthew Arnold y he copiado estas líneas."

El descontento puede exasperarse en rebeldía, como en Ionesco: "¿Cómo puedo aceptar esta situación? ¿Cómo puede admitirse vivir y que el tiempo cargue sobre nosotros pesadamente, como un año? Inadmisible. Uno debería rebelarse". (*Mémoires en miettes*).

Y en Leiris: "Hay en el fondo de mí algo destruido y que no puedo esperar que se reconstruya: esta vejez que siempre me ha dado tanto miedo ha terminado por instalarse, y la crisis, tan rápida en pasar como brutal fue, habrá sido el combate de retaguardia o el último combate que le he librado; cada día me convenzo más". (*Fibrilles*)

La rebeldía es vana; uno termina por resignarse, pero no sin pesar. La mayoría de los ancianos se hunde en la melancolía. Aristóteles observaba: "Ya no saben reír". El doctor Baumgartner ha señalado: "Una de las características más constantes y más netas en el plano mental del hombre que envejece es seguramente la pérdida de la alegría". A más de 60 años, Casanova escribe en una carta: "Por lo que a mis memorias se refiere, creo que las dejaré ahí, pues desde los 50 años de edad no puedo más que soltar tristezas, y eso me entristece". Ballanche escribe: "Mme. Récamier sigue tomando la situación con tristeza, M. de Chateaubriand se considera a sí mismo con tristeza, Ampère considera el tiempo con tristeza... La tristeza me invade".

En el *Diario* de Edmond de Goncourt, aunque hable poco de sí mismo, asoma una profunda tristeza. Escribe el 17 de junio de 1890: "El peso de la vejez, la sensación de los achaques que se manifiestan, en medio del alejamiento de los amigos que se van de París, ponen negrura en mi alma".

Gide en sus últimos años trataba de hacer buen papel en su *Diario* y aun más en su correspondencia: Sin embargo, desde Saint-Paul-de-Vence confía a Martin du Gard el 1° de julio de 1949: "Acabo de pasar algunos días *atroces*[7] de morriña opaca, debido a un no sé qué en el corazón que flaqueaba, a la atmósfera irrespirable (para mí) de este lugar, a mi soledad (Pierre y Claude salieron en auto por tres días), a la ociosidad... Atroces".

---

7 En español en el original.

Desde Sorrento, el 15 de junio de 1950, escribe: "A pesar de la presencia de Catherine y de Jean Lambert, a pesar de un tiempo espléndido, de un viaje encantador, de un estado de salud casi satisfactorio, acabo de pasar por una serie de días de los más penosos de mi larga existencia. Todavía no salí del túnel, pero al menos entreveo la liberación".

El 11 de julio de 1950: "¡Ay! El apetito falla junto con... el resto y la curiosidad. No sé bien de dónde, de qué lado podría venirme alguna verdadera, profunda y duradera alegría".

Una mujer joven me escribe hablándome de su padre: "A los 70 años no sufre más que de males anodinos, la mayor parte del tiempo imaginarios. Está triste, está triste cada vez más seguido. Lee tristemente, como en la superficie, nos escucha tristemente, se ríe tristemente. El otro día silbaba en su cuarto y se detuvo bruscamente. Debió de preguntarse: para qué".

La tristeza de las personas de edad no es provocada por un acontecimiento o por circunstancias singulares; se confunde con el tedio que los corroe, con el amargo y humillante sentimiento de su inutilidad, de su soledad en el seno de un mundo que únicamente siente indiferencia por ellos.

La decadencia senil no sólo es penosa de soportar en sí misma, sino que pone al hombre de edad en peligro en el mundo. Ya se ha visto: vegeta al borde de la enfermedad, al borde de la miseria. Experimenta un sentimiento angustioso de inseguridad que exaspera su impotencia.

Las gentes condenadas a la pasividad son presa de la preocupación. En la medida en que no actúa, la mujer se corroe. Lo mismo los viejos; rumian en el vacío peligros que no tienen los medios de conjurar. Aunque ninguna amenaza pese sobre ellos, les basta saberse desarmados para inquietarse; la tranquilidad de que gozan les parece precaria; el porvenir está cargado

de posibilidades aterradoras, puesto que ya no son amos de él. La catástrofe que les ha caído encima es haber pasado brutalmente del estado de adulto responsable al de un objeto dependiente. Esta dependencia los pone a merced de los demás y la sienten aun en los momentos en que no se manifiesta. Eso se ve, por ejemplo, en una encuesta efectuada en una residencia de la C.N.O.R.. Los pensionistas interrogados debían en realidad quedarse allí hasta la muerte. Pero no conseguían creerlo. Muchos tenían miedo de que los echaran y de encontrarse en la calle, sin ningún recurso. La comodidad misma de que gozaban les inquietaba. Decían: "Es difícil de creer que esto podrá continuar... Tengo miedo de que no pueda seguir... Veo que aquí todavía no somos muy numerosos. Entonces uno se pregunta ¿por qué? ¿Acaso los gastos son demasiado grandes? Sí, entonces me pregunto si con tan poca gente esto va a seguir... Es tan hermoso, uno se pregunta si va a durar. Ellos deben saber lo que hacen. Pero en fin, nos intriga un poco..."

Cuando mi abuela materna accedió, porque estaba gastada y un poco impotente, a instalarse en casa de mis padres, se volvió suspicaz, un poco solapada. Sospechaba que su presencia le pesaba a mi padre. No le faltaba nada; sin embargo, escondía en su armario y en diversos escondrijos trozos de pan de miel, bizcochos que mordisqueaba a escondidas.

El viejo está alerta aunque tenga todas las garantías de seguridad, porque no confía en los adultos; su dependencia es lo que vive bajo la apariencia de la desconfianza. Sabe que los hijos, los amigos, los sobrinos que lo ayudan a vivir —financieramente, u ocupándose de él, o alojándolo— pueden negarle esa ayuda o restringirla; pueden abandonarlo o disponer de él contra su voluntad, obligarlo a cambiar de residencia, por ejemplo, que es uno de sus terrores. Conoce la duplicidad de los adultos. Teme que lo ayuden en nombre de una moral convencional que no implica ni respeto ni afecto por él; cree que lo tratan obedeciendo a los imperativos de la opinión, y ésta puede ser esquivada o contar menos que

ciertas comodidades. Las desventuras que teme el anciano —enfermedad, invalidez, aumento del costo de la vida— son tanto más temibles cuanto que amenazan con producir cambios nefastos en la conducta de los demás. En lugar de confiar en que su irreversible decadencia natural quedará frenada o compensada por el comportamiento de sus allegados, sospecha que éstos acelerarán su curso; por ejemplo que si queda inválido lo llevarán al asilo.

Las personas casadas no son menos ansiosas que las otras, al contrario. Las angustias de uno se suman y alimentan las del otro; cada uno se hace mala sangre por partida doble, por su cónyuge y por sí mismo.

Contra la precariedad objetiva de su situación, contra su ansiedad íntima, el viejo trata de defenderse; hay que interpretar —por lo menos en gran parte— como defensas la mayoría de sus actitudes. Hay una que es común a casi todos: se refugian en sus hábitos. "Hay una marca de la edad que me sorprende más que todos los signos físicos: la formación de hábitos", anotaba O. W. Holmes. El hecho es indudable. Pero la palabra hábito tiene más de un sentido y hay que distinguir unos de otros.

El hábito es el pasado en cuanto es, no representado, sino vivido por nosotros en forma de actitudes y conductas; es el conjunto de montajes y automatismos que nos permiten caminar, hablar, escribir, etc. En una vejez normal no se alteran e incluso su papel es más importante porque se ponen al servicio de una rutina. Hay rutina cuando la actividad que ejerzo hoy toma como modelo la que ejercí ayer, que copiaba la de anteayer, y así indefinidamente. Para caminar utilizo antiguos montajes, pero puedo inventar un itinerario nuevo. La rutina es recomenzar cada día el mismo paseo. En este sentido, la parte del hábito aumenta por lo común con los años. En la rutina actúa un principio de economía y a toda edad las

personas ocupadas le asignan su parte. Es una pérdida de tiempo tener que deliberar sobre cosas de poca importancia. Uno adopta de una vez por todas cierto horario, cierta disposición del espacio, tal proveedor, tal restaurante. Pero cuando se es joven las reglas son blandas, dejan lugar a la improvisación, al capricho, a nuevas elecciones. El viejo acoge con inquietud la novedad; elegir le aterra; su complejo de inferioridad se traduce en vacilaciones, en dudas. Le es cómodo descansar en consignas puestas a prueba. Los montajes, los automatismos están al servicio de conductas repetitivas: el mecanismo de la marcha es utilizado para rehacer sin desviarse el mismo paseo. Los hábitos ahorran adaptaciones arduas, proporcionan respuestas antes que haya que plantearse las preguntas. Al envejecer son observados con mayor estrictez que antes. Kant se había sometido siempre a una severa disciplina, pero en su vejez la había convertido en una religión. Tolstoi, de viejo, había organizado rigurosamente sus jornadas. Paradójicamente, el hábito es aun más necesario a las personas ociosas que a las activas: si no quieren encenagarse en el blando estancamiento de los días necesitan oponerle la rigidez de un horario bien definido. Sus vidas adquieren entonces una casi necesidad. El viejo escapa a la repugnancia de un ocio excesivo poblándolo de tareas, de exigencias que se traducen para él en obligaciones; así evita plantearse la angustiosa pregunta: ¿qué hacer? A cada momento tiene que hacer. Recuerdo cómo mi abuelo había reglamentado sus ocupaciones: lectura de diarios, inspección de los rosales, comida, siesta, paseo se sucedían en un orden inmutable.

El papel del hábito, bajo su doble forma de automatismo y de rutina, es tanto más esencial para el anciano cuanto más degradada está su vida psíquica. Puede, entre otras cosas, paliar las deficiencias de la memoria. Se ha descripto[8] en detalle

8 Paul Courbon, *Journal de Psychologie*, 1921.

el caso de una mujer que la había perdido casi totalmente y se comportaba sin embargo de manera adaptada. No reconocía a las personas pero tenía conciencia de la categoría social a la que pertenecían y trataba de manera diferente a las enfermeras, los médicos, las limpiadoras, las otras pensionistas. Sabía que había perdido la memoria y se irritaba si alguien quería hacerle evocar recuerdos, pero su juicio estaba sano, era capaz de discernimiento, bromeaba de buena gana. Vivía sin pasado ni futuro, en un perpetuo presente.

Los montajes, la rutina sólo pueden funcionar si el mundo exterior está exactamente reglamentado y no suscita ningún problema: cada cosa debe estar en su lugar, cada acontecimiento producirse a su hora. En parte por eso el menor desorden irrita al anciano de una manera que puede parecer enfermiza. También es porque la cortina de ritos y de costumbres detrás de la cual se protege le garantiza un mínimo de seguridad; si alguien infringe una de esas reglas no se puede saber hasta dónde puede desencadenarse su tiranía. Defensivas, las manías tienen también un carácter más o menos agresivo; hacerlas respetar es, en el estado de impotencia a que se ve reducido el viejo, la única manera de imponer su voluntad. Así es cómo en *La guerra y la paz* el viejo príncipe Bolkovski se rodea de hábitos rígidos para manifestar su autoridad. Así Goethe, a los 81 años, después de la muerte de su hijo, retomó la dirección de la casa, hasta entonces muy mal administrada; hizo reinar a su alrededor un orden minucioso. Dormía con las llaves de los armarios debajo de la almohada y pesaba él mismo cada mañana el pan que se consumiría en el día.

Como se ve, el anciano tiene más de un motivo para aferrarse a sus hábitos, pero también se habitúa a tener hábitos, lo que le lleva a obstinarse en manías desprovistas de sentido. Jugar a las cartas todas las tardes en determinado café, con determinados amigos, es un hábito que en su origen fue inventado y elegido, y cuya repetición cotidiana tiene un

sentido. Pero si el jugador se pone furioso o se desconcierta porque su mesa está ocupada, es que ha instalado en sí mismo una exigencia inerte que le impide adaptarse a la situación. Esas manías crean imposibilidades; así el sujeto se negará a viajar al extranjero porque no encontrará el tipo de comida a la que está acostumbrado. Si se deja invadir por ellas, se esclerosa y se mutila.

Por el contrario, cuando un hábito está bien integrado en la vida, la enriquece; hay en él una especie de poesía. Si determinado rito —por ejemplo, entre los ingleses, la ceremonia del té— repite exactamente el que he observado la víspera y observaré mañana, el momento presente es un pasado resucitado, un porvenir anticipado, los vivo juntos a la manera del para sí: alcanzo —ilusoriamente, pues la síntesis no se ha efectuado en realidad— esa dimensión del ser que busca el existente. Por el hábito se opera una cristalización análoga a la que Stendhal describe a propósito del amor: tal objeto, tal bien, tal actividad adquieren la propiedad de manifestarnos el mundo entero. Sartre cuenta en *El ser y la nada* qué penoso le resultó, en cierto momento de su vida, decidirse a no fumar más: "Ser-susceptible-de-ser-encontrado-por-mí-fumando: tal era la cualidad concreta que se había difundido universalmente en todas las cosas. Me parecía que yo se las iba a arrebatar y que, en medio de ese empobrecimiento universal, valía un poco menos la pena de vivir". El viejo concede más valor que nadie a la poesía del hábito, pues confundiendo pasado, presente, futuro, la arranca del tiempo, que es su enemigo, le confiere esa eternidad que ya no encuentra en el instante.

Como el hábito confiere al mundo cierta calidad, al desenvolvimiento del tiempo una especie de seducción, a toda edad se pierde algo cuando se renuncia a él. Pero de joven uno no se pierde a sí mismo porque sitúa su ser en el futuro, en el cumplimiento de proyectos. El viejo teme el cambio porque, como teme no saber adaptarse, no ve en

él una apertura sino sólo una ruptura con el pasado. Como no *hace* nada, se identifica con el marco y el ritmo de su vida anterior: arrancarse a ella es separarse de su ser mismo. "Cuando uno se pone viejo", escribe Flaubert a Caroline, "los hábitos son una tiranía de la que no tienes idea, pobre hija. Todo lo que se va, todo lo que nos deja tiene el carácter de lo irrevocable y se siente a la muerte venir hacia uno".

De modo que el hábito asegura al anciano una especie de seguridad ontológica. A través de él sabe quién es. Lo protege contra sus ansiedades difusas asegurándole que el mañana repetirá el hoy. Sólo que esta construcción que opone a la arbitrariedad de los demás y a los peligros con que esa arbitrariedad puebla el mundo, está a su vez peligrando en el mundo, depende de las voluntades de los demás. Por ser su defensa contra la angustia, el hábito se convierte en el objeto en que se concentran todas las angustias; ante la idea de tener que abandonarlo, el viejo siente que "la muerte viene hacia él".

Y en efecto, cuando esa desgracia se produce, suele ser intolerable. Mi abuela soportó instalarse en casa de mis padres porque esta decisión había madurado largamente en ella. Pero un anciano brutalmente trasplantado, aunque sea a casa de sus hijos, está desorientado y a menudo desesperado; uno de cada dos de esos desarraigados muere en el curso del año. Tampoco es excepcional ver morir con unas horas o unos días de intervalo a dos miembros de una vieja pareja; entre el apego sentimental y el hábito es difícil establecer la separación.

Aferrarse a los propios hábitos implica que uno está apegado a sus posesiones; las cosas que nos pertenecen son por así decirlo hábitos fijados: la indicación de ciertas conductas repetitivas de apropiación. Tener un jardín es poder repetir cada tarde el paseo; ese sillón espera que yo me siente en él

todas las noches. La propiedad también garantiza una seguridad ontológica: el posesor es la razón de ser de sus posesiones. Mis objetos son yo mismo. "La totalidad de mis posesiones refleja la totalidad de mi ser[9]." El propietario mantiene con su propiedad una relación mágica. El anciano, como ya no le corresponde hacerse ser haciendo, para ser quiere *tener*. Ésta es la razón de esa avaricia[10] que se observa en él con tanta frecuencia. Ésta abarca objetos concretos: el viejo detesta que usen sus cosas e incluso que se las toquen. Se fija también en su equivalente abstracto, el dinero. El dinero representa un seguro sobre el porvenir, protege al viejo contra la precariedad de su situación; esta explicación racionalista es insuficiente; salta a los ojos cuando se ve morir a una nonagenaria en la miseria con un montón de dinero debajo del colchón. El dinero es sinónimo de poderío, es una fuerza creadora; el viejo se identifica con él mágicamente. Experimenta una satisfacción narcisista contemplando, tocando esa riqueza en la que se reconoce. Y también encuentra en él esa protección que le es tan necesaria. "La posesión es una defensa contra el otro";[11] a través de lo que tengo recupero un objeto asimilable a mi ser para los demás y por lo tanto no corresponde a los otros decidir quién soy. Contra los que pretenden ver en él solamente un objeto, el viejo, gracias a sus bienes, se asegura de su identidad.

Pero también ahí su sistema defensivo peligra en el mundo; los demás pueden robarle su dinero, arrebatárselo. La avaricia se convierte en una manía, adopta formas neuróticas porque la propiedad en que el viejo busca un refugio contra la ansiedad se convierte en el objeto de su ansiedad. Al

9 Sartre, *El ser y la nada*.

10 En Freud se explica por un retorno a la etapa anal. Pero esta idea de "retorno" me parece muy oscura y la explicación de la avaricia por el erotismo anal, insuficiente.

11 Sartre, *El ser y la nada*.

mismo tiempo que una defensa, la avaricia es a menudo una forma de agresión con respecto a los demás. El anciano se venga de sus hijos negándose a ayudarlos financieramente o, si están bajo su dependencia, imponiéndoles un tren de vida miserable; es la única forma de poder que conserva y experimenta un placer taimado en hacerlo sentir.

La ansiedad lleva al hombre de edad a adoptar medidas generales y radicales contra los ataques del mundo exterior. No puede suprimirlo, pero puede reducir sus relaciones con él. En muchos ancianos, la desconfianza acarrea una ruptura de comunicación. Les resulta intelectualmente difícil abrirse a las ideas nuevas. Pero también se cierran voluntariamente; toda intervención de los demás contiene una amenaza. Las palabras son trampas. Piensan que los demás quieren manejarlos. Se niegan a escuchar. Así se explica la sordera que fingen muchos de ellos; las palabras les resbalan cuando no les interesa recogerlas, si no, se vuelven milagrosamente capaces de percibirlas.[12] Además de sordos son también más o menos mudos, por lo menos ciertos sujetos. En lo que toca a sus recursos económicos sobre todo, son solapados, amigos de tapujos. Cuanto menos se sepa sobre ellos, menos podrá nadie meterse en sus cosas.

A menudo se retiran aun más radicalmente en sí mismos; se defienden no sólo con conductas sino operando un trabajo interno en sus sentimientos. "Rompen el compromiso", dice el gerontólogo norteamericano Cummings, es decir que cortan sus relaciones afectivas con los demás. Les es tanto más necesario cuanto que son psíquicamente vulnerables. No se sabe precisamente por qué, pues la forma en que la senectud afecta al sistema nervioso no se conoce bien, pero el hecho es

12 Como se ha visto por ejemplo en Pétain.

que su sistema neurovegetativo es inestable; en eso se parecen a los niños. Tienen cambios bruscos de humor, sus emociones se expresan con exceso, lloran fácilmente. A partir de los 73 años a Goethe se le llenaban los ojos de lágrimas por cualquier fruslería. Tolstoi viejo lloraba enormemente: cuando escuchaba música, cuando lo aclamaban, cuando Sonia estaba enferma, cuando lo cuidaba abnegadamente. Churchill viejo lloraba muy a menudo. Dostoievski dotó al príncipe Sokolski de esta emotividad infantil; su rostro móvil "pasa de la gravedad extrema a una alegría excesiva"; por cualquier cosa solloza. Se deshace en lágrimas cuando, después de una separación, encuentra al adolescente. En *Demonios*, Trofinovich a los 53 años tiene todos los rasgos de un viejo: receloso, ansioso, con la cara bañada en lágrimas, por fidelidad a sus opiniones abandona a la rica viuda que lo mantenía. En medio de una conferencia en que defiende sus ideas rompe a llorar convulsivamente.

Estas reacciones son agotadoras y corren el riesgo de acarrear consecuencias fatigosas o nocivas: si uno se apiada de alguien tiene que ayudarlo, darle tiempo, dinero. Para economizar fuerzas y precaverse de los peligros, el viejo se amuralla en sí mismo. Es notable que Tolstoi haya manifestado ante la muerte de sus hijos una aridez tan grande de corazón. Había empezado a endurecerse hacia los 58 años. Perdió entonces a su hijo de 4 años y declaró que en otro tiempo se hubiera entristecido, pero que ahora la muerte de un niño le parecía "razonable y buena" puesto que Dios la había querido y lo acercaba a Él. Tenía 67 años cuando murió, a los 7 años de edad, Vanitchka, a quien parecía querer mucho. Se quedó aterrado. Pero al día siguiente del entierro declaraba que era un acontecimiento "misericordioso" puesto que lo acercaba a Dios. Volvió en seguida al trabajo y escribió en unas cartas: "No hay muerte; no está muerto puesto que lo amamos". Su hija preferida, Macha, murió en 1906, a los 35 años. Le tuvo la mano durante su agonía. Pero escribió en su diario:

"Es un acontecimiento de carácter carnal y por lo tanto indiferente". No entró en el cementerio. Volvió a su despacho y escribió: "Acaban de llevársela, de sacarla para enterrarla. Gracias a Dios, conservo un buen ánimo". La exageración en la expresión de las emociones iba acompañada de una carencia de sensibilidad. Es un rasgo que se encuentra también en Goethe viejo y en muchas personas de edad.

Tolstoi, Goethe habían sido siempre egocéntricos. La vejez es menos árida en los individuos que en la edad adulta han sido capaces de sentimientos fervorosos. Siguen estando presente para los otros, pero ¿en qué medida, en qué condiciones? Es difícil dar una respuesta general a esta cuestión. Sólo se pueden hacer algunas observaciones.

La relación de los viejos entre sí es ambigua. Se complacen en estar juntos en la medida en que tienen recuerdos y una mentalidad semejante. Algunos —por ejemplo Clemenceau— cultivan con predilección sus amistades más antiguas. Pero también son espejos unos para otros, y no les es agradable verse: los signos de senilidad que descubren les irritan. En los últimos tiempos de su larga amistad, Gide reprochaba a la "señora bajita" que fuera dura de oído y lo contradijera a menudo. A veces se establece entre los hombres muy viejos una competencia necia: a cada uno le fastidia que el otro haya sobrevivido tanto como él. Conocí uno que aguardaba con impaciencia la muerte de sus últimos rivales; deseaba ser el único poseedor de ciertos secretos y poder contarlos. Pero la actitud más difundida entre los viejos es la indiferencia, sobre todo en los hombres. Las mujeres de edad tienen más intereses en común y por lo tanto más complicidades y temas de discusión.

En muchas parejas provectas, los cónyuges viven bajo el mismo techo pero absolutamente separados. En otros, como se ha visto, sus relaciones son ansiosas, exigentes y celosas;

son indispensables el uno para el otro, pero no se ayudan a vivir. Muy pocos conocen un verdadero entendimiento.

El equilibrio afectivo de las personas de edad depende sobre todo de sus relaciones con sus hijos. Suelen ser difíciles. El hijo no ha superado del todo su rencor juvenil contra el padre; en la medida en que lo ha conseguido lo ha matado simbólicamente: se ha separado de él o incluso lo ha suplantado. El padre, cuando ve de pronto en su hijo a un adulto, pasa por una fase de "sentimiento edípico inverso"; debe reconstruir sus relaciones con su hijo, y según logre hacerlo de una manera más o menos armoniosa —lo cual depende tanto de él como de su hijo— los sentimientos que tiene hacia éste en su vejez son afectuosos, ambivalentes u hostiles. La actitud reivindicativa y desconfiada del anciano se elabora sobre todo contra sus hijos; se da cuenta de que soportan con impaciencia la autoridad que conserva o la carga en que se ha convertido. Normalmente la hija ama y admira a su padre, no tiene que matarlo para realizarse, su afecto por él sigue siendo puro y es retribuido: Antígona, Cordelia, ilustran esta relación. Pero a veces, cuando se casa, está celoso, se siente abandonado, le demuestra rencor. Ella, por su lado, suele adoptar la actitud habitual de los adultos: superioridad e impaciencia. El amor de la madre por su hijo es uno de los menos ambivalentes que haya; si se queda soltero, es para ella en su vejez una fuente de felicidad. Si se casa, también se siente abandonada, se agría, tiene celos de su nuera. Con su hija, la madre busca una identificación. Pero la hija no siempre ha superado la clásica hostilidad de la adolescencia; conserva su voluntad de liberarse de su madre manteniéndola a distancia;[13] ésta sufre y se resiente. Por su parte, ha pasado por una fase de "sentimiento edípico inverso" cuando su hija, al llegar a adulta, ha amenazado su propia juventud; sus

13 Como Mme. de Grignan con Mme. de Sévigné.

relaciones ulteriores dependen mucho de la manera en que ha quedado liquidada esta crisis. En cuanto a las relaciones de los padres con los cónyuges de sus hijos, son muy variables. La rivalidad de la suegra y la nuera es clásica. Sin embargo, una mujer joven que se ha visto privada de amor maternal puede transferir a la madre de su marido sus sentimientos filiales y la mujer de edad, encontrar en ella el afecto que no ha inspirado a sus propias hijas; su relación es entonces muy positiva y cálida. El caso es bastante corriente, dada la frecuencia del fracaso de las relaciones entre madre e hija. Pueden producirse transferencias análogas en la relación de la mujer joven con su suegro, del yerno con su suegra, pero es mucho más raro. Más raro todavía es que el yerno y su suegro estén unidos por un verdadero afecto. Todas estas indicaciones son sólo aproximadas. Las relaciones entre las dos generaciones dependen en gran parte de las afinidades que existan o no entre los individuos.

Los sentimientos más cálidos y más felices de las personas de edad son las que les inspiran sus nietos. Al comienzo no siempre son simples. Ocurre que tanto para los hombres como para las mujeres la existencia de los nietos hace más difícil la fase del "Edipo invertido"; en una encuesta que he citado sobre la conciencia de la edad en un grupo de maestros de 55 años, los que eran abuelos confesaban que se sentían mucho más viejos. La actitud de la abuela empieza a menudo por ser muy ambivalente. Si es hostil a su hija, lo es también con los hijos por los que su hija se afirma y se le escapa; si la quiere y se identifica con ella, ama a sus nietos, pero siente despecho porque desempeña con ellos un papel secundario. Ama a su hijo en los retoños de éste, pero son también los hijos de su nuera, de la que está celosa. Como por lo general la mujer se valoriza como madre, la rivalidad con la hija o con la nuera en este terreno es muy aguda. La mujer supera con mucha menos facilidad la desagradable impresión de retroceder una generación cuando nacen los nietos. El hombre no rivaliza

con sus hijos ni con sus yernos en el plano de la paternidad. Por lo demás, se le pide mucha menos ayuda. Por eso será en general más indiferente que la abuela. Pero si se mezcla en la vida de sus nietos, sus sentimientos serán igualmente cálidos y menos ambiguos. Hugo, el abuelo de Sartre, jugaba al abuelo, pero amaba con sinceridad y vivamente a sus nietos. Freud lloró y perdió el gusto por la vida cuando murió su nieto. La mayor parte del tiempo, cuando los nietos llegan a los diez años y el abuelo y la abuela han asumido su vejez, su condición les proporciona muchas satisfacciones. Todo lo que constituye la ambivalencia de la condición paterna —deseo de identificación, de compensación, sentimiento de culpa o de frustración— es ahorrado a los abuelos. Pueden amar a los niños gratuitamente, con toda generosidad, puesto que no tienen ni derechos ni responsabilidades con ellos; no les corresponde la tarea ingrata de criarlos, de decir que no, de sacrificar por el futuro el momento presente. Por eso el niño suele manifestarles mucho cariño; encuentra en ellos un recurso contra la severidad de los padres; no le inspiran los celos, el deseo de identificación, el rencor, la rebeldía que dramatizan sus relaciones con el padre y la madre. Ya en la juventud, en la edad adulta, nada en su historia anterior pesa sobre las relaciones de los nietos con los abuelos. Éstos encuentran en el afecto que les demuestran un desquite contra la generación intermedia; se sienten rejuvenecer en contacto con su juventud. Fuera de todo vínculo familiar, la amistad de los jóvenes es preciosa para las personas de edad; les da la impresión de que el tiempo en que viven sigue siendo su tiempo, resucita su propia juventud, los trasporta al infinito del porvenir; es la mejor defensa contra la melancolía que amenaza a la edad provecta. Desgraciadamente esas relaciones son raras, jóvenes y viejos pertenecen a dos mundos entre los cuales hay poca comunicación.

Las relaciones con los hijos y los nietos ocupan en general un lugar más importante en la vida de las mujeres que en la

de los hombres. La edad las hace caer desde menos alto, conservan más posibilidades de acción; menos agriadas, menos reivindicativas, se "descomprometen" menos. Están también habituadas a vivir para los demás y a través de ellos. En la vejez siguen presentes, para bien y para mal.

En general, aunque conserve afecto por su familia y sus amigos, la persona de edad toma distancia con respecto a ellos. Su egocentrismo se ve facilitado por la indiferencia que poco a poco la invade pero que también cultiva deliberadamente. Es una defensa y un desquite: ya que no lo tratan como es debido y sólo puede contar consigo mismo, el anciano se dedica enteramente a su persona. A un amigo que le reprochaba su silencio, Roger Martin du Gard le respondió, a los 70 años, con esta carta muy significativa: "Lo que ocurre es que estoy envejeciendo, que mis actividades disminuyen, que me retiro del mundo cada día un poco más. Desde que estoy de luto, me cuesta interesarme en otra cosa que en mi propia suerte (y ni siquiera...) y mi atención se reduce a algunas preocupaciones personales entre las cuales mi trabajo[14] ocupa el lugar más importante. Esto no quiere decir que traicione a mis amistades, pero la vitalidad de esas amistades languidece, como la vitalidad misma... Me canso rápido, llego cada noche al límite de mis fuerzas, necesito mucho suelo y paz, mis jornadas son cortas y ni siquiera la primavera parece ya alargar el día. Me es forzoso evitar la dispersión, replegarme en mí mismo, concentrarme en esos dos universos extrañamente incomunicables que llevo ahora en mí: el vasto y desértico universo de mi pasado en que deambulo una parte del tiempo, y el otro, limitado, encogido, del presente a mi medida... Me estoy instalando un pequeño chalet en la ruidosa selva del mundo".

14 Trabajaba sin mucha convicción en una larga novela empezada años atrás y que no terminó.

Este retiro conduce a veces a la paz. Así ocurrió con Rousseau. Primero soportó mal el peso de los años. Al explicar en las *Rêveries* por qué quiere seguir creyendo en Dios, traza un cuadro sombrío de su estado: "Hoy que mi corazón está oprimido por la zozobra, mi alma hundida por las dificultades, mi imaginación amedrentada, mi cabeza turbada por tantas atroces miserias que me rodean, hoy que todas mis posibilidades debilitadas por la vejez y las angustias han perdido su empuje, ¿iré a perder por gusto todos los recursos que yo me había preparado?". Un poco más tarde empieza a resignarse: "Reducido a mí solo, me alimento, es cierto, de mi propia sustancia, pero no se agota y me basto a mí mismo, aunque rumie por así decir en el vacío, aunque mi imaginación agotada y mis ideas extinguidas ya no proporcionen alimento a mi corazón. Mi alma ofuscada, obstruida por mis órganos se hunde día a día y bajo el peso de esas grandes masas ya no tiene vigor suficiente para lanzarse como antes fuera de su vieja envoltura". Pero en sus dos últimos años, su cielo se aclara: "He recobrado la serenidad, la paz, la felicidad misma, puesto que cada día de mi vida recuerdo con placer el de la víspera y no deseo otro para el mañana". Y más adelante: "Empujado por todos lados, permanezco en equilibrio porque no estando ya apegado a nada, me apoyo sólo en mí mismo".

Rousseau, que sufría de delirio de persecución, se cansó de él; dejó de preocuparse de las maquinaciones dirigidas en su contra. Lo consiguió por una exaltación de su yo, que era otra forma de paranoia, pero que le dio la tranquilidad.

Por lo común, al viejo no le basta replegarse sobre sí mismo para protegerse de los demás; su afectividad está concentrada en los límites de su estrecho universo, pero no suprimida. Sigue siendo vulnerable en su cuerpo, sus hábitos, sus posesiones. Las amenazas subsisten y la ansiedad permanece.

La decadencia y la desconfianza engendran en el anciano no sólo insensibilidad con respecto a los demás, sino también hostilidad. Así como la situación de la mujer la incita al resentimiento, la del anciano entraña una actitud de reivindicación. La edad cae sobre nosotros por sorpresa y experimentamos un oscuro sentimiento de injusticia; ese sentimiento se acuña en una cantidad de rebeldías y rechazos. La persona de edad se considera víctima de su destino, de la sociedad, de sus allegados; le han hecho daño, se lo hacen sin cesar. Puede llegar a alimentar una cólera que la lleve al borde de la locura. Una corresponsal me escribe, a propósito de una tía de 80 años: "Se ha vuelto progresivamente loca de desdicha y de angustia ante la idea de que es vieja. Su sufrimiento es tan insoportable que no volveré a verla. De todas maneras, le importa un bledo que vayan a visitarla. A los diez minutos de llegar nos echa pretextando que quiere acostarse. No quiere salir a hacer sus compras porque teme que la elogien por su aire ágil y su maravillosa salud (es cierto). 'Me horripilan, no puedo soportarlos más'. Todo es ridículo, grotesco, ficticio ante la intensidad de su dolor. No hace más nada. Ya no se viste ni se desviste. Deambula todo el día como un animal acosado, gimiendo, arrastrando un dolor que no ubica en ninguna parte. '¡Ah, si por lo menos tuviera una verdadera enfermedad, podrían tratarme!' Y empieza a no reconocernos, a no acordarse de su pasado; no es porque su cerebro esté reblandecido, es porque no quiere. Todo lo que no sea su desdicha es una ironía insoportable. Era una mujer muy inteligente, bastante poco culta, muy activa, de una alegría y una comicidad inagotables".

Por lo común el rencor del anciano no se despliega tan abiertamente ni con tanta virulencia, pero está latente en él. Se siente excluido de su tiempo, más que vivir sobrevive. Ve sobre el tapete o incluso rechazado todo lo que ha querido, creído, amado; se rebela contra esa desposesión radical.

La caída es tanto más penosa cuanto más elevado haya sido el lugar ocupado por el sujeto, mayor su poder o su prestigio. Si le queda poca autoridad, por ejemplo en el seno de su familia, el viejo abusa de ella: es una compensación y una venganza. Así el príncipe Bolkovski se convierte en un tirano doméstico: el héroe de Tanizaki experimenta un placer maligno cuando niega dinero a su hija: reducido a un estado de dependencia física se desquita demostrando que sus allegados dependen económicamente de sus caprichos. Un hombre que siempre ha tenido un carácter taciturno optará en sus últimos años por mostrarse odioso. Chateaubriand lo era deliberadamente con Mme. Récamier.

Wagner no se resignaba a la vejez, la sentía como una humillación. Se lo hacía pagar a Cósima: le reprochaba el afecto de que rodeaba a Liszt, su viejo padre; tenía estallidos de cólera que la hacían llorar.

Pero las nuevas generaciones sobre todo son las que suscitan en el viejo cólera y odio porque se siente desposeído por ellas. Se complace en predecir un porvenir catastrófico; así Goethe en 1828, hablando a Eckermann de la humanidad, decía: "Veo llegar el tiempo en que Dios ya no encontrará más alegría en ella y deberá de nuevo aniquilarlo todo para hacer una creación rejuvenecida". Consideraba la literatura francesa contemporánea como una "literatura de desesperación". "Encarecer hasta la locura lo horrible, lo execrable, lo atroz, lo indigno, con un fárrago repugnante: ésa es su faena satánica". Después de 1830 profetizó una era de barbarie e incluso declaró en 1831: "Estamos metidos hasta la cabeza". Poco antes de su muerte escribió: "Una doctrina confusa, al comienzo de una agitación confusa, gobierna el mundo".

Saint-Évremond, ya había señalado esa propensión de los viejos a cerrarse a su época y a sacar de su ignorancia un sentimiento de superioridad: "Parecería que el largo uso de la vida les ha hecho olvidarse de vivir entre los hombres... Todo lo que hacen les parece virtud; ponen en la categoría de vicio

lo que no podrían hacer... De ahí viene esa autoridad imperativa que se atribuyen para censurarlo todo". Alain observa: "Es un hecho bien sabido que el viejo alaba su juventud y condena lo que le rodea".

Así, enclaustrado en el pasado, Edmond de Goncourt se enfurruña con su tiempo: "Ya no hay nada en los periódicos", decía. Escribía en su *Diario*, el 7 de abril de 1895: "¡Ah, qué época, la insania en el entusiasmo, Mallarmé, Villiers de L'Isle-Adam, los grandes hombres de la juventud!". Y el 31 de marzo de 1896: "¡El lado vejancón, profesoral, dogmático de las revistas de jóvenes y en ellas el entusiasmo descabellado, fanático, por las literaturas extranjeras!"

Al comienzo de la Primera Guerra Mundial, Rodin, cuya salud había quedado alterada por un ligero ataque, decía a Judith Cladel: "Estamos en una época absolutamente decadente; la guerra indica el estado de ánimo actual; es la época bárbara, la ignorancia domina y los restauradores están matando la escultura... Europa está acabada... Terminará como Asia". Hemos visto que Clemenceau desde el fondo de su retiro despreciaba su época y se las daba de Casandra.

Estos prejuicios pueden irritar. Pero hay que comprenderlos. Olvidado, desconsiderado por las nuevas generaciones, el hombre de edad recusa sus jueces, el presente e incluso el porvenir.

Tiranizar, perseguir a los demás, profetizar desastres, es cosa que pertenece sólo al pequeño número de los que conservan algún prestigio. La mayoría no posee ninguno. Ellos son los tiranizados, los perseguidos, los burlados. Aunque el comportamiento con ellos sea correcto, se los trata como objetos, no como sujetos. No son consultados, no se tiene en cuenta lo que dicen. Se sienten en peligro en las miradas que se posan en ellos. Sospechan su malevolencia. El doctor Johnson decía a Boswell: "Las gentes tienen la mala tendencia a supo-

ner que un hombre de edad no goza de todas sus facultades. Si un joven al salir de una reunión no se acuerda del lugar donde dejó el sombrero, no es nada y hace reír. Pero si la misma distracción la comete un hombre de edad, las gentes se alzan de hombros y dicen: ¡Está perdiendo la memoria!"

Mauriac escribe en las *Nouveaux Mémoires intérieurs*: "Lo que aflige no poco, en este último viraje de la edad, es que las gentes esperan lo peor en lo que nos concierne... Si su mano tiembla al dejar sobre la mesa una taza de café, ese temblor es registrado. Hasta los elogios a nuestro buen semblante nos abruman. Todos se asombran del aire tan juvenil de un hombre de edad cuando no se le ocurriría a nadie querer convencer a un jorobado de que tiene la espalda más derecha de lo que parece".

Los viejos se saben incapaces de medir sus propias fallas; podrían estar chochos o por lo menos muy disminuidos sin darse cuenta. Interpretan a tuertas o a derechas las miradas, las sonrisas, las palabras de sus allegados. Sobre ese fondo se desencadenan réplicas —humores, caprichos, torpezas dirigidas, quejas y escenas— que parecen a menudo injustificadas. El viejo grita antes que lo despellejen, se ofende por nada. Y en efecto, en una circunstancia dada quizá no tenía ninguna razón para amoscarse, pero está permanentemente ofendido, es un desollado vivo. Todo lo hiere, incluso los esfuerzos que se hacen para tener miramientos con él.

Lesionado, engañado, replica negándose a jugar el juego. El mundo de los adultos ya no es el suyo; recusa sus consignas e incluso su moral. Ya no se impone ningún esfuerzo. Busca con cinismo su interés o su placer. Estima que "todo está permitido". Dice todo lo que se le pasa por la cabeza, sin vedarse observaciones desagradables, malignidades. No controla sus impulsos, no porque sea incapaz, sino porque ya no ve ninguna razón para hacerlo. Paul Courbon expuso detalladamente en 1930 un caso de este tipo. El sujeto es una mujer de 72 años que tuvo una vida afortunada y mundana.

Se quedó viuda a los 60 con una hija a la que hubo que internar por demencia precoz. Sola y desamparada, su carácter se alteró. Actuaba y hablaba sin reaccionar, para lamentarlo después. Con sus criados se mostraba tan puntillosa y avara que la abandonaban; tomó a otros que sólo se quedaron unos meses, y después a otros que duraron unas semanas. Después, cuando se presentaba una criada, declaraba en seguida que no le convenía; la creía en connivencia con la portera, a quien detestaba. Las acusaba de ser insolentes, de hacer mal su trabajo, de extraviar a propósito su correspondencia. Llegó a hacerse enviar las cartas y paquetes a los porteros de la casa vecina. Tenía altercados con todos sus proveedores: los precios eran demasiado altos, la calidad deficiente. Con sus parientes y amigos se mostraba implorante y agresiva. iba a verlos a cualquier hora, hablaba interminablemente o se dormía, se iba bruscamente o se eternizaba. Se peleó con casi todos ellos por las observaciones desagradables que les descerrajaba. Estaba disgustada también con el administrador de su casa, a quien perseguía incesantemente por la calle abrumándolo con sus reclamaciones. Iba a presentar quejas a la comisaría. Era antipática con sus médicos y con los de su hija. En la casa de salud donde ésta estaba internada le temían; se peleaba con las enfermeras; para no tener que ir al baño orinaba en el calorífero y acusaba al gato. Tenía dificultades constantes con sus vecinos. Sin embargo, una de sus amigas influía en ella y en su presencia se comportaba correctamente. Durante tres años comió con ella en el mismo restaurante, donde se conducía de una manera absolutamente normal. A la larga su memoria disminuyó y apareció un elemento paranoico en su conducta. Pero durante siete años había sido insoportable por su incontinencia mental senil. Sin embargo, era capaz de reflexionar, y lo demostraba no sólo con su amiga sino administrando muy bien su fortuna.

Hay casos en que los comportamientos inadaptados del anciano no entrañan intencionalidad. Se explican por su de-

clinación psíquica como los desatinos y las repeticiones, tan característicos de la senilidad. El viejo está vuelto hacia el pasado, no tiene poder sobre el futuro y es presa de las preocupaciones; resucita indefinidamente los mismos recuerdos, rumia en voz alta las mismas inquietudes; está condenado a estancarse por el debilitamiento de su memoria y por su incapacidad para adquirir nada nuevo. Pero las más de las veces sus aparentes aberraciones son más o menos descuidadas. Un gerontólogo de San Francisco, el doctor Louis Kuplan, ha inventado la noción de "delincuencia senil", que se debería, como la delincuencia juvenil, al hecho de sentirse excluido; no se manifestaría con violencia sino con "conductas antisociales". El doctor Kuplan cede a la tendencia a tomar a los viejos por una especie que se describe desde afuera, como hacen los entomólogos. Olvida que son hombres que inventan su conducta a partir de su situación. Muchas de sus actitudes son de protesta, pero es porque su condición lo exige. Una característica que llama la atención en los pensionistas de los asilos —hombres sobre todo— es la suciedad. Pero si los han arrinconado como trastos, ¿por qué habrían de observar las reglas de la decencia y de la higiene? Con respecto a sus allegados, el rencor les dicta comportamientos que pueden parecer neuróticos y que son en realidad conductas de agresión o de autodefensa. Un anciano se acuesta para no volver a levantarse so pretexto de reumatismo: es consecuencia de una pelea con sus hijos. Otro a quien su hijo ha apartado de los negocios se pasea desnudo por el jardín: así —como Lear arrancándose las ropas— simboliza el despojamiento de que ha sido objeto. Las incontinencias urinarias y fecales suelen ser venganzas. Negarse a comer, a salir, a lavarse, cometer inconveniencias son en general formas de reivindicación. Lo mismo la anomalía que suele encontrarse en el anciano: el vagabundeo. Como no tiene en su casa una función satisfactoria, el abuelo se pasa los días deambulando sin avisar a su familia; no sabe lo que busca, pero se da a sí mismo la

impresión de buscar. Así demuestra a los suyos que puede prescindir de ellos y se complace en pensar que los inquieta.

Hay una impresionante descripción de vejez femenina en *Los Golovtev*, de Saltykov Chedrin; el drama de Arina Petrovna es el que vivieron Lear y el viejo Fouan, de *La tierra*, drama generalmente masculino: el de la desposesión. El novelista ruso, inspirándose en uno o varios modelos reales —encontrados en su familia— da una descripción asombrosamente matizada y viviente de las reacciones de su heroína. Terrateniente, dura con los demás y consigo misma, implacablemente avara, Arina Petrovna ha vivido desde su juventud para agrandar sus dominios. Lo ha conseguido con el sudor de su frente, infligiéndose las más extremadas fatigas y grandes privaciones. Desconcertada por la emancipación de los siervos, sin saber ya cómo organizar su vida, tiene la debilidad, aunque la edad todavía no haya terminado con su vigor físico, de distribuir sus bienes entre sus descendientes: dos hijos y las dos hijas de su hija muerta. Obsequioso, astuto, el mayor, Judas, consigue despojarla casi totalmente. Arina se va de Golovlevo de la que Judas es ahora el amo, para instalarse en casa del menor, Pablo, un borracho con quien se establece una especie de siniestra coexistencia. Pero cae éste gravemente enfermo, agoniza. Entonces Arina Petrovna, hasta entonces indomable, sin saber ya qué hacer de sí misma puesto que detesta a su hijo mayor, se hunde en una angustia alelada: "Por fin se sentó y se echó a llorar... Era una desesperación amarga y total, unida a una obstinación impotente. Y la vejez, y los achaques, y su abandono, todo parecía llamar a la muerte como la única salida apaciguadora; pero al mismo tiempo... los recuerdos del pasado la aguijoneaban y la ataban a la tierra... Una angustia, una angustia mortal se había adueñado de su ser... ¡Toda su vida, en nombre de la familia, se había impuesto privaciones, se había sometido a la tortura, había mutilado toda su existencia, y bruscamente se daba cuenta

de que no tenía familia". Como se ha visto, esta lucidez desolada suele ser el destino de los viejos y a menudo les hace desear la muerte, pero al mismo tiempo los ata a la vida porque, como dice Rousseau, no soportan la idea de que ésta ha sido en vano, "que han hecho un esfuerzo inútil".

Muerto Pablo, y como no quiere tener nada que ver con Judas, Arina Petrovna emplea el pequeño capital que le queda para restaurar la propiedad de sus nietas, Pogorielka, y allí se instala con las huérfanas. Entonces, al no tener ya ningún fin en la vida, el peso de los años bruscamente la abruma: "Jamás se le había ocurrido a Arina Petrovna que llegaría el día en que ella sería una boca más; y ese día se presentó solapadamente en el preciso instante en que por primera vez se convencía de que sus fuerzas morales y físicas estaban minadas. Esos instantes llegan siempre de improviso; aunque el hombre esté quizá afectado desde hace mucho tiempo, todavía se domina, resiste, y de pronto le viene de flanco el último golpe... Ese golpe es el que transforma instantáneamente y sin apelación a un hombre todavía animoso en una ruina". No tropezaba con grandes dificultades en la gestión de su propiedad, pero ya no se complacía en ocuparse de ella y sus fuerzas habían disminuido. "Conoció las enfermedades seniles que le impedían salir de su casa... La vieja se agitaba, se debatía, pero estaba reducida a la impotencia".

Sus nietas soñaban con irse. Para su gran sorpresa, la abuela recibe sin cólera el pedido. Ante todo porque al perder sus fuerzas físicas, su carácter autoritario se había debilitado; pero también porque —como ocurre a veces— su vejez desencantada le había abierto el espíritu: "La debilidad senil no era la única que influía en esta transformación, sino también la comprensión de algo mejor y más justo. Los últimos golpes de la suerte no sólo la habían sometido; también habían iluminado, en su horizonte intelectual, algunos rincones donde hasta entonces su pensamiento al parecer nunca había penetrado". Comprendiendo, a la luz de un presente siniestro,

la legitimidad de ciertas aspiraciones, no tiene fuerzas para oponerse y deja partir a las dos muchachas.

Pero entonces se hace a su alrededor un vacío insoportable. Sentía que "había recibido de golpe una libertad ilimitada, tan ilimitada que sólo veía delante de ella un espacio vacío". Mandó clausurar gran cantidad de habitaciones, se quedó sólo con dos, despidió a sus criados salvo a dos viejas. "La sensación de vacío no tardó en penetrar en las dos habitaciones donde había creído defenderse de ella. Una soledad irremediable y una triste ociosidad, ésos eran los dos enemigos con los que se encontraba frente a frente... El trabajo de destrucción física y moral le sucedió muy pronto, trabajo tanto más cruel cuanto menor era la resistencia que le oponía su vida desocupada... Había aburrido, cansado a todo el mundo; y ahora era ella la que estaba cansada de todo y de todos". Ella, antes tan activa, había caído en una indolencia somnolienta que "poco a poco había corrompido su voluntad y traído inclinaciones que unos meses antes Arina Petrovna no hubiera imaginado ni siquiera en sueños. Aquella mujer fuerte y reservada, que nadie hubiera pensado siquiera en llamar vieja, era ahora una ruina para quien no existían ya ni el pasado ni el futuro, sino tan sólo el minuto presente que tenía que vivir". Dormitaba la mayor parte del día. "Después se despertaba sobresaltada y durante un largo rato, sin ningún pensamiento preciso, clavaba la mirada en la lejanía. La mejor parte de su ser vivía en esos campos desnudos". Los contemplaba sin pensar en nada y recaía en su somnolencia senil. A veces le volvían recuerdos, pero "sin continuidad, en fragmentos". Algunos todavía le oprimían el corazón y se deshacía en lágrimas; después se preguntaba con sorpresa por qué lloraba. "Vivía como si no participara personalmente en la existencia".

Las noches eran una tortura. En esa vieja casa aislada, tenía miedo de todo: del silencio, de la oscuridad, de los ruidos, de las luces y las sombras. A las seis estaba en pie,

agotada. Comía poco y mal. El frío la hacía sufrir. "Cuanto más se debilitaba, más fuerte hablaba en ella el deseo de vivir. O más bien... el deseo de dulzura, unido a una ausencia total de la idea de la muerte. Antes la temía; ahora parecía haberla olvidado por completo. Deseaba todo lo que se había negado... La charla, la complacencia interesada, la glotonería se desarrollaban en ella con una rapidez asombrosa". Soñaba con los buenos platos que comía antes en Golovlevo y en la comodidad de la casa; aquélla era la "buena vida". Poco a poco pierde fuerzas para seguir guardando rencor a su hijo. "El paso del despotismo huraño a la sumisión y a la adulación servil no era más que cuestión de tiempo... Judas... dejó de pronto de ser odioso". Las viejas ofensas caen solas en el olvido y Arina Petrovna da los primeros pasos hacia un acercamiento. Pide a su hijo productos de Golovlevo —hongos, pescado, aves— y él la invita a ir a comerlos a su casa. Arina Petrovna acepta, va a menudo a disfrutar y a dormir de noche en lugar seguro. Se muestra muy amable con la concubina de Judas; juegan a las cartas los tres. Termina por ir a vivir a casa de ese hijo tan odiado y muere bajo su techo.

Como se ve, hay que descartar radicalmente un prejuicio: la idea de que la vejez trae la serenidad. Desde la Antigüedad el adulto ha tratado de ver bajo un aspecto optimista la condición humana; ha atribuido a las edades que no son la suya las virtudes que no poseía: la inocencia al niño, la serenidad a los viejos. Ha querido considerar el final de la vida como la solución de todos los conflictos que la desgarran. Por lo demás es una ilusión cómoda: permite pensar que, a despecho de todos los males que como se sabe los abruman, los viejos son felices, y abandonarlos así a su suerte. En realidad la ansiedad los carcome; el test de Rorschach permite descubrirla en todas las personas de edad, aun en aquellas que pretenden ignorarla y se dicen satisfechas de su condición. Con arreglo al test mencionado se ha establecido en 1956, en Norteamérica, un retrato típico del anciano: "Las personas

de edad son desconfiadas, ansiosas, evasivas con respecto al test de Rorschach... muestran una vida interior introvertida, sin madurez, de colores fantásticos e irreales... manifiestan dificultades en sus relaciones con los demás: pocas necesidades afectivas... rigidez, estereotipos, impotencia intelectual". Hemos encontrado todos esos rasgos en los viejos y nos han parecido respuestas a sus dificultades.

El doctor Reverzy, que ha cuidado a numerosos viejos, escribe en su prefacio a *La Grande Salle*, de Jacoba Van Velde: "Sólo los novelistas, buenos o malos, creen en la vejez feliz. Hay una sola vejez: la suerte del que no se levanta de su cama de hospital y la de la viuda con recursos acomodada en su sillón son iguales... Sin embargo, esos seres humanos semipetrificados se asemejan extrañamente a los adultos y los niños que han sido. Y con frecuencia no valen más. En ellos la voluntad de vivir no se ha extinguido. El deseo, la pasión, el capricho sobreviven. No conocía a ninguno a quien la experiencia de los años le hubiera transmitido esa sabiduría o esa serenidad de los buenos abuelos de los libros".

En realidad, la suerte de la vida acomodada es mejor que la de los pensionistas de asilo; lo que Reverzy quiere decir es que también ella es presa de la preocupación y la angustia. Tiene razón, pero lo que discuto es la severidad de su descripción. ¿Por qué el viejo ha de valer más que el adulto o el niño que fue? Ya es bastante difícil seguir siendo un hombre cuando se ha sido privado de todo: salud, memoria, recursos materiales, prestigio, autoridad. La lucha del viejo para seguir siendo un hombre tiene aspectos lamentables o ridículos; sus manías, avaricia e hipocresía pueden irritar o hacer sonreír, pero son patéticas. Es la negativa a hundirse por debajo de lo humano, a convertirse en ese insecto, en ese objeto inútil a que quieren reducirlo los adultos. Hay algo de heroico en querer conservar en tal despojamiento un mínimo de dignidad.

Un individuo disminuido que lucha por seguir siendo un hombre: ciertos ancianos rechazan esta definición. Jouhandeau afirma: "El viejo, no por no ser ya sensible a los mismos espectáculos y a los mismos conciertos que el joven, escruta horizontes menos extraordinarios, percibe acentos menos maravillosos". Así como el niño no es un adulto sin acabar, el viejo no sería un adulto mutilado sino un individuo completo, que vive una experiencia original.[15] Puede ser. Pero mientras que el universo infantil ha sido descripto muchas veces en su singularidad, el mundo de los viejos, tal como lo evocan en sus libros, no se distingue del de los adultos sino por sus carencias. La sabiduría de los viejos me deja no menos escéptica. Gide se hace eco de Montaigne —y estoy de acuerdo con él— cuando escribe en su *Diario*, el 25 de enero de 1931: "Desprecio de todo corazón esa especie de sabiduría a la que sólo se llega por enfriamiento o cansancio".

Sin embargo, la hipótesis que enuncié al comienzo de este capítulo no es enteramente desdeñable; a veces la descalificación del hombre de edad va acompañada de un enriquecimiento y una liberación. Bernard Shaw, que había tenido mucho miedo de la muerte y la chochera entre los 50 y los 60 años, declaró que después de los 60 había empezado su "segunda infancia": experimentaba un delicioso sentimiento de libertad, de aventura, de irresponsabilidad. Giono ha hablado en el mismo sentido en una entrevista concedida cuando cumplió los 70 años. Poco antes de su muerte, Paulhan decía: "Es muy interesante la vejez; uno experimenta una cantidad de sentimientos que creía que sólo existían en los libros".[16]

En su librito *On old age*, John Cowper Powys hace el elogio de la vejez. Según él, es entonces lícito para el individuo

15 Es la tesis que sostuvo en 1860 Jacob Grimm en un célebre discurso que he citado.

16 Churchill también decía que la vejez era una experiencia asombrosa, pero lo decía con angustia.

practicar "esa actitud pasiva por la cual nuestro organismo humano se funde con lo inanimado". La felicidad de la vejez es poder acercarse a lo inanimado. Uno se va quedando cada vez más solo; lo inanimado está solo: "Entre un viejo calentándose al sol y un fragmento de sílex calentándose al sol hay una indecible reciprocidad". El hombre liberado por fin de sus tareas puede entregarse a las alegrías de la contemplación. Powys cuenta que de niño sorprendió a su abuelo sentado en un sofá, inmóvil, mirando las luces y las sombras del atardecer: "Acuérdate, Johnny, dijo el abuelo, de que a mi edad no puedo hacer otra cosa". No tenía razón de disculparse, piensa Powys. El viejo tiene derecho a la inacción: ¡no más deberes al fin! Al fin la paz. Cae fuera de la ley. Como el niño es amoral y esta amoralidad trae "un equilibrio mágico, una iluminación interior".

El hecho es que Powys vivió su vejez como un florecimiento. Nunca se había sentido cómodo en su piel de adulto; estaba obligado a faenas —cursos, conferencias— que le pesaban y lo apartaban de los únicos placeres válidos a sus ojos: la contemplación, el sueño. Su comportamiento solía parecer extraño, aun a sus amigos. Con la edad, sus excentricidades pasaron por normales. Pudo abandonarse a las alegrías de la "inacción". En realidad, de su ocio nació una gran cantidad de hermosos libros que exigieron un trabajo considerable. Es uno de esos raros individuos a quienes el retiro les permite cumplir una vocación hasta entonces reprimida.

Su caso es excepcional. Pero es cierto que de modo general la vejez tiene ciertas ventajas. Ser relegado al margen de la sociedad es escapar a las coacciones, a las alienaciones que son su patrimonio; la mayoría de los viejos no aprovecha esta posibilidad que se presenta a algunos y que algunos aprovechan.

El individuo que pierde junto con su oficio su estatuto social se siente dolorosamente reducido a nada. Se hunde en el abatimiento o, si es un privilegiado, para consolarse de no ser, trata de parecer: está ávido de funciones, de papeles, de

títulos, de honores. Sin embargo, puede sacar de su despojamiento una verdad, una fuerza: Lear, cuando lo pierde todo, se despoja de sus oropeles y denuncia las falsas apariencias por las cuales había estado engañado hasta entonces. Rechazadas por la sociedad, muchas personas de edad ganan el no tener que preocuparse de agradarle. Se encuentra en ellos esa indiferencia por la opinión que Aristóteles llamaba "impudencia" y que es el esbozo de una liberación. Los dispensa de la hipocresía. En una encuesta se preguntó a un grupo de ancianos de edades diversas qué era lo que contaba más para ellos en la existencia; los de 60 a 70 años se refirieron al afecto de sus allegados, a sus ocupaciones; los de 80 respondieron brutalmente: "Comer", lo que en realidad era cierto también para casi todos los otros. Los pensionistas del Victoria Plaza, satisfechos de sus nuevas condiciones de vida, decían: "¡Por fin puedo ser yo mismo! Ya no soy la mujer de fulano, el empleado de zutano; soy yo". Ya no se definían por su función social; se sentían individuos, autorizados a decidir sus conductas no con arreglo a consignas sino según sus gustos. "¡Por fin puedo hacer todo lo que quiero!", decían también. Los habitantes de la Ciudad del Sol de que he hablado no tienen ninguna actividad cultural ni ninguna de esas actividades llamadas "constructivas"; es que, como dijo un observador que se ocupaba de ellos desde la fundación de la comunidad, ya no se sentían obligados a tenerlas. Antes, la presión social los forzaba; fingían interesarse; ahora son realmente ellos mismos.

Para las mujeres, en particular, la edad provecta representa una liberación: toda la vida sometidas a sus maridos, consagradas a sus hijos, por fin pueden preocuparse de ellas mismas. Las burguesas de Japón que viven con una gran severidad suelen tener una vejez rozagante; me han citado el caso de algunas que se divorciaron a los 70 años para aprovechar de los últimos que les quedaban y no hacían más que felicitarse. La rebeldía de una anciana contra las obligaciones

y las prohibiciones que hasta entonces la habían fastidiado es el tema tratado por Brecht en *La vieja dama indigna*, con que se hizo una película. Viuda a los 72 años, la heroína, con gran escándalo de la familia, hipoteca su casa y se da todos los gustos que desea: pasearse en *break*, beber vino tinto, ir al cine, acostarse tarde, quedarse en la cama por la mañana. Ya no respeta los tabúes sociales: frecuenta a un zapatero remendón que es de un medio inferior al suyo. El ideal de dignidad que le habían impuesto hasta entonces lo pisotea. Prefiere seguir sus impulsos. Es cierto que muchos se obstinan en mantener los valores en que han vivido y pretenden imponerlos a las jóvenes generaciones. Pero su situación les da la posibilidad de desalienarse.

La libertad intimida, por eso el hombre de edad a veces la rechaza. Cuando Gide recibió el Premio Nobel, Sartre le dijo: "Bueno, ahora no tiene nada usted que ganar, nada que perder; es libre de actuar y hablar como le dé la gana". "Ah, libre, libre...", dijo Gide con tono dubitativo. Y sus libros más provocativos no los escribió en sus últimos años. Sin embargo, otros, con la edad, se sienten liberados de la preocupación del juicio ajeno. Así Mauriac escribe en el *Bloc-notes* del 28 de julio de 1953: "Ésta es la ventaja de declinar: uno es demasiado conocido, demasiado visible desde hace mucho tiempo como para que las palabras, para bien o para mal, puedan cambiar nada en el ánimo de las gentes". En su juventud no se había comprometido políticamente. La agresión fascista en Etiopía, la guerra civil española le habían arrancado, según su propia expresión, un "débil grito". Bajo la ocupación, había escrito el *Cahier noir*. Y luego "había vuelto a dormirse". Después del Premio Nobel —que recibió el día de la matanza de Casablanca—, "me desperté", escribe, "de mi adormilamiento, resuelto a comprometerme de nuevo, y después de la matanza de Casablanca el drama marroquí me hizo retomar el contacto con jóvenes católicos; me convertí en el Mauriac del *Sillon* de 1904, el Mauriac de los vascos y de la guerra de

España: nació *France-Maghreb*". En otro pasaje, refiriéndose de nuevo a este período, escribe: "En adelante me comprometí". Protestó en sus artículos contra las torturas en Argelia y participó en manifestaciones. En 1958, por admiración a de Gaulle y quizá por fatiga, se retiró de la lucha.

Libre y audaz en sus escritos, Voltaire había encaminado su vida con una prudencia que a veces lindaba con la duplicidad. Sólo en su vejez tomó partido activo contra la intolerancia y la injusticia. Tenía 66 años cuando llegó a sus oídos el caso Calas: puso todo en acción para informarse. Viajó para ver a las personas que podían enterarlo, interrogó a los miembros de la familia. Cuando se hizo una idea del asunto actuó ante sus relaciones. Publicó en 1762 —a los 68 años— un libelo que conmovió a la opinión y terminó por obtener la cesación del juicio. Él se había hecho cargo de todos los gastos del proceso. Tres años más tarde tomó partido por los esposos Sirven, acusados de haber arrojado a un pozo a su hija porque había querido convertirse; en realidad era loca y se trataba de un suicidio. Los Sirven pudieron huir abandonando todos sus bienes y fueron ejecutados en efigie: Voltaire luchó hasta 1771 para obtener su rehabilitación. Después de la ejecución del caballero de La Barre, en 1766, conoció días de terror y se refugió en Clèves. Pero siguió adelante. Intervino en varios otros asuntos. En el caso Montbailli, en que los dos esposos habían sido acusados de parricidio, el marido fue ejecutado; la suerte de la mujer quedó en suspenso por estar embarazada, y durante su detención, Voltaire consiguió demostrar la inocencia de la pareja.

Hay en ciertos ancianos algo de indomable y hasta de heroico; arriesgan con indiferencia una vida que ya no les importa. Malesherbes tenía 72 años cuando en 1792 defendió a Luis XVI: "Nada puede impedirle en el proceso decir el Rey y (hablándole) Sir. ¿Qué es lo que os hace tan osado?", le dice un miembro de la Convención. "El desprecio por la

vida".[17] Detenido en 1793, se negó a defenderse y fue tranquilamente a la guillotina después de haberle dado cuerda al reloj. Sin llegar a arriesgar la cabeza, otros están dispuestos a jugarse su reputación, su carrera. Así el doctor Spock, el célebre pediatra norteamericano, acusado por su lucha contra la guerra de Vietnam, declaró en 1968 (tenía 80 años) : "A la edad que tengo, ¿por qué no había de participar en una manifestación junto a Stokely Carmichael?"

En hombres que toda su vida han sabido correr riesgos suele suceder que su audacia adquiere en sus últimos años un relieve particular. Russell siempre fue obstinado y valiente, pero nunca lo mostró de manera tan espectacular como en 1961, a los 89 años de edad; miembro del Comité de los Cien contra las Armas Nucleares, invitó al público a una manifestación no violenta y a pesar de la prohibición de la policía se sentó en el suelo en medio de los demás; su edad, su nombre daban a su acto un brillo que excluía la impunidad y en efecto se pasó siete días en la cárcel. El cónclave se hacía de la vejez una idea falsa cuando, creyéndolo inofensivo, eligió papa al cardenal Roncalli. Éste siempre había hecho lo que consideraba su deber, sin dejarse intimidar por nada. El pontificado le abrió inmensas posibilidades y las explotó. Con el nombre de Juan XXIII, tres meses después de su elección, sin consultar a nadie y venciendo todas las oposiciones, emprendió una reforma de la Iglesia y convocó un concilio cuyos trabajos fueron en gran parte inspirados por él; aunque interrumpidos, iniciaron una conmoción cuya amplitud no hace más que aumentar día a día. Conmovedor espectáculo el de un anciano de cuerpo débil y ardiendo de pasión intrépida. Octogenario, Émile Kahn, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, apenas se tenía de pie cuando testimonió en el proceso Ben Saddok. Leyendo una carta de

17 Michelet, *Historia de la Revolución Francesa.*

su hijo que describía las torturas infligidas en Argelia contra combatientes del F.L.N., puso en el banquillo de los acusados al gobierno y al ejército con una virulencia que muchos testigos más jóvenes hubieran podido envidiarle.

En el plano intelectual, la vejez también puede ser liberadora: libra de las ilusiones. La lucidez que trae consigo va acompañada de un desencanto que suele ser amargo. En la infancia y en la juventud, la existencia es vivida como un ascenso; en los casos favorables —por progresar en el oficio, o porque la educación de los hijos proporcione alegrías, o porque se eleva el nivel de vida, o porque los conocimientos se enriquecen— la idea de ascenso persiste en la edad madura. De pronto uno descubre que no va a ninguna parte, sino a la tumba. Se está en lo alto de la cima y es el punto de partida de una caída. "La vida es una larga preparación para algo que no llega nunca", ha dicho Yeats. Llega un momento en que uno sabe que no se prepara ya para nada y comprende que se ha engañado creyendo ir hacia un objetivo. De esa finalidad que se atribuía nuestra historia se ve indiscutiblemente despojada. Entonces se revela su carácter de "pasión inútil". Ese descubrimiento suprime en nosotros la voluntad de vivir, declara Schopenhauer: "No más ilusiones de esas que daban a la vida su encanto y a la actividad sus acicates. Sólo a los 60 años uno entiende bien el primer versículo del Eclesiastés". Con más aspereza, Tolstoi escribía en su vejez: "Sólo se puede vivir cuando se está ebrio de vida; en cuanto la embriaguez se disipa, uno se da cuenta de que todo es superchería, superchería estúpida".

Si *todo* fuera vanidad o superchería no quedaría más, en efecto, que esperar la muerte. Pero admitir que la vida no encierra su propia finalidad no significa que no pueda dedicarse a algunos fines. Hay actividades que sirven a los hombres y relaciones entre éstos en que se alcanzan en su verdad. Esas actividades, esas relaciones no alienadas, no mitificadas, permanecen una vez barridas las quimeras. Se puede seguir deseando

comunicarse con los otros mediante la escritura, aun cuando las imágenes juveniles de la celebridad se hayan disipado. Por una curiosa paradoja suele ocurrir que en el momento en que, ya viejo, duda de su obra, el anciano la lleva a su más alto punto de perfección. Así ocurrió con Rembrandt, Miguel Ángel, Verdi, Monet. Es posible que sus dudas mismas contribuyan a enriquecerla. Con frecuencia también se trata de una coincidencia: la edad confiere maestría y libertad a la par que tendencia a la impugnación. Actuar "poniendo entre paréntesis" la propia acción, es acceder a la autenticidad; ésta es más difícil de asumir que la mentira, pero cuando se la ha alcanzado hay que felicitarse. Es lo más valioso que aporta la edad: barre con fetichismos y espejismos.

Se me objetará que se hubiera podido desembarazarse antes. Yo, por ejemplo, hace tiempo he aceptado la idea de que para el existente la búsqueda del ser es vana: el para sí jamás se realizará como en sí. Hubiera debido asumir ese fracaso fatal y no soñar con ese absoluto cuya ausencia lamenté al final de *La fuerza de las cosas.* Pero así como prever no es saber, saber no es experimentar. Toda verdad deviene. La de la condición humana sólo se cumple al término de nuestro propio devenir. La libertad, la lucidez no sirven de mucho si no nos solicita ningún objetivo; tienen un gran valor si se está todavía habitado por proyectos. Más aún que una buena salud, la mayor suerte del anciano es que el mundo siga poblado para él por ciertas finalidades. Activo, útil, escapa al tedio y a la decadencia. El tiempo en que vive sigue siendo el suyo y las conductas defensivas o agresivas que caracterizan habitualmente a la edad provecta no se le imponen. Su vejez pasa, por así decirlo, en silencio. Ello supone que en su edad madura se ha empeñado en empresas que desafían al tiempo; en nuestra sociedad de explotación, esta posibilidad es negada a la inmensa mayoría de los hombres.

Como he dicho, las enfermedades mentales son más frecuentes en los viejos que en cualquier otro grupo de edad.[18] Sin embargo, fueron muy mal conocidas hasta fines del siglo XIX; todas eran reducidas a un tipo único: la demencia senil. El médico suizo Wille fue el que abrió en 1873 una era nueva; sus estudios sobre la cuestión fueron seguidos por muchos otros. En 1895 se celebró en Burdeos un congreso sobre las psicosis de los ancianos. Desde entonces los trabajos sobre las neurosis y las psicosis de involución se han multiplicado. Sin embargo, como la vejez es una "anomalía normal", sigue siendo a menudo difícil trazar una frontera entre los trastornos psíquicos que acompañan normalmente la senectud y los que tienen un carácter patológico. Ciertos cambios de humor y de comportamiento que parecen justificados por la situación son en realidad los pródromos de una enfermedad; otros que parecen neuróticos se explican por las circunstancias. De todas maneras, los casos francamente patológicos son numerosos. Los ancianos son psíquicamente frágiles; son socialmente desheredados, lo cual tiene graves repercusiones en su estado mental, ya sea directamente, ya a través del deterioro orgánico que de ello resulta; su situación existencial, su condición sexual, son propicias al desarrollo de las neurosis y psicosis.

Un individuo se convierte en un neurótico cuando "no puede encontrar en la identificación de su propio personaje buenas relaciones con los demás y un equilibrio interior satisfactorio".[19] Entonces presenta un conjunto de síntomas que son en realidad defensas contra una situación insoportable. Numerosos psiquiatras insisten en esta "debilidad de la identificación" que domina la personalidad neurótica. Ahora

18 Recordaré que en los Estados Unidos, de 100.000 sujetos de un mismo grupo de edad, el número de enfermos mentales es de 2,3 por debajo de los 15 años, 76,3 entre 25 y 34, 93 entre 35 y 54 años, 236,1 entre los viejos.

19 Ey, *Manuel de psychiatrie*.

bien, una de las principales dificultades del hombre de edad es precisamente la de conservar su sentimiento de identidad. El hecho mismo de saberse viejo lo cambia en otro cuya existencia no llega a realizar para sí. Por otra parte ha perdido su calificación y su papel social: ya no se define por nada, no sabe más quién es. Cuando la "crisis de identificación" no es superada, lo cual sucede a menudo, el viejo vive en la zozobra.

Por otra parte los psicoanalistas —y con ellos muchos psiquiatras— consideran que las neurosis manifiestan un conflicto sexual que tiene sus raíces ya sea en la historia infantil del sujeto, ya en sus dificultades actuales. El viejo, más que el adulto, es presa de su infancia, pues las censuras, las defensas de la edad madura se desmoronan; su situación sexual es difícil de vivir puesto que su libido permanece, pero las más de las veces la actividad genital no le es posible. Estas situaciones deben ser asumidas a través de un organismo deficiente. Es concebible que con gran frecuencia sea imposible lo que se llama una "adaptación normal".

Las neurosis que se encuentran más frecuentemente entre los ancianos son las siguientes:

1° *Neurosis caracteriales de tipo paranoide.* Las reacciones que se observan normalmente en la mayoría de ellos están llevadas al extremo; se protegen con una verdadera "armadura caracterial". Su desconfianza y su agresividad se exasperan. Desarrollan temas hipocondríacos: se quejan de males diversos, algias, enfermedades, cefaleas, trastornos digestivos; reprochan a sus allegados que no se preocupen de su salud, que los priven de cuidados. Son reivindicativos y a menudo de unos celos morbosos: su humor es muy caprichoso; tienen accesos de agitación. La doctora Dolto distingue en las mujeres de edad dos tipos caracteriales: las hay pasivas, replegadas en sí mismas, que odian la vida, el movimiento, las emociones y temen patológicamente la muerte; otras manifiestan hipertrofia del yo, tendencias paranoicas.

2° *Neurosis de angustia.* Según Freud, manifiestan una distancia entre la libido sexual somática y su elaboración psíquica. Ahora bien, esta distancia existe en la mayoría de los ancianos. Como hemos visto, normalmente la ansiedad los carcome también por otras razones. En el estado de depresión neurótica en que se hunden, muchos llevan al extremo el tedio, la tristeza, la inquietud habituales en la mayoría de ellos.

3° *Las neurosis histero-hipocondríacas.* Siempre tienen en su origen una neurosis latente que la senectud ha hecho estallar; en ese caso el origen del conflicto es infantil; los síntomas constituyen simbólicamente un compromiso entre el deseo y la defensa. El sujeto ejerce sobre sus allegados una tiranía afectiva, se refugia en la enfermedad, reclama cuidados, se entrega a una extorsión afectiva; finge tener dolores que no siente; a veces se opera en él una conversión somática de su angustia reprimida. Sufre de pruritos, dolores diversos, trastornos digestivos o urinarios.

4° Es mucho más raro observar en los viejos neurosis obsesivas o fóbicas.

Ciertos gerontólogos —entre otros el doctor Blajan-Marcus, el doctor Pequignot— estiman que las neurosis del individuo de edad tienen siempre sus raíces en su infancia y en su juventud. El hecho es reconocido en los casos de neurosis histero-hipocondríacas. Sin embargo, Freud admite la existencia de neurosis "actuales" en que el sujeto se defendería contra conflictos presentes. Y esta noción se adecua a muchas de las angustias de los viejos; su situación —en el plano sexual pero también en todos los planos— justifica la constitución de ese sistema defensivo que es la neurosis.

Las neurosis no movilizan toda la personalidad del sujeto. Se habla de psicosis cuando sufre una alteración global y adquiere una nueva estructura. La psicosis más difundida entre los ancianos es la *melancolía de involución*, que fue aislada y descripta por Kraeplin en 1896. Afecta sobre todo a las

mujeres. Es muy característica de la senectud, puesto que los sujetos afectados no habían presentado antes en su vida mental ningún accidente patológico. Se comprende fácilmente que la edad avanzada predisponga a ello si se considera lo que es la melancolía en general.

Se habla de un "estado de depresión intensa, vivido con un sentimiento de dolor moral y caracterizado por el aminoramiento y la inhibición de las funciones psíquicas y psicomotrices". Freud la comparó con el duelo. El melancólico, aunque no haya perdido a nadie, se comporta como si hubiera perdido algo; lo que se queja de haber perdido es su yo: no soy nada, no llego a nada, dice. Esta pérdida entraña un sentimiento penoso de devaluación, comprueba entre otros Minkowski, y por ese camino el sujeto se ve llevado a replegarse en su pasado. La melancolía, dice también Minkowski, es una "enfermedad del tiempo". El porvenir está cerrado, el sujeto ya no tiene impulso hacia el futuro, sólo ve una perspectiva de muerte. En el presente no es más que impotencia; se siente existir en el vacío; sufre de un tedio mortal: "Gran estepa sin comienzo ni fin cuya monotonía nada rompe", decía la infanta Eulalia. El sujeto está "lleno de vacío". Se petrifica en el seno de un universo devastado, en que nada le interesa ni le conmueve. Detiene su vida. La nada del presente le hace esclavo de su ser en el pasado; sufre su fatalidad. Si está ansioso es porque soporta el peso del pasado: teme por el futuro a causa de lo que ha sido y hecho anteriormente. No puede intervenir para conjurar sus consecuencias. Está condenado a la pasividad.

Esta descripción del melancólico conviene a la mayoría de los ancianos: pérdida del yo, devaluación, porvenir cerrado, tedio, impotencia. No sorprende, pues, que, recíprocamente, el viejo sea con frecuencia un melancólico.

Sin embargo, no todos lo son y para que éste o aquél lleguen a serlo se necesitan circunstancias singulares. La melancolía de involución comienza a menudo a manifestarse

con motivo de una emoción: duelo, separación, trasplante, o es provocada por una situación vital que la senectud vuelve difícil. Los signos precursores son el tedio, el disgusto, la astenia, la hipocondría, los remordimientos, un sentimiento de culpa sexual.

El enfermo presenta los mismos síntomas que los melancólicos más jóvenes. Su psicosis puede cobrar diversas formas: es simple, caracterizada por el estupor, la ansiedad o el delirio. En todos estos casos se añade un rasgo a los que he descripto ya: un sentimiento de culpa. El enfermo, dice Freud, recobra su agresividad contra ese yo que se le escapa. He dicho que normalmente ese sentimiento rara vez se encuentra en el viejo; pero es preciso ver qué forma adopta aquí: el sujeto no se acusa, en el presente, de una deficiencia o una falta de la que sea responsable. Su culpa es sufrida, le es infligida por una fatalidad, inscripta en el pasado, y contra la cual nada puede. Es una violencia que le hace el destino.

En la melancolía "de estupor", el enfermo se fija; permanece inmóvil, no habla. Literalmente, deja de vivir. Esta parálisis puede llegar a la catatonía. Es frecuente en los ancianos porque hay en ellos un trastorno del esquema corporal,[20] de modo que cuando han adoptado una actitud, la conservan por no saber modificarla; después de una contracción son incapaces de ordenar a sus músculos un aflojamiento e incluso los músculos antagonistas se oponen frecuentemente a ello. Si escapa a esta petrificación, entonces se aprisiona estrechamente en hábitos, rechaza la menor novedad, todos sus gestos son estereotipados, los repite indefinidamente. A veces se encierra en un mutismo total, a veces emite impulsivamente palabras aparentemente desprovistas de significación. Opone un negativismo obstinado a las consignas exteriores, a los pedidos o a las órdenes de los demás. No

20 Manifiesta, como se ha visto, en sus interpretaciones del Rorschach.

tiene ninguna especie de actividad. Según los psicoanalistas, esta regresión sería intencional, realizaría un deseo inconsciente, el enfermo habría perdido la posibilidad de colocar su libido en un objeto que no sea él mismo y volvería al autoerotismo. Pero la mayoría de los psiquiatras piensa que la regresión es sufrida más que "realizada"; depende de estructuras psicopatológicas orgánicamente determinadas. Los trastornos deficitarios de la senectud conducen a una autodepreciación a la que el sujeto reacciona dejando de vivir.

En lugar de una retractación pasiva, la defensa de ciertos melancólicos es una agitación ansiosa. El enfermo manifiesta agitación mental; desarrolla ideas pesimistas, machaca temas de negación: el mundo no existe, él mismo tampoco existe. Esta ansiedad suele adoptar una forma hipocondríaca: más de la mitad de los hipocondríacos tratados en los hospitales pasa de los 60 años y son en su mayoría mujeres. Se preocupan por su cuerpo o por una parte de su cuerpo que creen enferma. Algunos viven, en lo que respecta a su salud, en un estado permanente de pánico que se traduce en trastornos respiratorios, náuseas o diarrea, síntomas orgánicos todos de miedos muy grandes. La agitación llega a veces al paroxismo: el enfermo se revuelca por el suelo y grita en escenas histeriformes. La melancolía ansiosa de los viejos adopta a veces formas agudas: tienen fiebre, no comen o no asimilan los alimentos, y esta desnutrición puede acarrear la muerte.

En la melancolía delirante, que suele ir acompañada de ilusiones, alucinaciones y delirios oníricos, el sujeto sistematiza su sentimiento de culpa y se defiende proyectándolo en los demás: se cree perseguido. Las autoacusaciones y las ideas de persecución son a veces rumiadas durante años en una forma fija. A veces también el enfermo las enriquece con interpretaciones. Algunos sufren de delirio de negación.

Todos los melancólicos tienen deseos de muerte. Ya no se sienten existir, y quisieran aniquilarse del todo. Como la muerte es la única perspectiva que les propone el porvenir,

desean que les llegue cuanto antes. Muchos son los que ceden a la tentación del suicidio.

Se observan en el melancólico trastornos físicos: digestivos, cardiovasculares, neurovegetativos. En aquellos a quienes es posible someter a tests no se advierte deficiencia intelectual sensible; pero dados su agitación o su negativismo, es muy difícil medir sus aptitudes mentales.

En los asilos de ancianos se encuentran muchos melancólicos; los pensionistas son tratados como objetos y están prácticamente separados del mundo; el sentimiento de su nada se vuelve agudo en ellos.

A veces la crisis sólo dura de seis a siete meses; pero hay únicamente remisión; en la mayor parte de los casos el sujeto recae. Y a veces las melancolías "terminan mal". El estado ansioso, el delirio o la catatonía se instalan definitivamente. O se produce una degradación intelectual, consecutiva a la interrupción de la vida psíquica.

Los *estados maníacos*, que constituyen defensas contra la depresión melancólica, son raros en las personas de edad. En cambio se encuentra entre ellas un número bastante grande de *psicosis delirantes crónicas*. La paranoia se desarrolla cuando las relaciones de realidad entre el yo y el mundo están perturbadas. Tan pronto el yo adquiere tal expansión que absorbe toda la realidad, el mundo se vuelve plástico y ya no ofrece ninguna resistencia; tan pronto, por el contrario, el yo se retracta, el mundo lo aplasta, el sujeto sufre un "delirio de pequeñez", se siente culpable e indigno de existir. A veces el delirio es un intermedio entre esos dos extremos: el yo sigue siendo, como en el primer caso, el centro del mundo, pero en la medida en que éste lo acusa y lo castiga exageradamente por las faltas que ha podido cometer: es el delirio de persecución. En el anciano, las relaciones del yo —que ha perdido en mayor o menor medida— con un mundo sobre el que ya no tiene poder, están profundamente perturbadas. Está predispuesto a la paranoia.

Kraeplin ha aislado y descripto un *delirio de perjuicio senil* que, según él, se desarrolla sobre todo en las mujeres. Es un delirio de persecución, engendrado por el estado de desconfianza y de irritabilidad común a muchos ancianos. Los enfermos se quejan de los perjuicios que sufren en lo que concierne a su salud: tienen malestares debidos a la comida; acusan a los proveedores o piensan que sus allegados los envenenan. Como ciertos histéricos se quejan de un "resecamiento del cerebro", de una "dislocación del esqueleto". Creen también que son perjudicados en sus propiedades: les han robado objetos, forzado cerraduras, desplazado muebles; descubren en su habitación huellas de pasos o de dedos. Sospechan que su cónyuge los engaña. En ellos las ideas delirantes no se organizan en sistema, son inestables, de modo que no se llega a la demencia. Pero su estado implica un debilitamiento de la facultad de juzgar y una gran irritabilidad afectiva.

Hoy ya no se admite que el "delirio de perjuicio" constituya una entidad nosológica. Pero en la *paranoia de involución* que Kleist describió en 1912 y cuya existencia se reconoce todavía, se encuentra más de uno de los rasgos señalados por Kraeplin. Sobre un fondo de constitución hipoparanoica —susceptibilidad, desconfianza, obstinación, celos, orgullo, irritabilidad— el anciano desarrolla ideas delirantes, que no llegan a constituirse en sistema y no desembocan en la demencia, pero que lo separan de la realidad. Suelen ir acompañadas de importantes trastornos alucinatorios. Se encuentran sobre todo en las mujeres y son favorecidas por defectos del oído y de la vista. A veces el sujeto cae en la megalomanía: se imagina que está dotado de asombrosas condiciones, piensa que los jóvenes conspiran para impedirle manifestarse. Pero las más de las veces es presa de un delirio de persecución que alimenta con interpretaciones. Los temas principales son los que había señalado Kraeplin: se siente afectado en su salud, en sus propiedades; es presa de los celos. A menudo, entre los

70 y los 80 años, el sujeto cambia de humor y de carácter. La memoria, la facultad de atención, el juicio se debilitan. Se vuelve misántropo, malhumorado, suspicaz. Acusa a su mujer de engañarlo. Un viejo de 70 años contaba que su mujer "tenía un puesto de prostitución en la feria del Trône". Otro en la noche oía cómo los amantes de su mujer la llamaban "ciervo". Otro oía las jactancias de rivales imaginarios y veía una forma oscura que se alargaba por la noche contra su puerta. A veces el celoso sospecha que su mujer quiere envenenarlo; llega a secuestrarla. Un viejo celoso tuvo secuestrada a su mujer durante seis años, reduciéndola a un atroz estado de miseria fisiológica.

La enfermedad mental de los viejos conocida desde hace más tiempo —al punto que bajo su nombre se englobaban todas las otras— es la *demencia senil.* Su frecuencia es mayor en los últimos años debido a que ha aumentado el número de personas de edad. Ataca sobre todo a las mujeres. Socialmente, ha adquirido una importancia considerable y plantea difíciles problemas a causa del estallido de la familia y la consiguiente hospitalización de los enfermos. Las condiciones de vida tienen una gran influencia en la aparición y el desarrollo de la demencia, porque frenan o por el contrario precipitan la involución orgánica. Fisiológicamente, el cerebro se atrofia, su peso disminuye. Se observa una atrofia de las neuronas, lesiones intercelulares y placas seniles.

Psíquicamente, la demencia puede anunciarse de varias maneras. El comienzo suele ser insidioso; hay un déficit progresivo de la memoria y una esclerosis mental cada vez más marcada. En otros casos la enfermedad empieza con un episodio agudo: agitación, estado de confusión, ideas delirantes del tipo de las que acabamos de describir. O el sujeto presenta un síndrome depresivo.

Posteriormente se observa una desorganización del comportamiento social; el sujeto tiene actividades desordenadas, fantasiosas, actos absurdos que pueden ser peligrosos:

se olvida de apagar el gas, arroja en cualquier parte un fósforo encendido. Pero en ciertos sectores, un conjunto de automatismos puede ayudarlo a parecer menos afectado de lo que está. Los hay que dormitan todo el día. Otros son bulímicos. En la mayoría se observa turbulencia nocturna: duermen mal y se agitan.

Un rasgo común a todos es la pérdida progresiva de la memoria. Hay una amnesia retrógrada, aproximadamente conforme a la que describió Ribot; el sujeto ya no fija el presente y sus recuerdos se destruyen yendo de lo inestable a lo estable, de lo inorganizado a lo organizado, de lo reciente a lo antiguo. La falta de fijación y el olvido llevan al sujeto a una desorientación tempo-espacial; no sabe ni en qué momento ni dónde vive. Esta ignorancia suele producir vagabundeos amnésicos,[21] pues el enfermo es incapaz de situarse y por lo tanto de encontrar su camino. Hay en él una alteración del tiempo vivido, en la cual insiste mucho Minkowski. Al no tener un pasado, vive únicamente en el presente, pero un presente que aprehende en una generalidad intemporal; nada le parece nunca nuevo: "Lo conozco hace mucho tiempo, lo reconocí en seguida", dice una enferma a un médico a quien ve por segunda vez. El enfermo está en seguida dispuesto a organizar el presente sobre el modelo de un pasado que nunca ha existido. Otra enferma acoge al doctor que acaba de examinarla en su habitación del hospicio diciéndole en tono mundano: "Lo siento; de haber sabido que usted venía a visitarme hubiera preparado un almuerzo", como si tuviera la costumbre de invitarlo a compartir su comida. A falta de recuerdos verdaderos, el enfermo inventa para ese presente un antecedente inmediato, desprovisto de toda realidad; se diría que, frente al vacío de su memoria, necesita afirmar la

21 No confundirlos con las fugas en que el anciano se va intencionalmente de su casa y deambula sin perder el sentido del espacio y del tiempo.

continuidad de la duración; "acaba de" hacer tal o cual cosa; su hijo "acaba de" hacerle una visita; el doctor "acaba de" decirle... etcétera.

La amnesia ataca el lenguaje: el enfermo olvida primero los nombres propios, después las palabras abstractas, después las palabras concretas. Como en muchas afasias, las actividades prácticas están perturbadas. La atención se debilita, la percepción se vuelve imprecisa, lo cual acarrea falsos reconocimientos. En su vida personal, el sujeto no tiene juicio; sus reacciones son aberrantes o incontroladas. Pero puede hacer sobre los demás y sobre el mundo en general observaciones pertinentes.

Los trastornos caracteriales son importantes, el enfermo se irrita, recrimina. Está ásperamente apegado a sus propiedades. Chochea, repite las mismas quejas durante horas. En general no se da cuenta de su estado. Sin embargo, algunos sujetos cobran por momentos conciencia; entonces se lamentan y lloran.

A medida que su estado se deteriora, el sujeto tiene reacciones cada vez más inadaptadas. Cede a todos sus impulsos y en particular en el plano sexual, en que son numerosos. Los deseos ya no son censurados, los manifiesta y esboza su realización. Esto le conduce a actos que incumben a la medicina legal. Desde el punto de vista fisiológico, sin embargo, su salud puede conservarse bastante bien.

La evolución lleva algunos meses o algunos años; puede estar interrumpida por episodios análogos a los que marcan su comienzo: agitación, confusión, delirio. Concluye en la demencia y la caquexia que acarrea la muerte.

Una forma singular de la demencia senil es la *presbiofrenia*, descripta por primera vez en 1906. Tiene los mismos caracteres anatómicos de la demencia senil. Se da sobre todo en las mujeres. Se caracteriza por una amnesia de fijación, una desorientación tempo-espacial y fabulación compensatoria. El sujeto conserva parte de lo adquirido. Las mujeres sobre

todo pueden engañar; se presentan con una apariencia correcta y hasta cuidada, hablan con afabilidad; a primera vista parecen normales. Pero en todos los presbiofrénicos los trastornos amnésicos son considerables. Para compensar, el sujeto se inventa recuerdos, sueña, tiene falsos reconocimientos. Es un "delirio de memoria" imaginativo que es casi siempre un delirio de grandeza. El sujeto tiene una visión panorámica y optimista de su vida. Pretende haber frecuentado a los grandes de este mundo, poseer fortuna. A veces él mismo desmiente esas invenciones y se ríe de ellas.

Otra forma de demencia que suele encontrarse en los viejos es la *demencia arteriopática*. Su frecuencia ha aumentado mucho debido al crecimiento de la población provecta y también a que las condiciones de vida se han vuelto más difíciles para ella. Está relacionada con las lesiones que provoca la arteriosis cerebral. Se manifiesta a partir de los 60 años, sobre todo en los hombres, seguramente porque consumen más alcohol y tabaco y sufren con más frecuencia de *surmenage*. Se presenta en muchos casos bajo formas menores, muy variadas.

1° El sujeto sufre orgánicamente de una arteriosis periférica y de hipertensión arterial. Manifiesta astenia psíquica, fatigabilidad, cefaleas; está triste, ya no puede fijar la atención, es hiperemotivo, una emoción —y sobre todo el shock de la jubilación—lo hunden en la hipocondría.

2° El sujeto está afectado de melancolía ansiosa o de estupor.

3° Ocurre, aunque rara vez, que tenga excitación maníaca.

4° Frecuentemente, por el contrario, cae en estados de confusión.

5° Delira.

La demencia propiamente dicha suele ser consecutiva a un *ictus apoplecticus* que provoca graves déficits. Puede también comenzar con estados depresivos o de confusión. A

veces toma la forma de una demencia parcial, el enfermo tiene conciencia de sus trastornos intelectuales y afectivos. Las más de las veces el deterioro psíquico es análogo al de la demencia senil, con la cual ha sido durante mucho tiempo confundida. Los trastornos de la memoria son importantes: amnesia, dismnesia, errores groseros de los que a veces el sujeto se da cuenta. Las posibilidades de atención disminuyen. Las asociaciones de ideas son pobres, la imaginación estéril, la vida mental muy reducida y de una gran monotonía. Un hecho patente es la incontinencia emocional: el enfermo se ríe y llora espasmódicamente. Su debilitamiento intelectual, a juzgar por los tests, es menos profundo de lo que podría pensarse; su inteligencia está obnubilada e indisponible más que destruida.

Cuando se producen lesiones subbulbares bilaterales se habla de síndrome seudobulbar, que se caracteriza por la hipertensión, trastornos de la fonación, de la deglución; el sujeto se ríe y llora espasmódicamente; emite extraños sonidos que parecen más ladridos o relinchos que risas. Camina a pasos cortos y en los casos de astasia en que le es imposible estar sentado se ve obligado a marcar el paso. Pierde el control de los esfínteres.

Las *demencias atróficas preseniles*, es decir, las enfermedades de Pick y de Alzheimer, son especies de demencias seniles precoces provocadas por trastornos bulbares.

Hay que añadir que ciertos trastornos orgánicos que pueden encontrarse también fuera de la senectud se producen, asimismo, en los viejos. Hay casos de parálisis general debidos a la sífilis que se declaran después de los 60 años; como a las otras edades, los enfermos suelen tener delirio de grandeza. Las intoxicaciones cerebrales, los edemas, los tumores de cerebro pueden provocar delirios y alucinaciones; a veces es posible la curación. Ciertas enfermedades mentales no dependen del cerebro, sino de otros órganos, en particular del sistema nervioso y de las glándulas endocrinas.

Las neurosis suelen ser tratadas con éxito mediante el psicoanálisis. Las personas de edad se prestan a ello de buena gana porque les gusta volver al pasado. Oponen menos resistencia al recuerdo que los más jóvenes. Admiten con más facilidad incluso hechos penosos; aceptan la realidad, de la que hasta entonces habían huido. Sólo que se benefician más lentamente de esta toma de conciencia por el hecho mismo de que se logra sin conflicto. Muchos trastornos son eficazmente tratados con una medicación química.

Hoy se piensa que la mayoría de ellos podría evitarse si la condición social del anciano fuera menos miserable. Bastade[22] escribe: "Cabe preguntarse si la senilidad es una consecuencia de la senectud, si no sería más bien un producto artificial de la sociedad que rechaza a los viejos". Cita al doctor Repond: "Hay incluso razones para preguntarse si el viejo concepto de demencia senil, presunto resultado de trastornos cerebrales, no debe ser revisado, y si esas seudodemencias no son el resultado de factores psicosociológicos, agravados rápidamente al ubicar al sujeto en instituciones mal equipadas y dirigidas, así como por la internación en hospitales psiquiátricos donde esos enfermos quedan librados a sí mismos, privados de los estímulos psicológicos necesarios, separados de todo interés vital y sin otro recurso que esperar un fin que se desea rápido. Llegaremos incluso a afirmar que el cuadro clínico de las demencias seniles es quizá un fenómeno artificial debido las más de las veces a la carencia de cuidados y de esfuerzos de prevención y rehabilitación.

22 *Sociologie des maladies mentales.*

VIII

ALGUNOS EJEMPLOS DE VEJEZ

Cuando el anciano no es víctima de condiciones económicas y fisiológicas que lo reducen al estado de subhombre, sigue siendo a través de las alteraciones de la senectud el individuo que ha sido; su edad postrera depende en gran parte de su madurez. La actitud abierta de Voltaire le valió, pese a crueles achaques, una hermosa vejez, en tanto que Chateaubriand se preparó un fin lúgubre. Los dos martirizados en su carne, Swift el misántropo y Whitman, enamorado de la vida, reaccionaron de maneras muy distintas: los furores del primero agravaron sus males, el optimismo del segundo le ayudó a soportar sus pruebas. Sin embargo, no hay, lejos de ello, justicia inmanente. La enfermedad, el contexto social pueden arruinar el final de una existencia activa y generosa. Las opciones anteriores y los accidentes actuales intervienen para dar a cada vejez su rostro. Lo veremos al examinar algunos casos individuales.

Es muy raro, pero sucede, que la vejez sea considerada como la coronación de una existencia. Tal fue el caso, como se ha visto, de Cornaro, de Fontenelle, que se la habían preparado durante toda una vida prudente y mesurada. Tal fue, con más brillo, el caso de Víctor Hugo, que todavía joven había concedido a los ancianos un lugar de honor en su obra.

Su ejemplo haría pensar que, conscientemente o no, uno se prepara al comienzo de la vida cierta vejez; los azares, en particular los accidentes biológicos, pueden desnaturalizarla, pero en lo que depende del individuo, la ha definido con su manera de vivir. Hemos visto que el odio a los hombres que inspiró a Swift la siniestra evocación de los Struddburg le llevó a convertirse en sus últimos años en una especie de Struddburg. En Booz, Eviradnus, Jean Valjean, Hugo trazó la figura del patriarca que soñaba llegar a ser: lo fue.

Es sabido que a los 14 años escribió: "Quiero ser Chateaubriand o nada". En realidad soñaba con la gloria de Napoleón. Lo confirma el prefacio de *Marion Delorme*, en que escribe: "¿Por qué no habría de venir ahora un poeta que fuera a Shakespeare lo que Napoleón es a Carlomagno: "Poeta, vidente, profeta, quería ser el papa del universo espiritual y esperaba que la edad le confiriera ese poder; se condujo de manera que esa esperanza no quedara desmentida. Lamartine en 1848 se condenó a una vejez atroz. Hugo salvó la suya cuando en 1852 partió al exilio. Llegó a ser el símbolo glorioso con que había soñado.

Como se ha visto, su vida sexual siguió siendo activa en su edad provecta; hasta 1878 su salud fue excelente. En 1873 Goncourt se sentía molesto viéndolo sin sombrero, lleno de vida desbordante, junto a su hijo François-Victor, lívido en su reposera. Estaba orgulloso de poder subir todavía las escaleras de a cuatro peldaños y parecía creerse invulnerable: "El viejo está más joven y más encantador que nunca", escribía Flaubert en 1877. Seguía siendo alegre y retozón. Sus "ojitos almendrados despedían como fuegos artificiales", decía un familiar. Su capacidad de trabajo no disminuía. Le parecía a veces que le faltaba respiración, que sólo le quedaba oficio. En 1869 escribió en versos secretos:

On passe en vieillissant du trépied au pupitre...
Adieu l'élan superbe et l'essor factieux...

C'est fini, l'on devient bourgeois de l'Hélicon.
On loue au bord du gouffre un cottage à balcon.[1]

Sin embargo, el 7 de enero de ese mismo año, escribe en una carta: "Ah, bien sé que no envejezco y que al contrario, crezco; y en eso siento que la muerte se acerca. ¡Qué prueba para el alma! Mi cuerpo declina, mi pensamiento crece; en mi vejez hay un surgimiento". Había publicado en 1866 *Los trabajadores del mar*, que había tenido un éxito inmenso. Trabajaba en *El hombre que ríe.* Hecho absolutamente excepcional: la edad no había agotado su imaginación novelesca. Volvió al teatro con *Torquemada.* Estalló la guerra. Se fue a Bruselas y pidió un pasaporte para París: quería enrolarse como guardia nacional, decía. Sus papeles secretos han mostrado que tenía ambiciones más altas: esperaba que la República le ofreciera plenos poderes puesto que, desde el fondo de su exilio, había sido el alma de la oposición. Estaba decidido a aceptar y retirarse, no bien salvada Francia. Cuando llegó a París, el gobierno provisional ya se había constituido sin haber apelado a él. Sin embargo, una multitud inmensa lo esperaba en la estación y lo aclamó. Desde un balcón y desde su coche tuvo que arengarla cuatro veces: "Ustedes me pagan en una hora veinte años de exilio", dijo. Recibió innumerables visitas. A pesar de que le había decepcionado que los republicanos lo hubieran dejado de lado, trataba de actuar. Escribió un *Llamamiento a los alemanes* que no fue escuchado y un *Llamamiento a los parisienses:* "¡Todos al combate, ciudadanos!". En los teatros se leían *Los castigos* y los ingresos sirvieron para comprar tres cañones. Elegido diputado de París, se negó a ayudar a los amigos de la Comuna a derrocar al

1 Se pasa envejeciendo del trípode al pupitre... / Adiós impulso soberbio e ímpetu rebelde... / Se acabó, uno se vuelve burgués del Helicón. / Alquila al borde del abismo un *cottage* con balcón.

gobierno provisional; con respecto al enemigo, consideraba muy peligrosa la aventura. Pero la Asamblea Nacional no le inspiraba más que asco. Anotó: "Iré a Burdeos con la idea de traer de vuelta el exilio". Presidió la izquierda de la Asamblea. Se negó a firmar el "horrible tratado" propuesto por Thiers. Defendió a Garibaldi, cuya elección se quería anular; le impidieron hablar y presentó su renuncia.

Había perdido a su mujer en 1868. En Burdeos, su hijo Charles murió de apoplejía y él trajo el ataúd a París para ir después a Bruselas a ordenar la sucesión. Las violencias de la Comuna le chocaban, pero en un poema, *Represalias no*, conjuraba al gobierno de Versalles a que no castigara con rigor. Los fusilamientos lo indignaron: 6.000 prisioneros fueron asesinados contra 64 rehenes. Anunció que daría asilo a los proscriptos. El gobierno belga lo expulsó. Se dirigió a Luxemburgo. Desde allí, siguió protestando contra las represalias. Escribía *El año terrible*, *Noventa y tres*, poemas para una nueva *Leyenda de los siglos*. De vuelta en París, recibió una acogida bastante mala. Obtuvo de Thiers que Rochefort no fuera proscripto. Fue vencido en las elecciones de enero de 1872; no le perdonaban su defensa de los partidarios de la Comuna. Volvió a irse a Guernesey. Siguió trabajando en las obras esbozadas y comenzó el *Teatro en libertad*. Escribió también poemas que aparecieron en *Los cuatro vientos del espíritu*, *Toda la lira*, *Último ramo*. Volvió a París en 1873; perdió en diciembre a su hijo François-Victor. Escribía poemas que figuran entre los más hermosos. Lo que distingue estas últimas creaciones es una mezcla de audacia inventiva y de ronroneo. Juega con las palabras y las imágenes con más libertad que nunca, ningún exceso lo asusta; es un aventurero. Sin embargo, el virtuosismo de los ritmos, de las elevaciones, de las bajadas, tiene algo de mecánico. Es una poesía de una juventud sorprendente y sin embargo marcada por la edad.

A Hugo le gustaba leer sus últimas obras a sus amigos. "Señores", les dijo una noche, "tengo 74 años y comienzo

mi carrera". Leyó *La bofetada del padre.* Recibía a numerosos amigos políticos que deseaban verlo volver a la vida pública. Fue elegido senador. Pidió que se votara la amnistía de los partidarios de la Comuna: sólo obtuvo diez votos. Pronunció un discurso contra la disolución de la Cámara que MacMahon quería; la izquierda lo aclamó; la disolución se votó por 149 votos contra 130, pero en las elecciones los republicanos obtuvieron 326 asientos contra 200 y MacMahon dimitió. Para Víctor Hugo era una victoria indiscutible.

En 1877 publicó *El arte de ser abuelo*, monumento elevado a la infancia y a sí mismo. Había sido para sus hijos y para su hija Adela —a quien acababan de internar— un padre tiránico. Pero tenía un cariño sincero por sus nietos; se ocupaba mucho de ellos, lamentaba estar separado, les escribía largas cartas. Le gustaban las antítesis; disfruta explotando el espectacular contraste entre sus dos rostros: el del gigante terrible que hace temblar a los grandes de este mundo y el del abuelo bonachón:

Je suis dans notre temps de chocs et de fureurs Belluaire,
et j'ai fait la guerre aux empereurs... (j'ai)
Été quarante ans fier, indompté, triomphant
Et me voilà vaincu par un petit-enfant.[2]

Y también

Le tonnerre chez lui doit être bon enfant.[3]

En otros momentos pretende olvidar deliberadamente grandeza y gloria:

---

2 Soy en nuestro tiempo de choques y furores Beluario, / y he hecho la guerra a los emperadores... (he sido) / Cuarenta años orgulloso, indómito, triunfante / Y heme aquí vencido por un nieto.

3 El trueno en su casa debe ser bonachón.

...Triste, infini dans la paternité
Je ne suis rien qu'un bon vieux sourire entêté
Ces chers petits! Je suis le grand-père sans mesure...[4]

Tanta complacencia hace sonreír; pero el hecho es que podía estar orgulloso de su vida. Cabe pensar también que para realizar su vejez —que para él como para todo el mundo seguía siendo un irrealizable— se ayudaba con fantasmas: poseía todo un arsenal. Eviradnus era ya el viejo guerrero delante del cual tiemblan los emperadores. Hugo inventa otros nuevos: "Tengo la anquilosis altiva y pesada del peñasco".

La decadencia física que hace al viejo más esclavo que nunca de su cuerpo es cambiada por él en una mineralización que lo liberaría de lo orgánico.

Pero sobre todo se ve como un personaje sagrado, "sacerdote por derecho". Escribe en *La espada*:

Étant l'Ancien du peuple, il est prêtre de droit.
C'est l'usage en nos monts. Nul front qui ne se baisse
Devant ce sacerdoce auguste, la vieillesse.[5]

Ya lo hemos visto: la vejez como la belleza aproxima al cielo. Pero en el fondo de su pensamiento es aún más radical: el anciano es Dios mismo. Cuando la pequeña Juana habla. "Dios, el buen abuelo, escucha maravillado".

Si Dios es el buen abuelo, éste es semejante a Dios. El mundo que ha creado Dios evoca hasta el punto de confun-

4 Triste, infinito en la paternidad / No soy nada más que una buena y vieja sonrisa obstinada. / ¡Queriditos! Soy el abuelo sin medida...

5 Siendo el anciano del pueblo, es sacerdote de derecho. / Es costumbre en nuestros montes. / No hay frente que no se incline ante ese sacerdocio augusto: la vejez.

dirse el que Hugo ha creado en su obra; habla de los dos al mismo tiempo cuando escribe:

Moi je n'exige que Dieu toujours s'observe
Il faut bien tolérer quelques excès de verve
Chez un si grand poète...[6]

Las antítesis de la naturaleza son identificadas a las de Hugo en sus versos. Dios es un gran poeta; el viejo poeta es Dios. En otro poema fechado en 1870 escribe:

Mon vers sanglant, fumant, amer
...Est le vomissement de Dieu sur votre honte.[7]

En 1877 escribió todavía *La historia de un crimen*, pero en 1878, después de un ataque tuvo que interrumpir; los volúmenes que hicieron publicar sus discípulos contenían versos ya antiguos. A partir de ese año "es como si la salud y después el espíritu del hermoso anciano hubieran bajado un peldaño", anotó Mme. Alphonse Daudet.

Inmediatamente después del 28 de junio, su familia lo había llevado a Guernesey y un testigo cuenta que "en el salón rojo, por la noche, tenía momentos de abatimiento mortal; posaba la frente en las manos apoyadas en el manto de la chimenea e inclinado pero de pie, permanecía largo rato inmóvil". Torturada por los celos, Juliette lo hacía sufrir al punto que una noche de agosto lloró. Siempre había sido económico y al mismo tiempo muy generoso. Poco a poco se volvió avaro. Fascinado por las cantidades, entonces enormes, que ganaba, se hacía rogar para dar a Juliette el modesto

---

6 Yo no exijo que Dios siempre se modere / Hay que tolerar algunos excesos verbales / A un poeta tan grande...

7 Mi verso sangrante, humeante, amargo /...Es el vómito de Dios sobre vuestra vergüenza.

subsidio que ella necesitaba. Sin embargo, conoció todavía grandes felicidades. Cuando cumplió 79 años los festejos fueron como una fiesta nacional: 600.000 personas desfilaron debajo de su ventana, le habían levantado un arco de triunfo. La avenida d'Eylau fue poco después bautizada avenida Víctor Hugo y hubo un nuevo desfile en su honor el 14 de julio. Hasta la burguesía se había unido a él; habían terminado por absolver a los partidarios de la Comuna. Unos días después de su cumpleaños, cuando llegó al Senado, toda la Asamblea se puso de pie y lo aplaudió. Acogía esos homenajes con lágrimas de felicidad. No estaba como Andersen atormentado por rencores de infancia, ni desgarrado como Tolstoi por contradicciones insuperables, sino en pleno acuerdo consigo mismo. Esta apoteosis, este encuentro de una vejez poderosa con la gloria, él los había querido desde el comienzo; toda su vida se había orientado hacia ellos: lo colmaban sin reservas.

Vio morir a Juliette, lo cual le conmovió profundamente y se puso a desear su propia muerte: "¿Qué va a ser de mí hasta que me muera?"

Y también: "Hay en mi vida tantos duelos que ya no quedan fiestas".

Estaba físicamente debilitado y disminuido. Medio sordo, silencioso, la mirada temerosa, no trabajaba nada. Se levantaba a mediodía, llevaba una vida vegetativa. Camille Saint-Saëns escribía: "¡Ay, nada detiene al tiempo y esta hermosa inteligencia comienza a dar señales de extravío!". Sin embargo, pensaba en su fin con tranquilidad. Su nieto cuenta: "Nos hablaba del fin que sentía venir con una serenidad tan plácida que no nos dio nunca la atroz visión de la muerte".

Estaba harto de gloria: "Es hora de que deje libre el mundo", decía un día. Creía en la inmortalidad. Había escrito ya en 1860: "Creo en Dios, creo en el alma". Morir era encontrar a Dios, es decir, otro yo, y pensaba con alegre curiosidad en ese encuentro a solas. Dijo a una amiga: "Soy viejo, voy a morir. Veré a Dios. ¡Ver a Dios! ¡Hablarle! ¡Qué gran cosa!

¿Qué le diré? Lo pienso muchas veces. Me estoy preparando". No se preguntaba lo que Dios le diría. Murió a los 83 años sin querer recibir a un sacerdote.

Es una gran suerte para un hombre viejo seguir comprometido en sus empresas hasta la muerte. Pero sucede que con la edad se le concede menos valor y por lo tanto proporcionan menos alegría. Citaré dos ejemplos de hombres que conservaron hasta el final su poder creador y sin embargo murieron desencantados: Miguel Ángel y Verdi.

Miguel Ángel era, por así decir, enfermo de nacimiento. Con la edad y las preocupaciones, su salud terminó de deteriorarse. Su vejez fue un combate incesante contra los hombres y contra un cuerpo agotado por las preocupaciones. Cuando Pablo III fue nombrado papa hacía treinta años que Miguel Ángel trabajaba en la tumba de Julio II, cuyo proyecto era grandioso: un inmenso mausoleo para el cual había ejecutado o esbozado diez estatuas, pero la mala voluntad del propio Julio II y de sus descendientes no le había permitido acabarla. Pablo III exigió que se dedicara a pintar el Juicio Final en el techo de la Sixtina. Tuvo que ceder. Dormía y comía poco, tenía vahídos; en 1540 o 1541 se cayó de un andamiaje y se hirió gravemente una pierna. Tenía 65 años. Cuando se inauguró el Juicio, el 25 de diciembre de 1541, el pintor conoció una gloria inmensa, pero también le fue violentamente reprochada su obscenidad. El papa Pablo III exigió inmediatamente que pintara los frescos de la capilla Paulina; Miguel Ángel se quejaba de la excesiva fatiga que le producía su ejecución; el fresco no es para la vejez, decía. Tenía grandes problemas de dinero; los herederos de Julio II lo acusaban de haber gastado una fortuna trabajando en el mausoleo, y exigían el reembolso. El papa le decía que no se preocupara y se dedicara por entero a la pintura: "Pero se pinta con la cabeza y no con las manos, respondió Miguel

Ángel... El que no tiene sus pensamientos para sí se deshonra, y por eso no hago nada bueno mientras tengo esas preocupaciones". Se sentía viejo, enfermo, tenía miedo de la muerte. Pero en su vida difícil lo sostenían sólidas amistades. He hablado ya de Cavalieri, a quien había conocido a los 57 años, por quien sintió amor —platónico o no, no se sabe— y que le fue apasionadamente fiel hasta su último suspiro. Tenía gran afecto por su alumno Urbino, que trabajaba con él en los frescos de la capilla Paulina y que era un seguro báculo de su vejez. Tenía muchos otros discípulos y amigos. Pero sobre todo estaba muy ligado intelectualmente a Vittoria Colonna, a quien conoció cuando él tenía 63 años y ella 46. Vittoria Colonna era fea y él la consideraba "un gran amigo". Tenía estima por sus juicios sobre arte. En sus conversaciones, en sus cartas, hablaban de un tema que les interesaba mucho a los dos: la reforma de la Iglesia. Cuando ella murió, Miguel Ángel tuvo una gran pena: "Me quería mucho y yo sentía no menos afecto por ella".

En 1544 cayó tan gravemente enfermo que se creyó su vida en peligro; agradeció a su médico Riccio, que lo había "arrancado a la muerte". En 1545 tuvo que renunciar definitivamente a realizar el mausoleo de Julio II tal como lo había soñado; quedó relegado a un rincón de San Pietro in Vincoli donde sólo la estatua de Moisés lleva la marca de su genio. Mientras continuaba los frescos encargados por el papa, se ocupaba de las fortificaciones de Roma, trabajó en la construcción del palacio Farnese, hizo planes de la plaza y los palacios del Capitolio. Esculpió en 1548 el busto de Bruto. Cuando en 1549 quedó terminada la capilla Paulina dejó de pintar. Se dedicó a la escultura y a la arquitectura.

Nombrado en 1547 arquitecto de la Fábrica de San Pedro, aceptó este cargo de mala gana y fue objeto de las persecuciones de la secta de Sangallo, que lo detestaba, pues en diversas circunstancias el papa había preferido los planes de Miguel Ángel a los de Sangallo. Éste murió en 1546,

pero sus amigos eran fieles a su recuerdo. Habían desfigurado la obra que Bramante había dejado inconclusa; Miguel Ángel, que había exigido plenos poderes, empezó por destruir todo lo que traicionaba el proyecto original y fue acusado de tiranía, de megalomanía. Para imponer sus ideas se pasaba los días en las obras en construcción. Su salud le ocasionaba siempre graves preocupaciones: "En cuanto a mi imposibilidad de orinar, he estado muy enfermo; he rugido día y noche sin descansar jamás y, según la opinión de las médicos, tengo el mal de piedra". Corrió de nuevo peligro de muerte.

En 1555, después de veinticinco años de trabajo en común y de íntima amistad, perdió a Urbino. Entonces ya no deseó más que morir. Toda su vida había estado obsesionado por la idea de la muerte. Siendo todavía joven, en sus cartas y poemas hablaba de su "muerte próxima", se quejaba de ser "no sólo viejo, sino de figurar ya en el número de los muertos". Ha descripto en sus poemas la forma en que sentía cómo se resecaba y apergaminaba su piel. Al envejecer trató de vencer la angustia y de considerar la muerte como una liberación que abre al alma las puertas del paraíso. Cuando Urbino le fue arrebatado, entonces desde el fondo de su corazón se puso a desearla. Se veía privado no sólo de un amigo que le era caro, sino de un apoyo que la edad hacía indispensable. Escribió a un amigo: "Mientras que vivo era mi vida, al morir me ha enseñado a morir, no con el pesar sino con el deseo de la muerte". Y en un soneto:

...su muerte
me atrae y me incita a apresurarme por otro camino
para ir allá donde me espera y vivir con él.

En la misma época escribe a Vasari: "Ya no siento gusto por nada sino por morir". Se describe:

Pobre, viejo y obligado a servir a los demás,
soy un hombre acabado si no me muero pronto.

Vivió todavía ocho años y el final de su vida fue muy sombrío. Sufría sintiéndose viejo, débil, enfermo. "Soy traicionado por la fuga de mis días y por mi espejo", escribe. La edad le impide vigilar de cerca, como lo quisiera, los trabajos de San Pedro, escribe a Vasari. Y como los obreros inventan todo el tiempo nuevos pretextos para no terminarlos, "si uno pudiera morirse de vergüenza y de dolor, yo ya no estaría vivo", escribe. En 1558, en una carta a Ammannati se queja de su vejez, de su mala vista: "Estoy viejo, ciego y sordo, en desacuerdo con mis manos y con mi persona". Oía mal, le zumbaban los oídos.

Pero sobre todo, lo que entristeció sus últimos años fue su cambio de actitud con respecto a su arte. Siempre había sido extremadamente piadoso y pensaba que la única justificación del arte era servir a Dios; pero pensaba también que al pintar y al esculpir con amor, en efecto, lo servía. A su juicio, Dios mismo guiaba la mano de un artista de buena voluntad; era rendirle homenaje el imitar con estatuas o pinturas las bellezas de la creación. Esta convicción que lo había sostenido durante toda su vida, al final vaciló. Ya en 1538, al oír decir que la nobleza portuguesa no concedía ningún valor a la pintura, respondió: "Tienen razón". En 1544 uno de sus sonetos prueba ya que no veía en el arte más que una ocupación frívola que lo había apartado del cuidado de su salvación:

Así ahora, de esa loca pasión
que me han hecho tomar el arte por ídolo y monarca,
he aprendido cuán grande eran en ella el peso del error
y qué fuente de desventura es para el hombre su deseo.

En otro escribió:

Las frivolidades del mundo me han quitado
el tiempo que me había sido dado para contemplar a Dios.

Al enviar esos sonetos a Vasari le escribe: "Cuando tengas 80 años comprenderás lo que siento".

Llamaba a sus estatuas "mis monigotes". Pensaba que había sido un error dedicarse al arte en lugar de entregarse por entero a Dios. Se había equivocado al creer que cumplía una misión divina: no había hecho más que comprometer su salvación. Este desencanto se explica por la intensidad creciente de sus sentimientos religiosos, por la inminencia de la muerte a la que se preparaba con temor, y también por todas las molestias que tenía que sufrir y por su gran fatiga.

Sin embargo, siguió trabajando. Hizo hermosos proyectos para la Porta Pia. La construcción de San Pedro avanzaba, pero no consiguió imponer su concepción de conjunto ni su proyecto de fachada. Sólo la cúpula quedó de acuerdo con lo que había soñado. Torturado por la gota, de noche no conseguía dormir. Rodaba por su taller y esculpía atacando el mármol con el cincel, con el vigor de un hombre joven. Esculpió su más hermosa *Pietà*. A veces por la noche, para distraerse de sus dolores, se paseaba a caballo por las calles desiertas de Roma. Escribía a Vasari: "La memoria y el cerebro se han ido para esperarme en otra parte". En sus poemas la idea de la muerte volvía constantemente. En 1561, a los 86 años, tuvo un síncope; durante mucho tiempo estuvo abatido y un poco raro. Sin embargo, su energía seguía siendo indomable. En 1563 su principal colaborador, nombrado por él jefe de obras de San Pedro, fue apuñalado por sus enemigos que hicieron encarcelar, acusándolo de robo, a uno de sus mejores ayudantes, Gaeta. Miguel Ángel intervino ante el papa, que mandó devolverle la libertad. Miguel Ángel lo nombró jefe de obras. El consejo de administración lo sustituyó por un tal Nanni, que quiso dárselas de amo. Miguel Ángel se le resistió y consiguió que Gaeta obtuviera

el puesto. Tenía 88 años. Poco después tomó frío en una de sus andanzas nocturnas y murió, acribillado de dolores, sin ver terminada la cúpula de San Pedro.

La paradoja de su vejez es que, convencido de que "el arte y la muerte no van bien juntos" —idea que expresa a menudo en sus sonetos—, deseoso de dedicarse a su sanación, a la plegaria, a Dios, quejándose sin cesar de la fatiga, las dificultades, los errores espirituales con que ha pagado las "cosas divinas" que ha hecho, siguió creando hasta el fin, luchando por la obra que edificaba; sus cartas, sus poemas son sombríos, desengañados, y sin embargo, en ese momento, con la *Pietà Rondanini*, con la cúpula de San Pedro, alcanza las cimas más altas.

A pesar de su magnífica salud, Verdi no aceptó de buen grado la vejez. Tenía 68 años cuando se inauguró con gran pompa su estatua en la Scala de Milán, lo que le provocó un vivo desagrado: "Eso significa que estoy viejo (es cierto, ¡ay!), que soy un veterano bueno para los Inválidos... He lamentado esa ceremonia y la lamento". Poco tiempo antes había rehecho y mejorado mucho una de sus antiguas obras, *Simon Boccanegra*, que se había representado con gran éxito. Se puso a trabajar de nuevo en *Don Carlos*, a los 71 años dirigió él mismo los ensayos y tuvo una acogida cálida, pero no le proporcionó ninguna alegría: "Pobres artistas que muchas gentes tienen la... digamos buena voluntad de envidiar, esclavos de un público la mayor parte del tiempo ignorante (es un mal menor), caprichoso e injusto". Célebre en el mundo entero, era en Italia una especie de monumento nacional: cada vez que aparecía en el teatro, en un concierto o incluso en la calle, provocaba ovaciones. Pero experimentaba intensamente ese desencanto común a muchos creadores en sus últimos años. Como su amigo Boito le hubiera entregado el libreto de *Otello*, y el director de la Scala, Faccio, lo ins-

taba a componer la música, le respondió: "¿De modo que, según usted, yo debo realmente terminar este *Otello*? ¿Pero para quién? ¿Para quién? A mí me es indiferente, al público todavía más". Vivía mucho en el campo, con su mujer, a quien amaba, ocupándose de sus tierras y sus granjas; hizo construir un hospital. Viajaba, visitaba exposiciones; llevaba una vida en apariencia agradable. Pero una gran tristeza lo habitaba: "La vida nace, desaparece, la mayor parte del tiempo inútilmente; se llega a la edad de las enfermedades y los achaques y después... *Amén*". Solía decir escandalizado: "¡Trabajar tanto y tener que morir!". Perdió a Carcano, uno de sus mejores amigos: "Al llegar a nuestra edad, cada día se hace un nuevo vacío a nuestro alrededor", escribió en una carta. Y en otra, el día que cumplió 72 años: "Hoy es el día terrible: tengo 72 años. Qué rápido han pasado, a pesar de todos los acontecimientos tristes o alegres, a pesar de todos los *surmenages*, a pesar de todas las fatigas. A nuestra edad uno siente como la necesidad de apoyarse en alguien. Hace algunos años me parecía que podía bastarme a mí mismo, que no necesitaba a nadie. ¡Presuntuoso! Empiezo a comprender que soy... muy viejo". Se quejaba cada vez con más frecuencia de estar física y mentalmente cansado y se irritaba contra la naturaleza que le quitaba sus fuerzas. Perdió a otra de sus más caras amigas.

Sin embargo, en 1884-1885 —a los 72 y 73 años— trabajó muy asiduamente en su *Otello*. Estaba agotado pero satisfecho de su obra cuando entregó la partitura a Faccio. Él mismo hizo ensayar su ópera. De todas partes del mundo acudieron celebridades para asistir a la primera representación. Fue aclamado y en toda Italia el *Otello* obtuvo un éxito triunfal. Sin embargo, la obra desconcertó por su novedad.

En 1888, para el quincuagésimo aniversario de su primera obra, se celebró su jubileo; las ceremonias, la ola de telegramas firmados por los nombres más ilustres, todos esos testimonios de su inmensa gloria eran acogidos por él con

melancolía; a sus ojos no era más que vana agitación. Quiso como contrapartida hacer algo que juzgaba útil y fundó una casa de descanso para músicos; dedicó mucho tiempo a esta empresa.

Siempre había querido escribir una ópera cómica. En 1889 empezó *Falstaff*. Pero trabajó poco. Perdió los mejores amigos que le quedaban, Prioli y Muzio. Faccio se puso chocho. Esas muertes "le hicieron perder el equilibrio", dijo durante el invierno de 1890. Estaba demasiado abrumado para poder componer. Sin embargo, en 1893 la ópera estaba terminada y en enero dirigió los ensayos durante seis a ocho horas por día. Tenía entonces 80 años y su equilibrio físico y moral era el asombro de los médicos. Lombroso escribió: "La anomalía es tan grande, tan extraordinaria, que puede confundir las ideas de los que han hecho investigaciones sobre este punto". Corrado Ricci lo describe con admiración: "Una nube de pelo blanco se une a su barba, formando una aureola. Alto, erguido, esbelto, cuando camina la gente se vuelve a mirarlo; vivo en su manera de hablar y de recordar los nombres, las fechas; lúcido cuando expone sus ideas sobre el arte".

Falstaff obtiene un triunfo. En Milán, en Roma, se ovaciona al autor. En París también su éxito fue inmenso. Pero su salud declinaba; de vez en cuando tenía un ligero ataque. Componía trozos de música religiosa, pero soportaba mal su estado. "Estoy viejo, muy viejo, me canso en seguida." "Sin estar muy enfermo, tengo mil molestias. Las piernas apenas me sostienen y ya casi no camino. Me disminuye la vista, no puedo leer mucho. En suma, mil achaques". La muerte de su mujer fue para él un gran golpe: "Estoy solo. Triste, triste, triste".

Hizo ejecutar en París y después en Turín sus *Pezzi sacri* que recibieron muy buena acogida. Pero eso no disipó su melancolía. En 1901 escribe: "Aunque los médicos me digan que no estoy enfermo, siento que todo me cansa. Ya

no puedo leer, ya no puedo escribir. Veo poco, oigo todavía menos, y sobre todo las piernas ya no me sostienen. No vivo, vegeto... No tengo más nada que hacer en este mundo". Lo abandonó poco después, fulminado por una hemiplejía.

Sucede que, prolongando sin discontinuidad la vida de adulto, la vejez pasa por así decirlo en silencio. Para eso tiene que desarrollarse en circunstancias favorables, y también es preciso que la vida anterior proporcione al anciano un conjunto de intereses intelectuales y afectivos que resistan al peso de los años. Un buen ejemplo es el de Lou Andreas-Salomé, mujer notable que fue amada por Nietzsche, Rilke y muchos otros, y que a los 50 años se hizo amiga y discípula de Freud. Desde su juventud había conquistado su independencia; había trabajado mucho escribiendo novelas mediocres que no sobreestimaba pero que le valieron un gran éxito. Curiosa, activa, voluntariosa, amaba apasionadamente la vida y cuando —sólo a los 35 años— descubrió la sexualidad, le acordó un enorme lugar en su existencia, así como en su concepción del mundo. En su obra *Die Erotik* estudió las relaciones del sexo y el arte. En 1911 descubrió a Freud, que le confirmaba científicamente sus intuiciones, y se dedicó al psicoanálisis. Tenía más de 60 años cuando adoptó la profesión de psicoterapeuta y obtuvo excelentes resultados que la llenaban de alegría. Escribía un poco, sobre todo acerca de temas psicoanalíticos. Su marido —que contaba poco para ella— murió en 1920, y tuvo durante varios años serias dificultades financieras. Vivía en Alemania, en una casa de campo cuidada por una sirvienta. Su trabajo, la amistad de Freud, con quien intercambiaba numerosas cartas, y de Anna Freud llenaban su vida. Estaba en desacuerdo con él en un punto importante. Había amado demasiado el amor físico para no ver en la sexualidad una realización magnífica y exaltante del individuo; Freud tenía del hombre y de su vida sexual una visión

resueltamente pesimista. Pero esta diferencia no modificaba su entendimiento. A los 70 años escribió *Mi gratitud hacia Freud*, donde rendía un homenaje público al sabio y al hombre; sin embargo, criticaba sus ideas sobre el proceso creador; a lo largo de toda su vida era el tema que siempre le había interesado más. Freud elogió cálidamente este trabajo: "Es una verdadera síntesis que permite esperar que el haz de nervios, músculos y arterias, resultado de la transformación del cuerpo por el escalpelo psicoanalítico, pueda ser reconstituido en un organismo viviente". Ella estaba orgullosa de este elogio. "Mis trabajos psicoanalíticos me hacen tan feliz que, aunque fuese millonaria, no renunciaría a ellos", escribía.

En sus últimos años esa felicidad se vio gravemente amenazada. El nazismo triunfaba, ella era judía y la terrible hermana de Nietzsche la odiaba. Llevaba una existencia tan discreta que no la molestaron. Su cuerpo flaqueó. Sufría de diabetes y tenía un cáncer de pecho, que hubo que quitarle. No avisó a sus amigos, a quienes, al volver al hospital y habiendo rellenado su corpiño, dijo sonriendo: "Nietzsche tenía razón, al fin de cuentas. Ahora tengo realmente pechos postizos". Conservaba intacto su interés por la vida, las ideas, las personas. Decía que se sentía unida a todo lo que existe en una "inmensa comunidad de destino". Su generosidad, su inteligencia le valían numerosas amistades. Gentes que habían gustado de sus libros, muchachas entre otras, iban a verla con frecuencia. Pero sobre todo ella que siempre había concedido un lugar tan importante a sus relaciones masculinas conoció todavía preciosas amistades, platónicas pero estrechas, con dos hombres jóvenes. Con König, un profesor de Filosofía, tenía largas conversaciones intelectuales. Sus relaciones eran más íntimas y más profundas con Pfeiffer: Él le contó su vida y le pidió consejo; Lou llegó a serle indispensable. Tenía una gran confianza en él y le regaló toda su propiedad literaria. Decidió escribir su autobiografía porque su historia tenía, pensaba ella, un sentido reconfortante y por lo tanto le pare-

cía útil testimoniarlo públicamente. Durante sus últimos meses sufrió de un envenamiento urémico. Pfeiffer iba a verla todos los días, conversaban, él le leía páginas de sus *Memorias*; a Lou le gustaba sumergirse en su pasado. Unos días antes de su muerte murmuró con tono sorprendido: "Toda mi vida no he hecho más que trabajar. Y en el fondo, ¿por qué?". Sus nuevos amigos no habían conseguido reemplazar los que había perdido, pues dijo también: "Si dejo errar mis pensamientos, no encuentro a nadie. Lo mejor, después de todo, es la muerte". Murió durmiendo, el 5 de junio de 1937. No todo fue fácil en esta vejez. Se ve en su correspondencia con Freud que a veces encontraba el dolor físico "desesperante". Pero no desesperó. Había dado demasiado al mundo para que no le fuera restituido mucho.

Pero no hay que creer que por una especie de justicia inmanente una vida rica y valerosa es recompensada siempre por una "hermosa vejez". Males físicos, circunstancias políticas y sociales, pueden volver el final muy sombrío. Así le ocurrió a Freud. Su vida presentó una notable continuidad: conservaba su pasado superándolo. Innovador osado y gran trabajador, aterró a su época y consiguió sin embargo imponerle sus ideas; hombre de un carácter inflexible e intrépido, marido, padre amante y amado, hubiera debido tener una vejez fecunda y serena. En realidad, sin conseguir destruirlo —en 1938 sólo con aparecer y mirarlos consiguió aterrar a los nazis que habían ido a revisar su casa—, ella fue para él una prueba abrumadora, a causa del estado de su salud, del ascenso del nazismo, de los temores que le inspiraba el porvenir del psicoanálisis, de la pérdida de su poder creador.

En 1922, a los 66 años, con trastornos cardíacos, escribía: "El 13 de marzo de este año he entrado bruscamente en la verdadera vejez. Desde entonces, la idea de la muerte no me ha abandonado". Al año siguiente le hicieron en el paladar

una primera operación: sospechó que se trataba de un cáncer, puesto que le pidió al médico que le procurara los medios de morir con decencia si estaba condenado a largos padecimientos. Le costaba soportar los que sufría; entonces escribió a Lou Andreas-Salomé: "Comparto plenamente su opinión sobre la angustia que sentimos ante males físicos particularmente dolorosos; como usted, los encuentro desesperantes y, si se pudiera tomárselas con alguien personalmente, innobles". Un mes más tarde perdió un nieto de cuatro años a quien quería enormemente.[8] Fue la única vez en la vida que se lo vio llorar: "No creo haber sentido nunca una pena tan grande...", escribía a unos amigos. "Sigo trabajando forzado y obligado; en el fondo todo se me ha vuelto indiferente". Y a otros les confió que había perdido todas las ganas de vivir. "Es el secreto de mi indiferencia —las gentes dicen de mi coraje— ante el peligro que corre mi propia vida". Ese mismo año el comité que dirigía en Austria los trabajos psicoanalíticos y al que daba una gran importancia amenazó con disolverse. "He sobrevivido al comité que debía sucederme", escribió. "Quizá sobreviviré a la asociación internacional. Es de esperar que el psicoanálisis me sobrevivirá. Pero esto oscurece el final de la vida". Lamentaba su esterilidad: "Ya no tengo una idea nueva. No he escrito una línea".

Tenía una penosa conciencia de la amenaza que pesaba sobre él. El 4 de mayo de 1924 escribía a Abraham: "En vías de curación, según se supone, tengo profundamente arraigada en mí la convicción pesimista de mi fin cercano, convicción que se alimenta de las pequeñas miserias y las sensaciones desagradables provocadas sin cesar por mi cicatriz, una especie de depresión senil que está centrada en la distorsión entre un deseo de vivir irracional y una resignación sensata. Siento además necesidad de reposo y aversión por el comercio de los

8 Tres años antes había perdido a su hija Sofía, que era la madre del niño.

hombres". El 13 de mayo de 1924 escribe a Lou: "He asumido todas las terribles realidades, pero lo que soporto mal son las eventualidades; no puedo hacerme a la idea de vivir bajo una perpetua amenaza... Seis horas de psicoanálisis es todo lo que he conservado de mi capacidad de trabajo... ¡A cuántas cosas hay que renunciar! Y en cambio lo colman a uno de honores por los cuales no movería un dedo".

Era menos sensible que antes a las cosas y a las personas, él que había puesto tanta pasión en vivir. Reiterando a Rank su amistad, le escribe a los 68 años: "Aunque considero ahora las cosas *sub specie aeternitatis* puedo interesarme con la misma pasión que antes, un cambio que afectara nuestras relaciones no me dejaría indiferente". A Lou, el 10 de mayo de 1925: "Un caparazón de insensibilidad se forma lentamente alrededor de mí; lo verifico sin quejarme. Es una evolución natural, una manera de empezar a volverme inorgánico. Es lo que llaman, creo, el 'desprendimiento propio de la avanzada edad'. Debe de estar en relación con un cambio decisivo en la relación entre los dos impulsos cuya existencia he supuesto... Aparte de eso, mi existencia sigue siendo soportable. Creo incluso que he encontrado algo fundamental para nuestro trabajo; pero me lo guardo todavía para mí durante un tiempo". En gran parte por consideración a su familia se obligaba a seguir viviendo, pero escribía a Pfister el 11 de octubre de 1925: "Estoy cansado, como es normal estarlo después de una existencia laboriosa, y creo que merezco honestamente el descanso. Los elementos orgánicos que durante tanto tiempo se han mantenido juntos tienden a separarse. ¿Quién querría obligarlos a permanecer unidos más tiempo?".

De todos sus discípulos, aquel cuyos trabajos más estimaba y con quien contaba para hacer progresar el psicoanálisis era Abraham, que murió en diciembre de 1925. Freud escribió a Jones: "La confianza absoluta que le tenía me inspiraba —como a todos nosotros— un sentimiento de seguridad. Tenemos que seguir trabajando y sosteniéndonos mutua-

mente... La obra debe proseguir; comparados con ella, no tenemos ninguna importancia". Le preocupaban las resistencias con que tropezaba el psicoanálisis: "El mundo manifiesta cierto respeto por mis trabajos, pero hasta ahora el análisis sólo ha sido admitido por los analistas".

Escribía ensayos, comenzó su autobiografía. Pero hubo que hacerle una nueva operación de suma gravedad: le quitaron una parte del paladar y una parte de la mandíbula que fueron remplazadas por una enorme prótesis que le lastimaba, al punto de que a veces se veía obligado a quitársela; no le dejaba oír bien, le molestaba para comer y para hablar. Sólo aceptaba los cuidados de su hija Anna. Además, tenía trastornos cardíacos: "El número de mis diversos trastornos físicos me lleva a preguntarme cuánto tiempo podré continuar mi trabajo profesional, sobre todo desde que al renunciar al dulce hábito de fumar han disminuida mis intereses intelectuales. Todo eso arroja una sombra amenazadora sobre el futuro".

En 1926, hablando con el norteamericano Viereck, dijo: "Quizá los dioses son clementes haciéndonos la vida más desagradable cuando nos ponemos viejos. Al final, la muerte parece menos intolerable que los múltiples fardos que llevamos". Ya no podía trabajar: "Mi estado general me aparta definitivamente del trabajo, me inclino a creerlo...", escribe a Jones el 20 de marzo de 1926. Pero conservaba una confianza intacta en el valor de sus ideas: "La contradicción y el reconocimiento son completamente indiferentes cuando uno posee una certeza", escribió a Lou.

El comité que finalmente había sobrevivido se reunió para festejar sus 70 años. Pero su mejor discípulo y amigo, Ferenczi, empezó a alejarse de él. En el congreso de Innsbruck hubo disidencias. Sufría siempre; fue necesario cambiarle la prótesis. "Detesto mi mandíbula mecánica porque el mecanismo devora tanta fuerza preciosa". Comenzó a escribir *El futuro de una civilización*. Pero el dolor le molestaba para trabajar. Y también escribía a Jones el 1° de enero de

1929: "La facilidad para concebir ideas, que tuve antes, con la edad la he perdido". Ya no concedía mucho valor a lo que escribía. A propósito de su último libro, escribe a Lou, el 28 de julio de 1929: "Ese libro... me parece, seguramente con razón, del todo superfluo, cuando lo comparo con mis trabajos anteriores que respondían siempre a alguna necesidad interna. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer? No es posible fumar y jugar a las cartas todo el día. Ya no puedo hacer largas caminatas y la mayoría de las cosas que se leen han dejado de interesarme". Cuando tres años más tarde cambió con Einstein una correspondencia sobre la paz, juzgó su contribución sin indulgencia: rebajaba sus pretensiones con respecto a su trabajo, dice, como lo hiciera con respecto a su prótesis. Tuvieron que hacerle cinco operaciones ese año. Tuvo la pena de ver a Ferenczi encerrado en un manicomio. Y la revista de psicoanálisis, el *Verlag*, que vivía de sus derechos de autor, amenazaba con desaparecer, pues sus libros ya no se vendían.

Sin embargo, no había perdido nada de su virulencia y su agresividad. Cuando en 1933 Hitler llegó al poder, Viereck, primo del Kronprinz, aprobó públicamente una carta en que éste negaba las persecuciones raciales. Freud le escribió una carta indignada: "Le diré pues, sencillamente, que lamento que se haya usted rebajado a sostener mentiras tan lamentables como las contenidas en la carta de su imperial primo... Con mi profundo pesar". El porvenir era angustioso: "Ya no siento ansiedad por el futuro del psicoanálisis. Está asegurado y lo sé en buenas manos. Pero el porvenir de mis hijos y mis nietos corre peligro. ¡Y mi propia impotencia es consternante!". A pesar de su ansiedad y sus torturas comenzó en 1934 su libro sobre *Moisés y el monoteísmo*. Pero dudaba de sí mismo. El 2 de mayo de 1935 escribe a Zweig: "Desde que no puedo fumar más a mi gusto, ya no deseo escribir... o quizás ese pretexto me sirve para enmascarar la esterilidad de la vejez". Y a Lou, el 16 de mayo: "No sé si podré todavía crear algo, no lo creo, pero no tengo tiempo, tanto tengo que ocu-

parme de mi salud". A Wittkowski, el 6 de enero de 1936: "Mi capacidad de producción se ha agotado. Es verosímil que sea demasiado tarde para que vuelva".

Su impotencia intelectual, sus malestares, su lucha contra un cuerpo desfalleciente le eran cada vez más odiosos; lo único que le impedía suicidarse era no hacer sufrir a los suyos: "Si estuviera solo", dice a Jones, "hace tiempo que hubiera acabado con mi vida". Deseaba morir: "Creo haber descubierto que el deseo de descanso eterno no es algo elemental y original; expresa la necesidad de liberarse del sentimiento de inadecuación que afecta a la edad, sobre todo en los pequeños detalles de la vida".

En junio de 1935 escribe a Thomas Mann, con motivo de cumplir 60 años, que no le desea llegar a demasiado viejo: "Por mi experiencia personal creo que es bueno que una suerte milagrosa limite en el momento oportuno la duración de nuestra vida". El 18 de mayo de 1936 escribió a Stefan Zweig: "Aunque he sido excepcionalmente feliz en mi hogar... no puedo sin embargo habituarme a las miserias y a la angustia de la vejez y pienso con nostalgia en el paso a la nada". El 6 de diciembre de 1936 escribía a Marie Bonaparte que estaba torturado "entre el deseo de descanso y el temor a los nuevos sufrimientos que entraña la prolongación de la vida y el dolor anticipado de verse separado de todo aquello a lo cual se está todavía apegado". A comienzos de 1937 le permitieron fumar un poco, sufría menos; pero su clientela disminuía: "Es comprensible que los enfermos no se precipiten a ver a un analista de edad que ofrece tan pocas garantías", escribió. Trabajó de nuevo un poco; terminó el *Moisés II*. Lo que le resultaba más penoso es que dudaba ahora de que el psicoanálisis hubiera de sobrevivirle. El 17 de octubre de 1937 escribía a Zweig: "Mi obra *está* detrás de mí, como lo dice usted mismo. Nadie puede saber de antemano cómo la juzgará la posteridad. Yo mismo no estoy tan seguro... El futuro inmediato parece sombrío para mi psicoanálisis tam-

bién. En todo caso, en el curso de las semanas o los meses que me quedan todavía por vivir no puede sucederme nada de agradable". En 1933 creía en el futuro del psicoanálisis; pero después había triunfado el nazismo; en 1933 los libros de Freud fueron quemados públicamente en Berlín; en 1934, el psicoanálisis quedó enteramente liquidado en Alemania. En 1936, la Gestapo se apoderó de todo lo que pertenecía al *Verlag* (que fue definitivamente confiscado en 1938). Personalmente Freud pensaba que no podía ya aportar nada nuevo. Su *Moisés*, continuación de *Totem y tabú*, escrito veinticinco años antes, le parecía más o menos un machaconeo: "Un viejo no encuentra más ideas nuevas", escribió a su respecto. Sólo le queda repetirse". Y también: "No comparto la idea de mi contemporáneo Bernard Shaw, que pretende que los hombres sólo serían capaces de hacer algo bueno si les fuera permitido vivir trescientos años. La prolongación de la existencia no serviría para nada, a menos que se transformaran totalmente las condiciones de la vida". Por lo demás, habla de la "declinación de las facultades creadoras que acarrea la edad avanzada".

Según estos textos, lo que juzgaba esterilizante es sobre todo el peso del pasado. Pienso sin embargo que esa esclerosis se debía en gran parte a la reducción de su futuro. En 1897, cuando comprendió que sus teorías sobre la histeria eran erróneas, escribió a Fliess: "Aquí entre nosotros, me siento más bien victorioso que vencido". Las histéricas que iban a consultarlo no habían sido violadas por sus padres, como lo pretendían; habían soñado con serlo, lo cual era mucho más interesante. Para explotar este descubrimiento tenía por delante lo que le parecía una eternidad; podía hacer alegremente una cruz sobre el pasado. Ahora, la proximidad de su fin le cortaba todo impulso. No pensaba ya nada nuevo porque no se atrevía.

Después del *Anschluss* se fue a Inglaterra: Londres lo recibió con fervor y él descubrió el alcance de su celebridad. Pero

una nueva intervención quirúrgica, la más dolorosa de todas, le hizo sufrir un martirio. Temía por sus hermanas, que se habían quedado en Austria.[9] Dudaba del futuro de su obra. Su último año fue muy sombrío. Conservaba toda la lucidez, su carácter seguía siendo indomable; era una gran prueba de coraje y de altruismo no suicidarse por amor a su mujer y sobre todo a su hija Anna. Murió en 1939. Desde 1923 le habían hecho treinta y tres operaciones.

Chateaubriand detestó su vejez. "La vejez es un naufragio", decía. Desde los 30 años la temía. Siendo todavía joven se lamentaba: "Desgraciado de mí que no puedo envejecer y sigo envejeciendo". En sus últimos años no difería mucho del hombre que había sido. Siempre había oscilado entre una ambición apasionada y el desprecio de los bienes de este mundo. Había querido la gloria y denunciado su vanidad. Se quejaba de cambiar en cenizas todo lo que tocaba. No bien saciados sus deseos se hundía en el asco. Ardiente o decepcionado, lo que buscaba era siempre la exaltación de su yo. Su vejez se adecuó a ese esquema, pero sus colores fueron más sombríos.

Reprochaba amargamente a los Borbones la ingratitud que tenían con él. Ministro de Estado en 1816, había sido destituido por haber atacado en *La Monarquía según la Carta* la ordenanza del 5 de setiembre. En sus artículos del *Conservateur* luchó ásperamente contra Decazes, y logró hacerlo caer. Jefe reconocido de los "hombres ultramonárquicos", el gobierno le concedió una legación en Berlín. En 1821 figuró de nuevo en la lista de los ministros de Estado y fue enviado como embajador a Londres. Nombrado plenipotenciario en el Congreso de Verona, lo cual lo llenó de alegría, se convirtió a la vuelta en ministro de Asuntos Extranjeros. Pero

9 Y que murieron las tres en las cámaras de gas.

Luis XVIII y Villèle lo detestaban. En lugar de sostener en la Cámara de los Pares un proyecto de ley presentado por Villèle sobre la conversión de las rentas, guardó silencio y el proyecto fue rechazado. Se consideró que había querido hacer caer a Villèle y Luis XVIII lo echó. Para alejarlo, lo enviaron a la embajada de Roma. Lleno de rencor, pensaba que la monarquía estaba perdida por no seguir sus consejos. En 1830 era de nuevo ministro; se negó a prestar juramento a Luis Felipe: "Desgraciadamente no soy una criatura del presente, no quiero capitular con la fortuna". Abandonó sus funciones y su pensión de par, presentó su renuncia como ministro de Estado. Estaba orgulloso de este retiro resonante. "Yo era el hombre de la Restauración *posible*, de la Restauración con toda clase de libertades. Esa Restauración me tomó por enemigo; se ha perdido: yo debo sufrir su suerte", escribió. Y sin embargo se las daba de víctima: "Es muy ridículo, dijo en esa ocasión la duquesa de Broglie. Siempre quiere que lo compadezcan por las desgracias que se impone".

Tenía 62 años. Desde hacía mucho tiempo pensaba que un hombre de edad debe renunciar a las pasiones y al placer. Ya en 1822, a los 54 años, escribía: "No nos quedemos aquí abajo; vayámonos antes de haber visto huir a nuestros amigos y esos años que eran para el poeta los únicos dignos de la vida... Lo que encanta a la edad de los amores se convierte en la edad abandonada en objeto de sufrimientos y pesares. Ya no se desea la vuelta de los meses risueños en la tierra; más bien se la teme... Esas cosas que provocan la necesidad y el deseo de felicidad matan. Semejantes encantamientos se sienten todavía, pero ya no son para uno: la juventud que los gusta a nuestro lado y que nos mira desdeñosamente, nos da envidia... Usted puede amar pero ya no puede ser amado... La vista de todo lo que renace, de todo lo que es feliz nos reduce a la dolorosa memoria de nuestros placeres".

En 1823 escribía un poema, *Délie*, para una mujer a quien amaba y que lo amaba:

Je sens l'amour mais ne puis l'inspirer
La gloire hélas! ne rajeunit qu'un nom.[10]

Creía que era demasiado viejo *para* que una mujer lo quisiera por sí mismo. Cuando a los 62 años una muchacha de 16 se enamoró de él, la rechazó: "Nunca he tenido tanta vergüenza: inspirar a mi edad una especie de apego me parecía una verdadera ridiculez; cuanto más halagado podía sentirme por esta rareza, mayor era mi humillación, pues la tomaba con razón por una burla". Se explicó acerca de este rechazo en las páginas a las que se dio el título de *Amour et vieillesse.*[11]

No se había retirado de la vida política. Pensaba que tenía un gran papel que representar: poniendo su pluma al servicio de los legitimistas esperaba hacer caer a Luis Felipe. Escribía "memorias", "cartas abiertas". Se alió con la duquesa de Berry, lo que le valió el arresto y la prisión; al cabo de poco tiempo fue sobreseído y liberado. En una *Memoria sobre el cautiverio de la duquesa*, proclamó: "Señora, vuestro hijo es mi rey". Tuvo que comparecer ante los tribunales al día siguiente del momento en que la duquesa declaró públicamente que se había casado en secreto en Italia. Fue absuelto. La duquesa le suplicó que fuera a defender su causa a Praga, ante la familia real en el exilio; quería conservar su título de princesa francesa y su nombre. Chateaubriand aceptó la misión. Consiguió que conservara su título. Después fue a Venecia a encontrarse con la duquesa, que lo envió de nuevo a Praga, pues deseaba que Carlos X declarara oficialmente la mayoría de su hijo. Chateaubriand lo hizo. Tenía por el viejo rey sentimientos ambiguos; el hombre lo enternecía, el monarca lo ofendía.

10 Siento el amor pero no puedo inspirarlo; / La gloria, ¡ay!, sólo rejuvenece un nombre.

11 Cf. pág. 406.

Ostentaba un desprecio radical por su tiempo: "Pequeñez de los hombres y de las cosas durante los años 1831-1832", anota. Se decía más desengañado que nunca. Escribe a su amiga Hortense Allart: "Poder y amor, todo me es indiferente, todo me importuna... He visto un siglo más grande, y los enanos que farfullan hoy en la literatura y la política no me dicen absolutamente nada". Escribe a un amigo en junio de 1834: "Estoy siempre como usted me ha visto, sin fe, sin esperanza, y en los tiempos que corren me cuesta mucho conservar cierta *caridad*. La sociedad se acaba y no renacerá". Ese año publicó un ensayo, *El porvenir del mundo*, en que predecía la ruina de la civilización.

La derrota de los legitimistas estaba entonces consumada, pero siguió escribiendo contra Luis Felipe. Esta actitud le valía amistades en todos los partidos de oposición: legitimistas, republicanos, bonapartistas. Intimó en particular con Armand Carrel. Fue a verlo a Sainte-Pélagie; encabezó su entierro. Pero muchas de esas alianzas se rompían tan pronto como se habían establecido. Defendió la libertad de prensa en 1835, en una carta dirigida a *La Quotidienne*: de todos modos se aprobó la ley que prohibía atacar a la realeza. Ese mismo año tuvo un fracaso literario: su tragedia *Moisés* se representó entre carcajadas; sólo hubo cinco funciones.

Físicamente había declinado mucho. Lamennais escribe en 1834: "Hacía diez años que no lo veía. Lo encontré cambiado y envejecido, asombrosamente, la boca hundida, la nariz apretada y arrugada como la de los muertos, los ojos sumidos en sus órbitas". Se sentía perdido en un mundo que ya no era el suyo. Escribía con amargura: "Los viejos de antes eran menos desdichados; ajenos a la juventud, no lo eran a la sociedad. Ahora un rezagado en el mundo no sólo ha visto morir a los hombres, sino que también ha visto morir las ideas: principios, costumbres, hechos, placeres, penas, sentimientos, nada se parece a lo que ha conocido. Es de una raza diferente de la especie humana, en medio de la cual termina

sus días". Ningún hombre de edad ha confesado tan francamente como él el odio que siente contra la juventud. En la segunda parte de *Amor y vejez*, hace decir a René que envejece: "El espectáculo de las generaciones nuevas que se levantaban a mi alrededor me inspiraba los transportes de la más negra envidia; si hubiera podido aniquilarlas lo habría hecho, en los arrebatos de la venganza y la desesperación". Cegado por el resentimiento, declaró en una carta escrita en 1834 que la literatura estaba completamente muerta en Francia.

Había rechazado una pensión de par que Carlos X le había ofrecido, y estaba cruelmente escaso de dinero. En 1836 se decidió a vender de antemano las *Memorias de ultratumba* a una sociedad en comandita. Vivió entonces confortablemente en una casa de la Rue du Bac donde se instaló no lejos de Mme. Récamier. Hacía mucho que no estaba enamorado de ella. Mme. Récamier —probablemente sin haber sido su amante—[12] lo había amado apasionadamente. Había entre ellos una amistad muy grande y muy íntima. Él llevaba una vida muy regular. Se levantaba a las seis, tomaba un desayuno con su mujer, trabajaba toda la mañana con sus secretarios. Por la tarde iba a casa de Mme. Récamier. Su vida afectiva no era alegre. Entre su mujer y él la desavenencia llegaba a veces al odio. A partir de 1835, Mme. Récamier se enfermó con frecuencia; tenía neuralgias que le quitaban casi por completo el uso de la palabra. Vida mundana, Chateaubriand no la tenía. A veces Juliette reunía a unos amigos; a partir de 1834 les leyó fragmentos de las *Memorias de ultratumba*. Pero no aceptaba casi ninguna invitación: "Ya no soy de este mundo", decía. Ese sentimiento de exilio era muy intenso en él: "Y yo, espectador sentado en una sala vacía, palcos desiertos, luces apagadas, soy el único que queda de mi tiempo ante

12 Parece que no se había acostado con ningún hombre, por razones fisiológicas.

el telón bajo, con el silencio y la noche". Siempre se había aburrido; se aburrió todavía más. "Aquel que prolonga su carrera ve enfriarse sus horas", escribe en 1836. "No encuentra más al día siguiente el interés que tenía la víspera". Ya ni siquiera soñaba: "Como ya no tengo porvenir, ya no tengo sueños". "No vivo más que con los labios; tengo esplín, verdadera enfermedad". Loménie decía de él: "Ese pobre gran hombre se aburre horriblemente; nada lo conmueve ya; nada lo distrae; no siente gusto por nada; el mundo se le hace cada vez más extraño". En el "Prefacio testamentario" de las *Memorias*, evoca "el tedio de esas horas últimas y abandonadas que nadie quiere y de las que no se sabe qué hacer. Al cabo de la vida hay una edad amarga; nada agrada porque uno no es digno de nada; bueno para nadie, fardo para todos, cerca de la última morada no hay más que dar un paso para alcanzarla. ¿De qué serviría soñar en una playa desierta? ¿Qué sombras amables se percibirían en el futuro?"

Se había resignado, no sin pesar, a vender sus *Memorias*; aparecieron al día siguiente de su muerte cuando él había previsto que sólo se editarían al cabo de cincuenta años. "He hipotecado mi tumba", decía tristemente. Sin embargo, trabajaba con intensidad. A partir de 1830 había decidido *agrandarlas y completarlas*. Quería convertirlas en la "epopeya" de su tiempo. Reescribió la primera parte y la encuadró entre un *prefacio testamentario*, fechado el 1° de diciembre de 1833, y una conclusión sobre el *Porvenir del mundo*. Inició en 1836 la redacción de la segunda parte. En 1837 se instaló en Chantilly para escribir *El Congreso de Verona*, que publicó en 1838. Era una defensa de la Restauración, pero matizada de severas críticas; hacía en ella su propia apología: él era quien había desencadenado en 1823 la guerra de España y se jactaba de ello. Le reprochaba a Francia que se durmiera en la paz; la exhortaba a hacer la guerra a Inglaterra, que sería fácil, escribía, "si nadie se alarma por algunos sacrificios necesarios". No había perdido nada de su talento: nunca narró mejor.

Pero el libro disgustó a todo el mundo: los republicanos y todavía más los legitimistas; sus críticas irritaron a la familia real, que en adelante lo consideró un enemigo.

Con los años, la indiferencia huraña de Chateaubriand con respecto a su siglo se agravó. Escribía a Vinet: "Ya no creo en nada en política, en literatura, en renombre, en afectos humanos. Todas ésas me parecen las más vanas, las más lamentables quimeras". Preso de una melancolía narcisista se queja sin cesar; gime por sus tormentos pasados; alude constantemente a su muerte próxima, a su tumba: Es el hombre con quien se ha encarnizado la desgracia y que pronto se extinguirá con el corazón desolado. Vuelve incansablemente al asco que le inspiran el presente y el futuro. En 1839 escribe: "Tengo tanto asco de todo, tanto desprecio por el presente y por el futuro inmediato, una persuasión tan firme de que los hombres en adelante, tomados juntos como público (y esto por varios siglos), serán lamentables, que me avergüenza de emplear mis últimos momentos en el relato de las cosas pasadas, en la pintura de un mundo acabado cuyo lenguaje y cuyo nombre ya no se comprenderán".

"Después de Napoleón, nada; no se ve venir ni imperio, ni religión, ni bárbaros; la civilización ha llegado a su punto más alto, pero civilización material, infecunda, que no puede producir nada porque no se puede dar la vida más que por la moral, no se llega a la creación de los pueblos más que por los caminos del cielo. Los ferrocarriles sólo servirían para llevarnos con más rapidez al abismo."

"La vejez", cuenta Vitrolles, "había acentuado aun más la sequedad de su corazón y la taciturnidad de su carácter. Ocupado como estaba todavía por su renombre, no perdonaba al mundo que le sobreviviera. Sus previsiones eran todas siniestras, pero vagas, indefinidas como malos sueños".

En 1841 evoca de nuevo la nada del porvenir: "La civilización actual, descompuesta, no pasa por la barbarie; se pierde

en sí misma; el vaso que la contiene no ha vertido licor en otro vaso; el vaso es el que se ha roto y el licor derramado".

No se resignaba a la vejez: "Los años son como los Alpes: apenas se han franqueado los primeros, se ven elevarse otros. Ah, esas montañas más altas y últimas están deshabitadas, son áridas y blancas".

Como muchos ancianos, tenía el llanto fácil. Dice que hizo "un gasto loco de lágrimas" escribiendo a la duquesa de Berry; junto a Carlos X, sus ojos se humedecían de emoción. "Una nadería lo hacía llorar", decía su peluquero. Se defendía contra esta emotividad envolviéndose en un caparazón de insensibilidad; siempre había sido seco de corazón; se convirtió en un monstruo de egoísmo. Con Mme. Récamier se mostraba odioso. Ella le dijo a Loménie en 1841: "M. de Chateaubriand tiene mucha nobleza, un inmenso amor propio, una delicadeza muy grande: está dispuesto a hacer todos los sacrificios por las personas que ama. Pero de verdadera sensibilidad no tiene ni sombra. Me ha causado más de un dolor".

Alphonse de Custine cuenta: "M. de Chateaubriand no tiene 75 años cumplidos y todo le falta, pero sobre todo se falta a sí mismo. Todas las noches da a esa pobre mujer el último adiós... La encuentran llorando como una muchacha... Ella se reseca, se consterna y ni ella ni sus amigos pueden nada contra ese niño viejo y mimado". La duquesa de Dino anota en 1842: "(Barante) me dijo también que M. de Chateaubriand, a quien encuentra en la Abbaye-aux-Bois, en casa de Mme. Récamier, se ha vuelto gruñón, taciturno, descontento de todo y de todos. La tarea de Mme. Récamier es difícil, pues se trata de calmar la agitación de un orgullo enfermo y de suplir las emociones del éxito".

Había concluido sus *Memorias* —que sin embargo continuó revisando hasta su muerte— en 1841. En 1843, por instigación de su confesor, empezó una *Vida de Rancé*. Vivía cada vez más encerrado en sí mismo. Escribía cartas, sobre

todo a mujeres. Pero no leía más nada. "No es la vista lo que le falta para la lectura, es el gusto mismo de la lectura", observó Ballanche. En sociedad, era taciturno y gruñón. Su salud era muy mala; a partir de 1840 lo torturaban el reumatismo y los accesos de tos. Todos los retratos que de él nos han dejado sus contemporáneos a partir de esa fecha son siniestros. Una sola excepción: Custine, en 1840; escribe: "M. de Chateaubriand está más rozagante que nunca y más verdadero que en su juventud... Desde que no espera hacer más nada, ha ganado en sinceridad... Lo prefiero como es ahora". Pero tres años más tarde encuentra inconveniente esa "sinceridad": "La vejez vuelve al gran escritor envidioso y desvergonzado. Dice todo lo que callaba". Ese mismo año Ballanche se preocupa por la salud de su amigo: "M. de Chateaubriand se hunde cruelmente... La verdadera vejez ha llegado".

De todas maneras fue capaz de ir a Londres para encontrarse con el duque de Burdeos. Fue una de las más grandes alegrías de su vejez. El príncipe le demostró los más cálidos sentimientos; iba a sentarse al borde de su cama, se paseaba sólo con él en coche. Chateaubriand se sentía "encantado y lleno de esperanza", pero su felicidad sólo se manifestaba con lágrimas: "Estoy ahí llorando como un tonto", anota. Cuvillier-Fleury escribe a unos amigos: "Chateaubriand ha estado lamentable, no sabía más que llorar... Tenía más el aire de esas lloronas que siguen los cortejos que de un precursor convencido del renacimiento legitimista, y sus lágrimas han desesperado a sus amigos".

En 1844 sufrió un shock que terminó de trastornarlo: Émile Girardin había comprado el derecho de publicar las *Memorias de ultratumba* como folletín en *La Presse* antes de que aparecieran en volúmenes. El contrato firmado en 1836 no preveía esta eventualidad y ninguna disposición la prohibía. Lanzó un grito de indignación en un prefacio que permaneció inédito: "Sin respeto por mi voluntad absoluta, sin defe-

rencia por mi memoria, venderán mis ideas al por menor". Lo habían herido como escritor y en su dignidad de hombre. Retomó de nuevo su manuscrito suprimiendo pasajes que en esa nueva perspectiva le parecían indiscretos. La obra sólo encontró en 1847 su forma definitiva.

En 1845 Chateaubriand tuvo todavía fuerzas para ir a Venecia para encontrar por segunda vez al duque de Burdeos. Pero estaba cada vez más silencioso, inmóvil, taciturno. En 1846 Manuel quedó sorprendido de su aspecto: "Parecía viejo, muy viejo y como vergonzoso de estarlo, tan achacoso que el anciano había deformado al hombre". Exageraba su sordera, se encerraba horas en el mutismo y permanecía inmóvil en su sillón, como paralizado.

Por momentos volvía a la vida: "Pues bien", escribe Sainte-Beuve, "ese hombre que hemos visto al final sentado, mudo, malhumorado, diciendo que no a todo, tiene salidas encantadoras, relámpagos". Pero poco a poco terminó de petrificarse. Hugo escribe en 1847: " (Alexis de Saint-Priest) había visto esta mañana a M. de Chateaubriand, es decir, un espectro. M. de Chateaubriand está completamente paralizado; ya no camina, ya no se mueve. Sólo su cabeza vive. Estaba muy rojo, la mirada triste y apagada. Se levantó, pronunció algunos sonidos indistintos".

Su mujer murió en 1847. Mme. Récamier se había quedado ciega; Chateaubriand se hacía llevar a su cabecera y se tomaban de la mano en silencio. Tenía una conciencia a medias de los acontecimientos. En febrero de 1848, el conde de Estourmel observa: "Nada comparable a la profunda indiferencia con que M. de Chateaubriand, antes tan apasionado en política, acepta las revoluciones... Cuando le comunicaron la caída del gobierno de julio se limitó a decir: 'Está bien. Tenía que suceder'". Murió al día siguiente de las jornadas de junio.

En el caso de Lamartime hay algo de ejemplar y de extremo. He dicho —y lo hemos visto— que la suerte y la mala suerte hacen ilusoria la idea de justicia inmanente. Sin embargo Lamartine pagó duramente en sus últimos años las faltas de su juventud y de su madurez.

De joven había amado el dinero, el lujo, la vida mundana, la gloria. La que había conquistado como poeta no le bastaba. Su ambición era convertirse en un gran político. Narcisista, presuntuoso, vanidoso, se las daba de gran señor y se comió varias herencias. Después de un primer fracaso, ingresó en la Academia. Su popularidad literaria era entonces inmensa. Legitimista fervoroso, en cuanto tuvo la edad necesaria hizo una campaña para ser diputado; fue vencido una primera vez y después elegido. Reacio a ubicarse en la derecha o en el centro, hubiera querido situarse "en el techo": por encima de los partidos. Amigo de Lamennais —que por lo demás se desolidarizó de su política sinuosa— deseaba una que "disminuyera" la injusticia social. Había descubierto la existencia del proletariado. Pero le tenía miedo y aconsejaba no moverlo: "Encontrará usted lo que desde toda la eternidad es ceguera, sin sentido, envidia cruel de toda superioridad social, cobardía y crueldad". Terrateniente, ardientemente apegado a sus bienes, quería ante todo el mantenimiento del orden, pero era hostil al desarrollo del capitalismo y al mundo de los negocios. Atacaba a los hombres de la banca, las concentraciones industriales, el feudalismo del dinero, lo que le valió muchos enemigos entre los ricos. Todo el mundo le reprochaba su versatilidad. Elegido por los legitimistas, se pronunció en 1834 por la libertad, después apoyó leyes reaccionarias.

Furioso contra los conservadores que le habían infligido varios fracasos —le habían negado la presidencia de la Cámara— rompió en 1843 con la monarquía burguesa y entró en la oposición. Lleno de admiración por sí mismo, creyendo que lo sabía todo, pensaba cada vez más que estaba prome-

tido a un gran destino político. Decidió ser el heraldo de la democracia. "Piense que usted ha amado demasiado el lujo, los caballos, el juego. Tenga cuidado de amar demasiado la popularidad", le dijo un amigo. Era, en efecto, su última pasión. En 1848 creyó que había llegado su hora. La oposición triunfaba. El pueblo reclamaba la República. Se convirtió en su campeón. Pero en realidad temía que se produjeran conmociones sociales profundas; sólo defendió la República porque veía en ella la forma más conservadora de la sociedad; en efecto, implica el sufragio universal que ofrece una "salida", una "vía de evaporación" al "volcán popular". Como en 1848 los campesinos son muy superiores al proletariado y evidentemente votarán por los conservadores, el pueblo mismo será el que se oponga a los "rojos". Al fundar la República el fin de Lamartine es salvar el orden. Y ese doble juego es el que le vale su triunfo de febrero. Los republicanos ven en él al hombre que ha hecho la República; los otros, al hombre que ha sabido contenerla. Así es cómo a los 58 años se presenta como "el hombre de la salvación común".

El 27 de febrero escribe a su sobrina: "Legitimistas, católicos, republicanos se unen a mí como a un solo partido". El 23 de abril fue elegido en diez departamentos por 10 millones de votos. Escribía: "Soy un verdadero milagro a mis ojos. No puedo ser visto en ninguna parte sin provocar un amotinamiento de amor". Pero el equívoco en que descansaba esta unanimidad debía disiparse fatalmente; se vio entonces que, lejos de conciliar en sí la derecha y la izquierda, no representaba ni a la una ni a la otra, y quedó reducido a nada.

La derecha fue la primera que se sintió traicionada. Ésta hubiera querido que él solo tomara el poder y poner bajo sus órdenes a hombres de los suyos que barrieran a los republicanos y desataran de inmediato la guerra civil; pero Lamartine no quiso enterrar tan rápido la obra de que estaba orgulloso. Rechazó el papel de liquidador y obtuvo el nombramiento de una comisión ejecutiva de cinco miembros. Des-

de ese momento fue odiado; en la comisión fue elegido en cuarto lugar, antes que Ledru-Rollin, considerado como un extremista y a quien él sostenía. La prensa de derecha y los salones se desataron contra él. Lo acusaron de haber provocado los acontecimientos del 15 de mayo en que 150.000 parisienses convocados por los clubes invadieron la Asamblea. El 21 de mayo, en el Champ-de-Mars, la Guardia Nacional no lo aclamó. Sin embargo, toda su política preparaba la matanza que lo hizo detestar por el pueblo. Hizo nombrar a Cavaignac ministro de Guerra y le permitió que acaparase poderes considerables. A comienzos de junio consintió en el cierre de los Talleres Nacionales. Cuando comprendió que iba a correr sangre recurrió para impedir el levantamiento a un prodigioso despliegue de fuerza militar: no lo obtuvo. Dimitió el 24 de junio junto con toda la comisión. Cavaignac hizo ametrallar a los obreros y ejerció durante algunos meses una verdadera dictadura: la Guardia Nacional participó en la matanza. Lamartine escribió a su sobrina Valentine: "Ya no tengo un solo cabello rubio, todo es blanco como el invierno". Y además: "Estoy terminado como hombre de Estado y como tribuno, ese nervio está roto, esa fuerza está quebrada". Había sido una gran presunción y un gran atolondramiento no pensar que su duplicidad conduciría fatalmente al desastre: el proletariado no podía soportar que se apoyaran en él para establecer un régimen que anulara sus reivindicaciones; los poderosos no podían sino sofocar con sangre la revuelta de los trabajadores.

Lamartine pronunció todavía un discurso aplaudido sobre la elección del presidente, reclamando que se optara por el sufragio universal; pero, candidato sin serlo, sólo obtuvo 17.910 votos contra un millón y medio para Cavaignac y cinco millones y medio para Bonaparte: "Se acostó, creyendo tener a Francia a su cabecera; se durmió en la embriaguez de sí mismo; soñó con la dictadura; se despertó: estaba solo", escribe Louis Blanc. Toda su vejez quedó

trágicamente marcada por estos acontecimientos; nunca se repuso. Había disipado dos o tres millones de herencia, la dote de su mujer, cinco o seis millones que le habían reportado sus obras. A fines de 1843 debía ya un millón doscientos mil francos, y su deuda aumentó a causa de especulaciones desafortunadas. Se puso a escribir frenéticamente para pagar a sus acreedores; su mujer no conseguía copiar tan rápido como él producía. Los diarios que fundó fueron barridos por el golpe del 2 de diciembre y perdió todavía más dinero. Dejó su hermoso departamento de la Rue de L'Université por una casa más modesta; pero seguía teniendo cuatro habitaciones para él, un ejército de criados, caballos; compraba chalecos y zapatos por docenas. Los ujieres, los acreedores, lo acosaban. Creía tener genio para los negocios, no escuchaba ningún consejo; malas cosechas, bancarrotas se sucedían: "Estoy en un atolladero, igual o más que nunca, cansado de la lucha y de la vida: esperar y desesperar es peor que una simple desesperación. En ésas ando", escribe a los 65 años. Saqueaba los libros de historia para redactar *Vidas* de grandes hombres. Era tratado de escritor público; se hablaba del "descrédito de su vejez"; los diarios lo insultaban, se burlaban de él. Sin embargo, conservaba un orgullo infantil rayano en la parafrenia: pensaba que el éxito le era debido, que los reveses eran una venganza del destino, que el mundo y Dios no se ocupaban más que de él. Empezó un *Curso familiar de literatura* que comenzó a publicarse en 1856. Mendigó suscripciones en un prefacio: "Mis años, como el fantasma de Macbeth, pasan sus manos por encima de mi hombro, señalándome con el dedo no coronas, sino un sepulcro, y pluguiese a Dios que yo estuviera tendido en él". El recuerdo de los acontecimientos de 1848 le obsesionaba: "¡Felices los hombres que mueren en la acción, fulminados por las revoluciones en las que se mezclaron! La muerte es su suplicio, sí, pero también es su asilo. Y el suplicio de vivir, ¿no cuenta para vosotros?"

Su nombre representaba algo todavía, puesto que en 1857 los amigos de Flaubert deseaban que interviniera para defender a *Madame Bovary*, pero él se esquivó. Se sentía cada vez más abrumado por la vida: "La vida es una picota cuando no es un cadalso. ¿Qué vale más, una agonía espiritual de veinte años, o un hachazo de un segundo?". Había dejado de escribir versos; sin embargo compuso el célebre poema, *La viña y la casa*, en que un anciano, perdido en medio de un mundo que lo olvida, evoca sus recuerdos:

Quel fardeau te pèse, ô mon âme,
Sur ce vieux lit des jours par l'ennui retourné...[13]

El que había sido un *dandy* se paseaba con un traje raído, salpicado de tabaco. Pidió que se hiciera en su beneficio una suscripción nacional. Pero le daba tanta vergüenza que decía: "Quisiera estar muerto". Y también: "Estoy tan humillado por mi desgracia que ya no me atrevo a ir a ver a un amigo por temor de encontrar en él un enemigo". Amigos ya no los tenía, por así decir. En la Academia, todos evitaban hablarle, se quedaba en su rincón: "Mi crimen es haber servido y descontentado a todos los partidos impidiéndoles matarse entre sí a gusto en los días de anarquía", escribía amargamente en uno de los numerosos manifiestos en que defendió su causa. Era inútil que los multiplicara, la suscripción no rendía. Hacía una publicidad tan impúdica de sí mismo que un norteamericano le propuso exhibirse dos años en los Estados Unidos repitiendo de ciudad en ciudad su discurso sobre la bandera roja. Se vio obligado a hacer cortar los árboles de una de sus propiedades para subsistir, pero se negaba a vender sus tierras. La municipalidad de París le concedió una casa

13 Qué fardo te pesa, oh alma mía, / En ese viejo lecho de los días por el tedio revuelto...

bastante bonita en las puertas de la ciudad, pero siguió con el agua al cuello y desesperado: "Tiene accesos de desesperación que me sacan de quicio", decía su mujer.

Volvía sin cesar a su pasado político para lamentarlo. Sostenía que el hombre de Estado es superior al poeta, lamentaba incluso haber escrito. Fuera de ese rumiar, no hablaba más que de dinero; sus interlocutores estaban hartos. En 1860 terminó por aceptar la venta de Milly. Los acreedores se precipitaron en seguida: desfilaron cuatrocientos en diecisiete días. El día de la venta entró en la habitación de su sobrina Valentine con una rama de hiedra en la mano: "Es todo lo que me queda de Milly", dijo rompiendo a llorar. Poco después dijo a un amigo: "Querido amigo, ¿quiere usted ver al hombre más desdichado que existe? ¡Míreme!"

Su mujer murió en 1863 y él se casó en secreto con Valentine. En 1867 su razón comenzó a extraviarse. Y tuvo la humillación de que el Imperio votara una pensión para él. El 1° de mayo tuvo un ataque. Cada vez más encerrado en sí mismo se volvió casi mudo. Una noche, en el momento de subir a acostarse, se sentó en un peldaño de la escalera: "¿Para qué? ¿Para qué dormir, reiniciar la tarea? ¡Que me dejen aquí!" . En 1868, en el campo, solía escaparse después de la comida y lo encontraban en los campos. Murió ese año.

Esta vejez atroz la debió en parte a los defectos que habían marcado su juventud y su madurez: frivolidad infantil, capricho, vanidad, deseo de aparentar, presunción, falta de sentido crítico, imprevisión. Pero ante todo fue el precio de su conducta en 1848. En esa ocasión había mostrado claramente lo que era. Por amor a la popularidad había hecho el papel de conciliador y quedó preso de esta ficción cuando no había sido más que un hipócrita. Hombre de derecha por su amor al dinero y a la disipación, por su respeto de los valores aristocráticos y su voluntad de mantener el orden, había pretendido parecer liberal defendiendo a la República que, en realidad, convenía a sus designios reaccionarios. Se había

hecho odiar por todo el mundo. Los ricos, que de antemano desconfiaban de él, lo habían vilipendiado porque no había aceptado ser su dócil instrumento. Sin embargo, los había servido en contra del pueblo, a cuya causa había fingido adherirse, y terminó "resbalando en la sangre de los obreros".

CONCLUSIÓN

La vejez no es una conclusión necesaria de la existencia humana. No representa siquiera, como el cuerpo, lo que Sartre ha llamado la "necesidad de nuestra contingencia". Muchos son los animales que mueren —como las efímeras— después de haberse reproducido, sin pasar por un estado degenerativo. Sin embargo, es una verdad empírica y universal que a partir de cierto número de años el organismo humano sufre una involución. El proceso es ineluctable. Al cabo de un tiempo acarrea una reducción de las actividades del individuo; a menudo, una disminución de sus facultades mentales y un cambio de su actitud con respecto al mundo.

La edad provecta ha sido a veces valorizada por razones políticas o sociales. Ciertos individuos —por ejemplo, en la antigua China, las mujeres— han podido verla como un refugio contra la dureza de la condición de adulto. Otros se complacen en ella por una especie de pesimismo vital: si el deseo de vivir se presenta como una fuente de desventura, es lógico preferir una semimuerte. Pero la inmensa mayoría de los hombres acoge la vejez con tristeza o con rebeldía. Inspira más repugnancia que la misma muerte.

Y en efecto, más que la muerte es la vejez lo que hay que oponer a la vida. Es su parodia. La muerte transforma la vida en destino; en cierta manera la salva confiriéndole

la dimensión de lo absoluto: "Tal como en sí mismo al fin la eternidad lo cambia". Suprime el tiempo. Los últimos días de ese hombre a quien se entierra no tienen más verdad que los otros; su existencia se ha convertido en una totalidad cuyas partes están igualmente presentes en la medida en que nada se apodera de ellas. Víctor Hugo, a la vez y para siempre, tiene 30 años y 80. Pero cuando tenía 80, el presente vivido obliteraba el pasado. Esa supremacía es entristecedora en los casos —casi todos— en que el presente es una degradación o incluso un desmentido de lo que ha sido. Los acontecimientos pasados, el saber adquirido conservan su lugar en una vida extinguida: han sido. Cuando el recuerdo se desmenuza, se hunde en una noche irrisoria: la vida se deshace punto tras punto como un pulóver usado, dejando en las manos del anciano sólo pedazos de lana informes. Peor aún, la indiferencia que lo ha ganado impugna sus pasiones, sus convicciones, sus actividades; así, cuando M. de Charlus arruina con un saludo el orgullo aristocrático que había sido su razón de ser, cuando Arina Petrovna se reconcilia con su hijo odiado. ¿Para qué haber trabajado tanto si uno se da cuenta, según las palabras de Rousseau, de que es un esfuerzo inútil, si ya no se concede ningún valor a los resultados obtenidos? El desprecio de Miguel Ángel por sus "monigotes" es desgarrador; si lo acompañamos sus últimos años, sentimos tristemente con él la vanidad de sus esfuerzos. Una vez muerto, esos momentos de desaliento nada pueden contra la grandeza de su obra. No todos los viejos son dimisionarios. Muchos se distinguen, al contrario, por su obstinación. Pero entonces suelen convertirse en caricaturas de sí mismos. Su voluntad persevera por una especie de fuerza de inercia, sin razón o incluso contra toda razón. Han comenzado por querer proponiéndose cierto fin. Ahora quieren porque han querido. De una manera general, en ellos, los hábitos, los automatismos, las esclerosis sustituyen las invenciones. Hay

algo de cierto en esta frase de Faguet:[1] "La vejez es una comedia continua que representa un hombre para ilusionar a los otros y a sí mismo, y es cómica sobre todo porque representa mal".

La moral predica la aceptación serena de los males que la ciencia y la técnica no pueden suprimir: el dolor, la enfermedad, la vejez. Soportar valientemente ese estado que nos disminuye sería, pretende, una manera de engrandecernos. A falta de otros proyectos, el hombre de edad podría comprometerse en éste. Pero es jugar con las palabras. Los proyectos sólo conciernen a nuestras actividades. Soportar la edad no lo es. Crecer, madurar, envejecer, morir: el paso del tiempo es una fatalidad.

Para que la vejez no sea una parodia ridícula de nuestra existencia anterior no hay más que una solución, y es seguir persiguiendo fines que den un sentido a nuestra vida: dedicación a individuos, colectividades, causas, trabajo social o político, intelectual, creador. Contrariamente a lo que aconsejan los moralistas, lo deseable es conservar a una edad avanzada pasiones lo bastante fuertes como para que nos eviten volvernos sobre nosotros mismos. La vida conserva valor mientras se acuerda valor a la de los otros a través del amor, la amistad, la indignación, la compasión. Entonces sigue habiendo razones de obrar o de hablar. Muchas veces se aconseja a las gentes que "se preparen" para la vejez. Pero si sólo se trata de economizar dinero, elegir el lugar donde se va a vivir después de la jubilación, prepararse *hobbies*, llegado el momento no se habrá adelantado nada. Vale más no pensar demasiado en ella pero vivir una vida de hombre lo bastante comprometida, lo bastante justificada como para seguir apegado incluso cuando se han perdido todas las ilusiones y se ha enfriado el ardor vital.

---

1 Ha escrito contra la vejez un ensayito rabioso: *Los diez mandamientos de la vejez*.

Pero esas posibilidades sólo son concedidas a un puñado de privilegiados; en los últimos años es cuando se ahonda más el foso que existe entre éstos y la inmensa mayoría de los hombres. Comparándolos, podremos responder a la pregunta planteada al comienzo de este libro: ¿qué hay de ineluctable en la declinación de los individuos? ¿En qué medida la sociedad es responsable?

Ya lo hemos visto: la edad en que comienza la decadencia senil siempre ha dependido de la clase a la que se pertenece. Hoy un minero es a los 50 años un hombre acabado, mientras que entre los privilegiados muchos llevan alegremente sus 80 años. Iniciada más temprano, la declinación del trabajador será también mucho más rápida. Los años que "sobreviva" su cuerpo descalabrado, será presa de las enfermedades, los achaques. En cambio, un anciano que ha tenido la suerte de cuidar su salud puede conservarla casi intacta hasta su muerte.

En la vejez los explotados están condenados, si no a la miseria, por lo menos a una gran pobreza, a alojamientos incómodos, a la soledad, lo que les produce un sentimiento de decadencia y una ansiedad generalizada. Se hunden en un embotamiento que repercute en el organismo; incluso las enfermedades mentales que los afectan son en gran parte producto del sistema.

Aunque conserve salud y lucidez, el jubilado es igualmente presa de ese terrible flagelo: el tedio. Privado de dominio sobre el mundo es incapaz de recobrarlo porque fuera de su trabajo su tiempo libre estaba alienado. El obrero manual no consigue siquiera matar el tiempo. Su ociosidad triste conduce a una apatía que compromete lo que le queda de equilibrio físico y moral.

El daño que ha sufrido en el curso de su existencia es aun más radical. Si el jubilado se desespera por la falta de sentido de su vida presente es porque el sentido de su vida le ha sido escamoteado todo el tiempo. Una ley tan implacable como la

ley de bronce[2] le ha permitido solamente reproducirse y le ha negado la posibilidad de inventar sus justificaciones. Cuando escapa a las coacciones de su profesión, sólo ve un desierto a su alrededor; no le ha sido dado comprometerse en proyectos que hubieran poblado el mundo de objetivos, de finalidades, de razones de ser.

Ése es el crimen de nuestra sociedad. Su "política de la vejez" es escandalosa. Pero más escandaloso todavía es el trato que inflige a la mayoría de los hombres en la época de su juventud y su madurez. Prefabrica la condición mutilada y miserable que es su suerte en los últimos años de su vida. Por su culpa la decadencia senil comienza prematuramente, es rápida, físicamente dolorosa, moralmente atroz porque la abordan con las manos vacías. Los individuos explotados, alienados, cuando los abandonan las fuerzas, se convierten fatalmente en "trastos viejos", en "desechos".

Por eso todos los remedios que se proponen para paliar la angustia de los viejos son irrisorios; ninguno de ellos puede reparar la destrucción sistemática de que han sido víctimas esos hombres durante toda su existencia. Aunque se los cuide, no se les devolverá la salud. Si se les construyen residencias decentes no se les inventará la cultura, los intereses, las responsabilidades que darían un sentido a sus vidas. No digo que sea totalmente inútil mejorar, en el presente, su condición, pero eso no da ninguna solución al verdadero problema de la edad postrera: ¿qué debería ser una sociedad para que en su vejez un hombre siga siendo un hombre?

La respuesta es sencilla: sería necesario que siempre hubiese sido tratado como un hombre. En la suerte que asigna a sus miembros inactivos, la sociedad se desenmascara; siem-

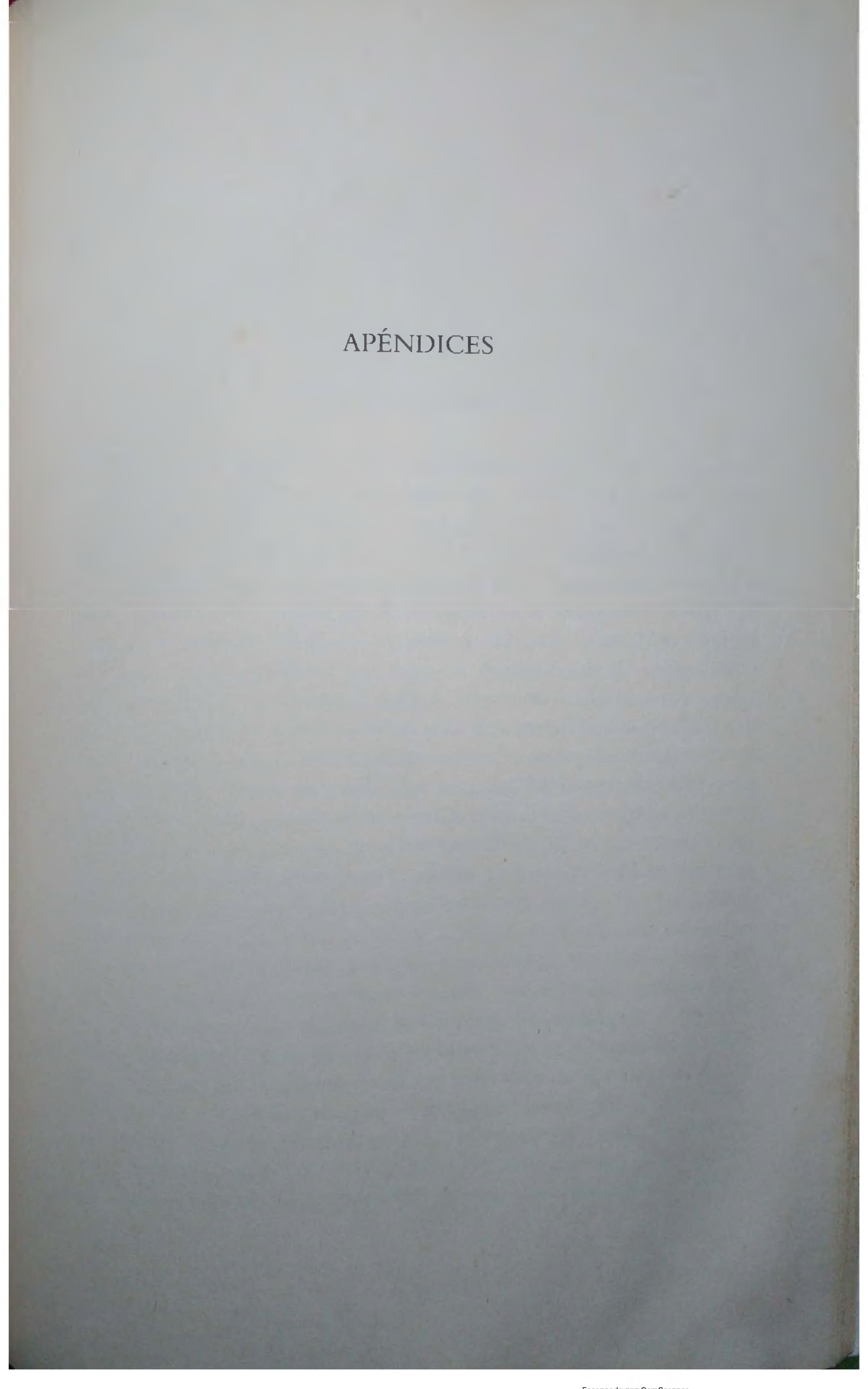
2 Nombre dado por Lasalle a la ley que, en el sistema capitalista, reduce el salario del obrero al mínimo vital.

pre los ha considerado como material. Confiesa que para ella sólo el lucro cuenta y que su "humanismo" es pura fachada. En el siglo XIX las clases dominantes asimilaban explícitamente el proletariado a la barbarie. Las luchas obreras han conseguido integrarlo en la humanidad. Pero sólo mientras es productivo. De los trabajadores viejos la sociedad se aparta como de una especie extraña.

Por eso se sepulta la cuestión en un silencio deliberado. La vejez denuncia el fracaso de toda nuestra civilización. Lo que hay que rehacer es el hombre entero, hay que recrear todas las relaciones entre los hombres si se quiere que la condición del anciano sea aceptable. Un hombre no debería llegar al final de su vida con las manos vacías y solitario. Si la cultura no fuera un saber inerte, adquirido de una vez por todas y luego olvidado, si fuera práctico y viviente, si gracias a ese saber el individuo tuviera sobre su medio un poder que se realizara y renovara en el curso de los años, a toda edad sería un ciudadano activo, útil. Si no estuviera atomizado desde la infancia, encerrado y aislado entre otros átomos, si participara en una vida colectiva tan cotidiana y esencial como su propia vida, jamás conocería el exilio. En ninguna parte, en ninguna época, se han realizado esas condiciones. Los países socialistas se acercan a ellas un poco más que los países capitalistas, pero aún están muy lejos.

En la sociedad ideal que acabo de evocar se puede soñar con que la vejez no existiría por así decirlo. Como ocurre en ciertos casos privilegiados, el individuo, secretamente debilitado por la edad pero no disminuido en apariencia, tendría un día una enfermedad a la que no podría resistir, y moriría sin haber sufrido degradación. La edad postrera se conformaría realmente a la definición que dan ciertos ideólogos burgueses: un momento de la existencia diferente de la juventud o de la madurez, pero con su equilibrio propio y que deja abierta al individuo una amplia gama de posibilidades.

Estamos muy lejos de eso. La sociedad sólo se preocupa del individuo en la medida en que produce. Los jóvenes lo saben. Su ansiedad en el momento en que abordan la vida social es simétrica a la angustia de los viejos en el momento en que quedan excluidos. Entretanto, la rutina enmascara los problemas. El joven teme esa máquina que va a atraparlo, trata a veces de defenderse a pedradas; el viejo, rechazado por ella, agotado, desnudo, no tiene más que ojos para llorar. Entre los dos la máquina gira, trituradora de hombres que se dejan triturar porque no imaginan siquiera que puedan escapar. Cuando se ha comprendido lo que es la condición de los viejos no es posible conformarse con reclamar una "política de la vejez" más generosa, un aumento de las pensiones, alojamientos sanos, ocios organizados. Todo el sistema es lo que está en juego y la reivindicación no puede sino ser radical: cambiar la vida.



APÉNDICES

APÉNDICE I

LOS CENTENARIOS

Hay que decir unas palabras sobre una categoría de viejos muy especiales: los centenarios. En 1959 había en Francia de 600 a 700, la mayoría de ellos en Bretaña. Casi ninguno pasa de 102 años. Entre 1920 y 1942, el límite fue de 104 años. Hay muchas más mujeres que hombres entre los centenarios; el doctor Delore, que dirigió la encuesta de 1959, estima que la proporción es superior a 4 sobre 5. Contó 24 mujeres sobre un conjunto de 27 individuos. Esas mujeres habían ejercido los oficios más diversos. Retiradas desde hacía treinta o cuarenta años, vivían en el campo en casa de sus hijos o sus nietos; algunas estaban en el asilo o en casas de descanso. Habían perdido a su marido entre veinte y cuarenta años antes. Su situación económica era muy modesta. Todas eran delgadas: ninguna había pesado nunca más de 60 kilos. Eran golosas, pero comían poco. Había muchas robustas; los hombres también: uno de ellos, de más de 99 años, jugaba al billar. Algunas temblaban un poco, tenían un poco de sordera y la vista disminuida, pero sin llegar a ser ni sordas ni ciegas. Dormían bien. Leían, tejían, se paseaban un poco. Lúcidas, tenían buena memoria, un carácter independiente, parejo y hasta alegre, un vivo sentido del humor y gusto por las relaciones sociales. Autoritarias, trataban a sus hijos de 70 años como si fueran muchachos. Se quejaban a veces de la nueva generación, pero su época les interesaba, se mantenían al tanto de lo que pasaba. La herencia parecía ser uno de los factores de su longevidad. No tenían ningún antecedente patológico y no habían sufrido de ninguna afección crónica. No parecían temer la muerte. Su comportamiento era en conjunto muy diferente del de los viejos de menos edad. ¿Habían sobrevivido gracias a una salud física y moral

excepcional? ¿O la satisfacción de haber llegado a tan viejas les daba serenidad? La encuesta no responde a esta pregunta.

El doctor Grave E. Bird presentó a la Sociedad Oriental de Psicología un estudio efectuado durante veinte años sobre 400 personas de más de 100 años. Sus conclusiones concuerdan con las del doctor Delore: "La mayoría de los individuos de este grupo bosqueja para el futuro planes precisos, se interesa en los asuntos públicos, manifiesta entusiasmos juveniles, tiene sus manías, un sentido agudo del humor, un apetito sólido, una resistencia extraordinaria. Gozan en general de una perfecta salud intelectual, son optimistas y no manifiestan el menor temor de la muerte".

Los centenarios observados en los Estados Unidos daban la misma impresión: eran activos y felices. Visher observó a dos hombres de más de 100 años que eran activos, felices y parecían gozar de buena salud; sin embargo, la autopsia reveló que tenían muchos órganos enfermos.

En 1963 la prensa cubana dedicó una página a algunos viejos que eran más que centenarios. Entre ellos habla un ex esclavo negro particularmente interesante cuyos recuerdos grabó un etnólogo. Atando cabos se ve que realmente tenía los 104 años que él se atribuía. Su memoria excelente —aunque un poco confusa para ciertos períodos— le permitió recapitular toda su vida. Tenía el pelo blanco, gozaba de buena salud; un poco desconfiado al comienzo de las conversaciones, acogió después con mucha buena voluntad las preguntas de su interlocutor y respondía generosamente. Era plenamente dueño de sus facultades intelectuales.[1]

Muchos presuntos centenarios que se encuentran en regiones remotas seguramente no lo son; a falta de acta de nacimiento pueden atribuirse de buena fe una edad fantasiosa. Pero los que han pasado realmente de los 100 años son casi siempre individuos excepcionales.

---

1 *Memorias de un cimarrón*, por Miguel Barnett.

APÉNDICE II

R. E. BURGER:
"¿QUIÉN SE OCUPA DE LAS PERSONAS DE EDAD?"[1]

Aproximadamente un norteamericano de cada diez tiene más de 65 años y esta proporción aumenta cada año. Las dos tercios de esos norteamericanos padecen de alguna enfermedad crónica: hipertensión, artritis, diabetes, etcétera Y sin embargo, no hay más que 30.000 instituciones, de naturalezas diversas, destinadas a ocuparse de ellos; el número de camas sólo permite hacerse cargo de una sobre cincuenta. Además, la mayoría de las personas de edad no responde a las condiciones requeridas por las leyes *Medicare* y *Medicaid*. La renta anual de una persona sola de más de 65 años es de 1.055 dólares anuales, y 30% —solos o casados— vive en la pobreza. Para cuidados incluso muy limitados, la familia debe, pues, tener la posibilidad de pagar el equivalente de un sueldo mensual neto.

El problema económico que plantean las instituciones para ancianos es reflejo de un problema fundamental. ¿Cuál es el lugar de las personas de edad en Norteamérica? La mayoría de los norteamericanos considera como probada la hipótesis según la cual las personas de edad se encuentran mucho mejor cuando están entre ellas. Parecemos creer que sus necesidades médicas son particulares y que serán tratadas con mayor eficacia si se los agrupa; que sus intereses y su sensibilidad están protegidos cuando se encuentran entre personas de su edad, y que son más felices y viven más tiempo cuando se hallan lejos de las presiones del mundo, de

1 Artículo publicado en la *Saturday Review* del 25 de enero de 1969. Robert E. Burger es, con Richard Garvin, autor de *Dónde van a morir (Where they go to die)*.

la juventud y de la competencia. Todas estas hipótesis son fundamentalmente erróneas, pero es fácil comprender qué presiones nos han conducido a ellas. No hemos sido capaces de abordar el problema esencial de las personas de edad: el de la readaptación. En 1966 un estudio hecho sobre 2.000 pacientes a cargo de la Seguridad Social (*Welfare patients*) en los *nursing homes* de Nueva York, concluye que "una readaptación satisfactoria de los ancianos alojados en los *nursing homes* es prácticamente irrealizable y no es rentable para la sociedad... Debería hacerse antes el máximo de esfuerzos con vistas a una readaptación, y fuera de esos establecimientos". Estamos acostumbrados a considerar esos establecimientos no como un lugar de readaptación, sino como el "último recurso" para los ancianos "difíciles". El principio que se halla en la base de toda readaptación (mantenimiento de la actividad del paciente) ha llegado a ser sistemáticamente inaplicable debido a los métodos de reclutamiento y financiación de esos establecimientos. Los ancianos que están clavados en la cama reciben subsidios más elevados de la Seguridad Social; necesitan menos atención, pero es raro que vuelvan a su casa.

La industrialización rápida de los Estados Unidos ha privado también a nuestros ancianos de las responsabilidades y las funciones que tenían en una sociedad agraria. Cuando se vuelven improductivos se sienten en seguida indeseables. Y así se ejerce una doble presión tendiente a separarlos de la sociedad, puesto que por su lado los jóvenes consideran esta tendencia como psicológicamente justificada. El cuadro superior se jubila más bien pronto puesto que el hecho de haber llegado a la cincuentena lo aparta de la carrera de la promoción. El obrero compra una parte en un pueblo de jubilados (la edad máxima, antes de 53 años, ha bajado ahora a 45) porque sus hijos adultos ya no tienen contacto con él.

Estas presiones psicológicas que tienden a acentuar el foso entre jóvenes y viejos han sido reforzadas de manera paradójica por una corriente de otra procedencia. El milagro que ha hecho posible la vejez para tantos norteamericanos, la ha tornado también más decepcionante. Gracias a la medicina moderna, la duración de vida media del hombre norteamericano que era de 49 años en 1900, es casi de 70 hoy. Y sin embargo, a los 65 años un hombre tiene una esperanza de vida de catorce años, contra trece en 1900. Hemos prolongado la duración de la vida en general, y así hemos formado un grupo más importante de ancianos, pero no hemos prolongado la duración de vida de los ancianos. Peor todavía: no hemos hecho nada para remediar el vacío y la de-

pendencia de sus vidas. En cambio, hemos cargado sobre sus hombros y los de sus familias el fardo de los cuidados médicos que necesitan.

La "solución" norteamericana (*nursing homes*, casas para ancianos, casas de descanso, aldeas de jubilados) nos plantea el problema siguiente: ¿es realmente mejor para las personas de edad estar apartadas de la sociedad? Hemos escamoteado el problema de las exigencias terribles de la atención médica que requieren los viejos, apartando simplemente a los enfermos de la vista del público.

Las últimas innovaciones en el mercado de valores, si ha de creerse a la periodista financiera Sylvia Porter, son los negocios relacionados con los *nursing homes*. Aun antes de que el programa *Medicare* fuese votado y puesto en ejecución, firmas como Holiday Inn y los hoteles Sheraton ya habían previsto la instauración de cadenas de *nursing homes*. Por lo menos siete de esas cadenas tienen ahora accionistas entre el público y según *Business Week*, esos negocios prosperan rápidamente. En comparación con ese repentino impulso, los programas financiados con arreglo al plan federal están evidentemente en gran retraso, pues prevén la construcción de casas para personas de edad sólo dentro del plan de ayuda a las personas económicamente débiles. Por otra parte, ciertas facilidades en materia de impuestos han hecho posible la gestión, por organizaciones religiosas, de grupos de departamentos para ancianos. Parecería pues que, aunque siga costando muy caro a su familia, la atención que se presta al anciano comienza a estar en relación con sus problemas médicos o sociales.

Sin embargo, hay un error que falsea el problema en la base. *Medicare* no cubre más que una pequeña minoría de ancianos, los que requieren cuidados posthospitalarios durante cien días como máximo. Según la ley (título 18 del acta de Seguridad Social de 1967) están a cargo de *Medicare* los pacientes que necesitan ciertas comodidades para ser tratados médicamente y requieren cuidados considerables, es decir, cuidados que corresponden a un hospital y no cuidados de una duración o una índole considerable. La idea de *Medicare* era la de hacer salir de los hospitales a los ancianos, cuando podían ser tratados adecuadamente en un *nursing home* cercano al hospital, antes de volver a sus casas. Para cada enfermo que responde a las condiciones requeridas, *Medicare* da a los *nursing homes* 17 dólares diarios (para habitación, comidas y cuidados médicos) . Con esto no se trata de resolver el problema de los viejos que quieren retirarse de la sociedad.

Las cadenas de *nursing homes*, de que tratan de apropiarse los medios financieros, se han desarrollado para responder a una necesidad muy precisa: dispensar cuidados de corta duración y de tipo hospitalario. El hecho de que se haya abierto semejante mercado para responder a las necesidades definidas de manera sin embargo restrictiva para el título 18 del acta, nos permite adivinar lo que era el triste estado de los *nursing homes* antes de *Medicare*. Para responder a las condiciones establecidas por *Medicare*, un *nursing home* debe tener un médico y una enfermera a su disposición en caso de necesidad las veinticuatro horas del día; pero como el *nursing home* depende por definición de un hospital, eso no plantea ningún problema. La contratación de especialistas en fisioterapia —impuestos por *Medicare*— tampoco es cuestión de dinero, pues no es lo que falta. En cuanto a las "instalaciones" a que se refiere la ley *Medicare*, se trata de los *nursing homes*. Sin embargo, como la expresión ha sido utilizada a tuertas y a derechas se ha hecho necesaria una nueva terminología. esos establecimientos son llamados oficialmente "casas de cuidados con orientación médica".

Las "casas de cuidado con orientación no médica" —que es una contradicción en los términos— completan el mercado, por lo que se refiere a cuidados de larga duración o a últimos cuidados que han de proporcionarse a los ancianos. Estos establecimientos —así como los denominados con más propiedad casas de descanso o casas para ancianos son objeto de otro artículo del acta de Seguridad Social, el título 19. Con el nombre de *Medicaid* (pero generalmente confundida con *Medicare*), esta legislación tiene un campo de aplicación mucho más vasto y trata de la armonización de los programas establecidos por cada estado. Pero *Medicaid* no presenta en realidad nada nuevo en lo que concierne a las personas de edad, y en muchos casos mejora la calidad de los cuidados previstos por los programas de Seguridad Social de cada estado. Las diversas instituciones reciben de *Medicaid* las mismas subvenciones que en los programas anteriores (una media de 300 dólares mensuales por paciente) , siendo la única diferencia que la contribución financiera de Washington es más importante. *Medicaid* no hace más que dar ciertas indicaciones básicas en lo que concierne a la asistencia médica requerida por los ciudadanos de toda edad, pero pertenecientes a ciertas categorías definidas por sus ingresos. En el estado de Nueva York todo el mundo conoce bien el amplio programa puesto en aplicación por el gobernador Rockefeller dentro del marco

de *Medicaid*, que llega aproximadamente a una persona de cada diez en ese estado. Además de haber permitido al público cobrar conciencia de que las sumas requeridas por los cuidados médicos son astronómicas, el programa *Medicaid* hizo confiar, en el comienza, en que se uniformaría y haría obligatorio cierto nivel de capacitación de los médicos y establecimientos interesados.

Pero *Medicaid* resultó ineficaz para reglamentar los establecimientos que, según esta ley, reciben subvenciones para ocuparse de las personas de edad. Las oficinas competentes de cada estado son las que determinan de qué enfermos se hará cargo *Welfare* o M.A.A. (Ayuda Médica a las Personas de Edad), y a qué establecimientos se encomendarán.

Éste es el resultado de las presiones ejercidas por las asociaciones de *nursing homes* en el momento de redactar algunas cláusulas esenciales de *Medicaid*. Hace años que las autoridades responsables de cada estado tropiezan con el mismo problema: cómo imponer ciertas normas a los establecimientos para ancianos, dado que muchos no cumplen las condiciones requeridas y que una estricta aplicación de la ley podría empeorar la situación de sus pacientes. Cuando se los amenaza con el cierre, porque violan continuamente las reglamentaciones, los directores de esos establecimientos dudosos no hacen más que encogerse de hombros: "¿Y qué vamos a hacer? ¿Ponerlos en la calle?"

De los 30.000 establecimientos que dispensan cuidados de larga duración a los ancianos, más de la mitad no pretende responder a las condiciones requeridas. En la mayoría de los Estados la ley impone la presencia, ocho horas por día, de una enfermera diplomada o que haya seguido un cursillo de capacitación; eso para las que se ocupan de los enfermos M.A.A. Pero el nivel de las enfermeras calificadas no guarda relación con los problemas psicológicos o médicos de los ancianos que en ellos se tratan. Y la falta de enfermeras diplomadas en los hospitales —cuando en realidad se les ofrecen buenos sueldos— permite adivinar el nivel de los cuidados que dispensan las enfermeras en los *nursing homes*. Éstas tienen un salario medio de 2,40 dólares por hora si son diplomadas; las enfermeras no diplomadas reciben un promedio de 1,65 dólar, y la media nacional de los salarios pagados al personal de los *nursing homes* es inferior a 1,25 dólar. La expresión "ayudante de enfermera" ha entrado en el lenguaje corriente de la profesión y la administración de esos *nursing homes* la utiliza para justificar los bajos

salarios. Si una oficina encargada de verificar descubre que uno de esos establecimientos no tiene en cuenta las reglamentos que le imponen la presencia efectiva de una enfermera profesional, se le da un "plazo de respiro" hasta que remedie la situación.

Algunos de esos establecimientos aprovechan los plazos de respiro durante más de un año. La Oficina de Salud de Oregón no hace más que expresar un problema muy corriente cuando declara que "es engañar al público llamar a esos establecimientos para ancianos 'casas de cuidados médicos', cuando en realidad no pueden dispensar ningún tipo de cuidado".

Por su parte, los estados son cómplices de este engaño cuando se niegan a reorganizar sus servicios competentes en esta esfera. Y los 300 dólares que paga cada estado por cada paciente de que se hace cargo no sirven más que para subvencionar establecimientos que están por debajo del nivel requerido y favorecen su multiplicación.

En el otro extremo de la profesión médica se encuentra otra práctica escandalosa e igualmente nociva, y es que hay médicos fundadores a responsables de *nursing homes* a los que envían a sus pacientes sin revelarles las intereses que tienen en ellos. Hace varios años la Unión de Consumidores denunció esta práctica como un "escándalo vergonzoso que debe llamar rápidamente la atención de la Asociación Médica Norteamericana". Pero esta asociación (A.M.A.) suele defender intereses relacionados con los de la Asociación de *Nursing Homes*. Lejos de ser tomado en cuenta, el problema fue abiertamente rechazado por los nuevos promotores de *nursing homes*. El Centro de Cuidados Four Seasons, sociedad anónima, es uno de esos numerosos negocios que financian sus establecimientos vendiendo participación a los médicos. El 50% de las camas de Four Seasons está ocupada por pacientes enviados por médicos accionistas.

Hay una amenaza todavía más peligrosa que este conflicto de intereses: es la presión moral tanto como financiera que ejerce el cuerpo médico por el hecho de que los *nursing homes* son considerados como la solución del problema de las personas de edad. La readaptación a la vida corriente no parece ser el sector donde pueden hacerse inversiones rentables.

Se puede replicar que por lo menos esos nuevos establecimientos, dirigidos por médicos, están elevando el nivel escandalosamente bajo que ha sido el de esta industria los últimos treinta años. Pero por un

establecimiento nuevo que ofrece habitaciones individuales, salón de belleza, hora de cócteles y fisioterapia, subsisten decenas que hacen todas las economías posibles para realizar ciertos beneficios sobre la subvención de 300 dólares mensuales acordada por el Estado.

Según la Asociación Nacional de Prevención contra el Fuego, el lugar más expuesto a incendios que se pueda encontrar en Norteamérica es un *nursing home.* Los incendios son en ellos particularmente aterradores porque sus víctimas están indefensas. Esta asociación declara que el número de víctimas de los incendios podría reducirse considerablemente o suprimirse si se exigiera en todos un sistema de extintores. Pero en un muy buen número de estados ese reglamento ha sido sistemáticamente combatido por las asociaciones de *nursing homes* argumentando que ese gasto suplementario determinaría el cierre de gran número de casas. En el incendio más terrible de la historia de Ohio, 63 ancianos perecieron carbonizados en un edificio moderno de cemento, y sin embargo la asociación de ese estado se opuso con éxito a un reglamento sobre extintores, cual hubiera hecho quizá imposibles los incendios.

Otro escándalo es la manera en que se ve amenazada la salud misma de los ancianos. Según los gerontólogos, uno de los tratamientos más peligrosos para los ancianos no psicóticos es la inactividad forzosa. Debido al sistema de prestaciones *Medicaid* (así como a otros subsidios *Welfare* que existían antes de *Medicaid*), se hace guardar cama a los enfermos más de lo necesario, para justificar un suplemento de 3 a 5 dólares. Asimismo, es más fácil ocuparse de ellos cuando están acostados; el riesgo de caídas que costarían tan caras a los seguros queda de esa suerte descartado; ¡y así son huéspedes más asiduos! Pero el hecho de hacerle guardar cama no es más que el primero de los peligros que se hace correr a la salud del anciano. En los establecimientos de tipo corriente, debido a la falta de personal no se vuelve con bastante frecuencia al enfermo en su cama para evitar las temibles úlceras de *decubitus* (escaras) que son heridas abiertas tan dolorosas como difíciles de curar. Es corriente también administrar medicamentos sin discernimiento, ya sea para acabar con los enfermos, ya por razones de economía, y eso conduce a problemas médicos insolubles, por lo menos para un personal no calificado. El público no tiene conciencia del mal que se hace cuando se priva a los ancianos de esos pequeños placeres y esas actividades de que está hecha la vida y que muchas veces le dan

una finalidad. La comida, por ejemplo, es un problema constante en los establecimientos de categoría inferior. Aun en los estados donde se encuentran los mejores *nursing homes*, la comida cotidiana de cada paciente cuesta término medio 94 centavos por día, y es la cifra que los mismos establecimientos dan para tener derecho al máximo de subvenciones del Estado. Los viejos no tienen la sensación de tener un objetivo en la vida, ni de realizar jamás nada, y este vacío es explotado por ciertos miembros del personal poco escrupulosos para usar su autoridad, para defenderse cuando quedan al descubierto otros abusos o para tener el sentimiento de su propia importancia. Poco caso se hace de la vida privada de los pacientes, y ésa es una de las quejas que más oyen los visitantes. Suele suceder que los directores hagan recorrer las instalaciones a grupos de posibles clientes sin tener jamás la menor palabra de disculpa o de explicación para los pensionistas, pasmados de que se los exhiba así.

El abuso más grave es quizá la falta de respeto por la persona del paciente. Ésta se produce a veces intencionalmente. El contrato "cuidados por vida" (*lifecare*), bien conocido por todos, no es más que una simple póliza de seguros pagada globalmente, de antemano, por el paciente o por su familia, y que le garantiza un lecho mientras viva. Pero, viva o muera, el dinero está en manos de aquellos para quienes el deceso prematuro del paciente será todo beneficio. Ahora bien, quitándole al paciente todo deseo de vivir —con desaires, hostilidad y afrentas cotidianas— un *nursing home* puede muy bien matar a un anciano. Aun cuando los contratos *lifecare* no son sino una especie de apuesta razonable hecha por las dos partes, el resentimiento del anciano que se siente de más no puede dejar de tener efectos.

A despecho de numerosos artículos aparecidos en los diarios, a despecho de los testimonios voluminosos presentados en ciertas sesiones del Congreso, y de los relatos interminables hechos por las enfermeras, los pacientes y sus familias, la actitud oficialmente adoptada por la industria de los *nursing homes* es ante todo la de negar que haya un problema, y en segundo lugar considerar que todo documento que ponga de relieve esos abusos constituye una traba administrativa. Cuando el *attorney* general de California publicó un informe acusando a los médicos, farmacéuticos, hospitales y *nursing homes* de una estafa de ocho millones de dólares contra *Medical*, los portavoces de esos grupos declararon que la acusación era infundada. "Sólo una peque-

ña minoría" parece ser siempre culpable. Y sin embargo el Estado, que paga un promedio de 140.000 dólares anuales a cada *nursing home* subvencionado por *Medical*, asegura que la mayoría de esos establecimientos se entrega a prácticas deshonestas (falsas facturas, cuentas disfrazadas, etc.)

El Departamento de Salud, Educación y Seguridad Social (H.E.W.) ha prometido revisar las leyes *Medicare* y *Medicaid*, después del escándalo de California. Esta revisión podría muy bien ser la oportunidad de un estudio sobre las problemas sociales y médicos que plantean nuestros establecimientos para ancianos, y no sólo una encuesta sobre su actuación dudosa en materia de contabilidad.

Hay, pues, la esperanza de que legisladores y organismos federales examinen las soluciones que, con toda evidencia, podrían reemplazar esas instituciones que se ocupan de las personas de edad. En un sector semejante, el de los retardados mentales, la "desinstitucionalización" ha comenzado ya. En Inglaterra las tres cuartas partes de la aldea de Botton se componen de adultos mentalmente deficientes que tienen así el grado de aislamiento que su enfermedad requiere, pero que escapan con todo a la atmósfera del hospital y al encarcelamiento psicológico de la institución. En recientes conferencias celebradas en los Estados Unidos, especialistas en la materia han reclamado que se ponga un término a las "primas" que el Estado acuerda para todo enfermo a las instituciones especializadas, lo que perjudica la búsqueda de otra forma de cuidados.

En lo que concierne a las soluciones por las que podría optarse cabe prever dos líneas de acción: insistir mucho más en la readaptación, y tratar a los ancianos como a personas, no como a enfermos. Para que esto dé buenos resultados en general, la readaptación (social, psicológica y física) debería considerarse tan rentable como los "cuidados últimos". *Medicare*, que se limita a los cuidados médicos importantes y de corta duración, es un primer paso en ese sentido. Pero desgraciadamente ese espíritu nuevo ha quedado sofocado por las condiciones más imprecisas fijadas por *Medicaid*.

Es posible que el medio más sencillo de estimular la readaptación sea pagar las prestaciones *Medicare* o *Medicaid* directamente a las personas interesadas, antes que a los establecimientos que se hacen cargo de ellas. Se podrían pagar prestaciones a las familias, para tratamientos médicos precisos, bajo vigilancia médica, y también para que ciertos

cuidados les sean dispensados a domicilio cuando los ancianos no tienen a su lado parientes adultos. Si este método parece menos eficaz que los cuidados en masa dispensados en una institución, piénsese en el éxito de *Homemakers*. Esta sociedad anónima con propósitos lucrativos se ha establecido ya en unas quince grandes ciudades y dispensa cuidados, o ayuda a domicilio, a precios muy inferiores a los de los *nursing homes* o de las pensiones para jubilados. En ciertos distritos urbanos hay agrupaciones filantrópicas que prestan servicios semejantes.

El hecho esencial es que *Medicare* no presta cuidados a domicilio salvo en casos de urgencia, y que *Medicaid* los limita a cuatro horas diarias. Son muchos los ancianos desesperadamente necesitados de alguna ayuda o atención que caen en la trampa de los reglamentos de cada estado o de los reglamentos federales por la simple razón de que esos reglamentos son establecidos según las necesidades rígidas de los diversos establecimientos y no corresponden a la variedad de las necesidades individuales. Por el momento, los servicios del H.E.W. están estudiando una forma "intermedia" con respecto a *Medicare* que tomaría en cuenta las necesidades médicas menos limitadas que aquellas de las convalecencias posthospitalarias. Considerando que hemos avanzado tanto por el camino de los establecimientos para ancianos, esta perspectiva nos da por lo menos un poco de esperanza.

Las enmiendas introducidas en *Medicaid* y que han de aplicarse en 1969 muestran que el Congreso no ha dejado de reconocer los defectos del sistema actual. Aunque la aplicación de esas enmiendas incumba siempre a los diferentes estados, está previsto que los servicios prestados no se limitarán a los cuidados dispensados por los establecimientos para ancianos y que, por otra parte, se exigirá un nivel más elevado de competencia por parte de esos establecimientos, los propietarios de los *nursing homes* deberán ser conocidos por el público, se verificarán los gastos de farmacia, y el nivel de los cuidados que se den será comparable al de *Medicare*. Los reglamentos sobre seguridad en caso de incendio deberán ampliarse en todos los establecimientos dependientes de *Medicaid* antes del 31 de diciembre de 1969.

Será necesaria una estricta aplicación de las cláusulas de *Medicaid* al nivel de cada estado para que desaparezca la amenaza que constituyen los establecimientos subequipados. Las asociaciones de *nursing homes* deben comprender que la aplicación de la ley —así como la presentación al público de documentos tales como el informe del *attorney* gene-

ral de California— no puede sino ayudarlos en lugar de perjudicarlos. En una sociedad fundada en la competencia y el lucro, la necesidad de buenos *nursing homes* está lejos de desaparecer. Y al mismo tiempo veinte millones de viejos norteamericanos necesitan ser cuidados con justicia, humanidad y respeto, y esta necesidad fundamental no puede quedar insatisfecha.

Charles Boucher, jefe de servicios médicos del Ministerio de Salud de Gran Bretaña, declaró: "Nuestra teoría es que las personas quieren quedarse en su casa, en medio de sus bienes y de sus recuerdos. Que sea una casa confortable o no, grande o pequeña, no tiene importancia. Consideramos que ahí es donde deben estar... Ahí es donde se sienten seguros y en confianza. Es tentador creer que es una cuestión de instituciones especializadas, pero pienso que esta solución sería un poco como condenar a los autos viejos al depósito de chatarra".

APÉNDICE III

LA CONDICIÓN DE LOS VIEJOS TRABAJADORES EN LOS PAÍSES SOCIALISTAS

En tanto que el empleado paga una cotización —menor que la del empleador— en Francia, Grecia, Italia, Portugal, Turquía, dos veces más elevada en Islandia, en la URSS y las democracias populares la Seguridad Social es financiada enteramente por organismos públicos y sociales, salvo en Hungría, donde se exige una contribución a los trabajadores. Como la economía de estos países está planificada, su política de la vejez se integra en el conjunto del plan y no es contrariada por el juego de los intereses particulares. La suerte de las personas de edad debería ser mejor que en los países capitalistas. Desgraciadamente parecería que no siempre es así.

Mis fuentes de información son diversas. A veces son informes oficiales. Otras, informaciones proporcionadas por particulares. En uno y otro caso es difícil apreciar su valor exacto. Las trasmito con todas las reservas del caso, a título indicativo.

En la URSS, según fuentes oficiales, la situación es la siguiente:

Hay 20 millones de personas de más de 60 años, aproximadamente el 10% de la población. El derecho a la Seguridad Social, inscripto en la Constitución de 1936, había sido reconocido desde la instauración del régimen soviético. Su aplicación se ha extendido y precisado progresivamente. Hasta 1964, los koljocianos no se beneficiaban; para asegurarse tenían cajas de socorros mutuos. En 1964 se instituyó para ellos una legislación social particular. Cooperadores, artistas, servicio doméstico se benefician también de un régimen especial. Todos estos

asalariados están cubiertos por el régimen general. La pensión es concedida a los hombres a los 60 años si tienen 25 de actividad asalariada; para los trabajos penosos la jubilación está establecida para los hombres a los 50 años, con 20 años de actividad asalariada, para las mujeres a los 45 años, con 15 de actividad asalariada. Se prevén aumentos para los casos en que se excede por lo menos en 10 años el tiempo de trabajo exigido. El presupuesto estatal de las pensiones, que era de 2,9 mil millones de rublos en 1955, se elevó por ley en 1956; en 1965 era de 10,5 mil millones de rublos.

Cuanto más bajo es el salario, más alto es el coeficiente que se le aplica para calcular la pensión: hasta un salario mensual de 35 rublos, el beneficiario percibe el 100%; por encima de 100 rublos sólo percibe la mitad. La pensión máxima es de 120 rublos. Los jubilados tienen derecho a trabajar hasta igualar un salario mensual de 100 rublos; su trabajo es controlado por comisiones de Seguridad: alrededor del 2% de los jubilados trabaja (incluidos los koljocianos).

Es tradición, aun en las ciudades, que los padres viejos vivan con sus hijos. Esta solución es preconizada en todos los países socialistas a causa de la crisis de la vivienda. Las mujeres trabajan en proporción muy grande. Se las jubila antes que a los hombres para que las abuelas jubiladas sustituyan a la madre en la casa. Ya he hablado de los inconvenientes de esta fórmula. Una abuela que asume las tareas de madre obtiene pocas gratificaciones; no es más que una suplente de autoridad incierta. Los niños le pueden ser quitados, por ejemplo, si la joven pareja se establece en un lugar alejado donde ya no pueda seguirla. Por lo menos los viejos no terminan sus días en la soledad.

Por lo demás en la URSS también pueden vivir solos; viven en alojamientos clásicos y en "Hogares". Estos últimos años, un número importante de personas de edad ha sido alojado en edificios especiales donde ocupan los pisos inferiores. Existen muchas pensiones para jubilados situadas generalmente en las zonas suburbanas. En la mayoría, el confort es modesto, pero se ofrecen a los pensionistas numerosas actividades culturales y distracciones. Están mucho menos abandonados que entre nosotros por las familias y por la sociedad.

Como el individuo está mucho más estrechamente integrado a la vida política y social, la persona de edad no se siente excluida de la comunidad, conserva actividades, ya sea en el Partido, en su barrio, su casa, etcétera.

El nivel de vida, en el conjunto del país, es más bajo que en Francia. Pero el salario del jubilado difiere mucho menos que entre nosotros del que percibía antes; tiene una vida mucho más decente que entre nosotros los económicamente débiles.

Este cuadro es quizá un poco optimista. No hay que olvidar que en la URSS —y en la mayoría de los países socialistas— el sueldo oficial sólo representa el 60% aproximadamente de los recursos reales de los trabajadores. Sobre esta suma se calcula la pensión. Para conocer la verdadera condición de los jubilados habría que saber si el "trabajo negro", los "rebusques" que les permiten completar el presupuesto, siguen siendo posibles para ellos. Si no, su nivel de vida sufre una baja considerable.

He recibido de Hungría el informe siguiente:

Como en todas partes del mundo, la vejez va acompañada, en Hungría, por problemas que conciernen tanto a cada uno de los individuos interesados como al conjunto de la sociedad. El haz de los problemas de la vejez se compone, por una parte, de elementos generales inherentes a los perjuicios causados por la edad, y por otra, de elementos que dependen específicamente de la forma de la sociedad. Esta última categoría de elementos varía, en consecuencia, según los países. Los rasgos específicos de Hungría determinan el cuadro siguiente.

En los últimos veinticinco años, la curva demográfica revela un envejecimiento de la población. Éste es el resultado de una conjunción de la progresión demográfica y de la prolongación de la longevidad media.

Es sabido que después de la ola de natalidad de comienzos de los años 50, el decenio siguiente se caracterizó por un neto reflujo; en tanto que en 1954 el récord de natalidad alcanzó el 23%, en 1962 había bajado al 12,9%. Y aunque en los tres últimos años la tendencia descendente fue sustituida por una curva ascendente —para alcanzar en 1968 la proporción del 15%—, el largo proceso anterior había causado de todos modos un envejecimiento relativo de la población.

Simultáneamente, y también en su acepción absoluta, la población de Hungría ha envejecido, fenómeno que se debe en gran parte al conjunto de medidas sociales, económicas, sanitarias y culturales adoptadas en los últimos veinticinco años y que han dado por resul-

tado la prolongación de la duración media de la vida. En efecto, en 1941 la longevidad previsible en el momento de nacer era, en Hungría, de 54,9 años para los hombres y de 58,2 años para las mujeres; actualmente, esas mismas previsiones son de 67 para los hombres y de 71,8 para las mujeres. Así, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el número y la proporción de las personas de 60 años como mínimo ha aumentado considerablemente. En 1941 se calculaban en este país 997.400 personas de más de 60 años, o sea el 10,7% de la población; en 1949 esas cifras pasaron a 1.073.000 y el 11,6%; en 1960 aumentaron a 1.372.700 y el 13,8%; en 1968 las cifras más recientes dan 1.685.000 personas de más de 60 años, lo que representa el 16,4% de la población.

Con arreglo a este proceso de envejecimiento de la población húngara, el grupo de investigaciones demográficas de la Oficina Central de Estadísticas prevé que en 1975 el porcentaje de personas de más de 60 años será del 18,5%. Y aunque el índice de natalidad aumentara de nuevo rápidamente, ese proceso de envejecimiento no dejaría de producirse, pues de generación en generación, la longevidad media no dejará de seguir prolongándose. Así, las posibilidades medias de longevidad de los hombres y mujeres de edad avanzada se presentan de la manera siguiente:

Edad actual (años)	*Posibilidades de los hombres (años)*	*Posibilidades de las mujeres (años)*
60	+ 15,88	+ 18,33
70	+ 9,75	+ 10,99
80	+ 5,27	+ 5,76

También en Hungría los tres problemas principales de los ancianos son los medios de existencia, la enfermedad y la soledad. El Estado socialista contribuye notablemente a atenuar estos problemas por medio del sistema de prestaciones sociales por un lado, de su política social en conjunto, por otro. A este respecto conviene señalar la importancia de los cambios y progresos que se han producido con respecto a la situación de hace veinticinco años. De una manera más general, la modificación de los principios ha sido radical; así, en tanto que antes, con las diferencias cuantitativas y cualitativas de sus prestaciones según

las diversas categorías de trabajadores, las antiguas oficinas de seguros sociales procedían a discriminaciones, la nueva legislación, que se ha ido elaborando a medida que se instauraba el socialismo, ha creado una Seguridad Social homogénea. En la práctica esos cambios y progresos se han manifestado en el hecho de que por un lado el número de beneficiarios de las prestaciones sociales no ha cesado de aumentar, terminando por abarcar también a los campesinos que, antes de la liberación de 1945, quedaban excluidos de entrada del goce de toda seguridad social; por el otro, a medida que el Estado se consolidaba económicamente, iba aumentando de manera continua y notable la importancia de las prestaciones.

En nuestros días el 97% de la población húngara —por lo tanto prácticamente todo el conjunto— se beneficia de la Seguridad Social. Sin embargo, esta cifra estadística del 97% requiere explicaciones desde dos puntos de vista. En primer lugar, desde el punto de vista de la evolución; en efecto, del 31% en 1938, al 47% en 1950 y después el 85% en 1960, la proporción de los beneficiarios ha aumentado incesantemente. En segundo lugar, desde el punto de vista del 3% ausente de las estadísticas de beneficiarios; se trata aquí sobre todo de ancianos que habían ejercido profesiones liberales y que por lo tanto no se habían preocupado de asegurarse una jubilación; aunque tampoco hoy tengan pensiones, en caso de enfermedades o si lo necesitan gozan sin embargo de ciertas prestaciones sociales, de atención médica gratuita, de la gratuidad de los medicamentos y de la hospitalización. Así en Hungría la vejez se inscribe en la perspectiva de la asistencia de la sociedad socialista.

En cuanto a los medios de existencia, para la gran mayoría de los ancianos (tres cuartos) están asegurados por la ley llamada homogénea de pensiones y jubilaciones. Un poco menos de un cuarto de los ancianos que no se benefician de esos subsidios porque no se han asegurado el derecho obtiene del Estado ayudas regulares, salvo si la buena situación material de la familia le permite mantenerlos. Con respecto a esta categoría de ancianos señalemos además que el número de beneficiarios regulares de las ayudas del Estado se eleva a 150.000, y que incluso los que están a cargo de sus familias gozan de diversas prestaciones médicas, y hospitalarias de la Seguridad Social.

Se califica de "homogénea" a la ley de pensiones y jubilaciones porque garantiza derechos iguales e idénticos a todos los trabajadores.

En efecto, antes de la liberación, el régimen de los jubilados estaba concebido de tal manera que hacía discriminaciones por clases y sectores sociales, acordando privilegios a tal o cual de ellos, con los consiguientes descontentos. La primera ley "homogénea" de pensiones y jubilaciones de la Hungría socialista data del 1º de enero de 1952; la segunda (que ampliaba la primera) fue promulgada el 10 de octubre de 1954; en cuanto a la tercera, actualmente en vigencia, que ha modificado varias veces las anteriores y ampliado sus beneficios, existe desde el 1º de enero de 1959.

Los rasgos principales de ese sistema de pensiones y jubilaciones son los siguientes: abarca tanto a obreros como a empleados, trabajadores intelectuales, miembros de las cooperativas agrícolas y artesanales como a artesanos privados, por lo tanto a todas las capas de la sociedad; asimismo extiende sus beneficios a los miembros de las familias de los asegurados y derechohabientes, abarca la vejez y la invalidez; concierne en especial a los ancianos pero, en caso de deceso del que tiene derecho a la jubilación, la garantiza para su viuda, sus padres o abuelos si estaban a su cargo.

Actualmente la edad de la jubilación para los asalariados es de 55 años para las mujeres y de 60 para los hombres; en la agricultura cooperativa, la edad fijada es de 60 años para las mujeres y 65 para los hombres; en cuanto a los que han trabajado durante veinticinco años para los hombres y veinte para las mujeres en empleos perjudiciales para la salud, la edad de la pensión a la vejez se adelanta en cinco años. La ley de pensiones y jubilaciones procede además a la enumeración detallada de esos trabajos insalubres; define las diferencias entre sus categorías, concediendo por ejemplo una ventaja particular a los que han trabajado durante quince años en puestos donde la presión atmosférica es superior a la unidad.

El monto de la jubilación está determinado por el número de años de servicio y la media de los salarios percibidos. Para obtener una jubilación completa había que haber trabajado, en 1969, durante veinticuatro años; a partir de 1970 ese tiempo de servicio deberá ser de veinticinco años; en cuanto a los que pueden probar por lo menos diez años de trabajo (por lo tanto un tiempo inferior al requerido para la obtención de la jubilación completa), perciben una jubilación parcial. El cálculo del monto de las jubilaciones de valor total o parcial se funda en dos elementos constitutivos: la jubilación básica y la jubilación

complementaria; la jubilación básica está dada por el 50% de la media de los salarios percibidos, el complemento (que se aplica también a las jubilaciones parciales) por los años de servicio cumplidos desde el 14 de enero de 1929, cada uno de los cuales equivale a 1% de la jubilación básica.

La amplitud que ha tomado en el último decenio el sistema de pensiones y jubilaciones de Hungría queda claramente expuesto en el cuadro del crecimiento del número de beneficiarios y de las cargas presupuestarias crecientes asumidas por el Estado:

Años	*Número de pensionados y jubilados (miles)*	*Previsiones presupuestarias (en millones de forints)*
1959	623	3.722
1960	636	4.427
1961	796	5.080
1962	912	5.737
1963	983	6.421
1964	1.046	6.992
1965	1.101	7.712
1966	1.156	8.711
1967	1.213	9.514
1968	1.269	10.339
1969	1.319	-

Aunque el régimen húngaro de pensiones y jubilaciones figure entre los más evolucionados del mundo, plantea problemas que han de ser resueltos. Así, por ejemplo, existen notables diferencias entre los montos de las jubilaciones establecidos en el pasado y los más recientes, aunque las jubilaciones antiguas han sido aumentadas en diversas oportunidades. Asimismo, hay diferencias entre las jubilaciones calculadas según el mismo sistema, pero en épocas diferentes; en efecto, el aumento regular de los salarios nominales hace que el monto de las jubilaciones calculadas ahora sea superior al de las calculadas anteriormente.

Las autoridades se preocupan de estos problemas y de muchos otros. Así, recientemente el gobierno y el Consejo Central de Sin-

dicatos discutieron juntos el hecho de que el aumento de los precios en 1969 y en los años precedentes haya reducido el valor real de las jubilaciones, aunque todavía en pequeña medida; el secretario general del Consejo Central de Sindicatos pidió, pues, al gobierno que adoptara las medidas necesarias para proteger el poder adquisitivo de los jubilados. Las nuevas leyes, las medidas de las autoridades y más recientemente las iniciativas adoptadas por las empresas tienen ampliamente en cuenta los intereses y las necesidades de los viejos. Así la ley promulgada últimamente sobre el funcionamiento de las cooperativas agrícolas estipula que nadie puede quedar excluido como miembro de una cooperativa debido a vejez o incapacidad de trabajo; además, con independencia del trabajo debido en principio a la cooperativa, los viejos y los inválidos no pueden quedar privados del goce de las tierras de sus dominios domésticos.

Recientemente el ministro de Salud Pública ha promulgado decretos aumentando los socorros sociales y regulares y ordenando el mejoramiento de las prestaciones materiales a los inválidos de guerra. Los viejos obreros así como los maestros, por ejemplo, pueden seguir trabajando, aun después de haberse jubilado, en sus antiguos puestos o bien en centros sociales de empleo creados por los consejos locales; se trata de trabajos fáciles de un horario evidentemente reducido, pero esas actividades les permiten ganar en general 500 forints por mes —y en ciertos empleos 800— que completan el monto bajo de las pensiones. En Debrecen (Hungría oriental), la fábrica Medicor (que provee al mundo entero de instalaciones médicas y quirúrgicas muy apreciadas) ha pagado este año participaciones en los beneficios, incluso a sus viejos trabajadores ya jubilados. En la comuna de Kocs (Hungría occidental), la cooperativa agrícola de producción cultiva mecánicamente y gratis las tierras domésticas de los viejos cooperadores y les asegura, también gratis, el transporte a domicilio de las cosechas.

El otro gran problema de la vejez es la enfermedad; la prevención, el cuidado de los enfermos, son asegurados por la organización húngara de Salud Pública, cuyo cuerpo médico es de conocido valor científico incluso en el extranjero. En Hungría todo ciudadano puede gozar de las prestaciones médicas de la Seguridad Social, ya sea como derechohabiente, ya como miembro de la familia de un asegurado y, en su defecto, en caso de vejez necesitada; estas prestaciones abarcan atención médica gratuita, hospitalización e intervenciones quirúrgi-

cas; los medicamentos son proporcionados a cambio de una ínfima participación material del enfermo, así como las curaciones, las aguas medicinales, las prótesis dentarias, los coches para inválidos y los audífonos. Aunque las estadísticas no indican en detalle las prestaciones médicas por categorías de edades, se puede deducir que las necesidades de los ancianos también son satisfechas.

En la actualidad —y más exactamente según los datos de fines de 1969— en Hungría hay 21.865 médicos, o sea 21,3 por 10.000 habitantes; el número de distritos médicos es de 3.549, de modo que 2.895 habitantes están a cargo de un médico de distrito que atiende las consultas no especializadas. El número de camas de hospitales, sanatorios y establecimientos balneoterápicos se eleva a 82.465, o sea 80,3 por 10.000 habitantes; para 100 camas de hospital se calculan cerca de 10 médicos, 36 enfermeras y otros auxiliares hospitalarios. Asimismo, conviene mencionar, también en relación con los viejos, que, desde 1952, se ha organizado en todo el país la prevención del cáncer; gracias a la red que se ha creado, en 1968, 60 estaciones de cancerología han procedido a 510.000 exámenes preventivos. Al mismo tiempo, la parte de los ancianos en el consumo farmacéutico, que se elevó en 1968 a un valor de 3.488 millones de forints, ha sido considerable.

En este capítulo de los cuidados médicos corresponde por fin señalar los que se relacionan con la gerontología; en efecto, no es posible olvidar los trabajos de los geriatras que en poco tiempo han obtenido notables resultados en sus investigaciones sobre la vejez, los males que la afectan especialmente y los medios de remediarlos. El grupo de jóvenes médicos especialistas en esta disciplina trabaja bajo la égida de la Comisión de Gerontología de la Academia Húngara de Ciencias; sus actividades están previstas bajo el título de "Los fundamentos biológicos del envejecimiento y sus repercusiones sociales" en el plan nacional de investigaciones a largo plazo; recientemente ha empezado a funcionar en Budapest un Instituto de Investigaciones Gerontológicas. Un medicamento de fabricación húngara, Gerovit —estimulador del metabolismo basal, acelerador de la circulación sanguínea, y rico en vitaminas— es apreciado ya en muchos países extranjeros.

En cuanto al tercer problema, la soledad de los viejos, lo ilustran las estadísticas siguientes: un poco más de tres cuartas partes de los ancianos viven en familia; el 33,9% vive en sus casas, el 7,9% con el cónyuge y su (o sus) hijo(s), el 5,5% con su cónyuge, su (o sus) hijo(s),

y el (o los) hijo(s) de éstos, el 7,5% solamente con su hijo, el 11,8% solamente con su hijo y la familia de éste, el 1% con su nieto (o nieta), el 6% con otros parientes, el 2% con otras personas conocidas. Sin embargo, una de cada cuatro personas de más de 60 años vive sola y no puede contar prácticamente con la ayuda de una familia. La mayoría de esos solitarios se encuentra en tal situación porque nunca han tenido hijos, y los otros (la minoría) por la ingratitud o el egoísmo de sus hijos. Algunos de los jubilados están condenados a la soledad porque sus hijos han emigrado al extranjero. Se puede, pues, evaluar en 400.000 el número de ancianos que están absolutamente solos, teniendo la sociedad la obligación de atenuar esa soledad.

La sociedad se esfuerza, en efecto, por remediar esa situación. Actualmente existen en el país —administradas por el Estado, por consejos locales o por la Iglesia— 242 casas para jubilados que albergan a 25.520 ancianos. Los pensionistas sólo pagan un tercio de los gastos efectivos de alojamiento, comida y otros. Sin embargo, las autoridades prevén un aumento de esta participación en los gastos, desde luego sólo en el caso de ancianos relativamente pudientes. En efecto, mientras que en el pasado el alojamiento en los asilos era motivado sobre todo por la insuficiencia de los medios de vida, ahora las causas principales residen más bien en la soledad y en la imposibilidad en que se ven muchos ancianos de proveer ellos mismos a la atención de sus casas.

La mayoría de esos establecimientos está a la altura de su misión por la calidad del alojamiento, de la comida y de los cuidados que brindan; se puede citar como ejemplo la Casa de los Ancianos de Szeged (ciudad de Hungría meridional), en Budapest el Hogar de los Veteranos del Movimiento Obrero y la Casa de Viejos Actores, en Leanyfalu (localidad balnearia a orillas del Danubio) el Hogar de la Iglesia Reformada. En todos hay una biblioteca, televisión, radio, sala de estar y sala de juegos. Pero el número de plazas en esas casas es todavía insuficiente para responder a todos los pedidos; en la actualidad cerca de 6.000 ancianos esperan una posibilidad de trasladarse a uno de esos establecimientos.

Los llamados "contratos vitalicios" tienen también por objeto atenuar un poco los problemas de la soledad y de los medios de existencia. En general se trata de ancianos que disponen de un alojamiento grande y conciertan un contrato de ese tipo con parejas jóvenes que sufren las consecuencias de la crisis de la vivienda. En virtud de esos contratos,

los jóvenes se comprometen a velar por el mantenimiento del (o de los) que detentan el alojamiento, a cambio de lo cual disponen de una parte de ese alojamiento y la seguridad de poder instalarse definitivamente después del deceso del (o de los) locatario(s) legítimos. Para garantizar la protección de los intereses de los ancianos e impedir los abusos, el gobierno húngaro ha autorizado recientemente a los consejos locales a controlar las situaciones de hecho antes de la firma de un contrato, y a velar, después, por su escrupuloso respeto.

Sin embargo, aun en un país socialista, no es cosa fácil resolver el problema de la soledad de los viejos. En efecto, hay algunos que viven solos por decisión propia, por razones sentimentales o materiales. Después de un matrimonio que no ha dejado más que buenos recuerdos, muchos no se deciden a contraer una nueva unión y, por otra parte, quieren conservar su casa y su situación material favorable. Así, el 40% de los jubilados de Hungría vive en provincia, en sus propias casas, y se ha comprobado que en el 68,9% de esas casas los coeficientes de habitación son mejores que en general en el país; esas ventajas les hacen elegir más bien la soledad.

En estas condiciones, el Estado y la sociedad procuran dar un sostén a los ancianos. En muchos lugares, las organizaciones locales del Frente Popular Patriótico o del Consejo Nacional de Mujeres Húngaras han instalado hogares y clubes donde los ancianos pueden pasar el día; funcionan actualmente 250 donde 7.000 ancianos y ancianas gozan de los servicios gratuitos que se les ofrecen. Además, se está creando una red de asistentes sociales que visitan regularmente a los ancianos en sus casas para dispensarles cuidados. Añadamos por fin que los viejos se benefician de abonos de favor en los cines y estadios para asistir a los espectáculos que prefieren, y que gozan de tarjetas de transporte de favor en los tranvías y autobuses de las ciudades de provincia y de Budapest.

En Rumania no existía antes de la guerra ningún sistema de Seguridad Social. Acerca del que se ha establecido después de la guerra he recibido de una médica de Bucarest la siguiente nota que transmito a mis lectores con todas las reservas del caso.

El problema debe ser considerado bajo dos aspectos diametralmente opuestos: 1° los pensionados llamados "sociales", es decir, las personas que no tienen efectivamente derecho a pensión porque no

han trabajado en una institución del Estado durante el número de años requerido; 2° los pensionados del Estado.

Primera categoría:

a) Las posibilidades materiales de existencia están reducidas al mínimo. Reciben un "subsidio de vejez" mensual de unos 300 lei. Esta suma es irrisoria (corresponde al precio de un par de zapatos). Sin embargo, los que pueden físicamente hacerlo, están autorizados a ocupar ciertos empleos, desde luego subalternos y muy modestamente remunerados. En cuanto tienen empleo dejan de percibir el "subsidio de vejez". Sin embargo, ese trabajo puede permitirles alcanzar el número de años exigido (25) para solicitar la pensión a que tiene derecho cualquiera que haya dedicado esos años de trabajo a una institución estatal; pero se trata de casos excepcionales, pues es raro que una anciana pueda trabajar veinticinco años después de la edad legal de la jubilación. Esta pensión, si es acordada, se calcula con arreglo al último salario percibido.

Esta categoría de pensionados "sociales" está formada por personas que no pueden justificar una actividad asalariada antes del 23 de agosto de 1944, es decir: los grandes y pequeños comerciantes, los médicos que han tenido consultorios privados sin haber ocupado un puesto en los hospitales del Estado, los pequeños artesanos que poseían sus talleres propios, etcétera.

Todas esas categorías, por considerar que han ejercido actividades de explotación, están condenadas a llevar una vida extremadamente precaria, tanto material como socialmente.

Segunda categoría:

b) Las pensiones en ambiente rural. Hace tres años, habiendo comprobado el éxito de su política de colectivización, el Estado decidió pensionar a los campesinos que, por razones de enfermedad, por incapacidad de trabajo o por razones de edad, no eran capaces de subvenir a sus necesidades mediante el trabajo. Todos ellos reciben ahora una pensión mensual de 40 lei; pero un pan cuesta, según la calidad de la harina, dos o tres lei, y un litro de aceite, 12 lei.

Los campesinos pensionados no gozan de atención médica ni de hospitalización gratuitas. (Las otras categorías tienen medicamentos gratuitos, a condición de que su jubilación no pase de 550 lei por mes.)

Teniendo en cuenta el hecho de que los jóvenes gozan de prioridad para conseguir empleo, los viejos no tienen ninguna seguridad

de poder mantenerse en los puestos que hubieran podido encontrar después de la edad de la jubilación. Por lo demás, eso se aplica también a las personas que ya trabajan cuando llega la edad de la jubilación; desde ese momento, aunque su estado físico y psicológico les permita proseguir sus actividades quedan descartados cuando se considera que un joven es igualmente apto para ocupar las mismas funciones. Esta norma se aplica sin discernimiento a los obreros, a los intelectuales e incluso a los hombres de ciencia.

Por el contrario, la participación de los viejos en la vida social es un fenómeno muy difundido. Los miembros del Partido prosiguen sus actividades en las organizaciones del Partido a las que pertenecen y pueden ser utilizados en ciertas misiones de propaganda, así como también en ciertos trabajos de control (inspección de las instalaciones hospitalarias, de la alimentación pública, etcétera).

Las personas que no pertenecen al Partido pueden también ser utilizadas en ciertas actividades de carácter social. Ciertas categorías de ancianos pueden ser admitidas en los "Hogares de ancianos", donde tienen alojamiento, comida y asistencia médica. Los criterios de admisión dependen de la situación familiar del interesado y de su condición física (con prioridad a los disminuidos). La selección, extremadamente rigurosa, es determinada por el número insuficiente de camas; las razones son a menudo de orden político. Reina el favoritismo. Por lo demás, los viejos internados en el Instituto de Geriatría dirigido por la muy célebre doctora Aslan son también una especie de categoría elegida.

Considerada desde el ángulo ético, el problema de los viejos es aun más delicado. Las lecciones de la revolución social, los eslóganes de lucha y acción de una sociedad que se está creando ("Lo viejo debe desaparecer, lo nuevo debe conquistar su lugar"), han tenido serias repercusiones en las relaciones entre las generaciones. Los viejos son, pues, considerados con desconfianza y por lo general irrecuperables para la revolución que se cumple en el país.

Los pensionados del Estado

Éstos, que han dedicado veinticinco años de actividad a una empresa del Estado, están en el momento de jubilarse en una situación

mucho mejor: la pensión acordada se acerca mucho al último salario percibido.

Sin embargo, la categoría más favorecida es, de lejos, la de las personas que han pertenecido a los cuadros políticos: servicio de seguridad, pero también, por ejemplo, militares; éstos llegan mucho antes que los demás a la jubilación (edad para todas las categorías: 60 años para los hombres, 55 para las mujeres); pero pueden cobrar su pensión (muy elevada) y ocupar al mismo tiempo nuevos empleos, acumulando así sueldos y pensión.

En Checoslovaquia la población ha envejecido. Hace treinta años sólo el 10% tenía más de 60 años; hoy es el 17%. Sin embargo, la población activa se ha reducido porque la duración de los estudios se ha prolongado. La edad de la jubilación es de 60 años para los hombres y exige veinticinco años de trabajo; si el número es mayor, la pensión aumenta. Representa el 50% del salario de los cinco o diez últimos años; el 75% si el trabajador tiene 35 años de vida activa. Para las mujeres, la edad de la jubilación es de 57 años si no tienen hijos; de 55 si tienen un hijo, de 54 si tienen dos, de 52 si tienen tres o más. Los mineros, los pilotos, los hombres que ejercen ocupaciones peligrosas pueden pedir la jubilación a los 55 años. En todos los oficios se pueden prolongar las actividades, mientras se es capaz, pero entonces sólo se percibe la mitad de la pensión (que se añade al salario). Como la mano de obra calificada es insuficiente, el Estado alienta a ciertos trabajadores a retardar el momento de la jubilación. Entre los intelectuales, en los cuadros, muchos sólo están calificados a los 50 años, pues siguen estudiando durante la edad madura; después pueden rendir durante largo tiempo grandes servicios. La suerte de esta categoría de personas de edad es que la sociedad las necesita.

La situación es distinta para los trabajadores manuales no calificados; sus aptitudes físicas disminuyen después de los 50 años, y si se jubilaran con retraso, la base del salario disminuiría. Como su trabajo no los apasiona mucho y los fatiga, aspiran al descanso. Sobre todo las mujeres: a los 55 años están contentas de quedarse en la casa, de ayudar a sus hijos, de ocuparse de sus nietos. Entre los hombres que ejercen profesiones liberales, muchos, una vez retirados, se dedican a ocupaciones que les agradan y que pueden ser de un gran interés: ingresan en los servicios públicos, proponen planes, dan asesoramiento.

Por la ley de 1964 que modificó la de 1956, que a su vez modificaba la de 1948, fueron aumentadas las pensiones; este aumento ha resultado insuficiente debido al alza de los precios. Hace cinco años,[1] hubo en los diarios discusiones sobre la condición de los viejos; éstos se quejaban de que no se les reconociera ningún derecho, cuando lo habían adquirido con sus años de vida activa. Sus reacciones ante la jubilación son más o menos las mismas que en Francia: la inactividad les pesa; se sienten inútiles; ruedan por los lugares donde han trabajado y miran trabajar a los otros. A menudo, sobre todo si tienen dificultades personales, caen enfermos y mueren. O bien se suprimen: el número de suicidios aumenta con la edad.

En los hospitales, el 70% de los viejos que ingresa no tiene a nadie que se ocupe de ellos. Una vez curados, las familias no van a buscarlos. Aunque Checoslovaquia posea el número de camas más alto de Europa, todavía es muy insuficiente.

El problema del alojamiento se plantea a todo el mundo de una manera dramática; las parejas jóvenes viven con sus padres y a veces cada uno de los cónyuges en casa de su familia. Es corriente que tres generaciones vivan bajo el mismo techo, lo cual no tiene felices resultados.

Las servicios de atención médica, salud, ayuda doméstica son irrisorios. Cuando los viejos se enferman, impotentes y descuidados por los hijos que trabajan, no hay nadie que se ocupe de ellos.

Esta situación que los adultos aceptaban ha sido considerada escandalosa por los jóvenes. A partir de enero de 1968 —la apertura de la "nueva vía"— protestaron en todo el país y han suscitado una explosión del interés por la vejez. Se han desarrollado organizaciones locales, hasta entonces descuidadas. Hay mayor preocupación por los ancianos. Se han creado refectorios donde pueden tomar sus comidas. Hay clubes que organizan distracciones para ellos. Tienen funciones gratuitas en teatros y cines. Gracias a la rebelión de los jóvenes, la sociedad ha tomada conciencia de la gravedad del problema y trata de resolverlo.

---

1 Escrito en noviembre de 1968.

El caso de Yugoslavia es interesante porque ha pasado de una economía socialista a una economía que, desde 1960, concede un lugar cada vez más importante al lucro, y la condición de los ancianos sufre las consecuencias.

La sociedad yugoslava tiene una conciencia aguda de los problemas de la vejez. Ha discutido mucho al respecto y ha adoptado medidas para protegerla. Hasta el 1º de enero de 1965, la condición para cobrar una pensión completa era para los hombres tener 55 años de edad y haber trabajado treinta y cinco años, para las mujeres tener 50 años de edad y treinta de vida activa. La ley otorgaba en principio el 72% del salario medio (pero en Eslovenia sólo el 62%). Para los guerrilleros, el tiempo pasado durante la guerra cuenta el doble en el cálculo de sus años activos. Los que combatieron desde 1941 tienen derecho a una pensión igual a su último salario. La gama de jubilaciones era reducida por serlo también la de los salarios —oficialmente declarados—; los más altos son sólo tres veces y media el más bajo. La opción del Estado era garantizar una vida decente a los ancianos, aunque el presupuesto necesario pareciera exceder sus posibilidades. Las cargas que tiene que soportar son muy pesadas; dado el número de hombres cuya salud ha quedado gravemente comprometida por la guerra, hay en el país un millón de pensionados contra 4 millones de asalariados. Los trabajadores cotizan al mismo tiempo que el Estado. El dinero no va a cajas especiales, sino que se invierte en fábricas, construcciones, etc.

Desde 1960 la economía yugoslava, ligada a la economía mundial, ajusta sus precios a los de los países capitalistas; trata de igualar su productividad con la del mercado mundial. Por lo tanto tiende a reducir los gastos "inútiles", en particular los que acarrea el mantenimiento de los inactivos. Se ha aumentado la edad de la jubilación; para los hombres es de 60 años (con 40 de vida activa), para las mujeres de 55 años (con 35 de vida activa). En principio las pensiones han sido aumentadas al 85% del salario. En realidad, en Eslovenia, han disminuido al 59%.

A este respecto, hay una lucha de generaciones. Los viejos alegan que han empeñado sus fuerzas para conseguir la prosperidad de que goza hoy el país; reivindican el derecho de disfrutarla. Es una deuda que se tiene con ellos. Consideran injusto que la vida sea mejor para todos salvo para ellos. Reclaman una integración, no sólo

material, sino política. Están representados en la administración que aplica las leyes, pero quisieran estarlo en las asambleas políticas que las hacen; desearían formar parte del Parlamento local que se ocupa, entre otras cosas, del presupuesto local y de los problemas sociales. Tienen su propio organismo: el Comité de Gestión de Inválidos y Pensionados. Pertenecen al Parlamento de Seguro Social. Todos son colectivamente miembros de sindicatos. Entre sus medios de lucha deben contarse sus publicaciones. En Eslovenia, la publicación mensual *Upokojence* vende 110.000 ejemplares más que cualquier otra.

El problema de la vejez se plantea de modo muy diferente según las repúblicas. En las rurales se mantiene la civilización patriarcal; el hombre reina sobre la mujer, el abuelo sobre el adulto. Se rinde un verdadero culto a la vejez. Las diversas generaciones viven bajo el mismo techo. En Eslovenia, en Croacia —de que he hablado hasta ahora— se plantean problemas de alojamiento. En Eslovenia hay 42 casas para 3.000 personas de edad. Hay también 33 hogares recreativos. En Belgrado, la situación desde este punto de vista es deplorable. Un artículo escrito el 14 de abril subraya que hay sólo lugar para 600 viejos en las casas de jubilados. "Es difícil ser vieja en Belgrado. Se construyen muchos departamentos de una o dos piezas, pero es difícil para los viejos tenerlos. Por regla general, no hay lugar para ellos..."

En general se considera sin embargo que la condición de los ancianos es materialmente satisfactoria, pero que no lo es desde el punto de vista psicológico y moral. Muchos tienen mala salud porque han soportado la guerra, la cárcel, los campos de concentración. En su mayoría no están integrados en la sociedad, que los rechaza. El problema de los viejos guerrilleros está particularmente mal resuelto.

Hay entre ellos 50.000 ex oficiales. El 80% era aldeano y al entrar en la resistencia no pudieron hacer estudios o un aprendizaje, de modo que se encontraron sin una capacitación. La administración los ha utilizado, pero ahora los reemplaza una generación mucho más competente, ya no se necesita de ellos. Por eso se han agriado y son reivindicativos. Me han citado el caso de un ex oficial pensionado a los 42 años; su mujer trabaja en una librería y él se ocupa de la casa. Me han hablado también de un coronel de 48 años, que fue guerrillero desde 1941 (de ellos, 9 de cada 10 fueron muertos) y que tiene cuatro hijos; es portero de una fábrica cuyo director es un ex

monárquico, a quien está obligado a saludar humildemente. Personas como éstas se convierten en enemigas del socialismo. Aun en casos menos extremos hay una frustración: el Partido es todo, el individuo, nada. Muchos se han negado a plegarse a la disciplina del Partido: ya no son nada. Han perdido todas las razones para vivir.

APÉNDICE IV

ALGUNOS DATOS ESTADÍSTICOS SOBRE LA SEXUALIDAD DE LAS PERSONAS DE EDAD

Según el informe de Kinsey, el apogeo sexual se situaría para el macho hacia los 16 años. En su juventud, el promedio de coitos sería de dos a tres por semana para los solteros, de cuatro a ocho para los casados. La media bajaría a 1,8 a los 50 años para los dos grupos; hasta 1,3 a los 60 años y 0,9 a los 70. Kinsey ha estudiado los casos de 87 machos blancos y de 39 negros, de más de 60 años. Las frecuencias medias de eyaculación eran de una vez por semana a los 65 años, 0,3 a los 75 y menos de 0,1 para los octogenarios. A los 60 años, el 6% era absolutamente inactivos a los 70 años, el 30%; y la curva sigue bajando. Pero hay casos excepcionales. Un sujeto de 70 años eyaculaba término medio siete veces por semana. Un negro de 88 años hacía el amor de una a cuatro veces por semana con su mujer de 90. A los 70 años, un cuarto de los blancos es impotente; a los 75, más de la mitad. Entre 71 y 86 años, cierto número de sujetos se masturban y se observan entre 76 y 80 años poluciones nocturnas.

Otras encuestas de menor envergadura han seguido a la de Kinsey. En 1959 la revista *Sexology* interrogó a 6.000 personas inscriptas en el *Who's Who.* Respondieron 800 hombres, todos de más de 65 años. El 70% de los hombres casados tenía una vida sexual regular: un promedio de cuatro coitos por mes. En un grupo de 104 sujetos de 75 a 92 años de edad, la mitad declaró que eyaculaba normalmente; 6 dijeron que tenían más de ocho contactos sexuales por mes. Un cuarto practica el onanismo, o desde siempre o desde los 60 años. Un gran número, aun pasados los 75 años, tiene erecciones matinales.

En 1960, los doctores G. Newman y C. R. Nichols han interrogado en Carolina del Norte a 250 individuos blancos y negros, de los dos

sexos, de 60 a 93 años de edad. El estudio duró siete años. 149 sujetos estaban casados y vivían con sus cónyuges. El número de relaciones sexuales variaba de una vez cada dos meses a tres veces por semana. Después de los 75 años la cifra disminuía netamente. Los negros eran sexualmente más activos que los blancos, los hombres más que las mujeres, las gentes de un nivel de vida medio o inferior más que los de las clases acomodadas. (Esto es quizá lo que explica la diferencia de comportamiento entre blancos y negros, pues éstos pertenecen a los medios más modestos.) En aquellos cuya vida sexual había sido muy rica, se prolongaba; en los otros no. En cuanto a los 101 sujetos solteros o viudos, sólo 7 tenían una actividad sexual. La actividad débil de las mujeres se debía sin duda a que sus maridos eran más viejos que ellas.

En 1961, el doctor Freeman examinó a 74 hombres de 71 años término medio; el 75% tenía todavía deseos eróticos, pero sólo el 55% lo satisfacía. El número de eyaculaciones variaba de tres veces por semana a una vez cada dos meses, por lo menos el 42% decía que a los 60 años sus deseos habían disminuido; el 25% se había vuelto entonces impotente. A los 80 años, el 22% confesaba todavía deseos, pero sólo el 17% tenía contactos sexuales, el 36% tenía sueños eróticos, el 25% reaccionaba a los estímulos visuales.

En un estudio escrito en Francia en 1963, el doctor Destrem proporcionaba observaciones complementarias. Según él, entre 60 y 70 años el comportamiento del anciano es semejante al del adulto. Depende mucho de sus aptitudes anteriores. El trabajador sigue siendo más sexuado que el intelectual. El soltero y el viudo de larga data no tienen el mismo comportamiento que los viejos casados. En éstos el hábito, la existencia de solicitaciones eróticas, mantienen la vida sexual. La frecuencia del coito es aproximadamente de una vez por semana a los 60 años, cada dos semanas a los 70. La masturbación, bastante frecuente, sigue el mismo ritmo que el coito normal. Entre 70 y 80 años los hombres casados conservan una actividad sexual, pero disminuida. Los viudos sufren deseos reprimidos, algunos se masturban.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

EL PUNTO DE VISTA DE LA EXTERIORIDAD

SEGUNDA PARTE

EL SER EN EL MUNDO

Apéndices